

Revolución y Cultura

Cuba, una Cultura de liberación

Selección de escritos 1952-2016

Dr. Armando Hart Dávalos

Revolución y Cultura

Tomo 5

Volumen I

Pasión por Nuestra América

Selección y compilación
Eloísa M. Carreras Varona



Letras Cubanas, La Habana, 2018

Idea original: Eloísa M. Carreras Varona

Asesoría: Araceli García Carranza

Dirección editorial, investigación, trabajo técnico y
compilación de la obra publicada: Eloísa M. Carreras Varona

Concepto y gestión del diseño del proyecto editorial: Aylin Pérez Lombardo

Diseños de la colección: Claudia Gorrita Martínez

Transcripción de la documentación y corrección: María Victoria Dávalos Boada

Producción y ayudantía general: Gladys González Gómez y Antonio Martínez López

Edición: Michel Encinosa Fu

Corrección: Ruby Ruíz Bencomo

Composición y emplane: Aymara Riverán Cuervo

Realización de cubierta: Eduardo Fariñas

© Eloísa Carreras Varona, 2018

© Sobre la presente edición:
Editorial Letras Cubanas, 2018

ISBN: 978-959-10-2278-3

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, en ningún soporte sin la autorización por escrito de la editorial.

Instituto Cubano del Libro
Editorial Letras Cubanas
Obispo 302, esquina a Aguiar
La Habana, Cuba

E-mail: elc@icl.cult.cu
www.letrascubanas.cult.cu

PARA TI, MI AMADO.

A MARINITA Y FLORECITA,
que consagraron nuestro Amor.

A FERNANDITO, FLORITA Y FER,
por la solidaridad, cariño y AMOR que le entregaron,
a pesar de la enorme distancia.

A ENRIQUE SUÁREZ MARTÍNEZ,
por su cubana sencillez y virtuosa existencia,
y por la inolvidable huella que dejó en nuestra familia.

Índice

Liminares	13
Armando	13
Acerca de la Cultura de Emancipación Cubana en este volumen de <i>Pasión por Nuestra América</i>	20
Dra. Eloísa M. Carreras Varona	
A modo de prólogo	27
Dr. Ismael González González (<i>Manelo</i>)	
<i>Antología de Pasión por Nuestra América</i>	
1 [La Revolución cubana hizo posible que nuestro país ostente uno de los premios literarios más prestigiosos del mundo: el Premio Casa de las Américas].	39
2 [La magna obra de Alicia reside en haber dotado a un país tan pequeño de un Ballet tan grande].	48
3 Acerca de la estructura organizacional y administrativa del Ministerio de Cultura en 1976.	54
4 [«Nunca antes los valores nacionales de nuestra cultura fueron más exaltados que tras el triunfo de la Revolución»].	58
5 [La Nueva Trova se ha situado en la vanguardia del movimiento cultural de las nuevas generaciones surgidas con el triunfo de la Revolución].	85
6 [Este festival reafirmará el concepto cultural de lo que significa el Caribe americano].	100
7 [«Tenemos el deber de estrechar los vínculos de nuestro movimiento artístico e intelectual con esta área geográfica y cultural de la que formamos parte»].	104
8 [En nuestros mares caribeños se comenzaron a encontrar los caminos del mundo].	118
9 [Es difícil encontrar algún pueblo que de alguna manera no haya dejado su huella en la cultura latinoamericana y caribeña].	125
10 [«Carifesta se ha convertido en un gran movimiento cultural de masas»].	131

11 [Este encuentro de La Habana es un paso adelante en la lucha contra el crimen, la barbarie y el imperialismo, y en favor de la inteligencia, la cultura y la defensa de los pueblos latinoamericanos y caribeños].	137
12 [El Libro Cubano en el corazón de París].	150
13 [Propósitos esenciales del Comité Cubano de Intelectuales por la Soberanía de los Pueblos de Nuestra América].	156
14 [La función de la cultura en la Revolución].	167
15 [La intelectualidad latinoamericana está indisolublemente unida a la lucha por la soberanía de nuestros pueblos].	177
16 [Si logramos materializar en la práctica los acuerdos de esta reunión de seguro que será una reunión histórica en la defensa de la patria puertorriqueña].	190
17 [Los pueblos latinoamericanos estamos unidos por nuestra historia común].	194
18 [El papel del Caribe en el diálogo entre las dos Américas].	197
19 [Nadie podrá separarnos de Nuestra América].	203
20 [Debemos proponernos conocer más integralmente la cultura caribeña y latinoamericana en su individualidad, conjunto y diversidad].	218
21 [La cultura cubana es heredera de la tradición cultural que se gestó en los pueblos situados en el llamado Occidente del mundo].	223
22 [Los pueblos latinoamericanos tenemos la vocación de conocer el mundo].	230
23 [«Marchamos de lo nuestro nacional hacia lo nuestro latinoamericano y caribeño y hacia lo nuestro universal»].	236
24 Las raíces del neanexionismo de Ronald Reagan.	240
25 [Todas las grandes transformaciones sociales que se han producido en la historia de la humanidad han tenido como preámbulo las transformaciones en el campo de la cultura].	245
26 [El reto adquirido es pasar de las palabras a los hechos].	254
27 [Para hacer la Revolución hay que tener imaginación].	261
28 [Nueve festivales celebrados ya crean una tradición irreversible, cultivarla es nuestro compromiso de honor].	267
29 [La libertad de creación en Cuba es muchísimo más amplia que cualquiera que hayamos tenido en épocas anteriores].	271
30 [La Teología de la Liberación surgió de las entrañas de América].	280

31 [La Revolución cubana es hija legítima de la América Latina y el Caribe, es un producto neto de la gran patria latinoamericana].	290
32 [Los ministros de Cultura de América Latina y el Caribe por la integración de nuestros pueblos].	308
33 [Luchemos unidos por hacer realidad la gran utopía de Simón Bolívar].	310
34 [La unidad en Latinoamérica llegará por la vía de la cultura].	320
35 [América peleará sola y sola se levantará. El valor de la identidad latinoamericana y caribeña].	326
36 La cultura en el proceso de integración de América Latina.	332
37 [La defensa de la identidad nacional es la defensa de la identidad latinoamericana y caribeña, y es el primer escudo de la independencia de nuestros pueblos].	350
38 [Desde que tengo uso de razón me siento latinoamericano].	359
39 [La cultura expresa esa identidad y es su principal escudo ideológico].	364
40 [Martí es guía y anticipador de nuestro tiempo y de los que están por venir].	367
41 [Unidad o identidad dentro de la diversidad latinoamericana].	377
42 [Por la unidad de Nuestra América].	381
43 El camino de Nuestra América.	388
44 América Latina: pensamiento político y cultura.	392
45 [Las reuniones de ministros de Cultura de América Latina y el Caribe han contribuido a la integración de la cultura latinoamericana].	395
46 Una batalla por la identidad de Nuestra América.	398
47 [La educación popular está en la médula del mejor pensamiento latinoamericano].	402
48 Embates de la cultura latinoamericana y caribeña en la frontera intermilenios.	407
49 La construcción de la utopía desde la cultura y la educación en Nuestra América.	422
50 [Como cubano he trabajado por la integración de la «República moral de América»].	427
A modo de epílogo	431
Dra. Graziella Pogolotti Jacobson	



Liminares

Armando

Este volumen de la Colección «Cuba, una Cultura...» es el primer libro que se edita después de su partida, y será el primero que hice para él, que no podrá leer antes de que vaya a imprenta.

Él partió así, se fue así, tan rápido...; pero no estoy, no me siento desconsolada... el vacío y el desconsuelo sin fin de aquellas terribles primeras horas sin él se fue nutriendo de una forma muy sutil de su extraordinaria presencia, de su maravilloso recuerdo, al punto de que puedo afirmar que él sigue llenando mi vida de forma plena... ¡Caramba...! qué grande tiene que ser el amor..., cuán grande tiene que ser todo lo que hizo a lo largo de mi vida, cuán grande ha tenido que ser él, para que aún, después de su partida, pueda afirmar que no me siento sola. Sí, porque Armando dejó una huella de cariño y de amor tan grande en nuestro pueblo y en su patria latinoamericana toda, que ese amor que él forjó me acompaña cada segundo, me abraza y hasta me mimas, aunque él no esté físicamente. Por eso le doy gracias a él por seguirme protegiendo aún con la fuerza que brota de su ejemplo inolvidable, y a ustedes por quererlo, recordarlo y acompañarme con tantas muestras de afecto y de cariño del bueno.

Sé que también podrá comprenderse que aunque hay en mi alma angustia, dolor y mucho dolor... y a ratos ese sufrimiento me embarga plenamente, de eso no solo no puedo, ni debo, de eso no quiero hablar, porque en verdad fui/soy una privilegiada por haberlo tenido tantos años compartiendo todo...

Para mí todo está inundado de Armando, y claro que no son mis lágrimas el mejor tributo para él, porque nunca quiso que yo sufriera, me colmó de amor...; plantó en mí los más bellos e imborrables recuerdos... Ya hasta me he sonreído recordando su ingenio, su carisma y su buen humor; pero ¿es que acaso lo que más amaba no era mi risa...?; desde luego que también supo hacerlo todo para que yo viviera plena y, como si fuera poco, del mismo modo supo dejarme llena de proyectos... Por mi parte, le agradeceré siempre su confianza por haberme hecho su esposa y compañera para siempre.

Por todo ello, les pido permiso para hablarles de él, del hombre a quien terminé de comprender en aquella trágica noche en que Fidel

partió a la inmortalidad. Y no me pregunten por qué, ni cómo, pero durante esos tristes días en que Fidel se fue, supe que el final estaba muy cerca, tanto conocía a Armando que lo pude intuir..., luego, fue así, justo se fue con él a un año y un día...

Nunca supe estar lejos de Armando, porque siempre he tenido la sensación de que me pierdo cuando él no está para iluminarme con la luz, la bondad plena y la transparencia que brota de su ser todo.

Pero créanme que fue solo a partir de la aciaga noche en que Fidel se fue y de los conmovedores días de duelo subsiguientes, que comprendí muchas cosas de Armando..., aunque las niñas ya cumplieron veinticinco y yo cuento más de treinta de acompañarnos en la vida. ¿Qué no sabré de él?, cuando nunca más me moví de su lado, ni él del mío; todos esos años estuvimos ahí, así, el uno para el otro, siempre. En cada alegría y en cada pena de la vida, que ni la una ni la otra son pocas en un lapso de tiempo como este. Aunque para mí el tiempo voló luchando cada segundo por sus maravillosas existencias...

Pero solo fue desde aquella noche que comprendí que Fidel es la persona por la que Armando vivió y solo entonces terminé de comprender las razones por las que Haydée amó así a Armando. Porque él, como Abel y Boris, vivió para que Fidel viviera, y ella lo supo desde entonces, que Armando también le había entregado su vida; lo demás fue cosa o cuestión del destino de cada quien y un poco del azar que siempre hace lo suyo...

Por eso creo que cuando Armando se fue con él —a esa otra dimensión en la estrella que me decía mi madre muy cerca del Señor y del Apóstol..., a continuar en la lealtad en la que vivió por él toda la vida—, se fue tranquilo, se fue en calma... Y cuando se fue, y en ese último suspiro que me ofreció antes de partir, lo hizo con valentía y no emitió ni una sola queja de dolor. Armando fue capaz de irse así, de forma natural, entonces, en ese instante decisivo, cuando aún estaba en mis brazos, fue capaz de acariciarme el alma, darme fuerzas y una vez más brindarme su protección, para poder descansar en paz y no dejarme perdida en medio de tanto dolor.

Por mi parte, puedo confesarles que desde hace muchos años descubrí que estudiar y promover su vida y pensamiento era lo mejor y más provechoso que debía hacer. Fue desde el año 1979, cuando era estudiante de la Licenciatura en Historia del Arte, que su pensamiento despertó en mí particular admiración, cuando tuve la oportunidad de disfrutar de una conferencia que dictó para los alumnos de la Facultad de Filosofía e Historia, en el teatro Manuel Sanguily de la Universidad de La Habana. Años después, en las complejas cir-

cunstancias y contradicciones en las que se desarrolló mi trabajo, la ayuda de cada uno de sus artículos, discursos e intervenciones, me permitieron comprender la coyuntura política, y sobre todo tener la certeza de que en oportunidad propicia sus ideas —portadoras de la auténtica Política Cultural de Fidel y la Revolución cubana— se abrirían paso sin tantos y tan diversos obstáculos para su aplicación.

Desde aquellos difíciles momentos pensé que era indispensable que se laborara por difundir su obra, pero al consultarle mi interés, su modestia imposibilitó cualquier gestión en esa dirección. A principios de los años noventas, tras el derrumbe del socialismo en Europa Oriental y la URSS, en los embarazosos comienzos del Período Especial, cuando se intensificó la necesidad de promover el original pensamiento de la Revolución cubana y al calor de los debates por la salvaguarda de nuestra excepcional historia y tradición, en el I Taller de Pensamiento Cubano, que sesionó en la Universidad Central de Las Villas, en noviembre de 1994, fue que obtuve —finalmente— su aprobación para poder comenzar a gestionar el proyecto investigativo de lo que se convirtió poco tiempo después en el anhelado por mí: «Proyecto Crónicas. Historia y memoria de la Revolución cubana en la voz de Armando Hart»; proyecto que empujó hasta hoy, porque continúa siendo mi deber seguir pensando y, desde luego, hablando de él, porque todo lo que conozco me lo dijo, me lo enseñó él, desde esa sencillez, modestia y lealtad absoluta en la que vivió y en la que partió.

Pero como ya he contado en otras ocasiones, su amor me ha permitido sentirme iluminada, poseída de una fuerza de la naturaleza que me conmina a trabajar sin descanso para que su obra viva; por eso en tan breve tiempo tenemos esta colección. Ahora mismo no puedo olvidar que él solo quería trabajar y hacer. No conoció el reposo ni el descanso jamás; aunque conocía el sacrificio, sus actos solo eran para él algo necesario y natural como respirar. Siempre fue infatigable, salía de una cosa para entrar en otra; era un verdadero vértigo de acción y de labor; un hombre incansable.

En nuestro hogar fue ejemplo de virtudes; desde luego, primaron en él el infinito amor a nuestras entrañables niñas, el honor, la extrema delicadeza y la rectitud de carácter, las buenas costumbres, el cariño, la pasión por el saber, la cordialidad, la solidaridad, el amor y la consideración.

Fue, asimismo, un espíritu independiente y soberano. Ahora recuerdo que, como su inolvidable hermano Enrique —a quien veneró toda la vida—, odiaba a quien mentía, porque para él la mentira originaba todo el engaño criminal que hace tan difícil el arte de gobernar y de crear.

Armando se refugió toda la vida en el mundo de las concepciones y en su inmensa pasión por la abstracción porque, como él decía, cuando se siente pasión por una causa, por un valor abstracto como la justicia, todo hombre honrado debe darse a él, «Y es honor a que no se renuncia y deber al que no se debe claudicar».

Fue siempre amante de lo grande y fue un total apasionado de la emancipación de su amada Cuba, la querida y martiana patria de Fidel; pero es que él siempre nos recordaba que, como nos dijo Martí, «acaso los apasionados son los primogénitos del mundo».

Creyó, asimismo, en la necesidad de la dignidad, el decoro y la justicia para todos. Piensen que para Armando «la Justicia no es odio infecundo, no es tiranía de nuestras ideas, no es parcialidad absurda, es predominio de la razón, del entendimiento cordial entre los componentes reales de la sociedad cubana. Justicia es elevar al *Homo sapiens* a la categoría de hombre, es darle a cada cual sus bienes y derechos, es hacer que cada cubano disfrute a plenitud de la herencia cultural y material de nuestro tiempo».

Toda su vida estuvo caracterizada por un espíritu inquieto y una intensa pasión rebelde y furia contra la injusticia y el atropello. Siempre me dijo que la arbitrariedad, la injusticia y «la sinrazón y el desajuste» le provocaban un brote espontáneo de impotencia, rabia, ira y excitación, que no podía controlar.

Compartir la vida con Armando fue para mí una bendición, satisfacción y goce, un sublime honor; no olvido que cada amanecer conseguía palpar sus cercanas utopías y convertir lo cotidiano en extraordinario. En el hogar, con la familia, en las relaciones con sus amigos, compañeros, e inclusive con simples conocidos, mostraba una sensibilidad, nobleza y humanidad verdaderamente admirables; fue ese uno de sus principales rasgos.

Cuando advertimos el entorno donde creció y se educó, encontramos los componentes esenciales que contribuyeron a la conformación de su personalidad. No olvidemos que cuando recuerda a su madre, su primera asociación es el pleno rigor y la exigencia, mezclados con el amor, la bondad y la justicia, sentimientos con los que también relaciona muy directamente a su padre, además del estricto cumplimiento de la Ley. Les agradeció infinitamente la educación brindada, la cual empezó con la prédica de su intachable ejemplo.

De sus padres conservó siempre vivencias entrañables; de ellos aprendió los estrechos vínculos entre el derecho y la moral, principios esenciales que sustentaron la educación que Marina y Enrique

brindaron a sus hijos; por ello recordaba que en su hogar, cuando querían distinguir a alguien por sus cualidades, decían: «*esa es una persona decente*». Este es un detalle clave para entender a esta familia, el origen de sus ideas y actuación en la vida, porque como bien él afirmó: «si entendí la Revolución cubana, el socialismo, y tomé partido por las causas justas, fue porque he aspirado siempre a ser una persona decente y honesta». Estudió fecundamente en la vasta biblioteca de su padre; la historia, la filosofía, la sociología, el derecho y la cívica fueron invariablemente sus materias favoritas.

Desde que tuvo uso de razón le interesó la política como la mayor motivación en la vida. Soñaba que debía trabajar para transformar la realidad a partir de la ética y la justicia. Eligió la carrera de Derecho porque pensaba que de esa forma podría encauzar sus ingentes inquietudes políticas y su vocación de lucha por la justicia y la moral. Deseaba ejercer una cátedra como profesor universitario de Derecho Constitucional, lo que —como se conoce— no llegó a realizar porque pasó directamente a servir a la patria en la lucha contra la dictadura de Fulgencio Batista.

Se incorporó tempranamente a las filas de la Juventud Ortodoxa, como una manera de hacer política y participar en la lucha contra la corrupción imperante. En la universidad fue un alumno perspicaz y aplicado, con dotes de orador y comunicador social, lo que se evidenció en su constante participación como dirigente de la Federación Estudiantil Universitaria (FEU).

Estuvo entre los jóvenes de la dirección de la FEU que en la misma mañana del cuartelazo se trasladaron al Palacio Presidencial, para ofrecerle su apoyo y respaldo al presidente constitucional con vistas a enfrentar la ilegalidad. A nombre de la Asociación de Estudiantes de Derecho denunció, en una carta ante el Tribunal de Garantías Constitucionales y Sociales, la ilegitimidad del régimen nacido el 10 de marzo. Participó en la Jura de la Constitución de 1940 y también resultó víctima del violento asalto de la policía batistiana al programa radial «La Universidad del Aire».

Fue uno de los más destacados miembros del Movimiento Nacional Revolucionario (MNR), fundado por el ilustre profesor universitario Rafael García Bárcena, a quien consideró su maestro y mentor. Precisamente García Bárcena, lo nombró su abogado y no admitió las presiones que le hicieron para que aceptara a otro letrado de experiencia que lo representara, en la causa por la cual fue juzgado en relación con los hechos conocidos como la Conspiración del Domingo de Resurrección.

Cuando se conoce la trayectoria ideológica y política de Armando, resulta muy elocuente su afirmación: «Mi integración al Movimiento 26 de Julio fue el resultado de un proceso natural. El programa del Moncada venía a materializar el sentimiento ético que estaba profundamente arraigado en la tradición patriótica cubana».

Debemos recordar, asimismo, la dura clandestinidad que le tocó vivir en aquellos años febriles y su pasión por el trabajo revolucionario. Estuvo entre los principales gestores y vivió de forma prominente el Alzamiento del 30 de Noviembre en Santiago de Cuba.

El 4 de enero de 1957, en una carta que escribió a su familia encontramos sus principios y razones esenciales para continuar en la lucha, cuando dijo:

Tengo fe porque si yo, lleno de limitaciones soy capaz de entregar lo poco que poseo por alcanzar una vida superior —la que se vive al servicio de la historia—, ¿qué no están ya haciendo las inmensas legiones de compañeros que son capaces de mayores sacrificios y de más altas virtudes? Y los he visto de carne y hueso en estos días llenos de emoción que mi destino pobre me había reservado en medio de tanto dolor. Dolor por la angustia que produce saber perdidos para siempre a los mejores cubanos, cuando los malvados nos siguen entorpeciendo. Dolor porque es triste ver caer a personas con quienes habíamos intimado por el trabajo conjunto de meses. Pero todo tiene su parte buena; sin esas grandes emociones la vida no valdría nada para mí.

A mediados de febrero de 1957 formó parte del pequeño grupo de combatientes que participaron en la primera reunión de la Sierra y el Llano. Luego de su regreso a La Habana fue preso y protagonizó una audaz fuga de la Audiencia, en la mañana del 4 de julio de 1957. Aunque todos pensaban que entonces lo más prudente era que pasara a la Sierra, ello no ocurrió. Poco tiempo antes de la muerte de Frank País había convenido su traslado a Santiago para laborar allí en las actividades organizativas del Movimiento 26 de Julio.

En noviembre de 1957 subió de nuevo a la Sierra para encontrarse con Fidel y el grupo guerrillero, a fin de tratar todo lo relacionado con la llamada Junta de Liberación o Pacto de Miami. Allí pasó la Navidad de 1957 y esperó el nuevo año 1958; pero en los primeros días de enero tuvo que bajar al Llano a fin de continuar la lucha en su puesto de combate, porque era allí donde él consideraba que resultaba más útil para los planes de Fidel y el M-26-7.

Cuando bajaba de las montañas fue arrestado como sospechoso por unos guardias de la tiranía cerca de Palma Soriano. Los compañeros del Movimiento que trabajaban en la Compañía de Teléfonos en la ciudad de Santiago de Cuba interceptaron una llamada del propio Batista para Alberto Río Chaviano —el asesino de los moncadistas— en la que le decía que «había que matar a Armando Hart como a un perro, que simularan un combate en los alrededores de la Sierra». Él recuerda emocionado que la solidaridad de los combatientes del Llano, con René Ramos Latour —el Comandante *Daniel*— al frente, y la movilización de la opinión pública le salvaron la vida.

La tiranía estuvo trasladando a Armando de una cárcel a otra del país durante todo el año 1958. Cuando cayó preso, lo encerraron en el cuartel de Palma Soriano; de allí lo llevaron a un calabozo en las afueras de Santiago de Cuba; luego lo reubicaron en el cuartel Moncada —lugar donde fue interrogado por Chaviano—; más tarde lo pasaron a la cárcel de Boniato, hasta principios de julio, cuando fue trasladado al Castillo del Príncipe, en La Habana. En las primeras semanas del mes de agosto, tal parece que para aislarlo de la capital, lo trasladaron a las galeras del Presidio Modelo de Isla de Pinos. Después vino el esperado triunfo de Fidel y todos estos años en la primera trinchera de pensamiento y acción por su amada patria Cuba, la patria América y la patria Humanidad.

Desde los inicios la lucha tuvo para él un contenido profundamente ético, piénsese en su elocuente afirmación: «Para mí todo empezó como una cuestión de carácter moral». Esa frase demuestra el enorme peso que tuvo la ética en la formación de su carácter y a lo largo de toda la vida. Para él, el tema de la ética es el tema central de la política.

La historia de Cuba estará marcada para siempre por el obrar y el proceder de la vanguardia revolucionaria de la Generación del Centenario, que con su lucha promovió el cambio radical de nuestra historia. Armando le aportó a su generación y a nuestra patria no solo su destacadísima actuación, sino también su pensamiento a lo largo de todo el proceso revolucionario, porque para él la idea de la felicidad está en el trabajo y en la lucha, recordemos aquella sentencia que escribe en sus memorias en abril de 1958, en la que dice: «yo era feliz porque estaba luchando y no hay mayor satisfacción que la de combatir y trabajar por el futuro»; recuérdese también que en ese momento estaba preso en la cárcel de Boniato, recién había conocido la terrible noticia de la muerte de su hermano Enrique y del fracaso de la Huelga de Abril.

Armando fue un ser que no descansó jamás, fue creativo, tenaz, perseverante y esforzado, inquieto e hiperquinético hasta el fin. Amanecía y terminaba el día lleno de proyectos. Al lado de un hombre así, me fue imposible conocer el tedio, la monotonía o la rutina.

Practicó en su actuar diario y cotidiano, la filosofía de la ética y el optimismo revolucionario unida a su vocación de servicio a la patria y a la Revolución, lo cual significaba estar allí donde hacía más falta, en el momento oportuno para desbrozar del arribismo y la mediocridad el camino a la luz. Aparecían entonces su ternura, paciencia, mirada profunda y reflexiva, siempre dispuestas al diálogo de lo esencial y a la exposición de la verdad.

Pero por encima de todas esas cosas, Armando siempre fue un HOMBRE BUENO, fue un ser bondadoso en la profundidad total de esta cálida y tierna palabra. Su vida estuvo bordada de sencillez, humildad y modestia, al punto de que jamás reparó en el hecho de que, como dijera el poeta Miguel Barnet, su nombre ya estaba no solo en los museos, sino también en la leyenda. Fue, asimismo, un revolucionario martiano, marxista y fidelista, consecuente y convencido.

Gracias, Armando, por tu confianza. Descansa en la paz que viviste, amado mío, para siempre allí estaré contigo, mi amor.

Acerca de la Cultura de Emancipación Cubana en este volumen de *Pasión por nuestra América*

Presento aquí los escritos del Dr. Hart que contienen las ideas del período en el que, inspirado en la Política Cultural Cubana de la Revolución trazada por Fidel, creó, puso en práctica y desarrolló el Ministerio de Cultura entre 1976 y 1996.

Los documentos que integran esta etapa forman parte del tomo 5 *Revolución y Cultura* de la Colección «Cuba, una Cultura...» y, específicamente, este primer volumen lo he titulado *Pasión por nuestra América*, porque he reunido aquí sus textos referidos a ese «ángulo singular de su gestión política y cultural», que tiene que ver con su pasión por Nuestra América; es por eso que, como ha afirmado en sus palabras Ismael González (*Manelo*), la pasión por Cuba de Hart «bien pudiera complementarse con su pasión por Nuestra América» y eso es muy necesario que sea estudiado en el futuro.

Los textos aquí reunidos son el resultado de las transcripciones de sus intervenciones, las que casi en la totalidad de los casos fueron improvisadas, porque surgieron espontáneamente, en cada uno de los

escenarios en los que intercambié con auditorios ansiosos de platicar con el flamante ministro de cultura cubano de la Revolución de Fidel.

Las páginas reunidas en este volumen también nos dejan la lección del discernimiento pleno de que solo con una política virtuosa, que tenga como basamento esencial la cultura, se podrán enfrentar los desafíos que tenemos hacia el futuro para alcanzar y consolidar la unidad de Latinoamérica, y en ese sentido el Dr. Hart también afirmó que por ello todo el que asuma desde la política la defensa de la soberanía y las transformaciones sociales en nuestros pueblos y países a favor de la justicia para todos, tiene que ser un fiel defensor de los propósitos culturales a más largo alcance. Por eso, el objetivo político esencial que se propuso la Dirección de la Revolución en la defensa de nuestra identidad nacional implicó directamente la defensa del arte y la cultura, porque la identidad nacional se revela en el arte, se revela en la cultura y, por tanto, todas las batallas por la defensa de la soberanía cubana han pasado, necesariamente, por la defensa del arte y la cultura nacional.

Para el Dr. Hart, quienes aspiren al oficio de influir en la conducción de los Estados latinoamericanos y caribeños debieran aprender la lección de que sin fundamentos culturales, sin vínculos con la intelectualidad, no es posible enfrentar eficazmente el desafío que suponen nuestras contradicciones con el *norte revuelto y brutal que nos desprecia*. Solo un pensamiento radical y armonioso puede hacer triunfar una política certera. En ese sentido, afirmó: «Con posiciones supuestamente radicales, sin matices, no se llega a tener éxito; a su vez, tener en cuenta exclusivamente los matices sin considerar las aspiraciones radicales de independencia, soberanía y transformaciones sociales tampoco lleva al éxito», y eso es decisivo para el triunfo de la unidad latinoamericana y caribeña.

Desde luego, en estos textos también podremos conocer las razones por las que expresó que la esencia de la identidad cultural cubana está en la integralidad de las más diversas ramas del saber a través de un esfuerzo interdisciplinario. Por ello subrayó siempre: «Cuidense de quienes escriben para crear confusiones y distorsiones acerca de los valores sagrados de la Patria».

No olvidemos que nos encontramos en una época de creación y en ella hay que aplicar el principio de la tradición cultural cubana que se expresa en el método electivo del conocimiento; recordemos que el Dr. Hart siempre nos invitó a buscar una síntesis integradora de todos los valores del pensamiento cubano porque, como él afirmó, «elegimos para algo, y ese algo es la justicia como sol del mundo moral».

También resulta necesario tener en cuenta su afirmación de que la cultura es una necesidad del desarrollo de la educación, la ideología y la formación moral de un ser humano dado y de la sociedad en su conjunto; aunque claro que, para él, la cultura no solo es eso, porque también es recreación, belleza, distracción, disfrute y esparcimiento.

Una de sus principales enseñanzas con relación al valor de la cultura ha sido subrayar que los revolucionarios no podemos permitir que nos arrebaten la bandera de la cultura, porque justamente ese es nuestro principal estandarte político e ideológico, y esa fue siempre su aspiración cuando estuvo al frente del Ministerio de Cultura para aplicar la Política Cultural de la Revolución: pensar la cultura desde y en función de unos objetivos políticos dados, sustentados en principios y criterios culturales, artísticos, de respeto al trabajo artístico e intelectual y de consideración de la importancia de esas labores. Por eso ha asegurado que «la cultura no se administra, la cultura se promueve, y esta solo puede ser defendida y desarrollada con medios y con métodos y principios culturales» porque, para él, no se puede salvaguardar la cultura con procedimientos abruptos, hay que defender la cultura con métodos y principios culturales.

De igual modo, resulta importante recordar que estos escritos del Dr. Hart ven la luz por vez primera cuando estamos atravesando la crisis más aguda por la que ha pasado la llamada cultura occidental en toda su historia. Ello se revela en la quiebra de la ética, de los principios políticos y jurídicos, y de las ideas filosóficas que tras larga evolución llegaron hasta el siglo xx y principios del xxi y que sirvieron de fundamento al sistema capitalista. Por lo cual, se deberá tener en cuenta que la ética y la moral son hoy más necesarias que nunca antes y son la bandera esencial en la salvaguarda de nuestros pueblos. Desde la superpotencia imperial se lleva a cabo una política guerrillista e intervencionista que pone en peligro la existencia de todas las especies. En estos textos se insiste en que en esta batalla a favor de la vida y de la paz solo se ganará con las ideas y la cultura, y que nuestra región latinoamericana y caribeña con su tradición intelectual puede y debe hacer una contribución esencial a este loable propósito de salvar a la humanidad, porque es la región del orbe que posee los elementos de cultura necesarios para ello.

Desde esta perspectiva y a partir de la situación actual de nuestra región, debemos recordar también que el Dr. Hart subrayaba siempre que la palabra AMOR es la palabra clave y el acento principal que debe tener la cultura en estos años, porque como bien afirmó, si de algo está necesitada la época actual es de emociones y sentimientos, y de

igual modo destacó el peso real que tiene el amor en la historia y solicitó poder participar en una verdadera cruzada por y desde el amor, y por ello expresó: «lo digo sin renunciar ni un ápice a mis concepciones filosóficas. Con la cultura cubana debemos inaugurar una cruzada de fraternidad y de amor que tanta falta le hace a la llamada civilización occidental».

De igual modo, nos recuerda que tenemos por delante el reto permanente de aprender del pasado, porque allí está la historia de nuestra cultura y, con ella, la de nuestra nacionalidad. Estudiar el pasado es una forma de comprender el presente y también una manera de proyectar el futuro. Desde esa perspectiva le abrió paso a la investigación histórica de la cultura y a la práctica científica que se deberá llevar a cabo en esa área del conocimiento humano.

Los trabajos de Hart reunidos en este volumen también son importantes porque se relacionan directamente con la lucha que la humanidad libra a escala internacional por defender su propia existencia. Las transformaciones humanas, culturales y sociales que la Revolución cubana ha realizado, al cambiar radicalmente la vida de nuestro pueblo, representaron un giro trascendental en la evolución histórica del Caribe y la América Latina e, incluso, significaron también un acontecimiento de enorme influencia para los pueblos en todo el planeta.

La Cultura de Emancipación Liberadora en nuestros pueblos y países es la única forma de encontrar la vía de un pensamiento revolucionario y de acción política que en la actualidad nos puede asegurar la posibilidad de enfrentar la encrucijada colosal en la que nos encontramos, tal y como muestran estos combativos textos del Dr. Hart; no olvidemos que para él, los sueños de principios del siglo XIX, de Varela, de Martí, de todo nuestro pueblo, bajo la guía insuperable de Fidel —el principal heredero, discípulo y continuador del Apóstol cubano—, se harán realidad y seguirán adelante si nos inspiramos en estas ideas.

Del mismo modo, el Dr. Hart vivió convencido de que gracias a nuestra cultura el pueblo cubano sabrá vencer cualquier dificultad que se presente por gigantesca que esta sea, tal y como supieron hacer los hombres de Baraguá ante las dificultades que tuvieron entonces, porque nuestra Cultura de Emancipación, que es nuestra Cultura de Liberación, es nuestra Cultura de Baraguá, que sirve de sostén a nuestro pensamiento radical transformador americano hijo de la *hermandad de Ariel*, ideas todas que él llevó adelante en su gestión

desde este misterio, en su pasión por Cuba y Nuestra América, como muestran los textos aquí recogidos.

Sirvan pues, estos, sus apasionantes escritos, de homenaje a la memoria de los próceres y pensadores de nuestras tierras; los que han pensado, vivido y luchado por nuestra unidad, independencia y soberanía, inspirados en el ejemplo de las inmortales figuras de Bolívar, Martí, el Che, Chávez y Fidel.

Estimados lectores, debo recordar ahora que **Crónicas** es un macroproyecto sociocultural que tiene como objetivo principal preservar, estudiar y promover por distintas vías y medios el pensamiento y la historia cubanas, desde la mirada y cosmovisión del Dr. Hart, por lo que el patrimonio que en **Crónicas** se atesora se encuentra al servicio de la historia, la cultura y la propia Revolución. **Crónicas** es el espacio donde se investiga, se edita y se promueve, la obra de esta figura que es imprescindible conocer para entender la propia Revolución. Una parte sustancial de las labores de investigación que en **Crónicas** se ejecutan están dedicadas a la Gestión Documental, Archivológica y Biobibliográfica, las cuales se desarrollan en el Departamento de Investigaciones Bibliotecológicas e Histórico-Culturales de la Biblioteca Nacional José Martí.

Su Fondo Personal de Archivo —*sistema nervioso central y columna vertebral* de **Crónicas**— está colmado de su inmensa «papelería», y gracias a que le fue dedicada la 26 Feria del Libro Cubano 2017 un porcentaje decisivo de su producción intelectual activa se logró publicar, por vez primera, en las páginas de la colección «Cuba, una Cultura de liberación. Selección de escritos del Dr. Armando Hart Dávalos. 1952-2016», de la cual aparece ahora el volumen 1 del tomo 5.

Asimismo, resulta válido reiterar que esta obra se pudo realizar en un tiempo récord, no solo porque conservamos el Fondo de Archivo del Dr. Hart, sino también porque ya se contaba con el resultado de las investigaciones sobre su vida y su obra que la autora de esta antología viene realizando desde finales de los años ochentas.

En **Crónicas** nos sentimos honrados porque de seguro, con la publicación de este trabajo, las ideas del Dr. Hart ayudarán a comprender e interpretar mejor nuestro pasado y presente, para poder desafiar los retos del porvenir en este siglo XXI.

Y como siempre he afirmado, le sigo dando gracias por la confianza que me dio, al permitirme hurgar, ordenar y recomponer sus sagradas memorias con total libertad.

Dra. Eloísa M. Carreras Varona

A modo de prólogo¹

Confieso que nunca había pensado tener la posibilidad que hoy me ofrece el Centro de Estudios Martianos, por lo que son mis primeras palabras para agradecerles la invitación a compartir acerca de la presencia del ideario martiano en el pensamiento y la acción de quien recibe hoy el merecido y cálido homenaje de nuestro pueblo, mediante el vasto programa que esta Feria Internacional del Libro dedica en su honor.

Vivir martianamente no es propósito que resulte ajeno a un auditorio como el que hoy se ha dado cita en nuestro centro, y puede que coincidamos en que la premisa cimera, para aproximarse a tal fin, sea ponerse siempre del lado en que está el deber. El más riguroso recorrido por la ejecutoria del compañero Armando Hart —desde sus intrépidas acciones de juventud hasta sus audaces reflexiones de plena madurez— daría fe de su sostenida práctica consecuente de ese alto precepto martiano.

Permítanme no omitir hoy el respeto que desde niño siempre advertí en mi familia cuando se trataba de Armando —como lo nombraban—; ni la impresión de su arenga enardecida —en plena Zafra del 70— para que los universitarios convirtiéramos la vergüenza en «norma de corte», como homenaje a los Mártires de Humboldt 7, en vísperas de su aniversario. Inesperadamente, años después, fui más que testigo de esa misma vehemencia, cuando procuró —consciente de su trascendencia— sumar a su cruzada cultural los medios masivos, en batalla donde lució su «arte de hacer política».

Cuando me confió, en pleno derrumbe del socialismo europeo, trabajar junto a él por enaltecer el legado de Martí, de nuestra Historia y del pensamiento cubano, como el baluarte que siempre fueron y que entonces advertía imprescindible destacar, de cara a los nuevos desafíos y al futuro de la Revolución, se inició una nueva etapa de mi

¹ Palabras que pronunció el Dr. Ismael González *Manelo*, en el Panel de Homenaje titulado «El ideario de José Martí en el pensamiento y la acción de Armando Hart», celebrado en el marco de la 26 Feria del libro, en el Centro de Estudios Martianos, el 16 de febrero de 2017.

vida, de la que siempre me consideraré deudor. Por eso cumplo hoy con honda satisfacción la encomienda recibida, y lo haré subrayando un ángulo singular de su gestión política y cultural, que estoy persuadido merece ser estudiado en el futuro.

Quien se adentre en la papelería de Hart, celosamente atesorada, y que va socializándose gracias a pertinaz empeño, podría plantearse probar que la legítima afirmación de su «pasión por Cuba» bien pudiera complementarse con su pasión por Nuestra América. Son muchas las circunstancias y diversos los escenarios, a lo largo de su ejecutoria, en que sus ideas, textos y acciones se imbrican —como en realidad ha estado siempre— la causa cubana con los destinos de América Latina y el Caribe, atendido a cada época y contexto, procurando la eficacia de sus mensajes y su permanente hacer, en los que José Martí se presenta de muy variados modos, nutriendo siempre la esencia.

Sabemos que esta vinculación, que tempranamente nuestro Apóstol reveló, permitió a los cubanos otorgar a su contienda el alcance continental que apenas se advertía, a la vez que llamó la atención de las jóvenes repúblicas acerca de una gran causa común, emanada de orígenes, historias y peligros compartidos, en que no debía soslayarse el papel de las Antillas y de su isla mayor, como tampoco la proyección universal de nuestra entonces joven región. Esa lección martiana vamos a encontrarla en el quehacer de nuestro homenajeado con suficiente fundamento, como exigen los auditorios ante los que debió ser expuesta.

Sus aportes en el ámbito del sistema de Naciones Unidas, y en particular de la Unesco, constituyen un cuerpo referencial indispensable en materia de políticas culturales al servicio de la Humanidad. He seleccionado, a modo de ejemplo, pasajes sobre el cardinal tema de las identidades, tomados de un trabajo presentado en este contexto; cito —y advierto que lo haré profusamente en estas notas, pues trato que revisitando sus textos quede demostrada mi propuesta—:

Sólo a partir del reconocimiento pleno de la identidad cultural de los individuos y las comunidades de hombres es que se puede garantizar la fortaleza, el enriquecimiento y la diversidad de opciones y alternativas. Nuestro concepto de universalidad se expresa como complejo de identidades. El reconocimiento de cada una de ellas es la garantía de que se asume lo universal de una forma cabal. Obviamente, tal comprensión comienza con el culto a la dignidad plena de cada hombre o mujer.

Cuando Martí postulaba como ley primera de la república el respeto de los cubanos a la dignidad plena del hombre, estaba exal-

tando su vocación de universalidad. Cualquier diálogo sin este presupuesto de carácter cultural significa excluir a los demás.

No hay otra lógica para asegurar el respeto a las identidades que la de defender el derecho de todos los hombres y comunidades humanas a una civilización más alta. Si no se exalta este derecho, se estarán generando exclusiones. Cuando esto ocurre, con independencia del principio ético violado, se produce un atraso y un perjuicio tanto para la identidad agredida como para la agresora.²

Por supuesto, no ha escapado a ustedes la contundencia de su reflexión ante tan entendido auditorio de la diplomacia multilateral. Pero el orador no quedó ahí, como se puede leer más adelante:

Para transitar el camino del futuro es necesaria, pues, una síntesis universal como la que ningún país aislado, ni siquiera un continente por sí solo puede lograr. El acento que objetivamente tienen los valores espirituales y morales en el desarrollo histórico de América Latina y el Caribe constituye su elemento distintivo y su aporte especial a la cultura universal. De esto se deriva el peso que se le da en nuestra tradición a la educación y a la cultura.

Para estudiar el significado de lo que representa esta cuestión en relación con las contradicciones entre las dos Américas, reflexionemos sobre las enseñanzas martianas con respecto a Estados Unidos. La lección principal que nuestro Héroe Nacional recogió en ese país fue haber descrito y denunciado cómo andaban allí divorciados el desarrollo material y el crecimiento de la vida espiritual y moral.

El denominador común de Nuestra América encuentra su fundamento en una historia y un destino; una historia de saqueo, subdesarrollo y depredación por parte de metrópolis antiguas y modernas, y un destino de liberación cuyo núcleo se halla en una tradición espiritual que se propone como culminación la realización de una utopía realizable hacia el futuro de la integración regional.

En nuestro caso (precisó entonces), integración no apunta únicamente a conjugación de intereses económicos, o a la creación de áreas de libre comercio, como es usual en esta contemporaneidad que ha visto nacer bloques de naciones, o más bien, agrupaciones regionales del capital financiero.

² Todas las citas utilizadas en este prólogo provienen de documentos del archivo personal del Dr. Armando Hart Dávalos, gentilmente facilitados.

Integración significa el proceso de reconocimiento de una identidad y de la comunión de una proyección universal. Integración es también luchar por ideales de solidaridad y justicia social y por preservar esa identidad de las fuerzas exógenas que la erosionan y desgastan.

Aquí dejo, por razón de tiempo, este estimulante texto, pues he querido privilegiar y destacar el apostolado latinoamericanista del autor en un ámbito estrictamente regional, concentrándome en un peculiar espacio gestado y construido, protagónicamente, desde finales de los 80 del pasado siglo, por el fundador del Ministerio de Cultura en Cuba.

Me refiero, como muchos ya habrán comprendido, a los Foros de Ministros y Altas Autoridades de Cultura de América Latina y el Caribe, instancia que merecidamente le reconoció su aporte en sesión celebrada en República Dominicana, en el año 2001. Allí, consciente de que «toda la gloria del mundo cabe en un grano de maíz», con su proverbial modestia expresó:

Asumo este inmenso honor con el fin de subrayar que la iniciativa de organizar y promover reuniones de ministros de Cultura de América Latina y el Caribe no corresponde a mí en particular, sino a Cuba y a su voluntad histórica de trabajar a favor de la integración de la «República moral de América», como lo soñó José Martí. A ello contribuyó la coordinación estrecha con diversos países a los cuales les estamos sumamente agradecidos. Mi saludo especial a los ministros que colaboraron en estos empeños. Todos por igual merecen este reconocimiento.

Acepto, con gratitud, este homenaje para destacar que «Somos un pequeño género humano» como nos caracterizó El Libertador Simón Bolívar, que constituye, en los umbrales del tercer milenio, la principal reserva potencial de cultura espiritual del hemisferio occidental y, en general, (de) la civilización que comenzó a gestarse hace entre 1 500 y 2 000 años en la cuenca del Mediterráneo.

Y como buen combatiente, no desestimó la posibilidad que el homenaje brindaba, y enseguida pasó a la ofensiva; veamos:

Poseemos una tradición intelectual que aspira a la integralidad del saber y a hacer prevalecer el amor en las relaciones entre los hombres y las naciones. Esta tradición está en el sustrato del sentir,

pensar y actuar de los grandes próceres y pensadores de nuestros pueblos.

Tenemos todos nosotros el inmenso honor y la grave responsabilidad de representar esa cultura, pienso que para hacerla prevalecer surgieron y se desarrollaron las reuniones de ministros de Cultura de América Latina y el Caribe. La integralidad de la cultura, fundamento de su dimensión ética y humanista, el papel de la educación, la validez de las conclusiones acerca de lo que José Martí llamó «la ciencia del espíritu y los hechos espirituales» y la «utilidad de la virtud», están en el hilo conductor de la historia intelectual de América.

Por nuestras tierras comenzó la Edad Moderna y tras el dramático proceder de conquistadores y colonizadores, y combatiendo contra su dominación, emergió un perfil nuevo del hombre inspirado en el ideal de redención de una manera radicalmente universal. Creamos y desarrollamos una cultura con el acervo más antiguo de América, la del pueblo preconquistado, es decir, con los indios que son parte inseparable de nuestra América. Martí advirtió que hasta que no se incorporara el indio a la lucha no se alcanzaría la independencia plena.

Y ahí tenemos de nuevo a Martí, en ocasiones implícito sustancialmente, y en otras citado o referido, como cuando toca nada menos que el drama del indio en nuestra América, y su enfática sentencia, de tanta significación ante las autoridades oficiales de la cultura que allí lo escuchaban, muchas en deuda con tan relevante como aplazado asunto en sus respectivos países.

Me animo a proponerles que echemos interiormente una mirada retrospectiva a los gobiernos de la región, seis lustros atrás, para juntos constatar cuán lejos —para la gran mayoría— estaban sus políticas del imaginario integracionista, y sobre todo qué limitada era su posibilidad de reconocerse como región, sin la presencia de «la América que no es nuestra».

No obstante, una sagaz evaluación y una osada convocatoria, dieron lugar a aquel primer encuentro de Brasilia, justo en 1989, de fecundos resultados, gracias también a la sabiduría que encerraba el mensaje y el despliegue del líder cubano, cuya autoridad emanaba de la obra cultural de su país, y del propio prestigio que al experimentado ministro le reconocían, acrecentado por su probada vocación de servicio a la Patria Grande.

Precisamente de su mensaje a aquella primera cita articuladora, cuyos resultados debían asegurar —en primer lugar— que no fuera la única, extrajimos ciertos pasajes reveladores, que uno bien puede imaginar la atención —y hasta la perplejidad— con que fueron escuchados; oigamos:

Hace falta la luz de la cultura, de nuestra tradición, de nuestra historia latinoamericana, para iluminarnos el camino. Hagamos un alto, dejemos por un momento al lado las diferencias ideológicas que puedan separarnos y pensemos en todos los elementos de identidad y de cultura que tenemos y pueden unirnos. Las mejores ideas y los mejores esquemas serán aquellos que nos permitan enfrentar, en la América Latina y el Caribe, el presente y el futuro de forma unida. No hay para nuestros pueblos otra solución que la unidad. La hemos estado buscando por las vías políticas y se han realizado enormes esfuerzos, pero se han encontrado graves dificultades. La hemos estado planteando por las vías económicas y, en especial, por el rechazo a la deuda externa, y no se han encontrado fáciles caminos de comprensión. La planteamos ahora por las vías de la cultura y de la promoción y exaltación de nuestros valores artísticos, intelectuales y morales.

Unamos todos los esfuerzos de nuestros estados y de nuestros pueblos para promover, en la intelectualidad latinoamericana y con los fundamentos de nuestras tradiciones, la reflexión acerca de nuestro presente y de nuestro futuro, sobre la base del respeto a nuestras identidades culturales nacionales y regionales. Recorramos este camino para abrirle paso al entendimiento, a la comprensión y, en definitiva, para que nuestro continente pueda desempeñar un papel en el mundo de hoy y de mañana. Se está hablando, en la actualidad, de la modernidad en el plano de la política y de la cultura. No hay modernidad genuina, de índole universal, si no entra en el debate y el análisis el papel de la cultura y de la tradición histórica de América Latina y el Caribe.

La cultura y su promoción no podrán resolver los problemas. Estos solo pueden resolverse por la voluntad unida de nuestros pueblos y estados y, aun así, resultará difícil. Pero la cultura y su promoción pueden ser un elemento clave para nuestra unión y, en especial, para ilustrar acerca de los rumbos a seguir, así como para fortalecer las fibras morales de nuestras sociedades sobre el fundamento de la dignidad, de la justicia, de la admiración eterna a los forjadores de nuestras naciones.

Y por este camino llega a aseverar el ministro cubano:

No hay más alternativa que la unidad o la muerte. No hay más solución que la de la vida, y la vida solo podrá ser válida con la unidad de nuestra América. Afirmémonos como latinoamericanos y caribeños y andemos por ese camino en un haz apretado, unidos «como la plata en las raíces de los Andes», para recordar la frase de Martí.

Y para ser consecuente con ese legado martiano, en ese mensaje estratégico —que, por cierto, también tácticamente recogía ocho abarcadoras propuestas, muchas que todavía pautan nuestros afanes integracionistas—, ya casi hacia al final de su alocución, añadía un nuevo elemento, aún más inquietante para sus homólogos de la región:

En septiembre, conmemoraremos el centenario de la fecha en que el Héroe Nacional de Cuba anunció, en la Primera Conferencia Panamericana de Washington, los peligros que sobre América Latina caían con la expansión norteamericana. El desarrollo del siglo xx ha confirmado su visión. Los cubanos aspiramos a que se esclarezca culturalmente el carácter y la profundidad de esos análisis.

Para inmediatamente concluir así:

En fin, amigos ministros y dirigentes estatales de la cultura, vayamos a lo nuestro, a los primeros pobladores de América, a quienes les siguieron después, a quienes iniciaron la lucha por la emancipación del yugo colonial europeo, y reflexionemos sobre nuestro pasado inmediato, nuestro presente y nuestro futuro, como la única manera de ser dignos herederos de la tradición espiritual y cultural de nuestra América y de responder a nuestros deberes universales.

Si conviniéramos en la existencia de una suerte de «metodología martiana» para convocar a un fin político superior, y diseñar cómo alcanzarlo, es posible que esta pieza oratoria —como también lo sería su ejecutoria en esos años subsiguientes— pudiera tomarse como paradigma. Lo cierto es que aquella cita por iniciativa resultó simiente de una tradición de «Foros» —animada decisivamente por Hart— que se extendió justamente hasta devenir en las recientes Reuniones de Ministros de Cultura de la Celac (Comunidad de Estados Latinoamericanos y Caribeños).

No debe soslayarse que entonces, y por casi un cuarto de siglo, aquellos Foros resultaban una pieza rara y aislada, si tenemos en cuenta el contexto hemisférico, pues a aquellos encuentros asistieron autoconvocadas las autoridades culturales, sin asidero institucional de esquema de integración regional alguno; valga, a propósito, reconocer el apoyo recibido en todos esos años de la Unesco, y en particular de su ORCALC.

Súmense a esta peculiaridad, y bien merecen subrayarse, la afirmación en estos Encuentros del protagonismo del Caribe, y muy especialmente no haber considerado la presencia o pertenencia de Canadá y de Estados Unidos, lo cual representaba —si bien sobre bases profundamente culturales— un inusual desafío a la geopolítica continental tradicional.

Sería prematuro considerar cuánto tributó esta práctica al mejor conocimiento, a la confianza, al ejercicio de la unidad en la diversidad, al tendido de puentes, a la vocación solidaria de cooperación entre las naciones y los gobiernos latinoamericanos y caribeños, que están en la base y permitieron el surgimiento de la Celac, pero desde ya sí podamos reconocerla como un aporte a la más importante construcción política colectiva que hayamos logrado y que ahora, en los complejos tiempos que corren, estamos en el deber de cuidar y preservar.

Soy consciente de haberme extendido, pero si se trata de destacar la presencia martiana en tan insigne intelectual, ha de verse también en sus actos, y estoy convencido que este escogido es un relevante ejemplo de su apego al ideario y a la práctica política de nuestro Héroe Nacional.

Como era de suponer, muy pronto —precisamente en el complejo 1991— los ministros se reunirían en La Habana, y en su encuentro participaría el Comandante en Jefe, articulador por excelencia de la unidad; al inaugurarlo, con sencillas palabras, expresó entonces el compañero Hart la vocación nacional de este modo:

Como cubano, puedo decirles que todos nosotros, quienes junto a Fidel Castro emprendimos los empeños generosos de estas últimas décadas de historia patria, y las nuevas generaciones que hoy nos acompañan, desde niños o adolescentes, sentíamos a nuestra área geográfica como la patria grande que soñó Bolívar y que nos enseñó José Martí.

Y más adelante, al referir la I Cumbre Iberoamericana, celebrada poco tiempo antes en Guadalajara —con la devoción de siempre—,

consideró esencial compartir con los asistentes la visión que en ella expresara su jefe y guía, también nuestro; cito:

En este punto, el presidente Fidel Castro destacó, en su mensaje a la Cumbre: «Si aún nos queda un largo recorrido para alcanzar la integración económica, en el que es preciso superar innumerables inconvenientes objetivos; si el camino hacia la unidad política es todavía más dilatado y los obstáculos pueden resultar de mayor envergadura, ¿qué duda cabe de que un importante paso en la imprescindible e inevitable unidad de nuestros pueblos ha de ser dado en el terreno de la cultura, de las ideas, de la identificación espiritual?»

Sea este recuerdo hoy, reafirmación de la presencia del compañero Fidel y de la trascendencia de su legado, y también sea reconocimiento de la lealtad que destaca en la vasta trayectoria de nuestro homenajeado.

Nos detendremos ahora en el VII Foro, celebrado en Trinidad y Tobago cuando corría nuestro difícil año 1994, de ahí que el mensaje del ministro de Cuba registrara con Martí la excepcionalidad de la hora:

Cuba sólo puede ser útil a América (dijo entonces) en tanto sea independiente, soberana y obre con criterio propio. Esta es la esencia del problema que tenemos ante nosotros y para abordarlo, nos guiamos por la sabiduría de José Martí. Nadie como él desentrañó con tanta lucidez la compleja trama histórica que se tejió desde los finales de la pasada centuria en relación con la configuración del orden internacional prevaleciente en el siglo xx. Nadie como él dibujó en aquella época los peligros que nos acechaban y el drama que se le avizoraba al mundo.

Sus postulados constituyen un legado irrenunciable para nuestro país. Parecen elaborados para los días que corren. Sólo basta recordar aquella expresión suya: «Un error en Cuba es un error en América, es un error en la humanidad moderna».

Pero si aún debiéramos aportar elementos que comprueben la filiación martiana de este consecuente discípulo del Maestro, y la sagacidad al hacerla efectiva en su vida y su obra, tenemos ante nosotros un extraordinario texto suyo, presentado precisamente en su última comparecencia como ministro en estos Foros, en la Nicaragua, en la Latinoamérica y el Caribe, de 1996. De él sólo extraeremos un breve

pasaje, apenas para mostrar la coherencia de su apostolado permanente, cimentado en convicciones y moral. Leamos:

José Martí caracterizó el desafío. La contradicción no es entre civilización y barbarie, sino entre falsa erudición y la naturaleza.

Así la cultura, cuando se corresponde con intentos de dominación es falsa erudición y por consiguiente agrede a la propia naturaleza, y cuando se identifica con el ideal de liberación humana se revela como una segunda naturaleza, es decir, la genuinamente humana. Debemos acabar de entender que la cultura no es accesoria a la vida del hombre, está comprometida con el destino de la humanidad y situada en el sistema nervioso central de las civilizaciones. [...]

Hay necesidad de entender y asumir una verdad a la que no se le ha extraído toda su riqueza: el amor es la fuerza creadora de la vida. A escala de los intereses de cerca de seis mil millones de seres humanos que pueblan la Tierra, lo único realmente racional es caracterizar la justicia como el sol del mundo moral, tal como postuló uno de los fundadores de la escuela cubana, José de la Luz y Caballero. A los progresos científicos y tecnológicos hay que incorporarles el amor y la solidaridad universales. Esta sería la genuina coronación de la razón y de la paz.

Hace falta un programa matriz de todos los programas, el de la alfabetización ética, que supone la preservación del patrimonio espiritual más importante de la civilización, es decir, el hombre. Se exige una síntesis de la historia cultural del universo como la que puede promover hoy nuestra América.

Tras veinte años, podemos advertir que ese «hoy» de entonces sigue siendo un imperativo, quizás mayor en las complejísticas condiciones en que —una vez más— nuestra región, el hemisferio y el mundo se desenvuelven.

Ciertamente el afán y la necesidad de justicia han estado en el centro de las luchas emancipadoras del hombre, y aún gestan y guían los diversos y complejos procesos sociales y políticos que actualmente procuran hacer avanzar la Historia. Sin duda, al compartir el Dr. Hart con aquel auditorio el cardinal postulado que nos legara Luz, muestra su intención de reafirmar el papel cardinal de la justicia y la moral, del derecho y de la ética, que vamos a encontrar en todo su quehacer y en sus concepciones profundamente humanistas.

Quizás sea esa síntesis que advierto, la que me llevó a expresar recientemente —en televisión— algo que hoy me permito repetir en el lugar idóneo: pienso que si nos propusiéramos corporizar ese iluminador precepto, bien pudiéramos encarnarlo en la persona, en la vida, el pensamiento y la obra del excepcional revolucionario que es Armando Hart, raigalmente martiano y fidelista, al que abrazo con estas palabras, desde un profundo respeto y mi imperecedera gratitud.

Dr. Ismael González

1

[La Revolución cubana hizo posible que nuestro país ostente uno de los premios literarios más prestigiosos del mundo: el Premio Casa de las Américas].³

En nombre del Ministerio de Cultura, les damos un saludo fraternal y revolucionario a los miembros del Jurado del Premio Casa de las Américas 1977. Esta institución cultural y su evento más importante, el premio literario anual, llevan ya dieciocho años de existencia y disfrutan de merecido prestigio en todo el mundo.

No hay un jurado internacional que sirva de juez supremo para todos los premios literarios que existen. No es fácil premiar a un premio. Quizás solo la historia del movimiento cultural e intelectual, en definitiva, podrá dictaminar sobre el mérito de los diversos premios literarios. Pero estamos seguros de que si tal jurado se constituyera, el Premio Casa de las Américas tendría derecho a ganarse uno de los primeros lugares entre los eventos literarios de este carácter.

Si como ministro de Cultura del Gobierno de Cuba me considero en el deber de decir este año unas palabras a ustedes, ninguna razón puede impedirme subrayar que la Casa de las Américas, con su premio literario y su obra intelectual, ha conquistado, para el movimiento cultural cubano y latinoamericano en general, importantes victorias ideológicas, políticas y literarias. Solo razones de índole muy personal —bien conocidas por ustedes— podrían limitarme en cuanto a hacer esta afirmación. Pero creo que destacarlo con toda sinceridad y con toda responsabilidad es obligación indeclinable del ministro de Cultura del Gobierno cubano.

La Casa de las Américas ha realizado y realiza tareas que le confieren un rango internacional de suma importancia. Pienso en sus encuentros de escritores, artistas plásticos, músicos, teatristas; en sus exposiciones y conciertos; en sus libros y publicaciones periódicas, en especial la revista *Casa...* A la cabeza de estas tareas se encuentra el premio cuyo jurado se constituye hoy.

El Premio Casa de las Américas, en su género, es el más importante de nuestra América —incluyendo en ella, por supuesto, al Caribe, y también a las comunidades de hermanos nuestros que viven en las entrañas del monstruo, como los chicanos y tantos puertorriqueños—,

³ Versión de las palabras que pronunció al dejar constituido el jurado del Premio Casa de las Américas, el 17 de enero de 1977, y publicadas en forma de folleto con fecha 18 de enero del año citado.

y es, también, uno de los premios literarios de mayor fuerza en el mundo.

Y hay que preguntarse cómo ha sido posible que nuestro pequeño país, subdesarrollado y sometido durante años a la explotación y la deformación imperialista, haya conquistado para su movimiento literario e intelectual un triunfo como el que significa la tarea de la Casa de las Américas.

Desde luego que la primera razón es la Revolución misma. En la Cuba neocolonial y sometida a la penetración imperialista, pensar que el país pudiera organizar un premio y una institución cultural del prestigio internacional de la Casa de las Américas, era desde luego totalmente utópico. No cabría ni en la imaginación del más soñador de nuestros intelectuales de hace veinticinco años. Solo el socialismo podría hacer realidad este hecho, porque solo la Revolución socialista está interesada en premiar y difundir las mejores creaciones del movimiento intelectual; porque solo en el socialismo se brindan las condiciones para que se exalten los mejores valores de la cultura.

Pero, naturalmente, para que esta posibilidad se transformara en realidad, hacía falta además aplicar una política profundamente socialista dentro del movimiento intelectual. Y esto es lo que ha venido haciendo, con dedicación y constancia, durante sus dieciocho años de existencia la Casa de las Américas.

Si la Revolución hizo posible que el país dispusiera de uno de los premios literarios más prestigiosos del mundo, la Casa de las Américas, con firmeza, convirtió en realidad tal posibilidad.

La política de la Casa de las Américas, en cuanto al Premio, ha consistido, entre otros aspectos, en procurar la más rigurosa selección del Jurado: selección basada en el valor intelectual de sus participantes. Inspirada en una comprensión marxista de los problemas de la cultura, la Casa de las Américas ha aplicado una línea de amplitud política en la selección del Jurado. Ha procurado, sí, honradez, rectitud de principios; y, por supuesto, los jurados han sido en general hombres y mujeres de izquierda. ¡No podía ser de otra manera! Por cuanto, incluso, viajar a Cuba y participar en un jurado en nuestra patria, durante todos estos años, necesariamente tenía que implicar alguna inclinación hacia la izquierda.

Pero, además, ¿es posible concebir un intelectual honrado en nuestros pueblos de América que no esté inclinado hacia la izquierda o que no tenga al menos simpatías por las ideas socialistas o de izquierda en general? Parece difícil en las condiciones del mundo

actual, y especialmente de nuestros pueblos de América, y dado el ascenso general de la cultura en el mundo, concebir un intelectual sincero y consecuente con su sensibilidad que no tenga alguna influencia ideológica del pensamiento socialista o de izquierda. Es que en nuestros días, es decir, en la época de tránsito del capitalismo al socialismo a escala internacional, el solo hecho de pensar profundamente en la literatura o de sentir con pasión y dedicación la belleza del arte, obliga a pensar y a sentir en la belleza y en la fuerza de las ideas del socialismo.

La sola vocación de reflexionar sobre la literatura y sobre el arte en la época moderna plantea a los espíritus elevados y sinceros, a los hombres y mujeres honrados y decididos, la cuestión del socialismo. En nuestros pueblos de América —y de ellos son prueba palpables los jurados—, no es fácil encontrar quién sienta vocación sincera y apasionada por el arte, interés profundo y honrado por la literatura, pasión por el movimiento cultural e intelectual, y que de una forma u otra, aun con tal o cual limitación o preocupación, no se haya planteado al menos alguna vez en su vida la cuestión del socialismo [...].⁴

Por eso la Casa de las Américas ha seleccionado siempre a los jurados dentro de los intelectuales de pensamiento democrático, de izquierda y socialista en general. Pero, repetimos, la Casa de las Américas no ha escogido a los jurados por su militancia política: los ha seleccionado por su prestigio intelectual y conocimiento profesional en el terreno artístico y literario, pero que en América suelen ir acompañados de posiciones antiimperialistas y de izquierda. Incluso, no debe dejarse de recordar que una de las canteras de donde se ha nutrido la militancia socialista y comunista en América Latina ha sido el sector intelectual.

Una vez seleccionado el Jurado, se ha insistido en no ejercer influencia de ningún tipo sobre su decisión. En medio de la enconada lucha de clases que en nuestro país ha venido teniendo lugar, y, en especial, por la repercusión de la misma en el plano ideológico y cultural, no ha sido siempre sencillo, fácil ni cómodo mantener esa política. No obstante esto, la política se ha mantenido con firmeza. Y se ha mantenido esa política de respeto irrestricto a las decisiones del Jurado, entre otras cosas, porque la Casa de las Américas ha confiado

⁴ Casi todas las indicaciones de elipsis en los textos transcritos ([...]) reflejan dificultades encontradas durante el trabajo con el material de audio original (pobre calidad del audio hasta llegar a ser inaudible, cambios de cinta, saltos en la grabación, etc.), o, en otros casos, delimitan comentarios de aclaración en cuanto al sentido del discurso. (Nota de la Edición).

en la honradez intelectual de los hombres y mujeres de letras e ideas seleccionados para integrarlo...

[...]

La Casa de las Américas ha logrado despertar amplias simpatías entre los intelectuales de muchos países por muy diversas razones. Obviamente la principal razón ha sido el prestigio de la Revolución cubana y de las ideas socialistas entre los intelectuales latinoamericanos.

Hay un factor que, contribuyendo a la autoridad del Premio Casa de las Américas y de la propia institución, mueve a la reflexión política. Es el siguiente: la Casa de las Américas, al mismo tiempo que auspicia el arte y la literatura más creativa, en ningún instante de su existencia ha rehuído librar una batalla frontal contra los enemigos del socialismo en el sector cultural. Esto le ha dado a la institución gran parte de su autoridad. Precisamente uno de los logros que más pueden satisfacer a los trabajadores de la Casa de las Américas es haber organizado la institución cultural latinoamericana de mayor prestigio, y sobre todo haberla convertido en un inexpugnable baluarte de las ideas del socialismo.

El Premio Casa de las Américas ofrece, como saldo de su política de dieciocho años, un altísimo número de obras literarias que han representado verdaderos aportes a la lucha revolucionaria de nuestros pueblos, y una defensa de sus intereses económicos, sociales y culturales. No ha de hacerse mención aquí de ninguna en especial, pero todos sabemos que resulta amplio el número de obras que, habiendo sido premiadas por el Jurado Internacional Casa de las Américas, han resultado importantes aportes a la difusión de las ideas revolucionarias, denuncias contra el imperialismo y defensa de los intereses económicos, políticos y culturales de nuestros pueblos.

La firmeza indeclinable de esta posición política y de principios no ha resultado incompatible con el desarrollo de amplias relaciones de colaboración con las más diversas instituciones y representantes del movimiento intelectual e incluso del político con interés en la cultura, cuya ideología no ha sido en muchos casos la de la Revolución cubana. Esta política de la Casa de las Américas no solo cabe mantener, sino seguramente que la institución tenderá a ampliarla.

Hay otro aspecto del Premio Casa de las Américas que consideramos importante destacar. Se trata de un premio para obras inéditas; es decir, no es solamente para los consagrados, sino para todos aquellos autores, de mayor o menor fama, que envíen al concurso obras no publicadas. Esto ha estimulado la creación intelectual y el surgimiento de nuevos valores de la intelectualidad latinoamericana.

Es decir, que el Premio Casa de las Américas ha generado un amplio movimiento de valores nuevos y jóvenes entre los intelectuales del Continente.

Pero también debemos señalar que a un concurso que premia obras inéditas, y en el que, lógicamente, participan numerosos valores desconocidos, también hacen llegar sus obras autores de amplia reputación. Es decir, que junto a los nuevos valores, escritores de merecida fama suelen enviar también sus obras al Premio, porque le reconocen su alta calidad. Y es que el Premio Casa de las Américas ha tenido la virtud de aglutinar a un conjunto amplísimo de valores intelectuales: conocidos unos, aún desconocidos otros. Los primeros han colaborado a elevar el prestigio del Premio; los segundos han podido ser descubiertos en virtud de él. Este reconocimiento de la importancia del Premio Casa de las Américas lo ratifica el hecho de que cada año crece el número de obras enviadas y el número de los países de los que se reciben dichas obras. Este año, por ejemplo, han llegado más de seiscientas cincuenta obras, provenientes de treinta países.

Este premio, como ustedes saben bien, no es un premio cubano: es un premio que da en Cuba la América Nuestra. Solo que Cuba, por el triunfo de la Revolución socialista, ha tenido la posibilidad de organizarlo. En la composición del Jurado se ha procurado siempre la más amplia participación de compañeros procedentes de las distintas zonas de nuestra América. Se trata, pues, valga la repetición, de un premio latinoamericano. Y es que la Casa de las Américas, con su premio y con sus otras actividades, ha tenido como objetivo central mantener vivos y activos los vínculos de nuestra cultura, y cohesionarlos estrechamente en medio de las difíciles condiciones que imponen las desigualdades sociales, políticas y económicas existentes. Esta tarea tendrá un valor histórico, y quizás sea el futuro lejano de nuestros pueblos, el que pueda apreciarlo en toda su verdadera magnitud.

Dentro de nuestro continente hay muy diversas expresiones culturales que vienen de múltiples raíces y se expresan incluso en distintas lenguas. Toda cultura es en cierta medida consecuencia del incesante movimiento de los pueblos que de un lado a otro de la tierra se han ido trasladando entrecruzándose, combinándose y creando valores artísticos, literarios, ideológicos, etc. En el fondo más profundo de este incesante movimiento han estado, desde luego, las necesidades de la vida material. Es decir, *en última instancia* —y subrayo *en última instancia*— y *en sentido general* —y subrayo a su vez la expresión

en sentido general—, las necesidades económicas han ido condicionado el surgimiento, desarrollo y entrecruzamiento de las distintas culturas.

En nuestra América, el proceso de aparición, entrecruzamiento y desarrollo de las culturas ha ido acompañado de intensas luchas sociales, económicas y políticas. De forma compleja y dialéctica, nuestras culturas han sido expresión de esas luchas. Unas veces han exaltado nuestra condición de pueblos independientes; otras, han combatido la deformación cultural a que nuestros explotadores han querido someternos.

Si el entrecruzamiento cultural ha sido un principio importante en la formación de toda cultura, en nuestro continente ese entrecruzamiento ha tenido un carácter universal. Este hecho nos debe incitar a la más profunda y detenida reflexión. Por otro lado, el proceso de formación de la cultura latinoamericana no ha concluido, ni puede decirse que ha llegado a su madurez. Aquel carácter y el hecho de que ese proceso de integración esté todavía en marcha, obligan a nuestros hombres de letras y de ideas a una comprensión cabal de sus responsabilidades universales. La América Latina no es un mundo cerrado sobre sí. No lo ha sido nunca. No lo será jamás. La cultura de nuestro continente ha de buscar por necesidad su relación con el resto del mundo [...].

A los países de este continente, Estados Unidos, desde la época de la Doctrina Monroe, ha querido hacernos padecer un protectorado político, ideológico y cultural, al que en todo momento nuestros pueblos ofrecieron tenaz resistencia. En buena medida, el desarrollo de nuestras culturas en los últimos 150 años ha estado acompañado de una lucha tenaz contra la penetración norteamericana. Pero la civilización burguesa de los yanquis, con todo su poderío, no ha podido, ni podrá jamás, aplastar ni absorber a los pueblos de nuestra América.

Por otra parte, en el apogeo de la civilización burguesa, algunos países capitalistas desarrollados de Europa ofrecieron la imagen de un gran progreso cultural. A los pueblos de América Latina y el Caribe llegó esa imagen. No hemos de negar que en cierta época histórica, y para determinadas ramas, significara algo realmente sugestivo. Esa imagen correspondió, efectivamente, en ciertos aspectos, a la realidad. Es decir, no fue, en cierta época y para ciertas ramas, una imagen deformada.

Sin embargo, aún en esa época, la realidad presentaba otra cara de la medalla: la cultura de los países capitalistas desarrollados estaba

encerrada en el marco de las relaciones burguesas de producción, limitada al círculo estrecho de un grupo reducido de países defensores del racismo y el nacionalismo burgués que, revelando una gran incultura, negaban, desconocían y aplastaban las extraordinarias producciones espirituales de los pueblos sometidos al colonialismo.

No es que deje de haber notables valores culturales en los países capitalistas desarrollados. Negar esto sería ignorar la enorme riqueza artística y literaria acumulada por esos países durante siglos. Sin embargo, la imagen del enorme progreso cultural que se alcanzó en los países de la civilización burguesa ya no corresponde a la realidad. Al menos, esa realidad no posee hoy la fuerza y la riqueza espiritual de hace cien o cincuenta años. La realidad ha cambiado, el mundo ha cambiado. Y es necesario que la visión de las cosas se identifique cada vez más con las nuevas realidades; es decir, con los cambios del mundo.

[...]

Una prueba más de la importancia que la Casa de las Américas concede a esa necesaria unidad de nuestros pueblos, lo ofrece el hecho de que este año, además de los premios habituales, concederá uno especial sobre el tema «Bolívar en Nuestra América»: un premio que fuera convocado el pasado año, al conmemorarse el sesquicentenario del Congreso de Panamá, donde el Libertador quiso empezar a hacer realidad ese vital proyecto de unión efectiva de nuestros pueblos, que fuera propósito entorpecido ya entonces por las maniobras de Estados Unidos.

[...]

El Premio Casa de las Américas ha coincidido este año con la reciente constitución del Ministerio de Cultura, lo que seguramente ha dado lugar a un interés por parte de ustedes acerca de sus planes y proyecciones. No es esta la ocasión para hablar del asunto. Solo queremos subrayar que la política cultural de la Revolución cubana está trazada. Se expresa en las palabras de Fidel a los intelectuales, en 1961; en las conclusiones del Primer Congreso Nacional de Educación y Cultura, en 1971; en los preceptos de la Constitución de la República que abordan la cuestión cultural, y en las Tesis sobre la Cultura Artística y Literaria del Primer Congreso del Partido Comunista de Cuba. Es una política que los trabajadores intelectuales de Cuba sienten como propia. Realmente, es también una política de ellos. Es la política de nuestro partido, la política de nuestra clase obrera, la política de nuestro pueblo todo. La tarea del Ministerio de Cultura

consistirá en propiciar la medida práctica para aplicar esa política. Una política que tiene sus raíces en el pensamiento de José Martí y que se orienta por el marxismo-leninismo.

No será esta la última ocasión en que nos encontremos. Tenemos interés en conversar con ustedes, formal e informalmente, acerca de la vida cultural en sus respectivos países. Tenemos interés en dialogar estrechamente con ustedes sobre los problemas del movimiento cultural cubano y de nuestra América. Esto que hemos expresado hoy aquí, esperamos que sea simplemente un primer encuentro.

Antes de terminar nuestras palabras, queremos destacar lo siguiente: ustedes contraen una gran responsabilidad con la decisión sobre los premios a otorgar. Todas las obras no serán, desde luego, premiadas. Pero ojalá que llegase a todos los que enviaron obras, sean o no premiadas, nuestro mensaje de estímulo y reconocimiento por la iniciativa y el interés de enviar al Premio Casa de las Américas su creación intelectual. Ojalá que todos los que hayan enviado obras, resulten o no premiadas, se sientan estimulados en el futuro a continuar en su labor y a seguir colaborando con el Premio Casa de las Américas.

¡Vaya, pues, a través de ustedes, un mensaje de saludo a los 650 concursantes del Premio Casa de las Américas 1977!

Por último, queremos agradecer a todos los trabajadores intelectuales de diversos países que, generosa y lealmente, han colaborado en estos empeños con la Casa de las Américas, por su cooperación. Agradecemos la presencia de ustedes en Cuba y el trabajo que van a realizar como Jurado. Permítaseme transmitir este agradecimiento muy especialmente a los que durante los años más duros del bloqueo visitaron nuestro país, participaron como jurados del Premio Casa de las Américas o enviaron obras a él y se mantuvieron fieles a esa solidaridad. Permítaseme además recordar con emoción a todos aquellos que habiendo sido miembros del Jurado o enviado sus obras trabajan activamente en la noble tarea de la lucha de sus pueblos por un futuro mejor. Rendimos especial homenaje en este momento a los colaboradores de la Casa de las Américas que se abrazaron fuertemente a la causa revolucionaria; les expresamos nuestro respeto a todos aquellos miembros del Jurado o participantes del Premio que en la lucha revolucionaria de estos años fueron sometidos a prisión o conducidos a la muerte, por la brutal represión burguesa. Recordamos aquí a los muchos trabajadores intelectuales de valer que hubieran estado entre nosotros, pero no han podido venir porque la represión política se lo ha impedido. Recordamos en este acto constitutivo del Jurado

a todos los trabajadores intelectuales de América que hoy sufren en las cárceles o están sometidos a los rigores del clandestinaje o del exilio.

Permítaseme un recuerdo especial para los combatientes cubanos del Ejército Rebelde que bajo la jefatura de Fidel obtuvieron, un día como hoy hace veinte años, la primera victoria militar de la Revolución cubana en el combate de La Plata. Y recordemos en fin, a los obreros, campesinos, estudiantes y pueblo trabajador de América que algún día logrará el gran ideal de la unidad continental de Bolívar y Martí.

Para los pueblos que ustedes representan, nuestra gratitud, nuestro respeto y nuestras mejores y más emocionadas palabras.

2 [La magna obra de Alicia reside en haber dotado a un país tan pequeño de un Ballet tan grande].⁵

[...]

La compañera Alicia nos informó en detalle de algunas cuestiones del viaje a Puerto Rico. Toda esta información nos ha hecho bien y nos ha hecho que los felicitemos a ustedes, no solo por su actitud o por su aporte cultural, sino por la batalla política e ideológica que ganaron. Es decir, que incluso en Estados Unidos ustedes ganaron una batalla cultural y realizaron una tarea cultural de enorme significado, de enorme significación; pero además, ocurrió en Estados Unidos, la presencia del Ballet Nacional de Cuba, en los momentos en que estaba más intensa la situación internacional por la cuestión relacionada con África y la política del Gobierno norteamericano en relación con Cuba y en relación con los problemas de África. Ustedes recuerdan que aquello estaba muy tenso. Y en los momentos en que mayor era la tensión, en esos días, desde el punto de vista político, la presencia del Ballet en Washington significó llevar la bandera [...] de las posiciones políticas de la Revolución; y desde luego, eso es posible porque en la medida en que el Ballet Nacional de Cuba es la excelencia en el arte, es buen arte, es que puede influir, porque si no fuera un buen arte no podría tener ninguna influencia.

Y debió ser muy emocionante para todos ustedes, y debió ser muy emocionante sobre todo para Alicia y para los compañeros de mayor tiempo en el Ballet, su presencia allí, y por el hecho de que Alicia había estado hace ya algunos años en aquel lugar, en Nueva York; el hecho de volver Alicia allá con la Revolución, con el triunfo de la Revolución cubana, casi a los veinte años del triunfo de la Revolución cubana, con nuestro Ballet.

Y lo que más me asombró a mí —lo voy a decir muy personalmente—, no es una conclusión cultural, sino una percepción personal, [...] lo que más me admiró de los comentarios que se hicieron desde el punto de vista cultural en esos diez días en Estados Unidos, y me agradó mucho, desde luego, es el realce de la personalidad de Alicia y el reconocimiento al valor artístico de Alicia [...].

Pero allí hubo, además de este alto reconocimiento, un reconocimiento al Ballet como institución. Desde luego, incluso recuerdo que

⁵ Versión de las palabras que pronunció en la reunión con el Ballet Nacional de Cuba, el 6 de septiembre de 1978.

hubo un comentarista asombrado de que un país tan pequeño tuviera un ballet tan grande. Y, desde luego, esto también es obra de Alicia y de todos los compañeros que durante todos estos años han trabajado en la dirección del Ballet, pero a mí me llamó la atención el hecho de que ellos reconocieran ya no solamente a la personalidad artística e individual, sino también a la institución y al Ballet como conjunto.

Asimismo, me llamó la atención el hecho de que destacaran ya no solamente la personalidad de Alicia, sino a las otras primeras bailarinas y a los otros artistas y técnicos. Se destacó bastante eso. Y yo vi que hicieron una información no solamente de Alicia, que es un valor reconocido, sino de los valores que han ido surgiendo en estos años en el Ballet de Cuba, porque creo que el mérito del Ballet es haber desarrollado inclusive también valores nuevos en el ballet. Así que estas dos cosas me llamaron la atención.

También me llamó la atención que al parecer ellos pensaban que el ballet podía haber introducido en Cuba aspectos no netamente cubanos, ¿no? Y el ballet, efectivamente, con su técnica, que no tiene un origen cubano..., pero bueno, la cultura nace en muchas partes del mundo, nace en todas partes. Pero ellos destacaron, por ejemplo, cómo había elementos profundos de cubanía y en algunos aspectos los subrayaron. Y esto a ellos les llamó la atención. Y a nosotros, que a ellos les llamara la atención, también nos agradó mucho. Así que el deseo del Ballet de formar parte esencial de la cubanía —y en algunos elementos se veía, en algunos aspectos se apreciaba—, y que ellos lo pusieran en algunos comentarios, también me llamó la atención.

Nos dicen, por la información que tenemos de lo de Nueva York, lo de Washington, lo de Canadá, que hubo una aceptación muy grande y sin grandes problemas de tipo..., pudiéramos decir, de contrastes políticos con la gente allí; porque, incluso, según la información que tenemos, algunos de los elementos negativos que fueron por allí después hasta se metieron a ver el Ballet. Y eran minoría. Según la impresión que tenemos esto no tuvo significado.

Entonces está el otro viaje que hicieron ustedes a Puerto Rico. Este viaje a Puerto Rico tiene una significación cultural, pero también una significación política muy profunda; diría que su significación política es mucho más profunda por cuanto es obvio que en Puerto Rico muchos de los contrarrevolucionarios cubanos se han adueñado allí de resortes importantes en la divulgación, en la formación cultural, en la prensa, en los medios masivos. Y allí parece que, efectivamente, se logró una batalla política muy grande, muy fuerte. Incluso tenemos información sobre eso, no solamente por la que nos dan allí y la que

nos dan Alicia y los compañeros que fueron del Ballet, sino por la información cultural: en la prensa, en los medios masivos —y recordemos que los contrarrevolucionarios cubanos se han apoderado allí de todo eso—. Y sabemos que fue un encontronazo fuerte, incluidos algunos detalles simpáticos, como cuando le preguntaron a Alicia en aquella rueda de prensa si ella era comunista, y la respuesta que dio Alicia: «bueno, pues sí, ¿usted no lo sabe? Sí, yo soy comunista pero aquí venimos no a hacer política, sino a bailar». Yo creo que, ante esas preguntas, Alicia estaba haciendo la mejor de las políticas, allí en ese ambiente, al hablar de esa forma. Y simpático también, cuando algunos contrarrevolucionarios, para insultar a Alicia, le gritaban: «comunista, comunista», como si le lanzasen un insulto. Eso es algo que realmente es digno de la anécdota, porque para ellos tiene esa connotación.

Pero lo cierto es que el teatro se llenó y que hubo un gran entusiasmo; lo cierto es que el Colegio de Abogados tuvo una actitud firme en todo esto, y nos cuentan que la gran discusión en Puerto Rico fue sobre si el gobernador iba o no iba a la función. Y después, primero que si iba a ir el presidente del Senado, que si iba a ir el alcalde, pero luego el gobernador no fue o no iba a ir, y entonces el alcalde y el presidente no fueron..., pero no importa que no fueran el alcalde y el presidente del Senado, de todas maneras aquello fue una noticia que causó conmoción allí, y desde el punto de vista político se libró una batalla muy interesante que yo creo que tiene también importancia desde el punto de vista de la lucha que está librando Puerto Rico por recuperar su nacionalidad. En estos momentos Puerto Rico está librando una importante batalla por su nacionalidad en las Naciones Unidas, de manera que hemos visto cómo con un arte de alta calidad se pueden librar batallas políticas importantes para la Revolución, y cómo el Ballet ha desempeñado ese papel y puede seguirlo haciendo en el futuro.

Y hay algo del Ballet que nosotros sí queríamos subrayar aquí y es lo siguiente: en Cuba, antes del Ballet Nacional, antes del Ballet de Cuba, no había esa tradición de ballet, no había tradición de ballet, y, sin embargo, en el país se ha hecho ya una cierta tradición de ballet. Es decir, que eso prueba que las tradiciones artísticas se pueden ir creando cuando hay un arte de calidad, se pueden ir formando aún cuando no exista con anterioridad, mediante un trabajo de formación de bailarines y de cuadros, y de un trabajo en que ha habido no pocas dificultades e inconvenientes, porque ustedes saben perfectamente que en todo este trayecto y en todos estos procesos y cuestiones, ma-

nejar grupos de gente es difícil. Y no todo es fácil ni sencillo, ni todo es de un color de rosa, pero lo objetivamente cierto —y nosotros tenemos que mirar las cosas objetivamente por sus resultados concretos— es que con este recorrido por Estados Unidos, por Canadá y por Puerto Rico, el Ballet de Cuba se ha situado como una institución cultural que con un gran arte ha hecho una buena política, y esa es la esencia del planteamiento que tenemos que hacer en el Ministerio de Cultura: que, efectivamente, tenemos que hacer un trabajo político e ideológico, y que pueden desempeñar las instituciones culturales un papel político e ideológico de gran significado, pero lo harán en la medida en que se trate de buen arte. Esa es la lección más importante que nosotros podemos señalar aquí, porque si no es buen arte no puede influir, si no es arte de calidad no puede influir políticamente; a veces se puede situar en puntos antagónicos el arte y la política. Nosotros tenemos el criterio de que se puede hacer buena política en el arte cuando hay buen arte; si no hay buen arte es difícil hacer buena política. Así que nosotros no podemos poner esto como puntos antagónicos.

No ha sido solo el Ballet el que ha hecho algunos recorridos en estos meses. Yo debo decirles que en estos meses se han enviado hacia fuera una serie de organismos culturales, de instituciones culturales; a los mismos Estados Unidos, donde ustedes estuvieron. Allí estuvieron un grupo de cine y el Grupo Moncada, que hicieron recorridos importantes; allí estuvo Silvio y ganó la Trova, que tuvo una repercusión muy grande; allí estuvieron ahora recientemente los Iraqueres, lo que tuvo también una significación. Y debo decirles lo siguiente, para que ustedes valoren la repercusión que tuvo en Estados Unidos esta cuestión:

Hace algunas semanas, debe haber sido más de un mes, estuvieron por aquí los dirigentes de la Columbia Broadcasting System; el presidente que se ocupa de toda la esfera del disco y de la música, para discutir con la Egrem el problema de grabar un disco de los Iraqueres. Ellos se entusiasmaron mucho con los discos de los Iraqueres, y están muy interesados en la música cubana, y les voy a explicar después el por qué de este interés. Entonces, ellos querían grabar un disco de los Iraqueres y llevarlo al mundo entero; decían que iba a causar una gran conmoción. Nosotros les dijimos que nuestro inconveniente era el bloqueo, que incluso desde el punto de vista cultural [...].

Pero lo interesante para ustedes es lo siguiente [...]. Ahora está en alza y ahora hay interés por la cultura cubana que se hace en la Isla,

por el efecto que ha producido lo del Ballet. Les digo esto como un aliento proveniente del éxito que allí tuvo el Ballet de Cuba.

[...]

Por una razón de justicia, de justicia plena, los treinta años del Ballet hay que conmemorarlos como corresponde por su significación.

Y dada la significación internacional que el Ballet ha tomado, la conmemoración puede ser un acontecimiento de carácter de repercusión internacional; que realmente sea la coronación de todo un proceso de trabajo de tres décadas y que realmente esté a la altura del Ballet y a la altura de la cultura de la Revolución, para reflejar allí lo que la Revolución ha hecho en materia artística, porque en buena medida hay que decir que el Ballet es el Ballet de hoy, por la Revolución. Porque es verdad que el Ballet hubiera seguido siendo una institución si no hubiera triunfado la Revolución, hubiera podido seguir siendo una institución de importancia, pero con muchísimas limitaciones. Y ya lo era antes, antes del triunfo de la Revolución era una institución de importancia, pero las limitaciones eran obvias; no se podía haber extendido en la forma en que se ha extendido, ni organizado en la forma en que se ha organizado si no hubiera sido por la Revolución, y esto es ampliamente conocido, y por eso nosotros creemos que al VI Festival de Ballet debemos darle la mayor significación posible: significación cultural y significación política. Esto nos es útil a nosotros para incitar a otras instituciones culturales a emprender también un trabajo similar, o sea, que la experiencia del Ballet sea como una brújula para otras instituciones culturales.

Ustedes deben saber que se tomó la decisión —ya concretamente— de que en la sede del Ballet, el García Lorca, también radicaran la ópera y el grupo lírico, de y que la compañera Alicia Alonso fuera como una directora general de todo esto. Así que ya la compañera Alicia Alonso no será solamente una bailarina, sino también una directora general de la ópera, del ballet, de los líricos...

Pero a este hecho nosotros queremos darle también significación por lo siguiente: queremos hacer notar cuál es la organización que aspiramos a darles a las instalaciones escénicas, y a las de teatro y a las culturales.

Hace meses nosotros estuvimos allí con Alicia y con un grupo de compañeros, y hablamos de esto informalmente, pero ahora ya habrá que formalizar esta decisión. En mi opinión, hay que aprovechar el 30 Aniversario del Ballet para formalizar esta institución del García Lorca. Señalamos esto porque es nuestro propósito que el García

Lorca y todas las instituciones de este carácter cultural funcionen dirigidas por compañeros con autoridad artística.

[...]

Pero lo más importante no son los detalles aquí y allá que siempre nos llevan un gran trabajo; lo más importante es el conjunto, el resultado general y el resultado final, y eso es lo que yo quería recalcar aquí hoy: el resultado esencial, final, de todo este proceso, y pedirles que sigan trabajando para desarrollar cada vez más un mayor arte de ballet en nuestro país, de acuerdo con los principios de nuestra Revolución; y decirles, por último, algo que ya les hemos explicado, pero que queremos subrayar antes de concluir, y es que el trabajo o la influencia política que pueda tener el Ballet estará en consonancia con su influencia artística. Si el Ballet no tiene influencia artística, no tiene influencia política; y para tener influencia artística, tiene que ser un Ballet cada día de mayor calidad, de mayor nivel. Así que felicitamos a todo el colectivo por todos estos éxitos, los felicitamos a todos... no quiero mencionar nombres, porque al hacerlo a veces se le escapan a uno, y después queda este y queda el otro; pero el de Alicia sí, porque Alicia es Alicia, aunque sé que hay un grupo grande de futuras promesas y de promesas reales, de promesas actuales...

[...]

Porque sí hay que decir una cosa, de entera justicia: sin el valer artístico de Alicia hubiera sido muy difícil o imposible; esto yo creo que es una verdad objetiva. No es que estemos con cultos a la personalidad; estamos diciendo algo objetivamente. Pudiera haber habido un Ballet de Cuba sin Alicia, teóricamente es posible. Pero lo cierto es que el que ha habido ha sido también por su influencia, y por tener nosotros la dicha de contar con Alicia. Esto es un hecho objetivo que nosotros tenemos que considerar, y que en este momento tenemos que recalcarlo aquí. Claro, Alicia, porque tiene también unas condiciones artísticas excepcionales ampliamente reconocidas.

De manera que felicidades a todos, y esperamos que el VI Festival de Ballet sea un éxito más de la cultura de Cuba, y que el 30 Aniversario del Ballet sea un éxito de todos los que han participado en el proceso del Ballet de Cuba. Sea un éxito de todos —esto es un principio— y de todo nuestro pueblo y del Ministerio de Cultura, del pueblo y de todos. Debemos ver esto con gran amplitud, como siempre nos ha enseñado Fidel a ver las cosas, y de esa manera será más grande el éxito del Ballet de Cuba, y más grande el éxito de Alicia.

3 Acerca de la estructura organizacional y administrativa del Ministerio de Cultura en 1976.⁶

Cuando concebimos la organización del Ministerio de Cultura (Mincult), no pensamos —únicamente— en la estructura y ordenación de su aparato central y la organización de su equipo administrativo —desde luego, eso hubiera sido mucho más sencillo—, sino que desde el principio se pensó en todo lo que representaba la organización de la producción cultural en el país. Es decir, siempre que se realizó el análisis del tema estructural y organizativo del Mincult, se hizo pensando que investigábamos para llevar a la realidad un asunto muchísimo más amplio y complejo que el diseño y puesta en práctica del aparato burocrático y administrativo del organismo central; por consiguiente, debo reiterar que a esta decisiva cuestión se le dedicaron muchas horas de meditación y análisis.

Debo recordar que para el mes de octubre del año 1978, cuando ya casi habían transcurrido dos años del trabajo del Mincult, todavía no se sabía en los cuadros centrales del organismo, con total certeza, cuáles serían las formas estructurales y organizativas que se debían adoptar para la rama de la producción artística y literaria en general en todo el país.

Hoy pudiera pensarse, quizás, que esos problemas se demoraron demasiado en resolverse. Incluso, en aquellas circunstancias, también yo lo pensé un sin número de veces. Sin embargo, la práctica nos enseñó que esos problemas de organización requieren un proceso de maduración que no se debe violentar por ninguna razón o apresuramiento, porque en estas cuestiones de tipo organizativo intervienen, entre otros muchos elementos, dos factores que se deben resaltar muy particularmente: las concepciones que se tienen acerca de la organización misma y los cuadros que se necesitan para llevar adelante esa organización. Es por ello que llegamos a la conclusión de que

⁶ Versión de la intervención que pronunció en la reunión efectuada en la Biblioteca Nacional José Martí, el 25 de octubre de 1978. La compiladora presenta este texto en el marco de este primer volumen de la etapa del Mincult, porque aquí el Dr. Hart nos explica la estructura, los aspectos organizativos y administrativos, y otros asuntos de interés que fueron puestos en práctica para toda la rama artístico-cultural del Mincult. Desde luego, la importancia de este texto reside en que nos permitirá tener una mejor comprensión de la visión y de su trabajo fundacional en el Mincult.

en ese sentido ejecutaríamos cuatro etapas de trabajo: la primera, desde el 30 de noviembre de 1976 —cuando se aprobó la estructura del Mincult— que era la entonces vigente de manera formal, y que culminó, justamente, en diciembre de 1978; la segunda, que abarcó los años 79 y 80; la tercera, pensada para el quinquenio 1981-1985, concebida con una mayor proyección de futuro; y una cuarta etapa, con los planes y proyecciones hacia el año 2000; desde luego que esta última incluyó una perspectiva más estratégica y general basada en los estudios prospectivos que se debían realizar.

Recuerdo que durante la primera etapa se mantuvo la estructura que ya existía en los organismos culturales presentes en el país hasta el 30 de noviembre de 1976, y se empezó a trabajar en esa forma. Con objetividad, la práctica demostró que esa estructura necesitaba cambios profundos; pero cuando estos se fueron a realizar, nos dimos cuenta de que no estábamos en condiciones de hacerlo; solo podíamos hacer algunas mejoras importantes, pero no se podían realizar esos cambios profundos a los que aspirábamos. La estructura hecha para 1976 obedeció a un esquema anterior que no se ajustaba con la coherencia debida a la concepción estructural que necesitaba la cultura en el país.

No voy a hacer un análisis de esa estructura. Creo que muchos compañeros lo han realizado; todos más o menos podemos tener criterios sobre esta. Nosotros estuvimos tentados durante estos dos años a aplicarle cambios bastante sustanciales a esa estructura, y con posterioridad a hacer análisis muy detenidos y recoger la experiencia de otros países y lo que la práctica de estos dos últimos años nos había arrojado; llegamos a la conclusión de que, objetivamente, esa estructura necesitaba cambios profundos. Sin embargo, cuando ya fuimos a abordar esos cambios profundos —y yo voy a explicarles en qué, a nuestro juicio, consistían esos cambios profundos, como una apreciación—, nos dimos cuenta de que no estábamos en condiciones organizativas de hacer esos cambios profundos, sino simplemente de aplicar mejoras importantes... O algunos arreglos, pero no podíamos hacerle esos cambios profundos que queríamos.

La estructura que se hizo para 1976 obedecía a un esquema que todos ustedes conocen. Nosotros pensamos, particularmente, que aún para la concepción estructural en que la hicimos, no se ajusta... no tenía una coherencia, aún para esa concepción estructural. Porque esto se tuvo que hacer muy aceleradamente. Sin embargo, cuando fuimos ya a presentar, al Comité Ejecutivo del Consejo de Ministros, un reglamento ya con la estructura del Ministerio, y cuando fuimos a hacer el

estudio [...], nos dimos cuenta de que aunque era indispensable hacer esos cambios, no era posible en esos momentos, no teníamos condiciones para aplicarlos.

[...]

Y por este camino hemos llegado a una concepción organizativa que no la vamos a plasmar todavía en el organigrama que les vamos a presentar a ustedes, sino que la vamos a estudiar hacia el futuro, de cómo resolver este problema; en el sentido de que el Ministerio de Cultura atiende cinco líneas de producción artística perfectamente definidas y que deben ser organizadas con características propias que tienen entre sí profundas relaciones, pero que al mismo tiempo se diferencian unas de otras, y entendemos nosotros que, hacia el futuro —y eso es lo que hay que estudiar hacia el futuro, sobre todo hacia el plan quinquenal—, cada una tiene que tener sus órganos económicos y sus órganos de cuadros, y sus órganos de promoción y sus órganos de divulgación, propios, típicos cada una de ellas independientemente de que respondan al conjunto del Ministerio. Independientemente de que no estén distribuidas por el Estado, independientes una de otra, separadas, sino que pertenezcan a un conjunto más amplio que es el Ministerio.

Y esas cinco líneas de producción artística, perfectamente diferenciadas —y señalemos que el aspecto administrativo y el aspecto técnico y el aspecto de política cultural deben conciliarse en la dirección de cada uno de esos órganos— constituyen las cinco líneas de producción artística y literaria más decisivas del Ministerio, que son: la Producción Cinematográfica, la Producción Editorial y Poligráfica, la Producción Musical y de Grabaciones, la Producción de Artes Plásticas y Diseño, y la Producción de las Artes Escénicas en general.

[...]

Ahora, estos cinco renglones nosotros debíamos priorizarlos igualmente con criterio cultural, y aspiramos a que cada uno de estos cinco renglones tenga sus órganos, sus «mecánicas» y sus formas de actuar, con cierta autonomía —no con independencia total, sino con cierta autonomía—. Pero esta concepción, que la tenemos muy clara, no podemos aplicarla ahora inmediatamente.

Después de estos cinco renglones, ¿qué tenemos en el Ministerio de Cultura? Bueno, tenemos el Sistema de Enseñanza Artística, eso sí que no es productivo directamente. Eso se justifica porque el Sistema de Enseñanza Artística posee un valor que lo hace incidir en todo lo

demás. Tenemos la Promoción Popular de la Cultura, todo lo que comprende a los «aficionados»; todo lo que es Casas de Cultura, promoción de la Cultura. Eso se justifica también por razones culturales, políticas, educativas, y otras. Eso no puede entrar dentro de una línea de caracterización económica. Tenemos las Casas de Cultura; también los Museos y Monumentos, y las Bibliotecas. A eso le podemos llamar Servicios Culturales.

Pudiéramos entonces decir que hay cinco líneas de producción artística, que deben tener fundamentos económicos: Cinematografía, Editoriales y Poligrafía, Música, Artes Plásticas y Diseño, y Artes Escénicas; además, Servicios Culturales, como la Enseñanza Artística, la Promoción Popular de la Cultura —dígase los «aficionados», etc.—, las Casas de Cultura, los Museos, los Monumentos y las Bibliotecas. Esto, aparte de otros servicios económicos, la Atención a los Órganos Locales y las Relaciones Internacionales, etc., y demás servicios específicos que se brindan.

[...]

Tenemos que gobernar culturalmente en América Latina y el Caribe [...]. Y tenemos que ir al fortalecimiento y desarrollo del Centro de Investigación del Caribe.

[...]

4 [«Nunca antes los valores nacionales de nuestra cultura fueron más exaltados que tras el triunfo de la Revolución»].⁷

Lo primero que queríamos decirles es que no es posible hablarles de la política cultural de Cuba sin tratar algunos temas que se relacionan con la ideología de nuestro pueblo. Si lo tratáramos de hacer de otra manera, no seríamos sinceros con ustedes. La sinceridad de propósito es el mejor modo de sentar las bases de nuestra amistad y de dar pasos a favor de la amistad entre el movimiento intelectual cubano y el norteamericano; ese es también uno de los propósitos principales en esta afable conversación con ustedes...

La cultura cubana es resultado y síntesis de la fusión de dos raíces esenciales: una procedente de España y la otra de África. Los conquistadores españoles exterminaron en pocos años a la población aborigen que desapareció sin dejar huellas de importancia en nuestra personalidad cultural. No ocurrió así en otros países de América Latina, y esta es una de las características que diferencian a Cuba de otros países del continente desde el punto de vista cultural. Desde luego, existieron y se manifestaron otras influencias en nuestra cultura, pero de un modo u otro fueron esenciales lo español y lo africano.

En un proceso de cuatro siglos de asimilación —y a veces de rechazo—, lo español y lo africano fueron conformando la nacionalidad cubana. Es preciso tomar en cuenta un hecho de suma importancia, y es que tanto el español como el africano que llegaban a nuestro país tenían raíces inmediatas, profundamente vinculadas a los sectores más pobres de la población. Es decir, las raíces españolas de nuestro movimiento cultural provenían de las capas más populares; y, desde luego, de África era evidente porque allí se trataba de capas muy pobres.

Hay que tener presentes a los elementos sociales que huyendo de la miseria, en busca de mejores condiciones de vida, emigraron de España y se dirigieron a Cuba durante estos cuatro siglos. A la vuelta de varias generaciones, sus hijos, sus nietos y sus descendientes, fusionados con la población negra arrancada a la fuerza de África, forjaron

⁷ Versión de su intervención ante la delegación de la Asociación Norteamericana de Colegios y Universidades Estatales efectuada en el Hotel Habana Libre, el 6 de diciembre de 1978; se incluyen también sus respuestas a las preguntas que le hicieron los profesores universitarios.

una cultura con identidad propia. Esto explica culturalmente nuestra unión con España y con gran parte de África. Incluso, el español que vino a Cuba también traía la influencia árabe. Así que la influencia africana venía también por la vía española.

De ese modo, por ejemplo, se hizo sentir la influencia española en la formación de la literatura cubana. El ritmo africano, enlazado a la melodía que nos vino de Europa, propició la creación de una música que, enriquecida por el contenido patriótico y social de la lucha por la independencia, y más tarde por los combates de la clase obrera, ha alcanzado un desarrollo, vitalidad y belleza tales que es reconocida en todo el mundo.

El surgimiento de un sentimiento de lo cubano y la conciencia de la nacionalidad —elementos indispensables de nuestra cultura— fueron esenciales en todo ese desarrollo. El movimiento cultural cubano del siglo XIX estuvo influido por tres principios: primero, el ideal de independencia; segundo, la lucha contra la esclavitud; y tercero, también, ¿por qué no decirlo?, la lucha contra las tendencias anexionistas; tendencias que estaban vinculadas, no a lo mejor de Estados Unidos, sino al sistema esclavista que prevalecía en el sur de Estados Unidos.

El independentismo y el antiesclavismo constituyeron elementos ideológicos profundamente unidos desde el Diez de Octubre de 1868, fecha en que se inició la primera guerra por la independencia de Cuba.

Las figuras más representativas del movimiento intelectual cubano del siglo XIX estuvieron de una forma u otra relacionados con los problemas de la liberación de los esclavos, del independentismo y de la conciencia de que Cuba formaba parte de la comunidad de naciones latinoamericanas, a la que Martí llamó Nuestra América, y a la que situó al sur del río Grande.

Precisamente, no es casual el hecho histórico de que la primera figura de la cultura nacional, José Martí, también fue la primera figura en la vida política y social del país. Como ustedes saben, Martí representó la etapa más alta del movimiento político cubano en el siglo pasado. Pero a la vez fue un precursor del modernismo en literatura y uno de los más extraordinarios escritores de la lengua castellana. Es decir, que si Martí no hubiera sido un luchador activo por la independencia hubiera pasado de todas maneras a la Historia como una figura intelectual. Pero, desde luego, Martí pasó a la Historia como la gran figura política de nuestra vida nacional.

Martí ejemplifica una de las constantes históricas del movimiento cultural cubano que, por razones que merecen un serio estudio, siempre estuvieron vinculadas a las causas del progreso social e histórico. El padre Félix Varela, el poeta José María Heredia y otros tantos, son valores de la cultura cubana que desde la época del surgimiento de nuestra nacionalidad se vincularon a todo lo que significaba progreso social. Incluso podría decirse que en Cuba ese valor intelectual o artístico estaba en razón a la cercanía o no del proceso social e histórico. En este sentido nosotros hemos afirmado que el movimiento cultural cubano desde sus raíces no era apolítico. Se trataba precisamente de todo lo contrario: una cultura comprometida.

Comprendo que aquí cabe ofrecerles a ustedes una explicación de lo que nosotros entendemos por cultura comprometida, porque las palabras se interpretan, muchas veces, de una manera o de otra.

Usualmente se emplea en muchos países —y quizás en Estados Unidos— la expresión «compromiso político» como militancia electoral con algunos de los candidatos en los procesos eleccionarios; o se utiliza la expresión «política» con un sentido demasiado restringido.

Cuando decimos que el movimiento cultural cubano tenía un carácter militante o político, nos estamos refiriendo a que se encontraba enlazado con la ideología antiesclavista, pro independentista y vinculada a las necesidades sociales reales de la sociedad cubana de entonces. Es decir, a la causa del progreso social, tal como entonces podía interpretarse. En ese sentido es que hablamos de que las raíces de nuestro movimiento cultural estaban comprometidas.

En algunos países se habla del arte separado de la realidad social o de la literatura no comprometida. Tales afirmaciones, los cubanos las consideramos ajenas a la herencia cultural recibida de nuestros mayores. Nosotros hablamos con mucha emoción de la enorme riqueza espiritual y cultural del siglo XIX cubano. Y creemos firmemente que está por estudiar esa riqueza espiritual que tenía una sólida base ideológica y un profundo contenido social, expresado en la prosa, en la literatura, en la novela, en las ideas económicas, filosóficas, en las ideas pedagógicas y en los programas de reformas, e incluso en ciertas ramas científicas. Hay que decir, además, que no solo los que luchaban por la independencia expresaban un alto nivel cultural, sino que incluso los grupos autonomistas, que pedían la autonomía de España, que no eran separatistas, también poseían altos niveles de carácter intelectual.

Si tomamos como punto de referencia la última década del siglo XVIII, digamos 1790, hasta la tercera década del siglo XX, o sea, finales de

la década de 1930, podríamos considerar un ciclo histórico cultural que comienza con Arango y Parreño —que todavía no era un cubano típico, que planteó ciertas reformas económicas— y concluye con Enrique José Varona, que se aproximó bastante en los años 30 a las ideas más progresistas del movimiento social. Por eso hemos hablado de que el siglo XIX cubano en su riqueza espiritual va desde finales del siglo XVIII hasta la tercera década del siglo XX. Incluso, a principios del siglo XX se establecieron sólidas bases de un sistema de educación por Enrique José Varona, quien era, además de una gran figura intelectual en su sentido más amplio, un gran educador. En ese período histórico —que hemos llamado el siglo XIX no coincidente con los días del calendario— se conforma la nacionalidad cubana, y la cultura nacional adquiere un relieve singular.

Después de 1930, sobre todo después de 1933 hasta el triunfo de la Revolución en 1959, el movimiento intelectual cubano pierde su antigua fuerza expresiva en muchos órdenes. Esto en parte se relaciona con la crisis del sistema docente y con determinados factores sociales e históricos.

En la última etapa de la guerra de independencia de Cuba ocurre el fenómeno que nosotros hemos calificado como la intervención de Estados Unidos en esa guerra. No obstante, debemos decir que el pueblo de Estados Unidos, y en especial su opinión pública, inspirado en las ideas de libertad y de independencia, manifestó durante esos años una viva simpatía por nuestra independencia nacional. En honor a la justicia histórica, debemos reconocerlo.

Este es el fenómeno que los países del Tercer Mundo hemos llamado neocolonialismo, es decir, un colonialismo de nuevo tipo en el cual la influencia se ejercía a través del dominio económico del capital.

En las primeras tres décadas del siglo comienza en forma incipiente primero, y luego de una manera explosiva, el enfrentamiento entre lo genuinamente cubano en la cultura y la influencia norteamericana que nos venía a través del dominio de los estrechos círculos gobernantes norteamericanos. Decimos que nos venía a través de ese dominio, porque nosotros no tenemos por qué rechazar dogmáticamente a la cultura norteamericana, a la cultura del pueblo norteamericano; pero tal como llegaba a Cuba, en la forma en que se manifestaba, las personas que ejercían ese control y los objetivos económicos y sociales que perseguían, realmente no propiciaron un desarrollo del movimiento cultural en esa etapa histórica, sino una contención y frustración de este.

Esto nos lleva a la siguiente conclusión: si en el futuro se crean condiciones en cuanto a los vínculos del movimiento cultural e intelectual cubano con el norteamericano sobre otras bases, nosotros aspiramos a recibir lo mejor del movimiento intelectual y cultural norteamericano. Creemos que hacia el futuro esas bases se llegarán a crear, nosotros vamos a recibir de Estados Unidos lo mejor de su movimiento cultural. Sobre las bases anteriores no siempre recibíamos de Estados Unidos lo más hermoso y bello del movimiento intelectual norteamericano.

En aquella época anterior al triunfo de la Revolución, se alentaba el desprecio y la subestimación hacia los valores populares y progresistas de la cultura cubana del siglo XIX y principios del XX. Se ignoraba el aporte negro a la cultura nacional con el argumento racista de una supuesta inferioridad de los pueblos africanos. Seríamos injustos si dijéramos que esto se lo achacamos exclusivamente a la forma en que se ejerció la sola influencia norteamericana. De esto eran también profundamente aliados ciertos grupos y sectores sociales en Cuba.

Pero, al mismo tiempo, los más valiosos y genuinos exponentes del movimiento cultural cubano, tal como les explicáramos antes, se vinculaban a las causas más progresistas; se sumaban a la defensa y rescate de los valores de la cultura, la tradición y la nacionalidad cubana. Nuestro movimiento cultural, como línea esencial de continuidad en su historia y su tradición, siempre ha estado comprometido, en un grado u otro, con esas causas populares. Es en este sentido de compromiso histórico con la causa del progreso social, de la independencia nacional, de la lucha contra la esclavitud y de proyección de los valores nacionales, que hemos afirmado que la historia del movimiento intelectual cubano, desde sus orígenes, ha estado comprometida.

A nosotros nos parece que con los principios de independencia, de libertad y justicia social, están comprometidos todos aquellos intelectuales honestos, cualquiera que sea su filosofía política o su militancia partidista. Desde luego, en las condiciones de nuestro país, y dada la composición social de nuestra población, la influencia de los sectores trabajadores de nuestra ideología cultural ha sido muy importante. En este sentido nuestro movimiento cultural ha estado inspirado en las últimas décadas en una ideología que responde a los intereses de las grandes masas trabajadoras.

No creemos, tampoco, en términos generales, en un arte o en una literatura que pueda estar en su conjunto —no voy a afirmar que en sus detalles, pero sí en su conjunto— desvinculada de los problemas

sociales, históricos en general; en un grado o en otro, el movimiento intelectual ha estado, en una determinada medida, vinculado con situaciones históricas, incluso la literatura norteamericana es buena muestra de ello. Por citar algunos nombres, tan solo tómesese el ejemplo de Hemingway o de Steimbeck. Esta vinculación no es mecánica ni puede llevarnos a posiciones dogmáticas ni a formulaciones simplistas; se trata de una formulación de carácter general, es decir, abstracta, que tiene su adecuación práctica y que toma en cuenta, desde luego, la diversidad de particularidades.

Hemos dicho en otras ocasiones que Tolstoi [...] tiene valor universal en la medida en que expresó con la riqueza de su arte los problemas y situaciones de la sociedad rusa; que Shakespeare lo tiene también en la medida en que lo hizo de la sociedad inglesa, y que Cervantes adquirió esa categoría universal porque estaba enraizado en lo profundamente español. Este es el sentido de lo que hablamos, de lo concreto en la cultura.

Esto no debe llevarnos a la creencia de que el movimiento intelectual cubano tiene estrechas miras nacionalistas. Nosotros no tenemos estrechas miras nacionalistas. Nuestro movimiento cultural nunca estuvo encerrado en sí mismo. Este es un concepto muy importante a lo largo de la historia de nuestro país. Una de las características que lo distinguen históricamente es su espíritu de universalidad. Es decir, su afán de tratar los problemas no desde un punto de vista exclusivamente nacional, sino tendiendo siempre a proyectarse internacionalmente. Este es otro de los legados y ejemplos de la obra de Martí. Así es que este principio no nos viene a nosotros, digamos, por las condiciones ideológicas que hoy prevalecen en nuestro país, sino que nos viene de una tradición nacional profundamente arraigada. Aunque, desde luego, las ideas que hoy prevalecen en nuestro país la han enriquecido. Pero también la encontramos en la obra de otros muchos intelectuales cubanos. Cuba ha sido un país muy receptivo a lo extranjero. Pero en lo esencial, Cuba ha sido un país deseoso de vincular su cultura al mundo, a lo internacional. Esto también forma parte de una historia y de una larga tradición cultural. Cuba, como isla, siempre estuvo muy condicionada al comercio exterior; no ha sido una sociedad cerrada ni amurallada.

Aquí ustedes no encontrarán una muralla. Ha sido más bien un país vertido hacia fuera, con vínculos culturales muy estrechos históricamente con América Latina, con el Caribe y con los propios Estados Unidos, donde muchos patriotas e intelectuales cubanos residieron. Y en primer término, el propio Martí, que llevó a cabo una intensa

labor en los años en que vivió en Estados Unidos, fue un conocedor profundo de la cultura norteamericana de su época. Fue en Estados Unidos donde Martí preparó la guerra, donde organizó y recabó fondos de los trabajadores de Cayo Hueso y de Tampa, y allí fundó su partido, el Partido Revolucionario, que nosotros los cubanos consideramos como una de nuestras grandes tradiciones históricas. Pero, además, escribió Martí las *Escenas norteamericanas*. Quizás muchos de ustedes las hayan leído; a los que no hayan tenido esta oportunidad, nosotros se las recomendamos, para conocer cómo algunos de nuestros próceres entendían profundamente a la sociedad norteamericana. En las *Escenas norteamericanas*, él reflejó la vida en Estados Unidos en los últimos dos décadas del siglo XIX, vista por un observador penetrante y de largo alcance como pocos; un observador con un sentido universal, que no solo habló de Cuba o de Estados Unidos, sino de otros muchos países del mundo.

En 1959, al producirse el triunfo de la Revolución, existía una gran comprensión acerca de que la libertad de la cultura tenía que fundamentarse en la elevación del nivel educacional del pueblo. En aquel momento había casi un millón de analfabetos. El cincuenta por ciento de los niños en edad escolar no tenía escuela. La liquidación del analfabetismo y la extensión de la enseñanza primaria a toda la población en edad escolar constituyeron una de las primeras medidas encaminadas a ampliar nuestra cultura y a garantizar un verdadero régimen de igualdad y de libertad en el campo cultural.

En los años anteriores al triunfo de la Revolución no hubo la más mínima preocupación de la sociedad cubana por desarrollar el movimiento artístico con características depuradas y de real valor estético; lejos de exaltar las raíces más auténticas de nuestra cultura, esta fue ignorada o despreciada. Fue realmente el movimiento de izquierda, el movimiento revolucionario, el que adoptó una actitud militante en defensa de los valores culturales nacionales y del desarrollo artístico cubano.

No había suficientes maestros, y los cuadros principales de la cultura al servicio de los grupos dominantes se habían concentrado en los medios de información y difusión. Sin embargo, en la práctica no existía una organización coherente de la gestión cultural; escasísimos eran los cuadros capaces de organizar la cultura o de promoverla. Las contadas instituciones culturales que prestaban un servicio —salvo las excepciones de rigor— trataban de sobrevivir en aquel medio difícil, donde el arte era objeto de degradación, envilecimiento y mercantilismo.

Las extraordinarias conquistas alcanzadas por nuestro país en el terreno educacional fueron el fundamento necesario del enriquecimiento de la cultura, y del arte y la literatura en particular. Desde la liquidación del analfabetismo, las campañas de educación de adultos, la extensión de la enseñanza primaria a toda la población, la ampliación de la escuela secundaria, la multiplicación de los centros universitarios y de la matrícula, la creación de un amplísimo sistema de becas, así como la construcción de una vastísima red de instituciones escolares en todo el país, constituyeron los presupuestos necesarios para el desarrollo de la democracia, de la libertad y de la igualdad en el proceso cultural.

Decimos esto por algunas de las ideas de libertad y democracia en las que nosotros creemos; pero a veces los conceptos que sobre estas se han ido forjando, sobre todo en este siglo, para nuestra visión de las cosas se vuelven verdaderos esquemas y constituyen en ocasiones, de acuerdo a nuestra concepción de las cosas, caricaturas de lo que en puridad es la verdadera libertad y la genuina democracia. Nosotros creemos en la libertad, creemos en la democracia. Es más, trabajamos por ampliarlas y perfeccionarlas.

Las ideas de Libertad, Igualdad y Fraternidad —que como ustedes conocen sirvieron de bandera a la gran Revolución francesa de 1789, y antes que la Revolución francesa en 1789, desde luego, en el terreno de los hechos estuvo el ejemplo de independencia de Estados Unidos—... esas ideas han servido de bandera a lo mejor del movimiento intelectual en todos los países del mundo, incluyendo a los propios Estados Unidos.

Debo subrayar que Estados Unidos, en medio de innumerables contradicciones, fue en una larga época histórica el país más progresista del mundo. En el siglo anterior, Estados Unidos se convirtió en el país más progresista de la Historia. Admiramos profundamente a algunos de los forjadores de la sociedad norteamericana y de sus tradiciones más democráticas y más amantes de la libertad. Especialmente con Lincoln y la liquidación de la esclavitud, Estados Unidos dio un extraordinario paso de avance a favor de la causa del progreso social y humano. Creemos que Lincoln es uno de los campeones de los derechos humanos. Y si un norteamericano merece un homenaje por lo que hizo a favor de los derechos humanos, en todos los campos y que se refleja también en la cultura, ese es Lincoln. Debo subrayar, además, que la liberación de los esclavos en Estados Unidos, en la época de Lincoln, tuvo alguna influencia ideológica en muchos próceres de la independencia de Cuba.

El problema para nosotros consiste en que creemos que solo una sociedad que haya liberado la explotación económica de unos hombres por otros, puede garantizar efectivamente la libertad, la igualdad y la fraternidad hacia toda la población. Porque para nosotros los derechos de la libertad en la cultura no pueden referirse a una minoría o a una parte de la población, sino a toda la población. Y es aquí donde está la clave de algunos problemas a dilucidar. ¿Puede haber libertad, igualdad y fraternidad donde haya miseria o donde los hombres por una razón u otra sean discriminados? ¿Las puede haber en su sentido amplio?... Considero que las puede haber relativamente, pero donde esto suceda existen limitaciones profundas al gran ideal de los forjadores de la independencia de Estados Unidos y de la Revolución francesa; es decir, de los ideales de Libertad, Igualdad y Fraternidad, de los cuales nos sentimos también continuadores.

En nuestro caso, nunca antes en la historia de Cuba hubo tanta libertad creadora en el arte. Este es un hecho objetivo. Nunca antes nuestros artistas y escritores se han sentido más partícipes de la obra del Gobierno. En el pasado, los artistas y escritores de Cuba estaban relegados desde el punto de vista del Gobierno y limitados en su formación y desarrollo intelectual.

Baste dar un dato muy concreto: antes de la Revolución se editaban en Cuba algo menos de un millón de libros. En 1977 se editaron 30 millones. Este año se editarán alrededor de 36 millones de ejemplares. Gran parte de esas obras, desde luego, son educacionales y técnicas, pero otra parte importante está dedicada a la literatura universal y cubana.

El movimiento literario desarrollado después del triunfo de la Revolución es, innegablemente, muy superior al de las tres décadas anteriores. Nuestros intelectuales, antes sometidos a la vejación de una sociedad que ignoraba o despreciaba los valores de la cultura, hoy han sido dignificados con una activa participación en el proceso que está viviendo nuestro pueblo y con posibilidades amplísimas de una libre expresión de su arte y su talento. El principio de la libertad artística no solo está plasmado en una política seguida por Cuba desde el triunfo de la Revolución, sino que se expresa jurídicamente en el texto de nuestra Constitución Socialista.

Entendemos que los principios de libertad aplicados a la cultura no se refieren de modo exclusivo a la libertad de creación artística, que es importante, claro está, sino que debe entenderse también como el derecho de los escritores y de los artistas a participar activamente en el proceso de elaboración de la política cultural.

No es posible abordar los problemas que plantean la defensa y protección de la cultura sin la participación consciente y entusiasta de los artistas y escritores. Porque el arte, en última instancia, nace del pueblo y los creadores. Para abordar los problemas del desarrollo de la cultura resulta indispensable crear cuantos mecanismos sean necesarios —y así lo hemos tratado de hacer— a los efectos de facilitar la participación del pueblo en la elaboración de esa política. Sin esa participación consciente del pueblo, de los artistas y escritores, en el proceso de elaboración de la política cultural, esta no tendría éxito. Digo de la elaboración, porque no quiero decir solo de la aprobación. Muchos de los problemas de decisión de la política no se determinan en la aprobación de la política, sino en los procesos de elaboración de esta. Son los propios artistas, el propio pueblo, los que crean la cultura. Sin esa participación en el proceso de elaboración de la política es imposible avanzar, en nuestro caso.

En nuestro país existe la Unión de Escritores y Artistas de Cuba (Uneac), organización de nuestros creadores. En octubre de 1977 se llevó a cabo el Segundo Congreso de esta institución. Los delegados, democráticamente electos, debatieron allí los problemas de mayor interés. Se analizó, asimismo, que la Revolución en el campo de la cultura significó el rescate de nuestras tradiciones nacionales, el desarrollo de la iniciativa creadora de nuestros artistas y la participación consciente de los trabajadores intelectuales en la gestión y orientación de todo el trabajo cultural.

El Ministerio de Cultura estaba recién formado y se consideró en el deber de informar acerca de cómo ejercería sus funciones, y cómo garantizaría la participación cada vez más destacada de escritores y artistas del pueblo en la gestión gubernamental de la cultura. Podemos asegurarles que no hay aspecto importante de la política cultural que nuestro ministerio deba aplicar, que no sea consultado, discutido, analizado y estudiado con los representantes del movimiento intelectual, incluso, con las masas trabajadoras en general. Esta no es solo una expresión nuestra o que se pueda interpretar como que estamos apasionados; están ustedes en posibilidad de conversar colectiva o individualmente con los dirigentes y cuadros administrativos más importantes de nuestro movimiento artístico, y preguntarles con toda libertad cómo se desarrolla este trabajo.

Nunca antes los valores nacionales de nuestra cultura han sido más exaltados que tras el triunfo de la Revolución socialista. Los ideales internacionales del socialismo han significado para Cuba el realce de nuestras auténticas manifestaciones artísticas y literarias, así como la

búsqueda de formas más complejas de desarrollo. Por eso hemos dicho lo siguiente: queremos partir de lo nuestro nacional, vincularnos cada vez más con lo nuestro latinoamericano y caribeño, y marchar conscientemente hacia lo nuestro universal, en materia cultural, porque la cultura de un país no puede estar aislada de la del resto del mundo. Mucho menos en nuestro caso.

La conservación de nuestro patrimonio cultural, herencia de generaciones anteriores, ha constituido una de las preocupaciones esenciales de la dirección de nuestro Estado. Fue así cómo la Ley Número Uno que aprobó la Asamblea Nacional del Poder Popular, después de constituida en diciembre de 1976 —y que es el órgano supremo de nuestro Estado, es decir, es nuestro Parlamento, surgido en las elecciones más libres y democráticas de toda nuestra historia—, estaba dirigida —esa Ley— a la protección del Patrimonio Cultural, y la Ley No. Dos de esa Asamblea fue la referida a los Monumentos Nacionales y Locales.

Desde luego que no se trata solamente de legislaciones. Ha sido llevado a cabo —y es política a seguir en el futuro— un serio trabajo de las organizaciones estatales, políticas y sociales para cuidar el patrimonio cultural de la nación, el legado de las generaciones anteriores, y mostrarlo como una enseñanza y un ejemplo a seguir en el presente y en el futuro. La sociedad cubana, en estas dos últimas décadas, se ha caracterizado por la aplicación de una política encaminada a la conservación y protección de las realizaciones culturales de las sociedades precedentes.

[...]

Antes de la Revolución en nuestro país, sobre todo un país subdesarrollado, siempre la cultura era menospreciada, las raíces nacionales eran menospreciadas. Y cuando triunfa la Revolución se produce una revitalización, una búsqueda de las raíces para, a partir de esas raíces, crear lo nuevo; creíamos que lo nuevo debería salir o surgir de esas raíces para que fueran realmente auténticas.

Y es que concebimos que la creación artística, transmitida generación tras generación, debe ser conservada, debe ser cuidada y debe exaltarse. Tratamos de no ser dogmáticos. Creemos además que en las sociedades anteriores a la nuestra, digamos en la época de la colonia española o en la época que va de 1902 hasta 1959, se crearon expresiones culturales de gran belleza y fuerza expresiva, que nosotros tenemos que conservar, no como patrimonio exclusivo de las sociedades que las crearon, sino como patrimonio del pueblo.

Pero el patrimonio cultural no es solo el pasado. También tenemos que pensar en el arte que ahora se crea o que está por crearse. Por ello debemos tener muy presentes, y tratamos de tenerlos, a nuestros escritores y artistas. Y lo más importante es crearles un clima favorable para su trabajo. No podría el Ministerio de Cultura imponerles un tipo de creación, sino crearles el clima favorable para su trabajo.

De este modo cabe decir que solo a partir de 1959 se imparte la enseñanza del arte en Cuba de un modo sistemático e integral —antes fue en forma no integral, y desde luego en forma mucho más reducida—. Al triunfo de la Revolución podían contarse solamente, salvo honrosas excepciones, algunos conservatorios y escuelas de pintura y ballet, sin que tuvieran una estructura orgánica. En 1960 se crea la Escuela de Instructores de Arte; instructores que, a su vez graduados, enseñarían las distintas manifestaciones artísticas en los campos y en los pueblos. En 1962 se abre la Escuela Nacional de Arte, impartiendo clases de música, ballet, artes plásticas, teatro. Posteriormente se ampliaría la enseñanza artística con la apertura del Instituto Superior de Arte. Se crearon escuelas en otras especialidades, como: Técnicos de Bibliotecas, Diseño, otras escuelas de instructores de arte en la zona oriental del país. A fines de 1976 se crea el Ministerio de Cultura. En junio de 1977 el compañero Fidel Castro anuncia que se edificará una escuela vocacional de arte en cada una de las nuevas provincias. Ya están en construcción y en movimiento de tierra algunas de ellas.

Hablamos hace un momento del patrimonio cultural y de los museos y monumentos. Antes de 1959 existían solamente siete museos en Cuba y, de estos, solo uno reunía escasamente un mínimo de condiciones físicas y espaciales necesarias para su funcionamiento. Hoy contamos con 65 museos y pensamos abrir uno, por lo menos, en cada municipio, con carácter histórico, aparte de los que abran las instituciones. Se inicia un intenso trabajo sobre los bienes culturales hasta entonces abandonados. Se desarrolla un amplio trabajo de formación de técnicos de nivel medio y especializado en museología y restauración a través de becas de estudios en el extranjero, la asistencia técnica de las organizaciones internacionales [...].

Con la Revolución surgieron y se desarrollaron la industria y el arte cinematográficos. Se han producido cientos de documentales, de noticieros que se exhiben semanalmente, y decenas de películas de largometraje. Fue creado el sistema de cines móviles que lleva el cine a los lugares más apartados e intrincados del país. Partiendo de cero se han creado la estructura y los cuadros técnicos especializados de la industria y el arte cinematográficos. Debo subrayarles que en

Cuba esta es una creación netamente de después de 1959; el cine cubano no existía anteriormente. Dos aspectos antes no trabajados en nuestro país: la música para filmes, y los afiches o carteles, han adquirido un gran prestigio dentro y fuera de Cuba. La música para las películas cubanas se compone especialmente para ellas y toma como base nuestras raíces musicales más genuinas. Nuestro cine —como se sabe— ha obtenido decenas de premios y galardones en concursos y festivales internacionales, incluso en Estados Unidos.

Del mismo modo que el cine, el ballet es otra manifestación artística que no contaba con tradición en nuestro país y que ha alcanzado un reconocido prestigio en todo el mundo. Tanto el ballet como el cine son dos ejemplos de la cultura cubana, de que si se siembra una semilla fuerte, con raíces poderosas, se puede crear una tradición. En el mundo hay escuelas de ballet que son más que centenarias. Nuestra escuela de ballet solo cuenta con treinta años de existencia. Es cierto que contamos con una bailarina excepcional como Alicia Alonso —bien conocida en el mundo—, y con el Ballet de Cuba que ella dirige, compañía que ha ganado maestría reconocida universalmente.

A partir del 59, y tomando como base la política de conservación y rescate de nuestras tradiciones, se crearon grupos de danza moderna y conjuntos folclóricos profesionales que han llevado a cabo giras por varios continentes y han sido reconocidos en su justo valor. Del mismo modo, se han desarrollado grupos de teatro en distintas regiones del país y cada día toma más fuerza el movimiento del Teatro Nuevo, que parte de una labor de búsqueda e investigación en la comunidad, en las fábricas, en las escuelas. Es un teatro que aborda los problemas vitales, los representa, y luego establece un diálogo con los espectadores que, de un modo u otro, han visto reflejadas en la escena sus realidades inmediatas. La participación del público en estos debates es el primer paso para tomar conciencia de la necesidad de transformar y mejorar esa realidad. Por otra parte, señalamos que antes del 59 existía un solo teatro para niños en todo el país. Hoy cientos de miles de niños conocen el guiñol, los títeres, a través de los veintiocho grupos que actúan en todo el territorio. La tirada de los ejemplares de libros para niños y jóvenes suma millones y están al alcance de todos.

Entre los jóvenes existen tres importantes movimientos artísticos y literarios: el Movimiento de la Nueva Trova —que incluso ha estado presente en Estados Unidos—, la Brigada Raúl Gómez García y la Brigada Hermanos Saíz; son tres movimientos de carácter nacional. Pensamos que el Movimiento de la Nueva Trova ha hecho un singular

aporte artístico; una creación en la música vocal, muy vinculada a la canción revolucionaria, y que ha obtenido éxitos y reconocimientos nacionales e internacionales.

Es bastante conocido el prestigio alcanzado por la Casa de las Américas, institución creada a pocos meses del triunfo revolucionario y que ha logrado aglutinar y unir a escritores y artistas de América Latina y el Caribe. El premio literario Casa de las Américas es, sin duda, el de más fama en todo el continente latinoamericano. A la vez, la Casa de las Américas edita la revista homónima, de real peso e influencia intelectual en América Latina.

En el aspecto artístico y literario se ha desarrollado un amplísimo movimiento de aficionados, totalmente desconocido en el pasado. Centenares de miles de trabajadores, campesinos, estudiantes y combatientes, forman parte de ese movimiento de aficionados al arte, constituidos en miles de grupos que practican la música, la danza, las artes plásticas, el teatro, la literatura, la artesanía. Quisiera subrayar la alta calidad estética de muchos de esos conjuntos y grupos que incluso nos han representado y han obtenido galardones en festivales y eventos internacionales.

Tres líneas muy importantes en el desarrollo de la cultura cubana las constituyen la música, las artes plásticas y el diseño, y la literatura. Digo tres líneas, porque agrupo las artes plásticas y el diseño. Nosotros estamos tratando de relacionarlas.

Estamos empeñados en que el estudio y el análisis de la música cubana adquiera cada vez mayor carácter científico. Históricamente, la música cubana ha desempeñado un papel importante, y tenemos sumo interés en esclarecer las razones de ese papel y de su trascendencia.

En el mundo hay tres focos importantes de música popular, música que se vincula al baile y a las distracciones e inclinaciones de la juventud. Esos tres focos son: Brasil, Cuba y las Antillas, y Estados Unidos; esa es la música con que se baila en el mundo. Las tres expresiones musicales cuentan con raíces comunes: el ritmo africano enlazado con la melodía europea y que se sintetiza en un fenómeno musical relativamente nuevo, propio de América, o de toda América. En Cuba muchas veces se han preguntado por qué gusta la música norteamericana. Muchos han respondido que por la influencia ejercida en Cuba por los norteamericanos, pero nosotros creemos que esto es mucho más profundo: en primer lugar, gusta porque es buena, y en segundo lugar, porque tiene un tronco común, raíces comunes con la música cubana. Incluso, nosotros les decíamos a algunos norteamericanos

que tenemos un lenguaje común con España, pero que tenemos un lenguaje musical común con Estados Unidos. Aunque, como ustedes saben, buena parte de la música norteamericana también se ha desarrollado en diferentes épocas por estímulos de la música cubana en cierta medida. Y esto no lo decimos solamente nosotros; lo han afirmado científicos, musicólogos y connotados músicos norteamericanos que conocen muy bien la música cubana y a muchos de sus intérpretes, y que históricamente han estado muy ligados. Quizás una de las manifestaciones artísticas que más se afectó con toda la situación creada en el orden político en estos años, ha sido la música, en función de una histórica relación por factores muy bien conocidos.

Otra rama importante de nuestra cultura a desarrollar en el futuro es la plástica y el diseño. La fuerza y la tradición principal de la plástica cubana nos vienen fundamentalmente de lo que se ha dado en llamar arte moderno, los movimientos de plástica del siglo xx.

Estamos empeñados en vincular la plástica con los procesos de producción a través del diseño artístico. Para ello es preciso crear toda una infraestructura organizativa y administrativa. En ello estamos trabajando con vista a que pueda fructificar dentro de algunos años. Pero tenemos que ir sembrando la semilla. Incluso, vamos a ir organizando algunas instituciones que respondan a este objetivo de desarrollar todo el potencial plástico y del diseño con que contamos.

La otra rama de importancia histórica en nuestro país es la literatura, que ha adquirido una gran fuerza a partir del triunfo de la Revolución. Les hablamos de la edición de 36 millones de ejemplares este año, cifra que no guarda comparación con el menos de un millón que se editaban antes. Pero para lograr esto un país subdesarrollado sin tradición poligráfica generalizada en el aspecto industrial, puesto que solo se contaba con imprentas rústicas, artesanales, ha sido necesario un serio esfuerzo, un gran trabajo de edificación de fábricas, de empresas, de construcciones poligráficas.

Concebimos el arte como un fenómeno profundamente vinculado a los procesos reales que vive el hombre, incluso, tiene su relación en los procesos de la economía y de la producción material. Creemos que una de las misiones fundamentales que debe encarar la Revolución es encontrar el vínculo concreto entre el trabajo artístico y literario y los procesos reales de la producción. Creemos que incluso esto se ha encontrado en algunos países, capitalistas también, de una manera o de otra.

En el socialismo, la revolución cultural —a nuestro juicio— debe expresar el movimiento artístico en la producción material y lograr influir sobre ella a través del diseño, de las grabaciones, de la difusión masiva de los mejores y más altos modelos y valores artísticos, de la reproducción múltiple del arte de más valor que se introduzca y se inserte en la vida cotidiana de la comunidad. En la creación artística tiene un destacado papel la individualidad. El valor de lo individual en la creación artística no debe subestimarse; muy por el contrario, debe exaltarse. El valor de lo individual y en especial de las personalidades de mayor talento debe ser exaltado, subrayado.

Nosotros nos sentimos orgullosos de contar con un grupo de individuos con gran talento artístico. Pero esto no es obstáculo ni debe entrar en antagonismo con el hecho de que los procesos culturales y artísticos —hasta cierto grado— deban relacionarse con la producción y con las necesidades de la producción masiva. En ciertas ramas, ya el proceso artístico no es obra individual o aislada. La industria cinematográfica, el teatro, la propia televisión, son buenos ejemplos de que, además del factor individual, están entrando en juego en la creación artística factores de coordinación y de esfuerzos colectivos.

Por ejemplo, entendemos que debe desarrollarse una estrecha vinculación del arte con el urbanismo. El nuevo arte y las nuevas expresiones plásticas surgidas con la Revolución deben integrarse orgánicamente con los planes y proyectos de urbanismo que nos presenta como un desafío el desarrollo económico y social del país. Desde luego, estoy hablando en perspectiva. Creemos que nosotros no tenemos que hablar solo de lo inmediato, sino de las perspectivas, de las proyecciones.

Hace apenas unos días se cumplieron dos años de la creación del Ministerio de Cultura. Se trataba ya de una necesidad ante el desarrollo y el crecimiento cada día mayor del movimiento cultural en nuestro país. Hoy por hoy el nivel educacional y cultural del pueblo se ha elevado. Desde su creación, el Ministerio se ha propuesto estudiar algunos problemas conceptuales, de fondo, de cómo aplicar la política del Gobierno en el campo cultural. Desde el triunfo de la Revolución existían documentos muy claros y precisos en este sentido, como las palabras del compañero Fidel Castro a los intelectuales en 1961, y otros documentos de importancia: los preceptos de la Constitución de la República que se refieren expresamente a la cultura, y las resoluciones que se aprobaron en el Primer Congreso del Partido. Todos estos documentos ustedes los pueden tener a su alcance.

Subrayamos, sin embargo, que ha sido preocupación primordial de este ministerio aplicar esa política cultural siguiendo la línea de vinculación con el pueblo: principio fundamental de la Revolución en todo momento. De ahí que la apliquemos, luego de múltiples contactos, reuniones y diálogos, con nuestros escritores y artistas; hemos estado durante estos años reuniéndonos periódicamente con escritores, con artistas, colectivamente muchas veces, y otras en forma individual.

La tarea cultural hay que abordarla desde su base, como una rama de la producción social. En el curso de esto dos años el Ministerio ha creado instituciones culturales diversas que son fundamentos del trabajo presente y futuro.

Se creó el Consejo Popular de la Cultura, que se encarga de coordinar en los municipios, en las provincias y a nivel nacional, los esfuerzos y las proyecciones de las organizaciones sociales y de masas, de los trabajadores, de los miembros de los Comités de Defensa de la Revolución, de la Federación de Mujeres, de las asociaciones campesinas, de las uniones juveniles de los estudiantes a todos los niveles, de los trabajadores de la cultura, de los escritores, de los artistas, de los periodistas, y aun de los niños, porque nosotros tenemos nuestras organizaciones de niños también. Se creó el Centro de Estudios Martianos, que auspicia, investiga, conserva y promueve la obra de Martí, y auspicia publicaciones o actividades sobre Martí, que, como ya sabemos, es el más alto exponente del movimiento intelectual cubano. Se están sentando las bases para crear el Centro de Investigación y Desarrollo de la Música y se estudia la creación del Centro de Estudios de la Cultura Cubana. Hace algo más de un año se inauguró el Combinado Poligráfico Juan Marinello, en Guantánamo, moderna instalación industrial con capacidad para producir veinte millones de libros al año. Se han creado en todo el país comisiones encargadas de confeccionar lo que hemos llamado el Atlas de la Cultura Popular Tradicional, para tener una información de la cultura popular tradicional. Se constituyó el Consejo Técnico Asesor del Ministerio, integrado por las personalidades de mayor relieve en el campo cultural. En apenas dos años se han fundado ochenta Casas de Cultura, institución de reciente creación. La Casa de la Cultura es el centro que aglutina e irradia toda la actividad cultural de la comunidad.

[...]

Pero no debo terminar estas palabras sin referirme a una figura tan representativa de la cultura de Estados Unidos como Ernest Hemingway, que tiene un gran respeto entre nosotros y que quizás sea un

símbolo en nuestras relaciones con el movimiento intelectual de Estados Unidos. Hoy conservamos con cuidado y como museo lugares donde vivió y su busto erigido en Cojímar. Esto es como una sencilla prueba de la estimación de nuestro pueblo no solo por el gran escritor, sino por el pueblo de Estados Unidos. Hemingway supo penetrar profundamente en la psicología del pueblo cubano, supo ahondar profundamente en nuestras virtudes, y posiblemente también en nuestros defectos.

Ya, para terminar, quiero volver a subrayar que sentimos un enorme respeto por lo más progresista del movimiento intelectual de las universidades norteamericanas. En Cuba tuvieron mucha resonancia los movimientos en defensa de los derechos civiles desarrollados por los estudiantes y muchos profesores norteamericanos. Sentimos vivas simpatías por toda persona —cualquiera que sea su ideología o su militancia política— si se afana por conocer la ciencia, la técnica y la cultura. Los académicos honestos, los científicos sinceros, los artistas que aman su arte, cualquiera que sea su criterio político o su militancia partidista, y cualquiera incluso que sea el enfoque que le den a nuestra sociedad, si son honestos, sinceros, si aman el arte, tienen nuestro respeto y nuestra comprensión.

Pueden ustedes decirle a todo profesor amante de la cultura, honesto y sincero, que aun cuando no entiendan las cosas de Cuba, si ustedes consideran que aman la cultura, y si desean investigar en la ciencia, y si respetan a los hombres que luchan por la libertad, que aun cuando no nos entiendan muchas de nuestras cosas, si tienen esas condiciones, tendrán siempre nuestra más cálida acogida. Y esto último no lo decimos por cortesía diplomática. Fidel nos ha enseñado a no decir nunca una mentira ni algo que sea superficial. Nos ha enseñado a no ser demagogos. Esto último lo decimos porque lo sentimos; lo decimos porque lo aprendimos de Martí. Porque Martí nos enseñó incluso a amar al pueblo español en medio de la lucha contra la colonia española, y nos enseñó también a conocer muchas de las virtudes del pueblo norteamericano; nos mostró —también es verdad— muchas de sus dificultades y de su problemática, pero nos enseñó también a conocer muchas de sus virtudes. Quizás muchos de ustedes no sepan lo profundo que fue Martí en el estudio de Estados Unidos.

Rogamos a ustedes que trasladen a los estudiantes, a los profesores de vuestras universidades el deseo sincero de nuestro ministerio —y estoy seguro que también de los intelectuales, de los artistas y de los trabajadores de la cultura— de estrechar vínculos humanos. El

vínculo humano es muy importante; esos vínculos humanos que se establecen sobre la base del respeto mutuo y del interés por investigar, estudiar y conocer la verdad de la vida, de la naturaleza y de la historia. Cada uno de nosotros puede tener sobre esas verdades una concepción, una idea, un enfoque. Pero el interés por investigar, estudiar y conocer la verdad de la vida es un fundamento muy importante para nuestros vínculos culturales. Pueden tener ustedes la seguridad de que el vínculo humano, la relación individual con cada uno de ustedes, la relación con el movimiento intelectual en Estados Unidos, desde el punto de vista humano, es para nosotros un principio.

Lo destacamos ante ustedes como un elemento también esencial de nuestra cultura y de ese sentido universal que tenemos. Nuestro sentido universal nos lleva también a amar y a querer al pueblo de Estados Unidos. En este aspecto puede decirse que el movimiento cultural cubano, fundamentado en ideas y principios que son irrenunciables —y que ustedes conocen— aspira a ser profundamente humanista.

Aspiramos a ser, y creemos ser, además, profundamente humanistas. Las banderas del humanismo nadie nos las va a arrebatar en esta lucha y en este trabajo; incluso, nos une a ustedes, nos une al movimiento intelectual en Estados Unidos, y esa unión y esa relación con el movimiento intelectual en Estados Unidos es premisa fundamental de nuestra política.

Perdónenme la extensión, pero desde hace mucho tiempo soñaba con poder conversar y hablar con profesores, con rectores, con representantes del movimiento intelectual de la patria de Lincoln.

[A continuación, las respuestas de Armando Hart Dávalos a las preguntas de los profesores universitarios presentes en el encuentro; se destaca también entre corchetes a quienes intervienen, y sus palabras, si son de relevancia por su contenido o para la mejor comprensión de esta versión de la transcripción].

[Interviene F. Mackey, presidente de la Universidad Tecnológica de Texas].

Nosotros teníamos aquí precisamente un capítulo de la Constitución de la República recientemente promulgada: el capítulo cuarto, dedicado a la educación y a la cultura. Podríamos referirnos a algunos aspectos que sean interesantes, pero, asimismo, podríamos después brindarles el texto de la Constitución. Con posterioridad, facilitarles algunas legislaciones que existen, como es esta a que nosotros hemos referido: la de los monumentos históricos y la de patri-

monio cultural, que son las dos primeras legislaciones dictadas por la Asamblea Nacional del Poder Popular.

En relación con la situación anterior, lo más importante sería decir que en Cuba, antes del 59, una cosa decían las leyes y otra cosa decía la realidad de la vida práctica. Es decir, sería muy relativo hablar de las situaciones legales anteriores porque en la realidad práctica no se tenía en cuenta la legislación. Por ejemplo, en las constituciones vigentes, digamos, en 1940, se abogaba también por el derecho a la cultura, el acceso a la cultura, pero en la vida práctica eso no ocurría.

Nosotros podemos decirle que en nuestra legislación, partiendo de la Constitución, la realidad práctica sí coincide con la legislación, o trabajamos para que coincidan, porque muchas veces no están creadas todas las condiciones. Podemos leerle algunos preceptos que nos parecen muy importantes, desde un punto de vista general.

En el Artículo 38 de la Constitución se dice que el Estado orienta, fomenta y promueve la educación, la cultura y la ciencia en todas sus manifestaciones, y en su política educativa y cultural se asienta en los postulados siguientes: fundamenta su política educacional y cultural en una concepción científica del mundo, desarrollada por el marxismo-leninismo. Cuando nosotros decimos esto pensamos en una concepción científica del mundo, es decir, puede pensarse que sea simplemente partidista. Pero es que nuestra concepción filosófica parte de la interpretación científica del mundo.

También decía, desde luego, que la función —y yo le hablo con toda sinceridad— de la enseñanza, es función del Estado. Para entender una legislación —usted que es abogado conoce esto perfectamente— hay que conocer la historia anterior. En la educación cubana, digo, en la cultura cubana, el Estado estaba separado de la Iglesia, no desde el triunfo de la Revolución ni inclusive en los años anteriores al triunfo de la Revolución; la formación cultural cubana —que es otro elemento muy interesante de todo el desarrollo cultural del siglo XIX— era una formación laica separada de la Iglesia. Es decir, nuestra educación y nuestra cultura se fundamentan en una concepción científica. No quiere esto decir que nosotros neguemos el derecho a tener una concepción religiosa, ni neguemos el derecho a tener un sentimiento religioso a las personas.

[...]

Les hablé de la Ley de Monumentos, les hablé de la Ley de Patrimonio Cultural y les hablé de otras instituciones que hemos creado. Pero lo que se garantiza plenamente en nuestra legislación es, por

una parte, la libertad creadora, y, por otra parte, desde luego, el derecho del Estado de fomentar y desarrollar la concepción científica del mundo; concepción que, desde luego, se lo decimos a ustedes con toda sinceridad, en nuestra filosofía coincide con los principios del socialismo científico.

[...]

Cuando se creó el Ministerio de Cultura por Ley, a fines de 1976, y que realmente empezó a funcionar a principios del 77, les digo con sinceridad que yo mismo me pregunté qué cosa era un Ministerio de Cultura. Lo creó la Ley, se dio una disposición legal de qué cosa era un Ministerio de Cultura —porque yo más o menos entendía qué podía ser un Ministerio de Salud Pública o un Ministerio de Educación, qué podía ser un Ministerio de Industrias o un Ministerio de Comunicaciones—. Y realmente me costaba trabajo entender qué era un Ministerio de Cultura, lo que la legislación ya tenía planteado. Se pueden definir en legislaciones —y las hay—, las funciones del Ministerio de Cultura, pero más importante que en la legislación, aquí está la noción, en la política que hemos aplicado —basada, desde luego, en la legislación, y fundamentada en la política en general—, de que el Ministerio de Cultura se ocupe de todos los aspectos organizativos, de aseguramientos materiales, de propiciar el desarrollo científico alrededor de la cultura, y las condiciones ambientales para el desarrollo del arte, y de no tener una intervención directa en tal o cual obra de arte. Esa es la política que hemos seguido a tono con estos principios de la Constitución y a tono con los principios que nos inspira.

Yo, personalmente, no soy un artista, ustedes lo saben. Usted me preguntaba hace un momento... Soy graduado de abogado, y realmente a lo que me he dedicado fundamentalmente es a trabajar en la política de la Revolución desde que me gradué, en una forma u otra... Y hemos utilizado una expresión bien conocida: «A Dios lo que es de Dios y al César lo que es del César», y hemos dicho: el Ministerio de Cultura debe preocuparse por los aseguramientos materiales, por propiciar el desarrollo de centros de investigación cultural, por promover los intercambios, por crear un clima favorable al desarrollo del arte, por tener un contacto muy directo con los intelectuales; ser, en el terreno más noble de esta expresión, una influencia moral, pero a través de un convencimiento en relación con la política cultural, que es amplia. Pero ni los funcionarios del Ministerio de Cultura ni nosotros —y lo hemos dicho así a los artistas— nos consideramos con facultades legales para imponer ni para establecerle a un artista

un patrón rígido en cuanto a su forma concreta, propia, de realizar su arte. Porque con eso, si lo hiciéramos, incumpliríamos nuestra función, y los artistas tampoco podrían trabajar.

[...]

[Interviene el Historiador de la Universidad de Massachusetts].

Lo primero es que una revolución es algo complejo y difícil, y que de una de ellas no se pueden trazar fácilmente esquemas. Los procesos revolucionarios se rigen por leyes —que se cumplen, esas leyes—, pero en las revoluciones también intervienen muy decisivamente los hombres, las personalidades, y sus ideas. Es difícil, en abstracto, y con una línea muy general, evaluar todas las revoluciones.

[...]

Les voy a decir algo, basado en una apreciación personal, y es algo que les dije a los escritores en una ocasión. Yo le temo más al que se «pinta» de revolucionario y se revela como oportunista, que al que lealmente expresa sus ideas en contra de una concepción de la Revolución. Le temo más al que se «pinta» de tal revolucionario —y no lo es en realidad—, y que es pura superficie y después actúa de otra manera, que al que realmente, conscientemente, diga: yo tengo tal, tal y tal idea.

En nuestra cultura —puedo afirmarlo—, desde el triunfo de la Revolución ha sido política no reprimir a nadie por sus ideas contrarias a la Revolución. Y si ha habido una represión —no ha sido en el campo de la cultura— ha sido por hechos concretos, por la realización de actividades delictivas concretas. Y en el campo de la cultura esta política nosotros la hemos aplicado. Es decir, es una política que no reprime culturalmente por las concepciones ideológicas y filosóficas que se tengan. No quiere decir que no trabajemos por tratar de convencer —ese es ya otro problema—, y por tratar de persuadir y de ganar para nuestras ideas. Y este método de tratar de convencer, de tratar de persuadir, nos ha ganado a mucha gente.

[...]

La respuesta que podemos darle es que no reprimimos culturalmente por el mantenimiento de ideas contrarias al socialismo. No reprimimos ni hacemos ninguna presión policiaca. Pudiéramos nosotros hacer una tarea de convencimiento, ese es un derecho que sí tenemos, y eso nos ha dado muchos resultados, y podríamos conversar afablemente y discutir. Pero, además, hay un hecho objetivo: la gran masa de los artistas y de los escritores con mayor nivel han estado integrados a la Revolución.

Usted sacó el ejemplo de la época evaluada por la influencia de Stalin y su reflejo en el campo de la cultura. Esa es una cuestión ya que no nos compete a nosotros; compete a otro país. Pero yo voy a aprovechar la ocasión —y ustedes me perdonan la digresión en esto— para defender el siguiente punto de vista.

[...]

En cuanto al nuestro no hemos tenido dificultades. Es cierto que el Ministerio de Cultura se constituyó en el año 76, y que hubo una etapa, de 1959 a 1976, en que existían varios organismos culturales. Inclusive, el Ministerio de Cultura se constituye precisamente por la necesidad de darle coherencia a la aplicación de toda la política cultural. Pero estos principios están enunciados por Fidel desde el año 61. Si ustedes leen las *Palabras a los Intelectuales* de Fidel, evaluarán que, efectivamente, lo que le interesaba más a la Revolución era la libertad creadora del artista y no la imposición desde fuera...

Es decir, que no se ha dado esa necesidad práctica. Las condiciones de otros países son distintas, pueden ser distintas. Nosotros no hemos tenido la necesidad práctica de utilizar ningún método de presión ni de represión.

Soy de los que sostienen que entre los artistas cubanos y entre los intelectuales cubanos fueron pocos los que no se adscribieron a las ideas de la Revolución, y fueron muchos y los más importantes los que se adscribieron a las ideas de la Revolución. No hemos tenido esa dificultad en el orden práctico. Y si tuviéramos algún problema, de algún tipo, lo resolveríamos siempre en base a una discusión, a un análisis, a un enfrentamiento de tipo intelectual.

Así es que esta no es una política que se inaugura con el Ministerio de Cultura. Es una política que ahora el Ministerio de Cultura puede aplicar de una manera más coherente porque dirige a todos los organismos, y antes no había esa posibilidad de aplicarla de manera tan coherente por el Estado.

[...]

Es posible que los hombres se equivoquen. En algunos países del mundo también se han equivocado en la aplicación del socialismo, y han hablado en nombre del socialismo cosas que no son para nada del socialismo. Han exterminado obras artísticas del pasado, casi en nombre del socialismo, y eso no es el socialismo.

[...]

Porque cuando decimos que nos sentimos relacionados con la Revolución francesa —que no fue una revolución socialista, fue una

revolución burguesa, fue una revolución de otro carácter—, no estamos diciendo nada superficial. Es que nosotros nos sentimos parte de una herencia universal. Sentimos que nuestra ideología, el socialismo, lo que trata es de ampliar la libertad, de ampliar la democracia, y de profundizar en el campo del arte.

[...]

[Intervienen un profesor norteamericano y la esposa del presidente del College en Buffalo, Estado de Nueva York].

Es evidente que en La Habana, capital del país, que concentra los valores culturales más importantes del país, esto tiene una altísima prioridad. Pero debo decir que uno de los problemas que estamos enfrentando en el Ministerio de Cultura consiste en que por donde quiera desean organizar compañías de ballet. Precisamente, estuve hace unas semanas en la ciudad de Santiago de Cuba, y allí nos hablaban de una pequeña escuela de ballet que tenían. Ya teníamos una Escuela de Ballet en Camagüey, en la que está el compañero Fernando Alonso, uno de los organizadores del Ballet de Cuba, que quizás muchos de ustedes conozcan. Él ha fundado allí en la ciudad de Camagüey, también, un movimiento de ballet fuerte y que también ha dado algunos recorridos, y están empeñados en eso. Y todas las provincias han estado muy deseosas de incrementar el movimiento del ballet, al extremo de que nosotros, desde el punto de vista del Ministerio de Cultura, hemos considerado que pudiera ser excesivo. Incluso recuerdo que cuando el Ballet Nacional estuvo en Estados Unidos y dio un recorrido, había cierto asombro por lo grande que era la Compañía y por el hecho de que un país tan pequeño tuviera una compañía tan fuerte.

Pues bien, puedo decirle que si fuera por la población esto se extendería mucho más hacia el interior del país, y es que hay un gran deseo por el Ballet. También con la Sinfónica. No podría hablarle de la Sinfónica igual que del Ballet; porque el Ballet, por la resonancia que ha tenido Alicia, por el trabajo que se ha hecho, también ha tenido una repercusión mayor. Pero en el interior del país hay un gran interés por estas actividades, al extremo de que la limitación no está en el deseo de ellos, sino en las posibilidades técnicas que nosotros tengamos para todo eso.

Así es que la respuesta que puedo darle es muy positiva. Y debo decirle, además, que tratamos de trabajar con un equilibrio de carácter territorial. En el Congreso de la Unión de Escritores y Artistas hicimos dos señalamientos críticos, que ellos aceptaron. El primero, que muchos de los artistas estaban concentrados en La Habana, y

ya la Unión de Escritores y Artistas ha ido abriendo sucursales en el interior del país; el otro, que los escritores y artistas tenían que vincularse a los movimientos nuevos, a la gente nueva, que no sea la Uneac solo para personas consagradas, sino para movimientos nuevos. Pero, en realidad, por estas actividades culturales hay un gran interés en el país.

[...]

La música popular cubana tiene una fuerza mayor, un origen más nacional. Inclusive, nosotros trabajamos por desarrollar la música popular y darle un nivel cada vez más culto. Y estamos haciendo ciertos estudios para ver cómo podemos combinar ciertos factores, elevar su calificación técnica y darle un nivel cada vez más alto. Aunque el término que diferencia la música culta de la música popular no nos gusta.

Pero la respuesta que puedo darle es positiva: existe un gran interés. No le puedo decir que existan instituciones sinfónicas en todo el territorio del país, pero sí que el hecho de que un país como el nuestro tenga dos fuertes movimientos de ballet, el de La Habana y el de Camagüey, y además un grupo en Santiago de Cuba, y un interés grande en Holguín por tener uno, ya me lleva a darle una respuesta positiva a la pregunta que usted nos hace.

Nosotros tenemos aquí una relación de las orquestas con que contamos en el país. Si lo desea, podemos proporcionársela. Antes del 59 había dos orquestas sinfónicas; hoy contamos con seis —y quisiéramos tener más—, además de una orquesta de cámara. Antes del 59 había un solo Coro Nacional; hoy hay doce coros profesionales. Tenemos la política de contar con un coro en cada provincia. Antes del 59 no existía el Centro de Derechos de Autor, ahora sí; también el Centro de Investigación de la Música y otras instituciones.

Es decir, que tratamos de descentralizar el movimiento cultural y hacerlo no solamente capitalino, sino en todas las provincias. Antes del 59 existía el Ballet de Cuba, con poco apoyo y con bastantes limitaciones por parte del Gobierno. Hoy existe el Ballet Nacional de Cuba; existe el Ballet de que le hablaba, de Camagüey; existen el Grupo Danza Nacional de Cuba y el Conjunto Folclórico Nacional. Existe un conjunto folclórico en Oriente, que está haciendo adaptaciones folclóricas, y existen otros movimientos artísticos más, pero le estoy señalando los más destacados. Esto, con el proceso de la Revolución, se ha ampliado.

No obstante, pienso que desde el punto de vista de la cultura en general, una de las ampliaciones mayores que hemos tenido, es la que

señalé en el informe: el Cine, que no existía antes, y el Libro, que saltó de menos de un millón a 36 millones. El fortalecimiento del Ballet, el Grupo Danza Nacional, el Conjunto Folclórico de Oriente y las seis orquestas sinfónicas, que antes solamente había dos, y los doce coros profesionales.

A esto podemos añadir en cuanto al teatro; yo les puedo dar después el informe: una comparación de lo que había antes y de lo que hay ahora.

Pero la respuesta a su pregunta es positiva; es decir, nosotros sí estamos interesados en llevar el ballet y la orquesta sinfónica a donde quiera que haya condiciones en el país. Claro, en cuanto al ballet, con las limitaciones técnicas, es absurdo que nuestro país tenga tantos grupos. Esto se relaciona con el sistema de escuelas. Hablábamos de una Escuela Vocacional de Arte, que tendrá 7º, 8º y 9º grados, de las que ya se están construyendo cuatro. Y habrá una Escuela Profesional de Arte en cada provincia. Esa Escuela Vocacional de Arte en cada una de las provincias no tendrá todas las especialidades. Digamos, la Plástica estará en algunas provincias, la Música estará en otras provincias, la Danza estará en otra provincia, y así sucesivamente... El Diseño estará en otra provincia. Y así, para tratar de hacer una distribución territorial de las actividades artísticas.

En cuanto al gusto del pueblo, lo más importante es el gusto del público por el ballet, que incluso a nosotros nos ha asombrado, porque en Cuba no había esa tradición de ballet. Esto prueba algo que resulta muy importante en el trabajo cultural, que es una misión importante del Ministerio: que en el fenómeno cultural, la promoción desempeña un papel importante. Entonces, que un país pequeño como el nuestro posea doce coros, seis orquestas sinfónicas, es algo. Pero no nos sentimos satisfechos...

[...]

Existe una fuerza artística en el país muy grande y un mundo nuevo en el país por crear muy grande. Pensar románticamente que todos, absolutamente todos los que puedan escribir una novela o una poesía, van a estar con la Revolución, que no va a haber desertiones, es utópico..., eso siempre va a ocurrir en cualquier país. Y cuando ocurre, siempre los círculos que controlan, el monopolio de la noticia y la información, le harán determinada propaganda.

[Interviene un profesor norteamericano: Señor ministro, este es un documento preparado por la Asociación Norteamericana de Universidades y *Colleges* Estatales, que describe algunos de nuestros

programas y ofrece además la historia de la Asociación. También un pequeño libro aquí, en español, que se titula: *¿Puede el hombre trascender los límites de la cultura?* Creo que este es un documento muy interesante. A la luz de nuestro debate de hoy por la mañana, desearía expresarle, en nombre de todos mis colegas, nuestro reconocimiento más profundo por esta tan inspiradora exposición que nos ha brindado. Para nosotros esta ha sido la mañana más inspiradora que hemos pasado en Cuba. Creo que realmente usted ha sido muy coherente, muy honesto y muy directo en su lenguaje para con nosotros. Estamos muy agradecidos por ello.].

Gracias por el obsequio y por el simbolismo que implica. Y nosotros haremos llegar a la Asociación también algunos textos del Ministerio de Cultura, como símbolo de nuestra amistad. Y le solicito a cada una de las instituciones aquí representadas y a la Asociación en general, que tengan intercambios directos con nuestras instituciones; y tengan intercambio directo, si así lo desean, con el Ministerio de Cultura de Cuba. Y añado que con cualquier sugerencia, cualquier planteamiento que en el futuro ustedes nos hagan con respecto a cualquiera de estos problemas, o de problemas que puedan interesarnos mutuamente, nosotros nos sentiríamos muy alegres y contentos.

Les vamos a obsequiar dos documentos: uno, *Política cultural de la Revolución cubana*, que contiene los cuatro documentos a que hice referencia al principio; y el otro, *Perfiles culturales*, una síntesis, en forma de anuario, de la cultura en Cuba durante el año 1977.

5 [La Nueva Trova se ha situado en la vanguardia del movimiento cultural de las nuevas generaciones surgidas con el triunfo de la Revolución].⁸

Queremos en primer lugar resaltar el hecho de que este activo se haya celebrado en Moa. Ya contamos con tres eventos importantes, en los que de alguna forma o participamos o tuvimos que ver, aunque fuera indirectamente, de la Nueva Trova. Uno fue a mediados de 1976 en Santiago de Cuba, en que este movimiento tuvo una participación destacadísima en un festival de la Canción Política. Otro fue el Festival de la Nueva Trova que celebramos, ya organizado y constituido el Ministerio de Cultura el año antepasado, en La Habana. Y otro ha sido este.

Al primero, al de Santiago de Cuba, propiamente, asistimos como espectadores para ver cómo era aquello. En el segundo tuvimos una participación mayor, en la colaboración que el Ministerio pudo brindarle a esta actividad. Y en el tercero estamos ahora aquí con ustedes.

Desde luego, a estos tres eventos queremos referirnos por lo siguiente: este tipo de evento celebrado en las provincias, en el interior del país, adquiere mayor relieve o mayor significación [...].

El Festival de la Canción que tuvo lugar en Santiago de Cuba, recuerdo que conmovió profundamente a la juventud local. Nunca había tenido yo la oportunidad de asistir a un evento artístico que pudiera conmover tanto a la juventud santiaguera, y aquello me llamó poderosamente la atención. Todavía no estábamos ni siquiera trabajando en el Ministerio de Cultura cuando se realizó aquel evento. Y ahora este, que se lleva a cabo en Moa, y por la información que tenemos, por la actividad de anoche, por la colaboración brindada por los organismos del Partido, el Poder Popular en el municipio y la Provincia, y por todo el entusiasmo de ustedes, parece que va siendo un gran éxito.

[...]

Por eso yo quiero felicitar la iniciativa de haber llevado a cabo este Activo-Festival, como se mencionó aquí, en una región, en una zona como la de Moa, que tanto significado tiene para el futuro de nuestro país. Quiero felicitar a la dirección del Movimiento de la Nueva Trova

⁸ Versión de las palabras que pronunció al clausurar el Activo y Festival de la Nueva Trova, efectuado en Moa, Holguín, el 23 de febrero de 1979.

por esta decisión, ya que ello revela el interés de los trovadores en vincularse concretamente a las tareas del desarrollo y a las tareas de la Revolución, y esto se hace ver de una manera muy concreta.

Nosotros conocemos lo que es esta zona de Moa, sabemos las grandes dificultades y los grandes empeños que la Revolución ha tenido y tiene aquí. Precisamente, hace unos momentos, hicimos un brevísimo recorrido por las nuevas instalaciones de la nueva planta de Punta Gorda, que están levantándose, y por la zona de la Universidad o Centro Universidad, y algunas son nuevas en Moa.

Desde hacía creo que más de dos años, no veníamos por Moa, y realmente es asombroso lo que se ha venido construyendo aquí durante ese tiempo, y sabemos de las enormes dificultades para hacer todas estas construcciones... Al extremo de que yo les decía a los compañeros, al ver esas edificaciones y esas fábricas que se levantan, que eran como una canción al desarrollo. Esas nuevas edificaciones son, efectivamente, una canción al desarrollo. ¿Y qué es Moa, y qué es Nicaro, su fábrica gemela? Vale aquí recordar un poco de la historia.

Estas instalaciones no eran propiedad de una empresa norteamericana, sino del Gobierno norteamericano. Nicaro se construyó como reserva militar durante la Segunda Guerra Mundial. Moa se construyó como reserva militar durante la guerra que el imperialismo desencadenó contra el pueblo de Corea en los primeros años de la década de 1950. Dos instalaciones reservas estratégicas militares del Gobierno de Estados Unidos y propiedad, no de una empresa en particular norteamericana, sino del Gobierno mismo, construidas con fines de reserva militar del níquel.

Triunfó la Revolución, y los ingenieros, los técnicos y muchos de los especialistas que aquí había no siguieron trabajando aquí; los que tenían el dominio de los planos de la empresa, de la fábrica, etc., no siguieron trabajando aquí, y se llevaron los norteamericanos muchas de las cosas de aquí, pensando, acaso, que los obreros de Nicaro y de Moa no podían echar a funcionar estas fábricas. ¡Y era lo lógico! La lógica formal, imperialista, llevaba a la conclusión de que sin los norteamericanos estas fábricas no podían funcionar. Y sin embargo, los obreros cubanos, con la colaboración de la Unión Soviética y de los técnicos especialistas soviéticos, continuaron haciendo funcionar estas instalaciones. Entre obreros que eran de aquí, y obreros que vinieron de otras zonas del país —obrerros de La Habana—, que, dejando familias, dejando sus intereses en La Habana, vinieron aquí a trabajar en los primeros años de la Revolución —entre ellos creo que el compañero Panchito, actual administrador de Moa y miembro del

Comité Central del Partido—. Vinieron otros obreros de muchos lugares del país, y trabajaron junto con los obreros de aquí y junto con algunos especialistas soviéticos.

Pero debemos mencionar algo muy interesante y muy emotivo para todos nosotros: detrás de esto estaban la mano y el alma y la conciencia y el trabajo del Che. Mensualmente venía el Che por estas zonas, a asistir a los consejos de dirección de las fábricas de Moa y de Nicaro. Incluso hay que decir que las concepciones económicas del desarrollo de estas zonas, tal como hoy están planteadas y en proceso de ejecución, fueron en buena medida concebidas por el Che en los años iniciales de la Revolución.

El recuerdo del Che, el recuerdo de los obreros, de la clase obrera que cooperó y colaboró a echar adelante o a continuar en la producción de esta fábrica, la presencia de técnicos y especialistas soviéticos en este empeño, el significado económico de estas empresas, el hecho de que estas empresas eran propiedad del Gobierno norteamericano y servían como recursos estratégicos militares para el Gobierno de Estados Unidos, son elementos más que suficientes para nuestra primera y fundamental evocación en esta clausura del Activo de la Nueva Trova.

Pero hay más: la Revolución siguió avanzando; miles y miles de jóvenes salían de estos campos, de estas zonas, becados en La Habana o en el extranjero. Las necesidades de mano de obra calificada estaban presentes en otras zonas del país; en estas regiones no había una infraestructura, es decir, no había vivienda y ni condiciones de vida para estabilizar una población laboral que facilitara el desarrollo de estas industrias. Miles de jóvenes, repito, salían para otras partes del país, y la demanda y las necesidades del personal calificado era inmensa. Esta es una zona donde el imperialismo no tenía que construir una gran infraestructura; me refiero a carreteras, a condiciones materiales de vida, porque ellos tenían una mano de obra que solamente concebían para los técnicos especializados, los dirigentes más favorecidos; realmente, en cuanto a los trabajadores y la clase obrera que ellos necesitaban, tenían la mano de obra barata.

Aquí estamos junto a una zona campesina, de un campesinado muy distribuido, muy disperso por todas esas zonas, y existía un problema —y existe aún— de mano de obra estable. Una fábrica como esta no podía funcionar sin una mano de obra estable, porque un elemento indispensable, esencial de la producción, era tener estabilizada la mano de obra, que en muchos casos debía poseer determinados niveles de calificación, incluso altos. Recordamos los esfuerzos por traer aquí

jóvenes de distintas partes de la antigua provincia de Oriente, para que al llegar se pusieran a trabajar, pero tampoco teníamos resueltas las condiciones materiales de vida. Tenían que vivir en albergues, en condiciones muy difíciles. Y en aquellas circunstancias era muy difícil mantener una estabilidad de la fuerza laboral, y se ponía empeño en eso, y se mantenían algunos trabajadores; salían unos, entraban otros. ¡Los compañeros del Partido, los compañeros de Moa y de Nicaro recuerdan todo aquello y en gran medida lo siguen viviendo!

En esa situación, la Juventud Comunista, que ha estado siempre en la vanguardia de las tareas de la Revolución, convirtió Moa y Nicaro en obras de choque de la Juventud, de todo el país, de toda la nación. Tal es la importancia de esta obra, que hoy la Juventud Comunista en el país tiene doce obras de choque; de ellas, cinco pertenecen estas zonas de Moa y de Nicaro. Otras, están localizadas en el ferrocarril central, otras en Nuevitas, en Cienfuegos y en otros lugares. Pero de estas doce, cinco pertenecen a Moa y a Nicaro.

Porque aquí había que construir, y se están construyendo, una planta en coordinación y con el apoyo de la URSS, y la planta de Punta Gorda. Había que construir, y ya se está en el movimiento de tierra, una planta con el apoyo del CAME —desde luego, detrás del CAME está la URSS—, que está en movimiento de tierra. Había que hacer y crear la infraestructura; había que construir un politécnico: se construyó un politécnico. Había que construir un centro universitario: se construyó un centro universitario. Y los compañeros hablan con emoción, con sensibilidad, de cuando llegó por primera vez un grupo de compañeros y dijeron: aquí vamos a construir un centro universitario, y no había nada, y eso fue hace solo unos años, y ya hoy hay una magnífica edificación. Todo eso es muy bello y ha llevado mucho sudor, ¡mucho sudor! Mucho esfuerzo. Mucho trabajo de muchos compañeros.

De estos empeños se llegó a lograr que en estos momentos haya ocho mil jóvenes en estas obras de choque, jóvenes de todo el país, de las catorce provincias y del municipio Isla de la Juventud. Y para tener una idea de lo que eso significa, piénsese que tenemos 9 500 trabajadores en estas obras, y 8 000 son de las obras de choque de la Juventud Comunista. Que haya 1 500 estudiantes universitarios. Pensar que hace veinte años, que hubiera un estudiante universitario estudiando como tal en la ciudad de Santiago de Cuba, era una utopía. Y hoy hay 1 500 universitarios estudiando en Moa. Hay también unos 500 estudiantes tecnológicos, y para todo esto hay que construir una

infraestructura. Y para todo esto la Juventud tuvo que unir esfuerzos de todo el país.

Por eso, compañeros de la Nueva Trova, han hecho ustedes muy bien en querer subrayar el carácter revolucionario y político de este movimiento, organizando este Activo-Festival en Moa y Nicaro. Que una vez dijimos, y ahora podríamos repetir: cuando Moa y Nicaro cuenten con sus edificaciones terminadas pudiera decirse que ¡es uno de los más grandes y hermosos monumentos que nuestra Revolución pudiera hacerle al Comandante Che Guevara!

Porque aquí, como en apretada síntesis se conjugan, con la presencia de los soviéticos, la cooperación internacionalista y la presencia de la Juventud Comunista y de las juventudes que han llegado hasta aquí, el espíritu de trabajo, el espíritu obrero y la conciencia proletaria de la juventud cubana de hoy; se conjuga el futuro del desarrollo económico del país, dada la importancia decisiva que esto tiene para nuestro desarrollo, y al ser estas las instalaciones industriales —a excepción, digamos, de las azucareras— más importantes de la nación. Rendirle homenaje al trabajo, rendirle homenaje a la edificación económica, rendirle homenaje al esfuerzo de miles y miles de hombres que han venido aquí a laborar, de miles y miles de jóvenes que han venido aquí a trabajar, a conquistar el futuro, es nuestro deber, y creo que con este Activo ustedes han querido también rendirle el homenaje de su canción a esos hombres que han venido aquí a edificar el futuro.

Nosotros teníamos unas palabras preparadas para ustedes. Quizás me he salido un poco del libreto, y quizás vuelva a hacerlo. Pero siempre hace falta un poco, el libreto. Nosotros queríamos transmitirles estas palabras en relación con la significación del Activo, con la significación que para nosotros tiene la Nueva Trova.

Con ocasión de nuestra intervención en el Círculo Internacional de Jóvenes Artistas del XI Festival Mundial de la Juventud, dijimos lo siguiente:

Las clases conservadoras pretenden situar el arte al margen de la política y de los problemas que plantea la vida social. La toma de conciencia acerca del significado social y de la influencia política e ideológica del arte y la literatura es la única respuesta que los jóvenes artistas y escritores pueden dar a estas pretensiones burguesas. Más aún. Para que el arte de nuestra época alcance los niveles de riqueza cultural y de calidad estética requeridos debe estar profundamente influido por la ideología, los sentimientos y las aspi-

raciones de nuestros pueblos. No se trata solo de una necesidad política y social; se trata, además, de una necesidad artística.

Decíamos también entonces:

No creemos en el apoliticismo del arte y la literatura. Ese principio lo recibimos del movimiento intelectual cubano, desde los orígenes mismos de nuestra nacionalidad. La cultura cubana ha estado siempre comprometida con el ideal de progreso social. Cuando en algunas regiones del mundo se habla de un arte y de una literatura no comprometidos, lo consideramos extraño a nuestra herencia cultural. El movimiento intelectual cubano del siglo XIX estaba profundamente enraizado en las luchas populares; comprometido en la lucha antiesclavista, en el combate a favor de la independencia, en el ideal de patria de nuestra América y en las previsiones antiimperialistas...

Así señalábamos nosotros y lo hemos venido repitiendo en diversas ocasiones: ese nexo sutil, dialéctico y consiguientemente contradictorio de las relaciones entre el arte y la política, este tema de las relaciones entre el arte y la política, es un tema complejo. Desde luego, no son estos momentos de abordarlo con profundidad. Sin embargo, la canción de la Nueva Trova nos evoca este asunto, y nos trae a la mente ese tema de la profunda e íntima relación entre el arte y la vida social, entre el arte y la política.

Quizás sea el Movimiento de la Nueva Trova uno de los ejemplos más concretos que tenemos a la vista acerca de la validez de algunas de estas verdades, expuesta reiteradamente por el Ministerio de Cultura. Quizás sea el Movimiento de la Nueva Trova uno de los ejemplos más evidentes de que allí donde se enraízan con los problemas sociales del pueblo, donde se recoge la tradición popular, donde se respeta el ambiente de combate revolucionario, se pueden alcanzar formas nuevas y superiores del arte.

Porque en verdad solo cuando el artista está imbuido del sentimiento de su pueblo, de las aspiraciones de su pueblo, de las realidades concretas que su pueblo tiene que enfrentar, y solo cuando está unido a la tradición de su cultura, puede el artista elevarse con su arte a los planos más altos. Y está el ejemplo del Movimiento de la Nueva Trova.

[...]

Y es que no podemos hablar en estas conclusiones si no subrayamos que uno de los méritos principales de este movimiento artístico

ha consistido en expresar en el lenguaje del arte el sentimiento político y revolucionario de nuestro pueblo. Lo que nosotros, lo que la gran masa del pueblo no pueda expresar en el lenguaje del arte —en que ustedes lo hacen—, y lo expresamos en el lenguaje corriente, ustedes lo expresan en el lenguaje artístico. Es ahí donde radica gran parte de la razón de su futuro y de su trascendencia histórica en el movimiento cultural cubano. Esa fuerza y ese futuro radican en que han sabido expresar en el lenguaje del arte el sentimiento revolucionario de nuestro pueblo.

No quiere decir que el tema político vaya a ser el único, ni tampoco que deba ser el único. La Nueva Trova no ha abordado solamente el tema político, sino también otros temas; pero el tema político ha estado muy presente en la Nueva Trova.

Y cuando hablamos de política no lo hacemos con un criterio estrecho ni en forma de un esquema, sino en el sentido martiano de la política. Es decir, hablamos de la política como sensibilidad ante los problemas de los demás, la política como el arte o la capacidad de llegar a los demás, la política como la identificación con las aspiraciones y los objetivos del pueblo...

La política, entendida a la manera martiana, es decir, en sentido profundamente humanista, tiene de común con el arte que despierta la sensibilidad, los sentimientos y las emociones más nobles del pueblo. La Nueva Trova, con sensibilidad artística y contenido revolucionario, ha elevado a nuevos planos la canción política, patriótica y antiimperialista. De esta forma, se ha situado en la vanguardia del movimiento cultural de las nuevas generaciones surgidas con el triunfo de la Revolución. Este es el más hermoso y trascendente valor de la Nueva Trova. El mérito que más podríamos resaltar aquí hoy, en la Nueva Trova, es que surgió de un pueblo en Revolución, en que vinculó su arte con los ideales y propósitos del pueblo, y en que supo en síntesis expresar, en el lenguaje de la canción, lo que todo el pueblo sabe decir en lenguaje de política.

Por eso, compañeros, la admiración que todos sentimos por la Nueva Trova está políticamente justificada. La Nueva Trova es una de las grandes creaciones artísticas de la Revolución socialista de Cuba. Esto es la Nueva Trova: un movimiento cuyo valor está dado porque aborda temas que llegan a la sensibilidad del pueblo, y porque lo hace con gracia, pericia y extraordinario talento artístico. Y algunos han llegado a ser de renombre internacional.

La fuerza de la Nueva Trova yace en que ha partido de su realidad social histórica concreta, que se sensibilizó con ella y que logró con talento expresarla en la forma hermosa de la canción.

La fuerza y el prestigio nacional e internacional que ha alcanzado es un hecho artístico ampliamente reconocido. Como movimiento artístico en sí, está —sin lugar a dudas— entre las primerísimas creaciones de la Revolución. Como movimiento artístico sirve a su vez para mostrar de una manera concreta ese profundo y a veces muy sutil nexo entre el arte y la ideología, entre el arte y las emociones y reclamos del pueblo. Y su fuerza como arte se deriva de la consecuencia con que ha mantenido ese nexo.

Y hemos visto, a públicos que no hablan nuestro idioma, aplaudir con pasión a los trovadores cubanos. Lo vimos hace poco en el Palacio de los Congresos de Moscú, con motivo de la inauguración de la Jornada Cultural Cubana. Un público que no habla nuestro idioma, pero sensibilizado con la canción, con la música y con el ritmo, con la melodía, como adivinando el contenido de esa canción aplaudía con pasión a la Trova y a sus trovadores. Y hay que decir que aquella noche en el Palacio de los Congresos de Moscú la representación de la Nueva Trova fue, si no la más aplaudida, una de las más, por el público soviético. Y no solo el público soviético. La Nueva Trova ha estado presente en otros países socialistas, ha estado presente en España, en América Central, en el Caribe, y ha estado presente, incluso, en Estados Unidos; aquí mismo hoy no están entre nosotros compañeros como Silvio, como Pablito, a los que ustedes tanto han aplaudido, precisamente porque han tenido compromisos que cumplir en Estados Unidos. La Nueva Trova ha recorrido el mundo llevando el mensaje de la Revolución.

Además, muchos de la Nueva Trova han estado presentes en los pueblos de África, y han llevado allí la canción política y revolucionaria cubana, y han trabajado como internacionalistas.

Y es que, fruto y expresión que brota de la Revolución, la Nueva Trova, en un constante y sólido ascenso, ya es hoy uno de los movimientos artísticos de más arraigo y prestigio dentro y fuera de Cuba. Al igual que otros movimientos artísticos y literarios que ocupan un lugar en el devenir social del país, la Nueva Trova surge en circunstancias propias y específicas que la conforman y determinan su propia razón de ser.

Hoy, en este V Activo del Movimiento de la Nueva Trova que se desarrolla aquí en Moa, y que cuenta con numerosos contingentes de

jóvenes constructores del futuro, es preciso hacer un poco de historia y recordar el pasado de este movimiento.

Hace alrededor de doce años, antes de que la Nueva Trova se constituyera como un movimiento artístico, cuando aún ni tenía nombre, un grupo de jóvenes creadores e intérpretes, hoy entre los más sobresalientes, se presentaron, se fueron dando a conocer y fueron calurosamente apoyados en sus inquietudes artísticas por la Casa de las Américas y luego por el Instituto Cubano de Arte e Industria Cinematográficos, que también tuvo la visión de alentar y propiciar el desarrollo musical de los pioneros de este movimiento.

La Unión de Jóvenes Comunistas, consciente de la fuerza política de este arte, comenzó a desarrollar relaciones de trabajo y a orientar políticamente a los nuevos trovadores. Hace seis años tomó la iniciativa de apoyar un movimiento de carácter nacional al calor del cual se incorporaron miles de jóvenes a la Nueva Trova, la cual formaba parte de un amplio grupo de creadores jóvenes de distintas manifestaciones artísticas que necesitaban comunicar sus vivencias y experiencias, y que estaban formados y sensibilizados en el fragor y en la poesía de la Revolución.

Claro, la canción era la expresión más directa, la que tenía más posibilidades de acceso y comunicación inmediata, hecho que parte de causas históricas tanto en Cuba como en América Latina. Bien sabemos que el disfrute de las formas más elaboradas de la cultura en las condiciones de las sociedades de clases, era privilegio que usufructuaba esencialmente la oligarquía. Bien sabemos además que en Cuba, durante los treinta años anteriores a la Revolución, la burguesía parasitaria se volvió cada vez más ignorante e inculta, porque cada vez se iba alejando más de las tradiciones revolucionarias, políticas e ideológicas de la cultura nacional, que tiene sus raíces en el siglo XIX.

Nuestro pueblo, por una parte, luchó por mantener y desarrollar esas raíces, y por otra, atesoró la riqueza cultural de sus tradiciones orales desarrollando sus canciones y su música, que en no pocas ocasiones lograron un doble objetivo: como expresión de su sentimiento y como arma de combate revolucionario, como arma de combate contra los enemigos de clase.

Desde los primeros momentos, la Nueva Trova asumió las mejores y más avanzadas tradiciones culturales del pueblo cubano; no solo de la canción y de la música, sino de la poesía y de la literatura. Esa búsqueda no significaba una imitación mecánica ni una repetición de la rica tradición trovadoresca de nuestra música, ni tampoco un rechazo a los valores de la cultura universal y los aportes contempo-

ráneos de la técnica. Todos esos elementos fueron asimilados críticamente proyectando sus inquietudes políticas, sociales y artísticas a partir de la realidad cubana actual y conformando el trabajo artístico de la Nueva Trova.

Una de las principales características de las canciones de la Nueva Trova es que refleja sentimientos muy arraigados del pueblo, como la solidaridad internacional [...]. El Vietnam heroico, el Vietnam que tanto hizo por la revolución internacional, por la revolución en el mundo durante los últimos veinte años, ha estado muy vivo y presente en la canción trovadoresca, en la canción de la Nueva Trova. Y pienso que hoy, que de nuevo Vietnam debe enfrentarse y se enfrenta exitosamente a las agresiones extranjeras, deberá estar también muy presente en el corazón de nuestros cantores trovadorescos. No puede en estos momentos decirse una palabra sin que se subraye y se mencione la situación que vive este pueblo. Ya desde *La Edad de Oro*, José Martí, como tantas veces se ha repetido en estos días, nos habló de las luchas de los anamitas.

[...]

Hoy, que todo está en tensión en defensa de Vietnam, la canción también dejará oír su palabra, transmitirá los sentimientos del pueblo cubano, y de seguro también la canción podrá llevar un mensaje de aliento al pueblo vietnamita.

La Nueva Trova ha exaltado las epopeyas de la construcción del socialismo, a los héroes de las luchas por nuestra independencia que han desarrollado sus combates durante más de cien años. Pero también cantaban y cantan sobre aquellos que en el orden humano se han ido modificando a la par que construyen el socialismo, incluso ellos mismos, los propios trovadores jóvenes.

Todo esto podemos decir, y otras cosas más. La primera de todas, que la influencia y atracción ejercida por la Revolución dio lugar a la acogida y receptividad que ha encontrado la Nueva Trova en nuestro pueblo y en otros pueblos.

Si la Revolución creó las condiciones propicias para el surgimiento de la Nueva Trova, para la formación y desarrollo de jóvenes creadores y por lo tanto de la canción revolucionaria, fueron ambos, la propia Revolución y esa canción, los que sirvieron de aliento y modelo para impulsar y lograr el auge de esa nueva canción —con marcadas proyecciones políticas y estéticas— en el marco internacional, y particularmente en países de América Latina y el Caribe. De este modo la canción era un producto artístico, un valor estético y, por esas mismas razones, una eficaz arma de combate.

Estamos seguros de que nuestros jóvenes trovadores, que hoy pueden dedicarse por entero a su arte sin desasosiegos ni inseguridad económica al tener garantizado por la Revolución un trabajo estable que facilita y abre todas las posibilidades a su creación, no olvidan las penurias y privaciones a que estuvieron sometidos en el pasado sus antecesores artísticos, músicos y trovadores tradicionales, que solo a base de grandes sacrificios y una firme vocación de artistas pudieron entregar sus canciones y su música de entrañable raíz popular y patriótica.

Hay un hecho de significación en la singular influencia que actualmente ejerce la Nueva Trova en nuestra juventud. Miles de jóvenes estudiantes, aficionados a la música —como intérpretes o autores o como oyentes o espectadores—, sienten la nueva canción como un modo de identificación política y generacional de sus inquietudes artísticas. Es esto lo que explica los estímulos que han tenido muchos jóvenes y niños para iniciarse en la creación artística. Este movimiento, en gran medida espontáneo —y debemos tener presente que la Nueva Trova cuenta con 1 200 integrantes en todo el país—, estimulado por una correcta difusión, garantiza el futuro, la continuidad de una tradición con raíces tan profundas en nuestro pasado y presente patriótico y revolucionario y popular, de la canción cubana.

Esto, sin embargo, no es suficiente. Tanto la Unión de Jóvenes Comunistas, como la dirección del Movimiento de la Nueva Trova y el Ministerio de Cultura, estamos conscientes de que es indispensable encontrar formas de organización superiores que faciliten las relaciones de trabajo entre estos organismos.

Pero no es solo formas de organización. Asimismo estamos conscientes de que es necesario resolver problemas de instalaciones nacionales y provinciales para apoyar el Movimiento, porque muchas veces los problemas no son tanto de relaciones de trabajo como de la necesidad de instalaciones donde operar la Nueva Trova. Esta es una tarea que juntos debemos asumir y resolver, el Ministerio de Cultura, la Unión de Jóvenes Comunistas y la dirección del Movimiento de la Nueva Trova.

[...]

La integración cada vez mayor de jóvenes creadores —que impulsa la Juventud— e intérpretes en este movimiento debe correr pareja con un rigor artístico y técnico y una exigencia estética cada vez más depurada. Mantener e incrementar la influencia de los mejores valores de la Nueva Trova en la atención y orientación a la labor creadora de las nuevas promociones de creadores en una tarea, hermosa

por demás, en la que estamos seguros se enfrascará este movimiento. Además, el Sistema Nacional de Enseñanza Artística, del Movimiento de Aficionados y de los artistas profesionales; se pueden estudiar las formas y mecanismos que permitan brindarles en un futuro próximo un asesoramiento más directo e inmediato a los cientos de jóvenes, muchos de ellos con una marcada vocación por la música, de indiscutible talento, que proliferan en todo el país. Diríamos incluso, si tenemos en cuenta la fuerte musicalidad de nuestro pueblo, que en un curso de tan positiva labor se descubrirían nuevos talentos hasta ahora desconocidos o ignorados. Desde luego, la intención que ha tenido la Juventud es generar, a partir de la calidad estética que se ha logrado en un grupo de miembros de la Nueva Trova, un movimiento artístico muy amplio.

[...]

Hoy se puede afirmar que la Nueva Trova ha alcanzado la madurez sin dejar de ser joven. Este movimiento ha desempeñado y cada vez debe desempeñar importantes responsabilidades relacionadas con diversos objetivos de trabajo del Ministerio de Cultura. Pero al mismo tiempo, el Ministerio debe seguir brindándole al Movimiento el apoyo técnico-material que requiere un desarrollo continuo y en ascenso. Una de las premisas de este desarrollo impone encaminarnos a formas superiores de organización del Movimiento de la Nueva Trova que permitan establecer líneas más definitivas en su trabajo, más orgánicas y sistemáticas, que a la postre redundarán en una mayor eficacia en su relación y en la comunicación directa con el público.

El prestigio alcanzado por la Nueva Trova dentro y fuera de Cuba se debe a su tesonero y paciente esfuerzo de años, pero, sobre todo, a que ha sabido interpretar la sensibilidad de una época y los más entrañables sentimientos colectivos, lo que explica la comunicación, la identificación de nuestro pueblo —y de otros pueblos— con sus canciones. Las mejores de esas canciones, lo sabemos, han contribuido a elevar la canción cubana a un singular plano poético y musical, al punto de tener un público, sobre todo joven, que la reclama y la hace suya.

Las relaciones de los artistas y escritores jóvenes formados por la Revolución con el Ministerio de Cultura deben estrecharse cada vez más, sobre todo con las instituciones que los agrupan, como la propia Nueva Trova y las Brigadas Hermanos Saíz y Raúl Gómez García. Serán las nuevas promociones de artistas y escritores las que tendrán que librar las batallas ideológicas y políticas en la arena de la cultura. Juntos enfrentamos y tendremos que enfrentar las complejas tareas

de orden político e ideológico que impone el desarrollo de nuestra cultura, y sobre todo en su incidencia de carácter internacional.

De ahí que insistamos en la importancia del fortalecimiento del Movimiento de la Nueva Trova y de las Brigadas de Jóvenes Creadores. En los próximos años debemos trabajar y luchar intensamente para lograr estos objetivos. Creemos que ese es un fenómeno importante, esencial, del desarrollo de la cultura nacional en todo el trabajo ideológico. Los jóvenes artistas y creadores son una realidad del presente; constituyen una fuerza de nuestra cultura que será, a no dudarlo, más rica, compleja y multifacética, es decir, cada vez más revolucionaria.

El interés que nuestro Gobierno, nuestro partido y nuestra Juventud Comunista tienen en la Nueva Trova, se deriva de su importancia política y el extraordinario papel de carácter ideológico que desempeña. El valor de la política que pueda hacerse con este arte deriva de su eficacia artística. No es aislando los conceptos de política y arte como podríamos ser eficaces en el trabajo político. Y esta afirmación la debemos entender tanto los artistas como los cuadros que tenemos responsabilidad política. Esto es muy importante.

[...]

Nosotros debemos conocer perfectamente que el arte es un instrumento muy eficaz para desarrollar la política de la Revolución. Una cosa es la teoría en abstracto, y otra es transmitir un mensaje de carácter ideológico. Para transmitir ese mensaje no basta con la abstracción teórica, aunque esta sea válida.

Es necesario apoyarse en las formas de comunicación con el pueblo, y esas formas de comunicación las proporcionan el arte y la literatura. He ahí el papel político e ideológico de la literatura, como forma de expresión que facilita la transmisión del mensaje ideológico. Y podemos poner muchos ejemplos... Pero para qué ponérselos, si están en las canciones de ustedes. ¿O piensa alguien que puede llegar más fácilmente a millones de gentes, digamos, un escrito, un discurso, que lo que puede llegar la canción de ustedes? ¿Seríamos nosotros tan vanidosos que podemos decir que con unas palabras o con una intervención podemos llegar a millones de gentes más que con una canción?

[...]

La Nueva Trova ha cumplido ejemplarmente su papel por su forma artística, su valor musical, y por la poesía de los textos de sus canciones, con las que ha transmitido el más eficaz y hermoso de los

mensajes políticos. He ahí el valor que tiene el Movimiento de la Nueva Trova como educador político e ideológico. Y he ahí la razón por la cual nuestro Gobierno, nuestro partido y la Unión de Jóvenes Comunistas apoyan con todas las fuerzas posibles el Movimiento de la Nueva Trova.

Desde sus inicios fundacionales en la extraordinaria década de los años sesenta, la Nueva Trova Cubana estuvo integrada por figuras destacadas y de primera línea, muy reconocidas tanto nacional como internacionalmente. Recordemos los nombres emblemáticos de Silvio Rodríguez, Pablo Milanés, Augusto Blanca, Noel Nicola, Sara González, Pedro Luis Ferrer, Vicente Feliú, Martín Rojas, Amaury Pérez, Eduardo Ramos y Lázaro García, entre muchos otros.

La Nueva Trova Cubana fue, y es, heredera y continuadora legítima de los movimientos trovadorescos anteriores, y es, asimismo, parte integral del movimiento musical de Cuba. Bebió de la divina creación autoral de la trova tradicional cubana, surgida desde la segunda mitad del XIX, y a la que están ligados grandes nombres de la música de nuestro país, tales como José Sánchez, Sindo Garay, Alberto Villalón, Rosendo Ruiz, Patricio Ballagas, Manuel Corona.

Ya para el siglo XX, la trova y la cancionística se vieron enriquecidas con una larga lista de brillantes cantautores e intérpretes, como Miguel Matamoros y su trío, el dúo de María Teresa Vera, Los Compadres con Lorenzo Hierrezuelo, Compay Primo y Francisco Repilado, Compay Segundo, otros sextetos, conjuntos y bandas de diversos formatos. También César Portillo de la Luz, Marta Valdés, José Antonio Méndez, Frank Domínguez, Benny Moré, Bola de Nieve y otros.

Cada generación de trovadores que ha integrado el Movimiento de la Nueva Trova ha traído consigo su aporte, con su auténtico recurso de concepción, composición e interpretación de la música; de hecho, esa nueva canción cubana —poética por excelencia con gran factura y elaboración formal— ha nacido de las más variadas formas y modos de hacer. Es por ello que el Movimiento ha crecido año tras año, con cada nueva hornada de trovadores que se han ido sumando, y que, bajo distintas denominaciones, lo han enriquecido. También han formado parte de la Nueva Trova a lo largo y ancho del país, un grupo de jóvenes creadores que ofrecen su arte al pueblo, surgidos de la base misma de nuestra sociedad.

Pertenecer a este Movimiento se convirtió, desde siempre, en un gran orgullo para los artistas que han tenido el privilegio de integrarlo, porque aunque no representa fuero alguno, sí simboliza una gran exigencia, y un loable resultado tanto artístico como profesional.

No alcanzaremos a medir cuantitativamente la dimensión y el peso que ha tenido y tiene la obra que el Movimiento de la Nueva Trova le ha legado al pueblo cubano, por las mismas razones por las que no se puede medir el espacio con cintas métricas. Pero sí podemos afirmar que la nueva canción que estos genuinos artistas nos han regalado —con una manera muy propia de decir y cantarle a la vida, a los sueños; con una forma y contenido distintos a los tradicionalmente utilizados; con una línea de creación ascendente y de vanguardia, aportando la literatura y la poesía más auténtica a la música a través de la canción—, los ha hecho acreedores de un reconocido prestigio nacional e internacional, y por supuesto, que la de los trovadores los ha hecho acreedores de un lugar de honor en la Historia y la Cultura Nacional; pero, sobre todo, acreedores de estar latiendo cada segundo en el corazón y en el alma de su pueblo.

No queremos terminar sin transmitirles a los miembros de la Nueva Trova nuestra más calurosa felicitación por el aporte artístico que han realizado, así como tampoco sin felicitarles por el aporte político que han hecho al movimiento cultural cubano.

6 [Este festival reafirmará el concepto cultural de lo que significa el Caribe americano].⁹

Hace más de un año nuestros amigos de Guyana y Jamaica, en gesto que honra a Cuba y que implícitamente era un reconocimiento a la importancia de nuestro país en el movimiento cultural de esta región, tomaron la iniciativa de proponernos que el Festival Carifesta'79 se celebrase en Cuba. A partir de estas conversaciones iniciales que sostuvimos, empezamos a analizar todas nuestras posibilidades para acoger un evento artístico de esta relevancia en el Caribe.

En el transcurso de estos meses hemos estado estudiando las condiciones y factores que intervienen y que se requieren para organizar una actividad de esta magnitud.

Estamos seguros de que todos hemos valorado la real importancia que en sí mismo tiene el Festival, que propicia establecer los más estrechos contactos entre las diversas manifestaciones de la cultura del Caribe y entre sus artistas y creadores. Este acercamiento, que a no dudarlo será muy fructífero para todos, proporciona un conocimiento más inmediato, útil y certero de las diversas formas de expresión cultural de los pueblos de las islas y costas caribeñas. Pero no tenemos un concepto exclusivamente geográfico del Caribe; queremos que en este festival se reafirme un concepto realmente cultural del Caribe.

El Caribe abarca no solo las islas y costas que dan al mar Caribe, sino también todas aquellas zonas de América que fueron sometidas a la influencia del mestizaje africano-europeo. La zona del Caribe abarca en este concepto aquellas zonas de América que recibieron la influencia europea y africana bajo el signo de la economía esclavista y de plantaciones. Por ello aspiramos a que estén representados, además, elementos artísticos de Brasil y del Perú, y estamos dispuestos también a contar con representaciones de algunos estados sureños de Estados Unidos, donde la influencia africana en el movimiento cultural se ha hecho sentir.

Tanto como acercarnos y conocernos, esta ocasión permitirá confirmar una identidad común. Reconocernos en nuestro mestizaje: síntesis de las culturas africanas autóctonas y europeas del continente; mestizaje que ha alcanzado en la música y la danza proyecciones e

⁹ Versión de las palabras pronunciadas al dejar constituida la Comisión Patrocinadora de Carifesta'79, en el Instituto Superior de Arte, el 3 de marzo de 1979.

influencias universales, precisamente porque expresan en la riqueza de los ritmos, en su vitalidad y alegría imaginativa, lo más arraigado y auténtico del espíritu de nuestros pueblos.

Pero hay, además, algo muy importante, y es que a pesar del aislamiento y el desconocimiento mutuo de nuestras culturas, a que nos vimos sometidos los pueblos caribeños durante siglos de colonialismo y neocolonialismo, e incluso hasta hoy separados y alejados por el bloqueo que nos ha impuesto el imperialismo, Carifesta podrá culminar ese anhelado y necesario encuentro de nuestras culturas y, a la vez, ser el punto de giro que inicie y desarrolle relaciones e intercambios culturales que enriquezcan los vínculos entre los pueblos del Caribe entre sí, y entre ellos y nosotros.

En lo que se refiere a los aspectos organizativos, hemos estudiado que es preciso llevar a cabo nuestra capacidad de alojamiento para los dos mil artistas que participarán en Carifesta, y otros problemas que es preciso tomar en consideración para realizar con éxito un festival de esta envergadura.

Se analizó cuidadosamente su significación cultural, así como la proyección y sentido originarios cuando, en 1970, lo concibieron un grupo de artistas e intelectuales de los países de habla inglesa del Caribe.

Este proceso finalizó hace unos días. Cuba tomó la decisión de aceptar la sede del festival y, además, con plena complacencia por parte de los países que participan en su organización. Esto nos lleva a adoptar las medidas imprescindibles en estos casos. Es, precisamente, por esta razón que nos encontramos hoy reunidos aquí para dejar constituida la Comisión Nacional de Carifesta'79.

Carifesta, según los propósitos de quienes lo organizaron originalmente, se integra —como hemos dicho— con todos aquellos países que tienen costas en el Caribe. Esa organización se expresa a través del arte, de la literatura de nuestros países para profundizar en el conocimiento recíproco.

El total de países que serán invitados asciende a treinta. Las manifestaciones artísticas con todas sus variantes y modalidades que participarán en Carifesta son: la música, la danza, el teatro, la plástica; además, se llevarán a cabo libro-debates, conferencias, simposios, encuentros y charlas que abordarán diversos aspectos sobre la cultura de nuestros países.

Por primera vez se llevarán a cabo actividades de singular importancia en el marco de este Carifesta, tales como la primera Gran Exposición

de Pintura Primitiva del Caribe, el Carnaval Caribeño y el Encuentro de Musicólogos del Caribe.

La Comisión Nacional de Carifesta'79 estará integrada del siguiente modo: director general, el compañero Julio García Espinosa, viceministro de Cultura. En representación de instituciones culturales y de la Asamblea Provincial del Poder Popular y de organismos de masas, los siguientes compañeros: Haydée Santamaría, por la Casa de las Américas; Oscar Fernández Mell, por el Poder Popular de la Provincia Ciudad de La Habana; Nicolás Guillén, por la Uneac; René Rodríguez, por el ICAP; Nivaldo Herrera, por el ICRT; Joaquín Góngora, por el Instituto Nacional del Turismo; Jacinto Viamontes, por el Sindicato Nacional de Trabajadores de la Cultura; Omar González, por la Brigada Hermanos Saíz; Eduardo Ramos, por la Nueva Trova; e Idalberto Suco, por la Brigada Raúl Gómez García.

Al mismo tiempo, integran la Comisión Nacional las siguientes personalidades de la cultura: Alejo Carpentier, José Luciano Franco, Argeliers León, Samuel Feijóo, Electo Silva, Manuel Moreno Fragnals, Roberto Fernández Retamar, Mariano Rodríguez, Odilio Urfé, Leo Brouwer y Antonieta Enríquez, Luis Suardíaz, Marta Arjona y Olavo Alén.

La Comisión Nacional, como hemos visto, es representativa y está integrada, además, por especialistas, investigadores, artistas y cuadros intelectuales que en su mayoría han estudiado los más diversos aspectos de la cultura y la historia de los países del Caribe.

Será preciso, además, crear un Comité Organizador que tendrá el carácter ejecutivo que requiere la realización de un festival de esta importancia donde, como ya señalábamos anteriormente, participarán treinta países y más de dos mil artistas. Este Comité Organizador estará presidido por el compañero Julio García Espinosa y será, propiamente, el que ejecute el trabajo práctico. A esto queremos agregar lo siguiente:

La fecha será del 16 al 22, coincidente con los Carnavales de La Habana; hemos tenido conversaciones con los compañeros de la Asamblea del Poder Popular de Ciudad de La Habana para enlazar armónicamente toda esta actividad con la actividad del Carnaval de La Habana, es decir, para que se haga una cosa armónica entre Carifesta y la actividad de los carnavales este año. En ese sentido se está trabajando en los aspectos organizativos y prácticos. Esto será extraordinariamente ventajoso. Así es que Carifesta se desarrollará también en el marco de los Carnavales de La Habana o como una expresión, la más alta, de los Carnavales del Caribe.

[...]

No tenemos duda de que será un éxito. Todo estamos conscientes de que exigirá un esfuerzo formidable, que debe desarrollarse una labor organizativa de primera magnitud. La experiencia y el acertado trabajo desplegado durante el XI Festival Mundial de la Juventud, expresado en el aspecto artístico, son un reto y un acicate para coronar felizmente el éxito, que, aunque de otra naturaleza, demanda el empeño y la colaboración de todos. Más aún si tenemos en cuenta que se realizará apenas 45 días antes de un evento de importancia internacional: la VI Cumbre de los No Alineados.

También hemos tenido conversaciones con los compañeros que están al frente del trabajo organizativo de la VI Cumbre para conjugar algunos aspectos organizativos de esta con la actividad de Carifesta, por ejemplo, el problema de los traductores y otras cuestiones de carácter práctico y organizativo, en que se relacionan una actividad con la otra.

Hacemos un llamado a los organismos, a las instituciones que con nosotros participan en este empeño. Su importancia política y cultural reclama especial atención. Nos exige a todos asumir, en estrecha colaboración fraternal las responsabilidades de esta tarea que en el vigésimo aniversario del triunfo de la Revolución debemos acometer y enfrentar todos juntos.

No nos cabe la menor duda de que si trabajamos arduamente durante estos próximos meses, esta actividad será de una gran importancia política para nuestro país y de una gran importancia cultural.

7 [«Tenemos el deber de estrechar los vínculos de nuestro movimiento artístico e intelectual con esta área geográfica y cultural de la que formamos parte»].¹⁰

[Moderador: La conferencia de prensa de hoy, que brinda el compañero Armando Hart Dávalos, miembro del Buró Político del Comité Central del Partido, del Consejo de Estado, y ministro de Cultura, cuenta también con la presencia del compañero Julio García Espinosa, viceministro de Cultura y director general del Carifesta'79, y del compañero Mariano Rodríguez, vicepresidente de la Casa de las Américas.

Esta conferencia de prensa que se ha convocado con la participación de periodistas extranjeros que visitan nuestro país, de la prensa extranjera acreditada en Cuba, y de representantes de los órganos nacionales de prensa, tiene como objetivo tratar aspectos relacionados con la próxima celebración en nuestro país del Carifesta'79, del 16 al 22 de julio próximo. Con este objetivo, y sin más preámbulo, les damos la palabra a los periodistas que deseen formular al compañero Armando Hart sus preguntas relacionadas con el tema que motiva esta conferencia.

Por favor, les pedimos a los compañeros que se dirijan a los micrófonos y digan su nombre y el país —en el caso de los periodistas extranjeros—, o el órgano de prensa que representan].

[Mireya Hernández, de Panamá, formula una pregunta].

Con mucho gusto. Sería oportuno en primer lugar hacer una pequeña historia de este evento, el tercero que se celebra en el área, o que va a tener lugar en el área.

Este evento comenzó por una iniciativa del gobierno de Guyana, específicamente del dirigente guyanés Burnham, y tuvo su primer lugar en ese país hermano. Posteriormente, tuvo lugar en el año 1976 un evento similar, siguiendo esa tradición en Jamaica. Es decir, que Carifesta —y a sus orígenes en primer lugar tenemos que remitirnos, para que mantenga la esencia y la política que en ellos se plasmaron— surge como consecuencia de una iniciativa de países que están integrando el Caricom,

¹⁰ Versión de las palabras que pronunció en la conferencia de prensa que tuvo como objetivo tratar los aspectos relacionados con la celebración en nuestro país del Carifesta'79 (del 16 al 22 de julio), el 7 de junio de 1979.

con la pretensión de que se expresaran las distintas manifestaciones artísticas y literarias de esta importante área del mundo.

Posteriormente, con la iniciativa de Jamaica se nos propuso la posibilidad de celebrar Carifesta en nuestro país, y la dirección de nuestro Gobierno la tomó con un gran interés, dada su significación cultural. De manera que estamos ya comprometidos con la realización de un evento que, agrupando a distintos grupos artísticos del área, expresará los conceptos culturales, y los conceptos artísticos y las manifestaciones más genuinas del arte en la zona.

Lo principal es el interés cultural de índole internacional, pero desde un punto de vista nacional podríamos señalar que el deseo y la aspiración de realizarlo en Cuba, como estamos planeando y ejecutando, se deriva en primer lugar de la necesidad y la conveniencia de que nuestro movimiento cultural, nuestro movimiento artístico, se vincule profundamente con esta área geográfica y cultural de la que formamos parte.

Nuestro país trabaja por relacionarse culturalmente con todo el mundo en una relación cultural de carácter universal, pero, desde luego, para desarrollar esa relación nos ha interesado mucho partir de nuestras más profundas raíces, y, como es sabido, en lo esencial hay dos grandes raíces en nuestro movimiento cultural: una viene por la vía española-latina y otra por la vía africana.

Históricamente, en el desarrollo de nuestro movimiento cultural, antes del Primero de Enero de 1959, no se resaltaba suficientemente la influencia africana, la influencia caribeña, la influencia de este carácter en nuestro movimiento artístico, aunque hay que decir que siempre hubo investigadores y estudiosos que trabajaron en esta dirección y se esforzaron por resaltarlo. Pero estas influencias eran, por razones bien conocidas, subestimadas.

Nuestra vinculación con el movimiento artístico del Caribe, con los países que iniciaron este movimiento de Carifesta, persigue ese noble objetivo nacional. Es decir, ver cómo nosotros podemos afirmar una de nuestras fundamentales raíces y nuestra participación en el movimiento cultural en esta área, tan importante, de nuestro continente latinoamericano y caribeño.

Creo que eso contesta la pregunta en cuanto al objetivo que perseguimos, porque Cuba tiene un noble objetivo de tipo cultural, y, desde luego, nosotros también aspiramos a presentar en el escenario de nuestro país las artes de toda esta región. Una región que tiene una expresión geográfica muy peculiar, que tiene una expresión de

carácter cultural, y cuando pensamos en el Caribe y en Carifesta no estamos solamente pensando en límites fijos de carácter geográfico, sino en límites más imprecisos geográficamente, pero muy definidos culturalmente.

Y nos parece que será muy importante que el Caribe, como concepto cultural, como movimiento cultural, se manifieste cada vez con más fuerza. Lo hizo así en Guyana, lo hizo en Jamaica y aspiramos que lo haga ahora en Cuba.

¿Qué entendemos entonces por el Caribe, culturalmente? Y ¿a qué debemos aspirar, o estamos aspirando expresar en ese Caribe, culturalmente hablando?... Abarca en lo geográfico una zona que se extiende por varios países, Venezuela, Colombia, podemos añadir el norte de Suramérica, Guyana, el istmo de Panamá, Centroamérica, México, todas las Antillas; incluso en algunas regiones más lejanas, por ejemplo, digamos Perú, también hay elementos culturales que nosotros consideramos caribeños. Es decir, abarca el conjunto de las islas del Caribe propiamente dicho, abarca América Central, México, el norte de Suramérica, incluso zonas del sur de Estados Unidos, Luisiana, Florida; pudiéramos decir que es un territorio que en términos un poco generales influye sobre un territorio de unos cinco millones de kilómetros cuadrados, y representa una población de 150 millones de habitantes.

¿Por qué está caracterizada esa cultura y cuál es el fondo de ese movimiento cultural, que es el que queremos expresar, precisamente, en este festival? Habría que ver cómo se conformó históricamente, y por qué se conformó históricamente así. Y qué mestizaje o combinación de factores culturales y poblaciones diversas del mundo se produjo en esta zona y bajo qué situaciones concretas, y qué tipo de expresiones culturales ha ido brindando y puede desarrollar.

Como una caracterización general —y toda caracterización general siempre es peligrosa, pero hay que darla—, puede hablarse y se ha hablado, por los estudiosos en la materia, de que se trata precisamente de aquella zona de América en la cual se estableció la economía de las plantaciones y ganó fuerza el sistema esclavista, o la incorporación de los esclavos africanos a este continente, y se combinaron así poblaciones y expresiones artísticas y culturales de los conquistadores europeos y de los hijos de los conquistadores europeos que vinieron de los países que hoy constituyen el núcleo de lo que se ha dado en llamar Europa Occidental. Los hijos y los nietos de los conquistadores europeos llegaron a estas tierras y fueron ganados para la libertad, y conquistaron ellos mismos la libertad. Vinieron sus abuelos como

conquistadores, y ellos conquistaron su propia libertad. Vinieron a esta zona también las grandes masas de población africana que llegaron durante los siglos anteriores, como esclavos para la explotación agrícola. Se cruzaron aquí también con los aborígenes de América, e incluso, en algunas zonas muy concretas, vinieron también, ya no aborígenes de América, sino hindúes, de la India. Y vinieron también de otras nacionalidades, de otras distantes zonas geográficas del planeta. Lo cierto es que en esta región se produce un entrecruzamiento cultural a lo largo de los últimos cinco siglos —un tiempo relativamente corto si lo vamos a medir en una dimensión histórica de la historia universal del hombre—; se produce un entrecruzamiento cultural de masas, de hombres y mujeres que vinieron aquí a trabajar, unos como esclavos, y otros como esclavizados también, en cierta forma, bajo el régimen colonial; masas pobres muchas de ellas, explotadas, que trajeron su arte, su cultura, y fueron conformando sus propias nacionalidades, y fueron mezclándose y combinándose, y se produce aquí el cruce entre —pudiéramos decir en última instancia— lo europeo, lo africano y las raíces aborígenes que todavía existían en esta zona del continente. Eso se expresa en el arte, en la literatura, en las distintas manifestaciones. Y en el fondo, en el fondo mismo de ese movimiento cultural hay algunos elementos sumamente interesantes, precisamente por la composición de la población, por la forma en que llegó, por la manera en que se fue agrupando; es una población que no arrastra, de la manera en que ocurre en otras zonas del mundo, viejos problemas culturales, como el estrecho nacionalismo, aunque sí un fuerte patriotismo. En otras zonas del mundo se arrastran más los lastres de estrechos nacionalismos, históricamente hablando, y en esta zona no ocurre así; hay más posibilidades de una comunicación, aunque eso sí, con un sentido muy profundo de la dignidad nacional.

Precisamente por la composición y la forma en que se desarrolló, esa población, en su gran mayoría una población trabajadora y de origen explotada muchas de ellas, no arrastra tampoco, de la forma en que ocurre en otras zonas del mundo, un profundo racismo, sino que son factores que se pueden superar y son históricamente superados; es decir, que esa cultura tiene algunos elementos sumamente interesantes para el desarrollo de la capacidad creadora y la libertad creadora sin perjuicios y sin limitaciones, que provienen muchas veces de la estrechez nacionalista, de la estrechez racista: elementos que limitan la capacidad creadora en el terreno cultural.

Desde luego, esto hay que tratar de expresarlo en Carifesta con el arte y la cultura, pero ¿cómo?

Hay otro elemento importante que creemos conveniente manifestar: el movimiento cultural en el Caribe, por su origen muy inmediatamente popular, tiene una fuerza movilizativa de masas que es realmente sobresaliente. No es para hacer comparaciones con movimientos culturales en otras regiones o zonas del mundo... ¿A qué nos referimos? Pues a que el movimiento artístico en el Caribe, por su folclore, la música, la danza, por su carácter inmediatamente popular, moviliza profundamente a amplias masas, en participación directa en la creación cultural. Un ejemplo podemos tenerlo en las grandes fiestas de carnavales y las grandes fiestas populares, donde se expresa la creación inmediata del pueblo.

Ustedes saben que el movimiento cultural en la historia del arte va en general por dos grandes líneas: una, la de una cultura muy elaborada, con una fundamentación más académica y sistematizada, y más especializada, que se expresa incluso en las grandes creaciones individuales de figuras sobresalientes del movimiento artístico en el mundo; y otra línea, la de la creación inmediatamente popular, lo que el pueblo crea con su artesanía, lo que el pueblo crea con su danza, lo que el pueblo crea con su lenguaje, lo que el pueblo crea con su baile, lo que el pueblo crea de manera inmediata.

En el Caribe, este segundo aspecto, y en esta zona del mundo, por circunstancias históricas que sería interesante estudiar y que se han estudiado, se expresa con una gran fuerza y con una gran vigencia. Lo cual no quiere decir que en el Caribe no tengamos también expresiones individuales, creaciones individuales en el movimiento artístico, investigadores, artistas, literatos, escritores eminentes, que también han logrado expresar o llevar a un nivel mucho más elaborado la creación artística. Pero es lo cierto que en esta zona del Caribe nosotros debemos expresar, y tratar de reflejar, con el arte, esa creación inmediata del pueblo, y no solamente esa creación inmediata y masiva —pudiéramos decir— del pueblo, sino emprender un programa de investigaciones más profundas, más depuradas, más elaboradas, para ir desarrollándolas todavía más, y más, y más, y que sin que esta creación pierda su viveza y su fuerza creativa, se vaya desarrollando cada día más ampliamente.

Eso es lo que queremos expresar en Carifesta'79, y asimismo que aquí, en esta región de América, hay un movimiento artístico y un movimiento cultural profundamente humanista, con una capacidad creadora y con una libertad creadora de las cuales tenemos razones para sentirnos profundamente orgullosos. ¿Qué queremos? Que todos los que puedan observar en Cuba, o fuera de Cuba, a Carifesta'79,

vean de una forma directa, de una forma clara, lo que el pueblo crea en el arte libremente, y de manera bella, y entonces se verá el fondo humanista y el fondo de libertad creadora que hay en nuestro movimiento artístico caribeño, y además la vocación y el sentido universal que aspira a tener esa cultura caribeña, porque, precisamente, por venir de distintos orígenes puede tener una proyección y una aspiración de sentido universal, porque lo nuestro no niega lo del resto del mundo, sino que nos queremos también unir al resto del mundo, pero con lo nuestro.

[Intervienen el moderador y un periodista del cual no se menciona el nombre en la transcripción].

Nosotros obviamente debemos responder la pregunta con toda la sinceridad que estamos obligados. Y desde nuestro punto de vista, el fondo del problema del movimiento cultural siempre tiene una raíz relacionada con la ideología social y con la política. Esto, para nosotros, está suficientemente claro. Se trata en Carifesta, desde luego, de una actividad de carácter cultural, y le voy a hablar en este caso políticamente. Para que pueda el arte realizar y desarrollar eso que usted plantea, primero tenemos que hacer un buen arte. Es decir, no podemos rehuir las responsabilidades políticas que tenemos; sobre esta cuestión de la vinculación entre la política y el arte, le diría, como opinión política, que para que el arte transmita el mensaje de un pueblo, tiene que ser buen arte, y tenemos que hacer un esfuerzo artístico para reflejarlo de manera pura, de manera creadora y de manera que tenga valer artístico.

[...] Pero lo que podemos decir es que [...] estamos seguros de que si eso se realiza de manera eficaz, sirve a los intereses de nuestros pueblos; en primer lugar, a los intereses de los pueblos del Caribe, y si eso se hace con una participación amplia, no estrecha de tal y cual grupo, sino una participación amplia de los más diversos grupos artísticos de la zona, se cumplirán los objetivos que usted se está planteando en el fondo de su pregunta, para lo cual debemos tomar medidas, en primer lugar, para asegurar una representación artística con calidad, y una representación artística sin sectarismo, pudiéramos decir, sin limitaciones, sino amplia, y que se exprese la cultura, que se exprese el arte, y de esta forma se verá la más noble, la más sana, la más pura, la más humana de las políticas, y, diríamos nosotros, que una de las mayores posibilidades de su influencia.

Puede pensarse: ¿persigue Cuba un interés político en el Festival de Carifesta? Es cierto, si por política se entiende unir a nuestros pueblos más, vincularnos más profundamente a los pueblos del Caribe,

relacionarnos con ellos más estrechamente; si por política se entiende buscar un nexo con el mundo y no con una parte de él, si por política se entiende eso, ¿puede alguien oponerse a eso? Pero para la realización de ese objetivo, tenemos que tener dos principios a nuestro juicio importantes:

Primero, el rigor artístico y estético en la selección de los distintos grupos que cada país va a decidir traer; y segundo, la amplitud de esa representación. Por eso, si usted aprecia la zona geográfica, incluso, en la cual se mueven, o de la cual proceden o van a proceder los distintos grupos, se verá que hay países de muy diversos sistemas sociales y políticos que queremos que participen aquí con nosotros, porque tenemos un concepto amplio en este sentido. Es decir, tenemos un concepto realmente popular, amplio y de participación completa, que nos permitirá cumplir mejor ese objetivo.

Está, desde luego, el hecho de que Cuba y otras naciones del Caribe tienen además una influencia latina, una influencia española, portuguesa, francesa; está nuestro vínculo con América Latina, la que Martí situó al sur del río Grande... nosotros no vemos en eso ningún antagonismo. Lo vemos como lo ve usted, como que pertenecemos al Caribe, bajo la influencia de una cultura enraizada en el Caribe, y también bajo la influencia de una cultura latina, y latinoamericana en general; por eso hemos hablado de América Latina y del Caribe, y hemos hablado de la América nuestra, en sentido general.

Existía la preocupación, y lo advierto aquí, de que los anteriores Carifesta se organizaron en países carentes de influencia latina, y surgieron en países del Caricom en que la influencia latina no era la predominante, y entonces venía el Carifesta hacia Cuba, y podía surgir la inquietud de que se subrayara demasiado la influencia latina, y que aquel movimiento perdiera su origen. Nosotros hemos analizado esto de manera muy profunda, precisamente, con el Comité Asesor que estuvo aquí con nosotros en estos días, y en una reunión de ministros de Cultura del Caricom que se celebró hace meses. Todos esos son aspectos perfectamente conciliables, no nos situamos en un antagonismo en cuanto a eso. Sí, somos latinoamericanos, somos caribeños. El Caribe forma parte de esta América que Martí llamó América al sur del río Grande, o América Nuestra. Si el movimiento cultural en el Caribe se enlaza y forma parte de todo el movimiento cultural latinoamericano, no tiene que perder sus características específicas, y nosotros debemos, en este festival del Caribe, tener en cuenta que es un festival del Caribe, que no es un festival latinoamericano, sino un festival de una zona de América Latina y el Caribe, y en este caso en concreto un

Festival del Caribe, independientemente de la política que en ella seguimos con toda la América Latina, y si esto puede servir de ayuda y de vínculo con el resto de los países de América Latina y el Caribe, o sea, con los países más latinoamericanos, si puede servir de vínculo y de nexo para esto, es un objetivo también altamente deseable; es decir, que no presentamos esto como un antagonismo, sino que lo presentamos como una posibilidad de que el Caribe se exprese con fuerza en todo el continente.

Hay que decir —sin entrar ahora en una consideración de tipo político que pudiera parecer demasiado militante en una reunión como esta, no es nuestro objetivo subrayarlo así— que, objetivamente, desde el Primero de Enero de 1959 para acá, en nuestro país el perfil caribeño de nuestro movimiento artístico se ha acentuado, o se ha destacado, y que lógicamente ese perfil caribeño le da un tono a todo nuestro continente, y lo que queremos es que el acento caribeño del movimiento artístico de esta zona en concreto de América haga acto de presencia en Cuba y efectivamente marque su influencia positiva en todo nuestro continente. Es decir, queremos un festival caribeño que se haga sentir como tal en toda América y que también tome prestigio fuera de nuestra América.

[Interviene el moderador; le da la palabra a Luis José Chávez, de República Dominicana].

Ese es un tema central, y que debemos discutir y analizar no ya solamente en una conferencia de prensa, sino incluso más amplia y profundamente; pero para una respuesta breve, la palabra que mejor puede reflejar, y toda respuesta breve no puede ser siempre completa, es, que se entiende, es la combinación, compañero. Lo que se entiende es, si lo quiere llamar, la mezcla, la combinación, la articulación; todo movimiento cultural es una combinación de distintos elementos, toda cultura es una mezcla y una combinación de distintos factores, de distintos elementos. Creo que en la primera parte de nuestra intervención dijimos algo de los orígenes, y hablamos de los hijos y de los nietos de los conquistadores que fueron conquistados por la libertad, y hablamos de los hijos y de los nietos de los esclavos africanos, que ellos mismos conquistaron la libertad. ¿Cómo se combinaron? ¿En qué medida se articularon? ¿En qué grado expresaron en una u otra forma los movimientos artísticos de donde llegaron? He ahí la combinación, hela ahí. ¿Qué es lo más importante? Lo más importante es el fondo ideológico que esta combinación... el sustrato ideológico de toda esa mezcla.

Es decir, lo más importante es que todos esos elementos se unen y no se dividen, se vinculan y no se separan, se articulan y no se distancian, porque pertenecen a una misma historia y porque en el fondo comparten mismo origen.

Cuando un intrépido y audaz navegante, allá por los finales del siglo xv, navegó con tres carabelas en una época de ciclones tropicales —porque fue por allá por octubre—, y no fue barrido por los ciclones, por una cuestión también del azar, y descubrió para los europeos lo que ya existía para la geografía y para la historia anterior de América, descubrió lo que se llamó entonces el Nuevo Mundo; lo descubrió aquí en esta zona, lo descubrió aquí por el Caribe, y se inició una época, en la histórica de América y en la historia del mundo, una época trascendental.

Han pasado cinco siglos. Dentro de unas décadas, apenas dentro de dieciocho años, se conmemorarán cinco siglos, ¿verdad? Entonces empezó esa historia, una historia de colonialismo, una historia de esclavitud, una historia de explotación, una historia de barcos negreros atravesando el Atlántico, y que muchos morían y quedaban, y que eran desgajados de su tierra de origen; una historia de muchas masas empobrecidas de Europa que venían aquí a buscar también fortuna, que venían a veces como conquistadores y a buscar fortuna, y que los que venían aquí, a esta zona del Caribe, eran también masas más pobres; a otras zonas de América del Norte fueron familias completas procedentes ya de sectores burgueses; digamos, en Estados Unidos fueron familias completas, se trasladaron gentes con mayor poder económico; aquí vinieron masas empobrecidas de negros, de europeos que no podían tener resueltos sus problemas económicos en Europa y que venían a buscar fortuna y a resolver sus problemas, apremiados por la necesidad. Y aquí se mezclaron y se combinaron con los aborígenes de América, y después vinieron otros, y a lo largo de estos cinco siglos se fue haciendo esa historia. ¿Qué si eso es del europeo, o del africano o del francés, o del español o del inglés? No es de nadie en particular, es de una combinación de todos, es de una articulación de todos, como se han formado en definitiva las culturas.

Ahora, lo cierto es que, en ese proceso, un elemento característico y esencial —y lo decíamos nosotros al principio— fue el sistema esclavista y la masa de negros africanos traídos aquí durante todos estos siglos, que llegaron aquí. De manera que no los vemos como distancias, como separación, sino que los vemos como unión, como articulación. ¿En qué forma, en qué manera? Eso depende también de la zona en concreto, del lugar específico. No se produjo exactamente el

mismo fenómeno y con los mismos niveles de situaciones en una isla o en otra, o en una zona o en otra; cada una tomó características específicas, y todo eso fue conformando un movimiento cultural, y ese es el Caribe. Pero no solamente en cuanto a nuestras islas y a nuestro continente de América del sur del río Grande, sino que también las masas de negros esclavizados fueron llevados a lo que hoy son algunos estados del sur de Norteamérica, hasta ahí llegaron también esas masas y algunas expresiones de su cultura.

Creo que sería objeto de un análisis científico ver en qué forma ocurrió esta articulación, pero lo más esencial aquí es que el fenómeno se produjo. El acento africano, durante un tiempo, en nuestra América se subestimó; ahora se destaca este acento, y puede pensarse: ¿y por qué se destaca el acento africano? Y podríamos decir: y no se destacará porque quizás durante mucho tiempo se subestimó, por razones perfectamente conocidas se situó en un plano secundario o de ignorancia.

Es la combinación la que nos une. Precisamente de Carifesta debemos sacar conclusiones sobre estos problemas, y hay convocado dentro de los eventos de Carifesta un simposio en la Casa de las Américas, sobre la identidad cultural del Caribe, para estudiar estas cuestiones. Hay investigadores y escritores que han llevado a cabo análisis sobre estos problemas, y queremos que una representación de los pueblos del Caribe se presente en ese simposio, para que se analice esta cuestión. Porque hemos hablado de Carifesta como la gran fiesta, como la actividad de danza, de música, de teatro, pero también tenemos que efectuar Carifesta para que queden dilucidados algunos problemas de carácter científico, y de carácter cultural, y para trazar definiciones de la identidad cultural.

Desde luego, una identidad cultural no se define fácilmente con un esquema; el problema es que la hay, y que nosotros tenemos que identificarnos más profundamente y armonizar todos esos elementos para que muestren su fuerza en toda América y en el mundo.

[Interviene el moderador y le da la palabra al periodista Ortiz, de *L'Humanité*, de Francia].

Alguien dijo que el arte es la fiesta que el hombre se da a sí mismo. Y desde que el hombre creó arte, lo creó para recrearse, perdóname la repetición de la palabra. La expresión recrearse tiene un doble significado en español, significa: distraerse, y significa volver a crear, y nosotros entendemos que, si bien no afirmamos que no haya contradicción entre los dos elementos, tampoco debiera presentarse la cuestión como un antagonismo entre ellos.

Si se organiza un simposio científico sobre los problemas del arte, un conferencia, una discusión —como lo que hemos referido, por ejemplo, en Carifesta—, eso tiene un acento muy profundamente cultural, y la gente podrá decir: bueno, no es para divertirse, aunque yo creo que los que acudan allí van también a divertirse mucho, en el sentido de disfrutar mucho [...].

Nosotros hemos querido utilizar en esto la expresión «recreación» en su doble significado: recreación de distracción y recreación del arte, como volver a crear...

[...]

[Interviene el moderador y le da la palabra a la periodista Flora Parra, de Colombia].

Creo [...] que en este terreno no se trata de una guerra, aunque sí se trata de esclarecer muchos conceptos. Nosotros no tenemos que ver tampoco esta identidad cultural del Caribe en antagonismo con el resto del mundo. Este sí que es un problema, para nosotros, de principios, y hablábamos precisamente del sentido universal.

Le voy a contestar con una expresión que una vez utilizamos entre los escritores y artistas cubanos: queremos —ya en el caso de Cuba, ¿no?, que creo que es válido en general para todos los países, pero, bueno, lo digo como un ejemplo de Cuba— marchar en cultura de lo nuestro nacional a lo nuestro latinoamericano y caribeño y a lo nuestro universal; no queremos tampoco el aislamiento del resto del mundo, porque para nosotros *Patria es Humanidad*, dijo Martí, y no vemos por lo tanto antagonismo entre lo nuestro nacional y lo nuestro universal; lo cual, si no se ha podido realizar es por factores que no es en una conferencia de carácter cultural donde se ventilan, se trata de factores de otra índole, los factores que siempre nos han dividido. Estos elementos que nos han separado y que nos han dividido históricamente, son los que quieren ver lo nuestro nacional en contradicción con lo nuestro latinoamericano y caribeño y con lo nuestro universal.

Digo esto refiriéndome al Caribe, y a América Latina y el Caribe en su conjunto, e incluso como también válido para América Latina; pero el Caribe —señalábamos al principio— tiene vocación universal, y queremos unirnos al resto del mundo, pero como nosotros. Porque para unirnos al resto del mundo primero tenemos que ser nosotros. Es decir, que no vemos ese antagonismo.

Sé que en la práctica se presentan problemas, pero lo que hay es que tener en cuenta y estudiar es el por qué. No voy a contestarles

ahora por qué en la práctica se presentan problemas, porque no quiero que ustedes piensen que yo voy aquí ahora a hablar de política.

[...]

[Moderador: Si ningún periodista desea formular alguna pregunta más, solamente nos queda preguntarle al compañero Hart si desea agregar algo].

Bueno, yo quisiera plantear un pequeño esquema de algunas de las cuestiones que se van a dar. Hablar de cuestiones más concretas, que a veces son más interesantes que las abstractas. No es que tengamos ya fijado un programa completo y detallado, aunque se ha avanzado bastante en esto.

Hay cinco instalaciones en La Habana que se van a dedicar a los días de gala de los distintos países; el Teatro de la CTC, el Teatro Musical, el Teatro Astral, el Teatro América y el anfiteatro que está en el Parque Lenin.

Habrà en el Teatro Carlos Marx un festival de música y canciones; habrá, ya en actividades abiertas, no en teatro, sino en escenarios públicos, escenarios abiertos, en Marianao, en Guanabacoa, en el Parque Maceo, en la Feria de la Juventud, encuentros de música y danza.

Habrà en el Teatro Mella, y en el García Lorca, un festival de danza. Los dirigentes de la Unión de Escritores y Artistas organizarán encuentros de escritores, poetas, artistas. Habrà una exposición de plàstica en el Museo Nacional; habrá una exposición de artesanía, es decir, de artes populares; habrá precisamente en esta misma casa de cultura una exposición de la creación infantil a través del dibujo y de la artesanía. Se realizará también, en la Ciudad Deportiva, el acto inaugural, el lunes 16 de julio, allí tendremos una representación de los diferentes países participantes.

Todo esto, desde luego, con el acento que hemos planteado: caribeño, y siguiendo la línea de los festivales de Guyana y de Jamaica.

Habrà también exposiciones de libros, y recitales y encuentros de música popular en el anfiteatro de la Avenida del Puerto. Habrà, en el Parque Almendares, música, teatro y danza, y todo esto se realizará armónicamente con el Carnaval de La Habana, que concluirá el domingo siguiente, 22 de julio, y que será un carnaval internacional, un carnaval caribeño, para concluir la actividad. Eso comenzando —como decíamos—, el 16, y terminando el 22, y marcado todo con ese acento caribeño, popular, no solamente en La Habana, sino en Santiago, una ciudad muy estrechamente vinculada al Caribe, y quizás

una ciudad cubana más vinculada a lo que es el origen de estos festivales. En el anfiteatro Mariana Grajales de Santiago de Cuba habrá también una gran actividad cultural el martes 17, y con eso va a ser el inicio del Carnaval de Santiago, que como ustedes saben tiene un gran prestigio y una gran fuerza, y estará matizado este año profundamente por el Caribe. Se espera que alrededor de cien artistas estén constantemente yendo a Santiago porque, desde luego, los santiagueros no han querido quedarse fuera de esta importante actividad, y eso no sería justo, porque es una de nuestras ciudades más profundamente caribeñas.

Habrà, como decíamos también, el simposio en la Casa de las Américas, con respecto a la identidad cultural, porque si junto a todas estas actividades artísticas y culturales no extraemos algunas conclusiones de política cultural y de identidad cultural, no se extraería al Festival el máximo de resultados.

Tenemos que tener en cuenta, además, que en el año 1981 se celebrará el IV Festival del Caribe en Barbados, y ya algunos compañeros del Comité Asesor estuvieron planteando la necesidad de adoptar algunas medidas organizativas en el Festival, para asegurar la feliz realización del próximo y la continuidad de estos eventos. Aspiramos a que en este festival pudieran surgir, dados estos encuentros, algunas medidas de carácter organizativo, capaces de garantizar la continuidad de los festivales, que hasta ahora se han venido realizando por una iniciativa del país, pero a veces han sido necesarias muchas gestiones por dificultades en los mecanismos, en cuanto a cómo se decide lo relativo al festival; todo esto a cargo de los jefes de Estado de los países del área. Algunos compañeros del Comité Asesor propusieron que ya se empezara a discutir la continuidad de estos festivales. Incluso se ha hablado de que en el futuro hubiera festivales conjuntos así como este, y que después quizás pudieran haber festivales por ramas, es decir, para ir desarrollando un movimiento no solamente de un festival que abarque a todas las ramas, sino también en el futuro algunos festivales en especial. Pero lo que más nos interesaba es ver si se tomaban ya, aprovechando la ocasión del festival, algunas medidas dedicadas a garantizar y a facilitar todo lo que podamos a favor del desarrollo del IV Festival que se celebrará en Barbados, así que por eso lo destaco; tenemos también que pensar en el futuro en relación con todo esto.

Estas, desde luego, son solo algunas de las actividades culturales que están programadas. Es posible que haya algunos ajustes, también hay que ver el número de artistas que llegan; se han efectuado

invitaciones a más de treinta países, y la mayoría de ellos han respondido positivamente. En estos momentos, se está precisando el número de artistas que vienen por cada país. Creo que andan por alrededor de dos mil artistas los que pueden participar en este evento.

No quisiera concluir sin destacar —aunque esta conferencia de prensa nos ha llevado a hacer algunos planteamientos que se relacionan con la política— lo más importante:

Queremos vincular en Cuba al Festival del Caribe con los carnavales para darle un acento caribeño cada vez más profundo a nuestro movimiento artístico. Queremos apoyar la realización de un evento masivo de carácter cultural en que haya una participación amplia, sin sectarismos de ningún tipo, y en que el Caribe se manifieste como es, en todas sus posibilidades de creación, con toda su libertad creadora, y que la bandera de la libertad creadora en la cultura, y en un arte que tiene una profunda raíz popular, se proyecte con fuerza en toda América... En toda América, en la América Nuestra, y también en la América del Norte, y en todo el mundo. No debemos temer a eso, temor tendríamos si no intentáramos ser lo que somos. Abrazamos al mundo, pero abracemos al mundo siendo lo que somos.

8 [En nuestros mares caribeños se comenzaron a encontrar los caminos del mundo].¹¹

En 1972, pocos años después de conquistar su independencia nacional, la República Cooperativa de Guyana organizó el primer Festival de las Artes Creativas del Caribe. Fue propiamente una iniciativa del primer ministro de Guyana, Forbes Burnham, que contó con la cooperación estrecha de los países miembro del Caricom.

El Festival perseguía mostrar a nuestra América y al mundo en general la presencia de un fuerte movimiento artístico literario en esta importante área del mundo, que hasta hace solo unas cortas décadas era subestimada en su fuerza política y en su enorme interés histórico y cultural.

Se aspiraba a que el arte y la cultura desempeñaran un importante papel en el conocimiento de nuestros pueblos. De un lado, para que el mundo nos conociera mejor; del otro, para que nosotros mismos nos identificáramos más.

En 1976, ya Jamaica independiente organizó el II Festival de las Artes Creativas del Caribe, que perseguía similares propósitos y seguía la misma línea trazada desde Guyana.

Permítanme, en este día inaugural, subrayar algunas de las razones y de la historia que explican la necesidad de estos festivales. Con ello no estaremos diciendo nada nuevo, sino recogiendo, en apretada síntesis, lo que ya han dicho estudiosos e investigadores caribeños. No obstante, el tesonero esfuerzo de artistas e investigadores del arte, el valor cultural de las expresiones artísticas caribeñas, y las formas de avalarlas estéticamente y de presentarlas al público, han estado en buena medida condicionadas por criterios interesados de los reducidos grupos de personas que controlan los grandes medios de promoción, organización y difusión cultural, y que se hallan, muchos de ellos, al servicio de las metrópolis.

Con ese poder han ejercido y ejercen un control dictatorial que trata de reducir el valor estético de nuestras expresiones artísticas,

¹¹ Palabras que pronunció al dejar inaugurado el festival Carifesta'79. A esta ceremonia de apertura asistieron el Comandante en Jefe Fidel Castro, el cuerpo diplomático acreditado en nuestro país y otros distinguidos representantes y artistas e intelectuales de los pueblos del Caribe; se celebró en el Coliseo de la Ciudad Deportiva, el 16 de julio de 1979.

frena su desarrollo y limita la iniciativa y la posibilidad creadora del movimiento artístico caribeño.

Los países iniciadores de estos festivales, marcados de manera especial por la influencia africana y, en ciertos casos, por la India, son de los que más han sufrido esta discriminación cultural.

Para enfrentar esta subestimación, era necesario unirse estrechamente; subrayar nuestra identidad caribeña y realizar una tesonera y sistemática labor artística, que fuera dirigida hacia los intereses y objetivos de nuestros pueblos. Fue este el propósito de los promotores en Guyana, cuando organizaron el primer Carifesta; lo fue también el de los organizadores del segundo Carifesta en Jamaica. Ahora, al organizar el tercer Carifesta, nos proponemos reafirmar la línea trazada, es decir, afirmar la identidad cultural caribeña y presentar ante los pueblos el valor de nuestra cultura artística común.

Hoy iniciamos el III Festival en un pueblo donde, además de la influencia africana en el movimiento artístico, está la influencia española. Por vez primera se organiza este festival en un pueblo del Caribe con influencia latina. Por ello, es momento propicio para dejar sentados algunos principios que, de una parte, subrayen las características sustancial de estos festivales, y de la otra, faciliten su realización continuada y sistemática en otros países del Caribe.

A estos efectos, dentro de la programación del III Festival se organiza un simposio en Casa de las Américas, que estudiará problemas referidos a la identidad cultural del Caribe. Participarán especialistas en la materia y quedarán perfilados, seguramente, rasgos esenciales de nuestro movimiento artístico y cultural.

De la identidad cultural del Caribe podemos sacar la conclusión de que se trata no solo de un área geográfica, sino también de una región marcada por la confluencia de corrientes de diversas partes del mundo.

El Caribe, culturalmente hablando, es un área cuyos límites geográficos no son trazados por líneas continuas que aparecen en la Geografía Física. La cultura caribeña se asienta en una amplia zona geográfica que comprende, además del archipiélago antillano, los de la costa al norte de América del Sur, es decir, Brasil, Cayena, Surinam, Guyana, Venezuela, Colombia, los países de América Central y México. Está presente también la cultura caribeña en ciertas regiones del Perú, e incluso, en determinadas zonas del sur de Norteamérica.

Si se fuera a tratar de definir —y no es este, desde luego, nuestro propósito aquí—, tendríamos que destacar no un límite geográfico,

sino una concepción histórico-cultural del Caribe. Pero para encontrar esa identidad cultural hace falta recordar un poco la historia.

Solo quedan trece años para que se cumplan cinco siglos desde que llegó a estas tierras el primer europeo. Se ha dicho que entonces se descubrió el Nuevo Mundo. Propiamente, aquí, el europeo encontró, por vez primera, un continente que tenía, desde muchos siglos antes, arte, cultura, y una población asentada sobre determinadas bases sociales que, si en ciertas zonas como en Cuba no rebasaba la comunidad primitiva, en otras había alcanzado niveles más altos de desarrollo y estadio social y cultural.

El descubrimiento de América lo fue, en primer lugar, para el europeo occidental, pero ya con anterioridad estas tierras habían sido descubiertas por sus primitivos pobladores. Por demás, el europeo occidental no solo descubrió a América en el Caribe. Propiamente aquí se inició el desarrollo de todo el mundo, tal como geográficamente existe, y hoy lo reconocemos.

El audaz recorrido marítimo llevado a cabo por Cristóbal Colón en sus tres carabelas, los decisivos descubrimientos geográficos que realizó para los europeos, y los que a partir de él comenzaron a llevarse a cabo, empezaron por aquí, por estas aguas turbulentas del mar Caribe. Es decir, aquí, en esta geografía, donde se asientan nuestras patrias, no solo descubrió el europeo occidental un vasto continente, sino que, además, se probó lo que algunos audaces y sabios estudiosos habían afirmado desde siglos antes: que el mundo no era solo la tierra que conocían los hombres cultos del medioevo euroccidental.

Propiamente por aquí vinieron en la búsqueda de un camino para las Indias, y encontraron el camino del mundo, es decir, el camino de la Tierra tal como hoy la conocemos. Por esta geografía donde se asientan nuestras islas antillanas y la zona continental caribeña se comenzó a tener un conocimiento objetivo y concreto de nuestro planeta. El mundo comenzó a conocerse a sí mismo.

A partir de entonces se inició la emigración, hacia esta área, de amplias capas sociales de Europa Occidental que venían en busca de las riquezas y la fortuna que no hallaban posibilidades de encontrar en Europa. Pero ellos vinieron también en nombre de la ideología reaccionaria del medioevo europeo, y con los recursos que la civilización y la cultura del decadente feudalismo y del embrionario capitalismo les brindaban, y sobre esos fundamentos, a través de la conquista y el pillaje aniquilaron las grandes culturas americanas y sentaron las bases de la más feroz explotación del hombre en América.

Pero el conquistador y colonizador de América, al exterminar en ciertas zonas a la población aborigen, y al faltarle mano de obra para su vasto plan de conquista, se propuso, desde muy pronto, la búsqueda de nuevos esclavos, y ya desde los años iniciales de la conquista comenzó a extraer del continente africano inmensas masas humanas para el trabajo esclavo. Y este conjunto y diversidad de influencia de lo aborigen, de lo eurooccidental y lo africano, unido a otras corrientes asiáticas, produjo una combinación cultural y creó una identidad propia en el Caribe que le brinda a la América nuestra, a la del sur del río Grande, un matiz especial; matiz especial tipificado por la influencia africana. Esa es la zona de América nuestra, donde más fuerte se hizo sentir la presencia de la esclavitud africana, y consiguientemente de la cultura de los pueblos de África.

La presencia de la esclavitud africana en América, y la fuerza que alcanzó en el Caribe, es un importante elemento que condiciona nuestro matiz cultural caribeño.

En la economía de plantaciones, y en la esclavitud africana en esta área, diversos investigadores han encontrado fundamentos históricos de una definición caribeña.

Y lo más importante estriba en que no obstante esta identidad propia del Caribe, ella forma parte de una identidad más amplia: la de la América nuestra, la de todo el continente al sur del río Grande. La identidad cultural caribeña, con sus características singulares, forma, pues, parte de la identidad cultural de América Latina y el Caribe. Y en esto no han de verse antagonismos, sino armonía; en esto no ha de verse rivalidad, sino unión; en esto no ha de negarse lo típico y característico de cada una de nuestras patrias en la cultura, sino que partiendo de lo nuestro nacional, marchemos hacia lo nuestro caribeño y hacia lo nuestro latinoamericano y caribeño.

Nuestra América es posiblemente la zona del mundo donde en época más reciente se ha producido el más amplio entrecruzamiento cultural de carácter universal. El entrecruzamiento cultural de la América nuestra, presente de manera muy concreta; también el Caribe tiene un valor universal. Posiblemente en ninguna otra zona, en época tan reciente históricamente, se ha producido una combinación tan amplia de factores culturales de índole universal; pero con semejante diversidad e influencia culturales, y con una población que ha venido a luchar, y aún tiene que combatir arduamente por su libertad, por su independencia contra la miseria y la pobreza, no se han creado en el Caribe estrechos nacionalismos.

El Caribe no se enfrenta con antagonismo al resto de nuestra América, sino que se une y entrelaza con ella sin perder sus propias características.

Pero la influencia cultural africana en el Caribe es un elemento definidor de importancia, y es un deber de todos nosotros, los de Latinoamérica y del Caribe, destacar que en el complejo de contradicciones sociales en que se ha movido nuestra historia en cinco siglos, esta influencia africana ha querido ser subestimada.

Pero no fue solo en la América de Toussaint L'Ouverture, de Simón Bolívar, de Benito Juárez, de José Martí y de Marcos Gavi, donde se hizo sentir la influencia africana; porque no solo fue en la geografía latinoamericana y caribeña donde se impuso la esclavitud africana. Masas de africanos, en los siglos anteriores, fueron también traídos a amplias zonas de América del Norte, en lo que hoy es Estados Unidos.

Y pasando por encima de la geografía física y política, aquí tenemos también en Carifesta representaciones artísticas de Estados Unidos, e investigadores norteamericanos sobre el Caribe.

La influencia cultural africana en América del Norte está todavía por estudiar profundamente y por destacar en su verdadera medida. Por lo pronto, en la música y en la danza esta influencia africana es bastante evidente.

Los africanos, unidos a los emigrados mexicanos, puertorriqueños, y en general latinoamericanos y caribeños, que posteriormente llegaron a Norteamérica, son como un punto de relación por la vía de la cultura entre el pueblo de Luther King y los pueblos del Caribe.

Nuestra cultura caribeña no encierra antagonismos con pueblo alguno, porque el Caribe no aspira a la dominación de otro pueblo; aspira a unirse en un abrazo fraternal con todo el mundo, y no con una parte de él. Esto tiene quizás su origen en el hecho de que nuestras sociedades están formadas mayoritariamente por trabajadores que han recibido durante siglos influencias ideológicas y culturales de muy diversas regiones de la Tierra.

Nuestra cultura, en buena medida, es una síntesis universal. Pero ¿cómo ocurrió? Los descendientes de los aborígenes de América se enfrentaron al conquistador eurooccidental, defendieron su independencia y libertad, y si en algunos casos fueron exterminados, en otros, a fuerza de enormes sacrificios lograron mantener sus milenarias culturas. Los biznietos y tataranietos de los conquistadores eurooccidentales se enfrentaron a la ideología reaccionaria de sus antecesores, se

mezclaron y unieron a la lucha por la libertad de los indios americanos y de los africanos traídos como esclavos. Los nietos de los africanos que atravesaron el Atlántico en condiciones de vida infrahumana, combatieron por su libertad hasta morir o la alcanzaron al precio de gigantescos sacrificios. Lucharon por su derecho a la igualdad entre los hombres, y mantuvieron y reafirmaron, en las terribles condiciones de la explotación esclavista, su calidad y su arte. Y todos ellos juntos en lucha desigual contra su verdugo, abrazaron como hermanos a los hombres libres de cualquier parte del mundo que llegaron a estas tierras y recibieron la influencia ideológica y cultural más eficaz que les garantizaran su libertad y su independencia.

Al Caribe llegaron durante siglos, oleadas tras oleadas, masas de africanos esclavos, y llegaron también durante siglos, oleadas tras oleadas, las ideas de libertad y de igualdad entre los hombres más progresistas de cada época histórica.

El amor a la libertad, la defensa de la igualdad para toda la población sin excepción y el sentido universal de la fraternidad entre los pueblos en esta área del mundo, germinó con una fuerza singular, en una forma original, y fue defendido por una población mayoritariamente laboriosa y trabajadora.

Busquemos por ahí, hermanos, amigos y compañeros de la cultura caribeña, lo esencial de nuestra identidad espiritual. Busquemos en el hecho de que nuestra cultura común tiene una fuerte raíz inmediatamente popular; busquemos también en el hecho de que nuestra cultura es una hermosa síntesis, históricamente muy reciente, de hombres y mujeres procedentes de diversos continentes y regiones del mundo. Busquemos, sobre todo, la esencia de nuestro movimiento intelectual en nuestro amor a la libertad creadora en el arte y en la vocación universal y genuinamente humana de nuestro patrimonio cultural.

La bandera de los derechos del hombre sin discriminación racial ni de tipo alguno, el estandarte de la libertad creadora en el arte y la cultura, sin excluir a ninguna parte de la población, y la participación de todo el pueblo en la obra creadora del arte, son fundamentos ideológicos esenciales de nuestra identidad cultural caribeña. Y eso tiene un valor universal, y nuestros pueblos no solo la han escrito con un hondo reclamo, también la han rubricado con su arte.

Hay un ejemplo muy sobresaliente, muy vivo y actual entre nosotros, al que en esta hora de cultura caribeña mencionamos con emoción y respeto; por la defensa de los derechos del hombre,

combate hoy, con el apoyo amplio de nuestra América, el pueblo de Nicaragua.

Levantemos en el Caribe los principios de la libertad creadora en el arte y sigamos luchando por reafirmar nuestras raíces y nuestra identidad común. ¡Levantemos estos principios con la fuerza de nuestros pueblos, unidos por un arte y una cultura nuestra, y a la vez universal!

Proclamemos con energía que en el Caribe estos principios culturales se levantan para unirnos, no a una parte de la tierra, sino a toda la humanidad sin excepción.

Vivimos momentos excepcionales, difíciles y complejos de la historia, y, dentro de ellos, la cultura caribeña debe desempeñar un importante papel.

Está así, muy vivo en la cultura del Caribe el sano patriotismo del pueblo laborioso; pero no están presentes en ella las pretensiones expansionistas y los estrechos nacionalismos que en otras partes, a lo largo de la historia universal, han conducido a guerras entre naciones, han destrozado o dañado profundamente las civilizaciones y han limitado el desarrollo de la libertad creadora en el arte.

Al mundo surgimos de distintas corrientes, y al mundo debemos llevar un arte y una cultura genuinos de valor universal, que hoy podrán algunos tratar de ocultar o desvirtuar con el dominio que tienen de los medios de promoción y difusión culturales, pero que la historia, y, sobre todo, la lucha combatiente de nuestros pueblos, se encargarán de difundir de una manera cada vez más evidentes.

Aquí en nuestros mares caribeños se comenzó a encontrar el camino del mundo. Aquí en nuestras tierras se elevará cada vez con mayor diversidad y riqueza el arte y la cultura nuestra genuinamente humanista, de inmediata raíz popular y de profunda sensibilidad y proyección universal.

Más de dos mil cien artistas e intelectuales de países del Caribe se han dado cita en Cuba para ofrecer con su arte y su cultura un emocionado recuerdo al pasado de nuestros pueblos, estrechar los vínculos de hermandad y solidaridad que nos unen, y brindar un canto de aliento al esfuerzo por lograr un futuro cada vez mejor para el Caribe, para nuestra América y para el mundo.

Para Cuba constituye, compañeros, amigos y hermanos, un inmenso honor ser la sede de este acontecimiento. Sean todos bienvenidos a Cuba, tierra caribeña y latinoamericana.

9 [Es difícil encontrar algún pueblo que de alguna manera no haya dejado su huella en la cultura latinoamericana y caribeña].¹²

Las palabras expresadas aquí por nuestro amigo, el Dr. Darío Moreira, encierran para nosotros una hermosa enseñanza, porque con ellas confirmamos una vez más el gran papel de la Unesco en el mundo contemporáneo y en la ampliación y extensión de la cultura; con ellas confirmamos la identidad de principios que tiene nuestro país, nuestro Gobierno, con la Organización Internacional para el Desarrollo de la Educación, la Ciencia y la Cultura.

Es una feliz oportunidad que se hayan reunido ustedes en La Habana para analizar el tema «Influencia de las culturas ibéricas en el proceso de formación de la cultura en América Latina y el Caribe». Saludamos y agradecemos la iniciativa de la Unesco de celebrar este evento en tierra cubana. Pueden tener la seguridad de que en nuestra patria encontrarán hospitalidad, calor humano, interés por estudiar el tema objeto de análisis, y un afán noble de investigar con la más amplia libertad creadora.

Ninguna institución cubana mejor, para servir de sede a esta reunión de expertos de la Unesco, que la Casa de las Américas, puesto que esta ha sido el espacio que durante más de veinte años ha albergado, en las más difíciles condiciones del bloqueo económico, político y cultural a nuestro país, a lo más representativo y valioso de la cultura de la América Latina Nuestra; es decir, la del sur del río Bravo. De esta forma, estamos también rindiendo homenaje al vigésimo aniversario de la Casa de las Américas.

La cuestión que nos ocupa en esta reunión ha de acaparar su atención en los próximos días y les exigirá movilizar su vasta experiencia acumulada, su amplia cultura, y los recursos de la imaginación y el talento creadores que ustedes poseen. El tema, de por sí complejo,

¹² Versión del discurso pronunciado en la inauguración de la reunión de expertos de la Unesco para tratar el tema: «Influencia de las culturas ibéricas en el proceso de formación de la cultura en América Latina y el Caribe», celebrada en la Casa de las Américas el 5 de noviembre de 1979. Se encontraban presentes el Dr. Darío Moreira, representante del director general de la Unesco; la compañera Haydée Santamaría, presidenta de la Casa de las Américas; la Dra. Vicentina Antuña, presidenta de la Comisión Nacional Cubana de la Unesco, y otros intelectuales que viajaron al país desde Europa y América.

exige —como toda investigación seria de la cultura— rigor científico. Y además, apasionado deseo por encontrar la verdad histórica.

Diversas fueron las raíces que han ido forjando la cultura de la América Latina y el Caribe. Aborígenes unas, africanas e ibéricas otras, y también inglesas, francesas, asiáticas y, en general, de las más diversas regiones del mundo. En esta tierra genuinamente americana se han ido conjugando durante cerca de cinco siglos elementos culturales de casi todos, o de todos los rincones de la Tierra. Es difícil encontrar pueblos que de alguna manera no hayan dejado su huella en la cultura latinoamericana y caribeña. Es asimismo difícil encontrar otra zona del mundo en donde habite un conjunto diverso de pueblos con tan múltiples expresiones culturales. Y en las que, a su vez, haya un elemento de unión y de identidad que las distinga como conjunto del resto.

Muchos se preguntarán cuál es el peso o la influencia real de cada una de estas raíces en la formación de la cultura de América Latina y el Caribe. Los pueblos de Nuestra América conquistamos mayoritariamente en el siglo pasado nuestra primera independencia, y con ella afirmamos ante el mundo que si de un lado respetamos y admiramos lo mejor de nuestros antecesores, del otro poseíamos ya personalidad cultural independiente.

Una de las mayores realizaciones de los pueblos ibéricos en América fue el engendrar hijos tan orgullosos y amantes de su propia independencia, que se empeñaron, y lo lograron, en conquistarla al precio que fuera necesario. Y parte del precio que hubieron de pagar consistió en el hecho doloroso, pero inevitable, de tener que guerrear contra las ideas y las instituciones de sus padres.

Si en diversas regiones de América fueron exterminados los aborígenes, en otras, sin embargo, tras un contradictorio y enconado proceso de luchas y trabajos, la brava e intrépida sangre ibérica acabó por hermanarse en las venas de nuestros pueblos con la altiva y valerosa de los Hatuey, los Cauthémoc, los Lautaro, los Caupolicán, y tantos otros. Asimismo, las grandes masas de hombres y mujeres africanos que, trasladados como bestias y en las condiciones terribles de la esclavitud, terminaron uniéndose con los ibéricos y los descendientes de estos para contribuir también a producir un crisol de pueblos unidos en la lucha por la libertad. De esta unión de pueblos surgieron estirpes heroicas que son no solamente honor de esta porción de América, sino de toda la humanidad, y en las que figuran nombres que permanecen por los siglos como estandartes de la libertad: Bolívar, Sucre, Artigas,

Toussaint L'Ouverture, Túpac Amaru, Juárez, Gómez, Maceo y Martí, entre otros muchos.

Las gestas de estos hombres y de las masas bravías que los siguieron, constituyen uno de los más grandes acontecimientos de la historia de la humanidad en todos los tiempos. Antes de esa epopeya, en la historia secular de la humanidad, podrá haber gestas de similar magnitud y valor; pero no hubo hasta entonces nada superior en coraje, valor e ideas a las guerras de independencia de América Latina.

Los pueblos ibéricos acabaron, como decimos, fusionándose con otros pueblos. No ocurrió de similar manera con los sajones que llegaron a Norteamérica. Incluso después de la independencia, por más de ochenta años subsistió oficialmente la esclavitud, y aún hoy, subsiste con un poder feroz de discriminación racial. La discriminación racial en Estados Unidos es una de las más crueles negaciones de los derechos del hombre en el mundo contemporáneo.

El valor y la importancia de las culturas ibéricas en América radican en el hecho de que ayudaron a crear algo nuevo y distinto. Si no se entendiera este hecho, no se comprendería su papel en América.

¿Cuál es ese elemento de unión de la cultura latinoamericana y caribeña? He ahí la gran cuestión. No puede a nuestro juicio estudiarse este problema, sin profundizar en el pensamiento de José Martí.

José Martí, descendiente directo de españoles y alumno del poeta Rafael María de Mendive, de quien recibió desde sus primeras letras la influencia del ambiente de los mejores criollos cultos del siglo XIX, expresó como nadie en su época —creo que incluso como nadie hasta hoy— la verdadera dimensión y el carácter de la cultura latinoamericana y caribeña. Él fue la cúspide del movimiento cultural latinoamericano y caribeño en el siglo XIX y su valor más representativo y completo. Pero Martí no solo pertenece a la cultura latinoamericana, sino que es también uno de los más grandes creadores de las letras españolas.

Elementos importantes del ideario de Martí están en su concepción humanista, su firmeza ideológica, su vida heroica, su consagración a la causa de los pobres, su dominio de la cultura universal y su amor e interés por estudiar el desarrollo del movimiento espiritual y cultural de Nuestra América y de todo el mundo. De una inteligencia excepcionalmente dotada, de un temperamento profundamente apasionado, y con una amplísima cultura, puede dar Martí la pauta del problema que ocupa a esta reunión de expertos. Estúdiense a Martí y se encontrará el nexo profundo, contradictorio, unificador y

creador entre las culturas ibéricas y la nueva cultura latinoamericana y caribeña.

Recordemos que su vigoroso y perdurable ensayo titulado *Nuestra América*, publicado en 1891, conserva hoy día y consiguientemente para esta reunión de expertos, la fuerza y el valor de un mensaje que se resume en esta frase: «Injértese en nuestras repúblicas el mundo, pero el tronco ha de ser el de nuestras repúblicas».

Martí comprendió como nadie la diversidad cultural de América y, a su vez, la identidad profunda de ella. Comprendió y respetó como nadie los vínculos de esa cultura con sus diversas raíces; comprendió así los lazos estrechos entre la América Nuestra y la península ibérica, y en medio de un antagonismo histórico irreconciliable, como fue la Guerra de Independencia de Cuba contra el sistema colonial, nos enseñó a valorar y a querer a los pueblos ibéricos.

Pocos hombres son capaces de dirigir y organizar una guerra contra un enemigo que ofrecía tan grande resistencia, y a la vez, no caer en odios hacia otros pueblos. Tales odios son muchas veces hijos de estrechos nacionalismos y son, en última instancia, productos de la ignorancia. Martí fue capaz de odiar profundamente lo rechazable que vino de la península ibérica y de amar más profundamente aún lo hermoso y noble que nos trajeron de ella.

Los cubanos queremos relacionarnos con los pueblos ibéricos con admiración, cariño e infinito respeto. Lo hacemos fundamentados en un profundo vínculo que se refleja en la cultura y que tiene una larga, contradictoria, compleja y hermosa historia.

Este vínculo histórico entre las culturas ibéricas y las de la América de Martí será más limpio, más puro, más genuino, en la medida en que en cada uno de nuestros pueblos del lado de acá del Atlántico y los de la península ibérica marchemos por los caminos de la libertad. Precisamente esta reunión puede celebrarse hoy en Cuba de la manera en que se realiza porque durante la presente década en la península ibérica se han dado pasos adelante en ese sentido. A su vez, Cuba puede servir a ustedes de anfitriona en la forma en que lo hace, porque aquí hemos andado a paso firme y acelerado por el camino de la libertad.

Martí nos educó en una profunda vocación universal e internacional a favor de la democracia, la libertad, la igualdad y la fraternidad entre los hombres y los pueblos. Debe estudiarse con toda responsabilidad el significado cultural que tiene esta vocación universal e internacional del movimiento intelectual de nuestra América. Estos

principios que a partir de la Revolución francesa se extendieron por diversos pueblos de Europa, llegaron también a América y en nuestras tierras adquirieron una dimensión y un carácter singular. En las mentes de nuestros mejores hombres se fueron desarrollando de una manera cada vez más amplia, más profunda, y tomando un carácter y una forma de realización cada vez más realista. Surgieron así en nuestro continente latinoamericano y caribeño las ideas de un humanismo sin limitaciones, un humanismo real y concreto; es decir, un humanismo que responde no a los intereses exclusivistas de una parte de la población, sino a los intereses democráticos del pueblo. Este es nuestro humanismo, el humanismo del pueblo.

Por estas razones, y como contribución especial del Ministerio de Cultura a este evento, permítanme, distinguidos expertos, al dejarlo oficialmente inaugurado, obsequiarles las *Obras Completas* de José Martí, que son uno de los más altos legados de la cultura latinoamericana y caribeña y una de las creaciones maestras de las letras españolas.

Distinguidos expertos de la península ibérica que nos honran con su presencia: creo interpretar el sentimiento de latinoamericanos y caribeños presentes en esta reunión al expresar lo siguiente: Los pueblos de Nuestra América, unidos a las culturas ibéricas por vínculos de sangre y de historia, que han demostrado ser indestructibles, les recibimos en Cuba y en América con cariño y emoción, les abrazamos como hermanos y les invitamos al diálogo y a la comunicación permanentes en el campo cultural. Pero no solo esto, sino que además les invitamos a estrechar y fortalecer estos lazos de cultura y de historia.

Hoy han desaparecido las secuelas de las terribles luchas entre hermanos y entre padres e hijos. Los cubanos que fuimos educados por Martí en el amor a los pueblos ibéricos y que fuimos además el último país de América en separarse de la Península, y que hemos logrado para nuestra patria el más alto grado de independencia y dignidad, manifestamos con alegría nuestro indeclinable propósito de estrechar los vínculos histórico-culturales que nos unen a los pueblos de la península ibérica, y rendimos tributo de respeto, admiración y cariño hacia el genio artístico y cultural de sus pueblos.

Como el homenaje al hombre excepcional cuyo recuerdo restará presente en vuestras deliberaciones, permítaseme terminar con aquellos versos que sobre Aragón, en España, escribió Nuestro Héroe y que son válidos para toda la península ibérica. Dijo Martí:

*Para Aragón, en España,
tengo yo en mi corazón.
Un lugar todo Aragón,
franco, fiero, fiel, sin saña.*

10 [«Carifesta se ha convertido en un gran movimiento cultural de masas»].¹³

[...] y es que tenemos una identidad forjada en una lucha muy larga y, además, tenemos una identidad que debe ser más conocida en el mundo, debe ser más resaltada en el mundo.

Por eso me siento tan contento de estar aquí con ustedes, y por muchas de las palabras que aquí se han expresado. Vemos que hay un camino, que todos en general queremos buscar el camino de cómo garantizar nuestra unidad cultural; ese es un propósito esencial que apreciamos en esta reunión. Sí creemos que debemos trabajar para dar pasos acertados en ese sentido.

Quizás no sea en una reunión donde pueda resolverse esto, quizás se precise de muchas reuniones, muchos contactos bilaterales, pero si esta sencilla reunión en que estamos nosotros inicia este camino, va a tener un valor histórico, no es ninguna exageración. Si los sentimientos que aquí se han expresado se logran concretar... no es tarea fácil, pero si se logran hacer y si abren un camino para formalizar más nuestra unidad, pienso que esta reunión va a ser histórica en nuestras relaciones.

Tenemos una experiencia de cuando Carifesta se celebró en Cuba, una experiencia de la que hemos extraído una conclusión. No obstante haber tenido un gran éxito el Carifesta en Guyana, en Jamaica, cuando se fue a celebrar en Cuba no existía un mecanismo siquiera para aprobar que se celebrara en Cuba. Es decir, que nosotros teníamos la intención, el deseo, de que se celebrara en Cuba, pero no teníamos un mecanismo siquiera de aprobación, y tuvimos que hacer gestiones incluso hasta nivel de jefes de Estado, o sea, era muy engorroso y teníamos un vacío. Eso nos enseñó a nosotros que era necesario crear algún tipo de mecanismo, una estructura organizada —y todos siempre les tememos un poco a las estructuras organizadas, porque tenemos el riesgo de la burocracia internacional—, pero sí tenemos que buscar una forma inteligente, fructífera, de contacto y de relaciones. Porque, cómo nos reunimos nosotros, cómo buscamos

¹³ Fragmentos de la intervención que realizó en la reunión de ministros de Cultura del Caribe, con motivo del IV Carifesta, celebrado en Barbados, en julio de 1981. Como el original que se conserva en el archivo proviene de una transcripción, no se dispone del texto íntegro.

relaciones para tomar decisiones sobre Carifesta y muchos otros asuntos.

Se ha hablado ahora de ideas muy interesantes, de reuniones periódicas de ministros, de crear algún mecanismo de intercambio. Recuerdo que cuando Carifesta se celebró en Cuba, auspiciamos junto con otros países que se creara un Comité Asesor para Carifesta. Existía la preocupación, de que por el hecho de que se celebrara en Cuba fuera Carifesta a perder algún contenido de la influencia africana, porque nuestro país tenía también alguna influencia latina. Nosotros comprendimos que, efectivamente, esa era una preocupación justa, y propiciamos que se creara un Comité de Expertos para que viera todo eso. No porque nosotros no fuéramos a destacar lo africano en el Caribe, porque para nosotros lo africano en el Caribe es lo sustantivo del Caribe, sino porque existía esa preocupación y era justa.

Se creó un mecanismo, un comité, que nos asesoró internacionalmente en todo esto para el III Carifesta. Pienso que tenemos que buscar la forma de reunirnos periódicamente, a nivel de ministros, o a nivel de expertos; buscar un mecanismo para analizar lo de Carifesta y para analizar nuestros problemas también.

Creo que Carifesta se ha convertido en un gran movimiento cultural de las masas. Conversamos esta mañana con el ministro de Guyana y él nos mencionaba una iniciativa, de que se creara en cada país un Comité Nacional para Carifesta. Esta es una iniciativa muy interesante, y creo que también lo es la posibilidad de crear un comité, que no sea muy formal, de coordinación periódica a nivel de ministros, una reunión periódica para analizar nuestros problemas, para analizar Carifesta y otros muchos problemas más.

Pero si Carifesta se ha convertido en un movimiento cultural profundo de las masas, como lo prueba el acto de ayer, como lo prueba que se han logrado y consolidado ya cuatro ediciones del Carifesta, tenemos que darle a esto un mayor impulso.

Por ejemplo, yo veía ayer que se señalaban las personalidades del Caribe, como se ha hecho en todos los Carifesta. Pienso que podemos también encontrar otros mecanismos; una selección de literatura, de obras artísticas, científicas, y ediciones que no sean avaladas solamente por un país, sino por el conjunto de países. Hay una serie de obras científicas, de tecnología, históricas, de literatura, que nuestros expertos pudieran escoger, para editar y promover,

Hay obras que nosotros podemos divulgar en Europa, en América del Norte y en otros países del mundo, y que son de un gran valor.

Pienso que tenemos que hacer esto conjuntamente, porque Cuba podría editarlas, publicarlas; Barbados también, o Jamaica, o cualquier otro país. Pero si las editamos nosotros como producto de las reuniones de expertos, tendrían más valor. Por otro lado, esto nos permitiría enfrentar el olvido tradicional y la subestimación tradicional que hacia nuestra cultura se ha tenido en muchos otros países del mundo.

Nuestra cultura, al igual que nuestra literatura, tropieza hoy con la dificultad de que no es promovida ni conocida en muchas partes del mundo; así ocurre en algunos países de Europa e incluso en algunas partes de nuestro propio Caribe. Aunque ellos hablan de que son muy cultos, desconocen mucho de nuestros países. Y es que hay grandes instituciones, grandes consorcios, influidos históricamente por quienes han sido también históricamente nuestros enemigos, por los que nos han discriminado e impiden que se conozca el Caribe.

¿Cómo enfrentar esto?, pues debemos hacer cosas conjuntamente. Pienso que debemos procurar encontrar las relaciones con algunos organismos internacionales. Me refiero, por ejemplo, a la Unesco. Recuerdo que estuvimos en una reunión sobre la identidad cultural en Bogotá y tuvimos un cambio de impresiones con el director general de la Unesco, M'Bow, y otros representantes del Caribe.

Después, recuerdo que cuando el Carifesta se celebró en La Habana, la Unesco ofreció alguna cooperación, incluso para llevar a algunos países que no tenían recursos. Pienso que si nos unimos y si juntos discutimos algunos problemas con la Unesco, vamos a tener un gran apoyo.

El director general de la Unesco, M'Bow, es un hombre del Tercer Mundo, es un hombre muy inclinado a estas ideas. Él ha estado varias veces en Cuba, y hemos hablado con él, y es un hombre que quiere ayudar, y en la Unesco hay una correlación de fuerzas favorable a ayudar a los países del llamado Tercer Mundo. Pero tenemos que estar unidos para presentar proposiciones concretas, y si bien nosotros no tenemos a mano esos grandes consorcios que promueven la cultura y que distribuyen la cultura, sí tenemos la posibilidad de llegar a los organismos internacionales, y de convertirnos nosotros mismos en uno de ellos, abrir nosotros mismos algunos mecanismos internacionales.

No quiero entrar aquí a discutir los problemas económicos. Creo que todo eso se puede analizar; que si los especialistas analizan algunas cuestiones se pueden encontrar mejores soluciones que en una reunión como esta, aunque es un problema real que existe y que

comprendemos. Considero que lo más importante es que salgamos de aquí con una idea de cómo podemos reunirnos otra vez e invitar a algunos países que no están aquí representados, o cómo podemos convocar una reunión de expertos para analizar todo esto. Pensamos que alguien tiene que coordinarlo todo; no estamos todavía en condiciones, y no debemos hacerlo tampoco, de crear una sede permanente de coordinación de estos factores. Pero creo que nosotros, como estamos en Barbados, como el IV Carifesta ha sido en Barbados, podemos pedirle a Barbados que coordine reuniones próximas hasta el próximo Carifesta.

Por ejemplo, en los No Alineados existe una práctica de que el país que es sede de una reunión, en el período subsiguiente se convierte en un elemento de coordinación. Esa es una práctica que existe en los No Alineados, y nosotros tenemos que buscar algunas prácticas internacionales.

Pienso que debemos propiciar algunas reuniones a nivel de expertos y con un temario que discutamos bien antes, para estudiar estos problemas. La reunión puede celebrarse en cualquier parte, podemos pedirles a los compañeros de Barbados que piensen en esto, o en una nueva reunión de ministros. Quizás nosotros podamos celebrar una nueva reunión de ministros en el primer semestre del año que viene, y coordinarla, ponernos de acuerdo en cuanto al temario.

Si hablamos concretamente sobre Carifesta, tenemos decisiones que tomar. No sé si habrá posibilidad de tomarlas ahora aquí, en principio, o si podremos tomarlas más adelante, en la próxima sede. Quizás no las tomemos aquí, pero podemos quedar en volvernos a reunir en el primer semestre el año que viene, en el país que se considere conveniente. Esa reunión puede ser de ministros o puede ser de expertos, pero no debemos perder este contacto, porque nos hace falta para organizar nuestro trabajo.

Por ejemplo, el año que viene se va a celebrar una conferencia internacional de políticas culturales en México, de la Unesco. Creo que nosotros podemos reunirnos previamente en uno de nuestros países para plantear muchas cosas allí. Propongo que se estudie la posibilidad de una reunión de ministros o de una reunión de expertos en los primeros meses del año 82. Propongo que intercambiamos con Barbados opiniones sobre esto, los países que hemos sido sede de Carifesta como cualquier otro; analizar y discutir con Barbados los preparativos de esta cuestión, o, si se quiere, con otros países más. Pero la reunión que convoquemos debe ser, en primera, bien amplia.

En concreto, planteo la necesidad de definir la sede, la conveniencia de celebrar una reunión a nivel de ministros o a nivel de expertos y que coordinemos todo esto, que Barbados nos ayude a coordinarlo, ya que ha tenido la iniciativa de reunirnos aquí.

Hay otras ideas con respecto a Carifesta que queremos apuntar y que tienen que ver con los costos. Debemos hacer Carifesta periódicamente, cada dos años o cada cierto tiempo. Ahora, se pueden hacer, y nosotros sugerimos que se estudie, encuentros específicos sobre algún género artístico; digamos, danza, música, teatro, literatura, en algunos países que quizás no tengan condiciones de infraestructura para organizar un evento grande y que, sin embargo, la puedan tener para algo más específico. Creo que debemos aspirar a que ningún país quede sin oportunidad de organizar algún tipo de evento. Los países que tengan mejores condiciones de infraestructura, realizan los festivales de Carifesta, y otros países que no puedan, organizan una serie de eventos específicos.

Nosotros no pretendemos organizar siempre eventos masivos, podemos hacer cosas más selectivas, cosas más profundas, quizás de mayor calidad, quizás de menos cantidad de personas, porque muchas veces la cantidad de personas tiende a complicar. Podemos hacer algunos eventos muy específicos y creo que ningún país debe quedar fuera de ninguna posibilidad de algún tipo de evento. Quizás alguno no tenga las condiciones de infraestructura para un evento complejo, pero sí para los eventos específicos de una rama.

Por último, quería señalar un aspecto que aquí también se planteó, sobre el cual merecería la pena propiciar un encuentro de carácter científico auspiciado por nuestros países, en relación con las investigaciones culturales y la promoción cultural del Caribe. Esto es muy importante que nosotros lo trabajemos. Nuestra cultura es relativamente nueva en el mundo, pero tiene profundas raíces. Se han hecho muchas investigaciones, pero hay que seguir adelante con ellas.

La dirección y orientación de estas investigaciones y la atención de esas investigaciones deben ser esfuerzos coordinados de nuestros pueblos, y deben aplicarse con criterios de nuestros pueblos y no con criterios de los que han sido tradicionalmente enemigos de nuestros pueblos. Deben aplicarse criterios muy del Caribe. Nosotros debemos realizar un coloquio, un encuentro sobre la cultura caribeña y sobre su promoción en el mundo. Esta es otra idea, desde luego.

Creo que en esta reunión va a ser muy difícil llegar a conclusiones concretas de todo esto. Tenemos esto como una reunión informal y

un cambio de impresiones, pero quiero felicitar de nuevo al ministro de Cultura de Barbados por habernos reunido aquí y por haber propiciado que estas ideas se abran paso. Hay muchas alternativas, muchas posibilidades de llevar a cabo reuniones y encuentros de expertos, de unirnos para hacer planteamientos en la Unesco, de promover ediciones de nuestras obras, conjuntamente. Así que tenemos un gran camino, solo depende de que empecemos bien, y de los pasos que demos, y creo que todo esto debe hacerse con el gran impulso que ha sido Carifesta, con la gran bandera de Carifesta. En definitiva, nosotros, con esa bandera de Carifesta, estamos avanzando en el arte caribeño frente a los que quieren ignorarlo y subestimarlos.

Hace unos días celebramos el centenario del nacimiento de un sabio cubano, Fernando Ortiz, que fue uno de los más grandes estudiosos de los problemas del Caribe, un influyente investigador. Él tuvo el mérito de haber hecho esas investigaciones, esos estudios, en la sociedad anterior en que predominaba la discriminación racial, y él decía que nuestro arte está transido, está lleno, de socialidad, de la incorporación de las masas. El arte de otros pueblos tiende más al individualismo, pero nuestro arte tiende a ser colectivo, masivo, como la música. Yo lo veía así en el acto de ayer. Esa es una de las virtudes de nuestro arte y de nuestra cultura. Una cultura que nace muy directamente en el pueblo.

Cuba, como siempre, se brinda a ustedes y a todos los hermanos caribeños para trabajar juntos a fin de encontrar las mejores fórmulas para seguir avanzando en estas ideas.

11 [Este encuentro de La Habana es un paso adelante en la lucha contra el crimen, la barbarie y el imperialismo, y en favor de la inteligencia, la cultura y la defensa de los pueblos latinoamericanos y caribeños].¹⁴

Hay una extensa relación de intelectuales que figuran en la honrosa legión de mártires de Nuestra América; un amplio número de ellos se encuentran en prisión o han sido secuestrados o asesinados por los regímenes fascistas. Y los hay, también, luchando en la primera línea de combate en diversos países de Nuestra América. Para ellos y para aquellos que se han integrado a lo largo de la historia a lo mejor del pensamiento revolucionario, ¡vayan nuestras primeras palabras!

La Casa de las Américas, bien lo saben ustedes, es vuestra casa. Convocados por ella, un amplísimo número de escritores, artistas, investigadores, críticos y teóricos de la Cultura se han dado cita en La Habana para celebrar este encuentro y reflexionar acerca de la defensa de los derechos soberanos de los pueblos de Nuestra América.

Nos une y reúne la Casa de las Américas porque ella posee la convicción de que los intelectuales latinoamericanos y caribeños ejercen una influencia importante en el cumplimiento de esa gran responsabilidad.

Los recibimos, conscientes de la necesidad de poner en práctica las palabras precursoras de José Martí:

¡Los árboles se han de poner en fila, para que no pase el gigante de las siete leguas! Es la hora del recuento, y de la marcha unida, y hemos de andar en cuadro apretado, como la plata en las raíces de los Andes.

Tal como temiera José Martí, el gigante de las siete leguas se apoderó de Cuba y de Puerto Rico y cayó con esa fuerza más sobre nuestras tierras de América. «La hora del recuento y de la marcha unida», la hora de «andar en cuadro apretado, como la plata en las raíces de

¹⁴ Discurso que pronunció en la apertura y sesión inaugural del Primer Encuentro de Intelectuales por la Soberanía de los Pueblos de Nuestra América, el 4 de septiembre de 1981, celebrado en el Palacio de las Convenciones de la capital cubana. Este texto fue publicado íntegramente en la revista *Casa de la Américas* en su número 129, noviembre-diciembre de 1981, pp. 7-17.

los Andes», hoy, en 1981, obliga no ya a evitar que pase «el gigante de las siete leguas», sino a imponer que salga definitivamente de nuestras tierras. Y si nuestra tierra cubana fue punto de apoyo inicial para su penetración, lo ha de ser moralmente para su expulsión definitiva.

Por América, en los siglos xv y xvi, comenzó el mundo a conocerse a sí mismo. Por América, en los umbrales del siglo xxi, el mundo debe avanzar hacia la conquista definitiva de su liberación. No somos los latinoamericanos y caribeños, como conjunto, un mundo cerrado en sí mismo. Somos una hermosa combinación de factores universales. Lo que en cultura se cuida y protege en América es una creación nuestra, y es también una creación universal.

La vocación universal de Nuestra América, hija de la amplísima diversidad de sus componentes culturales, constituye un factor extraordinariamente valioso para un mundo donde la estrechez nacionalista, el chovinismo y la prepotencia imperialista limitan el desarrollo de la más amplia libertad creadora, y esa vocación puede y debe desempeñar un destacado papel en la lucha por la paz del mundo.

Por razones económicas, históricas y culturales, la liberación de Nuestra América ha de influir incluso en los propios Estados Unidos, país con el cual nos entenderemos sobre la base de la igualdad, el respeto mutuo y la clara comprensión de que también allá, en la otra América, hay pueblo trabajador, masas explotadas e intelectuales honestos y progresistas, muchos de los cuales son de nuestros mismos orígenes culturales.

Al denunciar la dominación imperialista en Nuestra América, se está defendiendo para el mundo una obra del universo. Esta denuncia está avalada no solo por la reflexión individual que haga cualquier hombre honesto y de recto pensamiento. Viene respaldada por la simple lectura de las dramáticas informaciones que recoge la prensa, o por los estudios que llevan a cabo nuestros intelectuales acerca del genocidio y la violencia que padecen la mayoría de los países del continente, o sobre las terribles condiciones en las que arrastran sus vidas millones de pobladores de las llamadas «villas-miserias»; sobre el hambre, la insalubridad y la ignorancia que sufren decenas de millones de hombres del campo, sometidos a la más cruel explotación, y las de aquellos que viven en vastas regiones del continente al margen de la civilización. Y mientras esto ocurre, el país imperialista invierte centenares de miles de millones de dólares en una carrera armamentista que, si la humanidad no logra detener, puede conducir fatalmente al holocausto nuclear.

Esta denuncia se basa también en la crítica situación que confrontan las diferentes disciplinas de la creación cultural y el saber humano, en un continente en el que, además del analfabetismo y la incultura, perviven regímenes que incineran libros, asesinan a artistas y escritores, y persiguen a miles de sus más competentes ciudadanos. Y lo hacen como parte de un esquema de desnacionalización y supeditación a los intereses foráneos, esquema con el que privan a nuestros pueblos de sus recursos materiales y, a la vez, pretenden despojarlos de su capacidad para hacer arte y desarrollar un pensamiento propio.

La población analfabeta a partir de 15 años de edad alcanza en nuestra área una cifra superior a los 40 millones. Como los datos son los oficiales, la realidad es mucho más dramática. Cuando estas cifras se concretan por países, el problema se torna extraordinariamente angustioso. El índice de analfabetismo declarado oficialmente en Bolivia llega al 37 %, en Guatemala al 54 %, y en Haití al 77 %. Un estimado muy optimista nos permite afirmar que, por lo menos, uno de cada cuatro habitantes de nuestro continente no puede leer las páginas de un libro o los titulares de un periódico, y no pueden escribir una carta o firmar un documento.

Detrás de esta situación se encuentran las gigantescas limitaciones de los sistemas de enseñanza, que no abarcan a inmensas masas de la población, y a la alta tasa de deserción escolar, que en Nuestra América llega a un 60 %.

Esto ocurre en un continente donde el 41 % de la población tiene menos de 14 años de edad, es decir, donde habitan 150 millones de niños y adolescentes. Lo que el talento y el esfuerzo han creado durante miles de años, no está a disposición de la fuente de la cultura de mañana, es decir, de esos 150 millones de niños y adolescentes, sino al arbitrio de sus verdugos y asesinos, de los mismos que controlan los medios de exterminio y de guerra.

¡Cuántos posibles artistas, intelectuales y sabios son tronchados, desde sus primeros años, condenados a vegetar, por regímenes que están asesinando impunemente a la cultura!

Y esto no es solo un problema de Nuestra América. Según datos de la Unesco, en 1980 el mundo tenía 814 millones de analfabetos. Y dada la tendencia actual, se calcula que en 1990 llegarán a 884 millones.

Estas proyecciones indican que la humanidad arribará al tercer milenio con cerca de mil millones de adultos analfabetos. ¡Mil millones de adultos a los cuales el civilizado siglo xx ha de dejar al margen de la cultura!

¡Y esto ocurre en las últimas décadas de este siglo xx, mientras la revolución científico-técnica agiganta el universo humano; en la era de las computadoras y de los vuelos cósmicos!

La creación artística ha originado el nacimiento y desarrollo de una rama de la producción material con exigencias económicas y tecnológicas complejas. Ha creado en los países desarrollados una fuerte industria cultural. Esta constituye un importante fundamento para el desarrollo del movimiento cultural en nuestra época. Para responder a estas exigencias técnicas y económicas, ¿qué situación tienen nuestros pueblos?

En Nuestra América, Estados Unidos ha concentrado casi el 70 % de sus inversiones extranjeras en países subdesarrollados y de aquí obtienen, solo por concepto de beneficios de inversión y servicios de la deuda externa, alrededor de 40 mil millones de dólares anuales. La deuda externa de la América Latina y el Caribe se ha multiplicado más de quince veces entre 1965 y 1980, cuando alcanzó los 150 mil millones de dólares. Solo en un año Estados Unidos extrae una suma por lo menos similar a todo el oro que obtuvieron las metrópolis europeas durante la Conquista. Estos hechos están agravados por el paso multiplicado de la crisis del petróleo, la recesión, la inflación y otros fenómenos de la economía mundial capitalista. ¡Estos son los recursos y fondos que se necesitan, y todavía serán insuficientes, para el desarrollo de la educación y la cultura en Nuestra América!

Y no se trata solo de los datos actuales, sino de los aún más dramáticos del porvenir. La población en nuestra región ha venido creciendo a una tasa del 2,8 % anual, es decir, a un ritmo más de tres veces superior que el de los países desarrollados. El número de habitantes, que ascendía a 368 millones en 1980, seguirá aumentando significativamente en el resto del siglo, para alcanzar la cifra de 600 millones en el año 2000. Es decir, que a fines del presente siglo la población de la América Latina y el Caribe superará ampliamente a la de toda Europa, con excepción de la Unión Soviética, y será cerca del doble de la totalidad de la existente en Estados Unidos y Canadá. Ello representará la décima parte de los 6 mil millones de seres que tendrá entonces el planeta. Para esa época, un 80 % de los habitantes del mundo vivirá en los actuales países subdesarrollados.

Frente a esas proyecciones demográficas, que demandan un colosal esfuerzo económico, social y cultural, uno de los teóricos norteamericanos del maltusianismo contemporáneo llegó a escribir: «El futuro se presenta tenebroso, muy tenebroso».

Para los imperialistas será tenebroso el futuro; para los pueblos, lo es también el presente. El producto interno bruto por habitante en la América Latina y el Caribe no llega siquiera a la cuarta parte del promedio al que este asciende en los países desarrollados, con el agravante de que en algunas naciones, como Haití, desciende más allá de toda comparación posible. En Nuestra América, el 5 % de la población percibe la tercera parte del ingreso total, de manera que esa minoría opulenta disfruta de una renta anual 40 veces superior a la de las capas más pobres.

Sesenta y cinco millones de personas, que es una cifra similar al número de habitantes que tenía Nuestra América al comenzar el presente siglo, tienen actualmente que tratar de subsistir a duras penas con menos de 50 dólares al año.

¿Puede esa inmensa población llegar a lograr niveles aceptables de cultura? ¿Pueden afrontarse los problemas del arte y la cultura, con las modernas exigencias tecnológicas y de base industrial, partiendo de la pobreza y los bajísimos niveles de ingreso en las sociedades latinoamericanas y caribeñas?

Los presupuestos económicos y socioculturales que fundamentan la necesidad de reformas estructurales se encuentran tan presentes, que le es imposible a un grupo tan significativo de intelectuales analizar el drama cultural del continente sin plantearse la necesidad de profundos cambios sociales. Si en el campo económico la desigualdad señalada se manifiesta en hacer cada vez más ricos a los ricos y más pobres a los pobres, en la cultura se expresa en hacer cada vez más incultos a ricos y pobres.

Resulta imprescindible considerar la cultura como un componente esencial del desarrollo. Lo es por su efecto indirecto, pero de enorme significación, en la elevación de la productividad del trabajo, y lo es también por su influencia en la elevación de la calidad de la vida social. Los elementos cualitativos de la vida social se hallan sustancialmente condicionados por el movimiento cultural.

Nuestros intelectuales levantan las banderas de una cultura genuinamente popular y humanista, que es decir creadora, y se comprometen en su defensa. Este compromiso lo asumen como algo natural. Viven el drama social de América, y están preparados para denunciarlo. Esta denuncia es el más importante factor de unión entre los hombres y mujeres de cultura de este continente.

La búsqueda de una unidad cada vez más amplia y profunda entre los intelectuales, nos debe conducir a reflexionar acerca de cuáles

son los temas que debemos someter al análisis y quiénes son nuestros principales enemigos. Los problemas cruciales de la cultura y la lucha consecuente contra nuestros reales enemigos deben primar en el análisis por encima de cualquier otra consideración.

Los revolucionarios no rehuimos el debate de cualquier tema, por escabroso que sea. Por supuesto, no somos infalibles ni desconocemos que hayamos podido cometer errores en el desarrollo de la gestión cultural. Pero el problema consiste en que los enemigos, apoyándose en el control que ejercen sobre los medios de información y difusión cultural, están empleando una táctica encaminada a tratar de dividirnos y de entretenernos en discusiones de segundo orden, para evitar los análisis de primer orden. Tratan de crear una cortina de humo que impida se destaque y estudie el siguiente hecho:

El sistema de explotación imperialista ejerce una feroz tiranía sobre la capacidad creadora de las masas populares y de los mejores talentos de la América Latina y el Caribe.

Lo grave del asunto —y he ahí su complejidad— está en que disponen de las técnicas más elaboradas que brindan los avances de la civilización y de la cultura en el mundo. Toman esas técnicas y las emplean contra la cultura y contra el desarrollo de la conciencia libre del hombre, y lo hacen de una manera sofisticada, elaborada y macabra.

En el centro de influencia que los círculos imperialistas ejercen contra la cultura de nuestros pueblos, está un problema que constituye una cuestión vital en el mundo cultural moderno. El director general de la Unesco, Amadou Mahtar M'Bow, ha señalado que la relación entre la comunicación y la cultura constituye «un eje de la lucha por la autonomía cultural y la cultura liberadora». Esa relación se manifiesta en los controles imperialistas sobre los procesos editoriales, el cine, la televisión, la radio, la prensa, la publicidad, y en general, el flujo de información.

La Comisión Internacional para el Estudio de los Problemas de la Comunicación de la Unesco señala en su informe provisional que el derecho a la cultura es indisoluble del derecho a la comunicación. Asimismo, destaca que «la comunicación, en su conjunto, pasa a ser uno de los principales instrumentos del desarrollo cultural».

El bombardeo de informaciones falsas y tergiversadas que llevan a cabo los imperialistas conduce a cientos de millones de personas a vivir en medio de una gran mentira.

Estados Unidos controla el 75 % del flujo internacional de televisión y el 50 % de las películas que se ven en el mundo. En los países

latinoamericanos, el 60-70 % de la programación de televisión proviene de Estados Unidos. Hace unos años, Estados Unidos poseía el 62 % del presupuesto publicitario mundial. Las diez empresas que dominan el mercado internacional de la publicidad operan bajo bandera norteamericana.

Estados Unidos controla el 60-70 % del mercado editorial del campo capitalista. El monopolio que las grandes empresas norteamericanas ejercen sobre los libros de texto les facilita la introducción de sus esquemas seudoculturales en el seno de nuestros pueblos.

Podemos adicionar el sistema de becas de estudio, de financiamiento de investigaciones y de proyectos experimentales en las más diversas disciplinas, que se han ido incrementando en Estados Unidos en el transcurso de las últimas décadas. En 1940 las fundaciones organizadas con estos fines no rebasaban la cifra de 300. En los últimos años su número ha crecido tanto, que según información no es sencillo determinar la altísima cifra que han alcanzado. Con este instrumento penetran en los diversos países del mundo y desarrollan su política identidad «robo de cerebros».

Las computadoras y telex vía satélite mediante circuito periférico ultrarrápido les facilitan a las agencias norteamericanas UPI y AP procesar y transmitir 8 millones de palabras por día. En cambio, siete agencias del mundo subdesarrollado, entre las más dinámicas, escasamente rebasan las 50 mil palabras diarias. La AP y la UPI dominan casi el 70 % de la información internacional.

Estados Unidos controla casi el 30 % de los medios masivos.

Por otro lado, en la América Latina y el Caribe solo el 60 % de los habitantes tiene acceso a la radio, y apenas el 6 % a los medios impresos. En Nuestra América, cuatro de cada diez personas permanecen sin acceso a los medios de comunicación e información.

¿Puede hablarse de cultura para esas cuatro de cada diez personas incomunicadas? ¿Hasta dónde nuestro movimiento cultural se siente presionado por este control monopolista de los medios de comunicación, reveladores de una tiranía ejercida en nombre y respondiendo a los intereses de las clases gobernantes de Estados Unidos?

A menudo, amigos de Cuba, fuera de nuestro país, nos señalan que debíamos informar más en el extranjero acerca de las realizaciones de la Revolución. Esta crítica sana puede ser justa, pero a ellos les pedimos también que comprendan el descomunal cúmulo de falsedades a que tenemos que enfrentarnos cuando los medios de información, comunicación y difusión en Occidente están en manos de

los círculos imperialistas. Permítaseme, por esto, en breves palabras, referirme a la política cultural de Cuba.

Tema de gran interés es el de la libertad creadora y la democracia en la cultura. Nunca antes en la historia de Cuba nuestros intelectuales han tenido mayor suma de libertades y posibilidades para su creación, y más amplia participación en la política cultural del Estado. Jamás ha existido en nuestro país una participación popular tan amplia y profunda en la creación artística y en la elaboración de la política cultural.

Estos principios están enunciados en diversos documentos oficiales e incluso en los textos de nuestras leyes. Pero no se trata exclusivamente de ello. Además de esa legislación y de cuanto podamos decir aquí, están los hechos. Les invitamos a reunirse con nuestros intelectuales y con los principales representantes de las organizaciones sociales y de masas y demás instituciones para analizar estos problemas. Les invitamos a visitar nuestros centros científicos, culturales y universitarios, para reunirse allí con intelectuales, estudiantes y profesores e interesarse por estas cuestiones.

Los datos que anteriormente destacamos y muchos más que ustedes conocen, ponen en evidencia el hecho sustancial siguiente: Se ha producido bajo la hegemonía del imperialismo norteamericano un proceso de internacionalización de los medios técnicos de información y comunicación a tal escala, que ningún pueblo de Nuestra América, por sí solo, podrá resistirlo. Pero todos nuestros pueblos, unidos, podrán no solo enfrentarlo sino vencerlo.

Se ha creado una inmensa madeja tecnocrática, y se ha establecido como patrón o esquema de valor el llamado modelo norteamericano de cultura de masas, que responde a los intereses de los pequeños grupos económicos y militares que están en el centro del poder imperial.

Los países de Occidente se ven sometidos a la influencia del esquema y del dogma ideológico que nos imponen los grandes consorcios norteamericanos y las transnacionales.

La bandera política de ese dogma consiste en presentar como verdad la mentira de que el Imperio es la nación de la democracia, y que protege los derechos individuales y estimula el arte y la cultura. Esa propaganda pretende ignorar que el imperialismo es por esencia antidemocrático. Han quedado bien atrás los tiempos del capitalismo pre monopolista. Se ha producido un altísimo grado de concentración y fusión del poder económico, político y militar en manos de

una minoría, dueña de los fundamentales recursos de la economía y poseedora de los medios de exterminio y de guerra, la que los emplea para imponer su voluntad e intereses tanto dentro de Estados Unidos, como en el campo de las relaciones internacionales. Son muy numerosos los ejemplos concretos que se presentan a nuestra vista. Subrayemos solo algunos de ellos.

No es modelo de democracia una sociedad como la de Estados Unidos, donde existen minorías nacionales discriminadas en forma brutal, entre las cuales se encuentra una amplia población de origen latinoamericano y caribeño, y donde en medio de una gran riqueza material y tecnológica se mantiene una de las más vergonzosas, hirientes e inhumanas formas de discriminación racial y, por consiguiente, social, de la historia de la humanidad.

El derecho al trabajo, a la educación y a la cultura forma parte sustancial de la democracia a que hoy aspira la humanidad. ¿Qué tipo de derechos individuales existen para los 8 millones de norteamericanos desempleados y para el 10 % de la población de ese país que, según cálculos realizados en los propios Estados Unidos, se mantienen como analfabetos, es decir, que no saben escribir la palabra «democracia»?

No puede darnos enseñanzas de democracia el sistema imperialista que se extendió por América, se apoderó de sus riquezas materiales y nos impuso en lo económico, en lo político y en lo cultural un dogal contra el cual nuestros pueblos han estado y están luchando heroicamente.

El apoyo a tiranías como las de Somoza, en Nicaragua; Trujillo, en Santo Domingo; Batista, en Cuba; Stroessner, en Paraguay, son algunos ejemplos históricos del cinismo que encierran las consignas imperialistas sobre la democracia.

Nuestra América rechaza un sistema que, por un lado, se proclama como democrático, y por el otro, mantiene el régimen colonial de Puerto Rico, la ocupación del Canal de Panamá, y apoya las tiranías que sufren Chile, Uruguay, El Salvador, Guatemala y Haití, entre otras.

El sistemático esfuerzo por exterminar, aplastar o desvirtuar la cultura nacional puertorriqueña contra el cual ha luchado y lucha heroicamente este pueblo hermano, es uno de los ejemplos más elocuentes de que los imperialistas representan la negación de los principios de la identidad cultural de nuestros pueblos. Un deber con la cultura latinoamericana y caribeña nos reclama a todos destacar que

la patria borinqueña pertenece por entero a Nuestra América y debe ser apoyada en sus propósitos independentistas.

Quienes desembarcaron sus «marines» en Nicaragua, ocuparon el país, asesinaron a Sandino y reprimieron violentamente el movimiento popular, ¡no tienen derecho alguno a presentarse como demócratas!

Quienes alentaron y organizaron el derrocamiento del gobierno constitucional y democrático de Salvador Allende, en Chile, ¡no tienen derecho alguno a presentarse como demócratas!

Quienes apoyan el genocidio y el crimen contra los pueblos salvadoreño y guatemalteco para tratar inútilmente de detener el triunfo inevitable de la democracia y la libertad en estos países fraternos, ¡no tienen ningún derecho a presentarse como demócratas!

Los que ocupan ilegalmente y contra la voluntad de nuestro pueblo la Base Naval de Guantánamo, y han mantenido durante más de dos décadas las amenazas y agresiones y el criminal bloqueo a Cuba, ¡no tienen ningún derecho a presentarse como demócratas!

Los que lanzan bravuconadas y amenazas contra Nicaragua, Granada y Cuba, y pretenden imponer su voluntad a México, porque estos países han tomado un camino independiente, ¡no tienen ningún derecho a presentarse como demócratas!

Los círculos dirigentes que fueron capaces de organizar y sostener una guerra criminal contra un pueblo pequeño situado a miles de millas de distancia, como la que mantuvo el imperialismo contra el heroico y victorioso Vietnam, ¡no tienen ningún derecho a hablarnos de democracia!

Los que preparan atentados contra dirigentes de otros países al amparo del poder, los que sostienen a la mafia y a la CIA, los que emplean la represión y la violencia contra el movimiento democrático de nuestros pueblos, los que fundamentan su política exterior en la amenaza de la guerra atómica, ¡carecen totalmente de moral para presentarse como modelo democrático!

¡Los pueblos de la América Latina y el Caribe no quieren semejante democracia! ¡Esa no es la democracia que se reclama en la segunda mitad del siglo xx! ¡Hace ya buen rato que Estados Unidos ha dejado de ser ejemplo de un sistema democrático!

Un día levantaron la bandera de los derechos humanos, y era tal su ignorancia y su prepotencia, que no se percataron de que la consigna iba contra ellos mismos. El dogma de la libertad norteamericana los embriaga, y no aciertan a comprender la realidad de un mundo que

lucha por conquistar la libertad que los propios imperialistas le han secuestrado. Ahora alzan la bandera de la lucha contra el terrorismo, y son ellos los principales promotores y ejecutores del terrorismo internacional. Emplean la táctica del bandido que tras su robo lanza la consigna: ¡busquen al ladrón!

Se ha cumplido la famosa profecía del libertador Simón Bolívar, cuando un año antes de su muerte señaló: «Los Estados Unidos parecen destinados por la providencia para plagar la América de miserias a nombre de la libertad».

A través de los mismos medios de comunicación y difusión con los cuales desarrolla su propaganda contra los países de la América Latina y el Caribe que han tomado un camino revolucionario, presentándonos como antidemocráticos, el Imperio ejerce sobre los pueblos del continente una penetración intelectual intolerable y que sí afecta los principios esenciales de nuestra independencia y de nuestra libertad.

Si los poderosos medios técnicos no están al servicio de nuestros pueblos y si no nos protegemos, el vasallaje tecnológico se perpetuará como uno de los grandes obstáculos contra nuestra identidad cultural, el desarrollo mismo de nuestra cultura y, por consiguiente, de la libertad creadora de las masas y de sus talentos individuales.

La defensa de nuestra identidad cultural no es solo un principio intelectual. Equivale a decir si vamos a tener libertad creadora en el arte y la cultura o no la vamos a tener, y si seremos países independientes y soberanos o no.

Por todas estas razones, resulta imprescindible que nuestros pueblos y sus intelectuales se unan estrechamente para alentar la campaña internacional contra el control monopolista de los medios técnicos de información y difusión cultural. Como en los tiempos de Bolívar, San Martín, O'Higgins, Juárez y Martí, para romper las cadenas de la ignorancia y la esclavitud intelectual tenemos primero que romper las cadenas del explotador extranjero.

No hay idea más antigua ni más profundamente humana, ni más universalmente apoyada que la idea de la paz. Desde Hiroshima y Nagasaki, los más eminentes científicos vienen señalando la gravedad de la cuestión en la era atómica. Se trata de la existencia misma de la humanidad. La bomba atómica lanzada en 1945 sobre Hiroshima destruyó una ciudad de 100 000 habitantes, y todavía hay personas sufriendo y muriendo a consecuencia de aquel crimen. Hoy existen en los arsenales militares, miles de bombas de hidrógeno capaces de

destruir a toda la humanidad. Las personas más responsables y conocedoras de la situación se encuentran alarmadas. Basta ver lo que escriben y plantean muchas de ellas.

Nadie puede imaginarse lo que será el mundo tras una guerra termonuclear. Los conceptos de arte y cultura perderán todo sentido. Espanta pensar lo que será el mundo devastado por la explosión atómica en cadena. Picasso mostró en su obra *Guernica* los horrores de la guerra. La realidad, como siempre, será más fuerte que la imaginación del artista. No habrá plástico que la refleje, no habrá ser humano que tenga el triste privilegio de contemplarla, no habrá arte, porque este solo existe para los hombres.

¿Cómo detener la carrera armamentista, es decir, la más increíble locura de todos los tiempos?

¿Podrá desarrollarse una fuerza de opinión pública y de movilización popular y social a escala internacional capaz de evitar que caigamos en el abismo del holocausto universal?

No hay alternativa: es preciso buscar las vías para reunir voluntades y movilizar activamente a los pueblos contra la guerra antes de que resulte demasiado tarde.

En los días que corren, el anuncio por el Gobierno norteamericano de que construirá bombas de neutrones, ha desencadenado una protesta cada vez más amplia. Los intelectuales de Nuestra América pueden hacer mucho para que este movimiento se convierta en una fuerza capaz de detener las manos criminales que conducen al mundo por el camino de la III Guerra Mundial. Ustedes, reunidos en La Habana, seguramente darán un nuevo grito de alerta. Quizás sea este el más importante tema que analicen en estos días.

En medio de los obstáculos señalados —y ellos no son los únicos— hay algo que puede iluminar el camino. Es evidente que, no obstante su mayor peligrosidad, el imperialismo norteamericano ha perdido en las últimas décadas su hegemonía absoluta en el mundo. Por otro lado, nunca antes en la historia los factores ideológicos, morales y culturales han podido tener mayores posibilidades de influencia universal.

Hace treinta años, la influencia principal sobre los acontecimientos mundiales era ejercida exclusivamente por un grupo de países altamente desarrollados. Hoy, cualquier nación puede influir, en un sentido u otro, en el curso de los acontecimientos. El mundo es, por primera vez, políticamente universal.

Se ha creado un poderoso sistema de relaciones culturales e ideológicas a escala internacional, que relaciona a todos los pueblos de la

Tierra, a las más diversas comunidades y, dentro de ellos, a los hombres de talento y cultura. El sistema de relaciones internacionales de carácter cultural, que los vincula a ustedes entre sí y los relaciona con los intelectuales de la América del Norte, de Europa, de los países socialistas, de África y de Asia, puede y debe ser una vía importante para el desarrollo de una lucha consecuente por la paz y por los ideales del progreso social y cultural de nuestros pueblos.

Los problemas del mundo se han vuelto extraordinariamente dramáticos, complejos y difíciles. Reclaman para su solución valor, imaginación, inteligencia y cultura.

Entendiendo por tal la vida espiritual de nuestros pueblos, lo que el hombre ha creado y crea con su talento e imaginación, lo que ha hecho al hombre, hombre. Es la cultura en última instancia, lo que diferencia al hombre del animal. Esta es la autoridad que ustedes representan. Los pueblos y la humanidad en su conjunto necesitan que ustedes ejerzan esa autoridad moral. Y no solo para que influyan sobre los intelectuales de hoy, sino también sobre los del mañana. No están ustedes solos. Los intelectuales de América les seguirán; los estudiantes de los centros educacionales oirán su mensaje de aliento y esperanza. Ustedes, identificados con la lucha heroica de las masas explotadas de Nuestra América, están en condiciones de influir sobre las capas intelectuales del continente y proyectarse hacia el mundo con las grandes banderas de la humanidad de hoy.

La unidad de ustedes en las batallas ideológicas y culturales de nuestra época podrá llegar a crear una amplia trinchera de ideas, un ejército de principios cuyos arsenales ideológicos están en la historia de América y en la cultura ampliamente universal de nuestro continente.

A las puertas mismas del tercer milenio de Nuestra Era, quizás se decida quién predominará: el hombre como animal, o el hombre como hombre. Si lo primero, la barbarie; si lo segundo, la cultura. ¡Estamos seguros de que este encuentro en La Habana será un paso adelante en la lucha universal contra el crimen, la barbarie y el imperialismo, y en favor de la inteligencia, la cultura y los pueblos!

¡Al cumplir esta gigantesca y hermosa tarea, le prestarán ustedes un servicio histórico a Nuestra América y al mundo!

12 [El Libro Cubano en el corazón de París].¹⁵

Gracias a la amplia acogida del Gobierno de Francia y al dinamismo del Ministerio de Cultura de este gran país, podemos abrir al público una Exposición del Libro Cubano en el corazón de París y reafirmar así que los pueblos cubano y francés trabajan por fortalecer sus vínculos culturales.

Hemos recorrido un largo camino lleno de obstáculos, que a veces parecían insalvables, para llegar hasta aquí. Esta exposición, por su magnitud y por el apoyo que ha tenido por parte del Gobierno de Francia, solo es concebible con el triunfo del presidente Francois Mitterrand y de las fuerzas de izquierda. Asimismo, el volumen, la calidad y significación de esta muestra solo han sido posibles por la victoria de las ideas socialistas en Cuba. Por vías diferentes, Francia y Cuba han manifestado sus aspiraciones de cambio y su determinación de forjar una sociedad cada vez más humana y justa. Esta voluntad común nos une en un abrazo profundo que ha de perdurar, si trabajamos con tesón hacia el futuro.

La amistad entre la Francia y la Cuba de hoy es un símbolo de que en el mundo actual, no obstante las grandes dificultades, los graves peligros y obstáculos interpuestos en el camino de la humanidad, países geográficamente distantes y de diferentes sistemas sociales pueden —y deben— trabajar unidos por estrechar sus vínculos culturales. A este principio solo pueden oponerse quienes tengan una visión estrecha y dogmática de la política y de la cultura. A este abrazo por la vía de la cultura solo pueden negarse quienes le temen al encuentro o a la confrontación ideológica. Pero ni Francia ni Cuba tienen esos criterios dogmáticos ni tienen temor a relacionarse con quienes puedan sostener ideas diferentes. Y es que tanto Francia como Cuba poseen una tradición de cultura política que facilita el diálogo constructivo entre los pueblos.

Rechazan el diálogo cultural quienes no tienen ideas ni argumentos para defender sus posiciones. Se aíslan y separan cada vez más de los pueblos quienes carecen de fundamentos culturales para defender sus criterios. Y como no disponen de argumentos ni de razones capaces de convencer a los pueblos y a la opinión pública internacio-

¹⁵ Discurso pronunciado en la inauguración de la Exposición del Libro Cubano, en París, Francia, el 9 de noviembre de 1981.

nal, hablan el lenguaje de la amenaza militar y huyen de la inteligencia y la cultura.

La libertad y la cultura están indisolublemente unidas en la historia del pueblo cubano. Por ello nuestro Héroe Nacional José Martí destacó que ser cultos es la única manera de ser libres.

La presente Exposición es una muestra de lo que hemos hecho en favor de la libertad creadora en el campo editorial. Destaquemos un hecho: antes de 1959 en Cuba se editaban menos de un millón de libros. Hoy se están imprimiendo más de 40 millones de ejemplares anualmente.

Quiero hablarles del significado más profundo de estas ediciones. En primer lugar debo hacer mención a los libros de textos editados por la Revolución y que ustedes podrán apreciar en la muestra. Necesidades de la enseñanza impusieron un esfuerzo gigantesco al proceso editorial. La liquidación del analfabetismo, la extensión de la enseñanza general hasta el noveno grado a toda la población, el hecho de que se haya multiplicado por más de trece veces el número de alumnos universitarios y que se hayan creado centros de este carácter para todas las provincias y regiones del país, es un aporte a la libertad en la cultura que solo pueden tratar de ignorar o pasar por alto quienes tengan un criterio estrecho, sectario, de la libertad creadora y de los derechos individuales.

Protegemos la libertad para escribir, pero también la libertad para leer. Por ello quiero recordar no solo a quienes la Revolución les dio el derecho a escribir estos libros sino también a los millones de cubanos a quienes, con el gigantesco esfuerzo educacional, les brindó la posibilidad de leerlos. En los países subdesarrollados, ¿de qué valdría el esfuerzo sobresaliente, el talento creador de sus escritores, si no se resuelve el dramático problema de los millones de personas que no saben leer? ¡Nada pueden leer, y poquísimas o ninguna libertad disfrutaban los 800 millones de analfabetos que existen en el mundo! ¿Qué libertades culturales existen para ellos? A nuestros pueblos, para hablarles de libertad y democracia en el campo de la cultura, hay que hablarles antes de maestros y de escuelas. Con millones de analfabetos y de niños sin escuelas, la idea de una cultura elevada y que abarque las más esenciales creaciones modernas, carece de sentido si no va acompañada de libros de textos con los cuales comenzar a aprender.

Por estas razones, en la presente exposición se exhiben además de una amplia gama de libros de arte, literatura y ciencias, los de carácter

docente que quizás constituyan el aporte más interesante a destacar en esta exposición.

Y es que la Revolución cubana trabajó no solo para garantizar los derechos a los que deseaban libertad para escribir sino también a los que necesitan libertad para aprender. Y sin libertad para aprender no hay genuina libertad. Libertad para esos millones de personas que necesitan aprender, democracia para ellos, cultura para ellos, fue para nosotros tarea de primer orden; y a esta tarea se dio la Revolución con ahínco.

Sabíamos que en la realización de la magna obra educativa estaba un elemento esencial de la libertad y de la dignidad plena del hombre, y de la cultura misma.

Mientras los enemigos de Cuba han lanzado innumerables campañas afirmando que negamos los derechos individuales en la cultura, la Revolución les ha garantizado a millones de personas el derecho a estudiar. Pero a nuestros enemigos no les interesan los derechos individuales de las decenas de millones de personas que en el mundo no saben escribir la palabra libertad. A ellos solo les importan los supuestos derechos de las pequeñas minorías que piden más libertad para explotar a esas decenas de millones de personas.

Hace poco se reunieron en La Habana 300 intelectuales de nuestra América en un encuentro que tiene carácter histórico y en el que estuvo presente lo más valioso y significativo del movimiento intelectual latinoamericano y caribeño. Allí, donde se discutieron democráticamente todos los problemas que afronta el desarrollo libre e independiente de la cultura latinoamericana, se mostró, una vez más, la amplia comprensión e identificación con el esfuerzo y la política cultural que se lleva a cabo en Cuba. Puedo asegurarles que tanto en público como en los contactos personales, todos los planteamientos giraron alrededor de los problemas de fondo del movimiento intelectual y de la defensa de la soberanía de nuestros pueblos.

Al no disponer de argumentos en el campo de las ideas y la cultura para rebatir las posiciones políticas de Cuba, los enemigos de la Revolución esgrimen la fuerza de las armas, y lanzan amenazas contra nuestro pueblo. Pero Cuba no se deja intimidar. El pueblo cubano ha demostrado que sabe emplear las armas para rechazar al agresor. Ha demostrado que lo hace con decisión y valor. Y si alguien osara pisar tierra cubana, la resistencia y el combate será de tal energía que estremecerá al mundo de uno a otro confín. Puede tener la seguridad el pueblo francés de que Cuba quiere y trabaja por la paz. Pero seguimos,

asimismo, un principio enunciado en el siglo pasado por uno de los más extraordinarios generales de nuestras guerras de independencia, Antonio Maceo Grajales, cuando dijo: «Quien intente apoderarse de Cuba recogerá el polvo de su suelo anegado en sangre, si no perece en la lucha».

Esta exposición no sería posible sin el trabajo de un amplio número de escritores. Nunca en la historia de Cuba ha habido un respeto más alto, una admiración más elevada para los artistas y escritores como el que existe actualmente entre nosotros. Con todo énfasis decimos que en la historia de Cuba nunca ha existido mayor libertad de creación artística y literaria como la que actualmente tenemos. Declaramos, asimismo, que el principio de la diversidad cultural y del respeto a las más diversas formas de creación artística no es solo un precepto legal establecido en la Constitución de la República sino una práctica cotidiana de nuestro Estado.

La propaganda internacional de los enemigos de Cuba ha difundido que nuestro país abandonó las tradiciones culturales de los pueblos situados en el Occidente. París es uno de los centros históricos de cultura y de vida de los países occidentales. Por ello, en esta excepcional oportunidad, de hablarles a ustedes en el barrio latino de París, permítaseme reafirmar que las tradiciones, valores ideológicos y estéticos creados a lo largo de la historia por los pueblos de Occidente están profundamente arraigados en la cultura cubana.

Pero hay algo más. Nuestras concepciones e ideas en la cultura, y en todos los campos, tienen profundas raíces en el movimiento cultural que durante milenios han venido desarrollando los pueblos del occidente europeo. Podríamos decir que no renunciamos a estas tradiciones porque no renunciamos a nuestras ideas. Nos sentimos herederos de las tradiciones democráticas y de libertad que en los finales del siglo XVIII alumbraron al mundo con la toma de La Bastilla. Han estado muy presentes en nuestra educación y forman parte inseparable de nuestras tradiciones los ejemplos admirables de los combates populares que aquí, en estos mismos escenarios, se libraron a partir de la Revolución francesa. Las aspiraciones de progreso social y de democracia plena que expresaron los movimientos populares de 1848, y el amor a la libertad de los comuneros de París, han sido, son y serán siempre fuente inagotable de enriquecimiento para nuestros esfuerzos por alcanzar un mundo mejor. Esas ideas y esos ejemplos tuvieron, desde la primera mitad del siglo pasado, una influencia determinante en el desarrollo del pensamiento filosófico, de las concepciones políticas y de la lucha heroica por la plena independencia de Cuba.

Permítaseme, también, rendir homenaje a las tradiciones ideológicas y culturales del socialismo francés y declarar que ellas constituyen una de las raíces más profundas de nuestra concepción del mundo y la cultura. Nosotros, como parte de la humanidad progresista y socialista, nos sentimos depositarios de esa herencia y la cuidamos con celo. Por ello, en esta singular oportunidad ratificamos nuestro homenaje a los combatientes democráticos, populares y socialistas de todas las épocas y reafirmamos nuestra confianza inquebrantable en el triunfo de la libertad, la igualdad y la fraternidad entre los hombres y los pueblos.

Como el pueblo francés y su Gobierno socialista, queremos la libertad, la igualdad y la fraternidad, no para una minoría, ni para una parte del mundo, sino para todos los pueblos y todas las naciones del mundo.

Francia, por lo que se ve, tiene vocación y propósitos de seguir siendo universal. La política del presidente Mitterrand en relación a los países de África, Asia y América Latina expresa el sentido universal de la cultura francesa.

Vengo de un país del llamado Tercer Mundo y puedo asegurarles que esa política de acercamiento con los pueblos pobres, que son además la inmensa mayoría de la humanidad, le permite a Francia, en las condiciones del mundo de hoy, que los ideales de universalidad de su cultura se mantengan en alto y sean reconocidos y apreciados en los más diversos rincones de la tierra.

La cultura milenaria y universal del pueblo francés ha abierto en el mundo caminos decisivos a la libertad. ¿Qué desean de Francia los pueblos ayer u hoy explotados por los sistemas coloniales y neocoloniales? Desean que abra, con su cultura, caminos nuevos a la libertad y al acercamiento universal entre los hombres. Y esta empresa colosal dará gloria eterna al talento creador del pueblo francés.

Faltan apenas ocho años para que conmemoremos en París, y en todo el mundo, el bicentenario del Catorce de Julio de 1789. Al inaugurar la presente Exposición destacamos este hecho y señalamos, a la vez, que sin la cultura de los enciclopedistas y sin el pensamiento político francés de los siglos XIX y XX, no podría concebirse que las ideas democráticas y socialistas tuvieran la influencia que hoy poseen en el mundo. Por ello, permítaseme dedicar la presente exposición a los ideólogos e iniciadores de la Revolución francesa y a sus continuadores a lo largo de estos dos siglos.

Deseamos que la presente exposición marque el inicio de una nueva etapa, cualitativamente superior y de ampliación de nuestros

vínculos culturales. Lo deseamos, no solo por lo mucho que ello tiene de valor para nuestro pueblo, sino porque tales vínculos pueden y deben representar un incentivo para encontrar nuevos caminos de acercamiento entre lo que ustedes representan y lo que Cuba representa. Pienso, amigos y compañeros franceses, que la unión entre lo que ustedes representan y lo que nosotros representamos ha de ser un aporte a la cultura, a la libertad y a la paz universal entre los hombres.

13 [Propósitos esenciales del Comité Cubano de Intelectuales por la Soberanía de los Pueblos de Nuestra América].¹⁶

Tengo conmigo algunas notas elaboradas y algunas otras cuestiones más que deseo expresar aquí. Primero, lo que ha dicho el compañero Mariano Rodríguez. Se han creado los comités nacionales de Intelectuales por la Soberanía de los Pueblos de Nuestra América en diversos países. Por ejemplo, en México, en Santo Domingo, en Panamá, en Ecuador, en Perú. A nuestro paso por España tuvimos una amplia reunión allí de intelectuales y latinoamericanos residentes en ese país y se dejó constituido un comité latinoamericano en España, presidido por el compañero Mario Benedetti. Y en Francia también está constituido un comité que empieza a funcionar.

Va a tener lugar una reunión internacional, del Comité Internacional, en Panamá, del 8 al 12 de enero, a la que debemos llevar bien precisados nuestros objetivos, y algún proyecto de declaración en relación con la actual situación del Caribe, Cuba, Centroamérica, y una proyección con respecto a estos problemas, además de otros tipos de declaraciones, como, por ejemplo, algo con relación a Puerto Rico. Estuve hablando con algunos dirigentes intelectuales de Puerto Rico que estuvieron por aquí los otros días, y pienso que debemos hacer una denuncia con relación a la penetración cultural norteamericana en Puerto Rico.

Estas cuestiones nos plantearon a nosotros el problema de cómo iba a funcionar el Comité Internacional, y se acordó en la reunión última del Comité Internacional, que se celebró aquí en la Casa de las Américas, que por el momento la propia Casa iba a ser el aparato ejecutivo, práctico, para el funcionamiento del Comité Internacional. Pero nosotros necesitamos, para que la Casa de las Américas pueda cumplir este papel, la más amplia colaboración de los intelectuales cubanos. [...] debemos dejar constituido el comité cubano, que proponemos se llame Comité Cubano de Intelectuales por la Soberanía de los Pueblos de Nuestra América. Quiero decirles que, en cuanto al nombre, cada país ha tenido su variante; unos le han llamado Comité de Intelectuales nada más, por razones políticas, por razones de

¹⁶ Fragmentos de la intervención que realizó en la reunión en la que quedó constituido el Comité Cubano de Intelectuales por la Soberanía de los Pueblos de Nuestra América, celebrada en la Casa de las Américas, el 26 de diciembre de 1981.

reunir mayor fuerza, y en otros han tenido nombres distintos. Pero lo más importante en este caso no es este nombre o aquel. Desde luego, que en nuestro país no hay ninguna razón para no llamarle por el nombre que nosotros perseguimos sino por el contenido. Es decir, el nombre mismo que tuvo el Encuentro.

El Comité Cubano queremos que esté integrado por los mismos compañeros que participaron en el Encuentro. Fue un proceso laborioso, la confección de la delegación cubana al Encuentro, y creo que debemos aprovechar para hacer participar a los compañeros que estuvieron allí y evitarnos nuevas incorporaciones que siempre traen una serie de problemas. Luego, en este caso hay una situación especial. Pienso que en el futuro nosotros debemos tratar de incorporar a este comité a algunos periodistas, estrechamente vinculados, relacionados con el sector cultural. Porque le hemos dado a este trabajo un sentido intelectual no estrecho, no de escritores y artistas exclusivamente sino un sentido más amplio; pienso que en el futuro debemos integrar a algunos periodistas: haríamos una selección mucho más adelante. Propongo también que asimilemos, por parte del Comité Cubano, al presidente de la Unión de Periodistas de Cuba, compañero Ernesto Vera, a quien invitamos a esta reunión, y que sea esta la excepción que hagamos, en cuanto a incorporar un compañero al grupo de sesenta que integraron el Comité, a los cubanos que participaron en el Encuentro.

No ha podido estar entre nosotros el compañero Nicolás Guillén, pero proponemos para Presidente de Honor del Comité Cubano al compañero Nicolás Guillén, con quien ya hablamos de esta cuestión.

Proponemos para presidente del Comité al compañero José Antonio Portuondo, que regresa de sus funciones de embajador en las próximas semanas y que podría ser un aporte muy valioso para todo nuestro trabajo internacional en ese sentido, en íntima colaboración con la Casa de las Américas.

Y proponemos para secretario ejecutivo del Comité al compañero Omar González, que como ustedes saben fue anteriormente dirigente máximo de la Brigada Hermanos Saíz. Es decir, que en esto hemos tratado de hacer una proporción de gente ya... no vamos a decir vieja, pero gente ya consagrada y muy conocida, y gente que venga también de la inyección de las nuevas promociones de intelectuales.

Es decir, que les proponemos a ustedes, primero, constituir aquí el Comité Cubano, con el nombre de Comité Cubano de Intelectuales por la Soberanía de los Pueblos de Nuestra América. Segundo, que Nicolás Guillén sea el Presidente de Honor, que el compañero José

Antonio Portuondo, a quien no podemos tener ahora aquí presente, sea el presidente de este Comité, y que el compañero Omar González sea el secretario ejecutivo.

Pienso que debíamos preguntar: ¿estamos de acuerdo con esta propuesta? ¡Estamos de acuerdo! No vamos ahora a ponernos en el formalismo de levantar la mano. Hay alguna opinión en contra..., a favor.

Al mismo tiempo, debemos preparar un grupo de trabajo que opere como especie de secretariado operativo y que proponemos esté integrado, desde luego, por el compañero Portuondo, por el compañero Omar González y por los compañeros Retamar, Aurora Bosch —para incluir la presencia también de la mujer aquí—, el compañero Francisco Pividal, Nancy Morejón y el compañero Ernesto Vera. Este es un grupo para realizar trabajo operativo y coordinar esfuerzos. Desde luego, más adelante, en estas reuniones de trabajo operativo estará presente, muy directamente, el compañero Mariano [...].

Esta es más bien una reunión de tipo operativo, organizativo. Esta idea también teníamos y queríamos planteársela también a ustedes.

[...]

Hay muchos cuadros valiosos que nosotros queremos en el Comité. Hemos tratado de buscar compañeros que puedan hacer el trabajo práctico. Hay cuadros de un mayor nivel cultural, intelectual, dentro del Comité, pero queremos hacer un trabajo de tipo práctico, también en función del trabajo que tienen otros muchos compañeros.

Queremos explicarles algunas ideas con relación a las funciones del Comité, pero antes quiero decirles lo siguiente: debemos interesarnos por la más amplia participación de todos los compañeros en el desarrollo de estas funciones y debemos reunirnos periódicamente. Pienso que cada dos o tres meses. Una reunión amplia. Y debemos estar preparados para realizar un trabajo profundo con relación al movimiento intelectual en el extranjero. Así que debemos tener reuniones periódicas. Podemos fijarlas cada tres meses. Digamos, si ahora estamos en diciembre, en marzo debemos hacer un pleno para informar, salvo que haya alguna situación internacional. Pensamos que, respecto a muchos de los problemas que tengamos en el orden internacional, de cultura, con relación a América Latina y el Caribe, y algún otro problema que se presente, debemos tener una reunión, y sería una vía, un mecanismo de información y de orientación, en relación con el trabajo cultural en América Latina y en relación con los objetivos del Comité, que son los derechos soberanos de los pueblos.

Es muy importante la cuestión política e ideológica alrededor de los objetivos que nos proponemos. Esto es esencial. Es verdad que todos nosotros tenemos una cuestión política, una cuestión ideológica, pero se presentan muchos hechos, muchos acontecimientos, muchas situaciones en las cuales puede haber interpretaciones, matices, y es bueno discutir, y es bueno que cuando ustedes tengan algún criterio sobre alguna cuestión, de algún problema, también la canalicen por parte del Comité con relación a los objetivos del Comité, que es para la defensa soberana de los pueblos de América, y nos va a servir esto como una vía también para dar orientación política y tener discusiones políticas alrededor de los problemas del movimiento intelectual en el continente.

Como los compañeros que están aquí en este comité tienen estrechos contactos con numerosos países, porque hacen viajes afuera, en función de su trabajo literario, artístico, es importante que estrechemos filas para aprovechar dichas actividades que ustedes vayan a realizar en beneficio de los objetivos del Comité. Es decir, que sería bueno que cuando ustedes vayan a realizar un viaje por otra razón o por otras circunstancias, aparte de que eso siempre se canaliza y se debe canalizar a través de los mecanismos actuales vigentes, es bueno que informen: vamos a viajar, vamos a ir a tal lado o a otro... Porque es posible que haya alguna misión del Comité que puedan cumplir. Así que siempre que ustedes vayan a hacer un viaje a algún lugar, establezcan algún tipo de contacto con Portuondo, con Mariano, con Omar, y puede ser que alguien vaya a algún país y lleve alguna función, alguna misión del Comité, y de esta forma podremos mantenernos todos cohesionados para el análisis de los problemas que puedan presentarse. Porque la lucha ideológica va a presentar problemas, y los presenta a diario, y los va a presentar aún más en el futuro, y, lógicamente, debemos estar cohesionados en relación con esto.

Es decir, que dentro de las funciones más importantes que tiene este Comité está cuestionarnos internamente para abordar los problemas que representa la aplicación de la línea aprobada en el Encuentro de La Habana: la defensa de los derechos democráticos de los pueblos de América Latina y el Caribe. A estos efectos, como dije antes, tendremos reuniones periódicas, y debemos incluso abordar el análisis colectivo de algunos problemas y de temas de interés político encaminados a este propósito. En función de estos objetivos se pueden esperar las mejores iniciativas por parte de cada uno de ustedes, y que las canalicen a través del grupo operativo y a través del compañero Portuondo, o en las reuniones que al efecto tengamos.

Este trabajo tiene que estar coordinado con la Casa de las Américas, dado que esta ha quedado responsabilizada por el Comité Internacional como el elemento organizador de todo este movimiento internacional de intelectuales. De ahí la relevancia de la presencia de Mariano, muy activa en todo esto, y es por eso que incluso nuestras reuniones y demás podemos darlas en la misma Casa de las Américas, y todo el trabajo que se realice será en coordinación con la Casa de las Américas.

Es decir, que la Casa de las Américas opera para realizar esta tarea de organización y coordinación en el ámbito internacional. Por esta razón, el compañero Mariano y la compañera Trini, en su condición de presidente y funcionaria de la Casa, deben tomar parte activa en las reuniones del secretariado, coordinar con los compañeros Portuondo, Omar y demás, y todo este trabajo tiene que ser coordinado y orientado por la Casa, porque es el elemento de enlace de los demás comités.

Ahora, lo más importante que queremos decir es lo siguiente: se ha creado el Comité Internacional, se le han dado a la Casa de las Américas las funciones de coordinación e impulso de todos estos empeños del Comité Internacional. El Comité Internacional debe ser un punto de apoyo esencial para esta labor de coordinación. Porque nosotros estuvimos pensando: bueno, ¿creamos un aparato en la Casa de las Américas para esto? Bueno, es posible que haga falta un funcionario, dos funcionarios... Pero pienso que más que uno o dos funcionarios, lo que hace falta es una cooperación muy amplia de los intelectuales cubanos. Pero los intelectuales cubanos tienen que estar organizados, y qué mejor organización que la de los propios comités que se ha orientado organizar en todos los países.

Se pueden organizar entre el comité nacional cubano, y los comités nacionales de otros países, encuentros entre el nuestro y aquellos. Por ejemplo, el comité nacional de Puerto Rico, el de Panamá; o encuentros con sus representantes. Esta es una labor muy valiosa que puede hacer el Comité: organizar encuentros bilaterales entre comités.

Porque quiero advertirles lo siguiente. Hablando aquí entre nosotros, entre cubanos. El Comité Internacional está integrado por un grupo de compañeros muy valiosos, pero que uno está en Europa, el otro está en las islas del Caribe, el otro en México, y se reúnen cada tres meses, cada cuatro meses. Pero a nosotros nos interesa mucho, además, la relación bilateral con los comités nacionales, que es la que nos va a dar un fruto muy concreto. Las reuniones internacionales

tienen un efecto publicitario, un efecto de orientación, un efecto de conformar criterios, pero nosotros tenemos que tratar de desarrollar un trabajo encaminado a una relación directa con los comités nacionales. Incluso, buscar algunos compañeros en cada país para que ayuden en este empeño, gente que pueda hacer ese trabajo práctico en cada país. Porque muchas veces no son los intelectuales que tienen un gran prestigio, un gran nombre, pero que están escribiendo, elaborando o moviéndose; muchas veces son compañeros intelectuales también, pero que pueden realizar un trabajo organizativo, práctico, y nosotros tenemos que buscar un vínculo de relación entre los comités nacionales y el Comité Cubano, a través de esos países, y organizar encuentros entre esos comités. Para generar un movimiento no solamente por arriba sino un movimiento —que es lo más importante— por abajo, que es lo más concreto, por abajo.

Les voy a decir una cosa: aquí estuvo un sacerdote brasileño, Frei Betto, ¡una gente brillante!... ¿Y ustedes saben la crítica que nos hacía, en relación con el Comité Internacional y con el Encuentro? Y él dice que estaba muy [...] y que todo estaba muy bien, pero decía que eran figuras importantes y muy valiosas, y muy buen encuentro, pero que se quedaba ahí, que había que tratarse de reunir y de vincularse con el movimiento cultural popular en cada uno de los países, directamente con la gente y los cuadros que dirigen; en Brasil hay cuadros con una gran capacidad de movimiento, cuadros que dirigen movimientos de educación, de cultura, me imagino que se trate de algo así como universidades populares; él nos habló de todo eso. Muy interesante, porque se trata de una manera, ya no de relacionarse solamente con algo que es muy importante, como los intelectuales de relieve, sino también con la masa directa y concreta de la gente que está trabajando en algunas cuestiones de carácter popular en la cultura, en la educación y todo eso, y esto es un elemento interesantísimo. Esto tienen que hacerlo cuadros organizadores, y nosotros tenemos que buscar en cada país cuadros organizadores para vincularnos con ellos en cuanto al movimiento popular en la cultura y en la base.

[...]

Puede el Comité Cubano convertirse en un propagandista de los principios de los derechos democráticos de los distintos lugares o en las distintas zonas o lugares del continente. Más tarde el Comité Cubano, informado de todo el trabajo, el proceso de trabajo del Comité Internacional, realizará contactos con diversas instituciones y organismos por parte de ustedes.

Se pueden preparar ediciones, inclusive, más adelante, de libros a nombre del Comité Cubano. Algunas se pueden hacer a nombre del Comité Internacional, pero algunas que tengan un carácter más militante, más político, más de análisis de la Revolución cubana, no tenemos tampoco que sectorializarnos, pero algunos libros podemos editarlos a nombre del Comité Cubano.

Les hablaba de la posibilidad de un encuentro; yo hablé con los compañeros de la Casa de las Américas, con Mariano, con Trini, a ver si podíamos invitar en algún momento a un grupo de intelectuales portorriqueños para hacer aquí una reunión con ellos y para ellos.

Estas son las ideas organizativas más importantes. Sobre esto quiero insistirles en la necesidad de que el grupo operativo, vamos a llamarle así, no vamos a llamarle el secretariado ejecutivo, sino el grupo operativo o grupo organizador que he mencionado antes, nos presente un plan de trabajo concreto, en uno o dos meses, o después de que se reúna el Comité Internacional, y lo traiga aquí, y que se le de cierta autorización para que lo vaya poniendo en práctica. Un plan de trabajo que hagan los compañeros, y que debemos ir chequeando, evaluando y analizando aquí con el desarrollo de estas reuniones.

Quiero también subrayarles algunos aspectos en relación con la reunión del Comité Internacional. Antes lo decía: es necesario hacer un proyecto de declaración sobre la situación de América Latina y el Caribe, específicamente del Caribe y Centroamérica, y es necesario hacer una declaración con respecto a lo de Puerto Rico. Quizás si por el Comité Internacional pudiera hacerse una declaración con relación al bicentenario del nacimiento de Simón Bolívar, quizás podríamos llevar tres declaraciones: una sobre el bicentenario de Bolívar, otra con relación a lo de Puerto Rico, y otra con relación a la situación política concreta en América Latina y el Caribe.

Creo que también en esa reunión debemos tratar de procurar algún voto de confianza al Comité Internacional para que por parte de la Casa de las Américas, en consulta con algunos compañeros que se estimen convenientes del Comité Internacional, se puedan hacer declaraciones. Porque eso lo hemos venido haciendo, pero a veces es difícil localizar a todos los miembros del Comité para hacer una declaración, y a veces la premura exige que se haga una declaración; y si logramos el voto de confianza, si logramos la declaración sobre lo de Puerto Rico, si logramos una declaración sobre lo de Bolívar... Pienso que si es en Panamá hay que situar el problema de Panamá también. Nosotros fuimos también invitados por el compañero Sergio Ramírez, que ellos van a celebrar con ocasión de un aniversario de Rubén

Darío, y van a declarar el día de la independencia cultural de Nicaragua, y van a constituir en esos días el comité nicaragüense. Fuimos invitados también a esa actividad. Creo que esto puede tener también algún relieve, alguna fuerza, sobre todo atendido a la campaña que actualmente existe contra Nicaragua, contra Cuba, contra los países de América Central. Entonces esta es otra actividad que próximamente tendremos.

[...]

Esto me confirma lo que ya habíamos apreciado cuando la guerra de Vietnam; lo de las universidades, los centros de estudios que constituyeron un elemento muy importante en el desarrollo de la lucha contra la guerra en Vietnam. Nosotros no podemos desaprovechar esta situación. Muchos de los objetivos que nosotros tenemos en América Latina en relación con el movimiento intelectual, deben tener entre otros objetivos tratar de influir en el movimiento intelectual de Estados Unidos. Y podemos hacerlo.

Quizás sea Cuba el país que mejores condiciones esté para ejercer una influencia revolucionaria en el movimiento intelectual de Estados Unidos por razones culturales. No tenemos el mismo idioma pero ya tenemos miles de norteamericanos que hablan español, y hay, y siempre digo que hay que tener muy en cuenta el hecho histórico de que esta es la primera revolución socialista hecha dentro del sistema imperialista norteamericano. Se lo dije a los compañeros que vinieron aquí de las minorías y lo repito ahora: la Revolución soviética no surgió dentro del sistema imperialista norteamericano; ni la Revolución china surgió dentro del sistema imperialista norteamericano; ni las revoluciones en África han surgido dentro del sistema imperialista norteamericano. Nuestra Revolución surgió dentro del sistema imperialista norteamericano. No podemos olvidar esto. Una revolución consecuente, firme, dentro del sistema de ellos. Luego, puede influir en ellos. Estamos dentro del sistema que creó Estados Unidos en el mundo con el sistema imperialista norteamericano. Es un elemento político de suma importancia. Y una influencia que podamos ejercer es una influencia intelectual; de las universidades, de los centros de estudios...

Pero son gente a las cuales podemos hablarles en un lenguaje cultural, y a las que podemos hacerles llegar un mensaje, por lo menos, de algunas cuestiones que sean importantes, como los problemas de la paz, la defensa de los derechos democráticos de los pueblos de América, y otros problemas que puedan interesarnos en este momento, más directamente, a todos nosotros.

Hay que trabajar, y creo que el Comité Cubano y la Casa de las Américas tienen que ver qué hacemos en relación con esto, pero hay que trabajar por organizar debidamente el Comité de Intelectuales en Estados Unidos de los latinoamericanos. Y, además del encuentro de México, que va a ser un encuentro con el Comité Internacional y con América Latina, hay que ver cómo nosotros propiciamos un encuentro, y ya estamos en conversaciones con respecto a esto, de norteamericanos aquí en La Habana. Y parece que de acuerdo con algunas gestiones entre la Casa de las Américas y el ICAP, por otra parte, eso es posible. Y cuando digo intelectuales quiero referirme a un concepto de que hemos hablado mucho y que quisiera recalcar aquí: no estamos refiriéndonos exclusivamente a escritores y a artistas; estamos refiriéndonos a hombres de cultura en su sentido más amplio; estamos refiriéndonos a publicistas, periodistas, editores, a un movimiento un poco más amplio, aunque en el centro de todo esto estén los escritores y los artistas.

En síntesis, compañeros, estamos en una lucha ideológica muy fuerte, se radicalizan las posiciones en el mundo, ocurren procesos complejos en los cuales la lucha ideológica se recrudece. Nosotros, a este comité y a este movimiento de intelectuales de América Latina, debemos tratar de ubicarlos entre los problemas de América Latina y el Caribe; incluso, una declaración que hizo Gabriel García Márquez por allá, por Francia, me parece correcta en este aspecto, al menos, en el sentido de que debemos tratar de ubicarnos en los problemas de América Latina y el Caribe... Podemos hablar de todos aquellos problemas que se quiera, pero nosotros, en relación con los intelectuales, debemos tratar siempre de enfocar la mirada sobre los problemas de América Latina y el Caribe [...].

Tenemos que centrarnos en la defensa de los derechos democráticos de los pueblos, en denunciar lo de Puerto Rico, en denunciar lo del canal de Panamá, las agresiones que nos quieren hacer en Cuba, en Centroamérica, en Nicaragua, en proteger a Nicaragua, en denunciar todo eso, en concentrarnos en todo eso y en mostrar la obra de la Revolución... ¡en mostrar la obra de la Revolución! Con las deficiencias y dificultades que puedan haber...

Y a nosotros nos satisface profundamente el hecho de que, no obstante la gran propaganda que han desarrollado contra Cuba en el campo cultural y contra el socialismo en el campo cultural, no obstante eso vinieron aquí más de 200, 250 intelectuales al Encuentro convocado por la Casa de las Américas. Vinieron aquí más de 300 músicos al Festival de Varadero, vinieron alrededor de 300 cineastas al

Festival de Cine. Así que en estos seis meses han llegado aquí más de 1 000 intelectuales del mundo, y las minorías norteamericanas que vinieron aquí también, es decir, que han llegado de 1 000 a 1 500 intelectuales. Eso, a pesar de la inmensa propaganda que ellos lanzan contra nosotros. ¿Qué podríamos hacer nosotros si nos organizáramos un poco? Porque esto ha sido un poco así, sin organización. Qué podríamos hacer si nos organizamos, si organizamos un fuerte comité internacional, y que este empiece a operar y a influir y a mandar mensajes y declaraciones. Todas las relaciones, todos los contactos que ustedes tengan, todos los vínculos que ustedes tengan con los intelectuales de América Latina y del mundo para defender estos derechos: ¡por favor, hágannoslos llegar a través del Comité y consúltennos a través del Comité todas estas cuestiones, para ver qué más podemos hacer en esta embestida ideológica!

En el programa de Reagan, de Santa Fe, se hablaba de complacer a los intelectuales, de que a los intelectuales había que darles tratamiento, o algo así; una política mezquina ¿no? [...]

Pero al movimiento intelectual lo que hay que darle es posibilidad de su desarrollo y posibilidades de su arte en la sociedad. Y que la gran competencia que tenemos con el capitalismo está en ver si el capitalismo le da más posibilidades al arte que el socialismo. Y que eso es lo que les interesa a los intelectuales. Ese es el argumento fundamental que nosotros tenemos que tener. Las posibilidades que tenga el arte en nuestros países. Y a nosotros nos complacía profundamente cuando en el Festival de Varadero muchos artistas allí llegaron, y muchos nos dijeron: vinimos aquí porque conocimos a un artista en Panamá que nos decía: venga a Cuba para que vea cómo se respeta en Cuba el arte. Es decir, esto es lo más importante: respetarlo porque le da posibilidades para su arte.

Y la gran discusión ideológica y cultural del sector intelectual entre los socialistas y el capitalismo está en ver quién da mayores posibilidades para el arte. Ahí es donde tenemos que ganar la batalla. Y nosotros tenemos que crear en el país las condiciones organizativas, materiales, democráticas, para el desarrollo del arte, porque esa es la forma concreta en que se puede competir con el imperialismo, y nosotros tenemos las mejores condiciones para esto. Quizás otros países socialistas no tengan condiciones como nosotros, por un problema de historia y por el desarrollo de la cultura, que sería muy extenso hablar de esto aquí. Pero esa posibilidad la tenemos. Creo que todos esos argumentos tenemos que utilizarlos también, con ellos.

Y tenemos que prepararnos para argumentar. Yo propongo que tengamos reuniones cada tres meses, inclusive podríamos discutir algunos temas antes. Pienso que algunos temas importantes de la cultura podríamos discutirlos con ustedes. Propongo que se reúna periódicamente, cada quince días, cada veinte días, este grupo operativo; que primero se elabore un plan de trabajo, y veamos el máximo de posibilidades que podemos desarrollar para impulsar una ofensiva, que no será de un año, de dos años, pero que será una ofensiva en grande.

Luego, el Comité es un organismo diferente a la Casa de las Américas; el Comité es un organismo independiente de la Casa, pero tiene que trabajar en coordinación estrecha con la Casa de las Américas. El Comité tiene su personalidad propia porque forma parte de un movimiento internacional, pero tiene que trabajar coordinado con la Casa, puesto que le va a servir de apoyo a esta para realizar su trabajo de coordinación internacional.

Entonces: ¿dejamos constituido el Comité?

14 [La función de la cultura en la Revolución].¹⁷

En primer lugar, deseo agradecer profundamente esta feliz oportunidad que se nos da de conversar con ustedes y sobre todo de aprender de ustedes. En el desarrollo de nuestro proceso revolucionario hemos adquirido una pequeña experiencia, o una experiencia no exenta de dificultades y aciertos; de esas experiencias, pienso que lo más importante es que podemos explicar aquí algunas cuestiones que hemos extraído de ellas, no porque fueran a resultar válidas necesariamente para otros países, ni para otras situaciones, sino exclusivamente porque pensamos que es lo más importante que podemos decir de la experiencia que hemos extraído del trabajo cultural.

Yo quiero, en primer lugar, decir, como primerísima experiencia, que cuando en Cuba se creó el Ministerio de Cultura, en 1976, es decir, muchos años después del triunfo de la Revolución, y se nos designó para esta responsabilidad, yo me pregunté qué era un Ministerio de Cultura, y cuál función tenía un Ministerio de Cultura. Leí en la ley, en las regulaciones, que se estableció. Podía apreciar qué cosa era un Ministerio de Educación, incluso había sido ministro de Educación al principio de la Revolución. Podía visualizar qué era un Ministerio de Salud Pública, podía visualizar qué era un Ministerio del Interior. Pero, realmente, cuando fuimos a concretar qué cosa era un Ministerio de Cultura y se nos dieron esas responsabilidades, no sabíamos visualizar concretamente cuál era la función del Ministerio de Cultura.

Fue así, porque se supone que los ministerios establezcan una serie de normas y principios y regulaciones, y realmente esto puede ser válido para otras ramas de la administración del Estado; pero en el campo de la creación cultural [...] estas regulaciones y estas cuestiones nos parecían difíciles; como cuál era la función, cuál era la relación nuestra con el movimiento creador.

Hemos ido aprendiendo algo, en estos cinco años, sobre cuáles son esas relaciones: No quiere decir que las hemos aprendido todas, todavía permanecen muchas lagunas en nosotros. Por lo pronto, sí nos dimos cuenta de que era necesario un Ministerio de Cultura, de

¹⁷ Versión de la intervención que ofreció en la reunión que tuvo lugar en el Ministerio de Relaciones Exteriores de Nicaragua, en la cual también participaron el Dr. Sergio Ramírez Mercado y la Dra. Rosario Murillo, el 19 de enero de 1982.

que era útil ese ministerio, sobre todo en las condiciones de nuestro Estado, de nuestra sociedad, en la cual una cantidad de medios de promoción, de discusión y de organización del trabajo cultural están en manos del Estado, y lo primero que hicimos fue establecer contacto con los artistas y con los creadores y con el pueblo, alrededor de estos problemas, y oírlos mucho; oírlos, tratando de ver para aprender, y hemos ido llegando a unas conclusiones que son muy preliminares. Yo pienso que cinco años de experiencia en este trabajo no son suficientes como para que nosotros podamos sacar una conclusión definitiva al respecto, pero algunas cuestiones son preliminares en nuestro trabajo. Por lo pronto, comprendimos que una era la función del Ministerio de Cultura, y otra era la función de los creadores, pero que ambas funciones estaban relacionadas, y apelamos a una frase histórica que siempre se la decimos a los artistas: a Dios lo es de Dios y al César lo que es del César, en el sentido de que los creadores tenían su función y el Ministerio de Cultura tenía otras funciones.

Cuál es, a nuestro juicio, de la experiencia que hemos extraído, la diferencia: es necesaria, para el desarrollo del arte en la época moderna, en los tiempos modernos, una serie de condiciones que les resulta muy difícil crear u obtener a los creadores, y que solamente puede el Estado, la administración o los aparatos económicos estatales, administrativas de dirección, proporcionárselas. Por ejemplo, debemos crear una serie de instituciones científicas para la investigación de la cultura, una serie de instituciones socioculturales; es decir, un puesto administrativo, un puesto de promoción. No siempre los artistas, los intelectuales, pueden resolver estos problemas por sí solos... aunque muchas veces lo pueden hacer por sí solos, pero es necesario crear comisiones administrativas, comisiones económicas, comisiones de promoción, para crear un conjunto de instituciones científicas y socioculturales que el Ministerio puede promover. Nosotros estamos empeñados en crear esas instituciones culturales, socioculturales, que el Ministerio puede promover, y para que funcionen con autonomía del Ministerio. Pero el Ministerio tiene que crearlas y organizarlas, para que funcionen operativamente. Por ejemplo, tenemos un Centro de Estudios Martianos, la Casa de las Américas, que históricamente existía; vamos a crear próximamente el Centro Cultural Juan Marinello de Investigaciones y Promoción de la Cultura Nacional y Universal, el Centro Cultural Alejo Carpentier, también un centro de investigación y desarrollo de la música. No se podía pedir que los intelectuales espontáneamente crearan y organizaran; ellos apoyaban

y ayudaban, pero eran necesarias decisiones administrativas, decisiones organizativas, inclusive decisiones de carácter financiero.

Por otra parte, en las condiciones de nuestra sociedad en Cuba era necesario también crear un conjunto de empresas culturales. En otros países funcionan de otra manera, como empresas particulares. Debido a las condiciones de nuestro país, es necesario que el Estado se ocupe de eso: la promoción y el desarrollo de la empresa del disco, por ejemplo, y de la música; la empresa del arte, del artista, la contratación de artistas... La organización de todo eso no lo puede hacer directamente el Ministerio, pero tiene que lograrlo mediante la creación de empresas, instituciones que, dependientes del Ministerio, se organicen debidamente. Es una función del Ministerio, porque no todo eso se puede hacer de una manera espontánea, sino que se requieren mecanismos económicos, mecanismos administrativos, mecanismos incluso de financiamiento... Por otra parte, por ejemplo, está la empresa de la fundación de bienes culturales que hemos creado para el desarrollo de la plástica, Centros de Promoción de la Plástica. Anteriormente, en el Ministerio veíamos que los pintores pintaban, pero el proceso de comercialización y el proceso de venta y demás era muy difícil para todos ellos, y nosotros tenemos que promover todo eso, y crear una fundación de bienes culturales para promover toda esta actividad.

Tenemos todo el sistema de Escuelas de Arte que, desde luego, está subordinado al Ministerio de Cultura y pertenece al Sistema General de Educación; por eso tenía que ser atendido, tenía que tener sus reglamentos, sus regulaciones... Tenemos un vasto movimiento de aficionados al arte, que venía desarrollándose con anterioridad también a la creación del Ministerio; no de artistas profesionales, sino un movimiento de aficionados al arte que trabajan en las comunidades. Nosotros tenemos que propiciar los aseguramientos materiales para este movimiento; alentarlos, ayudarlos. Ese movimiento lo instauran las organizaciones de masas, por ejemplo, la Central de Trabajadores de Cuba, los Comités de Defensa de la Revolución, la Federación de Mujeres, la Asociación de Agricultores Pequeños, la Federación de Estudiantes... pero el Ministerio aporta elementos de coordinación para el aseguramiento material, para la promoción de sus actividades... También el Ministerio toma decisiones en cuanto a la promoción de algunas actividades; por ejemplo, si hay que promover un festival, o una actividad, como, por ejemplo, el Festival de Varadero, o un festival de cine. [...] dentro de este plan dijimos: vamos a organizar cinco líneas, que les llamamos cinco líneas de producción artística. Sabemos

que la creación artística es amplia y variada y tenemos problemas en cuanto a una solución administrativa y económica; sabemos que la promoción artística y la producción artística es obra de los creadores, pero hacen falta aparatos técnicos y de desarrollo que se preocupen, en nombre del Estado, de estos problemas, y entonces dijimos: cinco líneas fundamentales de producción artística para condicionar el desarrollo del arte; una es la música; otra, las artes plásticas y el diseño; otra, el teatro y la danza; otra, el libro y la literatura, toda la organización de las poligráficas, de la comercialización del libro; y otra línea es el cine. Esas cinco líneas se organizan en empresas, y el Ministerio tiene que ocuparse de estas empresas, que deben tener un carácter económico y organización. Y, además, alguien tiene que preocuparse, en el Estado, por ver las perspectivas de desarrollo de estas empresas. Era muy difícil de exigir que los artistas se ocuparan directamente de eso; alguien debe ocuparse en el Estado de ver cómo se van a desarrollar estas empresas, sus perspectivas, su potencial de logros culturales, la capacitación de sus cuadros, etcétera...

Yo pienso que era necesario crear este aseguramiento administrativo y económico. Por otra parte, había que propiciar la investigación en el campo de la cultura; las investigaciones tienen que hacerlas, valga la redundancia, los investigadores, los intelectuales, pero hace falta crear instituciones para investigar y estimular la cultura... Alguien, en el Estado, tiene que representar todo eso, y el Ministerio tiene que ocuparse. Por otra parte, es necesario promover socialmente, en el sentido de divulgarlas, las obras de arte; eso lo puede hacer el Estado en general, lo pueden hacer los artistas, pero alguien tiene que dedicarse, como misión planteada, a hacerlo, y nosotros pensamos que el Ministerio podría ejecutar esa función.

He dicho esto, con algunos ejemplos, para trazar bien la diferencia que existe ante el trabajo que realiza en nuestro país el Ministerio como tal, y el trabajo que realizan los artistas, porque nos preocupó mucho en el principio que se fuera a seguir una tendencia burocrática o administrativa, en la dirección del Ministerio, en el sentido de querer el Ministerio intervenir con normas muy rígidas acerca de cómo se puede crear el arte, en las formas concretas en que se pueda crear el arte. Por eso, cuando los funcionarios del Ministerio intervienen de una manera muy precisa, muy detallada, en las formas artísticas, ya se pueden crear complicaciones [...].

Respecto a cuáles iban a ser las funciones del Ministerio, pensábamos que eran, en parte, estas ya mencionadas. Para desarrollarlas tenemos

que tener muy en claro una serie de principios que yo quisiera explicar muy sintéticamente, y que son, entre otros, los siguientes:

El primero, que nosotros nos propusimos en el Ministerio —y no fue solamente cosa del Ministerio, sino que fue un mandato de los congresos de nuestro partido, como organización de masas—, y que es un principio esencial sin el cual no puede haber un desarrollo de la cultura, consiste en incentivar un ambiente creador en el país, y que el movimiento artístico se sienta, y los artistas se sientan en posibilidad de crear en un ambiente de confianza y de buenas relaciones entre el Estado —al cual representábamos nosotros en el campo de la cultura—, y tratar siempre, por todos los medios, que ese ambiente se desarrolle a través de discusiones. En las condiciones de nuestro país tenemos que desarrollar muchas discusiones con los artistas, pues un país como el nuestro exige mucho contacto con ellos, para lograr ese ambiente creador.

Hubo un segundo principio, que nos venía ya desde los inicios mismos de la Revolución, cuando se trazaron los lineamientos básicos de la política cultural de la Revolución: el principio enunciado por Fidel en un documento que después se llamó *Palabras a los intelectuales*, en 1961, y que consistió en una intervención que hizo al final de un encuentro con intelectuales el compañero Fidel, y fue después recogido en un documento que sirvió como norma, como orientación. Ese principio era el siguiente: Con la Revolución todo, contra la Revolución nada. Esto después se tradujo en un precepto de la Constitución de la República... Creo que tenemos el orgullo de tener una Constitución de la República en la que —quizás seamos uno de los pocos países con cuya Constitución ocurre esto, por lo menos de las constituciones que yo conozco; no he encontrado otra así— se habla de una forma tan específica del arte, y que dice: Es libre la creación artística siempre que su contenido no sea contrario a la Revolución. Las formas de expresión en el arte son libres, así que la relación de la política y de la ideología de nuestra Revolución, y de los problemas de la Revolución, los dejábamos referidos esencialmente a un problema del contenido, y con la más amplia libertad en la forma, y, desde luego, en cuanto al mismo contenido la Revolución tiene muchas posibilidades [...].

Otra cuestión de principio, una tercera, que quería referir aquí, es la cuestión de buscar una relación entre las dos líneas históricas a través la cual se ha desarrollado el arte en nuestro país, y creo que el arte en muchos países del mundo. Nosotros la hemos apreciado, en la experiencia de nuestro país, y creo que esto quizás es válido para otros países.

Hay dos líneas históricas fundamentales a través de las cuales se va a desarrollar el arte; una línea pudiéramos caracterizarla como la creación de las grandes individualidades de los artistas profesionales, los creadores. Si se repasa la historia del arte, vemos que, de un grupo determinado de grandes figuras históricas del arte, puede ser que su propia biografía artística sea la propia historia del arte [...] pero esos individuos que tienen un talento especial, y que se dedican profesionalmente al arte, para nosotros constituyen una síntesis —cuando son buenos, cuando son grandes— de la creación popular; por ejemplo, Shakespeare, en el caso inglés; Cervantes representó concretamente al pueblo español; Tolstoi, digamos que al pueblo ruso, a la sociedad rusa. Así que, esas individualidades, lo que hacen es recoger del pueblo lo mejor del pueblo, y con su talento, con su imaginación, lo elevan artísticamente. Esa, nosotros pensamos que era una de las líneas. Y otra de las líneas es la que se venía desarrollando en Cuba con mucha fuerza, la de la creación directa y espontánea e inmediata del pueblo; como, por ejemplo, las fiestas de los carnavales, la artesanía, las costumbres populares, las tradiciones de los pueblos; que esto muchas veces lo venía creando también el pueblo de una manera directa, no podría catalogarse que esa era una creación de tal o cual individuo, sino que es una tradición histórica del pueblo. Nosotros pensamos que uno de los principios de la política que hemos aprendido de nuestra experiencia es tratar de ver cómo podemos relacionar estas dos líneas sin que se pongan en un antagonismo una con la otra, sino que ambas se conciben porque las dos son valiosas, y las dos son necesarias; una se nutre de la otra, y pensábamos nosotros que en nuestra experiencia, esa experiencia que tenemos en nuestro país, se trata de buscar la conciliación y la síntesis entre esas dos líneas, como para auspiciarlo en la más auténtica política cultural.

Otro principio que nosotros tratábamos de establecer y que nos preocupó mucho, y creo que ha sido un problema determinante, y que a algo de esto me referí en nuestro discurso con motivo de la inauguración de la Jornada Martiana, es el siguiente: desde nuestra concepción de las cosas y del arte, el arte está condicionado con la sociedad, pero el hecho de que esté condicionado no quiere decir que no tenga especificidad, condicionado no quiere decir que sea exactamente igual que la sociedad; es una creación de la sociedad. Nos interesa mucho subrayar el principio y lo hemos tratado de aplicar a la práctica, y cada vez que tenemos una dificultad tratamos de hacerlo. Es decir, que el arte está condicionado por la sociedad y es un reflejo dialéctico y creador de la sociedad, pero

que esta expresión no debemos simplificarla. A veces, quizás se pueda tratar de simplificar esa expresión, el arte tiene particularidades específicas que los artistas conocen muy directamente, y nosotros somos representantes de un Estado, somos dirigentes políticos, nuestra función es política, no estamos en una función artística; pero para hacer efectiva nuestra política pensábamos que era necesario decir que el arte está condicionado por la sociedad y por tanto tiene una relación con la política que la sociedad establezca. Pero no es una política, está diferenciado de la política, y tiene sus particularidades, sus especificidades, y tenemos que decir que entonces el artista y el movimiento artístico son quienes tienen que establecer esas particularidades, esa especificidad. Creemos que es más efectivo entender la política así, puesto que, de otra manera, si tratamos de imponer en nombre de un principio político, en nombre de una autoridad política o de un principio político, tratamos de imponerle una norma muy rígida al arte y de afectar su especificidad. Eso es un error político, y ello creará enormes dificultades, incomprendiones en las relaciones entre los artistas y el Estado y la sociedad, y una gran confusión.

El arte está condicionado por la sociedad, pero comprender la especificidad de los problemas del arte, de la creación y los creadores, es una necesidad de la política cultural para que sea válida.

[...]

Otro principio que nosotros hemos aprendido es la cuestión [...] de las relaciones entre lo antiguo y lo moderno, y la relación de lo nacional con lo internacional en la cultura.

[...]

Por último, debo reiterar que veo la cultura como una creación del pueblo, unas veces a través del individuo que tiene cierto talento, ciertas cualidades, y otras veces con una creación inmediata, indirecta del pueblo. Pero, asimismo, debemos ver a la cultura no en un sentido estrecho; yo creo que hay que cambiar el concepto estrecho de la cultura y del arte, que históricamente ha existido; creo que la división, la especialización del trabajo, condujo a una aceleración del arte en distintas ramas. Nosotros estamos en un concepto global integral de la cultura. En el encuentro de intelectuales de La Habana que se celebró en septiembre, decíamos que la cultura en definitiva era todo lo que ha creado el hombre. Creo que es lo que diferencia en última instancia al hombre de los animales, y se ha establecido en virtud de esto una relación cultural muy amplia, muy profunda, de orden

internacional en el campo cultural, y opino que la cultura, por lo tanto, puede jugar un papel importantísimo en la humanidad de hoy.

Miren, se celebró el encuentro de intelectuales, 300 intelectuales se reunieron en La Habana; de América Latina, lo más representativo, y algunos que no fueron mandaron el mensaje, y ahí se demostró la necesidad de la unidad espiritual y cultural de América. Yo decía que no había instituciones políticas y estatales que se pudieran reunir en un encuentro como este y proclamar una unidad como la que ahí se proclamó, y es que la necesidad de la unidad de nuestros pueblos es tan profunda que no se manifiesta por la vía política, sino por las vías culturales.

[...]

Pienso que una de las funciones que debemos tener todos los que trabajamos para la cultura, ya sea como profesores o como activistas, o como intelectuales o como creadores, es ver qué podemos hacer, cómo la cultura puede influir a elevar la conciencia social alrededor de los problemas universales, a través de los problemas de la paz. Este es un problema que yo quería plantear aquí y como un elemento muy importante. Claro, para eso es imprescindible que todos los que laboramos en la cultura, ya sean artistas o intelectuales, o dirigentes estatales a cargo de la cultura, tengamos una visión clara de los problemas del mundo y de la paz, y que todos marchemos muy unidos. Que todos, los intelectuales y los que tenemos responsabilidad de carácter estatal y política, nos unamos estrechamente en esta cuestión. Tras aprender de experiencias de países o lugares donde hay problemas entre los intelectuales y la dirigencia política, creo que ha llegado el momento de una unidad en el asunto en los problemas de cultura, una unión fundamentada en los principios de la paz y en los principios de ver si puede el hombre, a través de su conciencia, a través de su desarrollo intelectual, es decir, a través del desarrollo cultural, influir sobre los que tengan poder decisorio al respecto... No vamos a aspirar a cosas ideales, ya bien sabemos quiénes son los que tienen poder de decisión sobre estas cuestiones; pero sí podemos levantar un movimiento en los sectores intelectuales encaminado en ese sentido. Este fue uno de los objetivos del encuentro de intelectuales en La Habana, y creo que por esto una de las cuestiones más importantes, como norma interna en cada uno de los países nuestros, así como en el orden internacional, es luchar por una unidad más estrecha del Movimiento Intelectual. Debemos esclarecer bien todos estos conceptos y ver cómo podemos impulsar un movimiento cultural en defensa de la paz y el progreso. En su historia, el Movimiento

Intelectual siempre ha estado teóricamente muy ligado a las causas más avanzadas del progreso.

[...]

En el encuentro de La Habana denunciemos cómo los grandes consorcios internacionales controlan los medios de información y de comunicación; no olvidemos que estos son elementos decisivos y de gran importancia para el desarrollo de la cultura. Esa es la realidad, repito, los grandes consorcios internacionales controlan la información, controlan la noticia, controlan la prensa, y controlan las películas; controlan la televisión, *controlan todo*, y están cayendo con ese vasallaje tecnológico sobre nuestras culturas nacionales. Entonces, ¿cómo defendernos?

Es verdad que es una batalla grande. Yo pienso que para defendernos, lo primero que hemos de hacer es tomar conciencia del fenómeno y resguardarnos, con el desarrollo de una fuerte cultura nacional en cada país. Solo la cultura será la coraza que nos permita enfrentar el vasallaje colonial que imponen los medios de comunicación de los imperialistas a escala internacional.

[...]

Pienso que debemos tomar conciencia plena de este grave asunto, de que en el mundo moderno los medios tecnológicos y científicos y de comunicación de masas están ejerciendo una verdadera tiranía sobre nuestras culturas nacionales. Se habla muchas veces de sistemas tiránicos, y nosotros hemos denunciado muchas tiranías, pero hay una tiranía que es preciso denunciar, y es la tiranía de los medios tecnológicos modernos sobre nuestras culturas nacionales, que llega a través de las pantallas de televisión, a través de los anuncios, a través de la publicidad, a través de las sociedades de consumo; que llega ahí y que está influyendo y que está atrofiando a todos. Recuerdo ahora que, precisamente, el compañero Ernesto Cardenal nos comentaba que si no se hubiera producido una Revolución en Nicaragua, algunas tradiciones de la artesanía, por ejemplo, que anteriormente existían, no se hubiesen conservado, hubieran desaparecido.

[...]

En mi opinión, la única solución posible consiste en apoderarse de esos medios, que las sociedades en su conjunto se apoderen de esos medios.

[...]

En el Encuentro de Intelectuales por la Soberanía de los Pueblos de Nuestra América, en La Habana, se expresó que en cuanto a la

identidad cultural lo que se decide no es solamente un programa de principio intelectual; lo que se decide es si somos o no somos nosotros, porque la cultura en última instancia también es la forma de ser de un pueblo. Porque la intención y el interés del imperialismo es lograr deformación por medio de la influencia nefasta que ejercen a través de todos esos poderosos medios técnicos de comunicación.

Hay pueblos que, como nosotros, han resistido valientemente esa deformación; tal es el caso del hermano y heroico pueblo de Puerto Rico. Es conocido que durante muchos años en las escuelas no aprendían, no hablaban en español, sino en inglés. [...] Porque los que quieren anexar a Puerto Rico a Estados Unidos ya han renunciado a la cultura puertorriqueña, de origen y raíz española. [...] ¡Ese pueblo está librando una batalla titánica por salvar su cultura! Creo que hay que hacer una campaña internacional en relación con eso, pero es que cada pueblo tiene que luchar con su forma y su manera, para defender su cultura. [...] Hay que levantar una campaña internacional en defensa de la identidad cultural de nuestro pueblo, y de denuncia de los medios de comunicación, en todos los escenarios posibles, porque están al servicio de los intereses de las grandes potencias. Su uso y abuso solo ha valido para deformar el entorno y la realidad con más violencia y un largo etcétera que ustedes bien conocen.

15 [La intelectualidad latinoamericana está indisolublemente unida a la lucha por la soberanía de nuestros pueblos].¹⁸

La celebración en La Habana del Primer Encuentro de Intelectuales por la Soberanía de los Pueblos de Nuestra América y las conclusiones a que en este se llegaron, muestran dos hechos importantes: de un lado, la decidida voluntad de unidad de las capas intelectuales de nuestra patria común para enfrentar las grandes responsabilidades morales e ideológico-culturales en la lucha contra el imperialismo y los regímenes fascistas. Y del otro, el enorme interés de nuestros creadores en el campo de la cultura para iniciar un diálogo constructivo con los intelectuales de América del Norte y, a través de ellos, con el pueblo de Estados Unidos.

Más allá de las diferencias filosóficas, religiosas y políticas que existen en el campo intelectual, se dieron pasos decisivos para integrar una poderosa corriente de principios cuyas fuentes ideológicas están en la cultura ampliamente universal de nuestra América.

Se creó un Comité Internacional de Intelectuales con nombres de sólido e indiscutible prestigio y cuya primera reunión después del Encuentro de La Habana ha de celebrarse en estos días en Managua. Se han creado comités nacionales de intelectuales en diversos países y también se hará —¿por qué no?— entre los intelectuales latinoamericanos y caribeños residentes en Estados Unidos.

Una nueva etapa se inicia en la historia del movimiento cultural de nuestra América. Dicha etapa está caracterizada por el hecho de que los intelectuales toman cada vez mayor conciencia de que forman parte inseparable de los pueblos oprimidos y de que deben reflejar en su obra creadora sus auténticos intereses de redención social. Asimismo, nuestras capas intelectuales acogen con honor la idea de desempeñar su gran responsabilidad social e histórica. Y lo hacen no porque nadie se la imponga desde fuera, sino porque ellos mismos la asumen de forma natural, como un hecho cultural de honda raíz moral y humana. No aspira el intelectual latinoamericano y caribeño a ser

¹⁸ Versión del discurso pronunciado en la primera reunión ordinaria del Comité Permanente de Intelectuales por la Soberanía de los Pueblos de Nuestra América, efectuada en Managua, Nicaragua, el 4 de marzo de 1982; este texto fue publicado íntegramente en una edición especial realizada por el periódico *Granma*, el 28 de marzo del año citado.

simplemente la conciencia crítica de la sociedad. Se siente capaz de algo mucho más elevado y humano. Aspira, con la fuerza de su talento creador, a contribuir a la transformación social y a participar de manera activa en las tareas de defensa de la soberanía, de la libertad y a favor de los principios de dignidad plena del hombre, de que nos hablara José Martí. Y cada vez, con mayor precisión y profundidad, el intelectual de nuestra América entiende, por la cultura que ha recibido y la que él puede crear, que está en el deber —y en la posibilidad— de ejercer una influencia extraordinariamente positiva en el curso de la Historia. Y no rechaza el reto sino, por el contrario, se siente muy feliz al situarse en posiciones de un compromiso irrenunciable con América y la humanidad.

Todos los movimientos históricos han tenido sus precursores en el campo intelectual. Las revoluciones norteamericana y francesa de fines del siglo XVIII tuvieron en las ideas de los enciclopedistas un antecedente necesario. Las luchas por la independencia de nuestra América, en el siglo XIX, tuvieron también sus pensadores e ideas precursoras. Las batallas sociales y revolucionarias y los combates y victorias socialistas de este siglo, partieron de profundos movimientos de ideas, gestados a lo largo de la segunda mitad de la pasada centuria. Los intelectuales y creadores en el arte y la cultura de hoy, reunidos en La Habana, mostraron que son continuadores de las batallas libradas, y que están interesados en gestar, apoyándose en las tradiciones ideológicas y culturales de la humanidad, nuevos y más profundos cambios. A su vez, nuestros intelectuales aspiran a promover con sus ideas una alta conciencia continental acerca de la necesidad de un cambio sustancial en el carácter de las relaciones entre las dos Américas, la de Bolívar y Martí, de un lado, y la de Payne y Lincoln, del otro.

Nadie podrá, si habla con honradez y conoce el espíritu que anima a nuestros intelectuales, decir que ellos desean separarse del movimiento cultural que tiene lugar en este hemisferio. Nadie que conozca la entraña del pensamiento de nuestra América podrá afirmar con decoro que las revoluciones triunfantes o en gestación en el Caribe y América Central, pretenden trazar una barrera infranqueable entre los pueblos del sur y del norte del río Grande. De lo que se trata, precisamente, es de procurar el diálogo abierto, sincero y honesto entre los pueblos de ambas Américas, para asegurar la paz entre las naciones y el porvenir feliz de nuestros hijos. Este es el objetivo más trascendente del movimiento intelectual que estamos alentando. Unir por encima de las discrepancias filosóficas y de los intereses políticos a todos

los hombres de cultura de ambas Américas, para evitar el holocausto y hundimiento de la civilización, es un propósito que confirmará ante cada uno de nosotros y ante la Historia, que estamos a la altura de la cultura, que hemos adquirido y que somos capaces de crear. Y si mantenemos firme tal propósito y si trabajamos sistemáticamente por alcanzarlo, estaremos confirmando nuestra vocación cultural y nuestra condición humana.

Quienes no entiendan o no desean el encuentro necesario entre los intelectuales de ambas Américas estarán probando, una vez más, que carecen de la esencia humana que constituye lo más sustantivo, lo más hermoso y lo más importante de la cultura.

Pero para hablar de la unidad de nuestra América y del diálogo con los intelectuales de Estados Unidos, es indispensable estudiar las raíces y la historia de ambas sociedades, y con inteligencia, valor y sentido universal, abordar la empresa colosal que nos hemos planteado. Para hablar de esto y presentar algunas ideas me parece, como cubano, como caribeño y como latinoamericano, que la mejor forma de hacerlo es recordar ideas de Martí.

En esta noche les pido a todos que reflexionemos acerca de José Martí. Bien sé que el héroe de la independencia de Cuba no fue solo cubano, no fue solo latinoamericano; fue también universal. Pocos hombres de su época fueron tan universales, pocos conocieron como él a nuestra América y pocos en su tiempo estudiaron como él a Estados Unidos.

Por esto, las ideas principales que en esta noche voy a expresar, las recogemos de los propios textos de José Martí. Su copiosa obra en 28 tomos es de una riqueza imperecedera y de una vigencia increíble.

Estudió Martí la América nuestra. Estudió a Estados Unidos y estudió al universo. Y nos habló de las leyes que marcan el cambio de nuestras sociedades. Permítaseme por esto, dedicar mis palabras a algunos de los párrafos extraídos de su inmenso arsenal de ideas y de cultura que vienen al caso para nuestro encuentro y para el esfuerzo futuro de llegar a constituir una fuerza unida en América Latina y el Caribe y abordar, juntos, los problemas de nuestros vínculos con el movimiento intelectual de Estados Unidos.

Hablando de Albertini y Cervantes, comienza José Martí con este párrafo, que paso a leerles:

Es bella en el pueblo cubano la capacidad de admirar, que a derechas no es más que la capacidad constructiva, y da más frutos públicos que la de desarmar, que es por esencia la capacidad de destrucción.

Y agregaba José Martí:

Los hombres van en dos bandos: los que aman y fundan, y los que odian y deshacen.

¿Cuáles son para Martí estos dos bandos y cómo se definen? Recordemos, en primer lugar, aquellos versos memorables del Apóstol de la independencia de Cuba, cuando dijo:

*Con los pobres de la tierra quiero yo mi suerte echar.
El arroyo de la sierra me complace más que el mar.*

¿Cómo veía José Martí estos dos bandos en el seno de la sociedad norteamericana? Repasemos un párrafo de su artículo «Vindicación de Cuba», de 1889, que publicó bajo este título en un periódico neoyorquino. Decía textualmente Martí, refiriéndose a Estados Unidos, que los cubanos de su época «admiraban a esta nación, la más grande de cuanta erigió la libertad». Y agregaba: «Pero desconfían de los elementos funestos que como gusanos en la sangre han comenzado en esta república portentosa —es decir, Estados Unidos— su obra de destrucción».

Y continuaba Martí diciendo que los cubanos:

Han hecho los héroes de este país (es decir, Estados Unidos) sus propios héroes y anhelan el éxito definitivo de la Unión Norteamericana como la gloria mayor de la humanidad. (Para inmediatamente agregar:) Pero no pueden creer honradamente que el individualismo excesivo, la admiración de la riqueza y el júbilo prolongado de una victoria terrible (se refiere a la victoria del Norte sobre el Sur en la Guerra de Secesión) estén preparando a los Estados Unidos para ser la nación típica de la libertad donde no ha de haber opiniones basadas en el apetito inmoderado de poder, ni adquisición o triunfos contrarios a la bondad y a la justicia.

Y concluía Martí el párrafo con esta frase:

Amamos a la patria de Lincoln, tanto como tememos a la patria de Cutting.

Cutting era un oscuro aventurero de la época que preconizaba intenciones de anexarse territorios del Norte de México para pasarlos a Estados Unidos. Los intelectuales latinoamericanos, cuando hablan de conversar con Estados Unidos, quieren hacerlo con los herederos de Lincoln. Los herederos de Lincoln en Estados Unidos son los del

bando de los que aman y construyen. Los herederos de Cutting en ese país son los del bando de los que odian y destruyen. Del bando de los que odian y destruyen son los ricos y poderosos, y del bando de los que aman y construyen son los pobres de la Tierra, con los que Martí quiso su suerte echar.

La caracterización de la sociedad norteamericana de entonces, y del tipo de relaciones que debían existir entre ambas Américas, la podemos apreciar en los siguientes párrafos de José Martí en carta desde Nueva York escrita en 1881. Dice textualmente sobre Estados Unidos el héroe de nuestra independencia:

Este país, señor en apariencia de todos los pueblos de la tierra es en realidad, esclavo de todas las pasiones de orden bajo que perturban y pervierten a los demás pueblos.

Situémonos en la sociedad norteamericana durante el período comprendido entre los años 1880 y 1890. Estados Unidos era entonces una de las naciones más libres y democráticas del mundo. José Martí admiraba las ideas democráticas que en su tiempo revolucionaron las viejas sociedades feudales y monárquicas y sirvieron de fundamento a la Declaración de Independencia de 1776. No obstante el Acta de Derechos Democráticos proclamada en 1776, en Estados Unidos se mantuvo el régimen esclavista hasta la década de 1860. Odiaba José Martí la esclavitud del negro, admiraba a Abraham Lincoln por sus decretos de abolición de tan oprobioso sistema. Estudió los resultados del desenlace de la Guerra de Secesión y señaló que la misma había sido hecha «más que para abolir la esclavitud para disputarse entre el Norte y el Sur el predominio de la República».

Con estos antecedentes, ya en 1881 José Martí veía que el germen destructor de las libertades democráticas minaba a la sociedad norteamericana. Y así, en carta desde Nueva York, en 1881, dijo textualmente:

Una aristocracia política ha nacido de esta aristocracia pecuniaria, y domina periódicos, vence en elecciones, y suele imperar en asambleas sobre esa casta soberbia, que disimula mal la impaciencia con que aguarda la ahora en que el número de sus sectarios le permita poner mano fuerte sobre el libro sagrado de la patria, y reformar para el favor y privilegio de una clase, la magna carta de generosas libertades, al amparo de las cuales crearon estos

vulgares poderosos la fortuna que anhelan emplear hoy en herirla gravemente.

Así decía literalmente José Martí.

En ese propio año de 1881, José Martí comentaba una expresión de un senador norteamericano. Y así recogemos este párrafo textual. Decía así el senador: «Y cuando hayamos tomado a Canadá y a México, y reinemos sin rivales sobre el continente, ¿qué especie de civilización vendremos a tener en lo futuro?».

Martí le contestó al senador: «Una, terrible a fe: ¡la de Cartago!».

Esta, amigos y compañeros, es la civilización que nos han impuesto y nos desean seguir imponiendo los sucesores de Cutting.

Si queremos volver por quienes odian y destruyen, para distinguirlos de los que aman y construyen, recordemos que, en carta escrita en 1885, José Martí señaló textualmente:

¡En cuerda pública, descalzos y con la cabeza mondada, debían ser paseados por las calles esos malvados que amasan su fortuna con las preocupaciones los odios de los pueblos!: —¡Banqueros no: bandidos!

Así señala José Martí en forma literal.

En carta escrita en 1862, dice José Martí:

Cierto que no me parece que sea buena raíz de pueblo, este amor exclusivo, vehemente y desasosegado de la fortuna material que malogra aquí, o —pule solo de un lado, las gentes, y les da a la par aire de colosos y de niños. Cierto que un cúmulo de pensadores avariciosos hierven ansias que no son para agradar, ni tranquilizar, a las tierras más jóvenes, y más generosamente inquietas de nuestra América. Cierto que me parecería cosa dolorosísima ver morir una tórtola a manos de un ogro.

En carta de 1884, Martí señala sobre Estados Unidos:

...en este pueblo revuelto, suntuoso y enorme, la vida no es más que la conquista de la fortuna: esta es la enfermedad de su grandeza. La lleva sobre el hígado: se le ha entrado por todas las entrañas: lo está trastornando, afeando y deformando todo.

En 1887, sobre Estados Unidos, José Martí escribía:

Esta república, por un culto desmedido a la riqueza, ha caído, sin ninguna de las trabas de la tradición, en la desigualdad, injusticia y violencia de los países monárquicos.

Un momento muy importante del desarrollo ideológico del pensamiento de Martí, en el que revela con fuerza el período de transición de la sociedad norteamericana de la década de 1880 al 1890, nos lo da este párrafo que vamos a leerles, digno de figurar entre las piezas maestras de las Ciencias Sociales modernas. Dice textualmente José Martí:

Se ve ahora de cerca lo que *La Nación* ha visto desde hace años, que la república popular se va trocando en una república de clases; que los privilegiados, fuertes con su caudal, desafían, exasperan, estrujan, echan de la plaza libre de la vida a los que vienen a ella sin más fueros que los brazos y la mente; que los ricos se ponen de un lado y los pobres de otro; que los ricos se coaligan y los pobres también...

Y continuaba Martí:

Se ve que no bastan las instituciones pomposas, los sistemas refinados, las estadísticas deslumbrantes, las leyes benévolas, las escuelas vastas, la parafernalia exterior, para contrastar el empuje de una nación que pasa con desdén por junto a ellas, arrebatada por un concepto premioso y egoísta de la vida.

En 1889, decía José Martí:

Estos republicanos de cartón que niegan el derecho divino al rey inglés, y alegan ahora la fuerza y el tamaño como derecho divino nuevo, y destino manifiesto o imperio natural e irresistible que les autorice a salir de bandidos por el mundo, embolsándose pueblos como se embolsan castillos los condes feudales.

En 1889, a propósito del Primer Congreso Panamericano celebrado en Washington, Martí señaló con previsión lo siguiente:

Jamás hubo en América, de la independencia acá, asunto que requiera más sensatez, ni obligue a más vigilancia, ni pida examen más claro y minucioso, que el convite que los Estados Unidos potentes, repletos de productos invendibles, y determinados a extender sus dominios en América, hacen a las naciones americanas de menos poder, ligadas por el comercio libre y útil con los pueblos

Europeos, para ajustar una liga contra Europa, y cerrar tratos con el resto del mundo.

Continuaba Martí:

De la tiranía de España supo salvarse la América española; y ahora, después de ver con ojos judiciales los antecedentes, causas y factores del convite, urge decir, porque es verdad, que ha llegado para la América española la hora de declarar su segunda independencia.

Más adelante señala Martí:

Solo una respuesta unánime y viril, para la que todavía hay tiempo sin riesgo, puede libertar de una vez a los pueblos españoles de América de la inquietud y perturbación, fatales en su hora de desarrollo, en que les tendría sin cesar, con la complicidad posible de las repúblicas venales o débiles, la política secular y confesa de predominio de un vecino pujante y ambicioso, que no les ha querido fomentar jamás, ni se ha dirigido a ellos sino para impedir su extensión, como en Panamá, o apoderarse de su territorio, como en México, Nicaragua, Santo Domingo, Haití y Cuba, o para cortar por la intimidación sus tratos con el resto del universo, como en Colombia, o para obligarlos, como ahora, a comprar lo que no puede vender, y confederarse para su dominio.

Destaquemos cómo José Martí describía en su forma más concreta el tenebroso plan del imperio yanqui. En el centro de ese plan están Cuba, las Antillas y Centro América. En carta al cubano Gonzalo de Quesada y Aróstegui, de 1889, decía nuestro héroe, hablando de Cuba:

Sobre nuestra tierra, Gonzalo, hay otro plan más tenebroso que lo que hasta ahora conocemos y es el inicuo de forzar a la Isla, de precipitarla, a la guerra, para tener pretexto de intervenir en ella, y con el crédito de mediador y de garantizador, quedarse con ella. Cosa más cobarde no hay en los anales de los pueblos libres: Ni maldad más fría, concluía esta idea Martí.

El periódico *Patria* fue vocero martiano de la Revolución cubana, lo creó nuestro héroe para dejar expresado el pensamiento y la orientación revolucionaria de nuestra guerra por la independencia. En un trabajo publicado por José Martí en 1894, en *Patria*, titulado «La verdad sobre los Estados Unidos», decía textualmente lo siguiente:

Es justicia, y de legítima ciencia social, reconocer que, en relación con las facilidades del uno y los obstáculos del otro, el carácter norteamericano ha descendido desde la independencia, y es hoy menos humano y viril, mientras que el hispanoamericano, a todas luces, es superior hoy, a pesar de sus confusiones y fatigas, a lo que era cuando empezó a surgir de la masa revuelta de clérigos logreños, imperitos ideólogos e ignorantes o silvestres indios.

E inmediatamente agregaba José Martí, lo siguiente:

Y para ayudar al conocimiento de la realidad política de América, y acompañar o corregir, con la fuerza serena del hecho, el encomio inconsulto —y, en lo excesivo pernicioso— de la vida política y el carácter norteamericanos, Patria inaugura, en el número de hoy, una sección permanente de Apuntes sobre los Estados Unidos.

Tenemos con Martí un compromiso sagrado que pienso sea también de toda nuestra América. La guerra de independencia de Cuba, según los Estatutos del Partido Revolucionario Cubano, se hacía para dirigir y organizar la liberación del país y para auxiliar y apoyar la del hermano pueblo puertorriqueño. Nuestra entrañable solidaridad con la independencia de Puerto Rico tiene una larguísima historia que hunde sus raíces en el pensamiento de los principales próceres de la lucha contra el colonialismo español y que se ejemplifica en el ideario político y revolucionario de José Martí.

Permítaseme leerles lo que expresaba José Martí en un artículo publicado en 1894. Decía nuestro héroe:

Cuba y Puerto Rico entrarán a la libertad con composición muy diferente y en época muy distinta, y con responsabilidades mucho mayores que los demás pueblos hispanoamericanos... (Y continuaba Martí:) En el fiel de América están las Antillas, que serían, si esclavas, mero pontón de la guerra de una república imperial contra el mundo celoso y superior que se prepara ya a negarle el poder, —mero fortín de la Roma americana; —y si libres— y dignas de serlo por el orden de la libertad equitativa y trabajadora —serían en el continente la garantía del equilibrio, la de la independencia para la América española aún amenazada y la del honor para la gran república del Norte, que en el desarrollo de su territorio —por desdicha feudal ya, y repartido en secciones hostiles hallará más segura grandeza que en la innoble conquista de sus vecinos menores y en la pelea inhumana que con la posesión de ellas abriría contra las potencias del orbe por el predominio del mundo.

Estas son frases literales de José Martí. Su vigencia es impresionante. Pero sigamos textualmente a Martí:

Es un mundo lo que estamos equilibrando: no solo dos islas las que vamos a libertar. ¡Cuán pequeño todo, cuán pequeños los comadrazgos de aldea, y los alfilerazos de la vanidad femenil, y la nula intriga de acusar de demagogia, y de lisonja a la muchedumbre, esta obra de previsión continental, ante la verdadera grandeza de asegurar, con la dicha de los hombres laboriosos en la independencia de su pueblo, la amistad entre las secciones adversas de un continente, y evitar, con la vida libre de las Antillas prósperas, el conflicto innecesario entre un pueblo tiranizador de América y el mundo coaligado contra su ambición... Un error en Cuba, es un error en América, es un error en la humanidad moderna. Quien se levanta hoy con Cuba (concluía Martí) se levanta para todos los tiempos.

E inmediatamente continuaba afirmando:

Con esa reverencia entra en su tercer año de vida, compasiva y segura, el Partido Revolucionario Cubano, convencido de que la independencia de Cuba y Puerto Rico no es solo el medio único de asegurar el bienestar decoroso del hombre libre en el trabajo justo a los habitantes de ambas islas, sino el suceso histórico indispensable para salvar la independencia amenazada de las Antillas libres, la independencia amenazada de la América libre, y la dignidad de la república norteamericana. ¡Los flojos, respeten: los grandes adelante: Esta es tarea de grandes!

Así escribía José Martí.

Evitar con la vida libre de las Antillas que los círculos más reaccionarios de Estados Unidos se apoderaran de esta zona del mundo y cayeran con esa fuerza más sobre nuestras tierras de América, fue uno de sus grandes sueños. Quería José Martí evitar con la independencia de Cuba y Puerto Rico que los émulos de Cutting erigieran en el hemisferio occidental un nuevo imperio que habría de servirles de base para extender su dominio por el mundo.

Le dijo en una memorable carta al mejicano Manuel Mercado, escrita en el campamento de Dos Ríos, un día antes de su caída en combate. Decía textualmente:

Mi hermano queridísimo: Ya puedo escribir, ya puedo decirle con qué ternura y agradecimiento y respeto le quiero, y a esa casa que es mía y mi orgullo y obligación; ya estoy todos los días en peligro de dar mi vida por mi país y por mi deber —puesto que lo entiendo y tengo ánimos con que realizarlo— de impedir a tiempo con la independencia de Cuba que se extiendan por las Antillas los Estados Unidos y caigan, con esa fuerza más, sobre nuestras tierras de América. Cuando hice hasta hoy, y haré, es para eso.

Bien se sabe lo que ocurrió después. Estados Unidos se apoderó de Cuba, de gran parte de América Central y el Caribe, y cayó con esa fuerza más sobre nuestras tierras de América. Los temores de Martí acabaron convirtiéndose en una amarga y dolorosa realidad. Pero las enseñanzas del Maestro calaron en el pueblo cubano y este, tras cerca de sesenta años de gobierno neocolonial imperialista se liberó del yugo de la opresión y levantó la bandera de la libertad y de la independencia. Posteriormente otros pueblos, como Nicaragua, con el ejemplo de Sandino y de Fonseca Amador, iniciaron su propia guerra de liberación conquistando su independencia. Los pueblos del Caribe y Centro América en el fiel del mundo, no se resistieron —ni se resistirán— a vivir de rodillas y se han levantado en pie para oponer firme oposición al imperio norteamericano.

Rememorando los versos de nuestro poeta nacional, Nicolás Guillén:

*Fue largo el viaje ya áspero el camino.
Creció un árbol con sangre de mi herida.
Canta desde él un pájaro a la vida.
La mañana se anuncia como un trino.*

La mañana que se anuncia como un trino está en los corazones combatientes y revolucionarios de un manojo de pueblos de América Central y el Caribe que luchan por su libertad y por asegurar el camino de la liberación definitiva de América. Para esa mañana que se anuncia como un trino, los cubanos y los latinoamericanos como martianos profundos y consecuentes exhortamos a los hombres y mujeres amantes de la libertad y la justicia, de la otra América, la de Lincoln, a que se unan a nosotros para evitar el crimen que se pretende cometer.

El colosal problema que hemos descrito en esta intervención ha llegado a un punto culminante. Estamos llegando al clímax de una

situación que tiene sus orígenes en los problemas denunciados por Martí a fines del pasado siglo. Martí decía que un error en Cuba era un error en la humanidad moderna. Intervenir en nuestras tierras, en las postrimerías del siglo xx, es un error mucho más grave aún y puede significar un desastre de proporciones incalculables. Hay que detener, con la movilización de la opinión pública internacional, la mano agresora. Lo que estamos salvando con este esfuerzo no es exclusivamente a un grupo de países, estamos evitando una hecatombe cuyas consecuencias finales resultan imprevisibles para la humanidad.

En las cercanías del año 1000 de Nuestra Era, muchos pueblos en su fantasía y en su temor a lo desconocido, vivían angustiados ante la idea del fin del mundo. En las postrimerías del segundo milenio de Nuestra Era, es decir, en la víspera del año 2000, el fin de la humanidad no es, desgraciadamente, una idea surgida de la fantasía sino que se aprecia como una posibilidad engendrada por el desarrollo de la carrera armamentista y el incremento criminal de los instrumentos de destrucción. ¿Podrá el hombre con su cultura, que es decir, con su conciencia humana, detener la sin razón y el absurdo de la guerra termonuclear y el exterminio total? Los intelectuales y hombres de talento y de cultura creen que sí podrá evitarse semejante estupidez y locura. Pero para ello se requiere de la más amplia y profunda movilización de todas las fuerzas que marchan en el bando de los que aman y fundan. Y detener las manos criminales que en los arsenales atómicos del imperio yanqui se han adscrito al bando de los que odian y destruyen.

No hallará Estados Unidos grandeza alguna y, en cambio, perderá mucho con ello, si comete el error criminal de intervenir en nuestras tierras. José Martí decía que Estados Unidos encontrará más segura grandeza en el desarrollo de su territorio que con el dominio imperial sobre los pueblos de América Latina. Al detener la mano que intenta llevar a Estados Unidos a una intervención en Centro América y el Caribe, el pueblo norteamericano estará alcanzando a su vez una victoria importante a favor de su propia democracia. El triunfo definitivo de la democracia norteamericana frente a las fuerzas del oscurantismo y de la guerra, será uno de los logros más extraordinarios de la Historia de la humanidad. Evitar por todos los medios a nuestro alcance que los círculos más agresivos del imperio yanqui cometan la torpeza de una intervención, es el único camino para asegurar la democracia tanto en nuestra América como en la del Norte. Esta es, por consiguiente, la tarea más apremiante e importante que tenemos nosotros, los demócratas consecuentes de ambas Américas.

Y los círculos más reaccionarios del imperialismo han de saber que no estamos en los primeros años del siglo xx y nuestros pueblos no están desarmados. Han de saber que si cometen el error y el crimen de introducirse en nuestros asuntos con groseras intervenciones, como lo han hecho en décadas anteriores, esta vez nuestros pueblos sabrán —y podrán— no solo defenderse sino además obtener una victoria como la lograda en Cuba cuando Girón, o como la alcanzada por los heroicos vietnamitas en la década de 1970.

16 [Si logramos materializar en la práctica los acuerdos de esta reunión de seguro que será una reunión histórica en la defensa de la patria puertorriqueña].¹⁹

Es obvio que el pueblo portorriqueño tiene inmensas dificultades, derivadas de una falta de reconocimiento internacional en cuanto a los problemas que confrontan con el imperialismo yanqui. ¿Por dónde empezar? [...] Ya se ha logrado algo en los No Alineados y en el Comité de Descolonización de las Naciones Unidas. Precisamente en este comité se logró caracterizar a Puerto Rico como una colonia norteamericana. Creo que con independencia de seguir trabajando en el aspecto internacional, es decisivo cumplir con el objetivo que ustedes se trazaron al venir a La Habana, para ver cómo ustedes pueden coordinar un amplio movimiento de tipo cultural, con el mayor número de personas posibles en Puerto Rico, que tome fuerza en Puerto Rico y en las instituciones de Puerto Rico, y con esa fuerza, con ese reconocimiento interno, poder también entonces lidiar en un reconocimiento externo. Es decir que, según creo, lo primero que se precisa hacer —y perdonen que yo les haga esta sugerencia— es ver qué pasos prácticos pueden dar ustedes para un fortalecimiento interno del movimiento intelectual y cultural de Puerto Rico, y para eso lo esencial es la creación de ese comité.

[...]

Este comité será por los derechos soberanos y democráticos de Puerto Rico, de gran amplitud en lo político y en lo ideológico, sin sectarismos, y se deberá incorporar el mayor número posible de instituciones y de personalidades. [...] Es decir, todo aquel que quiera incorporarse a la idea de una plataforma de defensa de la identidad cultural de Puerto Rico. Reitero que este comité, en las condiciones de Puerto Rico, debe luchar por la protección y la defensa de la identidad cultural de Puerto Rico y ser lo más amplio posible. La amplitud reside en no tener limitaciones de tipo político, de una selección demasiado rigurosa, de que si se tiene tal o cual militancia.

¹⁹ Fragmentos de la intervención que realizó en la reunión con intelectuales puertorriqueños, en la que también se encontraba presente Mariano Rodríguez, presidente de la Casa de las Américas, entre otros destacados artistas e intelectuales de Puerto Rico y de Cuba, el 24 de abril de 1982.

[...]

Pienso que el Comité debe tener un buen contacto con las instituciones universitarias de Puerto Rico y con los organismos de carácter estudiantil y de carácter académico de la Universidad de Puerto Rico que puedan servir de fuerza motriz para todo esto. En este aspecto, una de las cuestiones esenciales es encontrar un grupo dinámico y organizador, es lo más importante, y con criterio amplio.

[...]

También se deberán realizar algunas ediciones de textos que muestren al mundo lo que es Puerto Rico.

[...]

Creo que si se trabaja con firmeza y con paciencia están ustedes iniciando un movimiento que puede ser de gran envergadura, y que puede abrirles paso a ustedes en el futuro para todo ese interés sano y justo en una presencia internacional, en la Unesco, en los No Alineados, en las Naciones Unidas. Pero lo más importante de ustedes es lograr esa fuerza interna, esa unidad entre ustedes, y realizar trabajo conjunto con la Casa de las Américas, para abrir un camino, para ofrecer una luz al hermano pueblo portorriqueño.

[...]

Porque la anexión —y esa es una de las consignas que ustedes pueden levantar— significa por definición la renuncia a la cultura nacional. Así que, quien ya es anexionista, de hecho ha renunciado a la cultura nacional; por lo tanto, ya qué cosa va a hablar de cultura un anexionista. Ese es un elemento muy importante.

[...]

Nosotros también vamos a tener todos los años una semana del Caribe, una gran fiesta del Caribe. Este año la concluimos en Santiago de Cuba, hace unos días. Bueno, ahí podremos invitar a Puerto Rico, y en la Exposición del Pabellón Cuba podremos invitar a Puerto Rico, y tener siempre a Puerto Rico y la defensa de su soberanía como una bandera de los cubanos. Lo que nos hace falta es que ustedes tomen la iniciativa. Si ustedes tienen la capacidad de organización y la capacidad de dirección y la capacidad de movilizar a muchas personas en esto, van a tener el apoyo y la iniciativa de todos los pueblos en este empeño. Podemos aprovechar la semana de la cultura caribeña en Santiago de Cuba, podemos aprovechar la semana de la cultura portorriqueña en Cuba, que [...] esté en relación con Albizu Campos y el Grito de Lares...

¿Y por qué no hablan mañana con Santiago Álvarez, sobre eso? Que uno de ustedes... tú mismo, que hiciste la propuesta; estableces contacto con Santiago Álvarez sobre eso. Mañana hablen con él y díganle que haga un documental sobre Puerto Rico, sobre la cultura portorriqueña y la identidad cultural de Puerto Rico...

[...]

También se deberá desencadenar un movimiento de masas alrededor de la soberanía del pueblo portorriqueño, en la cual se incorporarán la red de clubes, asociaciones, los pequeños grupos de simpatizantes, con sus filiales en todos los municipios y en los centros universitarios.

[...]

Por lo tanto, hay dos vertientes donde trabajar: la vertiente del comité representativo de figuras, intelectuales y demás que le den prestigio a este movimiento, y la vertiente de un grupo, de una asociación y de agrupaciones celulares de intelectuales en distintos lugares de Puerto Rico, y en sectores, es decir, hacer toda una organización social de eso. Y hacerlo con amplitud.

[...]

Porque ustedes tienen que aspirar a desencadenar este movimiento de masas alrededor de todo esto, porque si no, cómo van a defender la identidad cultural de Puerto Rico. No la van a defender con un grupo de personas sino con centenares de miles de personas, de intelectuales y jóvenes, que tienen que llegar a ser representativos en los centros secundarios, en las universidades, etc... Por eso es que yo hablaba de la identidad cultural de Puerto Rico.

[...]

Claro que encontrarán un sinnúmero de obstáculos; va a haber millones de obstáculos y va a haber errores, dificultades, debilidades, pero lo más importante es tener la idea y que esa idea esté avalada por una necesidad histórica concreta acerca de la soberanía del pueblo portorriqueño. Yo creo que nadie duda que esa necesidad histórica, concreta, existe; nadie duda que existe una necesidad de defender la cultura portorriqueña, que es defender a Puerto Rico. Porque defender la cultura de un país, es defender a un país. Porque la cultura es la forma de ser del país. Un país es o no es, en función de que tenga o no tenga una cultura, y si ustedes están en disposición de defender la cultura de Puerto Rico, están en disposición de defender a Puerto Rico [...] porque al afirmar la cultura portorriqueña, lo que están es afirmando a Puerto Rico.

Ahora, las labores que tienen por delante no son fáciles. No piense nadie que tendrá un camino trillado y de rosas sin espinas. Desde luego, habrá incomprensiones, dificultades; pero lo más hermoso no van ya a ser los problemas, sino el empeño que ustedes se han trazado, y si ustedes logran materializar estas vías abrirán un camino, no solo a Puerto Rico en el campo cultural, sino en el campo de la historia de Puerto Rico.

17 [Los pueblos latinoamericanos estamos unidos por nuestra historia común].²⁰

Hace meses, en junio del pasado año, se desarrolló en Panamá una Jornada Cultural Cubano-Panameña, y hoy inauguramos la Jornada Cultural Panameña en La Habana. Ello es todo un símbolo de la unión entre nuestros dos pueblos, y la unión de los pueblos de lo que Martí llamó la América Nuestra, la situada al sur del río Grande. Por estas vías y con las raíces de la cultura, andamos unidos estrechamente los pueblos de este continente.

Desde la época de Bolívar hasta los tiempos presentes, una marcha unida ha caracterizado a nuestros pueblos, una vocación de unidad continental. Esa aptitud no es algo improvisado y postizo, sino que se encuentra en la raíz misma de nuestra propia existencia nacional, en cada una de nuestras patrias.

Ya a fines del siglo pasado, el genio político-ideológico de José Martí lo expresó con meridiana claridad y profundidad, y avizó también Martí cuál era el enemigo principal de la unidad de nuestros pueblos, y llamó a ella con fuerza y vehemencia heroica, y llamó a ella con profundidad que hoy, a varias décadas de su muerte, a ochenta años o más de su muerte, se recuerda con una profundidad y con una elocuencia realmente increíbles, porque los hechos de hoy fueron previstos genialmente por Martí y por los próceres de nuestras gestas independentistas en la lucha por conseguir esta unidad continental.

El colosal problema esbozado por Bolívar cuando dijo: «Estados Unidos parecen destinados por la providencia a cargar a América de desgracias en nombre de la libertad», el colosal problema planteado por Martí a fines del siglo XIX con relación al imperialismo norteamericano, ha llegado en los tiempos presentes a un punto dramático de culminación. El ciclo iniciado a principios del pasado siglo, el ciclo señalado y estudiado a fines del pasado siglo por Martí, está hoy en un momento decisivo y culminante de su historia.

Esta Jornada Cultural Panameño-Cubana no puede estar ajena a esa situación actual. En la época presente se ha visto de manera elocuente,

²⁰ Versión de las palabras pronunciadas en la apertura de la Jornada Cultural Cubano-Panameña, donde se encontraban presentes Oscar Fernández Mell, presidente de la Asamblea Provincial de la Ciudad de La Habana; Moisés Torrijos, presidente de la delegación panameña; y el Embajador de Panamá en Cuba, celebrada en La Habana, el 28 de mayo de 1982.

y que no quepa la menor duda a aquellos que pudieron antes tenerla, quién es el enemigo principal de esa unidad continental y quién es el aliado esencial de las fuerzas extracontinentales que tratan de imponer en esta zona del mundo su hegemonía.

En estos mismos salones del Palacio de los Capitanes Generales de La Habana, hace ya varios siglos, tuvo su sede un centro importante del colonialismo europeo en América. Desde luego que estas instalaciones construidas por el colonialismo, realmente las trabajaron y las edificaron trabajadores, esclavos, hombres y mujeres venidos de diversos lugares del mundo y, especialmente, de África, después que exterminaron la población aborigen en Cuba. Estas instalaciones, estos muros, sede antaño del sistema colonial español, son hoy un museo de exposición de toda nuestra historia. Ningún lugar más elocuente y más significativo, pues, para dejar inaugurada esta Jornada Panameña, la sede principal del colonialismo español en América, la sede principal del colonialismo europeo en América.

Pero aún hoy, en la década de 1980, gente de pensamiento reaccionario o cavernícola pretenden mantener el colonialismo europeo en América cuando ya han pasado muchos años. Aún hoy pretende el imperialismo norteamericano, aliado al colonialismo inglés, imponerle a América la continuación del colonialismo, como se ha visto o como se está viendo dramáticamente en los momentos actuales en ocasión de los sucesos dolorosos de Las Malvinas.

Es decir, que aquel problema ha llegado en Centroamérica y ha llegado en Las Malvinas a un punto culminante. Punto culminante que en una hora de cultura, en un minuto de cultura no puede dejarse de hablar, no puede dejarse de mencionar en una jornada cultural; porque si unidos estamos por la historia, unidos estamos por la cultura y unidos debemos estar en el futuro por la política y por la acción unida contra nuestros enemigos. Unidos en un momento de reflexión, de dura lucha, duro combate en el que mueren los latinoamericanos defendiendo el derecho a la independencia total, defendiendo el derecho contra el colonialismo; en un minuto en que luchan y mueren los latinoamericanos, pero en un minuto también de profunda reflexión para nuestra América, en un minuto de caminos de unidad para nuestra América, en donde se ha visto con toda claridad, con toda nitidez, quién es el verdadero enemigo de nuestros pueblos.

Por eso, en un acto de cultura, en el inicio de una jornada cultural, raíz y fuerza de nuestra unidad, mencionamos, como aquí lo ha hecho también nuestro amigo Moisés Torrijos, esta circunstancia.

Nos agrada mucho, compañeros panameños, la presencia vuestra aquí. Ya han sido diversas las relaciones que en el orden cultural hemos tenido con muchos de ustedes. Estamos en disposición de continuar ese trabajo cultural, porque él abre caminos de unidad en todos los sentidos. Estamos en disposición de seguir trabajando por nuestra unidad cultural, de seguir laborando por nuestro empeño común de unidad continental con ustedes. Nadie podrá detener la unidad de nuestra América, vocación de Bolívar, vocación de Martí, vocación de Torrijos, vocación de todos los hombres que por América han luchado, y se muestra en la acción diaria, se muestra en la política y se muestra también en la cultura, raíces de nuestra vida y de nuestra historia.

Muchas gracias por haber venido a nuestra patria, compañeros panameños.

18 [El papel del Caribe en el diálogo entre las dos Américas].²¹

Sean mis primeras palabras para agradecer el honor de hablarles a ustedes en la mañana de hoy. Sean también para darles la más afectuosa bienvenida a nuestro país y para desearles éxitos en el empeño que esta Asociación de Estudios del Caribe se propone.

Nos complace extraordinariamente apreciar que ustedes hayan podido llegar hasta aquí. Valoramos el hecho de que debieron sortear dificultades para arribar a nuestro país. Y nos emociona el valor y la decisión que ustedes han tenido al seleccionar, primero, y al organizar e instalar después, en nuestro país, vuestra reunión anual de trabajo. Tienen ustedes todas las posibilidades para expresar sus ideas y para hacer las investigaciones que puedan resultar de interés al empeño noble que se propone esta institución.

En mis palabras desearía transmitirles algunos criterios y algunos conceptos de lo que nosotros entendemos por el Caribe y de lo que para nosotros significa el Caribe en el diálogo necesario, y diríamos indispensable, entre las dos Américas: la del sur del Río Grande y la del Norte. Y he de hablarles con toda sinceridad porque ustedes se merecen nuestra más amplia sinceridad.

Para nosotros el Caribe puede tener un doble significado. Puede tener un significado geográfico, perfilado en determinados límites que siempre son muy cuestionables, que siempre son muy discutidos entre los especialistas, pero el concepto que más nos interesa del Caribe es su caracterización sociocultural, su caracterización socioeconómica. Y lo podemos tipificar como un concepto que se traduce en un elemento cultural de la siguiente manera: aquellas zonas de las Américas —y fíjense bien que digo «de las Américas»— que estuvieron caracterizadas o influidas por la presencia africana en nuestro continente. Es decir, en donde la presencia de los elementos culturales africanos se hizo sentir, en combinación, desde luego, con elementos europeos y con elementos aborígenes; los elementos indios de América. Así nosotros caracterizamos y tipificamos el Caribe. Es un concepto un tanto complejo y cuyos límites geográficos no son

²¹ Versión de su discurso en la apertura de la IV Reunión Anual de la Asociación de Estudios del Caribe, celebrada en la Casa de las Américas, con la presencia del Dr. Oscar Ronald Dathorne, el 13 de julio de 1982.

fáciles de determinar, pero que irradia todo un fenómeno social y todo un fenómeno cultural.

Y esa zona del mundo constituye un punto muy importante en la balanza de fuerzas internacionales. Y no es que lo digamos nosotros ahora, o que se revele en nuestra realidad de hoy, sino que fue genialmente previsto por el más grande caribeño de todos los tiempos: José Martí.

Y con esas sagradas memorias y el corazón abierto venimos a hablarles a ustedes en la mañana de hoy, y a felicitarlos de la posibilidad de un diálogo entre lo que ustedes representan y lo que nosotros representamos. Y ese diálogo es indispensable; diálogo entre los pueblos de América del Norte y los pueblos de América Latina y el Caribe. No olvidemos que por el Caribe comenzó la conquista de América. Por el Caribe comenzaron las revoluciones en Latinoamérica y el Caribe, con la Revolución haitiana. Por el Caribe comenzaron las revoluciones sociales de América Latina en esta segunda mitad del siglo, con el triunfo de la Revolución cubana; por el Caribe, punto álgido y difícil, debe comenzar un diálogo profundo y abierto entre nuestros pueblos y el pueblo de Lincoln y de la tradición democrática norteamericana. Y pienso que para este diálogo entre pueblos que ha de hacerse a luz descubierta, para este diálogo entre masas del pueblo o sus representantes genuinos, y que puede tener como voceros importantes sus intelectuales, podemos valernos esencialmente del pensamiento de José Martí. Y por eso en la mañana de hoy permítaseme explicar algunas cuestiones más de este hombre de trascendencia universal, y al que Fidel consideró el «Autor Intelectual del Asalto al Cuartel Moncada», y al que todos nosotros, los cubanos de hoy, consideramos nuestro maestro, nuestro guía esencial.

El colosal problema que Martí previó a fines del pasado siglo en las Antillas, el colosal problema del mundo coaligado contra el poder de los círculos gobernantes de Norteamérica; el colosal problema está llegando a una necesidad de colosal solución. Ha llegado al punto, ya, en el cual se manifiesta como una necesidad de solución, so pena de un colosal disparate.

¿Es posible ese diálogo? ¿Es posible lograrlo? ¿Será, acaso, un idealismo de nuestra parte pensar en la posibilidad del diálogo entre pueblos? ¿Es posible que sea un idealismo, pero un idealismo de esos que aspira a salvar a la humanidad de una hecatombe colosal! Y si fuera un idealismo, sería un idealismo: ¡imprescindible! Y es indispensable que se conozca que aquí en el Caribe está este punto álgido y difícil de las relaciones entre las dos Américas, y que aquí tendrá que

ventilarse este diálogo indispensable. Por eso es que ustedes pueden desempeñar un papel tan importante.

Pero se preguntarán ustedes cuál será la razón por la cual en la zona del Caribe se ha desarrollado todo un movimiento de liberación social, todo un movimiento que entra en contradicción por ciertos intereses de Norteamérica. Serían factores históricos, factores económicos y factores sociales. Pero parece a simple vista, y dicho de una manera somera, que en estas zonas caribeñas de la América al sur del río Grande, de la América de Martí, parece que en estas zonas caribeñas no se logró estabilizar una poderosa clase burguesa que impidiera un desarrollo del movimiento popular, como ocurrió en otras regiones de la propia América Latina, donde hubo un desarrollo capitalista más poderoso y un desarrollo social burgués más fuerte que impidieron un movimiento popular.

Es lo cierto aquí que el movimiento popular ha tornado una fuerza singular, y se producen en la América caribeña y en la zona de América, el Caribe y Centro América en general, sucesos como los de Cuba, como los de Nicaragua, como los de Granada, como los del Salvador, como los de América Central, porque parece que por aquí no pudo estabilizarse una poderosa clase burguesa. ¿Y saben ustedes por qué no se estabilizó por aquí una poderosa clase burguesa? ¡Precisamente por la intervención norteamericana en esta zona del mundo, que se hizo más profunda! Precisamente porque cuando en esta zona podía haberse desarrollado una clase burguesa, el imperialismo norteamericano intervino y paralizó el desarrollo social de nuestros países.

Una vez conversé con un grupo de 55 académicos norteamericanos, rectores de universidades. Fue una conversación franca, abierta; hace años estuvieron en Cuba. Siempre recordaré esa conversación. Y como se suele tanto hablar por muchos de la cultura occidental, nosotros dijimos: no nos gusta hablar de la cultura occidental, porque en definitiva la cultura ha de ser universal y no debemos enmarcarla con fórmulas geopolíticas. Pero en fin, les decíamos a los rectores: Si por tal se entiende el movimiento intelectual de los pueblos de Europa en su zona occidental, si por tal se entiende el movimiento intelectual de Grecia, Roma, el renacimiento, los enciclopedistas, hasta culminar en el movimiento intelectual europeo del siglo XIX, cuáles son los puntos esos culminantes de esa cultura occidental, si por tal se entiende, y dijimos entonces: pues la Economía Política inglesa, la Filosofía Clásica Alemana, el socialismo francés... ¿Y qué salió de ahí? ¿De dónde salieron nuestras ideas? ¡No salieron de Oriente, salieron de Occidente! De Alemania, Francia, Inglaterra.

Queremos el diálogo abierto con el pueblo norteamericano y puedo asegurarles lo siguiente: sabemos que contra Cuba hay prejuicios; sabemos que contra nuestro país hay críticas, sabemos que, incluso, muchos pueden no estar de acuerdo con nuestras ideas, y una gran cantidad de personas entran en contradicción con nuestras ideas y con nuestra política. Si son honestos, si son sinceros, si quieren la paz, nosotros les extendemos la mano aún cuando tengan prejuicios respecto a Cuba. Porque nosotros sí podemos comprender la razón de esos prejuicios y quisiéramos que ustedes se lo transmitieran a todos los norteamericanos que ustedes puedan conocer: que nosotros no albergamos antipatía contra el pueblo norteamericano y que le extendemos la mano a todo norteamericano honesto, aún cuando tengan prejuicio en contra de Cuba, aún cuando crean en la propaganda que se hace contra Cuba... Que lo único que queremos es el diálogo abierto con el pueblo norteamericano, que se nos comprenda y que se nos respete en nuestro derecho al camino que hemos escogido. Y que si hay científicos, maestros, educadores, académicos, artistas, escritores, técnicos, ingenieros, periodistas honestos, amantes de la paz, que quieren evitarle al mundo el colapso definitivo de la civilización, aún cuando tengan ideas contra nuestra política, aún cuando tengan prejuicios en contra de Cuba, nosotros les extendemos la mano, porque nosotros admiramos a todos los pueblos del mundo sin excepción. Nuestra visión del mundo es internacionalista, es internacional, y queremos y admiramos a todos los pueblos del mundo sin excepción.

Pero es más, pensamos en algo muy práctico, muy necesario, y es que el pueblo de los Estados Unidos debe desempeñar un papel destacado en la solución de los problemas del mundo de hoy. Y quizás sea el pueblo de Estados Unidos el que más pueda hacer en el mundo de hoy para evitar el colapso de la civilización. Porque el colapso de nuestra civilización está en el orden del día de nuestros problemas.

No se trata de una fantasía. En los años finales del segundo milenio, es decir, los que vivimos, el fin de la humanidad no es solo, desgraciadamente, una fantasía sino también una posibilidad creada por el desarrollo de la técnica y de la ciencia y de la carrera armamentista. No estamos dramatizando. Las armas que en la historia de la humanidad se han construido siempre se han usado. Hay que evitar, por primera vez en la historia humana, que las armas construidas por el hombre se usen. Y si cualquiera de ustedes tiene conocimiento de que vuestro hijo, o vuestro hermano, o vuestra esposa, o vuestro

esposo, está en la esquina en peligro de morir, sale de esta reunión a salvarlo. ¡Dejamos lo que estamos haciendo y vamos a salvarlo! Pues bien, lo que está en peligro no es solo vuestro hijo, vuestro padre, están en peligro los hijos y los padres de toda la humanidad y la humanidad misma. ¡Hay que correr a salvarla!

Y pienso que quien más puede influir en esto, quien más puede ayudar en esto, es el pueblo norteamericano, con la movilización de su conciencia y con sus movilizaciones populares y con su opinión pública y con sus tradiciones democráticas. ¡Eso es, compañeros y amigos, lo que pensamos en el Caribe! Eso es lo que queremos en el Caribe: vivir en paz, vivir junto a ustedes en armonía y en amistad, y evitarle al mundo el holocausto de la civilización y de la cultura. Eso es el Caribe. Pero, desde luego, bien se sabe que en el Caribe también se pelea, se lucha. Y nadie ha de pensar que estas palabras, cargadas de verdad y de sinceridad, pueden estar impulsadas por un temor nacional o personal, sino que están cargadas de espíritu de lucha, de disposición de combate. Ha de recordarse muy bien que en el Caribe, en 1962, el pueblo de Cuba estuvo dispuesto al holocausto nuclear con tal de defender su derecho a la independencia y su derecho a un camino digno y a un camino plenamente democrático. Pero ese mismo pueblo, y todos los pueblos del Caribe, les exhortan a ustedes y les llaman a que luchen por la paz entre los hombres.

¡Fue el ideal de todas las religiones, fue la aspiración de todos los hombres, desde que el mundo es mundo! ¡El colosal problema de la guerra y la paz se ventilará en los próximos cinco, diez, quince o veinte años en el mundo, y el Caribe debe dar la voz de alarma y llega a ustedes para transmitirles este mensaje; mensaje de paz y de amistad y de diálogo entre pueblos! Diálogo entre los intelectuales, diálogo constructivo y democrático. Queremos la amistad con ustedes, queremos el vínculo fraternal con ustedes.

Hace unos días me hicieron una entrevista para la radio y la televisión norteamericanas y me preguntaron: ¿Qué es lo que más desearía usted para la cultura, qué es lo que más le interesa a usted en el desarrollo en las relaciones entre Cuba y Estados Unidos? Y dije: Lo que más me interesa son las relaciones y los vínculos con el pueblo norteamericano. Lo que más nos interesa a nosotros son los vínculos con ustedes. Y ese vínculo lo vamos a seguir desarrollando aunque se oponga quien se oponga. ¡Ese vínculo, en cualesquiera condiciones, en cualquier situación, siempre lo desarrollaremos, y si lo podemos desarrollar en paz, tanto mejor, más amplia y profundamente! Pero si tenemos que desarrollarlo en situaciones adversas, siempre nos

dirigiremos al pueblo norteamericano para que él diga también su palabra en el conflicto entre los «Estados Unidos de Cutting» y los pueblos de América.

¡Que triunfen los Estados Unidos democráticos de Lincoln, es la aspiración que para ustedes tienen los pueblos del Caribe!

19 [Nadie podrá separarnos de Nuestra América].²²

Nos sentimos muy felices de encontrarnos de nuevo en la querida tierra mexicana, a la que estamos unidos por tantos lazos históricos, morales y culturales. Vayan mis primeras palabras de saludo al pueblo de México, a su Gobierno y a sus intelectuales y trabajadores de la cultura. Trasmítimos un reconocimiento especial a los organizadores de este importante evento, y a la Unesco y a su Secretaría como gestora y ejecutora principal.

Desde hace largos meses venimos laborando para asegurar nuestra mejor contribución al éxito de esta Conferencia Mundial sobre Políticas Culturales. Llegamos a ella cuando se han recrudecido las tensiones internacionales, y cuando parece que las palabras y la cultura poco pueden decir en un mundo donde las armas han comenzado a hablar su lenguaje de locura y estupidez. Para algunos pueblos de la tierra la guerra no es hoy una amenaza, sino que son una tremenda realidad la guerra y la violencia. Y de la guerra y la paz hay que hablar en esta sala, porque es la única manera honesta de hablar de la cultura en los tiempos que vivimos. No hemos venido aquí a encubrir con bellas palabras o con preciosismos técnicos la verdad evidente de que la historia de la humanidad y su creación milenaria, la cultura, están en una encrucijada sin aparente ni fácil salida.

Permítaseme informarles que recientemente, del 26 al 29 de abril pasado, se celebró en La Habana una Reunión de Expertos y Altos Funcionarios de la Educación y la Cultura de los Países No Alineados y Otros en Desarrollo, con la participación de 43 naciones. En el encuentro se efectuó un intercambio de ideas sobre las diferentes preocupaciones e intereses de los países participantes con respecto al desarrollo y a la aplicación de políticas culturales.

Se abordaron temas tales como las relaciones del movimiento cultural con la situación educacional del mundo; la cultura y la democracia, la identidad cultural de cada pueblo y sus relaciones con el resto del mundo y, dentro de ello, la restitución de los bienes culturales; la cultura y el control de la información, la cultura y la liberación nacio-

²² Discurso pronunciado en la II Conferencia Mundial sobre Políticas Culturales de la Unesco, en la que se encontraban presentes el presidente de México y el director general de la Unesco, celebrada en México entre el 26 de julio y el 6 de agosto de 1982.

nal, la cultura y el desarrollo económico y social de nuestros pueblos y el papel de la cultura en la lucha por la paz.

Nuestra delegación hace suyas esas prioridades, no solo atendiendo a sus responsabilidades en el movimiento de Países No Alineados, sino también como nación. En consecuencia, queremos empezar por referirnos a la crítica situación educacional por la que atraviesa la humanidad.

Según datos ofrecidos por la Unesco, en 1980 el mundo tenía 814 millones de adultos analfabetos, de los cuales un 60 % eran mujeres. La tasa de analfabetismo en los países industrializados era de 2 por cada 100 personas, y de 40, y en algunos casos de 60, en los países en desarrollo. Se calcula que para 1990 la cifra se elevará a 884 millones, y se pronostica el arribo al siglo XXI con mil millones de adultos analfabetos. A ello hay que agregar que existen actualmente 123 millones de millones de niños en edad escolar que no frecuentan la escuela porque no tienen acceso a ella.

En América Latina y el Caribe, por ejemplo, la población analfabeta a partir de 15 años alcanza una cifra superior a los 40 millones. Cuando esta cifra se concreta por países, el problema se torna extraordinariamente más angustioso. El índice de analfabetismo declarado oficialmente en algunas naciones llega al 37 %, al 54 % y al 77 %. Un estimado general nos permite afirmar que, por lo menos, uno de cada cuatro habitantes de Latinoamérica y el Caribe no puede leer las páginas de un libro o los titulares de un periódico, y no puede escribir una carta o firmar un documento. La alta tasa de deserción escolar en América Latina llega a un 60 %, y esto ocurre en un continente donde el 42 % de la población tiene menos de 14 años de edad, es decir, donde habitan 150 millones de niños y adolescentes.

El primer gran reto que tiene que afrontar la comunidad internacional para su desarrollo cultural es la batalla contra el analfabetismo. En este sentido debemos intercambiar experiencias y apoyarnos mutuamente, sin escatimar esfuerzos. En segundo lugar, es necesario ampliar y perfeccionar los sistemas de enseñanza, muy especialmente de los países subdesarrollados, para que estos alcancen a las amplias masas de la población y respondan a los intereses concretos de cada nación. No ignoramos los esfuerzos que se hacen de modo particular por la Unesco en lo que toca al desarrollo educativo de nuestra región, y brindamos nuestra colaboración para su ejecución.

Mucho se ha hablado de la democracia en la cultura, pero aún así nos parece que todavía no se ha hablado lo suficiente. Por eso nosotros tenemos interés en hablar de la democracia en la cultura, y sobre

todo tenemos interés en definir qué entendemos por tal. Mucho se ha hablado en relación con la democracia en la cultura de los pueblos de Occidente. No me gusta hablar de «los pueblos de Occidente», porque tenemos un concepto universal de la cultura. Sin embargo, en lo que tradicionalmente se conoce por «Occidente», desde un punto de vista geográfico, e incluso cultural, Cuba es un país ubicado en esta zona del mundo.

Se ha dicho que Cuba debe volver a Occidente. ¡El problema es que Cuba no ha salido —ni piensa salir— del hemisferio occidental! El problema es que Cuba, con ideas y con una cultura propia de los pueblos de Occidente, tiene una concepción universal y no divide con conceptos geopolíticos al universo.

No limitamos la democracia al hecho de que una minoría tenga posibilidad de escribir y de crear, con su libre iniciativa. Las posibilidades de que las personas con capacidad de escribir y de crear arte puedan hacerlo libremente, es un aspecto sustancial de la democracia. Pero no es el único. Millones de seres humanos en el mundo no saben leer o no pueden disfrutar de los beneficios de una obra de arte, no pueden comprar un libro, no pueden asistir a galerías o museos. La democracia ha de concebirse en una forma tal que satisfaga las necesidades e intereses de esos millones de personas.

En Cuba, cuando hablamos de política cultural no nos referimos exclusivamente al tratamiento de los creadores individuales —artistas y escritores—, aunque, por supuesto, también los incluimos a ellos, sino esencialmente a la promoción y difusión cultural en la población; es decir, subrayamos la participación activa y creadora del pueblo, tanto en la elaboración de la política cultural como en el desarrollo de la creatividad artística. Y es esto lo que define, en última instancia, el carácter democrático y popular de una política cultural.

Otro aspecto esencial de una política cultural que garantice la calidad estética, está en valorizar las raíces culturales de la nación y, partiendo de ellas, desarrollar a planos superiores la creación. Para esto hay que apoyarse en la investigación científica y crear centros de este carácter. Desde luego, no podemos quedarnos en las raíces y en lo tradicional, hay también que buscar lo nuevo, pero sobre el presupuesto de fundamentarse en lo histórico y popular.

La preservación y revaloración de la identidad cultural de cada pueblo es un principio rector en materia de política cultural. Pero la protección de la identidad cultural no debe entrar en antagonismo con la necesaria relación de la cultura de cada país con las del resto

del mundo. No podemos renunciar al diálogo entre las culturas y a las más amplias relaciones culturales, pero debemos reclamar que estas contribuyan al enriquecimiento mutuo, lo que solo es posible si se inspira en el reconocimiento de la igual dignidad de las culturas. Por estas razones, la Conferencia de los No Alineados, celebrada en La Habana, señaló textualmente:

Reafirmar la identidad cultural no significa adoptar una actitud de aislamiento o sectaria, sino que en la teoría y en la práctica la cooperación cultural con los demás países debe realizarse sobre la base de una auténtica igualdad cultural, producto de un diálogo común.

Los cubanos nos orientamos por el principio enunciado por José Martí en el siglo pasado [XIX]:

Injértese en nuestras repúblicas el mundo; pero el tronco ha de ser el de nuestras repúblicas.

La solución que tiene el problema de la relación entre lo nacional y lo internacional la hemos enunciado de la siguiente forma: partimos de lo nuestro nacional hacia lo nuestro latinoamericano y caribeño, y de ahí hacia lo nuestro universal. Somos cubanos, latinoamericanos y caribeños, y también universales. Lo hacemos fundamentándonos en nuestra propia identidad cultural, y es que la cultura cubana tiene elementos ampliamente universales.

En América Latina y el Caribe se produjo una combinación cultural de carácter ampliamente universal. A Cuba se le quiso separar del resto de América, y nunca hemos estado más unidos a ella. Nadie podrá separarnos de Nuestra América. Los acontecimientos recientes, por encima de criterios políticos y filosóficos, han mostrado que en esta zona del mundo existe una identidad supranacional de carácter cultural. Desde la época de la lucha por la independencia, se ha manifestado con fuerza una profunda vocación de la identidad cultural supranacional en Nuestra América. Estamos estrechamente unidos a los pueblos de América Latina y el Caribe. Más allá de las posiciones ideológicas y políticas, tenemos una plataforma común con los más diversos países del Continente.

Los países de América Latina y el Caribe, por encima de sus diferencias políticas y filosóficas, deben marchar unidos, y una manera de hacerlo es precisamente la de la cultura. Como dijo José Martí: «...hemos de andar en cuadro apretado, como la plata en las

raíces de los Andes». Tenemos una historia común, un futuro común, problemas comunes. Nuestras discrepancias son históricamente accidentales. La esencia de nuestra identidad trascenderá a las actuales generaciones. Desde la época de Bolívar, Juárez, Martí y todos los próceres de nuestra independencia, poseemos una identidad cultural: la de los países situados al sur del río Grande, y a ella no ha renunciado ni renunciará Cuba. Ella forma parte esencial de nuestra manera de ver las cosas. Nuestra política y nuestra cultura pasan por una coordenada geográfica, y esta atraviesa la cima de los Andes y se extiende desde el sur del río Grande hasta la Patagonia.

La identidad cultural, ha dicho la Unesco, «...es el sentimiento que experimentan los miembros de una colectividad que se reconocen en esa cultura y de no poder expresarse con fidelidad y desarrollarse plena y libremente si no es a partir de ella». La cultura de cada país es la expresión de su propia naturaleza, vale decir, de su identidad como pueblo diferenciado e independiente de los demás.

Por esta razón, afirmar la identidad de cada pueblo es un acto de liberación y soberanía. Es más, en la Conferencia de los Países No Alineados celebrada en La Habana, se llegó a la conclusión de que «la cultura es un medio para desarrollar, contribuir y reafirmar la independencia y la igualdad política». Y se dice, además, textualmente: «La afirmación de la identidad cultural y la revalorización de las culturas nacionales, unidas a un proceso intensivo de democratización cultural, son, por tanto, un instrumento de liberación...».

No he de referirme a estos problemas sin ir a los ejemplos concretos. No queda más alternativa que la ejemplificación. Permítaseme, por ello, Señor Presidente, mencionar tres casos en que se hace evidente la necesidad de la protección de la identidad cultural y las íntimas relaciones entre cultura y nación y, por consiguiente, entre cultura y política.

Como un reclamo insoslayable de nuestras conciencias de hombres de cultura, nos sentimos en el ineludible deber de proclamar expresamente nuestro sentimiento de solidaridad hacia el pueblo de Palestina, al que en estos mismos momentos, mientras hablamos en esta tribuna, se le niega el derecho a desarrollar su propia cultura y, aún más, se le somete a un brutal intento de despojarlo de su identidad cultural, de sus caracteres nacionales y de sus derechos inalienables como nación.

El mundo contempló durante siglos cómo el pueblo hebreo sostuvo una lucha titánica por su identidad; observó espantado la persecución que contra los judíos lanzaron en su época los nazis. Sin

embargo, hoy, por paradoja, Israel es el que persigue a otro pueblo para negarle su derecho a la propia identidad. Y de la misma forma en que admiramos la lucha histórica y heroicamente sostenida del pueblo hebreo por su identidad, odiamos la persecución brutal que se está ejerciendo contra la nación palestina y defendemos su derecho inalienable como país independiente. ¡Este es un asunto de cultura! Y nadie podrá negar, con razón y justicia, que la protección de los derechos palestinos a su propia identidad cultural constituye una obligación ineludible de la Unesco.

Otro ejemplo de negación de la identidad cultural de un pueblo, y al que no podemos dejar de referirnos, está en la política del apartheid. El régimen de Pretoria mantiene el criminal sistema del apartheid sobre la mayoría negra de Sudáfrica y niega a Namibia su independencia. Las constantes agresiones contra los países de la Línea del Frente, y en primer lugar contra Angola y Mozambique, así como la renuncia a cumplir las resoluciones de las Naciones Unidas sobre la liquidación del racismo y el fin de la ilegal ocupación de Namibia, sitúan a las autoridades de Sudáfrica al margen de las normas del derecho internacional y como una amenaza permanente a la paz y la seguridad internacional. ¡Contra el racismo y el apartheid se ha pronunciado muchas veces la Unesco, porque constituyen flagrantes violaciones de los derechos iguales de todos los hombres a la educación y la cultura! ¡Contra el racismo y el apartheid nos pronunciamos también en esta conferencia, porque constituyen flagrantes ejemplos de políticas anticulturales!

Otro ejemplo sobresaliente en nuestra época de lucha titánica por la defensa de la identidad cultural, la ofrece el hermano pueblo de Puerto Rico. Permítaseme que como cubano haga especial mención al asunto, por cuanto José Martí, el héroe de nuestras guerras de independencia, fijó en las bases del Partido Revolucionario Cubano, como uno de los objetivos de nuestra revolución independentista, auxiliar la liberación de Puerto Rico. Este pueblo ha defendido su identidad y su derecho a la autodeterminación y a la independencia frente a la más poderosa potencia imperialismo de nuestro tiempo.

Al entrañable pueblo de Puerto Rico, con quien compartimos una historia, una lengua y una cultura común, expresamos nuestra solidaridad en el marco de esta conferencia mundial. Como cubano y latinoamericano me siento en el deber de hacerlo.

El director general de la Unesco, Amadou Mahtar M'Bow, ha señalado que la relación entre la comunicación y la cultura constituye «un eje de la lucha por la autonomía cultural y la cultura liberadora».

La Comisión Internacional para el Estudio de los Problemas de la Comunicación de la Unesco plantea en su Informe Provisional que el derecho a la cultura es indisociable del derecho a la comunicación. Asimismo, destaca que «la comunicación, en su conjunto, pasa a ser uno de los principales instrumentos del desarrollo cultural». Sin embargo, la autonomía y la libertad en la cultura se ven hoy limitadas por los controles imperialistas sobre los procesos editoriales, el cine, la televisión, la radio, la prensa, la publicidad y, en general, el flujo de información.

Un solo país, Estados Unidos, controla el 75 % del flujo internacional de la televisión y el 50 % de las películas que se ven en el mundo. En los países latinoamericanos, el 60 % o 70 % de la programación de la televisión proviene de Estados Unidos. Hace unos años, Estados Unidos tenía el 62 % del presupuesto publicitario mundial. Las diez empresas que dominan el mercado internacional de la publicidad operan bajo bandera norteamericana.

Por otro lado, en la América Latina y el Caribe solo el 60 % de los habitantes tiene acceso a la radio, y apenas el 6 % a los medios impresos. En nuestra América, 4 de cada 10 personas permanecen sin acceso a los medios de comunicación e información.

¿Puede hablarse de cultura para esas 4 de cada 10 personas incomunicadas? ¿Hasta dónde nuestro movimiento cultural se siente presionado por este control monopolista de los medios de comunicación?

Desde luego, en nuestra época no es posible vivir aislado, son muchas las fuerzas que obligan a una necesaria interrelación, a un intercambio y comunicación permanentes. Esta realidad no podemos desconocerla y, es más, no es posible ni útil rehuirla. Pero no cabe la menor duda que el desarrollo técnico y la necesaria relación entre los distintos países y las diversas culturas les plantea a las naciones, sobre todo a las más débiles económicamente y a las que tienen mayores problemas sociales, muy serios obstáculos para la defensa de su identidad cultural.

Las naciones debemos, sin aislarnos —porque nación que se aísla en cultura es nación que retrocede en cultura—, protegernos del vasallaje tecnológico que se ejerce a través de los poderosos medios modernos de información y comunicación, y que, sin lugar a dudas, entorpece el desarrollo cultural de nuestros pueblos, adultera el concepto humanista de cultura y obstaculiza los movimientos artísticos de raíces genuinamente nacionales y populares. Cada nación debe defender el derecho de situarlos en función de los intereses democráticos

del pueblo y de la protección de su identidad cultural. Las transnacionales de la información y la comunicación suelen afirmar que estas decisiones son antidemocráticas. Para nosotros lo antidemocrático es el control por parte de las transnacionales de los medios de información y comunicación. Lo democrático es situar dichos medios al servicio de las masas populares. Es que las transnacionales están engañando acerca de qué se entiende por democracia. La democracia no descansa en el poder económico de las transnacionales; la democracia se fundamenta en el poder político del pueblo.

Por las intervenciones que he escuchado aquí tomo mayor conciencia de que numerosos dirigentes culturales del mundo están en la clara comprensión de que vivimos una época dramática y también de disyuntivas y decisiones cruciales en la historia de la humanidad. He escuchado con atención cómo diversos oradores han descrito los contornos del drama. Alguien dijo que tomar conciencia de la situación difícil por que se atraviesa, es por sí mismo un hecho cultural. Me emociona la comprensión que existe acerca de la magnitud de los fenómenos: he visto describir en esta sala el fenómeno de la crisis cultural por la que atraviesa la humanidad, y en medio de estas preocupaciones aprecio que existe comprensión acerca de la magnitud de los fenómenos. Sin embargo, la cultura no debe solo describir los fenómenos dramáticos de nuestra época sino que, a su vez, ha de analizar las esencias reales de esos fenómenos y buscar las soluciones que existen para abordarlos de conjunto.

En el trasfondo de los fenómenos que hemos visto describir aquí está la crisis económica y social por la que atraviesa el sistema capitalista mundial, y la opulencia de unos cuantos unida a la miseria de muchos. He escuchado aquí intervenciones en donde se habla de la irracionalidad del mundo en que vivimos. Esta irracionalidad es una muestra de que el mundo está urgido de cambios profundos y que no ha encontrado aún los caminos más adecuados para su solución. Es nuestra obligación estudiar la naturaleza más profunda del problema; es deber de investigadores, sociólogos, filósofos, economistas y hombres de cultura profundizar en las causas últimas de la situación.

Comprendo que a esta conclusión no es fácil llegar partiendo solo del terreno de las ideas. A ella solo se puede arribar cuando se toma conciencia plena de la necesidad de la acción política y social dirigida a producir cambios en la sociedad humana. El problema estriba en que el mundo necesita de cambios radicales en las estructuras económicas y en los sistemas de dependencia, y en que tales cambios no

se han producido todavía en la magnitud y con la profundidad que se requiere.

Se ha dicho aquí que el desarrollo económico y de la producción, y el crecimiento de la técnica, van mucho más adelantados que la capacidad humana para comprender cómo organizar y dirigir ese desarrollo económico hacia metas que satisfagan las necesidades espirituales de los hombres. Esto es cierto. Pero si se llega a esta evidencia habrá que entender también la necesidad de una comprensión social y filosófica mucho más profunda. Si se llega a esta conclusión habrá que apoyarse en la Filosofía, en la Historia y en las conclusiones de las ciencias económicas para encontrar los caminos de solución, y habrá que hacerlo sin dogmatismo. Porque a veces se nos acusa a los revolucionarios de dogmáticos, pero nosotros sentimos también que contra nuestras ideas se tienen ciertas prevenciones dogmáticas. Pedimos se analicen nuestras ideas sin esquemas previamente concebidos.

No quiero decir aquí cuáles son, a mi juicio, esos caminos. Ya mi país los escogió; no vengo a esta tribuna a hacer labor de proselitismo político socialista. Solo apunto que, oyendo muchas de las intervenciones desde mi banquillo, me confirmo más profundamente la validez del camino que nosotros hemos elegido. Bien sé —y no se me escapa tampoco esta dramática situación— que el propio camino escogido por nosotros solo tendrá su más amplia validez cuando un número cada vez mayor de países lo tome por su propia decisión.

Pero no entremos en este análisis, apuntemos lo más importante. La esencia de los problemas descritos, la naturaleza del drama, viene dada por el hecho histórico de la extrema pobreza y la extrema riqueza, y la necesidad de procurar una distribución como solo puede darla una sociedad donde se haya producido una verdadera transformación social.

No quiero decir que estos caminos sean sencillos ni que ofrezcan soluciones milagrosas; no quiero decir, tampoco, que una vez producida la transformación social, no surjan nuevas e inquietantes cuestiones a resolver. No quiero decir que los revolucionarios hayamos descubierto todas las soluciones; tampoco, que no tengamos complejos problemas para los cuales no es fácil encontrar soluciones. Quiero, simplemente, señalar el hecho de que la gravísima situación cultural del mundo es reflejo de la gravísima situación económica y social, y que en el fondo de todo ello está el hecho de que los ricos son cada vez más ricos y los pobres son cada vez más pobres. El

descubrimiento de esta verdad histórica hace muchos años fue, también, Señor Presidente, un importante hecho cultural.

No es posible analizar, en la debida seriedad en una reunión como esta de hombres públicos con importantes responsabilidades en nuestras respectivas naciones, el drama educacional y cultural de la humanidad y la forma de enfrentarlo a través de la aplicación de políticas culturales más acertadas, sin abordar el drama económico y social del mundo de hoy. No podemos llamarnos a engaño: el deplorable estado de la educación y la cultura no es más que el reflejo de la desastrosa situación económica y social por la que atraviesa el mundo.

Si fuéramos a solicitar los recursos necesarios para sufragar el desarrollo de la educación y la cultura en los países pobres, la cifra alcanzaría centenares de miles de millones de dólares. Sería de tal magnitud, que no hay sistema contable ni mentalidad financiera que acepte semejante reto. Pero, trágicamente, sí existen mentalidades financieras en el mundo que emplean en gastos militares cifras muy por encima de las que nosotros podríamos modestamente pedir para la educación y la cultura.

En 1980 se invirtieron más de 500 mil millones de dólares en gastos militares, incluyendo la producción de armamentos, cifra que representa unas veinte veces el monto total de la ayuda pública para el desarrollo. Si se mantiene al mismo nivel la tasa de crecimiento de los gastos militares, se alcanzaría la cantidad de 940 mil millones de dólares en el año 2000. El mundo invierte en cinco horas, en gastos militares, el equivalente al total del presupuesto anual de la Unicef para programas de atención a la infancia.

El número de personas que trabajan en ocupaciones vinculadas a la actividad militar, incluyendo el personal de las fuerzas armadas, es actualmente dos veces mayor que el total de maestros, médicos y enfermeras juntos en todo el mundo. Alrededor de 400 mil o 500 mil científicos e ingenieros, a nivel mundial, se dedican a actividades con fines militares. Se estima que el 60 % de todos los gastos de investigación científica son consumidos por los programas militares. Con lo que cuesta un tanque moderno podrían construirse mil aulas para 30 mil niños en los países subdesarrollados.

Como he dicho, no he venido aquí a defender un programa político. Sin embargo, señalo que el mejor programa político será aquel que resulte capaz de canalizar los recursos que hoy se emplean en la carrera armamentista, en beneficio de la educación y la cultura.

¿Podría la Unesco lograr, que como concreción de uno de sus nobles propósitos, se hallen fórmulas para que los cuantiosos recursos militares hoy dedicados a la carrera armamentista se vuelquen hacia la solución de los problemas de la educación y la cultura? ¿Serán, acaso, una ilusión los principios de la Unesco y de la Carta de las Naciones Unidas? ¡Sinceramente, no quiero llegar a esta dramática conclusión!

Si la Unesco no pretendiera esto, y recordando lo que con relación a las Naciones Unidas señaló el Presidente del Consejo de Estado de Cuba, Fidel Castro, ¿para qué serviría la Unesco? La Unesco tiene que insistir en que los recursos destinados a la carrera armamentista se vuelquen hacia la solución de los problemas de la educación y la cultura. Para ello es imprescindible encontrarles solución a los problemas de la guerra y de la paz en el mundo. Pero a estos problemas de la guerra y de la paz en el mundo, que son los esenciales, vamos a referirnos en una próxima intervención.

Proponemos ahora que en la Declaración Final de esta conferencia se formule la aspiración de que los recursos dedicados a la carrera armamentista y a los gastos militares injustificados, se empleen en la educación y la cultura. Disminuir los gastos militares e incrementar los de la educación y la cultura es la demanda universal de muchos países.

Es realmente dramático que la humanidad no haya encontrado las vías o incentivos necesarios y las estructuras de poder adecuadas para que ese torrente de miles de millones de dólares se dedique a la solución de problemas culturales, sociales y económicos.

¿Pueden aceptar los hombres de ciencia, de educación y de cultura semejante absurdo? En la conciencia culta de aquellos que laboran en las bibliotecas, en los laboratorios, en los centros académicos, en las instituciones de investigación científica, en los colectivos artísticos, o los que están en las aulas universitarias o enseñan en nuestras escuelas, ¿puede admitirse esto en silencio, sin dar una voz de alarma frente a semejante estupidez y locura?

¡Es una situación irracional, ajena a toda lógica y a todo sentido del futuro, de la justicia y de la cultura! ¡Es un símbolo de que estamos todavía en la barbarie! Sin embargo, tenemos mentalidad y conciencia de hombres y mujeres de cultura y estamos obligados a denunciarlo y a rebelarnos frente a semejante locura.

El reto solamente puede ser asimilado sobre la base de un Nuevo Orden en las relaciones económicas internacionales, de un cambio

radical en la política económica de los países desarrollados, y de la transformación sustancial de las posiciones con respecto a las ideas de la paz y de la guerra que existen en varias de las antiguas metrópolis coloniales y neocoloniales. Un reto de tal magnitud nos lleva, como de la mano, a la consideración más cabal de qué se entiende por desarrollo y cuáles son los problemas que el mundo tiene frente al drama económico de la crisis general por la que estamos atravesando —y que a veces da la impresión de que bordeamos el abismo—, y al drama de la subsistencia y del creciente peligro de guerra termonuclear.

Por todo esto, para abordar el problema, partamos de una definición humanista, que es decir, científica, del desarrollo económico. Con un concepto humanista, el Presidente del Consejo de Estado de Cuba, Fidel Castro, en su discurso ante las Naciones Unidas pronunciado en septiembre de 1979, señaló:

Desarrollo es, principalmente, la atención al ser humano, que ha de ser el protagonista y el fin de cualquier esfuerzo por el desarrollo.

Nos entusiasma que este mismo concepto haya sido expresado por usted en su intervención inicial de la Conferencia. Efectivamente, es imprescindible que se acabe de entender que el desarrollo no supone exclusivamente el crecimiento de la producción material, sino que presupone como objetivo esencial la formación de una conciencia social y humana superior. Hasta que esta nueva moral no se entienda y aplique en los procesos de planificación económica, no empezaremos a resolver algunos de los problemas cruciales de la economía y la sociedad actuales.

Es necesario insistir en este concepto integral y profundamente humanista del desarrollo. La cultura, al influir sobre el nivel de conocimiento, la calidad de la vida social y los esquemas de valor que se establecen, puede desempeñar un papel de enorme significado para hacer comprender que el hombre no encuentra necesariamente la felicidad por la sola adquisición de recursos materiales ilimitados para satisfacer apetitos inmoderados. Porque ocurre la contradicción de que mientras centenares de millones de personas en los países desarrollados padecen de hambre y miseria y mueren de enfermedades curables, en ciertas sociedades altamente desarrolladas los esquemas de valor creados por el espíritu de lucro promueven constantemente las aspiraciones ilimitadas de satisfacer necesidades materiales para las cuales no hay recursos ilimitados, todo lo cual

está creando, en el fondo, una deformación moral en los países que las padecen.

En las sociedades de opulencia se ha proclamado el afán de elevar los índices de crecimiento material, conforme a las estadísticas que ellos revelan como categoría o esquema principal de aspiración humana. Viven bajo el dogma de cifras que revelen los crecimientos materiales. Se deja a un lado el objetivo principal del desarrollo: el hombre, educado, culto, que sin derrochar los bienes materiales pueda vivir más feliz y plenamente.

[...]

Recordemos que la felicidad humana no está en el apetito desmedido de bienes materiales, sino en la satisfacción necesaria y posible de las necesidades inmediatas de la vida y en mantener principios y esquemas de valores culturales y morales que abran paso a la cooperación entre los hombres, a la colaboración estrecha para enfrentar los problemas de manera constructiva y al espíritu creador. En medio de la opulencia sin límite de unos cuantos no hay felicidad genuina; en medio de la miseria de las grandes masas, tampoco la hay. Hace falta una nueva escala de valores, que la puede dar la cultura, para la comprensión cabal de estos importantes principios.

Es necesario que la Unesco precise los parámetros adecuados para medir el desarrollo de la cultura de un país, y la eficacia de una política cultural. Y es indispensable procurar que la propaganda gire alrededor de los resultados que arrojen los análisis que al efecto se lleven a cabo.

A menudo se fijan por la propaganda, como esquema para evaluar una política cultural, aspectos aislados alrededor de los cuales gira la publicidad al servicio de minorías, y tergiversan así los hechos, presentando las realidades de manera distorsionada. No se explica de otra manera el desconocimiento que habitualmente existe en muchos países del mundo acerca de la gran transformación cultural y del gigantesco progreso logrado en este campo en países donde se han realizado grandes revoluciones sociales.

Por ello recurrimos a la Unesco, para que, a través de alguna reunión especializada, determine los indicadores adecuados para evaluar la efectividad de una política cultural.

La política cultural de Cuba se tipifica por los siguientes parámetros:

- Tener amplios círculos de lectores y las más amplias y mejores ediciones de libros, de acuerdo con nuestras posibilidades.

- Tener organizado ampliamente, y con la más alta calidad, un sistema integral de escuelas de arte y de enseñanza en general.
- Integrar con la mayor amplitud y profundidad la enseñanza artística dentro del sistema regular de educación.
- Auspiciar la organización de los intelectuales en asociaciones o instituciones democráticamente electas.
- Defender la tradición cultural de nuestro pueblo, así como la tradición y continuidad cultural de toda la humanidad.
- Vincular la ciencia al trabajo de orientación y dirección culturales.
- Desarrollar un amplísimo movimiento juvenil o infantil, vinculado a las actividades de carácter artístico y cultural a través de organizaciones como las uniones de pioneros y los clubes juveniles.
- Brindar la educación totalmente gratuita y sin excepción y promover un concepto más profundo de la educación, entendida esta no solo como instrucción general, sino como formación integral de la personalidad y como vinculación del estudio al trabajo, a la preparación física y a las actividades artísticas.
- Incluir dentro de la educación superior, como parte sustantiva de su sistema, los principios de investigación científica.
- Considerar dentro de la educación la lucha en favor de la paz y contra la discriminación racial y social, y contra todo aquello que viole los derechos individuales de las personas.
- Desarrollar un amplísimo movimiento de casas de cultura y de aficionados al arte, con la activa participación de las organizaciones sociales y de masas, especialmente las obreras.
- Apoyar y estimular la más amplia libertad creadora de los talentos individuales y de los nuevos valores surgidos del seno de las generaciones jóvenes.
- Apoyar la creatividad artística de las masas, a través de las organizaciones sociales y del movimiento de aficionados al arte en donde se integren centenares de miles de personas.
- Elaborar la política cultural y las formas de su aplicación por medio de consejos populares de la cultura, organizados en municipios, provincias y nación, y en donde estén representados los obreros, los campesinos, las mujeres, los jóvenes, los estudiantes, los artistas y escritores, entre otros.

Estos indicadores son la esencia de cualquier política cultural democrática y deben ser tomados muy en cuenta para determinar la calidad de la vida social. Sin embargo, no son los que sirven de fundamento a la propaganda internacional, que nos acusa de falta de libertad y democracia en la cultura. ¡Las reglas del juego de la discusión internacional deben ser cambiadas! No aceptamos las reglas del juego que hay impuestas hoy en la propaganda internacional, y no las aceptamos porque no tienen en cuenta los verdaderos intereses democráticos de nuestros pueblos. Rechazamos estas reglas del juego y solicitamos de la Unesco que profundice en los parámetros que fundamenten la eficacia de una política cultural, la cual se mide, a nuestro juicio, por el número de lectores, por el número de ediciones de libros y su calidad, por la extensión de la enseñanza primaria, de la universitaria y de la educación de adultos, por la red de bibliotecas, por los sistemas de casas de cultura, por los museos y otros parámetros similares. Sobre todo esto mi país ha trabajado con afán y con éxito. Y mi país, con pocos recursos, pero con gran pasión por la cultura, ha llevado a cabo en este campo una de las más grandes transformaciones que se conocen en la historia de los países subdesarrollados.

Con esta hoja de servicios democrática, popular, y de protección y defensa a los derechos del hombre, venimos a esta tribuna de México para decirles, a los representantes de la cultura universal, que Cuba levanta con dignidad los derechos del pueblo trabajador.

Nuestra cultura representa a las masas trabajadoras, las que no tenían antes acceso a la educación ni al arte. La democracia en la cultura significa la participación de las inmensas mayorías en la creatividad artística, en la elaboración de la política cultural y en el empleo de los recursos necesarios para elevar su nivel cultural.

En nombre de las masas de nuestro pueblo venimos a esta tribuna a levantar los principios de la dignidad plena del hombre, que nos enseñó José Martí. Son los trabajadores los que están en el poder en mi país, son ellos el sostén de la democracia, y a los trabajadores del mundo se refirió José Martí cuando a fines del siglo pasado señaló:

Se nos viene encima un universo nuevo amasado por las manos de los trabajadores.

Señor Presidente y señores delegados, analizar cómo debemos organizar ese universo nuevo es el primero y más importante deber de los trabajadores e intelectuales de nuestra época.

20 [Debemos proponernos conocer más integralmente la cultura caribeña y latinoamericana en su individualidad, conjunto y diversidad].²³

Creo que aquí se han expresado suficientes ideas como para esbozar un esquema inicial del trabajo práctico que tenemos por delante. Claro, con las ideas que se han expresado aquí, que se han tomado en grabación, creo que se puede en los próximos días elaborar un cierto esquema. Pero he tomado la palabra para subrayar la importancia de algunos aspectos que aquí se han planteado.

El solo hecho de lanzar esta idea y que haya engendrado tantas iniciativas, muestra que de aquí a ese seminario van a ser muy amplias las iniciativas que se realizarán. [...] Pero pienso que en primer lugar el objetivo de ese seminario debe ser fundamentalmente de carácter científico y de recopilación científico-ideológica de la cultura latinoamericana con el objetivo de conocerla, porque hasta ahora ha estado un tanto dispersa, y este seminario pudiera permitirnos a nosotros empezar a tener una idea más integral de todos los elementos componentes de la cultura latinoamericana. Por eso la idea del mapa etnográfico y del mapa cultural es muy interesante; si nosotros lográramos llegar a tener un mapa cultural de América Latina y el Caribe, sería muy importante.

Pienso, asimismo, que debemos partir del principio de la identidad de nuestra gran cultura común y del principio de que dentro de esa identidad hay una amplia diversidad. Es decir, tenemos una identidad, pero en medio hay diversidades nacionales, diversidades regionales, diversidades por zonas, y precisamente determinar esa diversidad, cuál es, cuáles son sus límites, quizás sea uno de los objetivos del Seminario.

De igual modo, deberíamos tomar temas generales y temas específicos. Temas generales que nos permitieran un conocimiento global de la cultura latinoamericana. Creo que la mejor manera de defendernos de la penetración ideológica extranjera es conocer primero la cultura latinoamericana y tomar conciencia de ella. Así es que, estaría

²³ Versión de las palabras que pronunció en el encuentro con artistas e intelectuales que participaron como jurados del Premio Casa 1983, para analizar las propuestas formuladas con vistas al Seminario Internacional que se llevaría a cabo en 1984, en el marco de la celebración del 25 aniversario de la creación de esa institución efectuado en la sede de la Casa de las Américas, el 31 de enero de 1983,

incluso más interesado en estudiar la cultura latinoamericana, su fortaleza, para ver la fuerza de que disponemos. Cuando usted va a una guerra lo primero que hace es ver con qué fuerza dispone para combatir, y tomar conciencia de esa fuerza; así que lo primero es saber de qué fuerza disponemos, como un tema general.

Creo que hay temas específicos muy particulares que quizás pudieran elaborarse, y alrededor de ellos realizar ponencias, porque son temas específicos, pueden ser decisivos en el desarrollo general de la cultura latinoamericana. Hay muchos, pero podría poner algunos ejemplos que aquí se han planteado. Por ejemplo, el tema del Caribe y de qué cosa es el Caribe. El tema que aquí se ha hablado de los «chicanos», y que yo diría el tema de México; los «chicanos» y toda la problemática fronteriza, que creo va a ser uno de los puntos decisivos en el desarrollo de América y del Mundo en los próximos 20 o 25 años de la humanidad. Quizás en esa zona se ventilen los problemas decisivos de la humanidad —si es que antes no hay una guerra atómica—, porque ahí hay puntos de contradicción muy importantes entre la población mexicana y la población del sur de Estados Unidos, y las zonas donde viven al sur de Estados Unidos. Creo que ese va a ser uno de los grandes temas de la humanidad en los próximos veinte años, lo está siendo ya, pero se siguen acumulando problemas... Por eso opino que ese sería otro gran tema.

Hablábamos del tema del Caribe, y estoy pensando también en la presencia africana en América y en la caracterización de la cultura caribeña.

Hablábamos del tema indígena y también de la fijación de los contornos culturales y de las regiones culturales, para utilizar una expresión, que pueda haber en América; estas regiones no pueden enmarcarse a manera de una geografía muy estricta, pero ese es otro gran tema.

Yo pienso que debe haber también temas relacionados con exponer la riqueza intelectual de América Latina, en ciertas ramas; la literatura, a la que se le reconoce una gran riqueza intelectual, así como el teatro, el cine... pero creo que también debemos ir a la riqueza intelectual de América Latina en el campo mismo de las ideas más generales, en el campo de las concepciones. Porque Europa tiene su visión sobre los problemas ideológicos, y América Latina tiene una riqueza ideológica y una riqueza de concepciones y de pensamiento muy fuertes en los problemas del mundo, y creo que también este es un tema.

Pero aquí también se ha hablado de la repercusión de la relación de la Revolución con la cultura; el tema de la estética de la resistencia...

Lo cual muestra que este seminario puede ser muy rico, y que esto no se resuelve en un seminario, sino que tendremos que hacer periódicamente algunos seminarios.

Porque nosotros vemos este encuentro como una especie de «grupo de reflexión». Es decir, un grupo para pensar, para analizar, que incluso pueda reunirse periódicamente; puede ser cada dos años, pero empezar con un trabajo serio.

[...]

Lo más importante es nuestra identidad en el mundo y nuestra diversidad cultural en lo interno. Porque tenemos diversidad, es por lo que tenemos identidad. Y nosotros pensamos que las consecuencias políticas e ideológicas que esto tenga, y el enfrentamiento a que esto lleva, va a derivar, necesariamente, en la lucha contra el enemigo. Ello va a depender también de que nosotros sepamos elaborar bien, descubrir, reflejar, tomar conciencia de la cultura latinoamericana en sus proyecciones y situación actuales.

Es decir, a la postre y sin habérselo propuesto, este seminario tendría un objetivo antiimperialista, porque al descubrirnos a nosotros mismos, al descubrir nuestra propia potencia, al descubrir nuestra fuerza cultural, sin duda estamos dando la mayor batalla ideológica contra el imperialismo.

Aquí se ha hablado de dos planos, del plano de la expresión artística en sí, la expresión del arte, etc., y del plano de la cultura como fenómeno de conciencia colectiva. Nosotros siempre hemos creído que en la historia de la cultura, del arte, hay que tomar en consideración dos líneas. La línea de la creación individual —y la historia del arte pudiera concebirse como la historia de un grupo de individualidades a lo largo de la historia humana—, de la que nosotros hemos dicho que recoge de manera mediata la cultura del pueblo; la cultura es también una expresión, una síntesis popular —aunque es también creación individual—. Y hemos hablado también de la otra gran línea, la que nosotros hemos llamado de la creación inmediata y directa del pueblo, es decir, la llamada «cultura popular». A mí, particularmente, me cuesta mucho trabajo utilizar la expresión de «cultura popular» porque, para mí, la cultura popular se expresa tanto en la una como en la otra. Por eso hemos hablado de cultura como creación inmediata del pueblo, y de cultura como creación indirecta del pueblo a través de grandes creadores, que se distinguen en la Historia.

Claro, la historiografía burguesa destaca en la historia de la cultura las grandes individualidades. Esto es bueno y es lógico, y es una parte

importante del problema. Pero nosotros tenemos que descubrir no solo las grandes individualidades, sino la tierra nutricia donde esas individualidades se han forjado y que ha servido de base y de fundamento a esa creación individual.

La cultura y el arte siempre tendrán personas sobresalientes, excepcionales, que expresen un lenguaje superior y en una forma superior la creación cultural del pueblo. Y para nuestro concepto, el valor de lo individual aquí está en que sepan sintetizar y expresar en forma más elevada y más profunda la creación popular. Pero está la otra: la creación directa, inmediata y directa del pueblo.

[...]

En Cuba, por medio de lo que hemos llamado el Atlas Cultural, de investigación de las obras culturales de cada localidad, se sintetizará esta línea de creación del pueblo.

[...]

En cuanto a la penetración ideológica, la mejor manera de enfrentarla es, en primer lugar, tomando conciencia de nosotros mismos, de nuestra propia cultura, de nuestra propia fuerza. Y en algunos casos, algunos estudios culturales sobre problemas decisivos de la cultura muy concretos [...]. Así es que el tema cultural es una necesidad para acomodar las políticas que se vayan a seguir en cada país. Porque nuestra política, en última instancia, y la política revolucionaria en América Latina tendrá que estar afincada en las realidades concretas que se expresan en la cultura de cada país, en las situaciones concretas de cada país. Es decir, que este seminario, lo decimos con toda claridad, tiene propósitos ideológicos y políticos, pero para que los cumpla debe tener un fuerte basamento de carácter cultural en su sentido más amplio. Tanto cultura, como pensamiento, como toma de conciencia colectiva y cultura, como expresión artística concreta de cada una de las ramas.

Pienso, de igual modo, que en América Latina estamos sujetos a cambios trascendentes, en esta década o en la próxima, y que esos cambios trascendentes ocurridos en el mundo han empezado por cambios en el campo de las ideas, de la cultura, de la literatura, del arte, ¡siempre ha sido así en los grandes movimientos revolucionarios de la Historia! Y nosotros estamos en una etapa de gestación de esos cambios, que se están expresando en la cultura, en la identidad cultural y en el deseo de la búsqueda de la identidad cultural. Por lo tanto, en la medida en que trabajamos en esta dirección, estamos trabajando a tono con los grandes cambios sociales y políticos que han de venir hacia el futuro, y que se han de producir inevitablemente.

Creo que la ocasión del XXV Aniversario de la Casa de las Américas es propicia para que nosotros hagamos un trabajo de reflexión sobre estos temas, sobre la base de un temario muy concreto y de conversaciones bilaterales con ustedes, a ver si es posible que ustedes preparen algunos de estos temas. Tenemos tiempo para prepararlos adecuadamente. Esto puede ser un acontecimiento trascendente, porque a lo que aspiramos es a crear un gran taller del pensamiento cultural latinoamericano. Y nos han entusiasmado mucho la información de ustedes y las palabras de ustedes.

21 [La cultura cubana es heredera de la tradición cultural que se gestó en los pueblos situados en el llamado Occidente del mundo].²⁴

Les agradecemos su presencia en Cuba porque valoramos todas las dificultades que se ponen fuera de nuestras fronteras para la llegada a nuestro país de artistas, intelectuales y personalidades del arte. Y quisiéramos establecer con ustedes un diálogo sobre algunos aspectos de la política cultural cubana; un diálogo en que cada uno de ustedes nos pregunte o nos plantee los problemas que puedan interesarle.

[...]

Habrán oído críticas a problemas relacionados con el arte y la cultura en Cuba, y aunque ustedes no compartan esas críticas, siempre nos gustaría que conocieran los argumentos que Cuba tiene contra ellas, de manera que puedan también reflexionar sobre todos los problemas que enfrentamos.

En Cuba hemos tratado de desarrollar un intenso movimiento cultural en la población, y la participación del pueblo y de los talentos artísticos en el desarrollo de la política cultural es para nosotros un aspecto vital en la edificación de la nueva sociedad.

No olvidemos que Cuba es un país del hemisferio occidental y, por consiguiente, la cultura cubana es heredera de la tradición cultural que se gestó en los pueblos situados en el llamado Occidente del mundo. El actual presidente de Estados Unidos, el señor Reagan, dijo una vez que Cuba debía volver a Occidente. Y en esto existe el problema de que Cuba nunca ha salido de Occidente ni piensa salir de Occidente. Y que nuestra lucha y nuestro debate toman lugar dentro de los esquemas e ideas que se desarrollan en Occidente. Y es precisamente ahí donde está la esencia de algunos aspectos de nuestra política cultural.

Reitero: nosotros nos sentimos herederos de una tradición cultural que se gestó en lo que se ha dado en llamar «los pueblos de Occidente». Nos sentimos depositarios de esa herencia; no renunciamos a ella. Es más, si renunciáramos a ella sería como renunciar a lo más

²⁴ Versión de las palabras que pronunció en el encuentro con participantes del Primer Taller Internacional de Nuevo Teatro, auspiciado por el Centro Cubano del Instituto Internacional del Teatro (ITI), efectuado en el Instituto Superior de Arte, el 12 de febrero de 1983.

profundo y sentido de nuestras ideas; en estos términos planteamos nuestro desarrollo cultural.

Estamos también en un país de América Latina y el Caribe, y nuestra protección cultural parte del principio de que queremos marchar de lo nuestro nacional hacia lo nuestro latinoamericano y caribeño y hacia lo nuestro universal. Partimos del criterio de que país que se aísle en el arte, es país que reduce su arte. Y procuramos una relación con todo el mundo, sin excepción.

Debo decirles, asimismo, que hoy se desarrolla un intenso movimiento artístico e intelectual en América Latina y el Caribe, y nuestro país en concreto ha tenido el privilegio de haberse convertido en sede de diversos eventos importantes para el desarrollo del arte de América Latina y el Caribe.

En otros países del mundo, por la desinformación que propician los medios de comunicación masiva, no es suficientemente conocido el hecho de que todos los años celebramos importantes eventos internacionales de carácter cultural en nuestro país; por ejemplo, seminarios, encuentros, diversas reuniones; se organizan premios literarios para la cultura latinoamericana y caribeña.

La Casa de las Américas está funcionando desde hace 24 años, y ha gestado un intenso movimiento cultural en el Continente, además de entregar un premio anual de literatura que se encuentra entre los de más alto prestigio en la lengua española, y que reúne en La Habana, en enero y febrero de todos los años, a un valiosísimo grupo de escritores y de intelectuales.

Tenemos también un evento anual del cine latinoamericano —que ha tomado una fuerza creciente, y ojalá ustedes puedan ver algunas de esas películas hechas por cineastas de diversos países de América— que reúne a 300 o 400 cineastas del nuevo cine latinoamericano.

En Cuba se celebra, asimismo, el Festival de Ballet, que reúne a un grupo de especialistas en este género y a simpatizantes de este. Ellos, además, organizan seminarios sobre la materia.

Existe también el Festival de Música —y ya hemos realizado dos de ellos, muy importantes—, que reúne de 300 a 400 músicos de diversas partes de América Latina e incluso de otros países del mundo. El pasado año lo dedicamos al movimiento de la Nueva Trova, que es un movimiento de música, de canciones, nuevo, que se ha gestado por la juventud, surgida al calor de la Revolución.

Cada dos años se realiza el Festival de Teatro de La Habana, al que también invitamos a algunas figuras internacionales. En medio de estos

festivales se celebran también seminarios de dramaturgia, donde se destaca la investigación científica de problemas del arte.

Pero no quiero y no debo hacerles una relación completa de la intensa actividad que se despliega en todos estos eventos. Les he mencionado exclusivamente los más significativos. Dentro de este marco apoyamos también iniciativas como esta, del Encuentro de Teatro Nuevo y su participación internacional.

En el año 1981, en septiembre, celebramos un encuentro que congregó en La Habana a lo más importante de la intelectualidad latinoamericana y caribeña, y en ese encuentro se ha estado tratando de gestar un movimiento en la intelectualidad latinoamericana y caribeña con dos objetivos esenciales: Proteger la identidad cultural frente a la penetración de los medios masivos en manos de las transnacionales, y la identidad cultural de cada país y la identidad cultural de América Latina como conjunto; y gestionar, por todos los medios posibles, un diálogo abierto entre los intelectuales y artistas latinoamericanos y caribeños, y los intelectuales y artistas de toda Norteamérica.

Estas posiciones son las que conforman aspectos esenciales de nuestra política cultural. Procuramos también una relación con el movimiento intelectual de los países de Europa Occidental y un diálogo abierto en este sentido. Y desde luego, tenemos una gran apertura cultural hacia los países del Tercer Mundo. Y además tenemos una intensa actividad cultural con los países del campo socialista.

Digo todo esto para ratificarles que nuestra política hacia el exterior en el campo de la cultura es abierta y responde al principio enunciado por José Martí. Para el desarrollo de este principio enfrentamos algunas dificultades importantes, que queremos también ustedes conozcan, relacionadas con el hecho de que en el campo internacional, las transnacionales de la información de la noticia están ejerciendo una labor distorsionadora, deformadora, sobre la significación que tiene nuestro movimiento artístico. Las transnacionales de la información, con poderosos aparatos tecnocráticos y burocráticos a su alrededor, están presentando una imagen deformada de lo que sucede en Cuba.

Nosotros aprovechamos todas las ocasiones para denunciar esta situación. En la imagen que presentan de nuestro país se nos acusa de ser destructores de la libertad creadora en el arte, y de coaccionar al movimiento artístico con medidas burocráticas, entre otras grandes locuras.

[...]

En realidad, debemos probar que la verdadera tecnocracia y burocracia, monopolizadora de los medios técnicos del arte, se encuentra en los centros promotores de la información, la noticia y la actividad cultural de algunos países de Occidente. Y este hecho, desde luego, sí que no es suficientemente divulgado. Pero hay muchos especialistas, técnicos, periodistas eminentes de organismos internacionales especializados, como la Unesco, o incluso un personal de centros universitarios que en sus oficinas, en las bibliotecas, en los centros de estudios, han analizado este problema y lo han denunciado. Pero los argumentos al respecto se mueven, exclusivamente, al nivel de las revistas especializadas, de las conferencias, de los eventos científicos, pero no se mueven a escala de la gran propaganda mundial. Y uno de los problemas que nosotros tenemos en el desarrollo del movimiento cultural, en sus relaciones internacionales, es tratar de trabajar porque esos argumentos, informaciones que se mueven por los especialistas, técnicos de distintos países, se conviertan en temas de análisis y debates en el plano de la información internacional...

Cuando hay que apoyarse en la mentira para denunciar una política cultural de un país, es preciso llegar a la conclusión de que algo muy mal anda en las ideas culturales —si es que puede llamársele así— de la ultraderecha en el mundo. Cuando hay que basarse en presentar como intelectuales a personas que verdaderamente no lo son, o en distorsionar de una manera evidente los hechos, es evidente que esos medios de difusión y de información están cada vez más distantes de la esencia más profunda del arte. No fue ni con la mentira ni con el escándalo publicitario, ni con el insulto, como se gestó el hermoso andamiaje del desarrollo cultural de los pueblos de Occidente. Fue con las ideas más acercadas a la ciencia, a la creatividad, a la imaginación y a la verdad, como se gestaron los grandes movimientos artísticos en los pueblos de Occidente. Y fue con la verdad y con el sentido universal de la justicia como se fue desarrollando el sentido humanista del arte. Un humanismo que nosotros no queremos que sea para una minoría, sino que sea un humanismo que abarque a toda la población, un humanismo —y perdónenme la repetición— genuinamente humano.

Estos son los principios más importantes de nuestra política cultural. Y puedo asegurarles, con toda responsabilidad, y poniendo como juez supremo de este análisis a lo mejor de la intelectualidad del mundo, que ningún grande, ninguna figura eminente, ninguna figura extraordinaria, ninguna figura de valor histórico trascendente del arte, la literatura y la cultura cubana, en su sentido más amplio, de nuestro

país, abandonó nuestro país. Puedo decirles, incluso, que en otras ramas como la medicina, la rama jurídica, las ramas tecnológicas, hay personas que eran importantes en esas ramas y que abandonaron el país. Pero en el arte no sucedió eso así. Y en el estudio profundo de los problemas generales de la cultura, no sucedió eso así. Podría darles algunos nombres de los fallecidos, podría darles algunos nombres de personas que están entre nosotros, vivas, y podríamos hablarles también de las nuevas promociones que la Revolución ha tratado de hacer. Figuras de la escala de Fernando Ortiz, Wifredo Lam, Alejo Carpentier, Juan Marinello, Amelia Peláez, entre otros. Quizás se me escape algún nombre más de esta significación, pero ninguno de estos grandes fallecidos, y de la escala de ellos, murieron fuera de su Revolución. Y hay otro nombre que quería mencionar en especial, para hablar de él, para explicar algunos datos muy interesantes con respecto a su persona: José Lezama Lima. Una figura que la reacción internacional ha tomado como alguien a quien la Revolución no le dio el tratamiento adecuado. Quiero, sobre esta figura de Lezama Lima, que era católico, que murió en Cuba, y cuyas obras se han publicado en Cuba, y en cuya casa ahora hemos hecho una biblioteca.

[...]

En el mismo Estados Unidos tienen que haber muchos académicos, muchos artistas, muchos científicos, escritores, sobre los cuales pesa la propaganda que se hace contra Cuba, y nosotros los comprendemos, porque siempre nos gusta situarnos en la posición de la otra parte para analizar el problema y tratar de ser justos.

[...]

Porque, además, ¿en qué consiste un diálogo? Precisamente en eso, y este es el espíritu de la cultura de los pueblos de Occidente, pero se nos ataca mucho. Por ejemplo, aquí se habló de que a García Márquez, premio Nobel, expresión del intenso movimiento literario que ha habido en América Latina, no le dejan entrar en Estados Unidos. ¿Y por qué? ¿Y por qué entonces ese país es democrático y los restantes no? Yo sé que Estados Unidos es democrático, pero limitadamente democrático, y yo sé que Estados Unidos tiene tradiciones democráticas y tengo confianza en esas tradiciones democráticas; pero el poder en Estados Unidos, los mecanismos que prevalecen en ese poder, esa burocracia de que yo hablaba y la política de la Administración de Estados Unidos, impiden que un premio Nobel entre en Estados Unidos. ¿No es esto un escándalo, que a un premio Nobel, figura cumbre de la literatura latinoamericana de nuestros días, se le

pongan trabas para entrar en Estados Unidos? ¿No es un escándalo mayor que cualquier problema relacionado con un disidente o con un desertor? ¿Y por qué eso no sale publicado en el *New York Times* a todo titular? ¿Y por qué no hay artículos en la gran prensa de los monopolios norteamericanos en relación con esto? Aquí se ha hablado, muy bien, de brindar un apoyo a García Márquez. ¿Y por qué los medios de prensa en manos de los grandes monopolios no sacan un artículo de fondo exigiéndole a Reagan que rompa esa barrera? Porque si eso hacen con García Márquez, lo hacen también con otros intelectuales de América Latina; creo que Mario Benedetti tampoco puede entrar en Estados Unidos. ¿Y ustedes saben cuál fue el único crimen de García Márquez? Que él, al triunfo de la Revolución, hace casi 25 años, trabajó como periodista de la Agencia de Noticias Prensa Latina; ni siquiera ha militado nunca en ningún partido comunista, pero es un hombre de la cultura. ¡Bueno, pues vamos a formar un escándalo con esto! Para que se conozca la verdad en el mundo...

[...]

Estoy de acuerdo con que hay muchos periodistas en los grandes consorcios monopolistas que conocen América Latina, y África y Asia, que trabajan allí, que son honestos, y que puede ser que tengan constantemente problemas de conciencia, y que preparan informaciones que seguramente se quedan en la redacción de los periódicos. [...] El problema es que muchas veces la verdadera noticia no llega al dominio público o es manipulada, como en el caso que he citado, de que Gabo, el premio Nobel de Literatura, no puede entrar en Estados Unidos.

Miren, en Nueva York se celebró hace dos años un encuentro muy importante de escritores, de 4 000 escritores, entre ellos escritores eminentes. Fueron a un encuentro para cuestiones gremiales, de derechos de autor y cuestiones ramales de ellos. Hicieron un pronunciamiento en el que expresaban su deseo de acercarse a América Latina y el Caribe con un diálogo; también un señalamiento crítico a la política del señor Reagan contra Cuba, y eso fue publicado en los periódicos de México. Muchas personas, seguramente, no lo sabrían, porque los grandes órganos que deciden la conformación de la opinión pública no dieron esa noticia.

A veces lanzan mentiras y canalladas y las publican a todo titular; son calumnias que no quiero ni recordar, pero han hecho bajezas increíbles con relación a la Revolución, con dirigentes de nuestra Revolución. Bajezas tales que la primera reacción de cualquier hombre

honrado es de repulsión contra esa canallada y las mentiras atroces. Después se desmiente la noticia, porque la mentira es tan burda que tiene que ser refutada la noticia. Pero lo que sale es una aclaración, cuando ya está divulgado en muchos órganos, y la enmienda sale como un «sueltecito» pequeñito, en la página interior de un periódico —porque ellos tienen el manejo de la información—, y lo que finalmente queda en la conciencia del mundo es la gran mentira resultado de la invención.

[...]

Yo les voy a decir algo más, no del arte abstracto, sino en relación con el movimiento de arte moderno en Cuba. De toda la corriente de arte moderno, cuyo símbolo más alto lo tenemos en Picasso, y su repercusión en la plástica cubana. En los años 20, las corrientes de arte moderno empezaron a tener una influencia en la plástica cubana, incluso fueron años de gran efervescencia social y política; fue una década muy crítica en el desarrollo del proceso histórico de Cuba, la del año 20, y en general el movimiento de arte moderno empezó a tener una influencia en el desarrollo de la plástica cubana. Con anterioridad, la plástica cubana era más academicista y no había acabado de encontrar lo real cubano, que es este color, el movimiento, la diversidad de formas, el clima, ¡la vida real que expresa la naturaleza cubana!

[...]

Yo quería terminar agradeciendo a ustedes por habernos dado la oportunidad de expresar estas ideas, deseándoles muchos éxitos en su trabajo. Y en especial manifestarles nuestra emoción a aquellos —sobre todo a los latinoamericanos— que el regreso a sus países puedan enfrentar problemas. En fin, deseamos el éxito del Teatro Nuevo. Estamos a disposición de ustedes para ayudar a ese éxito, y les damos las más expresivas gracias por esta posibilidad de intercambio.

22 [Los pueblos latinoamericanos tenemos la vocación de conocer el mundo].²⁵

Lo primero es confirmar que resulta muy necesario seguir haciendo este tipo de encuentro, en Cuba, en Nicaragua o en otros países; celebrar uno cada año, cada dos años, como ustedes crean; incluso, ir ampliándolos. Porque a mí me parece muy bueno que ustedes se consideren como promotores o activistas de apoyo al movimiento de las organizaciones políticas y de masas en América Latina. Ustedes se consideran como una antesala del movimiento popular ya más militante, más activista, más directamente responsabilizado con tareas políticas. A mí me parece que esto es muy importante, y, sobre todo no solamente para ahora, sino con una trascendencia, hacia el futuro. No hay que pensar en un año, dos, tres, sino como una trascendencia para varios años.

Es indudable que en América Latina está surgiendo una cultura que representa una presencia nueva en el mundo de hoy. ¡Una presencia nueva en el mundo de hoy! Esto no es cosa que se pueda dejar en un nivel secundario; por ejemplo, lo que está pasando en el movimiento cristiano en estos momentos. Nosotros mismos estamos asombrados. Y nosotros tenemos la experiencia de Cuba. En nuestro país no teníamos una influencia cristiana militante. Realmente, el cristianismo y el catolicismo trabajaron en las clases altas, mientras que en las capas pobres de la población se produjo un sincretismo muy alto entre cristianos y católicos con los cultos africanos.

[...]

Fidel se ha referido a la relación con la iglesia y a la relación con el cristianismo.

[...]

Porque uno de los aspectos menos subrayados en América Latina acerca del movimiento revolucionario cubano y de la posición de Fidel, es el tratamiento político que se les ha dado a todas las situaciones. O sea, ha sido este uno de los aspectos que menos se ha difundido en América Latina. Y es necesario destacar, una y otra vez, el

²⁵ Versión de las palabras que pronunció en el intercambio que sostuvo con los participantes en el Encuentro Latinoamericano de Cultura, Comunicación y Educación Popular, celebrado en la Casa de las Américas, el 18 de abril de 1983.

genio político de Fidel, que ha sabido aplicar las soluciones justas en cada momento y darles siempre una proyección hacia el futuro.

Algunos fracasos de muchos movimientos guerrilleros y, si profundizamos más, de los procesos revolucionarios en América Latina, pueden atribuirse a la falta de tacto político y de manejo político de las situaciones específicas. Bien, acerca de ese manejo, de esa línea de no actuar dogmáticamente, sino incorporando a los diferentes sectores, etc., acerca del tratamiento que a estas situaciones le ha dado Fidel, es de lo que menos se conoce del pensamiento y la obra de Fidel, porque no se ha difundido.

[...]

Cuando estuve en Nicaragua, me sorprendió agradablemente encontrarme que había mucha gente investigando el folclor, haciendo estudios sobre Centroamérica, lo que demuestra que hay un movimiento cultural de base, nuevo, que se cuestiona ciertas cosas, ciertos problemas, y busca en las raíces, en las causas propias de los fenómenos contemporáneos.

[...]

El Encuentro de Intelectuales por la Soberanía de los Pueblos de Nuestra América, celebrado en La Habana, puntualizó la necesidad de estudiar el amplio movimiento cultural popular, de masas, que se desarrolla en América Latina. Y ese movimiento cultural tiene —en mi opinión— lo que pudiéramos llamar una sincronía universal, a partir de lo que se produce en América Latina. Y eso está en Martí, está en los forjadores de nuestra independencia, está en toda la literatura latinoamericana de hoy, y en la búsqueda de la universal. No hay ningún continente ni grupo de países en el mundo, ni organizaciones regionales en el mundo, que tengan una vocación más universal que la América Latina.

El nacionalismo estrecho y militante de Europa, ese que condujo al fascismo, ese nacionalismo estrecho y militante que se ve todavía en parte de Europa, no ha sido muy fuerte en América Latina. ¡Hombre!, siempre hay sus problemas, pero nunca se ha visto en América Latina el nacionalismo, que ha generado siglos de guerras entre las naciones. Nosotros no hemos vivido esas circunstancias en América Latina, porque hemos tenido otro desarrollo, acaso más aislado, pero al mismo tiempo más esencialmente unidos por una identidad común.

Yo me siento latinoamericano casi desde que tengo uso de razón política. Lo digo solo como ejemplo, como un ejemplo entre muchos, ya que seguramente les ha pasado a ustedes igual.

Yo discutía con un compañero francés sobre este asunto, y me decía que la unidad latinoamericana era un interés voluntario, un propósito histórico objetivo. Podrá no verse en cien años, doscientos, trescientos, pero, objetivamente, está formado desde una perspectiva histórica. Yo lo he sentido así, y creo que mucha gente lo ha sentido así, y se ve claro que hay un propósito de la cultura latinoamericana, y que ese propósito es una síntesis universal, y tiene una vocación universal.

Pienso que la Revolución cubana, el gesto mismo de Fidel, no es un caso aislado, ni es una casualidad histórica, ni es un azar, sino un producto histórico. Y cuando Fidel habla como puede hablar y convencer, digamos, en el seno del Movimiento de Países No Alineados, es porque representa la síntesis de la cultura latinoamericana en los No Alineados. Pero aparte de eso, hay una tradición histórica en América Latina hacia esa vocación universal...

[...]

Cuando me han preguntado si se podía ser revolucionario y se podía ser católico a la vez, he dicho: Sí, porque son sinceramente cristianos y son sinceramente revolucionarios. [...] No olvidemos que Fidel ha planteado varias veces el ejemplo de las monjitas de la caridad. Decía Fidel: «¡Yo quisiera que todos los militantes del Partido tuvieran la vocación de las monjitas de la caridad!». Y Fidel, al principio de la Revolución, utilizó una expresión muy clara: «Quien traiciona al pobre, traiciona a Cristo».

[...]

La intelectualidad latinoamericana —repito—, inclusive la más alta intelectualidad, la más elevada, las figuras cumbres, no son pro yanquis. [...] En realidad, hasta los propios Estados Unidos reconocen hoy que la intelectualidad latinoamericana está inclinada hacia la izquierda, o dentro de la izquierda. A mí me decía Benedetti: «En Europa Occidental los políticos están a la izquierda de la intelectualidad, y en América Latina la intelectualidad está a la izquierda de los políticos».

[...]

América Latina va a demostrar las formas concretas de impulsar un movimiento popular en la cultura a nivel más amplio. Yo creo que todo lo que se pueda hacer en ese sentido sería formidable para el movimiento revolucionario. Además, pienso que el movimiento revolucionario de América Latina lo necesita, hasta desde el punto de vista de la creación de una nueva moral. El sentido es este: la crea-

ción de una nueva moral, las relaciones personales, los métodos de trabajo, los métodos de enfrentarse a discrepancias y a la unidad del movimiento revolucionario.

¡Necesitamos una moral, una conciencia moral más profunda cada día! El movimiento revolucionario en América Latina necesita una nueva conciencia social, que indique cosas que se deben hacer, cosas que no se pueden hacer.

[...]

Yo creo que un poco esto es a lo que se refería Martí cuando fundó el Partido Revolucionario Cubano. En Cuba, la guerra de independencia empezó en 1868 y duró diez años. Aquella guerra derivó hacia una división infecunda y tremenda. Eran caudillos que acababan de salir, de brotar de las entrañas de la tierra —como dijo Martí—, y brotaron con su propio personalismo, con sus propias ideas. Y hubo prácticamente dos guerras: la revolucionaria y la ideológica. Y de esa lección histórica Martí sacó una gran lección. Luego fundó el Partido Revolucionario Cubano, el forjador de la cohesión del movimiento revolucionario, aunque él no tenía una autoridad política previa, una autoridad militar; lo fundó, sencillamente, con sus ideas, con sus sentimientos y con sus concepciones. Entonces él habló del alma de la Patria, de la conciencia histórica, de sus ideas y sentimientos; y él creó una nueva moral política en Cuba, expresada, por ejemplo, en la necesidad de la unidad de las fuerzas revolucionarias.

Hoy nos hemos visto acusados de estalinismo, de socialismo burocrático. Yo digo que los comunistas hemos permitido —al no ser perspicaces— que el imperialismo hable de que no hemos sido perspicaces en nuestra propaganda; hemos permitido al imperialismo que hable de monopartidismo y de otras cosas como chovinismo, etc.; de todo lo que es personalismo político, que no es defecto de tal o cual, sino que es defecto de muchas gentes, defecto que está presente en los hombres, deficiencias que tenemos los hombres, que tendemos muchas veces al individualismo.

Sin embargo, nosotros tenemos que buscar una fórmula para enfrentar la realidad, y esa fórmula requiere una moral que se plantee el problema de la unidad y el problema del desprendimiento personal, el problema de señalar las cuestiones que no se pueden hacer y que no se deben hacer, sobre la base de la unidad de las fuerzas revolucionarias. Yo creo que una de las virtudes más grandes que ha tenido Fidel, y que todavía no ha sido suficientemente bien asimilada en el movimiento revolucionario latinoamericano, repito, ha sido su enfoque de este problema concerniente a la unidad, y su tratamiento de las relaciones entre las distintas fuerzas revolucionarias.

Ese concepto de la unidad de las fuerzas revolucionarias, del tratamiento a los revolucionarios, de la cohesión del movimiento popular, es un elemento moral muy importante. Pienso que ustedes, que trabajan en estas cuestiones, que promueven la lucha social, no solamente tendrán por misión promover, sino también imprimirle a esa lucha social una nueva moral y una nueva conciencia social, y un nuevo concepto de las cosas. Como este esfuerzo que ustedes hacen no es partidista en ningún sentido, ni está enlazado con ninguna de las organizaciones, sino que lo está con todas en general, creo que tiene unas posibilidades enormes. Y ese es un elemento importante para desarrollar un trabajo encaminado a fortalecer la lucha revolucionaria.

[...]

La cultura latinoamericana está relacionada con las luchas políticas y sociales; eso es lo que no se entiende en Europa, el carácter popular de nuestro movimiento cultural. ¿Pero, por qué no se entiende? Porque piensan en la cultura desde un punto de vista esencialmente técnico, o esteticista, o elitista; piensan en los aspectos más técnicos del fenómeno cultural; más de procedimiento, más de técnica, más del fenómeno cultural mismo, y lo distancian de lo social y de lo político.

Nosotros tenemos una cultura comprometida. Nosotros no tenemos que recibir del marxismo-leninismo el carácter comprometido de nuestra cultura. Nosotros, en Cuba, lo hemos recibido desde el primer sacerdote que se alzó por la libertad de los cubanos —bueno, se alzó en el sentido intelectual— contra la escolástica medieval, que fue el hombre que nos enseñó a pensar. Hemos instituido la Medalla Félix Varela, la más importante que se otorga en el movimiento cultural, porque ya desde su época, a comienzos del siglo XIX, estábamos comprometidos en la lucha por la independencia, contra la colonia, y comprometidos por la liberación de los esclavos. Esos eran compromisos sociales que tenía el movimiento intelectual y cultural en el siglo XIX cubano. Son compromisos concretos de aquella época.

[...]

Hay que ir paso a paso porque, además, si nosotros no vamos paso a paso podríamos caer en aceptar esquemas de otras partes. Nosotros tenemos que buscar las esencias. Así como ustedes están buscando las esencias del cristianismo, yo creo que los marxistas, los comunistas, los marxistas-leninistas tenemos que buscar las esencias de lo que planteó Marx y lo que planteó Lenin... Y una de las cuestiones

más profundas que ellos plantearon es su vocación de lucha por la liberación de la humanidad. [...] En definitiva, es una marcha del hombre, es un movimiento hacia algo, hacia la liberación del hombre, en el que cada cual tiene que encontrar su propio camino real.

Yo interpreto el socialismo, el marxismo, como un movimiento, como un proceso de lucha concreta del pueblo en favor de la completa liberación del hombre no en un plano metafísico ni filosófico, sino en el plano de las realidades concretas y sociales, lo que viene a ser la culminación de un proceso histórico e intelectual.

El marxismo constituye una evolución del pensamiento humano, porque Marx no se quedó reducido a expresar una teoría, sino que fue la culminación de un pensamiento teórico.

[...]

Ese socialismo que estamos haciendo realmente, está cargado de nuestras propias deficiencias, de nuestras propias dificultades. Porque la idea del socialismo es más que eso.

[...]

Debo decir que hay un nudo entre Estados Unidos y México en la frontera, mucho más profundo y quizás con mucha importancia en este final de siglo. Hay un nudo. Y hay zonas del sur de Estados Unidos subdesarrolladas, o por lo menos atrasadas. Quizás muchos de ustedes lo conozcan. Yo lo conozco de referencia, pero sé que esta parte que Estados Unidos le robó a México... ¡Cuidado con las partes que Estados Unidos le robó a México, cuidado con eso!

[...]

23 [«Marchamos de lo nuestro nacional hacia lo nuestro latinoamericano y caribeño y hacia lo nuestro universal»].²⁶

Una de las cuestiones que más se enuncian, es si existe una política cultural para los jóvenes, o si puede existir una política cultural de los jóvenes. Yo pienso que es una pregunta interesante, porque —déjame ver cómo digo...—, bueno, es que aquí nadie se siente viejo, y por consiguiente, nadie se va a poner bravo por eso que voy a decir.

Yo lo que creo es que debe existir una política cultural global, pero que debe estar marcada por el paso de los jóvenes. Es decir, que los jóvenes estén dentro de una vanguardia, dentro de una posición de avanzada; que vayan marcando los pasos de una genuina y nueva política cultural, y que los viejos no se sientan viejos, sino que siempre el arte debe recoger lo nuevo, y siempre el artista debe buscar y procurar lo nuevo y, por consiguiente, lo que hace falta es que los jóvenes sean los que desarrollen y marquen los pasos de avanzada de una política cultural.

He observado un grado de radicalización superior en este encuentro, que en otros encuentros que hemos hecho en la Casa de las Américas. Pienso que este es un aspecto esencial de la juventud; de manera que, dentro de esto, los jóvenes tienen que marchar a ese paso de radicalización en el plano político y en el plano cultural.

En la inauguración del evento se dijo algo que es muy profundo: que había que ser revolucionario como artista y revolucionario como ciudadano, como hombre —no sé si la expresión es exacta, bueno, la idea es esa—. Y creo que los jóvenes latinoamericanos, en el arte, deben ser la simiente principal de cualquier política cultural, y quien marche unido a los jóvenes, de seguro, marchará unido con el futuro del arte

Por lo tanto, mi respuesta concreta es que cualquier política cultural debe tener como centro los pasos de vanguardia que den los jóvenes. Ahora, los jóvenes, para dar esos pasos de vanguardia, tienen que ser mejores que los anteriores: mejores como ciudadanos y mejores como artistas. Es decir, que tienen que emular con la tradición anterior, se trata de una emulación con lo anterior; tienen que ser más

²⁶ Fragmento de la intervención que pronunció en el encuentro que tuvo lugar con jóvenes artistas latinoamericanos y caribeños, celebrado en la Casa de las Américas, el 7 de octubre de 1983.

exigentes, más rigurosos, más vinculados al pueblo. Para marchar a la vanguardia hay que ser mejores y hay que superar lo anterior con nuevas formas de creación y con nuevas posibilidades de profundización de la conciencia política.

Esto, claro, por género artístico se ve de forma muy diversa. Si vamos a literatura es distinto a si vamos a la música, o si vamos al teatro mismo. En general, en algunos géneros artísticos hay jóvenes que se pueden destacar desde jóvenes. Digamos, nosotros tenemos figuras brillantes en algunos géneros artísticos que son muy jóvenes, o que fueron brillantes siendo jóvenes. Hay géneros artísticos que necesitan una mayor maduración: digamos, la literatura misma, la narrativa sobre todo, necesita un proceso mayor de maduración y de edad y de tiempo. Tenemos una fuerza joven en literatura que necesita todavía desarrollarse y madurarse, y en otras artes se puede descollar de joven, y en otras se necesita un grado mayor de proceso de maduración. Pero en todas las artes, en el centro de una política cultural, hace falta que esté la presencia de los jóvenes.

[...]

El hecho de que en Cuba triunfara la Revolución no quiere decir que no tengamos también muchos problemas que están presentes en general en la gran patria común, y que están presentes en el mundo moderno actual.

Por ejemplo, el problema esencial de la cultura moderna hasta hoy, se debe a la existencia misma del imperialismo.

Tú hablas del problema de la identidad, digamos. Yo creo que nosotros hemos avanzado en la expresión y en la defensa de nuestra identidad cultural. Ahora, la identidad cultural siempre tiene que estar en lucha contra la penetración ideológico-cultural de los grandes consorcios imperialistas, porque Cuba no está separada del mundo.

[...]

Uno de los hechos culturales más importantes que ha vivido la Revolución cubana es la elevación del nivel educacional de las masas, lo que ha impuesto una exigencia de calidad de las masas hacia los artistas.

Las masas del pueblo de Cuba hoy son más exigentes estéticamente que antes, y puedo ofrecer varias pruebas concretas, aunque no las voy a mencionar aquí. El pueblo sí exige calidad, sobre todo cuando ha elevado su nivel cultural y educacional. La primera obra cultural es la Revolución, pero, después de la Revolución, la primera obra cultural es la educación masiva y la elevación del nivel cultural del pueblo.

Cuando se eleva el nivel cultural del pueblo, este exige calidad. Y hoy uno de los problemas que tiene el desarrollo del movimiento artístico en nuestro país es que el pueblo les está imponiendo a los artistas un reclamo de mayor calidad. Por eso el problema de la calidad en el arte yo me lo planteo como un problema relacionado con la masividad de la educación la cultura.

[...]

No piensen que la Revolución es un camino trillado y fácil. Pero lo que sí se puede saber es que el avance que se obtiene con una Revolución no tiene precedentes en la historia. Y en el camino se encuentran innumerables dificultades, pero el avance obtenido no tiene precedentes.

[...]

Los problemas que nosotros estamos viendo son descomunales, tremendos, pero son los problemas que solo la generación de ustedes y las generaciones que les sigan a ustedes, y las generaciones futuras van a resolver, y tienen que enfrentarse. Yo creo que lo más importante de un evento como este consiste en la toma de conciencia colectiva por parte de todos nosotros de que tenemos que unirnos más culturalmente, y que por encima de las dificultades y de las limitaciones vayamos a una unión cultural. América Latina es una sola gran patria.

Yo no sé si un europeo se siente europeo como yo me siento latinoamericano, caribeño...

[...]

Ya estamos en la década del 80, así que la Casa de las Américas tiene ahora que buscar nuevas promociones de artistas e intelectuales de América Latina. Tiene que buscarlos a ustedes, no se puede quedar en lo que ya hizo... El futuro son ustedes. Y lo que queremos con estos encuentros es que se agrupe la nueva generación de artistas e intelectuales de América Latina, y que lo que la Casa de las Américas hizo en los años 60 en relación con el movimiento intelectual, ahora lo haga con mayor experiencia, con mayor fuerza, con mayor autoridad, con el movimiento intelectual de las nuevas generaciones surgidas en los años 70, 80, que son ustedes, que van a ser las grandes figuras en el futuro en el campo intelectual.

Y queremos también que ustedes se relacionen con los jóvenes cubanos, que están agrupados en la Brigada Hermanos Saíz. Porque la Casa de las Américas es de América, y Cuba pertenece a América,

y, por tanto, tienen que dialogar con los cubanos. Aunque haya encontronazos, situaciones en que parece que no se entienden porque no hablan un lenguaje común, aunque estamos hablando de países diferentes.

[...]

24 Las raíces del neanexionismo de Ronald Reagan.²⁷

Cuando estudiaba Historia en la escuela y me hablaban de los anexionistas, los consideraba como una vieja especie de entreguistas y traidores que jamás volverían a resurgir. Recuerdo que, aunque nada simpatizaba con los que simplemente deseaban reformas manteniéndose dentro del régimen colonial español —los reformistas—, para mí los anexionistas eran los peores, porque aspiraban a anexar a mi patria a Estados Unidos.

Algunas figuras de los reformistas no pueden dejar de ser analizadas en el orden estrictamente cultural como parte de nuestra historia, aunque en lo sustancial estuvieran cargadas de la limitación que suponía no abrazarse al ideario independentista. El anexionismo, en cambio, no poseía ningún elemento de cultura nacional, porque, por definición, el anexionismo es la negación de la cultura cubana. No existe ninguna gran figura anexionista que como tal haya dejado una huella profunda en la cultura cubana.

El anexionismo, en la primera mitad del siglo pasado, tuvo mucha relación con lo peor de Norteamérica: los esclavistas del Sur. Con la Guerra de Secesión y, sobre todo, con la de independencia de Cuba, iniciada en 1868, el anexionismo perdió su base social y política. Lo perdió en Norteamérica porque, suprimida oficialmente la esclavitud, Estados Unidos buscó otras formas más sutiles de dominación, sin llegar a la anexión, y las encontró en la neocolonización del país durante las primeras seis décadas de este siglo. Pero el anexionismo perdió definitivamente su batalla con la guerra de independencia iniciada en Yara en 1868.

El antianexionismo se fortaleció y enriqueció con José Martí, que fue el principal ideólogo de la independencia y, por consiguiente, contra el anexionismo y contra el reformismo en Cuba. Esta historia es bien conocida pero la traigo a colación porque después de más de un siglo, en el Norte revuelto y brutal que nos desprecia, las ideas de anexionismo han empezado a entrar de nuevo en cierto juego político.

²⁷ Artículo publicado en la revista *Proceso* de México, el 24 de octubre de 1983, con el título original «Con la apropiación de la cultura y los héroes de América Latina, Reagan revive el anexionismo».

En este sentido hay que relacionar la reunión de Ronald Reagan con un grupo de mafiosos cubanoamericanos de Miami y las afirmaciones del presidente de la Comisión de Relaciones Exteriores del Senado norteamericano, y la propaganda que se lee en muchos periódicos acerca de que no existe cultura cubana ni cultura latinoamericana alguna.

No es simplemente en la declaración del presidente de la Comisión de Relaciones Exteriores del Senado norteamericano donde aparece el anexionismo como expresión ideológica de ciertos sectores del poder en Estados Unidos. Y aun cuando se pueda muy justamente plantear que hablar de anexionismo a estas alturas es anacrónico, resulta interesante analizar la base ideológica del anexionismo y, con similares argumentos, ciertas campañas que se hacen en alguna prensa extranjera contra la cultura cubana.

Las ideas anexionistas se fundamentaban en la aseveración de que Cuba no era una nación y que, por consiguiente, no poseía cultura propia. Debía así anexarse a Estados Unidos. Similares criterios se solían —y se suelen— mantener por el Imperio en relación con América Latina. Las mentalidades colonialistas que analizan a nuestra América suelen negar cohesión a la gran patria común del sur del río Grande y afirmar que este no es un continente que posee, además de su diversidad, una unidad espiritual y cultural muy poderosa.

Niegan la cultura de Cuba y la de cada uno de nuestros países y, por consiguiente, la de América Latina. Pues bien, nadie debe asombrarse, porque esta es, oficialmente, la fundamentación de la propaganda contra Cuba en los círculos intelectuales allegados a la política de la administración Reagan.

Para nuestro país, que hace siglo y medio dejó atrás las ideas anexionistas y que solo considera semejantes cuestiones desde un punto de vista histórico, puede que parezca importante que nos interese tan vivamente en ello. Sin embargo, a escala de América Latina y de la caracterización de nuestra Revolución, son dignas de analizar estas ideas, porque expresan la decadencia cultural de la burguesía norteamericana y de sus aliados.

Como expresión de la decadencia a la que han llegado estos señores, hay dos argumentos que se están moviendo oficialmente en la propaganda internacional, a bombo y platillo. Esos dos argumentos son lanzados por los círculos de apátridas más cercanos o dentro de la red de la administración Reagan; se trata de los consejeros en cuestiones cubanas de Reagan, los neoanexionistas. Un argumento es

el que niega la existencia de una cultura cubana y latinoamericana. Otro, el que trata de desvirtuar el pensamiento de nuestros héroes e intelectuales más representativos. Su cinismo llega a tal punto que afirman casi literalmente que «la América Latina no existe más que como figura retórica», que «no existe una literatura latinoamericana» y que el «boom» literario del continente no tiene validez en el campo del arte. Las extraordinarias figuras de la literatura cubana, como Alejo Carpentier, Nicolás Guillén y Lezama Lima están siendo injuriadas por periodistas al servicio de los intereses de la administración Reagan. Hay una arremetida contra ellos en la gran prensa burguesa y por los periodistas mejor pagados del sistema imperialista.

Aunque estas afirmaciones resulten ser un barbaridad, si nos atenemos a que la campaña se desarrolla a través de una vasta red de redes y que el público norteamericano no está suficientemente informado sobre la historia de Cuba y su desarrollo cultural, se comprenderá que con estas inauditas falsedades están intoxicando a amplias zonas de la opinión pública norteamericana e internacional.

La decadencia de la ultraderecha en Norteamérica y de sus aliados, los apátridas cubanos, no denigra solamente a la Revolución cubana que en 1959 por vez primera elevó oficialmente la cultura y el arte a las dignidades más altas, sino que incluso va contra la propia historia cultural cubana y latinoamericana, negando la existencia de un movimiento literario y artístico en Cuba y en América Latina. Lo pernicioso de esta campaña es que va dirigida a amplias capas de la opinión pública internacional, a la que no se le permite conocer los argumentos ni disponer de la información necesaria acerca del arte y la cultura cubanos, tanto de hoy como del pasado.

Muy mal andan los que le niegan su historia a la cultura cubana y su cohesión al amplio movimiento literario de nuestra América, que desde Martí y Rubén Darío empezó a tomar una fuerza inusitada, hasta nuestros días: los tiempos de García Márquez, Guillén, Carpentier, Neruda, Cortázar, Benedetti y tantos más...

En el presente artículo queremos referirnos, nada menos, que al caso insólito de José Martí, nuestro héroe e ideólogo nacional, porque a estos bárbaros se les ha ocurrido situar al autor intelectual del Asalto al Cuartel Moncada en contradicción con el proceso revolucionario. Aquí la falsedad y el descaro han llegado a límites insospechados. Ellos dicen en sus artículos de prensa que en Cuba las ideas y los pensamientos de José Martí son «subversivos». Llegan a afirmar que en nuestro país sus obras no se publican fielmente, sino que aparecen de forma mutilada; que lo escrito por el héroe de la indepen-

dencia de Cuba es «literatura subversiva» en nuestro país. Goebbels, el propagandista del nazismo, afirmaba que mientras más grande era la mentira y más se repetía, podría creerse mejor. Desde luego, esta difusión va dirigida a esos a quienes no pueden llegar, como refutación de dicha propaganda, las *Obras Completas* de Martí y los textos íntegros de nuestro héroe, que en Cuba se divulgan, se exaltan y se estudian exhaustivamente.

No era fácil explicarse el porqué Reagan había escogido el nombre de José Martí para su «famosa» aspiración de constituir una emisora de radio contra Cuba. Sin embargo, vemos ahora en alguna propaganda contrarrevolucionaria fuera de nuestro país los increíbles fundamentos de tal pretensión. El objetivo es desvirtuar las ideas de Martí para que pierdan eficacia en el continente, y tratar, de este modo, de romper el nexo ideológico y político más profundo de la Revolución cubana con Nuestra América. La fórmula es vieja. A todos los grandes revolucionarios, una vez fallecidos, la reacción los ha tomado como bandera para restarles valor a sus ideas. A cien años de la muerte de Carlos Marx, se aprecia también la tergiversación del pensamiento del fundador del socialismo científico por los reaccionarios y renegados.

Los argumentos que emplean algunos periodistas de derecha, en relación con Martí, son de tal superficialidad que moverían a risa si no supiéramos que detrás de ellos está una vasta red de difamación y calumnias. Llegan a decir que los textos íntegros de Martí sobre Carlos Marx no son publicados en Cuba, como si quien leyera las *Obras Completas* y los diversos artículos y ensayos que se han hecho sobre el tema no pudieran desmentirlos. Y es verdad que nos es difícil desmentirlos, porque muchos medios de difusión internacionales se encuentran en manos de Reagan y sus adláteres. Pero allí donde se encuentre una prensa que quiera a Nuestra América, y que por encima de las discrepancias políticas con la Revolución sienta la necesidad de la unión, debemos estar prestos para denunciar a estos farsantes.

Tanto el argumento de que no existe literatura cubana ni latinoamericana, como el intento de tergiversar las ideas y posiciones de nuestras principales figuras intelectuales, obedecen, en el fondo, a la misma aspiración anexionista de principios del pasado siglo y sus ideas neocolonialistas del presente. Es decir, al objetivo de desconocer nuestra cultura y nuestra nacionalidad misma. Son afirmaciones corrosivas que debemos aprender a combatir en todos los terrenos.

Hay una plaga de mafiosos de origen cubano aconsejando a la administración Reagan, y si uno lee alguno de sus comentarios se

aprecia fácilmente que son herederos de los anexionistas. Ellos mismos, cuando se reunieron con Reagan en Miami, hace semanas, de hecho hicieron profesión de fe anexionista. La ideología anexionista que después de 1868 quedó derrotada en Cuba por la guerra, y contra la cual escribió copiosa y bellísima literatura José Martí, ha crecido en el pantano podrido de la administración Reagan.

Martí, bien lo sabemos todos, no fue marxista; pero con su vida, su obra y sus ideas le abrió a Cuba el camino del pensamiento socialista, por medio de sus prédicas antiimperialistas, con su ideario anticapitalista, con sus aspiraciones latinoamericanistas, con el hecho de que se puso del lado de los pobres y frente a los ricos, con su denuncia del Norte revuelto y brutal que nos desprecia, con sus descripciones admirables sobre la vida de Norteamérica, con su Partido Revolucionario Cubano, con su acción y su literatura, por lo que los marxistas-leninistas cubanos somos herederos de José Martí.

Para contrarrestar semejante infamia lo primero que tenemos que hacer es continuar trabajando en el desarrollo y ampliación de nuestro movimiento intelectual sobre los fundamentos de la historia de la patria, de su cohesión y relación con el Caribe y América Latina. Ahí tenemos la fuerza y la raíz de nuestra riqueza política y cultural.

La historia cultural de un continente que con Bolívar, San Martín, O'Higgins, Tiradentes, Juárez, Artigas, Martí, Zapata, Sandino y tantos otros más, ha dado muestras inequívocas de una riqueza espiritual y de una voluntad política de unión lo suficientemente fuerte, será capaz de arrasar definitivamente con los anexionistas de este hemisferio.

25 [Todas las grandes transformaciones sociales que se han producido en la historia de la humanidad han tenido como preámbulo las transformaciones en el campo de la cultura].²⁸

De lo primero que quiero hablar es del Encuentro de Intelectuales Latinoamericanos y Caribeños que vamos a celebrar a principios de 1986. Ustedes recuerdan que hicimos un encuentro en septiembre de 1981. Después se estuvo discutiendo mucho la sede. En realidad, la cuestión de la sede fue demorando la posibilidad práctica del encuentro. Nosotros deseábamos que la sede fuera cualquier otro país de América Latina o el Caribe, pero posteriormente —en un encuentro con los comités nacionales permanentes— se vio la situación práctica que esto presentaba, y que era necesario hacerlo en Cuba. [...] Pienso que deberíamos tener una unidad muy fuerte para enfrentar esos cuatro años que posiblemente se nos avecinan; pero también es verdad que debemos trabajar seriamente por ese encuentro, y harían falta algunos meses para prepararlo.

Hablaba de esto con el compañero Mariano Rodríguez: que podríamos tener para enero o febrero del próximo año una nueva reunión de representantes de los comités nacionales, quizás inclusive pudiéramos lograr que fuera más amplia que esta reunión, y con mayor experiencia, que pudiera coincidir en cierta manera con el Premio Casa de las Américas y ahí discutir con mayor profundidad algunos aspectos, aunque ya el encuentro tiene que ir siendo convocado desde ahora mismo. Y aprovechar esa reunión de los comités nacionales en enero para prepararnos con vista al proceso que se avecina.

[...]

Quería referirme a tres planos de la realidad actual en nuestra América en los que nos movemos, y que nos obligan a la reflexión.

Primero, el plano económico-social. Pero hay que subrayar que la crisis económica ha adquirido tal dimensión que no son ya solamente los líderes laborales ni populares los que, desde la tribuna del sindicato o de la organización campesina, denuncian la situación existente... El compañero Fidel Castro, presidente en este momento del Movimiento

²⁸ Versión de las palabras pronunciadas en la reunión con los integrantes de los Comités Nacionales de Intelectuales por la Soberanía de los pueblos de América, efectuada en la Casa de las Américas, el 19 de junio de 1984.

de Países No Alineados, fue el líder popular y revolucionario que, desde la tribuna de las Naciones Unidas en 1979, señaló los contornos reales del problema económico social del mundo. El propio Fidel, en la Cumbre de Nueva Delhi, volvió a realizar los análisis de los aspectos más concretos y decisivos de la crisis y del drama presente y futuro de la humanidad, llamando a la reflexión y a la lucha. Si en el Imperio no se atienden al reclamo de la mayoría, no habrá pago posible de la deuda, porque ese enorme débito que tienen los países subdesarrollados no se puede pagar.

[...]

El segundo plano es el militar. No voy a extenderme aquí; el drama es grave y no puede fácilmente describirse con palabras. Los modernos explotadores de los pueblos parecen haber perdido todo sentido de la realidad, y andan enloquecidos por un camino que en ocasiones da la sensación de no tener retroceso posible. No se percatan de que ellos mismos están involucrados en la catástrofe.

Una agresión en gran escala a América Central, que ya de hecho ha comenzado en escala más limitada, ha de ser de tal repercusión y alcance que puede resultar el camino hacia una catástrofe universal. Si se relaciona con la guerra mundial, hay poco o nada que hablar. Los científicos han dicho que es imposible determinar las consecuencias que tendría una guerra termonuclear.

[...]

Hay un tercer plano de la realidad latinoamericana y caribeña que ofrece contornos hermosos: la efervescencia de ideas, de expresiones de cultura y de arte de nuestro pueblo, está ahí como una realidad que sentimos los cubanos a diario con tan amplias y numerosas visitas, exposiciones y eventos. La aprecio en las concepciones de nuestros talentosos pensadores con los que he tenido el privilegio de hablar. La observo en la creación de nuestros cineastas, que cada año se reúnen en La Habana para presentar una serie de películas de contenido humano y social y con una potencialidad artística incuestionable. La siento en la explosión literaria, lo que inicialmente se llamó el «boom» de la literatura latinoamericana. La veo en la I Bienal de La Habana, donde prácticamente se ha visto que América Latina recogió el reto del arte moderno y lo modificó y expresó a su forma popular y a su manera propia, con todo lo que nos ha llegado de Europa, que siempre lo hemos retomado y le hemos dado nuestras propias formas más adaptadas a nuestras realidades concretas. Está presente en la plástica y presente también en las ideas. La aprecio en

el Festival de Música de Varadero, que se ha convertido en un centro importante de la música popular; en los festivales de teatro; en los miles y miles de hombres de arte y de cultura procedentes de los más variados rincones de nuestra América a quienes tenemos el inmenso honor de recibir en Cuba. Es una fiebre de ideas, de arte y de cultura, la que bulle en nuestra América, y este es el elemento importantísimo de nuestra fuerza moral; elemento sustancial para afrontar las complejíssimas responsabilidades de nuestros pueblos.

[...]

Recordemos siempre que las principales ideas de la cultura latinoamericana y caribeña no abarcan exclusivamente lo artístico y lo literario, aunque, ciertamente, lo artístico y lo literario son una forma esencial a través de la cual se muestra nuestra cultura. Pero el intelectual latinoamericano y caribeño pretende abarcar con sus ideas, creatividad y promoción cultural el amplio espectro de toda la vida espiritual de cada una de nuestras naciones y la de América en su conjunto, en su enfrentamiento al imperialismo yanqui. Para el intelectual de Nuestra América la cultura abarca, pues, la vida espiritual y moral de nuestras sociedades. Este elemento es el que nuestros enemigos no comprenden, porque no están a tono con el desarrollo espiritual del mundo actual y con el que nosotros hemos alcanzado. Ellos tienen un concepto tecnocrático de la expresión cultural.

[...]

Decía yo —recordando la frase de Gramsci— que él afirmaba que el arte era políticamente útil, siempre que fuera arte. Y lo prueban ahora recientemente, como también señalaba ayer, los viajes de la Nueva Trova, de Silvio Rodríguez y de Pablo Milanés, a Argentina y Ecuador; lo prueba la presencia de Alicia Alonso en Brasil.

[...]

Por lo que debemos realizar un trabajo en tres direcciones fundamentales:

1. Propiciar y estimular la creatividad artística y cultural de cada uno de nuestros pueblos, es decir, convertirnos en promotores del arte y la cultura popular.
2. Estimular la investigación y el estudio por parte de nuestros mejores talentos acerca de la cultura nacional de nuestros países, y de su carácter y proyección latinoamericana.
3. Procurar la coordinación de esfuerzos internacionales con los demás países y movimientos artísticos e intelectuales de Nuestra

América, con vista a ampliar la creatividad y a empeñarnos en análisis teóricos y de concepto más trascendentes.

Pienso que sobre este último punto, América Latina y el Caribe, con los análisis sobre los fundamentos culturales, puede dar al mundo aportes trascendentes en todos los órdenes.

No pueden confundirse los problemas ideológico-sociales y morales con los de índole artístico-literaria. La ideología social y moral se relaciona con el arte, y están presentes o influyen indirectamente en él, pero no son el arte. El arte tiene su propia especificidad, es una categoría diferente de la moral y diferente de la ideología social. Los problemas de la moral y de la ideología social debemos analizarlos con los métodos ideológicos y con los argumentos y fundamentos morales, pero no artísticos.

Yo recordaba, en una reunión universitaria que hubo hace unos días, que Hegel, en su época, desde una posición de filosofía idealista, llamaba mucho la atención sobre que no se confundiera la religión con el arte. Y nosotros ahora no podemos establecer normas o patrones para la creación artística en nombre de tal o cual política o ideología. Ello puede ser políticamente nocivo, y quiero insistir en lo que hemos planteado en estos días de discusiones con ustedes, en las conversaciones con ustedes, en la diferencia entre política, ideología y teoría. Porque hay quienes pueden pensar que una teoría política se puede aplicar al arte, inflexiblemente, y en realidad se trata de cuestiones diferentes.

[...]

La falta de unidad fue la gran tragedia histórica de la lucha independentista en América. Es evidente que factores económicos y sociales condicionaron esa tragedia. No es hora de hacer el análisis; pero la tragedia reveló que la unidad interna de nuestros pueblos y la unidad de nuestros pueblos en el plano de toda nuestra América constituye hoy un principio ético y de moral política porque constituye una necesidad histórica para vencer a nuestro irreconciliable enemigo: el imperialismo norteamericano. En esto Cuba tiene una tradición que se inicia con Martí y que alcanza planos superiores con Fidel. La unidad de todas las fuerzas independentistas frente al desmembramiento que habían sufrido tras la guerra —que nosotros le llamamos De los Diez Años, concluida en 1878—, fue la obra maestra de José Martí. Él no escatimó esfuerzo ni empeños para lograr la unidad de todos los cubanos amantes de la independencia y la libertad, en un sólido frente de combate, a la vanguardia del cual se encontraba el

Partido Revolucionario Cubano, cuyo brazo ejecutor fue el Ejército Libertador. Agrupar a todos los generales de la guerra y a todos los combatientes en una sola línea de combate fue su tarea histórica; a ello consagró su vida, y esto fue lo que le dio cohesión y fuerza al movimiento libertador cubano. Para entender la política de Fidel hay que conocer bien estos antecedentes, esta historia hermosa.

El legado moral de esa indestructible unidad lo recogió Fidel y lo llevó hacia delante en las condiciones de nuestra época. Y si se analiza la historia de la Revolución cubana, desde el Moncada hasta acá, se podrá apreciar que hay un hilo conductor, un elemento sustantivo: la unidad del mayor número de fuerzas posibles para alcanzar el objetivo inmediato de la Revolución. Unidad del mayor número de fuerzas posibles, sin estrecheces ni sectarismos, y con una firme visión del porvenir; unidad sin claudicación ni concesiones. Esta tradición histórica es un elemento de nuestra cultura política y de nuestra moral política.

Hoy, frente a la tragedia de América y del mundo, la unidad de nuestros pueblos y de cada uno de ellos internamente constituye una necesidad impostergable. Por encima de banderas, de criterios, de tal o cual sector, está la necesidad de la unidad de los pueblos desde el sur del río Grande hasta la Patagonia. Las Malvinas fue un acontecimiento importante que marcó un hito trascendente en las posibilidades históricas de esta unidad.

Ha llegado el momento de la reflexión profunda en toda nuestra América acerca de la necesidad de agruparse, de unirse para responder a la embestida frontal que nos están haciendo y que amenaza los valores culturales y morales de nuestras sociedades. No se trata de impedir que cada cual pueda tener su apreciación, su enfoque y su interés concreto que representar. ¡Lo debe tener y es moral que lo tenga! Se trata de propiciar, como elemento también de moral política, la unidad para hacer posible la coordinación eficaz de todos los intereses a favor de nuestra liberación nacional y social, y especialmente para luchar contra el imperialismo norteamericano. Y si ciertas formas de unidad son indispensables en la hora presente a escala de todos los sectores sociales de América Latina y el Caribe, lo son con más razón a escala de aquellos que nos sentimos más comprometidos con las ideas revolucionarias y socialistas.

Quienes escribirán la historia no serán los que dividan a nuestro movimiento revolucionario y popular.

[...]

La búsqueda de formas de cooperación, por encima de apreciaciones y de enfoques individuales dentro del movimiento intelectual, debe ser un centro importante de nuestro trabajo. Es evidente que el individualismo excesivo, el egoísmo y otros males limitan y corroen nuestra acción solidaria y de conjunto. Y pueden hacer mucho daño en la política a seguir en el arte y, por tanto, en el papel ético, formativo, educativo y de preparación de la conciencia que él posee.

[...]

A este respecto, un problema cardinal que merece la pena estudiar se refiere al del carácter y proyección de nuestra cultura popular. Somos nosotros, los latinoamericanos y caribeños, los que podemos esclarecer en el mundo el concepto mismo de cultura popular. Aquí, desde luego, anda de por medio una concesión semántica que queremos esclarecer. Toda cultura es de raíz popular, por esencia toda ella es popular. Nosotros tenemos una fuerza artístico-cultural con una capacidad de movilización social de gran significación. El teatro, la danza, la música, la artesanía, la plástica de nuestros pueblos, tienen elementos tan inmediatamente populares, y tan inmediatamente relacionados con el quehacer social y político del pueblo, que constituyen, sin duda, una fuerza explosiva, de carácter revolucionario, dentro de nuestras sociedades.

La fuerza explosiva, de carácter revolucionario, del arte latinoamericano y caribeño se puede apreciar en el hecho de que las grandes masas de intelectuales y creadores en el Continente hoy se inclinan hacia la izquierda, o se adscriben a movimientos revolucionarios. Este es un hecho histórico de enorme significación para la cultura, para la política y para la historia de nuestra América. Esto no se entiende por nuestros enemigos, que están dentro de otros esquemas, dentro de los conceptos que los amarran, que les impiden comprender la naturaleza social y revolucionaria que tiene en conjunto el fenómeno de la cultura y su expresión en el arte.

En la América Latina el compromiso forma parte de la historia, es orgánico. Eso tampoco lo entienden ellos. Nosotros estamos comprometidos en la lucha por la liberación social, la independencia nacional y la democracia, y muchos de nuestros intelectuales lo están también, incluso, por las ideas socialistas. Esto no es más que el reflejo, en el plano intelectual, de las raíces populares y de la necesidad de movilización social, de nuestro arte y de nuestra cultura, y a su vez del hecho histórico de que el movimiento cultural latinoamericano y caribeño se halla indisolublemente unido a los movimientos de vanguardia.

[...]

Cómo relacionar nuestro movimiento cultural con el movimiento estudiantil y con los jóvenes creadores. Está surgiendo en América una juventud creadora. Han pasado ya 25 años desde el triunfo de la Revolución cubana; 25 años han pasado desde que llegaron los primeros intelectuales aquí, a este salón. Y ya los que llegaron aquella vez no son jóvenes; han venido otros muchos después. Y por esta Casa de las Américas ha pasado toda aquella generación, que fue surgiendo y que era joven en aquella época, y algunos ya mayores también. Bueno, ¿y los que han surgido después? ¿Y lo que ha venido después? La nueva juventud creadora. ¿Cómo vincularnos con ella? Y con su fuente natural: el estudiantado.

Otro aspecto importante que no podemos olvidar es la importancia del movimiento cristiano. No tuvo Cuba tampoco grandes dificultades en este aspecto, incluso para la radicalización de la Revolución. Pero hay que recordar la sabiduría de Fidel en el tratamiento de la cuestión [...]. Hoy vemos que en muchos países de América Latina el movimiento cristiano tiene una significación popular.

[...]

Hay que tener en cuenta al movimiento cristiano en Nicaragua; hay que acordarse también de Camilo Torres. Tiene una gran fuerza y tiene un elemento moral de enorme significado. Porque, en última instancia, ¿cuál es el primer principio de cualquier moral que aspire a ser seria, sino la de desprenderse de sí mismo para hacer algo a favor de los demás? Y ese es un principio que está presente en la más sana idea de un cristiano honesto. Y siempre he recordado yo la frase que Fidel repite muchas veces en muchas conversaciones, de que él quisiera que los militantes de nuestro partido tuvieran la abnegación y la dedicación de las monjitas de la Caridad. Porque hay un elemento moral y yo lo he visto en los cristianos en Nicaragua, y lo he visto en otros cristianos de otros países de América Latina. Ese es otro problema que yo pienso que nosotros debíamos estudiar en el aspecto cultural. No enredándonos en aspectos filosóficos que podrían llevarnos a discusiones académicas interminables y sin sentido; no enredándonos en abstracciones de ese carácter, sino viéndolos fundamentalmente en el plano de la ética, de la moral y de la acción política. Porque si nos enredamos en problemas filosóficos entraríamos en un debate de nunca acabar. Vamos a lo concreto, vamos a discutir los principios éticos, morales. Y en ese plano los buenos cristianos y los marxistas consecuentes coinciden en la práctica concreta. Porque no en balde Fidel dijo una vez: «quien traicione al pobre, traiciona a

Cristo»; lo dijo en los primeros días de la Revolución. Y los que han traicionado al pobre han traicionado a Cristo en su más pura esencia. Por eso no debemos enredarnos en los problemas conceptuales, vamos a dejar los problemas filosóficos conceptuales muy profundos para quienes siempre prefieren las abstracciones. Vamos nosotros a enfrascarnos concretamente en los problemas prácticos que tenemos delante.

Otro aspecto que yo creo que debería considerarse: cómo estudiar y realizar análisis sobre nuestro movimiento cultural, sin caer en debates exclusivamente filosóficos.

También debemos profundizar en las relaciones del arte y la cultura con las categorías morales, con los problemas morales, y particularmente el problema de la moral revolucionaria. Yo creo que esto último se está convirtiendo en un problema práctico y poníamos el ejemplo del asesinato de Bishop. El proceso que condujo a la muerte de Bishop ustedes lo califican, en su Declaración, como un proceso inmoral; esa es la calificación más apropiada que tiene ese proceso. Y hay otros ejemplos dramáticos en los procesos revolucionarios. ¿Cómo esclarecer esto?

[...]

Nuestra América es una potencia moral en el mundo de hoy. Y si hemos de marchar unidos por los caminos de nuestra liberación nacional y social, y por los caminos de nuestra cultura, podemos hacer aportes trascendentales a la política, a la moral, a las ideas de nuestros tiempos. Vivimos tiempos de lucha y de combate, pero tiempos que necesitan también, para darle solidez a esas luchas concretas, de las ideas y de la cultura. La experiencia enseña que la forma inteligente de desarrollar la lucha revolucionaria es con el apoyo de la política y de las ideas. Porque nuestras luchas revolucionarias, incluso las luchas armadas que se desarrollan en algunos países de América, tienen valor por la acción, la abnegación, la disposición de morir y el combate. Pero esa acción y esa decisión de morir en el combate están inspirados en ideas y en sentimientos, están inspirados en aspiraciones sociales. Nuestra América, en su lucha secular, cuenta con grandes valores culturales. Pero hace falta sacarlos a la superficie. En el mundo de hoy somos una reserva importante de moral; somos nosotros, los latinoamericanos y caribeños una reserva importante de moral. Y esto nos puede llevar a aportar algo en esta lucha universal contra los que nos quieren conducir al desastre.

Mover las reservas culturales de nuestra América, que equivale a proyectarlas en principios morales, en proyecciones de política, en

arte, en creatividad cultural, es nuestra responsabilidad. Y en medio de las gigantescas dificultades que tenemos delante, yo creo que esta es una esperanza cierta, una posibilidad cierta de movilización, un elemento de política importante.

[...]

Las grandes transformaciones sociales que están presentes, y las que se avecinan, cuentan con las grandes expresiones de cultura y de arte que existen en América. Toda gran transformación social en la historia de la humanidad, desde la gran Revolución francesa, o la Revolución rusa, o las revoluciones independentistas de nuestra América, o la Revolución norteamericana, todas las grandes transformaciones sociales que se han producido en la historia de la humanidad han tenido como preámbulo transformaciones en el campo de la cultura. Las expresiones en el campo del arte y de las ideas, el germinar de esas ideas y de esas expresiones artísticas y culturales de nuestra América, no son más que el preludio de los grandes cambios que están ahí a las puertas para que se cumplan, de verdad y no de palabras, aquellos principios famosos de libertad, igualdad y fraternidad, y los más hermosos sueños de Simón Bolívar y José Martí.

¿Qué tiene que decir el latinoamericano de hoy de estos principios de libertad, igualdad y fraternidad, que incluso levantaron en su tiempo las revoluciones burguesas? Yo creo que todo cuanto tenemos que decir es que, al contrario de lo que sucedió en otros lugares, nosotros los latinoamericanos y caribeños queremos en serio ¡la libertad!, ¡la igualdad! y ¡la fraternidad! Pero no para una minoría sino para la inmensa mayoría de la población. Y esos principios que sirvieron de sustancia moral, y que fueron elementos culturales de nuestros padres y abuelos, de los fundadores de nuestras patrias, siguen hoy presentes en nuevas condiciones, en nuevas situaciones. Y nosotros sí levantamos esos principios, tomándolos en serio. El imperialismo no los puede tomar en serio, porque significaría su propia liquidación.

26 [El reto adquirido es pasar de las palabras a los hechos].²⁹

El primer día de nuestra reunión, Gabriel García Márquez lanzó un reto. Cumplir con ese emplazamiento es, según mi opinión, el mayor compromiso adquirido aquí. Tal como lo entiendo, el reto consiste en pasar de las palabras a los hechos; es decir, de la teoría a la práctica. Si nuestra teoría es buena, si los conceptos aquí expresados son justos, podrán transformarse en hechos y en realidades. Creo que esa es la disposición de ustedes, y, para cumplir con ese compromiso, cuenten incondicionalmente con Cuba y, en especial, con la Casa de las Américas.

Pero, ¿a cuáles hechos debemos pasar, según el reclamo expresado en las palabras de Gabo? Debemos desarrollar una amplia y profunda promoción cultural en diversas regiones de América, enfilada hacia la defensa de la identidad nacional de cada uno de nuestros pueblos y de la América nuestra, la que Martí situó del río Grande a la Patagonia.

Todo cambio histórico viene precedido por un hervidero de ideas; los intelectuales de Nuestra América, reunidos aquí, han expresado, con sentimiento y precisión, muchas de esas ideas; han descrito muchos de nuestros problemas.

El Encuentro se abrió con las hermosas expresiones de García Márquez, en las que, además de la belleza literaria, estaba presente el concepto moderno y popular de la cultura. Detrás de lo hermoso, García Márquez transmitió un mensaje al decirnos qué es la cultura de nuestra época. Sus palabras adquirieron un vuelo impresionante cuando afirmó que la cultura era la casa de todos y cuando dijo: bienvenidos pues a la casa de todos.

Es la casa, no solo de los escritores y artistas, no solo de los investigadores y sociólogos, no solo de los maestros, de los teólogos, de los científicos y tecnólogos, no solo de los creadores: es la casa de todo el pueblo.

Sin cultura no hay sociedad humana. En ella se expresa lo que es el pueblo, ella refleja la vida y el ser del pueblo. En la casa de todos

²⁹ Palabras de Clausura del II Encuentro de Intelectuales por la Soberanía de los Pueblos de Nuestra América, celebrado en el Palacio de las Convenciones, entre los días 29 de noviembre y 2 de diciembre de 1985.

estamos, pues, para hablar de Nuestra América y para afirmar nuestra convicción de que el arte y la cultura de América nacen de sus entrañas, se expresan de mil maneras, transmiten un mensaje y, sobre todo, afirman nuestra identidad como pueblos independientes.

Para realizarlo, primero debemos estudiar en detalle, como ustedes lo han hecho en estos días, los problemas cruciales por los que atraviesa Nuestra América. Es hermoso apreciar cómo la más amplia representación de intelectuales que se haya reunido en América, ha podido analizar tan diversos y complejos problemas.

Un elemento hermoso, un elemento profundo, ha sido el abrazo que ustedes, los artistas, los escritores y los intelectuales, le han dado a sus hermanos los científicos, para integrar así el concepto moderno de Cultura.

Es emocionante para mí, al haber leído en detalle las ponencias presentadas, comprobar nuestra identidad de sentimientos y pensamientos con lo expresado por ustedes. Cuando se hablaba del desarrollo cultural y de sus relaciones con la calidad de la vida; cuando se expresaba, en la formidable exposición de Mario Benedetti, sobre los problemas de la información, de la noticia, de la cultura y de las técnicas imperialistas para penetrar a través de ellas; cuando se explicaba, con rigor y profundidad cultural, acerca de la ilustración y sus contradicciones con el movimiento popular en la cultura, en la ponencia del ensayista brasileño Antonio Cândido; cuando se escuchaba el documentado informe sobre la Deuda Externa, de nuestro amigo Volodia. Era fácil apreciar cuánta identidad y cuánto criterio común tenemos todos nosotros. Cuando en estos días leía las ponencias, comprendía mejor aún cómo el imperialismo había intentado separarnos y cómo por mucho tiempo nos mantuvo aislados unos de otros. Pero hay algo profundo en nuestra historia, hay algo profundo en nuestras vidas que nos hace pensar de una manera semejante.

Por eso, me emocionaba al leer vuestras ponencias, al apreciar la comunión de ideas que tenemos. Esta comunión de ideas ha surgido venciendo el aislamiento al que se nos quiso someter: porque, aunque se nos quiso separar, nunca hemos estado más unidos a ustedes. Pensamos igual, aunque somos hombres situados en zonas distintas de América.

¿Qué nos une? Nuestra identidad cultural. Y que ese es nuestro escudo principal, nuestra bandera fundamental; una de las fuentes más hermosas de nuestras vidas.

¿Qué seríamos nosotros sin la identidad de América? ¿Qué seríamos nosotros sin el espíritu de unidad americana que está presente

en la conciencia de ustedes, en la conciencia de nuestros héroes y en la vida de nuestros mártires? Porque nuestros mártires viven, viven en nuestras conciencias y vivirán eternamente en la vida de América.

Aquí no se debatió solo sobre los problemas específicos del arte y la literatura. Aquí, ustedes, artistas, escritores, historiadores, periodistas, sociólogos, científicos, teólogos, todos reunidos, debatieron acerca del gran drama de América. ¿Se puede hablar de la cultura y del arte, sin sentir dentro el drama de América y sin estudiar las tareas inaplazables para abordar sus problemas cruciales? Para el intelectual latinoamericano y caribeño, el drama social, político y económico del continente está en el centro de sus inquietudes culturales. Porque el intelectual de Nuestra América sabe que la cultura, como obra de creación, es, en primer lugar, una obra humana. El intelectual de Nuestra América sabe que la cultura y el arte pueden ayudar notablemente a la unidad del continente. Él salta por encima de esquemas, de racionalismos, y es capaz de absorber las ideas que le vienen del exterior, pero para transformarlas, recrearlas. Recrearlas a tono con nuestras necesidades. En nuestra manera de ser está expresada nuestra capacidad para asimilar lo que venga del exterior que nos resulte útil. Pero está expresada también nuestra capacidad y nuestra decisión de renovar, recrear —que es volver a crear—, eso que ha venido del exterior y aplicarlo a nuestra propia vida.

La cultura nos une y la unidad entre nosotros ha de partir de la comprensión de nuestra diversidad y, a su vez, de nuestra identidad esencial. Si desdeñamos nuestra diversidad, no alcanzaremos jamás a comprender la esencia de nuestra identidad. Si no entendemos nuestra identidad, no podremos valorar bien nuestra diversidad. Somos diversos, pero estamos unidos: el indio, el negro, el mestizo, el asiático, el blanco, que se conjugaron en esta América nuestra; el que vive en las pampas, en las montañas, en nuestras ciudades superpobladas, en los barrios marginales; el que labora en las fábricas o en los campos; el que estudia en las universidades o en otros centros de enseñanza; el que se afana por enseñar o por estudiar; el que en los rincones más apartados de América se esfuerza por crear, en medio de la más terrible miseria y de las peores condiciones de vida; en los millares de hombres que ignoran hoy que existe en esta América una civilización que no entiende las lenguas que llegaron de Europa. Todos, en su inmensa diversidad, tienen derecho a exigirnos un esfuerzo por abrir caminos hacia la redención definitiva de este continente.

Y si en ese esfuerzo, la vida misma, sin que nadie lo imponga, lleva a la violencia, sepamos utilizarla en la medida exacta que exige la

justicia. La violencia sin justicia, es un crimen. Martí, una vez, llamó a la guerra necesaria y llamó, a su vez, a la unión y al amor entre los hombres. Cuando la violencia y la guerra se imponen en la vida social como una necesidad y como una obligación moral, nosotros, los que debemos transmitir un mensaje cultural, adquirimos el compromiso de destacar que ella debe ir acompañada de un esfuerzo a favor de la unidad, la comprensión y el entendimiento humano.

Todos los hombres y mujeres honrados, cualesquiera que sean sus ideas sociales y políticas, sus conceptos religiosos o sus creencias, debemos unirnos. Esta no es la obra de un grupo reducido de personas. Esta es la obra de todos aquellos que, de una forma u otra, se sienten latinoamericanos y caribeños y abrazan, con pasión y con amor, la causa de nuestro continente.

Hay aún una moral por establecer, un principio ético por fijar en nuestras conciencias. La unidad de nuestros pueblos exige que nos comprendamos mejor, que nos extendamos la mano y que dejemos a un lado todo lo que pueda dividirnos. De nuestra cultura debe nacer una ética nueva: la ética de nuestra unidad, de nuestra comprensión y de nuestro entrañable amor a la causa de los oprimidos y explotados de este continente. Esto es lo que permite un intercambio profundo de ideas entre creyentes y no creyentes, entre hombres y mujeres de las más diversas ideas políticas y sociales.

Si se establece la moral de la unidad, la moral de la comprensión y la moral de la defensa de los pobres y explotados de América, estaremos sentando los pilares de una cultura y de una patria genuinamente americanas. Salgamos de este encuentro con el firme propósito de establecer esta moral. Y cuando en las tareas prácticas de nuestras luchas y aspiraciones sociales, nos enfrentemos con un hombre de América —aunque sea de otra nación, aunque sea de otro partido, aunque sea de otra religión o aunque no tenga ninguna—, si ese hombre es honrado, o si puede llegar a serlo, unámoslo a nuestra causa. No le preguntemos si es cubano o chileno, si es mexicano o argentino, si es indio o blanco. Preguntémosle exclusivamente si es un hombre honrado y si está dispuesto a luchar por la causa de los explotados de América.

Y queramos a ese hombre aunque no viva en nuestra patria chica, aunque no pertenezca a nuestra propia familia, aunque no sea conocido antes por nosotros. Querámoslo como si lo conociéramos desde que los primeros hombres de América llegaron a este continente, muchos siglos antes de 1492. Querámoslo como si lo conociéramos desde hace milenios. Ya lo dijo José Martí: «Dígase

hombre y se han dicho todos los derechos». Ya lo dijo el Che Guevara: «Si usted es un hombre honrado, aunque viva en la otra mitad del mundo, puede considerarse mi hermano».

Desde que tengo uso de razón, y desde que aprendí las primeras letras, conozco los sentimientos y las ideas de Martí. Él nos hizo hijos de Nuestra América. Nacimos cubanos, pero siempre nos hemos sentido, como Martí, hijos de América. Quizás en otras tierras no se entienda bien esta voluntad de unión, este amor entrañable que sentimos por lo genuinamente americano. Martí, hombre de letras y poesía, hombre de ideas y sentimientos, fue capaz de organizar la última guerra contra el colonialismo español en este continente; fue capaz de transformar sus ideas y sentimientos en hecho y voluntad de todos; fue capaz de unir a los cubanos sobre el fundamento de una moral en defensa de los explotados y los pobres. En este sentido, el programa y las ideas de Martí expresan un ideario cultural para América.

No es un estrecho nacionalismo el que me lleva a insistir aquí en este ideario. Dijo Frei Betto el primer día, en hermosas y enternecidas palabras, que el libro *Fidel y la religión* había nacido de los sentimientos e ideas de Jesús, Marx y Martí. Al final del I Encuentro, ese poeta magnífico que se llama Ernesto Cardenal dijo, a su modo, con palabras estremecidas, cosas hermosas en relación con la unidad entre todos nosotros. Y no solo esto, sino que las extendió al mundo y no se refirió a una o dos religiones; con su amor infinito quiso abarcarlas a todas y llamar a todos los hombres honrados a la unidad. En aquel Encuentro de 1981, las palabras de Ernesto estaban cargadas de un sentimiento y un dramatismo excepcionales. A su forma, como a la forma en que hablamos cada uno de nosotros, estamos expresando lo mismo, estamos sintiendo lo mismo, y puedo decirles que el pensamiento y el sentimiento que he conocido de ustedes están en la esencia del pensamiento de José Martí.

Al verlos, al oírlos, al tratarlos, al apreciar vuestras emociones y sentimientos, tengo que recordar al héroe de nuestra historia, al ideólogo de América: a José Martí. Quizás para esta faena de promoción de cultura y de arte en que estamos empeñados, para esta labor extraordinaria que nos hemos propuesto, debemos profundizar cada vez más en las ideas de aquel hombre que quiso a América y llegó a ese cariño por la vía de sus sentimientos, de su pensamiento y de su extraordinaria y amplísima cultura universal. La cultura lo llevó a la dignidad plena del hombre, lo llevó a decir: «Con los pobres de la tierra quiero yo mi suerte echar». Lo llevó a amar lo hermoso, a amar lo

justo, a amar la vida y a luchar por la justicia y la dignidad entre los hombres.

Podría decirles que el pensamiento político y cultural de José Martí está en el sustrato de este encuentro, aún cuando no todos lo conozcamos en detalle. Revelarlo, explicarlo, puede ser de un enorme valor. Pienso que, a la postre, Martí es el gran ideólogo de la cultura latinoamericana y caribeña, y en lo que hoy se piensa y se siente como consenso general en el movimiento cultural del continente están presentes las ideas políticas, culturales y morales de nuestro Apóstol.

He dicho esto con inmensa ternura y comprensión hacia los sentimientos de ustedes. El hecho de ser cubano no me exime del deber de hacerlo. No lo afirmo como cubano, lo afirmo hoy aquí como latinoamericano y caribeño. Lo afirmo porque ya Betto lo dijo antes. Lo afirmo porque lo que ustedes piensan y sienten sobre América lo pensó y sintió Martí en su vida heroica, porque lo que hizo por la independencia de Cuba no fue solo para liberar este país, sino para impedir a tiempo —para usar su propia expresión—, que se extiendan por las Antillas los Estados Unidos y caigan, con esa fuerza más, sobre nuestras tierras de América.

Se han extendido, pero el aviso o la profecía de Martí —como ustedes quieran llamarle— está presente. Ha llegado la hora de que todos unidos, por la cultura y por las vías sensibles y eficaces de comunicación que tiene el arte, hagamos llegar hasta el último rincón de América que somos una patria grande, una patria que tiene héroes inmortales, fundadores extraordinarios que siempre soñaron con nuestra unión. Como Bolívar, cuya aspiración todavía no ha sido cumplida, pero que está presente como una necesidad imperiosa en la cultura, en la economía, en la sociedad, en la historia por venir. Como Sucre, O'Higgins, Artigas, Tiradentes, Túpac Amaru, Juárez, San Martín, el Che y tantos otros más que por caminos diversos, con procedencias distintas, defendieron el ideal de la unidad moral y cultural de América.

En este encuentro de cultura y de arte, estamos en el deber de expresar, como aquí se ha hecho, la necesidad de la unidad moral de América sobre la base de los principios en que se asienta nuestra historia común. Con esta promoción cultural a que García Márquez nos ha llamado, con esta unidad estrecha en que Fidel ha insistido, con este renacer de los mejores sentimientos humanos que en América se aprecian, podremos dar un paso adelante a favor de la causa de todos.

Nuestro compromiso de trabajo a favor de la promoción y la identidad cultural de América y a favor de los pobres de nuestras tierras, constituye, un deber moral muy presente en nuestras conciencias y en nuestras aspiraciones liberadoras. Y lo cumpliremos con honor.

Por esto, permítaseme terminar con un principio cultural que sirve de fundamento a nuestra moral, a nuestra cultura, un principio enunciado por José Martí: luchamos con todos y para el bien de todos.

27 [Para hacer la Revolución hay que tener imaginación].³⁰

Esta conversación creo que debe ser sobre teatro y sobre la cultura en general. Y la mejor manera de conducirla sería que ustedes formularan sus preguntas al respecto.

[Pregunta: ¿El Gobierno cubano no estaría en disposición de realizar un proyecto de Universidad Latinoamericana del Teatro, con sede en Cuba, a semejanza de la Escuela Internacional de Cine, para así llenar la urgente necesidad de formación de teatristas de América Latina y el Caribe?].

Las posibilidades políticas y culturales, que son muy importantes, están dadas; la cuestión sería estudiar la forma práctica de materializar esa idea. En principio, nuestra disposición y nuestro entusiasmo están dados. Sería interesante, por eso, trabajar en algún proyecto al respecto y después estudiarlo en detalle.

He estado hablando mucho con los compañeros de la Casa de las Américas, pues creo que en nuestro continente existe un movimiento teatral, un movimiento literario, un movimiento cinematográfico, un movimiento en las artes plásticas, muy fuerte y poderoso. Y esta institución, con la amplia cooperación de todos los intelectuales del continente, debe buscar fórmulas prácticas para presentar proposiciones e ideas sobre este importante problema.

La Casa de las Américas tiene una rica historia y ya, en 1989, cumple treinta años de fundada. Estamos pensando en la conmemoración de ese aniversario, para darle alguna significación, y quizás debíamos ir trabajando desde ahora en algunas ideas. Pues durante estos años la Casa de las Américas ha sido un elemento importante en la relación de Cuba con América Latina. En el momento en que el imperialismo nos quiso aislar del mundo, lo que logró fue que nos uniéramos más al mundo. Porque después del bloqueo, sicológica, política y culturalmente, estamos más unidos al mundo que antes del triunfo de la Revolución cubana.

Ya en los últimos años, con los procesos democráticos desarrollados en Brasil, en Uruguay y en Argentina y en otros países del continente, así

³⁰ Versión de las palabras que pronunció en la reunión efectuada en la Casa de las Américas, con motivo del encuentro de Teatristas Latinoamericanos, asistentes al XXII Congreso Mundial del Instituto Internacional de Teatro (ITI), el 27 de mayo de 1987.

como con la consolidación de la Revolución cubana y con los cambios producidos en el mundo, se abrió para la Casa de las Américas una perspectiva mucho más amplia. De manera que podríamos decir que estamos en nuevas condiciones, recogiendo, todos juntos, la Casa y la América Latina, una hermosa cosecha.

Todo esto tenemos que estudiarlo bien con vistas a la proyección de ese 30 aniversario. Porque si la Casa de las Américas desempeñó un destacado papel en todo este proceso, en nuevas épocas puede desempeñarlo con una amplitud y una fuerza todavía mayores. Y el ejemplo de este propio encuentro tiene que servir para desarrollar más profundamente los vínculos entre el movimiento escénico latinoamericano y la Revolución cubana.

De manera que la idea planteada sobre la creación de un centro de estudios teatrales no ofrece ninguna dificultad desde el punto de vista de nuestra política, de nuestras aspiraciones, de nuestras concepciones. Habría que estudiar, por supuesto, los problemas de su materialización, y quizás en estos días en La Habana ustedes puedan visualizar y concretar con la dirección de la Casa algunas ideas más específicas al respecto, que estamos en disposición de analizar.

[...]

[Pregunta: Considero que en Cuba tendría una gran vigencia el lema de la Revolución de Mayo de 1968, «la imaginación al poder». ¿Qué piensa sobre este principio del dirigente de una Revolución en la que «los poetas están en el poder»?].

Ese lema, «la imaginación al poder», viene de Francia, de cuando los acontecimientos de 1968. Es un poco imaginativo, pero por aquí por América Latina podríamos decir las cosas de diferentes formas.

Quizás en nuestro continente pudiéramos invertir un poco la forma de expresar esa idea y decir que sin imaginación no hay posibilidad de que el pueblo conquiste el poder.

Así, es el pueblo el que debe conquistar el poder. No es propiamente la imaginación la que puede conquistar el poder. Lo que sucede es que sin imaginación el pueblo no puede conquistar el poder. Y en la cultura genuinamente americana, el problema de la imaginación, que abarca la tarea del artista, del intelectual y del político, es un elemento esencial para la creación.

Alguien una vez me preguntó para qué quería el poder. Le respondí que si no era para crear en función del pueblo no me interesaba, pues considero que debe tenerse un sentido creativo de la autoridad y del poder. Creo, incluso, que las limitaciones y las quiebras de al-

gunos procesos revolucionarios han estado motivadas, en parte, por una limitación en el sentido creativo.

Es preferible equivocarse por crear, que dejar de intentar hacerlo. En el sector de la cultura y el arte, históricamente, se reflejan con mucha fuerza todos los problemas de la sociedad. Muchas veces se puede tener cierta incomprensión con los artistas, con los creadores, en función de que reflejan problemas que no son del arte, sino de la sociedad. Y los grandes cambios que en el mundo han ocurrido, han ido siempre precedidos de procesos en el arte, en la imaginación, en la creación intelectual.

No se concibe la Revolución francesa, por ejemplo, sin un proceso previo, creativo, intelectual. Como tampoco se conciben las luchas por la independencia de nuestros pueblos de América sin un proceso de ebullición en el terreno intelectual y espiritual. No se concibe la Revolución rusa sin todo el movimiento intelectual y artístico que la precedió. No se conciben algunos procesos de la Revolución cubana sin todo un movimiento previo intelectual, creativo. A veces es difícil encontrar relaciones y a veces se tergiversan esas relaciones, pero están ahí muy presentes.

América Latina está hoy viviendo un intenso movimiento intelectual creativo. El movimiento literario de las últimas décadas es muy fuerte... Recuerdo, por cierto, que la Casa de las Américas desempeñó un importante papel para la promoción de ese movimiento literario. Porque por aquí han pasado las figuras principales de ese movimiento, hasta algunas que después tuvieron discrepancias con Cuba. Y creo que todavía no se ha profundizado lo suficiente en los nexos entre el movimiento literario de América Latina en los últimos años y la Casa de las Américas.

Ese intenso movimiento creativo del continente también se manifiesta en el teatro, y la presencia de ustedes aquí es el mejor ejemplo. Se manifiesta, asimismo, en el movimiento cinematográfico y en las artes plásticas. Ahí están las enseñanzas de las bienales de La Habana, que han sido todo un acontecimiento. Cuando observamos la explosión de la plástica latinoamericana, y la influencia del llamado movimiento de arte moderno, llegamos a la conclusión de que la política seguida por Cuba en la cultura y en el arte, en cuanto a la diversidad, era válida.

[...]

Después de la Revolución de Octubre el marxismo llegó a América y conmocionó el continente. Esa es una historia cargada de riqueza

espiritual, con las fundaciones de las primeras organizaciones comunistas. Una historia muy rica y muy compleja, que no es ahora el caso analizar, con figuras extraordinarias. Después viene el triunfo de la Revolución cubana, y su aporte principal, en este orden, fue relacionar las ideas del socialismo de Marx, Engels y Lenin, con la tradición histórica latinoamericana.

Uno de los aportes principales en el orden ideológico, en especial de Fidel, fue encontrar los vínculos entre el movimiento histórico de América Latina, de Bolívar, de Martí, de los grandes patriotas de nuestro continente y de su tradición de lucha, con las ideas del socialismo. En eso existía una desconexión. En Cuba, esa tradición la retomó Fidel y la desarrolló. Mas, también fue un movimiento intelectual, porque para lograr ese vínculo era necesaria una elaboración intelectual y emocional, así como tener imaginación creadora.

Ahora, al observar algunos procesos que están ocurriendo en América Latina, por ejemplo, todo este problema de la teoría de la liberación del cristianismo, he pensado varias veces si realmente un elemento sustancial de la cultura de América Latina y el Caribe es su capacidad de asimilar lo que nació en el mundo y expresarlo en la forma en que conviene a nuestros intereses.

Porque aquí llegaron las ideas del socialismo científico, del marxismo, pero cuando se retomaron por la Revolución cubana, se expresaron de una manera muy peculiar, muy latinoamericana. He ahí nuestra capacidad latinoamericana de retomar lo externo y adaptarlo, desarrollarlo, recrearlo, sobre la base de nuestra imaginación, de nuestra capacidad de pensar y de sentir de una manera muy concreta, y de presentarlo de una forma distinta. Eso también lo aprecio en muchos aspectos de la cultura latinoamericana y, quizás, una de las virtudes esenciales de nuestra cultura sea nuestra capacidad de asimilar sin ser asimilados, de tomar la esencia de otras corrientes del arte y la cultura sin que nos dominen.

Se ha acusado a Cuba de procurar una ideología extranjera. Si eso fuera así, la primera ideología que llegó aquí, a América, fue el cristianismo. También llegaron después las ideas democráticas de los enciclopedistas, de la Revolución francesa. De manera que, por qué temerle a una ideología extranjera si nosotros somos capaces de retomar lo que viene del exterior, recrearlo y expresarlo con nuestras propias esencias. Martí lo decía en una frase muy bella, que sintetiza estas ideas, al afirmar «injértese el mundo en nuestras repúblicas, pero el tronco ha de ser el de nuestras repúblicas».

Pero, para lograr esa integración, hay que tener imaginación. Como hay que tener también imaginación para saber defender los intereses del pueblo. Uno puede sentir los intereses del pueblo, puede apasionarse y puede hasta luchar por ellos, pero hay que tener imaginación para saberlos defender. Sin imaginación y sin creación ni hay política, ni hay cultura, ni hay teatro.

En cuanto a los derechos humanos, hay que proponerse la defensa de los pobres, de los oprimidos, de los explotados, de quienes no tienen ningún derecho humano porque no saben ni siquiera escribir esa palabra. Quienes no entiendan esto no entienden lo que son los derechos del hombre.

Porque aunque los imperialistas hablan de falta de derechos humanos en el socialismo, hay millones de personas en el mundo que no saben ni siquiera escribir, pues no tienen la posibilidad de ir a una escuela. Y para esos, ¿no hay derechos humanos? ¿Por qué no hablamos de los derechos humanos de esos hombres y mujeres? Hay que defenderlos y tenemos que sentir la defensa de los derechos humanos como un patrimonio esencial de nuestro arte, de nuestra cultura, de nuestra vida espiritual.

Antes de concluir, permítanme, ahora que estamos entre hermanos del continente, recordar dos símbolos que también han luchado por los verdaderos derechos humanos de los pueblos. Me refiero a Salvador Allende y al Che. Hay que estudiar a esos dos grandes mártires, esos dos grandes héroes, que por caminos distintos están entrecruzados en la historia de América. Y los une, precisamente, ese sentimiento de unidad continental y ese sentimiento de dignidad personal, de entrega, de ser consecuentes con sus principios, con sus ideas. Porque un elemento esencial de la ética y de la moral es ser consecuente con las ideas de justicia.

Y ambos hombres fueron consecuentes. Allende lo fue hasta el último momento de su vida, y aunque no pudo salvar el proceso revolucionario chileno dejó con su ejemplo una enseñanza imperecedera.

El Che tampoco pudo hacer avanzar la guerrilla y la revolución, pero asimismo dejó con su ejemplo una enseñanza imperecedera. Ese es otro elemento importante de la cultura latinoamericana: el sentido del ejemplo.

¿No se levantó la nueva Nicaragua a varias décadas de la caída de Sandino con su ejemplo como bandera? ¿No se levantó Cuba en el centenario del Apóstol y con esa bandera Fidel levantó la Revolución? Fidel ha insistido mucho en el significado del ejemplo. Y Allende y el

Che y Sandino y Martí y nuestros héroes legendarios me recuerdan la fuerza del ejemplo.

Luego, existe un elemento de trascendencia histórica, de ejemplo, que debemos seguir. Y esa también es la cultura latinoamericana. Quizás en otras sociedades no entiendan el sentido heroico del ejemplo en la cultura y en la historia de América. Pero quienes quieren a Allende, al Che, a Sandino, a Martí, saben del profundo realismo de la enseñanza heroica, de lo heroico de una postura, de una acción correcta históricamente.

No pudo ser el Che el constructor del socialismo en América, no pudo ser Allende el constructor del socialismo en Chile, no pudo ser Martí el constructor de la libertad en Cuba. Pero no se podrá hablar del socialismo en América sin hablar de Sandino, sin hablar de Martí, sin hablar del Che, sin hablar de Allende. Por eso, algún día, cuando se abran las grandes alamedas de que habló Allende, habrá que decir que ellos nos enseñaron y nos abrieron el camino, que sin ellos no habría llegado nunca la posibilidad del triunfo de la libertad, del socialismo y de la independencia en América.

Sueñen otras sociedades con realismos baratos, con la superficialidad del materialismo vulgar, y sean incapaces de sentir la tragedia de nuestros pueblos. Nosotros soñamos con hombres como Allende, como el Che, que supieron sentir la tragedia y la lucha de nuestros pueblos como algo muy profundo, muy real, muy concreto. Por eso, ellos fueron, y serán siempre, precursores de un futuro de libertad y de negación del imperialismo.

28 [Nueve festivales celebrados ya crean una tradición irreversible, cultivarla es nuestro compromiso de honor].³¹

Concluye el Noveno Festival del Nuevo Cine Latinoamericano. En primer término, nuestra felicitación a los premiados; en segundo, nuestra gratitud a los jurados; en tercero, lo más importante, nuestro más profundo reconocimiento a quienes enviaron sus obras y a los más de mil participantes de diversos países reunidos en estos días de alegría y de fiesta en La Habana, que con sus experiencias han enriquecido estas hermosas jornadas del celuloide. En fin, gracias a todos.

En el Festival anterior, nuestro Comandante en Jefe inauguró la Escuela Internacional de Cine y Televisión de San Antonio. Ella cumple, pues, su primer año de vida. Hemos recibido hoy, aquí, el álbum de manos de nuestro entrañable amigo Birry, que recoge ese año. La arrancada —se ha dicho— siempre es lo más difícil. Pues bien, nuestra Escuela ha arrancado, ha echado a andar y, con la experiencia acumulada, andará cada vez mejor. Por lo pronto, es un orgullo de todos.

Hace un año también, quedó constituida la Fundación del Nuevo Cine Latinoamericano. Impetuosa, ha marchado hacia delante bajo el aliento y la dirección de Gabo. Le decimos así porque, en la fiesta del cine latinoamericano, a él lo tratamos en familia, y fuera de la fiesta también. No voy a relatar aquí lo mucho que ha trabajado y los resultados extraordinariamente prometedores que ha alcanzado. Esto, mejor que nosotros, lo van a ir diciendo los hechos. Solo recalco que se ha realizado un trabajo extraordinario y de prometedores resultados.

Por cierto, nuestro premio Nobel ha dado pruebas de que los intelectuales latinoamericanos no solamente saben pensar, escribir o cantar, sino que también saben hacer muchas otras cosas. Entre ellas, pueden ser excelentes promotores de cultura. Gabo ha demostrado lo que es un verdadero intelectual de nuestra América. No es solo el gran escritor, sino también el hombre de acción cultural. Hacen falta muchos como él, que sepan escribir y promover ideas, hacer cosas diversas, dirigir una institución como la Fundación.

³¹ Palabras al clausurar la IX edición del Festival Internacional del Nuevo Cine Latinoamericano de La Habana, el 16 de diciembre de 1987.

Gabo es, pues, ejemplo no solo de escritor, sino también —lo está demostrando— de dirigente cultural. Y parece que los dirigentes de cultura también son necesarios.

El público cubano asistió a este festival en una más alta proporción que en ningún otro anterior. El número de películas recibidas fue, asimismo, muy superior a la de cualquier otro festival. Pero, además, esta vez se amplió en mayor medida todavía, porque ha habido una explosión en cuanto a los programas de televisión, en particular el video. La ampliación del Festival en cantidad está, por tanto, remarcada por los hechos.

En cuanto a lo cualitativo, no hablo. Eso es facultad de jurados, críticos y público. Pero, de acuerdo con la opinión que he recibido, el porcentaje de películas de calidad no es inferior al de anteriores festivales. En fin, esto que lo diga el público, que lo precisen los jurados, que hable de ello la crítica. Nuestra misión consiste en promover el nuevo cine de América, y aquí ha estado, aquí está.

Amigos, nueve festivales ya crean una tradición irreversible. Cultivarla es nuestro compromiso de honor. Este año se rindió homenaje al veinte aniversario de Viña del Mar, recordando la fecha de 1967, cuando por vez primera, allá en Chile, se reunió lo más significativo de los cineastas latinoamericanos y le dieron un impulso renovado a todo este movimiento cinematográfico. Se honró en el Festival a las figuras más relevantes de ese encuentro. Honor a quien honor merece.

También, se hizo una muestra en homenaje a las pioneras del cine latinoamericano. Es estimulante ver que cada día se incrementa la participación de la mujer latinoamericana en el cine.

Asimismo, se recordó el veinte aniversario de la caída, en Quebrada del Yuro, de aquel gigante de la historia americana, el Comandante Ernesto Che Guevara, expresión del hombre de cultura comprometido con la causa de nuestros pueblos. El Che es una enseñanza, un ejemplo de intelectual revolucionario, combatiente, guerrillero, afanoso por destacar la importancia de los sentimientos, de las ideas, de la moral en la construcción del nuevo mundo. Su vida y sus ideas estarán siempre presentes en los cineastas y los intelectuales de América como un ejemplo del cual aprender, como una bandera a seguir.

Ya estamos empezando a organizar el décimo Festival. Diez años, una década, parece poco o, quizás, parezca mucho en la historia de nuestro cine. Para nosotros ha sido un tiempo de fundación. Sí, porque el futuro ha de decir que estos festivales fueron grandes para su época, pero serán más grandes aún por las huellas que han dejado, por los caminos que abrieron.

El Comité de Cineastas Latinoamericanos ha querido celebrar el décimo Festival dedicándolo a los jóvenes, a las nuevas generaciones de cineastas. Hermosa idea; eso es importante, porque ya los hombres de Viña del Mar van entrando en algunos años y hay que pensar en el relevo. Y pensar bien, porque el relevo viene de todas maneras con fuerza avasalladora.

Felicitemos al Comité de Cineastas por esta previsión. Ellos han mirado hacia los jóvenes, porque quieren mirar hacia el futuro. Mirar hacia la juventud creadora es una forma de ser eternamente joven. El décimo Festival, pues, será dedicado a la juventud creadora de América en el campo del celuloide y del video.

El objetivo esencial de este festival, de la Escuela, de la Fundación y de todo el movimiento cinematográfico y audiovisual que ellos promueven, consiste —ustedes lo saben bien— en defender la identidad de América, la nuestra, la del sur del río Grande. En horas como las presentes, nuestros pueblos están tratando, por todas las vías, y las del cine también, de unirse, de agruparse. Ya en 1889 —va a ser dentro de dos años, un siglo—, Martí llamaba a la unidad de nuestros pueblos frente al convite que Estados Unidos, potente y deseoso de vender, le hacía a la patria latinoamericana. Llamaba a unirse frente a la expansión, entonces en proceso de gestación, del imperialismo norteamericano.

Pero quiero subrayar aquí algo importante. Nuestra América no rechaza sino, por el contrario, procura buscar los nexos con los pueblos de América del Norte. Lo probó la muestra del cine canadiense presentada este año. Lo comprueba, también, la delegación tan representativa que vino de Estados Unidos. Lo hemos visto en la misma clausura. A nuestros amigos del norte, les decimos: queremos conocerlos más y que ellos también nos conozcan mejor. Solo es necesario querernos, respetarnos más, y recordar siempre aquella frase del inmortal mexicano Benito Juárez: «El respeto al derecho ajeno es la paz».

Hoy, ya sea en Esquipulas, en Acapulco o aquí, en La Habana, con el Nuevo Cine, cada uno en su forma, a su manera, está mostrando el interés, la necesidad de nuestra unidad. Y a la unidad política ha de preceder, está precediendo ya, la unidad cultural. La unidad moral, la unidad espiritual de nuestros pueblos, ha tenido en La Habana su cita memorable en estos nueve festivales. No estamos haciendo algo aislado. Formamos parte de un gigantesco movimiento que pasarán los años, las décadas, pero algún día se dirá que estos festivales significaron una importante contribución en el camino multifacético en

que se forja la integridad espiritual, moral y cultural de los pueblos de América.

Pero hay más. En estos tiempos es necesario mostrar, con mayor fuerza, el rostro, la imagen de nuestra patria grande. El mundo está llamando con insistencia a un encuentro universal. En este, la cultura de nuestra América tiene que hacer acto de presencia con perfiles propios, diferenciados y —pensamos los cubanos— bajo los principios enunciados por José Martí, cuando dijo: «Injértese el mundo en nuestras repúblicas, pero el tronco ha de ser el de nuestras repúblicas». Si tenemos firme y seguro el tronco —como lo tenemos—, y clara la mente para asimilar con sentido crítico lo que haya que asimilar, o para rechazar lo que haya que rechazar, nada habrá que temer al encuentro de los mundos en este final del siglo xx. Solo hay que temer a no asimilar lo que debamos asimilar, o a no rechazar lo que sea justo rechazar.

Y para mostrar el rostro de América y la riqueza espiritual que corre por las venas de nuestros pueblos explotados, de nuestras sociedades sometidas durante largo tiempo a la conquista, a la miseria y al hambre, se promueve, se gesta, se desarrolla, se multiplica el nuevo cine latinoamericano. Y ya hay planes para llevarlo hacia otras latitudes, hacia diversos confines de la tierra. El nuevo cine mostrará, en todas partes, la energía, la vitalidad y el arte de un continente que se vio sometido a la conquista realizada por una clase de europeo, la clase avariciosa y despiadada, a partir del siglo xv. Pero en las luchas contra los poderes coloniales generados por la propia conquista, nuestros pueblos levantaron una bandera de redención política, social y humana que es, sin dudas, nuestro aporte principal al mundo de hoy y de mañana. Y eso se refleja, se concreta en el nuevo cine, en las imágenes creadas por ustedes.

Y para mostrarlo, como se viene haciendo ya, hay que enseñar, con energía y arte, la más antigua herencia, la de nuestros más remotos abuelos, la de nuestra población aborigen, india, la América de Tupac Amaru, la América que no está olvidada y que aparece, muchas veces, en vuestras imágenes; que forma parte de una historia que hay que revelar, cada vez con mayor fuerza.

Nos veremos en 1988. Hablaremos con los jóvenes; los jóvenes hablarán también con nosotros. Felicidades a todos y hasta el Décimo Festival del Nuevo Cine Latinoamericano, hasta la fecha en que recordaremos diez años memorables de la historia del cine de nuestro continente, diez años de fundación. Hasta entonces, pues.

29 [La libertad de creación en Cuba es muchísimo más amplia que cualquiera que hayamos tenido en épocas anteriores].³²

Nuestra conversación va a girar alrededor de dos temas fundamentales: la Política Cultural en el momento actual de la Revolución y la cultura en nuestra América.

Pero desde mi punto de vista, lo que más me gustaría es conversar con ustedes sobre la situación y las posibilidades del movimiento cultural, de los intelectuales, de los escritores en el momento actual que vive nuestra América. Porque el primer tema fue tratado abundantemente en el Congreso, ¿verdad? Vamos.³³

[...]

Por ejemplo, la libertad de creación llega en Cuba hasta donde nunca ha llegado antes, y es muchísimo más amplia que cualquiera que hayamos tenido en épocas anteriores.

Porque se ha establecido una contradicción, un antagonismo artificial entre socialismo y libertad. Y eso nos ha hecho caer en una trampa, los socialistas hemos caído en una trampa, y yo creo que el socialismo está íntimamente relacionado con la mayor libertad que el hombre pueda alcanzar. El socialismo no tiene otro sentido. Entonces, estamos cayendo en una verdadera trampa cuando se establece la dicotomía entre la libertad de creación y las posibilidades del socialismo.

Es cierto que hay situaciones coyunturales y errores en la aplicación de la política cultural socialista que dan lugar a esa imagen, que apoyan esa imagen. He pensado mucho sobre esto y creo que lo primero que tenemos que hacer es no aceptar ese antagonismo, como principio; sino, por el contrario, hay que partir del principio de que el socialismo es la mayor suma de libertad y de derechos posibles. Y eso solo es factible a partir de las ideas, con una política cultural adecuada, con discusión, con el enfrentamiento que se necesita en el campo ideológico.

³² Versión de la intervención que pronunció en la reunión efectuada con los miembros del jurado del Premio Casa de las Américas 1988, el 8 de febrero de 1988.

³³ Se enuncian varios planteamientos en base a los cuales el Dr. Hart realiza la intervención subsiguiente.

Muchas veces se habla del enfrentamiento en el campo ideológico para decir qué es lo malo y qué es lo bueno. El enfrentamiento ideológico no es para decir «esto es bueno» y «esto es malo». El enfrentamiento en el campo ideológico es para mostrar, para probar lo que es bueno para la gente. Y estas son cosas muy distintas. Tengo la experiencia de que aquí en el campo cultural, en el sector intelectual en nuestro país, donde se ha abierto un clima de creatividad y una posibilidad de expresión lo más amplia posible, se han fortalecido y se fortalecen las ideas revolucionarias, se fortalecen las ideas socialistas. Entonces, ¿no será que todos estamos cayendo en una trampa, en que nos señalan la dicotomía entre socialismo y libertad, socialismo y democracia? Trampa de la cual muchos socialistas y comunistas han sido también responsables, porque no hay dudas de que en tales o cuales coyunturas se han establecido determinadas limitaciones.

[...]

Si el poder pertenece al pueblo, si al frente de él hay una vanguardia, si nuestras ideas son justas y correctas, ¿a qué viene una limitación de la libertad de creación, sobre todo en las condiciones de Cuba? Les confieso algo muy coyuntural: hablando de esto en una ocasión con unos compañeros polacos, de pronto, explicándoles esta política, me di cuenta de que si fuera un comunista en Polonia me encontraría con un problema un poquito más complejo. Porque hay una cultura heredada de tipo reaccionaria; en los factores que integraron la unidad nacional en Polonia, la escolástica y la religión tuvieron un peso importante allí. Hay posiciones de la iglesia reaccionaria que no se puede decir que no sean fuentes culturales genuinas de ese país.

He sostenido el criterio de que esas posibilidades nos las brinda no solo la política de la Revolución, sino la tradición histórica de la cultura cubana; una cultura antiesclavista, antiescolástica, democrática, volcada hacia las proyecciones científicas. Así que nosotros podemos defender las ideas comunistas más puras en nombre de los principios de nuestra cultura nacional. Y el debate lo armamos ahí, el debate lo tenemos ahí ya, no tenemos por qué armarnos de un criterio ajeno al principio cultural, cuando el principio cultural de nuestra sociedad está históricamente articulado en función de objetivos socialistas, no entra en antagonismos con estos principios.

En nuestro país, no hemos cometido errores estratégicos en la política cultural. Lo más valioso del movimiento artístico e intelectual ha permanecido en Cuba... Pero lo cierto es que nuestros escritores y nuestros artistas, en su inmensa mayoría, permanecieron fieles a la Revolución.

Lo que hay que estudiar a fondo es por qué ese hecho se produce, porque podría decirles que no sucedió así con los médicos; podría decirles que no sucedió así, desde luego, con los abogados; podría decirles que no sucedió así con los ingenieros, con los técnicos. Yo no podría decir que los mejores técnicos del país se quedaron ni tampoco que no emigraron muchos buenos médicos de este país, ni que no emigraron muchos buenos ingenieros, arquitectos, e, incluso, profesores de ciencia. Eso no podría decirlo. Pero sí puedo decir que los artistas y escritores mejores del país, en sentido general se integraron a la Revolución, aunque podrá haber algún tipo de excepción específica. Lo que hay que preguntarse es por qué.

Yo creo que esto obedece a dos factores: primero, el de la historia de la cultura cubana, esa que les he explicado... y creo que no fue una casualidad que Martí fuera la primera figura intelectual del siglo pasado y, a la vez, el primer político del siglo pasado. Eso no fue ninguna casualidad, eso se da como una constante en toda la evolución del movimiento intelectual cubano, desde Varela, se da como una constante en el siglo pasado y en este. Esa es una de las razones. Por eso hemos podido afirmar que la historia de la cultura cubana está íntimamente relacionada con los procesos sociales [...].

En el siglo pasado, sobre todo en la primera etapa, existieron figuras intelectuales importantes que, digamos, no estaban totalmente de acuerdo con la idea independentista. Eso es muy curioso por lo siguiente: en Cuba había reformistas, que querían reformas con España; autonomistas, que querían una cierta autonomía con España, y había figuras intelectuales que no podemos negar que no eran figuras importantes del pensamiento cubano. Sin embargo, las figuras más relevantes estuvieron con el separatismo. Pero hay una cosa más curiosa todavía: había tres corrientes, pudiéramos decir, la reformista, la autonomista, gente que quería reformas con España, cambios para dentro de los cánones de España; había independentistas que querían la separación y anexionistas que abogaban por la anexión con Estados Unidos. Donde no hay un intelectual de talla es entre los anexionistas, no aparece; a lo sumo lo fue Narciso López, que era un militar. Pero en esa corriente, una figura intelectual de talla, no la he encontrado... Porque todavía un reformista, que quería un cambio con la presencia de España, todavía tenía algún elemento nacional de la cultura cubana ligada a la española. Algunos incluso fueron reformistas por miedo a la anexión, o con un elemento de temor a la anexión; y hay figuras importantes, sobre todo en la primera etapa del siglo pasado y hasta mediado este, del reformismo, que no eran independentistas.

[...]

A mi juicio, el error cometido en muchos países socialistas estriba en que se quiso buscar una fórmula estética para transmitir un mensaje moral, ideológico o político, como ustedes quieran. Entiendo lo que quisieron, con una elucubración intelectual que después se convirtió en un esquema. Y el problema de transmitir el mensaje no es de la estética, es un problema de la ética, es un problema de la moral, de la política, de la cultura. Si usted se amarra en una fórmula estética —que la estética en definitiva es el resultado de una creación— no cumple el objetivo de transmitir el mensaje. Si la intención con el realismo socialista fue transmitir un mensaje político, moral, revolucionario, le comprendo la intención, la mejor intención, pudiéramos decir, pero eso no se resuelve con una fórmula estética, se resuelve con un trabajo cultural, educacional, político, de otro tipo; con métodos pedagógicos, didácticos. El camino es otro. Esa es la distinción nuestra; al mezclar el realismo y el socialismo, a mi juicio, mezclaron una categoría producto de la historia del arte con una categoría propia del materialismo histórico. Han mezclado cosas distintas y han formado un rollo tremendo. [...]

En el terreno del arte sí cabe la idea que estaba muy presente en la educación cubana: «Todas las escuelas y ninguna escuela. He ahí la escuela». Es decir, la más amplia libertad creadora en la expresión artística y todo el trabajo que usted quiera hacer de transmitir una educación revolucionaria, política, que es justo que una sociedad se lo proponga, usted tiene que hacerlo por vías que no las resuelve la estética; sí las resuelve la política, las resuelve la educación, las resuelven los factores económicos, sociales. A mi juicio, en eso se idealizó un problema, se cayó en un error profundo porque se sobreestimó el papel de la estética en la formación ideológica y se pasaron por alto los factores educacionales, económicos, culturales y pedagógicos en el desarrollo de la conciencia social. Ahí, a mi juicio, está el error en que se incurrió cuando se quiso aprisionar la creación en una fórmula estética o en una escuela estética que tiene sus raíces en el realismo ruso del siglo pasado. Yo creo que el Che, en *El socialismo y el hombre en Cuba*, habla de eso algo también, sobre esas raíces en el realismo del siglo pasado.

Entonces, qué es lo que pasó —y es la experiencia histórica—. Lo que pasó es que, muchas veces, en nombre de una idea o de una ideología o de una política, se escuda la mediocridad. Eso es lo que históricamente ha pasado... Yo creo que eso es ir contra la ideología. Creo que no hay derecho a coger las ideas del socialismo ni del co-

munismo, ni las ideas revolucionarias, para esconder la mediocridad. Las ideas revolucionarias hay que cogerlas para cosas mucho más serias que los intereses que concretamente pueda tener alguien. Yo creo que las ideas revolucionarias hay que difundirlas para otras cosas mucho más serias, entre las cuales está el desarrollo de un arte de calidad.

Por tanto, yo no hablaría inclusive ni de límites. Hablaría, en este problema, de acabar de superar y despojarnos de la contradicción entre libertad y socialismo en que los esquemas burgueses nos han hecho caer, y en que la propaganda burguesa ha enredado a los propios socialistas. Señores, el socialismo es el régimen de mayor libertad, de mayores posibilidades; eso es lo que yo creo verdaderamente.

Desde luego, esas son cuestiones de principios, de política. A veces se presentan situaciones coyunturales que distorsionan la política, porque no se aborda profunda y adecuadamente la cuestión. Pero yo creo que lo más importante es acabar de romper la dicotomía que supuestamente existe entre libertad y socialismo y comunismo. Eso es lo que yo creo. Como instrumento, como vía, creo que la mayor libertad tiende al socialismo. Ahora, libertad de verdad, y vamos a discutir y a razonar. Y nos interesa la libertad de creación más amplia.

[...]

La historia ha demostrado que para construir la sociedad socialista no son suficientes las cachetadas y los pescozones. La historia lo ha demostrado. No quiero extenderme en esto, pero la historia ha demostrado que una política de pescozones y de fuerza bruta es la que hay que emplear contra los enemigos, es la que hay que emplear contra las fuerzas físicas que nos tratan de avasallar, es la que hay que emplear en una guerra, así que hay que tener la firmeza de emplearla. Pero así no se construye, en la cultura no se puede andar con la fuerza bruta, así a pescozones no se construye la cultura del socialismo, así lo que se hace es lograr que persistan los problemas.

Nuestra Revolución, desde el principio, destruyó ideológica y culturalmente a nuestros enemigos. No fue solamente la prisión y la cárcel —y las hubo también—, no fue simplemente eso, fue una destrucción ideológica, cultural, un aplastamiento cultural e ideológico... Yo creo que una de las victorias más importantes de Fidel fue que destruyó ideológica y culturalmente a nuestros enemigos.

Del mismo modo, pienso que hay que evitar la superficialidad.

[...]

En el Ministerio de Cultura ha habido muchas discusiones en estos años, pero una de ellas tuvo como fuente, precisamente, la mediocridad.

[...]

Por eso yo decía que los promotores —es decir, los dirigentes culturales— tienen que tener nivel cultural. La cultura solo se promueve con cultura, la artesanía solo se promueve con cultura. Por lo menos hay que tener sensibilidad para buscar la profesionalidad.

[...]

Emprendimos esa batalla en el Ministerio de Cultura, porque el país arrastraba todo eso. Estos no son problemas solamente de hoy, son problemas heredados, arrastrados del capitalismo y el neocolonialismo en el país. Fidel dijo que había muchos más instruidos, pero no con suficiente cultura; pero con mucha más cultura que la de antes —también lo dijo Fidel.

Tenemos que dar una gran batalla por la cultura y por la educación.

[...]

Los problemas del arte y la cultura no los podemos analizar superficialmente, sino con la más amplia libertad creadora.

[...]

Por eso es que nosotros decimos que la promoción cultural debe ser muy seria, rigurosa, garantizando la más amplia libertad de creación. Nosotros no debemos tenerle temor a nada de eso. Tenemos una generación revolucionaria, la nueva generación de intelectuales cubanos.

[...]

Y si tenemos una generación que quiere transmitir un mensaje ético, que quiere acercarse a la realidad, que quiere tener espíritu crítico, si tenemos una generación así, es algo fabuloso, es algo extraordinario, es algo positivo. ¡Ah! Pero no hay que coaccionarla, hay que hacer el debate cultural, hay que abrir el debate cultural, hay que abrir la discusión cultural, hay que abrir la discusión con cultura y el análisis con cultura de todos estos problemas. Porque hay millones de criterios y tenemos que respetarlos todos.

Entonces, nosotros creemos que la Revolución ha generado una intelectualidad joven con espíritu crítico, con deseos de promover la realidad y con deseos de transmitir el mensaje moral. Eso es importantísimo.

[...]

Y eso es a lo que Fidel se refería cuando decía que había instrucción y no suficiente cultura. Aunque hay más cultura que antes, también Fidel lo dijo.

[...]

En la cuestión de la cultura y la educación no vale solo la instrucción, aunque es un instrumento decisivo. Quizás este sea uno de los problemas de fondo que nosotros tenemos hoy con el desarrollo. Por eso insistíamos en la educación artística en las escuelas, en la educación cultural. No completaremos el sistema de educación hasta que no entre la educación artística en las escuelas. La Revolución tuvo que hacer un esfuerzo muy grande en la instrucción, en la alfabetización, en la extensión de la enseñanza primaria. Quizás demoró demasiado tiempo y pudiera haber sido antes un esfuerzo también en la cultura. Y en esta cosa de la cultura y la educación vale recordar una frase de un gran cubano, que dijo: «Instruir puede cualquiera, educar solo quien sea un evangelio vivo». Ese fue José de la Luz y Caballero.

[...]

Creo que debemos estudiar a todos los grandes hombres y pensadores de América incluido el pensamiento de José Martí, porque todavía no se conocen ni en América. [...] Lo he dicho varias veces: todo el pensamiento, la cultura, la ideología y las concepciones de Martí no son suficientemente conocidas, incluso fuera de Cuba. A lo mejor es más conocido en el mundo un campeón famoso de deportes —ayer estaba viendo la película *Capablanca* y alguien me decía que Capablanca es más conocido en el mundo que Martí. Capablanca, el ajedrecista, que yo me alegro mucho que sea bien conocido. Capablanca era más conocido en muchos lugares de Europa que Martí —y todavía el pensamiento de Martí no es suficientemente conocido.

[...]

Porque lo que pasa es que en Martí se conjugan otros factores que no se conjugan fácilmente en una sola persona, porque él es el organizador de la guerra de independencia de Cuba, es el combatiente concreto que organizó un partido y uno de los poetas más importantes de su época. Esta conjugación no la encuentro tan fácil en otra gran figura, es bastante original. Yo creo que, efectivamente, quizás deberíamos revelar a Martí no tanto en el criterio nacional, sino en la concepción internacional, latinoamericana de Martí. Es el organizador de la guerra de Cuba, a quien Rubén Darío llamó Maestro. Cuando Martí cayó en Dos Ríos, Darío exclamó: «¡Oh, Maestro,

qué has hecho!». Cuando cayó en Dos Ríos, un poco considerándolo Maestro, precursor.

Ahora, hay otras figuras extraordinarias de América Latina. Hace unos días hablábamos y esta mañana volvíamos a hablar con el compañero Alape³⁴ sobre el problema de los forjadores. Él tenía una idea muy interesante, de unas ediciones en Colombia de los forjadores de Colombia, y que si se pudiera hacer de los forjadores de la nación cubana. Yo ambicionaría hacer una edición de los forjadores de nuestra América...

[...]

Ahora, yo sí creo que el problema de la conquista tiene que salir a relucir adecuadamente.

[...]

La conquista, que fue un atropello gigantesco a todas las culturas aborígenes, que fue algo abominable y que incluso retrasó a España por siglos y siglos, creo que no ha completado su desarrollo burgués capitalista hasta años recientes. Entonces, todo esto hay que analizarlo, porque los españoles hablan del descubrimiento de América cuando descubrieron algo mayor.

[...]

A propósito de una obra teatral, la única que hizo Carpentier, que aprecié en el teatro, y que trata sobre la conquista de México desde el punto de vista del indio y con los intereses de la visión del indio, yo decía: si pudiéramos revelar toda la cultura, y con la cultura de nuestros países, la visión que el indio tuvo y la visión que nosotros tenemos de aquel fenómeno de la conquista, también. Pero además, la lucha por la independencia de América, porque además es una sociedad que se forjó en la lucha por la libertad y la independencia, muy distinta a como se integraron las sociedades europeas, muy distinta a como se integraron los países en otro lugar. Este es un racimo de países que se forjó en lucha abierta contra el colonialismo, en lucha abierta por la independencia, en lucha abierta por la libertad, en lucha abierta por recoger lo mejor del mundo, por buscar lo mejor del mundo dondequiera que estuviera. Y como he dicho en otras ocasiones, recogemos lo mejor del mundo, después lo procesamos y lo ponemos en la forma que queremos, en la forma que elijan y le interese a nuestros pueblos. Todo eso hay que revelarlo.

³⁴ Se refiere al historiador, escritor y pintor colombiano Arturo Alape, premio Casa de las Américas de Teatro 1976.

Por lo que tenemos que hacer alguna edición de los forjadores de Nuestra América.

[...]

También tenemos que pensar que está surgiendo, por vez primera en mucho tiempo, una derecha intelectual. Ya no podríamos decir que toda la intelectualidad de América Latina es de la izquierda. En un momento determinado, gran parte de la intelectualidad de América Latina, si no era de izquierda, por lo menos era antiimperialista.

[...]

Hemos vivido en un encontronazo político muy grande, hemos acentuado mucho ese encontronazo político, esa lucha política. Hemos vivido algo aislados en cierta medida, aunque nos ha unido el trabajo que ha hecho la Casa de las Américas. En un momento determinado, era prácticamente la Casa de las Américas nuestro único contacto cultural con América Latina... Hemos renovado nuestros esfuerzos para el intercambio por medio del Festival de Cine, de la Fundación, entre otras instituciones; continuemos trabajando por ello.

[...]

30 [La Teología de la Liberación surgió de las entrañas de América].³⁵

Incitado por mi amigo, compañero y hermano Frei Betto, diré unas palabras que van a ser, desde luego, a título estrictamente personal, pero que puedan expresar sentimientos e ideas de interés para ustedes. Después de las hermosas y revolucionarias palabras de Leonardo Boff, es más incitante aún hacer alguna reflexión. Y voy a empezar, en esta reunión en que están presentes un grupo de valiosos teólogos, con una confesión.

[...]

Y mi confesión es que a algunos de nosotros nos ha costado entender un cristianismo volcado conscientemente, en el aspecto político, hacia una profundización orientada a la izquierda. Cuando surgió el proceso nicaragüense —y después el de El Salvador—, ya nos llamaba la atención cómo la radicalización del movimiento sandinista iba acompañada también de una radicalización de los religiosos.

No acertábamos a entender cómo eran radicalmente revolucionarios y radicalmente religiosos hasta que no conocimos de cerca a los dirigentes nicaragüenses católicos, religiosos, cristianos. Entonces tuvimos una vivencia directa, concreta, de este fenómeno. A partir de ahí, empezamos hacer una más profunda reflexión sobre estos fenómenos y también, desde luego, a realizar un análisis más detallado de nuestra propia historia y de la sociedad cubana.

Realmente, el cristianismo, en tanto cultura y mensaje ético, siempre estuvo presente. Con la experiencia nicaragüense empecé a profundizar en muchas de las ideas que al respecto teníamos; empezamos a recordar que, antes del triunfo de la Revolución, Fidel solía señalar el ejemplo de los mártires cristianos. Si se revisan sus textos anteriores a 1959, en especial los documentos del período que transcurrió después de su salida de la cárcel, se observará que está presente un sentimiento de respeto al martirologio cristiano. En los primeros años de la Revolución, se recordará algo a lo cual hacía mención Frei Betto en su conversación con Fidel; en medio de la intensa lucha ideo-

³⁵ Versión de las palabras que pronunció en el encuentro con Frei Betto, Leonardo Boff, otros Teólogos de la Liberación y un grupo de latinoamericanos, el 5 de enero de 1989. Este texto fue publicado íntegramente por el Centro de Estudios sobre América.

lógica de los primeros años, Fidel afirmó: «Quien traiciona al pueblo, al pobre, traiciona a Cristo».

Yo, que tuve una formación laica, pues mi familia era atea, empecé a recordar cómo veía al cristianismo cuando estaba en la secundaria, cuando empezaba a interesarme por los problemas sociales y culturales. El cristianismo, en su etapa inicial, lo observaba, históricamente, como una gran rebelión, como una lucha de liberación fuerte contra la explotación. Recordaba, incluso, los ejemplos de los cristianos cuando combatían y eran reprimidos por el Imperio romano. Tuve una enorme admiración por aquellos mártires y por los que, a lo largo de la historia, habían tenido esa actitud cristiana de rebelión frente a la opresión.

Tal como señalábamos, en Cuba no hubo una expresión política de tipo religioso fuerte, coherente, como la hay, por ejemplo, en Chile o en otros países de América Latina, donde existe una democracia cristiana como expresión política. Aquí no había ese tipo de institución, de partido, y sería interesante analizar la composición política y social del país, antes del triunfo de la Revolución, para apreciar la diferencia, en ciertos aspectos, con otros países.

Aunque en Cuba no había oficialmente un partido cristiano, veíamos a los cristianos de esa manera y habíamos leído mucho en Martí su admiración y devoción por el cristianismo en el sentido a que hago referencia. Teníamos una enorme admiración por el sacerdote Félix Varela, el hombre que nos enseñó a pensar. Admirábamos que se había rebelado contra la colonia y contra la esclavitud. Apreciábamos que había hecho oposición a determinadas posiciones de la alta jerarquía eclesiástica. Nos interesaba enormemente su personalidad, porque se puso al lado de la independencia y de los pobres. Teníamos y tenemos una gran admiración por esa pléyade de cristianos que, a lo largo de la historia, habían demostrado una determinada rebeldía frente a la opresión.

Me preguntaba entonces, y me pregunto hoy: ¿por qué ha perdurado el cristianismo? Los marxistas, desde luego, no vamos a dar una respuesta fundamentada en la existencia de Dios, y estamos por tanto en el deber de buscar la razón humana y social de este importante problema. Los marxistas debemos dar una respuesta cabal, desde el punto de vista del materialismo histórico. No me deben decir que perduró, simplemente, por razones de intereses de las clases explotadoras. Por razones de clase han existido muchas instituciones e ideologías que sucumbieron en la historia. Luego, los marxistas debemos procurar una respuesta más profunda y concreta. Es decir, una

razón humana y social. Esa es una cuestión sobre la cual tenemos que reflexionar.

Después de haber leído algunos trabajos interesantísimos de los Teólogos de la Liberación y, especialmente del sacerdote Leonardo Boff, llegamos a ciertas conclusiones desde el punto de vista del marxismo: el cristianismo fue una síntesis cultural del pensamiento del mundo antiguo mediterráneo. Cuando nació, cuando se plasmó en el antiguo mundo mediterráneo, por decirlo así, esa síntesis nada más se podía formular desde visiones religiosas.

El marxismo, surgido especialmente en el siglo XIX y diríamos, el marxismo-leninismo del siglo XIX y principios del XX, es también una síntesis cultural de la Europa de su época. Esa síntesis se expresaba sobre fundamentos científicos. Cuando observábamos la conversación entre Fidel y Betto llegamos a la conclusión de que habíamos presenciado un acontecimiento histórico, en el sentido de un diálogo profundo, sin concesiones de ninguna parte y, al mismo tiempo, un diálogo que identifica, que une más, a dos grandes corrientes del pensamiento y los sentimientos humanos: el cristianismo y el marxismo-leninismo.

Este diálogo se puede producir en América Latina, porque estamos en un proceso de ebullición en el que se manifiestan, con fuerza, las necesidades de transformaciones sociales y revolucionarias. América Latina ha sido un continente que ha recogido mucho de Europa y del mundo entero. Es una síntesis universal, pero lo que ha recogido lo ha adecuado a sus circunstancias, para transformarlo, reelaborarlo. Incluso, el éxito de la Revolución cubana y del socialismo en nuestro país, ha sido precisamente eso: que tomó el pensamiento socialista de Marx, Engels y Lenin, y lo articuló con la tradición política y patriótica de América Latina. Ahí estaba la clave de la Revolución cubana.

Pensaba que la Teología de la Liberación está haciendo algo así como el pensamiento cristiano. Pero, ¿por qué? Efectivamente, por una situación social que existe en el continente, por una situación de clase, que debemos estudiar más. Apoyándonos en investigaciones anteriores debíamos, a su vez, estudiar las diferencias entre esa situación social y la que dio lugar a la doctrina de Marx en el siglo XIX.

Porque, para nosotros, el marxismo solo tiene validez en la medida en que pueda ser útil, acertado, para el análisis de una situación histórica concreta, o de un proceso histórico, o de una sociedad dada. En definitiva, el marxismo es válido y es profundo y se entiende como una doctrina de la cual todavía se habla —y se habla por las masas—

porque fue la interpretación científica concreta de las realidades sociales y políticas europeas del siglo XIX. Sin esa interpretación concreta y específica no sé qué sería del marxismo.

Hay que tener en cuenta un hecho bien evidente, y si lo desconociéramos, no seríamos marxistas consecuentes. Cuando se forjó el marxismo no se conocía en Europa la historia de América. Sin embargo, esa historia iba transcurriendo. En una intervención que hice sobre Félix Varela, apuntaba un fenómeno que, en parte, es válido para la América Latina, pero que puedo confirmarlo en Cuba: había dos situaciones de clases, para hablar en términos puramente del materialismo histórico, que no estaban presentes en Europa cuando empezó a desarrollarse el marxismo-leninismo.

Una era la forma en que se presentaban el coloniaje y la explotación colonial, que no estaban presentes en Europa, pues allí estaban las metrópolis. Otra era la forma en que se presentaba el problema de la esclavitud. Son dos problemas de clase: la explotación colonial y la esclavitud. Desde entonces eran conocidos y analizados científicamente, pero no con las formas en que, de manera concreta, se presentaron en el seno de las sociedades latinoamericanas.

Esta es una formulación general. Para el análisis de la cuestión concreta es necesario matizarla. La forma en que se presentaron en América el problema de la esclavitud y el hecho del coloniaje, marcan diferencias esenciales con Europa. Se trata, pues, de dos problemas de clase. Desde Europa eran valorados, eran analizados, pero desde una óptica inevitablemente europea. En América hay que estudiar este fenómeno desde el punto de vista del materialismo histórico y desde una óptica americana. Es decir, desde dentro.

Ya en la época de Lenin, este empieza a apreciar la importancia que iba a tomar, en el desarrollo de la sociedad, el problema neocolonial. Ya estaba el fenómeno del imperialismo como fase superior del capitalismo. Ya empezaba a profundizarse en el neocolonialismo. Ya se comienzan a hacer formulaciones desde otra perspectiva. Ya, incluso, la cuestión de la nación empieza a tomar un carácter distinto. Posiblemente en la cuestión de la nación, y del ideal internacionalista, esté el centro de los grandes problemas prácticos del socialismo en este siglo. La no solución adecuada de esta relación entre lo nacional y lo internacional, ha traído innumerables dificultades. La vida lo está demostrando de manera dramática.

Pero, como señalábamos, en América Latina, al fenómeno nacional, lo apreciábamos de una forma distinta a como se aprecia en

Europa. Recuerdo que en muchas intervenciones, en congresos y eventos en países socialistas, cada vez que se utilizaba la expresión «nacionalismo», algunos marxistas y compañeros de esos países me decían por qué habían utilizado ese término. Claro, para nosotros, en Cuba, nacionalismo era nacionalizar las empresas, expropiarlas; era, por ejemplo, la actitud que tiene Panamá hoy, la lucha contra el imperialismo. La expresión «nacionalismo» en Europa venía cargada de una estrechez nacional y de una exageración de lo nacional que, incluso, hasta condujo al fascismo y al nazismo.

Veíamos al nacionalismo de manera diferente, inclusive empecé a no utilizar esa expresión porque, efectivamente, me parecía limitada. Entonces empleaba la expresión «patria», «patriotismo», «ideal nacional», para que no tuviera esa connotación.

Hoy nosotros luchamos, por ejemplo, por el ideal nacional, expresado en la identidad cultural de cada una de nuestras patrias, y luchamos también por el ideal latinoamericano y caribeño, expresado en las ideas de Bolívar y Martí. La lucha por los ideales de la gran patria latinoamericana quizás pueda ser conceptuada como utopía, pero de esas «utopías» que después vemos realizadas. «Utópico» era Bolívar cuando el sueño de la gran patria latinoamericana. Él dijo: «Hemos arado en el mar», pero Bolívar aró en la historia y hoy hablamos de Bolívar y no de sus detractores.

«Utopía» puede ser, hoy, el gran ideal de la patria latinoamericana, pero nuestras aspiraciones de hoy pueden convertirse en realidades de mañana. Fue esto lo que Martí llamó Nuestra América, en una de las definiciones más precisas de esta identidad cultural latinoamericana, que supone la suma, o mejor la síntesis, de las identidades nacionales, regionales, etcétera.

Y Martí decía que no habrá América ni habrá verdadera liberación en América hasta que no se incorpore el indio, lo cual después hemos visto confirmado en muchos procesos revolucionarios, que no han podido avanzar porque no lograron incorporar al indio. Tenemos esa identidad latinoamericana, esa patria común latinoamericana y entonces viene la Teología de la Liberación, surgida de las entrañas mismas de América, como un fenómeno latinoamericano.

[...]

La Teología de la Liberación nos llega a nosotros, los cubanos, como una expresión cultural, humana, social, con elementos éticos profundamente arraigados en la lucha por los intereses de los pobres de la tierra. Los Teólogos de la Liberación han dicho que analizan sus

ideas desde la posición e intereses de los pobres. Martí dijo: «Con los pobres de la tierra quiero yo mi suerte echar [...]». Ciertos elementos éticos de la cultura cubana tienen que ver con la cultura cristiana, incluso, hasta cierto idealismo, que a veces pudiera ser exagerado, con el sentido «utópico» que está presente en la cultura cubana. Utilizo aquí la expresión «utópico» en el sentido de aspiración realizable social y políticamente hacia el mañana.

Luchar por la independencia de Cuba y por la abolición de la esclavitud, a principios del siglo XIX, contra una fuerte burguesía esclavista y un poderoso sistema colonial, podría parecer una utopía, pero por seguir esa supuesta utopía estamos aquí hablando en esta mañana.

Cuando Europa regresaba a la monarquía y a una alianza burgués-feudal, cuando todavía Carlos Marx daba los primeros pasos en la vida, en Cuba se estaba ya planteando la abolición de la esclavitud y una república genuinamente democrática e independiente.

El sentido de lo «utópico» realizable hacia el futuro estuvo muy presente en toda la historia de Cuba y sus ideas, porque hemos debido luchar contra obstáculos que parecían insalvables y que solo podrían vencerse sobre el fundamento de una lucha intensa e inteligente. A mediados del siglo XIX, nuestros patriotas soñaron, y establecieron en la manigua, una república parlamentaria con los tres poderes del Estado. Aquello resultó un idealismo, entró en crisis en la propia guerra, fue romántico; sin embargo, constituye hoy una de nuestras memorias sagradas.

Martí afirmó: «Cuanto hice hasta hoy, y haré [...] [es] para impedir a tiempo con la independencia de Cuba, que se extiendan por las Antillas los Estados Unidos y caigan, con esa fuerza más, sobre nuestras tierras de América».

Era como decir, cuanto hice y haré ha sido para evitar a tiempo al imperio yanqui. Aquello también resultaba una «utopía». Pero de esas utopías que dejan un sello profundo en la historia y en la vida de los pueblos. De esa supuesta «utopía» resurgió, en 1953, la fuerza invencible de la Revolución cubana.

Sin la búsqueda del futuro no hay revolucionarios. Sin la búsqueda del futuro, pienso que tampoco hay cristiano profundo. Y el futuro se puede presentar en forma de aparente utopía. Hemos tenido que luchar contra obstáculos aparentemente imposibles de vencer, obstáculos que para muchos se presentaban como insalvables. Pero hemos vencido esos obstáculos y hemos alcanzado un ideal de libertad como el que soñaron nuestros antepasados. Por eso, Fidel pudo

decir sobre nuestros mambises del siglo XIX: Entonces hubiéramos sido como ellos, ahora ellos habrían sido como nosotros.

[...]

La Teología de la Liberación nació también en estas tierras y de ellas extrae toda su fuerza, su dinamismo y su sentimiento. Dicen algunos que los miembros de la Teología de la Liberación están copiando teologías europeas. Dice Santa Fe II que los comunistas estamos copiando a teóricos europeos. Parece como si se nos obligara siempre a copiar. Lo grave está en que no estamos copiando; estamos extrayendo, tanto los teólogos con sus doctrinas cristianas, como nosotros los comunistas con nuestras ideas, verdades nacidas de las entrañas de nuestras sociedades.

Es paradójico que estos reaccionarios, quienes niegan la identidad nacional y cultural de América, situados fuera del cuerpo social latinoamericano, nos acusen a quienes surgimos de las entrañas de nuestro continente de establecer, desde el exterior, ideas exóticas o extrañas. América siempre ha valorado lo del exterior, lo ha examinado, reevaluado, y le ha dado su propia forma y su propio sentido. Cuando ha copiado exactamente lo de otras tierras, ha andado por mal camino. Cuando ha reinterpretado las ideas que vengan de cualquier otra parte, y las ha aplicado en base a sus propios problemas, analizando su propia situación, ha avanzado.

El material de Santa Fe II enseña mucho. Muestra, entre otros aspectos, que tenemos que buscar caminos sociales, políticos, culturales e ideológicos. Efectivamente, tenemos que rechazar los métodos estatistas, los principios totalitarios, los procedimientos meramente administrativos; tenemos que desarrollar nuestras ideas sobre el fundamento de nuestra propia historia social, política y económica. Es cierto que en el movimiento revolucionario y comunista se cometieron errores de deificación del Estado y del aparato estatal, es cierto que se exageró y abusó del principio de autoridad institucional. Estos errores, los representantes de la Teología de la Liberación los entienden perfectamente, porque ellos también los han padecido.

Es necesario buscar caminos sociales del entendimiento, de la comprensión. Dentro de estos caminos sociales y humanos vemos la Teología de la Liberación como una reinterpretación o una interpretación nueva, si se quiere, del cristianismo, surgida de las entrañas mismas de la realidad latinoamericana. Es decir, de los problemas y angustias de nuestros pueblos.

También nos ha llamado la atención que en esta reinterpretación, o nueva interpretación del cristianismo, se haya ido en búsqueda de

los orígenes. Esto es sumamente importante, porque toda renovación profunda o revolución verdadera en el campo de las ideas significa ir a una investigación de los antecedentes. Muchas de las formulaciones que se hacen por los teólogos de la Liberación representan un interés del examen de ideas cristianas generadas ante de la institucionalización de la Iglesia, es decir, ante de la romanización y helenización del cristianismo. Esto resulta sumamente interesante, porque el hecho de que se replantee el análisis de ciertas doctrinas e ideas que vinieron con Roma y el pensamiento griego, puede llevar a conclusiones teóricas cristianas radicalmente diferentes de las que históricamente se nos enseñó a nosotros.

[...]

No hemos de caer en una discusión metafísica de estos problemas, nuestras discusiones son políticas, éticas, culturales, sociales, muy concretas. Lo que nos interesa a todos es esto último. Y en esto último no hay duda de que el cristianismo tiene un papel destacado en América Latina, tiene una influencia humana y social decisiva. Los marxistas tenemos que estudiar las razones, los fundamentos reales de que el movimiento cristiano en América Latina está ejerciendo una fuerte influencia en las bases mismas de nuestros pueblos. Y debo decir que, en la forma en que se expresa la Teología de la Liberación, esta influencia es extraordinariamente provechosa.

Estas reflexiones sobre los fundamentos reales de la influencia del cristianismo en las bases populares de diversos pueblos de América Latina y de las razones de que haya tenido vigencia a lo largo de dos milenios, nos deben llevar a estudiar la importancia de la conciencia en la vida social y política. Hay que estudiar la importancia de la conciencia del factor subjetivo de la historia. Hay que estudiar el valor del factor humano, tanto social como individual. Un análisis autocrítico de los marxistas, realizado con rigor, sobre lo ocurrido en los últimos setenta años, nos debe hacer afirmar que los factores humanos, sociales y subjetivos no se valoraron en su justa importancia. La crítica que la Revolución cubana formuló a la práctica socialista en los años 60, giraba alrededor de la subestimación de tales factores subjetivos. La vida demostró que el Che y Fidel tenían razón.

Los planteamientos de fondo al respecto, realizados por ellos hace veinte años, están ahí, como un llamado a destacar la importancia de la moral, de la ideología y del factor subjetivo en general. El descuido tuvo lugar por una cierta creencia, no muy consciente a veces, de carácter economicista. Engels lo había dicho claro en su famosa carta a Bloch, cuando expresó que los factores materiales determinaban en

última instancia, pero que los de carácter político, religioso, jurídico, sociales, etc., influían decisivamente, sobre todo en la forma, y para un marxista la forma es algo muy serio.

Pero el problema es que nuestras vidas se mueven entre la primera y la última instancia. A veces ocurre que esta última instancia se manifiesta a escala de cuarenta o cien años. La experiencia histórica nos lo está revelando como algo muy concreto. Decisiones adoptadas hace ya más de cinco décadas, están teniendo repercusiones todavía hoy. Tenemos en cuenta, por eso, que los factores humanos, sociales, más inmediatos al hombre de carne y hueso, influyen decisivamente en la vida de nuestras sociedades. Creo que al tener en cuenta al ser humano concreto, el cristianismo ha hecho un aporte importante del cual tenemos que aprender, como tenemos que aprender del sentido ético de sus concepciones.

Los marxistas luchamos también por principios morales, luchamos por el hombre. El marxismo es la doctrina revolucionaria elaborada desde la posición de los pobres. Por eso luchamos y por eso han muerto millones de comunistas en el mundo: por la defensa de los derechos del hombre. Sin embargo, hay que profundizar teóricamente en estos problemas. Nosotros los comunistas, y los cristianos consecuentes, luchamos por el ser humano en concreto, por el hombre de carne y hueso, por nosotros mismos, por los pueblos de los que formamos parte. Es decir, luchamos por millones de personas desposeídas, explotadas. Y pensamos que sin la participación de esas masas explotadas no habrá liberación, no habrá paz, no habrá verdadera dignidad humana.

Betto me dijo una vez algo muy concreto y profundo: «Cristo no nació en Roma, no nació en la metrópoli; nació en un pesebre, en una zona colonizada y explotada». Esto es todo un símbolo. Es cierto, es un símbolo que muchas veces Fidel ha recordado en sus intervenciones. Esto es lo que nos une. Por eso, no se trata exclusivamente de una cuestión táctica, es un problema profundo de repercusión estratégica, que debe ayudarnos a enfocar la cuestión esencial: la identidad cultural en este continente. Si me preguntan qué queremos, qué admiramos de la Teología de la Liberación, diría que todas sus concepciones desde el punto de vista humano, de las masas y de los pobres, es decir, de los explotados.

Es esencial saber que sin el diálogo, desde esta óptica, entre cristianos y comunistas, resultaría imposible lograr la identidad cultural de América, pues tanto unos como otros formamos parte integral de la patria latinoamericana y caribeña. En fin, que para mí, comunista

cubano, es un reto irrenunciable plantearme, en el presente y hacia el futuro, que el cristianismo deje de ser una fuerza que utiliza la derecha, la reacción, para ser una fuerza a favor de los pueblos y de los pobres.

De eso se trata: que los marxistas y cristianos de América Latina luchemos, con mayor fuerza, a favor de los que nacieron en pesebres. Para ello tenemos que comprendernos mutuamente. Digámoslo en una frase, en una expresión cristiana: en el reino de este mundo estamos muy, pero muy unidos. Esto para mí, y pienso que para todos los marxistas, es lo esencial.

31 La Revolución cubana es hija legítima de la América Latina y el Caribe, es un producto neto de la gran patria latinoamericana].³⁶

Es un inmenso honor y una gran satisfacción espiritual poder conversar con ustedes y retomar el diálogo que, por razones ajenas a nuestra voluntad, no sostuvimos en largos años. Por ello reitero que es un inmenso honor reunirme en este prestigioso recinto universitario de la República de Brasil, con un grupo de brasileños y universitarios, para conversar sobre la Revolución cubana, su significado, y para hablar también de los vínculos entre nuestros dos pueblos hermanos. Comprendo que retomar un diálogo de esta naturaleza exigirá, de todos nosotros, comprensión de las distancias que involuntaria y artificialmente hemos tenido, y digo esto porque, en su esencia más profunda, el pueblo cubano nunca estuvo distante de Brasil ni de América Latina y el Caribe.

Quiero precisar que incluso antes de la Revolución, desde que tengo uso de razón y desde que comencé a pensar en los problemas políticos y sociales, pudiéramos decir desde los años en que yo estudiaba en la Universidad de La Habana y aún antes, yo me he sentido latinoamericano y me he sentido parte de una gran patria común. No sé si esto les pasa así a todos los latinoamericanos, pero yo no necesité de ninguna ideología política en especial, de ninguna doctrina filosófica en especial, para sentirme latinoamericano. Solo que como hijo de Cuba seguí los procesos culturales, políticos y sociales de América Latina como parte de una patria común; así me sentí siempre, por lo que ahora vengo aquí como una persona más de esa gran patria nuestra que se extiende del río Bravo hasta la Patagonia.

Treinta años de Revolución en Cuba es un tiempo prolongado en la historia. Pienso que sea mejor decir unas palabras introductorias y que después ustedes nos hagan preguntas, para que esto se desarrolle dentro de un diálogo.

La Revolución cubana fue y es un producto neto de América Latina, un producto específico de esta realidad del mundo, que enrumbo

³⁶ Versión del texto de la conferencia que dictó en la Universidad de Brasilia, en ocasión de la Primera Reunión de Ministros de Cultura de América Latina y el Caribe, el 9 de agosto de 1989. En el texto de la conferencia aparece el saludo afectuoso para Sr. Cristóbal Walker, Rector Magnífico de la Universidad de Brasilia.

y orientó por las ideas filosóficas fundamentales de Marx y Lenin, pero fue una revolución netamente latinoamericana. La Revolución cubana, influida por las ideas de la Revolución de Octubre y por las ideas del marxismo, sin embargo, no está introducida en la mecánica histórica de los procesos que tuvieron lugar en la Unión Soviética y Europa Oriental, y que han sido, en estos momentos, cuestionados. No quiero decir con esto que no haya estado políticamente —en alguna medida— influida también por esos procesos, porque el pueblo cubano no ha vivido fuera de la historia. Pero la raíz, la esencia y el proceso de la Revolución cubana parte —netamente— de la realidad latinoamericana. Por eso debo explicar, aunque muy sintéticamente, cómo entendemos nosotros el marxismo y el leninismo, cómo entendemos nosotros el pensamiento de Marx y de Lenin, para dejarlo bien definido, ya que hay tantas confusiones en el mundo, tantas diferencias en su interpretación. Y decir que, en la medida en que lo hemos aplicado en la forma que lo entendemos, hemos avanzado. En la medida en que lo hemos aplicado de otra forma, no hemos avanzado suficiente.

Para mí el marxismo es inexplicable si no se interpreta en función del desarrollo histórico que se había alcanzado en Europa en el siglo XIX, y el leninismo no se explica ni tiene sentido para mí si no se analiza en función de la situación concreta de Europa, específicamente de Rusia en los principios del siglo XX. No se entiende fuera de eso. Partiendo de esta primera cuestión, nos acogemos a un pensamiento leninista, de que el marxismo es una guía para la acción y un método de investigación. Y pienso que América Latina y toda esta zona del mundo y el Caribe, ni Marx ni Lenin la conocieron a profundidad, es más, se puede afirmar que prácticamente no la conocieron. Por tanto, la interpretación que hagamos en relación con América Latina es un problema de los latinoamericanos. Porque aunque tenemos veneración por la inolvidable figura de Carlos Marx —he dicho en otras ocasiones que, para mí, es el más grande de los europeos del siglo XIX—, no podemos olvidar que cuando Marx fue a analizar algunas cuestiones específicas de América Latina, no acertó exactamente, porque no tenía la información necesaria de la historia de América Latina y el Caribe. Y claro que esto tiene que ser así, porque Marx no aspiró nunca a ser Dios.

Por ello es bueno afirmar que estamos en un momento en que, en la evolución del pensamiento marxista en América Latina, tenemos la experiencia de la Revolución cubana como un punto de referencia; repito, como punto de referencia. Y perdónenme si aclaro que como

punto de referencia, porque ello no quiere decir que la Revolución cubana sea aceptada como verdad absoluta, sino como punto de referencia. Porque creo que el gran error que históricamente hemos tenido los latinoamericanos con las ideas socialistas, tanto en el siglo pasado como en este, ha sido tratar de calcar, de copiar ideas, criterios y esquemas de valores propios de otras latitudes, como la europea, para introducirlos aquí sin un análisis riguroso y detallado de nuestras realidades, sin las cuales, repito, no sé qué cosa es el marxismo-leninismo fuera del análisis concreto de una realidad concreta. Y ese error se cometió... con el marxismo-leninismo en América Latina.

Pero estamos viviendo una época en la que, en las últimas décadas —pudiéramos decir una referencia de setenta años— se han subestimado los procesos históricos y los procesos económicos de los procesos humanos y subjetivos. Quiero decir que esta ha sido una de las mayores insistencias que, en su esencia, quiso hacer la Revolución cubana desde el principio, en el pensamiento de Fidel y del Che Guevara. Es decir, la Revolución cubana tuvo en cuenta desde sus inicios el factor humano, el social, y la subjetividad en la historia. Al extremo de que estamos llegando al final de este siglo, y no solamente de este siglo, estamos llegando al final de este milenio —porque se habla del final de este siglo, pero a mí me gusta más hablar del final del segundo milenio—, y efectivamente, soy de los que piensa que una civilización tecnológica, cargada de un pensamiento materialista vulgar, nos inundó. Y no hubo sistema de ideas ni sistema político-social que fuera inmune a esta situación. Tanto en los sistemas conocidos, tanto de la Europa socialista como en los sistemas occidentales, como en todas partes, hubo una carga de lo que nosotros llamamos materialismo corriente, materialismo vulgar, en el análisis de los problemas de la sociedad, de la historia y de la propia economía, por lo que sin prisa, pero sin pausa, tenemos que ir a la búsqueda de una nueva espiritualidad.

Y por eso soy de los que piensan que con la riqueza cultural milenaria de América Latina y el Caribe, que no es una historia de hace quinientos años, sino de muchos más —porque antes de que los navegantes españoles llegaran a América ya los pueblos originarios habitaban nuestro continente—, con la riqueza cultural acumulada a lo largo de los siglos en esta área del mundo, nosotros tenemos una fuerza espiritual con que afrontar los problemas de hoy y de mañana.

Creo asimismo que el mundo, independientemente de la situación crítica que hoy se atraviesa en muchas partes, tiene que llegar a encontrar nuevas fuerzas sobre la base de la vocación social que

está presente en la naturaleza humana, de la vocación de servicio y de la espiritualidad que está presente en la naturaleza humana. Y que esa es la fuerza que puede ayudarnos a orientarnos en el mundo del futuro. Incluso, para analizar los problemas materiales y económicos del mundo de hoy, esto es indispensable.

Por lo que no podemos olvidar que la Revolución cubana nació en medio de una realidad que ella no escogió, la Revolución cubana nació en medio de una crisis de pensamiento. Porque ahora cuando se dibuja toda la crisis del pensamiento socialista, del pensamiento marxista, se debe recordar que la Revolución cubana fue un estallido volcánico en medio de esa crisis, en las décadas en que se desarrollaba y se incubaba esa crisis. Y Cuba fue consecuente a pesar de todo... Y claro que recibió, sí, el apoyo solidario y hermano de los pueblos socialistas, en especial del pueblo soviético, y nosotros, como latinoamericanos, somos agradecidos, porque eso también forma parte de nuestra espiritualidad. Pero América Latina se encuentra con que, de pronto, hay un examen indispensable de lo que es el pensamiento socialista, del pensamiento marxista, del pensamiento leninista, un examen profundo de eso. Se encuentra con un punto de referencia en la Revolución cubana, como algo que pasó en la Revolución cubana, pero ante problemas distintos, nuevos, diferentes en el mundo actual, y ante realidades que no son como las cubanas y que solo las puede tomar como un punto más de referencia. Y comprender, inclusive, que los grandes éxitos y aciertos de la Revolución cubana están allí donde fuimos consecuentes con una realidad concreta. Donde no fuimos consecuentes o aplicamos esquemas fuera de nuestra realidad concreta, entonces no avanzamos tanto como hubiéramos avanzado.

Por eso afirmo que la esencia más profunda de la Revolución cubana está, precisamente, en plantearle a nuestra América que una nueva fuerza espiritual y moral, una subjetividad profunda, resulta indispensable para abordar todos los problemas, entre ellos los problemas económicos y materiales.

Los cubanos no estamos ni a favor ni en contra de la perestroika, porque ese es un problema del pueblo soviético. Nosotros no tenemos que amoldarnos ni tampoco tenemos porque impugnar teóricamente —aunque podríamos hacer algunas observaciones— fórmulas concretamente aplicadas a situaciones concretas de la Unión Soviética. Hace años, los enemigos de Cuba ripostaban que seguíamos a la Unión Soviética y nos acusaban por nexos con la Unión Soviética. Ahora conocemos que las más altas autoridades

de Washington están muy interesadas en que nosotros apliquemos la perestroika. Es muy curioso, pero muy curioso que las más altas autoridades de Washington estén interesadas en que nosotros apliquemos la perestroika. Analizar este problema a profundidad es bastante complejo, porque es analizar los problemas que han pasado en el movimiento comunista internacional y que han pasado en este siglo en el movimiento socialista.

Yo decía que las fórmulas de América no podían ser las fórmulas de Europa, ni calcarlas. Aunque sí tenemos que conocer lo que sucede en Europa. Pero, bueno, vamos a analizar lo que pasó, si se quiere podemos analizar lo que pasó. Si se va a analizar lo que pasó en el movimiento comunista y revolucionario internacional, y si se quiere contar con una fórmula, hay que contar con todo el mundo, y hay que ver qué pasó en todo el mundo, y no hay que ver solamente lo que pasó en la Unión Soviética. Habría que hacer un análisis de lo que pasó en todo el mundo con el movimiento comunista internacional, y qué pasó con el leninismo en todo el mundo.

Nosotros tenemos un gran respeto, y sinceramente quisiéramos que la política que orienta Mijail Gorbachov triunfara, porque sentimos un gran respeto por Gorbachov. Ahora, tenemos que decir lo siguiente: se está juzgando un esquema de hace treinta o cuarenta años, desde llamadas «posiciones socialistas». Pues bueno, hay que recordar que la Revolución cubana, *desde posiciones socialistas*,³⁷ hizo críticas a ese esquema con el Che y Fidel, en los años 60. Y el pensamiento que yo personalmente tengo sobre el asunto es que, si había cosas mal hechas, la Revolución cubana fue quien primero las denunció en los años 60, en el movimiento comunista internacional y en el movimiento socialista. Quien primero señaló las críticas a lo mal hecho fue el Che Guevara. Y creo que la crítica más grande que se hizo fue la que apuntábamos en nuestra intervención en relación a que no se tuvieron en cuenta suficientemente los factores subjetivos, ni la subjetividad en la historia; los factores ideológicos, sociales, culturales y morales. Esa crítica la hizo el Comandante Guevara.

Así que nosotros somos los precursores de esa crítica. Y a nosotros se nos criticó por esa crítica. Y todo el pensamiento del Che Guevara es una crítica a lo que pasó por allá. Ahora recuerdo que hay una anécdota del Che con relación a todo ello, que él nos recordaba mucho. Dice el Che que algunos compañeros soviéticos le hablaron de algunos métodos que se estaban introduciendo en la Unión Soviética como algo novedoso, y el Che respondió: «Eso no es novedoso. Eso

³⁷ El énfasis es de la compiladora.

yo lo conozco en Cuba, esos son métodos del capitalismo». Y decía a continuación el Che: «Un aviador pierde el rumbo y trata de corregir el rumbo, pero el rumbo verdadero no está en la corrección de donde el aviador perdió el rumbo, porque el aviador perdió el rumbo no donde él creyó, sino donde él perdió el rumbo».

También, los que están haciendo estos planteamientos en la Unión Soviética son producto de ese proceso histórico. Están haciendo profundas rectificaciones sobre la base de la educación y de la cultura que recibieron durante ese proceso histórico; así que son, también, una consecuencia de ese proceso histórico. De manera que el análisis requeriría enfoques mucho más profundos.

Nosotros no tenemos que seguir la perestroika, como no exigimos, tampoco, que la Unión Soviética ni ningún otro país sigan exactamente las concepciones y estilos que nosotros tenemos. ¿Por qué elevar a la categoría de valor y esquema universales una fórmula concreta que han encontrado los soviéticos para abordar su complejo problema? ¿En nombre de qué principio se va a elevar eso a una categoría de carácter universal?

Creo que uno de los errores principales que se cometió en el proceso de construcción del socialismo fue elevar a la categoría de esquema de valor universal y, por lo tanto, a manera de dogma, soluciones coyunturales de carácter político, soluciones que Lenin tuvo que tomar ante realidades concretas, que tenían un carácter político-coyuntural y que pudieron haber sido válidas hasta cierto punto. Porque habría que ver cómo Lenin hubiera desarrollado después esas mismas soluciones coyunturales, ese es otro problema, pero sin dudas eran soluciones coyunturales.

No olvidemos que algunas de las soluciones económicas que están hoy introduciéndose en la perestroika fueron soluciones coyunturales y específicas que Lenin introdujo en un momento concreto y anterior de la Unión Soviética. Creo que algunas soluciones coyunturales de esas se elevaron a la categoría de esquema, de dogma —reitero—. Muchas de las cosas que los soviéticos están haciendo hoy, estuvieron en esquemas anteriores, las he visto en los dichosos manuales, pero lo veo más desarrollado, más evolucionado ahora; pero lo he visto anteriormente en los esquemas que ellos tenían de la realidad. Y creo que el error fundamental está en elevar a la categoría de esquemas de valor universal y estratégico, soluciones de carácter coyunturales de tipo político; en ese error, nosotros, los cubanos, no debemos incurrir.

Pero, para nosotros, el gran descubrimiento de Lenin es el estudio del imperialismo como fase superior del capitalismo; porque Lenin, desde luego, no solamente habló de los procesos de construcción del socialismo. Lenin esbozó muy tímidamente, como sabio que era, con todo el temor a no equivocarse, adoptar medidas concretas para las coyunturas específicas que tenía delante en cuanto al proceso de construcción del socialismo.

Y hoy se habla de modernidad y los soviéticos hablan de modernidad. Nosotros estamos plenamente de acuerdo con que hay que hablar de la modernidad, pero vamos a ver qué cosa es la modernidad, y vamos a ver la modernidad del imperialismo moderno —perdónenme la repetición—, vamos a estudiar el imperialismo moderno que ya Lenin esbozó y denunció. Para comprender la modernidad de nuestra época, no podemos olvidar los fenómenos modernos como el narcotráfico y la corrupción galopante en el mundo. Fenómenos modernos como el narcotráfico y la corrupción en el desarrollo del imperialismo; esos son fenómenos modernos, tanto como la deuda externa en las proporciones en que está planteada; fenómenos modernos como la universalización de los problemas; fenómenos modernos como los problemas ecológicos que afectan el planeta, la supervivencia y el medio ambiente. Esos son fenómenos modernos. Eso creo que nosotros debemos analizarlo también porque son problemas que rebasan las fórmulas específicas que se están aplicando hoy en la Unión Soviética, que les aseguro que desearía que tuvieran éxito. Desearía que pudieran resolver el problema, pero se ha abierto ya la caja de Pandora.

Claro que yo no creo que el problema que existe hoy en la URSS haya sido creado por los actuales dirigentes de la Unión Soviética; creo que sería injusto achacar que el problema haya sido generado por los actuales dirigentes de la URSS. Creo que esta es una generación de soviéticos que se ha tenido que enfrentar a un problema creado hace mucho tiempo. Ese es mi criterio, mi apreciación. Y quisiera que lo pudieran resolver. Pero nosotros los cubanos, no entendemos, ni tenemos —como dije antes— al marxismo como un esquema de valor universal. Para nosotros —reitero— es un esquema de valor universal en la medida en que sea guía para la acción y un método de investigación. Por eso nosotros no podemos prever una fórmula tal como la perestroika.

[...]

Vamos a hablar de cultura en un sentido amplio. Yo creo que en el movimiento cultural de nuestro país, en su sentido amplio, tenemos

que pasar de una etapa cuantitativa a una etapa cada vez más cualitativa. Y tenemos que vincularnos más a América Latina y el Caribe. En los años anteriores nos hemos vinculado, pero ahora tenemos que vincularnos más. El gran proyecto cultural de Cuba es vincularse más a América Latina. [...]

¿Cuál es el gran proyecto cultural? El gran proyecto cultural de América Latina se expresa en el trabajo que ha hecho la Casa de las Américas, llevarlo a todos los planos; es decir, si me preguntan sobre el gran proyecto cultural, diría que esta Reunión de Ministros de Cultura es un gran proyecto cultural de América Latina, la unidad de todos los países de América Latina en lo que Martí llamó la República Moral de América; es decir, ese es el gran proyecto.

Otro gran proyecto cultural: nosotros hemos tenido que luchar contra un concepto tradicional de cultura. Anteriormente, en Cuba se tenía un poco el concepto tradicional de cultura, identificado nada más que con las presentaciones artísticas, con el arte y no con todo el conjunto. Nosotros tenemos que desarrollar una relación entre la cultura y el resto de la sociedad. El gran empeño que hemos tenido en el Ministerio de Cultura, durante estos diez años, es ver cómo podemos vincular el movimiento cultural y artístico con la sociedad. Tenemos una red de instituciones culturales de la comunidad que hemos creado: casas de cultura, museos, bibliotecas, centros de arte, de cultura de diversos tipos, cine, teatros; una red de instituciones culturales en cada uno de los municipios. Alrededor de ellas debemos realizar un movimiento popular cultural. Tenemos un Consejo Popular de la Cultura integrado por las organizaciones sociales y de masas, presidido por el Ministerio de Cultura, para fortalecer una relación entre la cultura y la sociedad.

En la historia de Cuba, el problema de la relación entre cultura y sociedad está históricamente resuelto. Pero nosotros tenemos otro proyecto mucho más desarrollado y elaborado en relación a cómo abordar los problemas políticos del arte, que es un problema que, precisamente, ha estado en crisis en el movimiento revolucionario y socialista. Porque, en este sentido, empiezo por decirles que siempre hemos estado en contra —y se lo manifestamos a los soviéticos—, en contradicción con la forma en que en los países socialistas se abordó la relación entre política y cultura. Creo que fue una forma impolítica, porque fue ajena a los requerimientos del arte; porque el arte para que sea útil tiene que ser ante todo arte. Eso es lo que nosotros creemos sobre este problema.

Creo que todo el planteamiento hecho por el llamado realismo socialista fue un disparate teórico, un disparate práctico [...] del proyecto de la cultura. Nosotros estamos pasando, en este momento, de una fase de dirección meramente administrativa y gubernativa de la cultura a una fase institucional, porque la cultura no se administra, la cultura se promueve.

En Cuba se cometieron errores. Incluso, diría que el diseño que se hizo en 1976, del Ministerio de Cultura, fue uno de los errores. Se tuvo un concepto muy administrativo, muy burocrático del Ministerio de Cultura. Nosotros tenemos un diseño diferente del trabajo del Estado en la cultura. Estamos creando, y hemos creado ya, instituciones culturales no gubernativas, sino culturales, para atender cada una de las ramas artísticas, como existía ya, desde antes —y este es un antecedente importante—, el Instituto Cubano de Arte e Industria Cinematográficos: el Instituto Cubano del Libro, el Instituto de la Música, el Consejo Nacional de las Artes Escénicas y el Consejo Nacional de las Artes Plásticas, el Centro Nacional de Aficionados y Casas de Cultura, la Biblioteca Nacional —que orienta y dirige todo el sistema bibliotecario del país—. El Ministerio de Cultura no sería más que la coordinación de todos esos factores, y la representación ante el Estado de todo ese sistema institucional; que funcione con personalidad jurídica propia cada una de esas instituciones y con un programa financiado por el Estado, pero con personalidad jurídica propia. Y la dirección de esas instituciones escoge un Consejo Artístico o un Consejo de Cultura, integrado por las personalidades más importantes y relevantes de cada una de esas manifestaciones.

Claro, en Cuba es más sencillo hacerlo que en otros países, porque en Cuba tenemos una mayor homogeneidad cultural, es un país más pequeño. Digo esto porque, visualizando una situación como Brasil, eso es diferente, o visualizándolo en cualquier otro país. Pero Cuba es un país pequeño relativamente, homogéneo culturalmente, con una identidad cultural mucho más definida, y entonces hay un Consejo de Cultura o Consejo Artístico en cada una de las ramas, integrado por las personalidades más importantes, para que giren alrededor de ellos el movimiento artístico de cineastas, de artes escénicas, de las artes plásticas. Y tenemos atendidas por el Ministerio algunas cuestiones esenciales, como el Patrimonio Cultural, las relaciones internacionales, etc. Pero, en realidad, es ese sistema de instituciones culturales, que tiene enorme importancia práctica, porque no es lo mismo la selección que se haga para una institución de estas que la que usted haga para un organismo administrativo. Se escoge en función de criterios de profesionalidad y de respeto en la opinión pública.

Les puedo poner un ejemplo práctico. Me vi con el problema de escoger un Consejo para la Música. Óiganme, en Cuba, los músicos tienen opiniones sobre muchas cosas, y hay diversos géneros en la música y muchos criterios. Y yo me vi con el problema de cómo escogía ese Consejo. Funciona también la Unión de Escritores y Artistas de Cuba, que es una organización social no estatal, como personalidad jurídica propia, y que funciona con métodos democráticos; la Uneac, que celebró recientemente su congreso. Y yo, para escoger el Consejo Artístico de la Música, que tenía que proponerlo a la dirección del Gobierno, me dirigí a la Uneac. Y había un grupo de músicos eminentes dentro de la presidencia del Consejo de la Uneac. Y hablé con esos músicos eminentes, que habían sido escogidos democráticamente y que eran, además, músicos de alta calidad, y les dije: ustedes son los que nos hacen la propuesta del Consejo de la Música, ustedes son los que nos elaboran esa propuesta y que estén representadas todas las tendencias, todos los criterios que hay sobre el problema de la música. Igual hacemos en la literatura y en las artes plásticas.

Ustedes se preguntarán cómo se dirige el Ministerio. Bueno, el Ministerio se dirige con el diálogo, con la discusión y sobre un presupuesto que tiene la cultura cubana, que es propio y específico de la cultura cubana también. Se trata del problema de la identidad con los principios que inspiran el movimiento intelectual cubano durante todos estos años; no de ahora de la Revolución, sino en el curso de años.

¿Qué proyectos, en fin, tenemos? Proyectos de vinculación con lo popular a través de las instituciones culturales de la comunidad, proyecto de fortalecimiento de un sistema de instituciones de carácter cultural en que trabajen los artistas y que funcionen democráticamente. Porque reitero que planteé desde el principio, en el Ministerio de Cultura, que *la cultura no se dirige, no se administra, la cultura se promueve*.³⁸ Y se promueve y estimula con el diálogo cultural. Esto no es función del Ministerio ni del ministro del ramo, sino del sistema de instituciones de la cultura que tiene que vincular al movimiento artístico a estos empeños. Esos son los proyectos que tenemos.

[...]

Cuba fue el último país de América Latina en independizarse del yugo colonial norteamericano, porque todavía Puerto Rico no se ha independizado. Porque la mayor parte de los países de América Latina

³⁸ Ídem.

se independizaron en las primeras décadas del siglo, ya en las primeras décadas del siglo estaban formalmente independientes de España y de Portugal. Se produjo una circunstancia económica. Porque los factores económicos influyen, en última instancia; no crean que no influyen. Lo que he dicho de la espiritualidad no nos debe llevar a la consideración de que los factores económicos no influyan en última instancia. Y esa fue una de las expresiones que utilizó Engels para hablar de la influencia de los factores económicos, de la influencia en última instancia. Lo que sucede es que entre la primera y la última instancia va un gran trecho.

Se produce la Revolución de Haití a principios de siglo, 1800-1801; esa revolución triunfa, se produce una sublevación de esclavos. Haití entra en crisis como producción azucarera, se produce la posibilidad de un auge en la industria azucarera cubana en la primera mitad del siglo. Y las posibilidades de la industria azucarera abren la necesidad del incremento de la mano de obra esclava. Entonces la población de origen africano en el país, de 1790 a 1868, que fue el inicio de la guerra, se incrementó notablemente. Paralelamente a eso, iba creciendo una población española descendiente de los conquistadores, o de los españoles emigrantes pobres en general, que iban arribando a Cuba. Crece la población pobre del país, crece la población esclava del país; los gobernantes coloniales españoles que arribaban a Cuba, por lo general eran gentes sin cultura. Y empieza a desarrollarse la educación en buena parte en las escuelas religiosas, pero con un pensamiento democrático, con Félix Varela, con un pensamiento antiescolástico. La alta jerarquía eclesiástica se pone junto a la metrópoli. Por eso le he dicho a la jerarquía eclesiástica en Cuba que la educación no la perdieron en 1961, cuando la nacionalización de las escuelas, sino en 1868, cuando la alta jerarquía eclesiástica se puso al lado de la metrópoli.

Y todo el movimiento de educación y de cultura de Félix Varela y de algunos sacerdotes con pensamiento democrático evoluciona como parte del desarrollo del país. Pero, paralelamente a eso, va creciendo la población negra. Los embriones de la burguesía cubana de principios del siglo XIX, o los que pudieron ser tales embriones, le temen a la independencia, porque la independencia fuera a producir lo que en Haití: la abolición de la esclavitud. Y retrasan la independencia. Esos embriones no se hacen independentistas, como se hicieron en el resto de América, porque le temían a la abolición de la esclavitud y porque España concentró todas sus fuerzas en lo que había llamado entonces «la siempre fiel Isla de Cuba».

Va creciendo la población negra, va creciendo la población pobre; una capa ilustrada de patriotas procedentes del oriente del país va adquiriendo altos niveles de cultura. Y si el Diez de Octubre de 1868 se considera que fue el nacimiento, el alumbramiento de la nación, cuando la toma de la ciudad de Bayamo, diez días después por las tropas al mando de Carlos Manuel de Céspedes, se consideran en la obligación de preparar y entonar un himno. Era gente que había leído, que había recorrido Europa; algunos hijos de terratenientes que habían obtenido una gran cultura. Pero la base social de aquella población era negra, campesinos libres, blancos pobres. Esa era la gran base social. Eso es muy importante para analizar algunas cuestiones que les puedo responder, acerca de por qué en Cuba existe un solo partido. Eso es muy importante. Si no se me hace esa pregunta me la voy a hacer a mí mismo. Eso es muy interesante para explicar este asunto históricamente, porque los problemas tienen siempre una base histórica.

En aquel momento se produce la conjunción de los blancos y los negros. Y en las luchas por la independencia, en los primeros diez años, blancos y negros pelean juntos, llegan a generales combatientes que provienen de la población negra. Eran esclavos recién liberados, eran campesinos libres; era gente que se consideraba tan democrática que hicieron una república democrática y liberal en la manigua redentora, en la guerra, lo cual era una utopía, pero una utopía hermosa que se conserva como una de nuestras sagradas memorias. Una república democrática con parlamento, con tres poderes del Estado, con todos los requisitos de Montesquieu, con todos los requisitos de la teoría de los tres poderes y con todo aquello. Algunos de nuestros generales más prácticos, con más experiencia, decían que aquello era un error, un disparate y que la guerra había que dirigirla como guerra. Pero eran unas masas de esclavos que aportaron elementos esenciales de nuestra música.

Claro, la literatura fue muy influida por España, la lengua; además, la literatura es más elaborada culturalmente. La propia música cubana nació en los barracones de esclavos. Precisamente, lo que yo exaltaba en la memoria de Guillén fue cómo elevó la musicalidad y el hablar del esclavo a las cumbres más altas de la literatura universal. Ahí nació la cultura del país, con su música, con su literatura patriótica, una literatura muy unida al ideario independentista. Todo el proceso de la cultura nacional en el siglo XIX, que nosotros llamamos el siglo de oro de la cultura cubana, todo el proceso de la historia nacional en el siglo XIX, va marcando la integración entre lo de origen negro y

europeo, y va marcando una profunda relación con las ideas políticas y sociales sintetizada en dos aspectos: la lucha por la independencia y la lucha por la abolición de la esclavitud, es decir, a favor de la abolición de la esclavitud.

Porque es muy importante en la historia de Cuba saber que nuestras guerras de independencia no tuvieron un simple carácter político, sino un carácter social, marcado y profundo, porque estaba incluida la abolición de la esclavitud, que era un fenómeno social, y porque incorporó a la población de origen africano a la lucha por la independencia. Y entre los más grandes generales de nuestras guerras de independencia, respetados, admirados y queridos por todos, que habían sido de ascendencia africana, entre ellos destaca la figura estelar de Antonio Maceo, pero muchos más generales de nuestras guerras de independencia fueron de ascendencia africana.

Esto marcó para siempre la sociedad cubana. El pensamiento integrador de tipo social y racial estuvo presente en la médula del pensamiento de Martí. La esencia del pensamiento de Martí es integradora y está muy vinculada a las luchas sociales y políticas, al extremo de que he dicho que no fue una casualidad que Martí fuera la figura cumbre del pensamiento y de la cultura del país y la figura cumbre de la política cubana. Eso no fue una casualidad. Todo el movimiento intelectual cubano ha estado muy vinculado al pueblo, a las masas desposeídas.

En el siglo xx ya se produce un problema dramático: la intromisión del imperialismo norteamericano. Les voy a decir que el imperialismo norteamericano nació en Cuba. Esto no lo digo yo, eso lo dijo Lenin, que la guerra de independencia de Cuba fue uno de los elementos esenciales de la fase superior del capitalismo. Martí radicaliza mucho el proceso revolucionario cubano, al extremo de que algunos conservadores cubanos en el siglo xix y en el xx, decían que Martí fue el que introdujo la lucha social en las contiendas cubanas. En realidad no fue Martí. La lucha social fue introducida desde el momento en que los héroes del 69 establecen la abolición de la esclavitud, pero Martí agudiza esto.

Martí vivió en Estados Unidos de 1880 a 1895. Es la época en que se fusiona el capital bancario con el capital industrial y se produce la exportación de capitales. Martí conoce el imperialismo, lo estudia. Todavía estamos en deuda con respecto al conocimiento de Martí en América. Estamos en deuda con Martí y con América para difundir más ampliamente el pensamiento de Martí. Y eso sirvió de base para la fusión de todo el movimiento cultural cubano en relación con el

origen blanco y el origen negro. Y Martí dijo: «Dígame hombre y se han dicho todos los derechos. Hombre es más que blanco, más que negro».

En el siglo xx se produce esa intromisión del imperialismo norteamericano, pero hay estudiosos de la historia cultural cubana en el siglo xx, como Fernando Ortiz, quien hizo estudios profundos de tipo cultural en relación con las dos raíces del movimiento espiritual cubano: el blanco y el negro. Esto fue subestimado. En Cuba, antes de la Revolución, el negro era discriminado social y políticamente. Eso no se proclamaba oficialmente en las leyes, pero sí se proclamaba en la realidad de la vida social. La Revolución, de la manera más natural que puede concebirse..., aunque siempre hay sus traumas y problemas..., pero en realidad fue un proceso casi natural el de la integración del negro, porque gran parte de la población que hizo la guerra era también de origen negro. Así que ese fue un problema que se resolvió en Cuba de una manera orgánica y natural. No digo que no puedan haber quedado reminiscencias, no digo que no puedan haber quedado discriminaciones heredadas y que solo el proceso del tiempo va superando y liquidando definitivamente, pero en realidad, la cultura cubana es producto de un mestizaje social y racial. Yo lo expreso muy claramente en el panegírico que hice de la figura de Nicolás Guillén.

Este es un problema que estaba resuelto teóricamente en la ética de José Martí, en sus concepciones políticas, estaba resuelto científicamente en los estudios que hizo Fernando Ortiz, estaba resuelto en toda nuestra historia. Algunos géneros artísticos, como los de la música, nacieron de la influencia negra que en Cuba antes era subestimada. Inclusive, se hablaba de una música culta y de la música popular, diferenciándola. Nosotros hemos negado rotundamente eso, porque lo popular puede ser culto, y lo llamado «culto» puede ser impopular. Entonces, tenemos una concepción unificadora en esto. Eso está también en el pensamiento de Alejo Carpentier. Es decir, que este problema está en el centro de la síntesis de la cultura cubana, las dos raíces fundamentales, que se entrecruzaron, que en el campo de la música se ha influido mucho en su ritmo, sobre todo de la música africana; en las costumbres, en la sicología, en todos los elementos culturales ha estado presente. Y creo que el gran salto de la cultura cubana hacia el futuro, el que todavía queda por dar y que quizás se dé en las próximas décadas, es en la manera en que cada día se sea más consecuente con esa articulación, y que esa articulación sea más profunda.

En efecto, históricamente, la literatura, en el siglo pasado, marchó por la población de origen español. Eso era lógico, porque la literatura requería educación. En la música, en las costumbres, en la psicología era distinto. Es decir, que esa síntesis está presente en el centro mismo de la cultura cubana. Incluso, he hablado de que sería necesario fortalecer encuentros de la cultura del Caribe, porque para nosotros el Caribe es un concepto sociocultural, en él están presentes Brasil, parte de América Latina, las Antillas, la parte sur de América del Norte e, inclusive, en Estados Unidos están presentes algunos elementos de la cultura de origen caribeño. Sería bueno hacer un encuentro. Nosotros tenemos un centro de estudios del Caribe en Santiago de Cuba, tenemos un trabajo en relación con eso.

[...]

Cuba es un país sometido al bloqueo imperialista yanqui y a un barraje de propaganda intenso del enemigo. *He planteado que el único partido que puede oponerse a la Revolución cubana dentro de Cuba, por una historia que después puedo hacerles y que tiene que ver con algo que he dicho ya, es el partido [...] de la corrupción, del lumpen y del debilitamiento moral.*³⁹ Por consiguiente, la misión de los cubanos es proteger una identidad cultural y moral en una situación que no pudiera señalarse de guerra como tal, pero sí de algo parecido en algunos aspectos; en que hay un barraje constante y sistemático en Estados Unidos con ideas que nosotros rechazamos de plano porque son contrarias a la historia de la nación cubana y están al servicio de una potencia extranjera.

No les damos alternativas a esas ideas, porque la democracia siempre tiene un límite, que es la protección de la sociedad y de la cultura de un país. No se trata de otra cosa que de los modernos neanexionistas. En el siglo pasado había tres corrientes históricas, y voy a aprovechar la ocasión para hablar un poquitico más de esto. Había tres corrientes históricas. Los que querían la independencia: Martí, Varela, y junto con la petición de la independencia, la abolición de la esclavitud. Los que querían reformas políticas y sociales, que eran demócratas burgueses, pudiéramos llamarles con pensamiento democrático burgués, pero algunos de ellos con temor a que se anexara Cuba a Estados Unidos, preferían vivir dentro del sistema colonial español. Esas dos tendencias tenían raíces en la cultura cubana. La reformista también tuvo sus raíces, hizo aportes, pero no penetró profundamente en la idiosincrasia del país, no penetró como el pensamiento de Martí, etc.

³⁹ Ídem.

Y había una tercera tendencia que nosotros rechazamos de plano, que es la tendencia anexionista. No olviden nunca que los primeros presidentes de Estados Unidos hablaron de Cuba, de que como era una fruta madura, caería en sus manos, en el patio de Estados Unidos. No olviden que la anexión de Cuba a Estados Unidos ha sido la constante en la política norteamericana a lo largo de toda la historia. No hay que olvidar nunca ese hecho histórico. Y lo es hoy también, lo fue siempre.

Esperaron, durante todo el siglo XIX, que la fruta madurara, pero maduró tanto que se hizo muy resistente a los virus del anexionismo. Hemos dicho que el anexionismo es la negación de la nación, y, por lo tanto, no aportó cultura en Cuba.

[...]

Los anexionistas de todos los tiempos representan la negación de la cultura nacional cubana. Y la corriente anexionista o neoanexionista es rechazada de plano y en todos los planos por el pueblo cubano. [...]

Cuba tiene que fortalecerse ideológicamente, pero no por métodos burocráticos, sino con trabajo cultural, educativo, político. Porque Cuba está bajo la embestida del imperialismo yanqui. Ahora mismo, violando todas las normas internacionales al respecto, proponen organizar un proyecto que cínicamente han llamado Tele Martí; le han llamado cínicamente así porque Martí era la negación más profunda del imperialismo norteamericano. Y Tele Martí, violando todas las reglas internacionales, las norteamericanas, las de su Administración, piensa instaurar una estación de transmisión y caer, con esa fuerza más, contra nuestro país.

[...]

Si se elabora una Carta de Identidad Latinoamericana y Caribeña, deben estar la identidad cultural y moral de Latinoamérica y caribeña, ya es un paso. Si se crea un Consejo Latinoamericano de Ministros de Cultura de América Latina, que se reúna todos los años, ya es otro paso. Si además de eso ese consejo promueve foros, talleres y demás, ya es otro paso. Porque hay una cuestión importante para esta reunión de ministros: piensen ustedes que no hay un grupo de países en el mundo que tenga tanta identificación de su sistema de relaciones culturales como el nuestro. Tenemos un papel que desempeñar en el mundo y la unidad de nuestros pueblos es esencial.

La unidad la buscamos por las vías de la lucha contra la deuda externa; la unidad también se ha buscado por las vías políticas, que es

difícil porque hay diferencias políticas; la unidad también la podemos buscar por las vías culturales, por las vías de la identificación y de relaciones culturales entre América Latina, entre los pueblos de América Latina y el Caribe. Este es el propósito que nosotros perseguimos en la reunión de Ministros de Cultura. Si la reunión adopta estos acuerdos y otros que se vayan a proponer, que los hemos conversado mucho con el ministro de Cultura de Brasil, con el Consejo de Cultura de México..., lo estuvimos conversando, incluso, con el director general de la Unesco y me quedé asombrado, porque hay más identificación de la que nosotros creemos. Siempre hemos hablado de las diferencias. Por eso, siempre que hay un problema que nos pueda diferenciar, yo digo: vamos a hablar de lo que nos identifica. Por qué no nos ponemos de acuerdo, primero, en las cuestiones en las que estamos identificados. Por lo menos, siempre estamos hablando de las diferencias, de lo que nos separa y divide. Este es, amigos, el propósito del imperialismo.

[...]

Es verdad, hubo aquí la presencia de ideologías extranjeras que nacieron en Europa. Tampoco el cristianismo nació aquí y tiene una fuerza en América Latina. Nosotros creemos, inclusive, que con el movimiento cristiano latinoamericano hay que establecer profundos nexos y profundas relaciones. Tampoco nacieron aquí los principios de la democracia occidental, ni los enciclopedistas franceses, a quienes también admiramos. Bueno, Marx, Engels y Lenin fueron de Europa y también los tenemos en cuenta, los consideramos. Pero nosotros tenemos una historia en común, y creo que en estas reuniones de ministros de Cultura lo que tenemos que buscar son los puntos de contacto de la historia en común, sobre todo teniendo en cuenta lo que dije al principio, de la búsqueda de una nueva espiritualidad fundamentada en la tradición de nuestros países, y superar los efectos terribles de una civilización tecnológica y tecnocrática que ha afectado nuestras costumbres, nuestra forma de vivir, nuestros modos de pensar; una cultura tecnológica, tecnocrática; una cultura de materialismo vulgar.

América Latina posee una fuerza espiritual que tiene que levantarse. Esa fuerza espiritual fue la que movió a Tiradentes, a Martí, a Sandino; esa fuerza espiritual de América es la que hay que levantar en estos años. Y el mundo del futuro es el mundo de una nueva espiritualidad. Les advierto que no renuncio a mis ideas filosóficas, pero no confundamos la filosofía con la vida real. La filosofía sirve para orientar, para dirigir, para conformar criterios. Pero esta nueva

espiritualidad de América será la que nos salvará. Y si no la tenemos nos hundiremos. Y esa plataforma de Santa Fe II trata de lesionar el programa cultural y espiritual que debe tener América. Y a ese programa cultural y espiritual hay que ir porque responde a los intereses de nuestros pueblos. Con ese programa cultural iluminemos los problemas de la deuda externa, iluminemos los problemas ecológicos, iluminemos los problemas de la carrera armamentista, iluminemos los problemas de la guerra atómica, iluminemos los problemas que plantea la sociedad moderna.

Con esa riqueza cultural y espiritual que tenemos en nuestra América, que tiene Brasil, porque Brasil es un país, una sociedad colosal que tiene todos los contrastes, que a veces son difíciles, pero es una sociedad tal que, hasta en la naturaleza, Brasil tiene todos los elementos: las montañas, la impetuosidad, la fuerza, el mestizaje cultural. Brasil tiene elementos de combinación de mestizaje cultural muy profundos; esa es la fuerza que tenemos. Les voy a decir que realmente lo que a nosotros nos interesa es relacionarnos con Latinoamérica y el Caribe, vincularnos con ustedes, y todo lo que afecte ese vínculo con ustedes y con los pueblos de América, nosotros lo rechazamos.

Cuba apoya el mercado común del cine latinoamericano. Existe la Fundación del Nuevo Cine Latinoamericano, presidida por García Márquez, en Cuba. Es una experiencia también importante, porque podemos tener fundaciones e instituciones de este carácter en América Latina.

32 [Los ministros de Cultura de América Latina y el Caribe por la integración de nuestros pueblos].⁴⁰

[Julio Domínguez: Dr. Hart Dávalos, tenemos entendido que usted se entrevistó con el ministro de Cultura de Brasil, José Aparecido de Oliveira. Quisiéramos conocer sus impresiones sobre esa reunión].

Efectivamente, tuvimos una cena ayer y estuvimos conversando sobre la Reunión de Ministros. Ya habíamos conversado bastante en La Habana y logramos una identificación completa. En realidad, los objetivos que él persigue son similares a los nuestros... También había hablado de este asunto con el presidente del Consejo de Cultura de México, Flores Olea, y con otros colegas, y tenemos similares criterios para darle a esta reunión el carácter de buscar pasos prácticos a favor de la unidad y de la integración cultural de los países de América Latina y el Caribe.

[JD: Y en cuanto a la reunión específicamente, qué asuntos van a analizar].

Nosotros nos proponemos, primero, ver si podemos llegar a..., no en la Reunión, pero sí dar pasos prácticos ulteriores para llegar a una carta de identidad cultural y moral de los pueblos de nuestra América, es decir, de América Latina y el Caribe. Eso, desde luego, no podría ser redactado aquí, pero sí podrían darse pasos relacionados con cómo pudiéramos redactar, más adelante, esa carta de identidad cultural y moral de nuestros pueblos.

También, pensamos que esta reunión no sea la única, sino llegar a crear un Consejo de Ministros de Cultura de América Latina que se reúna anualmente. Después, ese consejo podría, asimismo, promover fóruns, talleres de trabajo, establecer contactos con instituciones como ALADI y CERLALC para ver los problemas económicos relacionados con la cultura; establecer contactos con instituciones culturales, universitarias, personalidades en general. Porque queremos pasar por una etapa de reunión simplemente ministerial, a ver cómo podemos enlazarlos con el movimiento de las personas y las instituciones, de las instituciones y las personalidades de la cultura de América Latina y el Caribe, que son, en realidad, quienes crean la cultura en nuestro continente.

⁴⁰ Entrevista concedida por teléfono al periodista Julio Domínguez de Prensa Latina, en ocasión de la Reunión de Ministros de Cultura en Brasilia, el 9 de agosto de 1989.

[JD: ¿Se ha reunido usted con otras personalidades brasileñas o latinoamericanas en general?].

No, aquí tuve esta mañana una conversación, una charla que di en la Universidad de Brasilia, donde había un grupo amplio de profesores. Entonces, tuve una intervención allí sobre estos objetivos, sobre la política cultural de Cuba, pero, sobre todo, fundamentado en la necesidad de desarrollar programas culturales latinoamericanos y caribeños. Y, sobre todo, insistiendo en algo que vamos también a destacar en la Reunión, que es la necesidad de vencer los efectos que una civilización simplemente tecnológica ha tenido sobre la cultura. Ha tenido algunos aspectos que pueden ser favorables, pero ha primado en las últimas décadas, en el mundo en general, lo que yo llamaría un materialismo vulgar, tecnocrático, un pensamiento atrasado desde el punto de vista del desarrollo de las facultades espirituales y morales de la sociedad. Nosotros creemos que, en esta Reunión de Ministros de Cultura, es hora de resaltar los valores espirituales, morales y sociales de la humanidad.

[JD: Ministro, es interesante eso que usted comentaba de la posible creación de un foro de ministros del área. ¿Usted cree que también se va a tratar ahí la preservación de los patrimonios nacionales, por supuesto?].

En cuanto a la preservación del patrimonio cultural, se sabe que estamos bajo la influencia tremenda de los grandes consorcios internacionales en manos de los imperialistas, que influyen sobre los medios masivos, la radio, la televisión, el cine. Y tenemos que proteger, proteger nuestras culturas nacionales de la influencia de los grandes consorcios imperialistas. Para eso hemos llamado a todos los hombres honestos de América Latina y el Caribe.

33 [Luchemos unidos por hacer realidad la gran utopía de Simón Bolívar].⁴¹

La iniciativa de Brasil de convocar a esta primera reunión de ministros y dirigentes de cultura de la América Latina y el Caribe puede ser, si trabajamos con acierto, una decisión histórica. En cuanto a Cuba, coincide con nuestros anhelos y nuestros ya largos años de empeños por propiciar la estrecha unión de nuestros pueblos e intelectuales, encaminados a forjar lo que José Martí llamó la República Moral de América. La síntesis de culturas que es Brasil y lo grandioso de su naturaleza y sociedad, nos convocan en esta hora de América a agudizar la inteligencia, a incitar la imaginación y a hacer crecer nuestros sentimientos de solidaridad para decirles, con el corazón y con la mente bien claros y sin retórica superficial ni frases de rutina, que estamos en un momento excepcional de la historia de nuestra América —e, incluso, del mundo—, y que debemos todos los aquí reunidos poner un grano de arena en la unidad de nuestros pueblos.

En los años que vivimos se decide lo que será la humanidad y hasta si ella pervivirá en las décadas venideras. La América Latina y el Caribe tienen un deber sagrado que cumplir en esta hora singular y solo podrán hacerlo con decisión, con valor y con sabiduría; solo podremos hacerlo con cultura. Han quedado atrás los más diversos esquemas de derecha y hasta los de izquierda, que se fueron forjando a lo largo de las últimas décadas. Hoy solo cabe preguntarse: ¿puede la humanidad sobrevivir al crecimiento acelerado de la industria militar y a la guerra atómica? ¿Podrá hacerlo luego de un desastre ecológico continuado que afecta sensiblemente al medio ambiente? ¿Será posible continuar viviendo en paz por largos períodos sumidos en el hambre y la miseria, la insalubridad y la ignorancia que padece de manera creciente, la población de los países subdesarrollados? En tales situaciones, ¿estamos hoy viviendo en paz, o están, por el contrario, creándose las condiciones para que estalle una violencia más generalizada?

Las cifras inverosímiles de la deuda externa, la imposibilidad real y confirmada por todos de pagarla y su secuela natural, el empobrecimiento progresivo y cada vez más agudo de la mayoría de la pobla-

⁴¹ Discurso pronunciado en la Primera Reunión de Ministros de Cultura de América Latina y el Caribe, efectuada en Brasilia, entre el 10 y el 12 de agosto de 1989.

ción del Tercer Mundo, ¿quedarán sin una respuesta o sin una consecuencia más dramática aún? ¿Puede alguien pensar que todo esto va a quedar así como está? ¿Cómo será la vida del hombre después de que la desesperación, la miseria y el hambre conduzcan a los pueblos, sometidos a la deuda externa, a las convulsiones y estallidos sociales que tendrían lugar en las zonas más subdesarrolladas del orbe? ¿Y si todas estas realidades se combinan un día, y conducen a una cadena de hechos sin control, no acabaremos produciendo situaciones inmanejables, las cuales lleven a la humanidad civilizada del siglo xx a cavar su propia sepultura? La vida demuestra que algunos problemas socioeconómicos heredados provocan situaciones de descontrol, en las cuales no hay posibilidad de hallar fáciles soluciones.

Hay ejemplos dolorosos en la historia que muestran cómo, cuando quienes tienen la autoridad y el dominio no prevén soluciones adecuadas para los pueblos, se llega a la violencia. Una vez se dijo que la Revolución cubana era la que promovía la violencia en la América Latina. Hoy, treinta años después, podemos decirles, con serenidad y con honda preocupación por el futuro de América, que la violencia se gesta en los procesos sociales reales que ocurren en nuestro continente. Y si no se es capaz de una reflexión profunda sobre estos hechos, y si no tenemos la decisión de afrontarlos todos unidos, con un programa común de acción, las consecuencias pueden ser desastrosas para todos, los ricos y los pobres, aunque estos últimos tienen mucho menos que perder. Es, efectivamente, una hora de reflexión sobre la suerte de nuestros pueblos y sobre el futuro de la humanidad. Ya no es Cuba la que puede ser acusada de incitar a la violencia. Cuba solo advierte que los cambios vendrán y que quienes podemos influir sobre el futuro de América estamos en el deber de hacerlos viables y de lograr que cesen las situaciones cada vez más desesperantes para las masas.

Hace falta la luz de la cultura, de nuestra tradición, de nuestra historia latinoamericana, para iluminarnos el camino. Hagamos un alto, dejemos por un momento al lado las diferencias ideológicas que puedan separarnos y pensemos en todos los elementos de identidad y de cultura que tenemos y pueden unirnos. Las mejores ideas y los mejores esquemas serán aquellos que nos permitan enfrentar, en la América Latina y el Caribe, el presente y el futuro de forma unida. No hay para nuestros pueblos otra solución que la unidad. La hemos estado buscando por las vías políticas y se han realizado enormes esfuerzos, pero se han encontrado graves dificultades. La

hemos estado planteando por las vías económicas y, en especial, por el rechazo a la deuda externa, y no se han encontrado fáciles caminos de comprensión. *La planteamos ahora por las vías de la cultura y de la promoción y exaltación de nuestros valores artísticos, intelectuales y morales.*⁴²

Los grandes cambios sociales y políticos en la historia han ido precedidos siempre de transformaciones en el campo de las ideas. Unamos todos los esfuerzos de nuestros Estados y de nuestros pueblos para promover, en la intelectualidad latinoamericana y con los fundamentos de nuestras tradiciones, la reflexión acerca de nuestro presente y de nuestro futuro, sobre la base del respeto a nuestras identidades culturales nacionales y regionales. Recorramos este camino para abrirle paso al entendimiento, a la comprensión y, en definitiva, para que nuestro continente pueda desempeñar un papel en el mundo de hoy y de mañana. Se está hablando, en la actualidad, de la modernidad en el plano de la política y de la cultura. No hay modernidad genuina, de índole universal, si no entra en el debate y el análisis el papel de la cultura y de la tradición histórica de América Latina y el Caribe.

La política cultural y todas las concepciones de la política cubana están orientadas hacia ver cómo nos unimos más en este continente, sin prejuicios ideológicos, sin esquemas ni dogmas, sin «ismos» que limiten, sino, esencialmente, sobre el fundamento del respeto a cada país, de la exaltación de cada cultura y de la conciencia de que pertenecemos a una patria grande desde el sur del río Bravo hasta la Patagonia, que esta debe —y puede— desempeñar un relevante papel en el mundo contemporáneo. La cultura y su promoción no podrán resolver los problemas. Estos solo pueden resolverse por la voluntad unida de nuestros pueblos y Estados y, aún así, resultará difícil. Pero la cultura y su promoción pueden ser elementos claves para nuestra unión, y en especial, para ilustrar acerca de los rumbos a seguir, así como para fortalecer las fibras morales de nuestras sociedades sobre el fundamento de la dignidad, de la justicia, de la admiración eterna a los forjadores de nuestras naciones.

El valor de la presente reunión no está solo en que es la primera de este género realizada en América Latina y el Caribe, sino en la posibilidad que abre hacia objetivos superiores. Quizás no sean tan importantes los acuerdos que logremos para su aplicación inmediata, sino los que alcancemos para realizaciones de objetivos a mediano y

⁴² El énfasis es de la compiladora.

a largo plazo. Por ello, proponemos instrumentar medios prácticos hacia objetivos como los siguientes:

- Primero. Elaborar, en el futuro, una Carta de Identidad Cultural y Moral de nuestra América, a la cual puedan adherirse las instituciones y personalidades culturales de nuestra área.
- Segundo. Crear un Consejo Latinoamericano y Caribeño de Cultura que, presidido por la más alta autoridad institucional de carácter cultural de nuestros Estados, auspicie y apoye la organización de instituciones culturales de carácter internacional para el fomento de la cultura en sus diversos géneros.
- Tercero. Auspiciar, por el Consejo de Ministros de Cultura, la creación de un foro latinoamericano de la cultura, integrado por instituciones estatales y no gubernamentales del continente, que se reunirían y acordarían la colaboración y el intercambio de forma rotativa, buscando una plataforma cultural común.
- Cuarto. Organizar algún tipo de institución o fundación relacionada con la promoción musical, dado el valor universal de la música de origen caribeño.
- Quinto. Estudiar el intercambio de la información cultural.
 Proponemos que un grupo de especialistas del más alto nivel se reúna para facilitar ese estudio, después de un acendrado análisis que contemple el problema de forma integral.
 Ante el dramático y cada vez más agudo desequilibrio en el campo de la información y comunicación, debemos plantearnos un proyecto continental que refuerce la integración regional a partir de la soberanía nacional de cada país.
 Debemos revisar con urgencia, asimismo, las políticas nacionales y regionales en el ámbito clave de la televisión, el video y el cine, debido a que el centro de gravitación de la cultura está siendo asimilado por estos medios de información masiva.
 En el caso de Cuba, el problema llega a la agresión directa y a nuevas formas de subversión y desestabilización contra nuestro país. No es otra cosa que el proyecto de una emisión televisiva desde la Florida, organizado y aprobado por las dos últimas Administraciones norteamericanas.

Este proyecto representa una escalada agresiva de su contra nuestro país y viola todas las leyes de las emisiones radiotelevisivas aprobadas por los propios Estados Unidos en Ginebra.

- Sexto. Crear una Biblioteca Continental, que contenga los elementos básicos de nuestro pensamiento y nuestra cultura a lo largo de los siglos, a través de la obra de nuestros próceres y pensadores más relevantes.

El libro, la difusión de su saber cultural y tecnológico, son parte intrínseca de lo que debería ser nuestra «industria cultural». Para poder contrarrestar tendencias transnacionalizadoras, voces muy autorizadas de Europa Occidental señalaron recientemente: «a los Estados latinoamericanos no les queda otra posibilidad que intentar establecer, al más corto plazo posible, un mercado unitario latinoamericano del libro y apoyar económicamente la producción y distribución de sus editoriales y librerías». Debemos proponérselo.

- Séptimo. Preservar y revalorizar la identidad cultural de cada pueblo, principio rector en materia de política cultural.

Pero la protección de la identidad cultural no debe estar en antagonismo con la necesaria relación de la cultura de cada país con las del resto del mundo. «Injértese en nuestras repúblicas el mundo, pero el tronco ha de ser el de nuestras repúblicas», dijo José Martí.

- Octavo. Considerar el problema relativo a los recursos financieros y económicos requeridos para todos estos empeños.

Sugerimos que el Consejo Latinoamericano de Cultura que se cree, solicite la asesoría técnica del SELA y de la ALADI, así como a cualquier otro organismo especializado, para buscar caminos de solución prácticos a sus problemas. Podríamos realizar una reunión especial para este asunto.

Para la realización de estos propósitos hemos interesado la cooperación del director general de la Unesco, honorable señor Federico Mayor Zaragoza, quien prometió brindar el auspicio de esa importante institución a estos empeños.

Teóricamente, los problemas abordados aquí pueden tener solución si fuésemos capaces de unirnos todos. Mas, para lograr esta unidad, debemos reflexionar sobre un problema ideológico y cultural

que ha estado afectando nuestros vínculos espirituales. Me refiero a lo siguiente:

Todos hemos estado, de una u otra forma, influidos por tal o cual esquema, ajeno a la tradición de nuestra América. Ha llegado la hora de la verdad. Y en esta hora, Cuba subraya que un sentido materialista vulgar, propio de las civilizaciones tecnológicas contemporáneas, se impuso en la cultura de los países de más alto nivel de desarrollo material, se combinó con los elementos culturales más reaccionarios y egocéntricos y fue trasladado con su nociva influencia a través de los grupos privilegiados a nuestros propios países. Pueden ser diversas las causas. Y los sociólogos, historiadores y filósofos podrán estudiar o descubrir los fundamentos de esta tragedia, pero lo cierto es que la humanidad civilizada del siglo xx se cargó de un estrecho materialismo desprovisto del espíritu creador, innovador y transformador que posee, como su esencial virtud, la naturaleza humana.

Ningún sistema político permaneció ajeno a la influencia del materialismo vulgar, del economicismo, del desarrollismo, del pensamiento tecnocrático, que limitaron la cabal comprensión de los valores espirituales encerrados en la vocación y naturaleza social del hombre. Es más, ningún esquema ideológico y político vigente en el siglo xx se pudo mantener al margen de los conceptos superficiales y anticientíficos, según los cuales el hombre no era capaz de desarrollar altos valores espirituales y morales, o de promover ampliamente que estos tuvieran una influencia real en el curso de la historia. Marchamos hacia la última década del siglo conocido como el más civilizado de la historia. Marchamos también hacia la última década del segundo milenio de nuestra era y observamos a nuestro alrededor los efectos aterradores del economicismo, del materialismo vulgar y del predominio de tendencias que empobrecen el espíritu creador del hombre.

La humanidad del siglo xxi debe prepararse para tomar plena conciencia de que sus fuerzas espirituales y morales, así como la vocación del servicio social del hombre, son, precisamente, lo que en última instancia lo diferencia de los animales, lo que en última instancia nos hizo hombres. Esta fuerza espiritual y moral nos debe hacer ver hoy la tragedia del desamparo material en viven millones de seres humanos. La inteligencia y la cultura heredada deben hacernos comprender que este problema cardinal tiene que ser resuelto o todos seremos profundamente afectados.

Nosotros, los cubanos, hicimos una opción de aquella frase memorable de Martí: «con los pobres de la tierra quiero yo mi suerte

echar». En este sentimiento de justicia y dignidad está lo mejor de la cultura de América. Lo más elevado de ella se halla en su sentido profundo de lo heroico y en la idea de que trabajar por un mundo superior, en el cual el hombre no será lobo del hombre, es la única forma decorosa de vivir y de enriquecer nuestras vidas y hacernos más hombres. Esa es, pienso, la esencia de nuestra cultura, y en ese combate los cubanos hemos llamado a los ricos y a los pobres, para todos unidos enfrentar el porvenir. Hemos advertido a los ricos de las zonas más desarrolladas del mundo que, si no hay solución a los agobiantes problemas económicos y sociales que padecen nuestros pueblos, se producirán conflictos dolorosos y que solo pueden evitarse o aliviarse con una inmensa sabiduría.

Pero, es más, el propio desarrollo tecnológico y científico contemporáneo está exigiendo, a escala insospechada, la influencia creciente de los factores sociales, morales y culturales en la economía social. Aunque esto le parezca a algunos romántico, lo real es que el crecimiento económico, para ser integral y no anárquico, requiere de racionalización en la utilización de los recursos y debe tener una incidencia cada vez más marcada en el mejoramiento de la calidad de la vida, así como en la comprensión de que solo con una visión universal se pueden abordar los problemas de todas y cada una de las naciones del mundo. La civilización tecnológica y material que se ha creado adolece de profundas irracionalidades económicas, las cuales pueden llegar —o han llegado ya— a convertirse en freno para un paso hacia adelante.

Como el crecimiento viene impuesto por la ley de la economía, si esta no es orientada hacia objetivos morales y sociales altamente ventajosos para todos, devendrá —o ha devenido ya— un obstáculo que acaba teniendo enorme repercusión en la propia economía y sobre todo el sistema social. En especial, estas anomalías están provocando profundas deformaciones morales de grave incidencia política, las cuales pueden generar conflictos que muchas veces podrían evitarse. De ello puedo poner numerosos ejemplos concretos. Quizás uno de los más dramáticos sean, precisamente, los procesos de producción y comercialización de la droga, introducidos en el mercado llamado civilizado de Occidente, y que está creando situaciones de repercusión política imprevisibles. El problema se halla en que el desarrollo tecnológico y material debe estar orientado hacia la elevación de la calidad de la vida, que esta forma parte del propio nivel de vida y que debe engarzarse con la solución de los problemas económicos del Tercer Mundo o, mejor, de la inmensa mayoría del mundo.

Pero a tal comprensión solo se llega con la voluntad política, fundamentada en una visión profunda y de largo alcance, como solo es capaz de darla la cultura. Y los problemas de la calidad de la vida también tienen que ver esencialmente con la cultura. La presencia de la cultura en el desarrollo social viene dada por su influencia en el mejoramiento de la vida espiritual de la humanidad y se fundamenta en el principio sencillo, y de un valor imperecedero, enunciado, hace cerca de mil años, de que «no solo de pan vive el hombre». Esto es cada vez más evidente en el mundo contemporáneo. Es preciso, por una necesidad económica, facilitar el enriquecimiento espiritual y, por tanto, cultural. Pero es necesario, también, por razones éticas y culturales, incluso económicas, entender que millones y millones de hombres no tienen siquiera el pan, y que esto acabará afectando no solo a las víctimas sino también a los sistemas económicos responsables de tal situación. Incluso, si apreciamos más profundamente la cuestión, se trata también de un reclamo del desarrollo económico social contemporáneo.

El crecimiento económico de los países más altamente industrializados se facilitó por la vía de una ampliación progresiva del mercado. La economía de dichos países se fundamentó en el comercio entre ellos y se apoyó en la explotación del mundo colonial y neocolonial. Hoy, la ampliación del mercado con el Tercer Mundo podría convertirse en un factor dinamizador de la economía, pero para ello no puede vérselo exclusivamente como suministrador de materia prima; se requieren inversiones considerables de capital. Si se abren caminos para la creación de una fuerte base productiva en los países más atrasados y, en especial, en América Latina, se crearán nuevas posibilidades económicas mutuamente ventajosas, pero los esquemas económicos vigentes, los egoísmos nacionales y de grupo impiden arribar a una concepción moderna de los problemas que tiene planteada la economía mundial en su conjunto.

La solución de los gravísimos problemas económicos que actualmente afectan a los más diversos gobiernos debiera ser evidente para el hombre culto de nuestra época. No lo es para quienes toman las decisiones desde posiciones egoístas y tecnocráticas o para quienes tienen enlazados sus intereses económicos con la industria militar. No lo es para quienes promueven el comercio de las drogas o de producciones suntuarias en general. No lo es, tampoco, para quienes incitan el gasto caótico e indiscriminado de energía, que hoy tiene preocupados a los más esclarecidos científicos del mundo. Prevalece la irracionalidad y ello tiene un soporte cultural: una cultura egocéntrica

de prepotencia y de arrogancia se expresa en los países de más alto nivel de desarrollo. Es la cultura que subestima los valores espirituales y morales creados por los países de Asia, África, América Latina y el Caribe. Esta cultura egocéntrica no tiene en cuenta nuestra historia, nos trata con desprecio, centra todos sus valores en unas cuantas capitales de los países de Occidente. Propiamente, son los herederos modernos de los conquistadores europeos de los siglos xv y xvi.

En Europa se proclamaron, hizo este año dos siglos, los principios de igualdad, libertad y fraternidad. Esto fue un paso de avance. Pero la esencia del problema se halla en que quedó reducido a grupos de personas y a grupos de naciones. La gran utopía de Bolívar —sueño de hoy, ley de mañana—, la unidad de América, debe inspirarnos a luchar por la igualdad, la libertad y la fraternidad para todas las personas y para todas las naciones, pero no de manera exclusivamente formal y retórica, sino real y efectiva. Bolívar habló de que había arado en el mar. Sin embargo, el aró en la historia, y aquí debemos estar sus continuadores para abrir un camino nuevo, de raíz genuinamente americana, a la libertad y la independencia de nuestros pueblos.

Busquemos en la historia milenaria de América nuestros caminos propios, los de nuestra democracia, los de nuestra libertad e independencia real. Exaltemos esa historia y sus valores humanos y culturales, contenidos en la tradición de luchas por la libertad de Tiradentes, Bolívar, Túpac Amaru, Juárez, Sucre, San Martín, Artigas, O'Higgins, Sandino y Martí. Orientados por sus ideas y sus sentimientos, promovamos todas las manifestaciones de nuestro arte, ya sea en la literatura, en las artes plásticas, en el cine, en el teatro, en la danza, en las concepciones culturales, en las mejores costumbres, en la ética, en la moral, en las tradiciones de lucha por la dignidad humana, por la dignidad personal de cada latinoamericano y caribeño. Y hagamos con ello un fuerte haz para iluminar la solución de los más diversos problemas de nuestra vida. No hay más alternativa que la unidad o la muerte. No hay más solución que la de la vida, y la vida solo podrá ser válida con la unidad de nuestra América. Afirmémonos como latinoamericanos y caribeños y andemos por ese camino en un haz apretado, unidos como la plata en las raíces de los Andes, para recordar la frase de Martí.

En septiembre, conmemoraremos el centenario de la fecha en que el Héroe Nacional de Cuba anunció, en la Primera Conferencia Panamericana de Washington, los peligros que sobre América Latina caían con la expansión norteamericana. El desarrollo del siglo xx ha confirmado su visión. Los cubanos aspiramos a que se esclarezca cul-

turalmente el carácter y la profundidad de esos análisis. En fin, amigos ministros y dirigentes estatales de la Cultura, vayamos a lo nuestro, a los primeros pobladores de América, a quienes les siguieron después, a quienes iniciaron la lucha por la emancipación del yugo colonial europeo, y reflexionemos sobre nuestro pasado inmediato, nuestro presente y nuestro futuro, como la única manera de ser dignos herederos de la tradición espiritual y cultural de nuestra América y de responder a nuestros deberes universales.

34 [La unidad en Latinoamérica llegará por la vía de la cultura].⁴³

Desde la época de los fundadores y, especialmente, con el pensamiento de Simón Bolívar, la América Latina viene buscando las formas de unirse. La defensa de los intereses nacionales de cada uno de nuestros países no choca ni tiene por qué entrar en contradicción con la de los restantes. Este es un hecho de enorme valor porque, como se observa hoy mismo, en otras áreas del mundo, las guerras fratricidas, movidas por estrechos nacionalismos, han conducido a la violencia entre los pueblos. En la historia misma de Europa apreciamos cómo los enconos nacionales sirvieron para alimentar el camino de la muerte, las guerras y los conflictos de todo tipo. En cambio, la historia ha confirmado que nuestro nacionalismo o patriotismo consiste en defendernos contra las agresiones y las intromisiones de nuestros enemigos externos.

En los momentos actuales, podría decirse que ha llegado para nuestra América la hora de la unidad. O nos unimos, o una civilización ajena y agresiva, la del norte, arremeterá, cada vez de manera más cruenta, contra nuestros derechos, nuestras libertades y nuestra independencia.

La unidad se ha procurado y se puede continuar promoviendo así, por las vías políticas. Es un hecho alentador para nuevas posibilidades de entendimiento, comprensión y fortalecimiento de los lazos comunes. Las declaraciones en relación con la invasión norteamericana a Panamá, que formulara recientemente la Organización de Estados Americanos, señala también el cambio de los tiempos. Pero en Brasilia, hace solo unos meses dimos un paso importante, porque encontramos un camino para promover esta unidad por medio de la cultura. Para este mismo fin, ahora hemos viajado, en solo unas horas, de un extremo a otro de nuestra América, y llegado hasta aquí a Mar del Plata para conversar sobre este mismo tema.

Cuba, que siempre se ha sentido parte inseparable de América Latina, se esforzará para que el puente cultural establecido en Brasilia, ratificado en la Reunión de Ministros de Cultura del Grupo de los Ocho, en Caracas, y en Mar del Plata, se fortalezca y pueda continuar creciendo y extendiéndose entre los pueblos de nuestro continente.

⁴³ Discurso que pronunció en la Reunión de Mar del Plata, Argentina, en enero de 1990.

Por eso hemos venido a la hermosa Perla del Sur, a insistir en que la unidad que nace del respeto a nuestra diversidad, y al amor de nuestra historia común, es cuestión clave para resolver los problemas económicos y sociales que hoy mueven la atención de cada uno de nuestros países. No habrá posibilidad siquiera de abordar muchos de ellos si no procuramos, a su vez, la cooperación latinoamericana, y si no presentamos al mundo un programa de acción común.

Debemos salir del círculo vicioso en que muchas veces nos encontramos y promover la cooperación continental como la única vía de continuar hacia adelante. La humanidad contemporánea ha heredado una civilización tecnológica cargada de materialismo vulgar y de un feroz y despiadado pragmatismo. Esto, de un lado; de otro, y como contraste dramático, el crecimiento de la explotación y la miseria que en nuestro continente se revela con fuerza. Para vencer los obstáculos que ello interpone entre nosotros, apelamos a la historia cultural y espiritual de nuestra América que eleva la dignidad y el decoro del hombre a lo más alto y respetado.

En un mundo repleto de incertidumbres y de crisis de muy diversa índole, la unión entre nosotros es la única forma que tenemos de vencer las dificultades y de desempeñar nuestro papel en favor del equilibrio del mundo y para conquistar el porvenir.

Si José Martí dijo que no habría liberación en América hasta que no se liberara al indio, hoy podríamos también afirmar que no habrá paz, seguridad y libertad en el mundo hasta que no se libere a nuestra América de la explotación extranjera.

Si en Brasilia verificamos que estamos en un momento excepcional de la historia y abrimos un camino hacia la unidad por la vía cultural, hoy aquí, en Mar del Plata, debemos decir que la empecinada realidad viene a refrendar nuestras palabras con hechos dolorosos y sangrientos. No es posible decir nada más, ni nuestras deliberaciones podrían ser fructíferas, si no encaramos, como lo hemos hecho en las últimas semanas, un problema crucial: Estados Unidos, contra toda ley y norma de convivencia universalmente aceptada, cayó con fuerza brutal y de manera bien descarnada sobre un pequeño país de nuestra América, Panamá, para propinarle una nueva bofetada en el rostro a todo latinoamericano y caribeño que se respete. Porque no fue solo contra el pueblo de Panamá, sino contra todos los latinoamericanos y caribeños, que se ejecutó la criminal y anacrónica invasión a la patria de Omar Torrijos. Estos hechos criminales son un signo inequívoco de que tenemos la necesidad y el deber de unirnos.

Vayamos a los hechos reales que vivimos hace cuarenta años, en Guatemala; hace 25 años, en Santo Domingo; hace más de seis años en Granada, y hace ocho años en Las Malvinas. El bloqueo a Cuba, la agresión a Nicaragua, la presencia de la armada norteamericana junto a las aguas de Colombia, son expresiones modernas del imperialismo y confirman, en nuevos planos, el pensamiento de Bolívar, cuando dijo que Estados Unidos parecía destinado por la providencia a plagar a América de miserias en nombre de la libertad.

En Las Malvinas, en 1982, se probó el cinismo con que actúan los gobiernos de Estados Unidos, cuando proclaman, con desvergüenza singular, que la unidad de las dos Américas —la del Norte y la nuestra— era necesaria para enfrentar a potencias extracontinentales. Fue el Gobierno de Estados Unidos el que se alió a una potencia extracontinental —en este caso, Inglaterra— y apoyó la presencia de sus barcos y de su poderío militar en tierras que por derecho son, y de hecho deben ser, de Argentina. Durante décadas, Estados Unidos argumentó que todo lo que hacía contra Cuba era, precisamente, para evitar que una potencia extracontinental influyera en nuestras tierras —en este caso, la Unión Soviética.

Los acontecimientos han mostrado con claridad la verdad que todos los latinoamericanos conocíamos desde hace mucho tiempo, porque antes de la existencia de la Unión Soviética, las invasiones e intromisiones de Estados Unidos en nuestro continente ya estaban presentes. Hoy se hace evidente, de forma dramática, que se marcha a paso acelerado hacia un mundo monopolar. Se transita por el camino peligroso y lleno de obstáculos de que Estados Unidos se ve cada vez con las manos más desatadas para aplicar la política hegemónica de la Doctrina Monroe y el destino manifiesto.

Ha llegado la hora de estudiar, con todo detenimiento, la naturaleza real del imperio yanqui y sus formas modernas de penetración y dominio. Y esto podemos hacerlo fundamentados en las ideas que están en la historia cultural y política de América Latina y el Caribe. El poder hegemónico del brutal imperio yanqui nos está revelando, día a día, las verdades más profundas de los mejores pensadores y políticos de América Latina y el Caribe.

Resuena con su fuerza original, el pensamiento de José Martí cuando, en 1889, y a propósito del Primer Congreso Panamericano celebrado en Washington, señaló con previsión que:

Jamás hubo en América, de la independencia acá, asunto que requiera más sensatez, ni obligue a más vigilancia, ni pida examen

más claro y minucioso, que el convite que los Estados Unidos potentes, repletos de productos invendibles, y determinados a extender sus dominios en América, hacen a las naciones americanas de menos poder, ligadas por el comercio libre y útil con los pueblos europeos, para ajustar una liga contra Europa, y cerrar tratos con el resto del mundo.

Esto es lo que vivimos, y solo la ceguera o la timidez podrían evitar hoy que no tuviéramos la decisión unánime de unirnos. Nuestra unidad no es ya solo una noble aspiración, sino, también, una necesidad imperiosa e inmediata que el sentido común aconseja y la realidad política del mundo actual hace posible.

Quien pretenda que tiene derecho a errar, a no ver lo que sucede, no solo dejará de cumplir un deber sagrado con la humanidad en esta hora singular, sino que estará cavando su propia muerte física e intelectual y tendrá el desprecio de las generaciones que nos sucederán.

Solo cabe preguntarse: ¿podremos sobrevivir a las políticas de las cañoneras? ¿Algunos de nuestros países pueden considerarse al margen de esta política y de sus efectos? ¿Cómo se relaciona esta política con el crecimiento acelerado de la industria militar? ¿Cómo se vincula con la miseria, la insalubridad y la ignorancia que padecemos? ¿Cuáles serán los hechos, fuera de todo control, que la deuda externa puede originar? ¿Puede alguien afirmar que estamos hoy viviendo en paz o, por el contrario, están presentes todas las condiciones para una violencia más generalizada? ¿Puede alguien pensar que todo eso se va a quedar así como está? ¿Hasta cuándo se va a pretender pisotear y humillar nuestros más esenciales sentimientos latinoamericanos?

Es esta, efectivamente, una hora de reflexión y de acción inmediata sobre la suerte de nuestros pueblos, sobre nuestro más urgente futuro y sobre el futuro de toda la humanidad. Y si no somos capaces de reflexionar y actuar; si no tenemos la decisión de afrontar, todos unidos, un programa común, las consecuencias serán fatales para todos, para el conjunto de nuestras sociedades y todos sus estratos. Serán fatales para los ricos y para los pobres. Y estos últimos tienen mucho menos que perder.

Decíamos, en Brasilia, que hace falta la luz de la cultura, de nuestra tradición, de nuestra historia latinoamericana, para iluminarnos el camino. Hagamos un alto, dejemos a un lado las diferencias filosóficas y teóricas que puedan separarnos y pensemos en todos los elementos de identidad y de cultura que tenemos y pueden unirnos.

Solo con nuestra unidad continental, y con un programa político y económico que sustancie un nuevo orden internacional, podremos vincularnos eficazmente con Europa y con el mundo. Y solo con ello podremos, incluso, ser respetados por Estados Unidos. Este camino solo podremos recorrerlo con decisión, con valor, con sabiduría; solo podremos recorrerlo con cultura.

En una hora crucial como esta, frente al despliegue y la explosión de incultura del Imperio, debemos hablar más que nunca de cultura, enlazar y articular las diversas y multifacéticas formas de la cultura latinoamericana, llevarla a realizaciones comunes de mediano y largo plazo, sin dogmas, sin «ismos» que limiten y sobre el fundamento del resto a cada país, a su propia idiosincrasia e historia, pero con la conciencia de que pertenecemos a una patria grande, desde el sur del río Bravo hasta la Patagonia.

Ahora que tengo el honor de estar en la Argentina, permítanme un recuerdo especial que abrigo en mi mente desde épocas ya lejanas, un recuerdo cultural, un recuerdo ideológico, un recuerdo moral: el movimiento de las reformas universitarias de Córdoba, que repercutió en Cuba, en época en que el combatiente antiimperialista Julio Antonio Mella y los estudiantes de la Universidad de La Habana, en los años 20, incitaron también a las reformas académicas y, después, acabaron comprendiendo que estas no eran posibles sin las reformas políticas y sociales. Eran aquellos años en que el movimiento universitario del continente se vio influenciado por los procesos de reforma iniciados en Córdoba, y que se trasladó más tarde a amplias capas del movimiento intelectual latinoamericano. Permítanme recordar también que, desde los años 40, muchos estudiantes cubanos —entre ellos, y de manera especial, el joven estudiante Fidel Castro Ruz— combatían ya en favor de que Las Malvinas fueran argentinas. Hay algo que nos une, hay mucho que nos une.

Y para mí no es posible, y creo que se entenderá cabalmente por todos, hablar aquí, en Argentina, sin recordar el nombre de uno de los más ilustres latinoamericanos: Ernesto Che Guevara. No puedo pisar el suelo de esta patria sin dejar de mencionar su nombre, respetado por partidarios y adversarios, por todo hombre de honor, no importa de qué ideología. Porque ese nombre, inscrito para siempre en la historia de este continente, es también el símbolo puro de nuestra fuerza ética y moral.

Se ha dicho en estos días que Cuba ha quedado sola. Pero Cuba no está sola, está unida por lazos indestructibles a la América de Bolívar, Juárez, Tiradentes, O'Higgins, Martí, Artigas y San Martín. Pero

ha de decirse que Nuestra América sí está sola, enfrentándose a su único y fundamental enemigo. Pero en esta soledad de una América tan vasta, con tanta historia, estriba nuestra fuerza. Y esa fuerza se refleja en la riqueza espiritual y moral que hay en la síntesis cultural entre lo aborígen, lo que llegó de Europa, lo que llegó de África y lo que incluso llegó de Asia. Esta amalgama de pueblos, esta humanidad de doscientos millones de hombres y mujeres, tiene riqueza espiritual más que suficiente para enfrentarse a sus responsabilidades en el mundo de hoy.

Con esta fuerza espiritual y moral, libremos la pelea de nuestra unidad y de nuestro futuro. Obtendremos la victoria, que será un triunfo del género humano y que servirá al equilibrio del mundo. Por ello, permítaseme recordar un párrafo de José Martí sobre aquel argentino ejemplar, aquel americano excepcional que fue José de San Martín. Terminamos, pues, con palabras del Apóstol de la Independencia de Cuba, quien, en 1889, dijo textualmente:

...y al alba, cuando la luz virgen se derrama por los despeñaderos, se ve a San Martín, allá sobre la nieve, cresta del monte y corona de la revolución, que va, envuelto en su capa de batalla, cruzando Los Andes. ¿A dónde va la América, y quién la junta y guía? Sola, y como un solo pueblo se levanta. Sola pelea. Vencerá sola.

35 [América peleará sola y sola se levantará. El valor de la identidad latinoamericana y caribeña].⁴⁴

En este encuentro tan sencillo y tan emotivo, vienen a mi memoria los vínculos que siempre hemos tenido con México, porque aquí nos hemos sentido como en nuestra propia patria, sin exageración alguna.

Pienso que este evento, este encuentro de ustedes, en que ha participado un grupo numeroso del estado de Michoacán, y creo que también algunos del estado de México, puede ser un elemento importante para fortalecer eso que se ha hablado aquí, de los eslabones institucionales. Yo pienso que el desarrollo de un sistema de intercambios institucionales en distintas ramas de la cultura, y dentro de ellas, como un elemento esencial en la cuestión de la historia, es para la América Latina y el Caribe de hoy una necesidad práctica urgente, y tengo la impresión, la convicción, de que se está planteando como una exigencia y que están madurando determinadas condiciones para que los vínculos de América Latina en el campo de la historia, en el campo de la cultura, en el campo de las ideas, en los diversos campos de la vida espiritual, se vayan convirtiendo en una membrana institucional que nos sirva de coraza ideológica y moral a los enfrentamientos que tenemos y, en especial, a los que se nos avecinan.

Han ocurrido cambios en esta década del 80; quién duda que hayan ocurrido grandes cambios. Pero yo debo subrayar aquí que me siento latinoamericano desde que tengo uso de razón política, y, antes de tener cualquier pensamiento marxista me sentí siempre latinoamericano. Yo no sé si los europeos se sienten siempre europeos, así como nosotros nos sentimos latinoamericanos desde que tenemos uso de razón política; no sé si los asiáticos se sienten asiáticos desde que tienen uso de razón política, desde que se está en la enseñanza secundaria y universitaria, yo no sé, pero yo me he sentido desde joven y adolescente, latinoamericano, quizás por una influencia de Martí, por una influencia de muchos factores de tipo educacional, y por la interrelación que ha habido entre nuestros pueblos, y siempre nos hemos sentido latinoamericanos.

Por eso es que yo quiero hablarles aquí no como cubano, sino como latinoamericano, y estos cambios que se han producido en nuestro

⁴⁴ Versión de la intervención que realizó en el I Encuentro de Historia Regional Cuba-México, efectuado en la Casa de las Américas, el 20 de mayo de 1990.

mundo, algunos de los cuales pueden parecer verdaderamente paradójicos, a mi juicio, nos deben mover a una reflexión sobre la historia del pensamiento y la historia de las ideas latinoamericanas, caribeñas, y la historia que está por escribir y por concluir, inclusive, del siglo xx, de este siglo en que hemos estado viviendo. No sé si se ha apreciado ya, con toda profundidad, la significación política y la significación en el campo de las ideas, del hecho histórico de que el imperialismo norteamericano, y la Doctrina Monroe, que sirvió de sustento a la política norteamericana en cuanto a América Latina, han perdido toda posible argumentación; ha desaparecido toda posible argumentación, precisamente, con estos cambios.

[...]

Por primera vez estamos enfrentados a nuestra propia historia concreta, por primera vez el imperialismo ha carecido, carece de pretextos extracontinentales. Eso tiene su significación política, y su significación para abrirse paso el pensamiento y el ideario profundamente latinoamericano que, por diversas razones, fue reducido, distorsionado, limitado, fragmentado, por diversas razones.

Así que estamos ante lo que nosotros, como latinoamericanos, podemos hacer para enfrentar el problema del imperialismo, y ya, en este momento, se impone, efectivamente, un análisis histórico y una selección de todos los elementos históricos de nuestras naciones, de nuestras ciudades, de nuestras provincias, de nuestras localidades, y para enfrentar ese análisis y su importancia, debo decir que no ha de bastar con la identidad continental ni con la identidad nacional: es necesario asegurarla con la identidad provincial, local, municipal. Sobre esa política hemos insistido en Cuba y la exponemos aquí. Las identidades culturales no son solamente identidades de la nación; hay una identidad nacional de cada uno de nuestros países, hay una identidad continental, una identidad de nuestra América; hay identidades de localidades concretas y todas van componiendo la gran identidad de nuestros pueblos.

¿Qué importancia tiene esta identidad para ese enfrentamiento que tenemos? Hace tiempo escribí un trabajo, lo publicamos aquí en la prensa, en relación con el programa de Santa Fe II. Como ustedes conocen, se tuvo el programa de Santa Fe I, y después, con la administración de Bush, algunos elaboraron el programa de Santa Fe II. Yo estudié muy cuidadosamente ese programa de Santa Fe II, y la dirección principal de ese programa consiste en el quebrantamiento de nuestra identidad y de nuestra idea como nación. Es muy interesante ese asunto, porque al mismo tiempo que Estados Unidos agitaba en

Europa el nacionalismo, en América Latina chocaba, se enfrentaba al nacionalismo, cosa que merecería la pena estudiar desde el punto de vista social, económico, y de sus fundamentos, porque el nacionalismo en Europa —países que desarrollaron revoluciones burguesas o que tenían una base feudal o una tradición conservadora— es un nacionalismo orientado, dirigido hacia la derecha, y así llegó hasta el fascismo, hasta el nazismo, hasta el nacionalsocialismo alemán, hasta sus últimos extremos. En América, sin embargo, el nacionalismo se entendió de otra manera, y yo recordaba que he estado en congresos, eventos internacionales, en países socialistas, en diversos países, y yo hablaba de nacionalismo; algunos compañeros con posiciones revolucionarias se me acercaban y decían: por qué habla de nacionalismo, si el nacionalismo aquí se entiende [...] el nacionalismo es conservador.

Y yo me puse a conversar sobre eso, y como una cuestión de lenguaje, para esos eventos, empecé a hablar de patriotismo, como un problema de lenguaje, porque para mí, nacionalismo eran las nacionalizaciones del petróleo en México, con Lázaro Cárdenas; para mí nacionalismo era la gesta de Torrijos; para mí nacionalismo eran los enfrentamientos al imperialismo. En Europa el nacionalismo era otra cosa, conducía a otra cosa.

Estados Unidos estaba enfrentado al nacionalismo, porque nuestro nacionalismo ha sido de una defensa de la identidad continental, y, para nuestro concepto, hay un gran enfrentamiento cultural —siempre lo decimos en Cuba y lo afirmamos aquí— que se observa claramente en el programa de Santa Fe II, en sus matices, entre lo que pudiera llamarse la cultura de los círculos hegemónicos norteamericanos —fíjense que no digo la cultura norteamericana, porque sé también que en Estados Unidos hay cultura de origen popular, de base popular, con la que también nos interesa relacionarnos—, en fin, entre esta cultura dominante de los círculos gobernantes norteamericanos, la cultura que se expresa en la Doctrina Monroe del «destino manifiesto», y la cultura del pensamiento de Bolívar, del pensamiento de Juárez, del pensamiento de Martí, del pensamiento de los mejores próceres de nuestra América.

Es difícil encontrar un grupo de países en el mundo de hoy que tenga tal cohesión y tal comunidad de intereses culturales, es difícil encontrarlo. Si revisamos Asia, si revisamos África, si revisamos Europa, si revisamos un conjunto de regiones del mundo, es difícil hallar esta conjunción de cultura, de comunidad de idiomas, y de diversidad de idiomas también. Siempre recuerdo a aquella muchacha, de

facciones indias, que se paró a hablar en el evento de la deuda externa, y habló en quechua, y nadie entendía —inclusive, los compañeros que estábamos en la presidencia creíamos que se había presentado un problema de falta de traducción, porque estuvo hablando como cinco minutos en quechua—, y todo el mundo preocupado, porque creían que había habido un problema operativo con la traducción, y a los cinco minutos ella comienza a hablar correctamente en español. Era como para recordarnos a todos los que estábamos allí que había decenas de miles, millones de latinoamericanos, de gente que vivían en este continente, que tenían también otras tradiciones y otra lengua.

Este es un asunto que hay que tratar con mucha profundidad, y hay que tratarlo, en mi criterio, partiendo de los horrores de la conquista, y hasta que no se reconozca aquello, Europa no nos conocerá profundamente; hasta que la misma España no asimile aquello, no nos conocerá profundamente...

Creo que con la conquista pasó eso, un gran descubrimiento que después fue aprovechado por las clases más reaccionarias de España misma, y en vez de comprar, se dedicaron a robar. Y robaron en México, y robaron en Perú, y aquí aplastaron a los pocos indios que habían, los liquidaron [...] vivían en un estado primitivo, y se aprovecharon más fácilmente, pero robaron en toda América. Pero decía que España perdió con esto porque incluso a España, con la conquista, se le paralizó el desarrollo burgués.

España era, en el siglo xv, xvi, uno de los países más adelantados de Europa, tan adelantado que se lanzó hacia la búsqueda del camino de Las Indias con más acierto que otras regiones de Europa, de otros países de Europa. Era uno de los países más avanzados; había logrado la unidad, había desalojado la presencia árabe allí, había logrado una cierta cohesión.

[...]

Y en cuanto a la relación con México, ha sido para nosotros un país con un vínculo muy especial. No hay que olvidar que no es casual la circunstancia de que fue México el único Estado latinoamericano que se opuso en la OEA, al bloqueo y a la ruptura de relaciones con Cuba, y que mantuvo las relaciones con Cuba en los treinta años de Revolución; fue el Gobierno de México, no por una política de un gobierno, no era una política coyuntural, sino una política estratégica de México. No en balde México había sido el país donde triunfó una verdadera revolución con raíces autóctonas, con raíces nacionales; creo que, antes de la Revolución cubana, la única revolución triunfadora

que se consolidó con raíces nacionales, con raíces en el país, fue la Revolución mexicana, que influyó mucho sobre todos nosotros, a la que recordábamos como uno de los grandes acontecimientos históricos; siempre teníamos presente la Revolución mexicana, y más adelante, cuando ya la Revolución fue consolidándose, todo el proceso de la nacionalización del petróleo, Lázaro Cárdenas, la amistad que teníamos con él, todo eso influyó sobre nosotros.

Y de México tenemos un recuerdo, para nosotros sagrado, que es la presencia de Martí en México. No hay que olvidar que Martí vivió poquísimos años en Cuba; los 18 o 17 primeros años de su vida, y después unos meses que estuvo, después del Pacto de Zanjón, en 1879 y 1878, antes de tener que marcharse, y los pocos meses que vino aquí a combatir, y murió al mes y pico de haber llegado en la expedición con Máximo Gómez. Pero vivió en México, vivió en Venezuela, y vivió en Estados Unidos. Es sumamente interesante.

Y de México..., nosotros tenemos el recuerdo de la vida de Martí en México en la década de 1870, en aquellos años de formación de su personalidad, y tenemos el recuerdo también, sagrado para nosotros, de su carta a Manuel Mercado, su hermano mexicano, la última que escribió y quedó inconclusa, fechada el 18 de mayo de 1895 [...]

Piensa el yanqui en su euforia triunfalista y en su ignorancia colosal, que esta época va a transcurrir sin lucha. Hay un yanqui especialista del Imperio que habló del «fin de la historia»; creo que un montón de gente le salió al paso, después dijo que no había dicho el «fin de la historia», sino que [...] el hecho de que haya dicho el «fin de la historia», no quiere decir que haya dicho el fin de los acontecimientos; es un galimatías tremendo, acontecimientos desordenados... Claro, lo que pasa es que al pensamiento yanqui moderno no le conviene buscar el hilo de los acontecimientos.

Pero la historia no ha concluido, y la historia de América Latina tiene que ensartarse con la historia del mundo. No obstante, primero tenemos que mirar hacia nosotros y buscar nuestras raíces. Martí decía que América peleará sola, y sola se levantará. Entonces, vamos a pelear solos en nuestra América [...] En Cuba estamos en el borde delantero del enfrentamiento, pero se olvida el yanqui de que ese enfrentamiento no va a ser simplemente con Cuba; porque Cuba es un hueso duro de roer, y en este enfrentamiento con el imperialismo yanqui, nosotros tenemos el respaldo, el respeto de los pueblos.

En los recorridos que he hecho [...] estuve con 2 000 estudiantes y profesores de la Universidad de Caracas, estuve reunido con pe-

riodistas en Quito, estuve reunido con educadores, digo, promotores culturales en Mar del Plata, y yo decía: bueno, hay una campaña contra Cuba y, sin embargo, toda esta gente con preguntas difíciles, con preguntas de este tipo, con preocupaciones de diverso tipo, pero con un gran respeto... Entonces, hay dos verdades sobre Cuba: la que lanza el imperialismo y la que sienten los pueblos. Y la importancia de la que sienten los pueblos con respecto a Cuba, es que sienten que se trata de su propia defensa, porque un problema en Cuba, es un problema en América entera.

Así que vamos a unirnos más, vamos a estrechar nuestras filas, vamos a ver si en la reunión que tenemos en México podemos lograr una unidad más profunda. Vamos a seguir el trabajo de la Asociación de Historiadores, estamos promoviendo un análisis más amplio de los problemas políticos y culturales de América Latina. Creo que la reunión de México va a ser muy importante en esto, y me siento muy emocionado por haber estado con ustedes aquí, y en haberles expresado estos sentimientos, estas ideas, en la seguridad de que América Latina y el Caribe tienen que desarrollar hoy un movimiento de ideas y una búsqueda de ideas con bases hacia su historia, que puede hacer época en la historia de la humanidad.

36 La cultura en el proceso de integración de América Latina.⁴⁵

Hace unas semanas, invitado por la Universidad Nacional Autónoma —UNAM—, pronuncié una conferencia sobre el tema «El proceso de integración en América Latina». Me pareció que las ideas expuestas allí podrían ser útiles en el debate cultural que tiene lugar, o más bien que debe tener lugar, sobre los temas centrales de la cultura cubana.

El tema quizás no sea el más urgente a abordar por el Ministerio de Cultura en la Universidad, pero sí está en el marco de las cuestiones básicas de la cultura cubana cuyo análisis estamos interesados en promover. Insistimos en que lo que más nos interesa discutir en el seno de la Universidad, es sobre el papel del pensamiento político y cultural de la nación cubana en los momentos que vive Cuba, en esta encrucijada dramática de fines de siglo.

Los problemas y estudios de la cultura y del pensamiento deben debatirse desde nuestra propia óptica cubana y latinoamericana. Solo pasando nuestras ideas por el tamiz del pensamiento de nuestro país y de nuestra área en su evolución histórica, y enfocándolas en la trayectoria de nuestra propia práctica, podría llegarse a conclusiones que se acerquen a la verdad y a lo que resulte útil y necesario.

Hace unos días, Roberto Fernández Retamar pronunció unas palabras, en el ciclo de conferencias sobre Nuestra América que organiza el Centro de Estudios Martianos, que confirman, con gran información y detalles, la vocación latinoamericana del pensamiento cubano. Esta vocación es la que hay que afirmar en nuestras conciencias.

A quienes anden preocupados, en la Universidad, por las ideas políticas y sociales de nuestra época, o mejor, de nuestros dramáticos momentos, les aconsejo que, antes de emitir un juicio de valor sobre tal o cual idea, estudien el pensamiento político latinoamericano y la historia o evolución de Cuba y sus ideas. De otra manera, se llegará siempre a conclusiones superficiales o ineficaces. Este principio es válido para las ideas políticas, sociales, económicas, y para

⁴⁵ Texto de la conferencia que dictó en el Aula Magna de la Universidad de La Habana, el 30 de noviembre de 1990. Una versión de este texto fue publicada en una separata de los *Cuadernos Americanos Nueva Época* de la UNAM, basada en la conferencia que con anterioridad había brindado en la Cátedra Latinoamericana Simón Bolívar de la citada universidad mexicana, el 20 de septiembre de 1990.

la propia práctica en cualquiera de las esferas de nuestro quehacer revolucionario.

Aprecio, muy germinalmente, el resurgimiento de un pensamiento nuevo en diversos intelectuales del continente. En tales circunstancias, he creído útil transmitirles las palabras que pronuncié en México, para ver si es posible acabar de situar el debate intelectual en el camino que conduzca al enfrentamiento de nuestras realidades más inmediatas. Les transmitiré esas palabras y, luego, haré una breve conclusión para situarlas en nuestra más inmediata realidad.

Felicitemos al cuerpo diplomático latinoamericano acreditado en México y a la Universidad Nacional Autónoma de México por la iniciativa de organizar esta cátedra dedicada al estudio y análisis de los países de nuestra América. Saludamos al distinguido Maestro Leopoldo Zea, coordinador de la Cátedra, y a las destacadas autoridades académicas y culturales que nos honran con su presencia. Sería valioso que esta idea sirva de aliento para promover empeños similares en otros centros universitarios de América. En Cuba, me comprometo a sugerir a las autoridades de la Universidad de La Habana y al cuerpo diplomático latinoamericano allí acreditado que evalúen esta experiencia, que mucho puede servir para fortalecer el mutuo conocimiento e integración de nuestras instituciones docentes y culturales.

[...]

Hay quienes tienen un concepto estrecho del arte y la cultura, exclusivamente referido a las técnicas, modos y estilos estéticos. Hay quienes la reducen a una simple acumulación de información, y hay, incluso, quienes aprecian el fenómeno del arte y la cultura con un sentido frívolo de la vida, que la coloca en una comprometida situación ante la visión del pueblo.

Lo mejor del pensamiento latinoamericano no se perdió en las terminologías tecnocráticas al uso, ni en el teoricismo seudocultural, sino que se formó, y se orienta, hacia la investigación y la divulgación de las ideas políticas, sociales, morales y culturales que nacen de las entrañas de nuestros pueblos y de sus necesidades inmediatas y mediatas. No es lícito identificar a la cultura con una simple generalización situada más allá de su contexto social concreto, es decir, fuera de las naciones, grupos étnicos o de determinadas clases sociales. El concepto o idea de cultura, en cuanto a lo que hablamos y hemos venido insistiendo, se refiere a un país, región o área del mundo determinada, clase, grupo social o étnico. Un análisis o enfoque de la

cultura que no tome en cuenta la historia concreta de un país, área o zona del mundo, suele conducir a una abstracción ajena a la vida real.

El fenómeno latinoamericano consiste en el entrelazamiento de diversas culturas, y en que todas ellas, como conjunto, integran o deben integrar una identidad diferenciada en el mundo moderno. La originalidad de este hecho se halla en que es hoy en día la visión más amplia, democrática y universal. El ideario cultural latinoamericano y caribeño se nutre de esa universalidad y se enriquece en la savia del pueblo y en la raíz y vocación social de la naturaleza humana, que son las fuentes verdaderas de la sabiduría. Por esta razón, el arte y la cultura latinoamericanos pueden desempeñar un papel de importancia capital en la integración, y lo harán en la medida en que se esclarezcan los aspectos más importantes de la cultura política y social de América. Si esto permanece en la nebulosa y la confusión, no podrán influir en nuestras aspiraciones de constituir un haz de pueblos unidos e independientes.

No es con fórmulas europeas o norteamericanas, que durante años nos impusieron, como debemos esclarecer los puntos cardinales de nuestra cultura y, en especial, de la cultura política y del pensamiento social. No rechazamos lo que otros pueblos hayan contribuido al desarrollo de nuestras ideas, pero recordemos un sabio pensamiento de José Martí: «Injértese el mundo en nuestras repúblicas, pero el tronco ha de ser nuestras repúblicas». Y del tronco o la esencia del problema planteado vengo a hablar hoy aquí.

La cultura latinoamericana y caribeña, y específicamente la política, está contenida en el ideario de los mejores próceres de la independencia y en la lucha contra quienes han querido conquistarnos por las armas o explotarnos con los poderosos resortes de la economía. Recordemos un hecho cardinal expresado en la famosa frase de Simón Bolívar: «Estados Unidos parecen destinados por la providencia a plagar a América de miseria en nombre de la libertad».

El valor de la intelectualidad comprometida de nuestra América se relaciona con la mayor o menor profundidad con que abordaron, expresaron y analizaron este hecho colosal.

Las pretensiones hegemónicas sobre el hemisferio de los círculos dominantes en Estados Unidos, a lo largo de la historia, de un lado, y el espíritu independentista y latinoamericanista de los más elevados pensadores de la América irredenta, del otro, constituyen una contradicción de fundamentos económicos y sociales, que necesita ser

resuelta de una manera satisfactoria para vencer nuestras dificultades actuales.

En fin, el estudio del antiimperialismo y la unidad de América Latina constituyen requisitos esenciales para que el arte y la cultura de nuestro continente puedan desempeñar el papel que necesitan ejercer en el complejísimo mundo actual y del futuro inmediato o mediato.

La unidad se ha procurado, y se debe continuar promoviendo, por las vías políticas. La continuidad del trabajo del Grupo de Río es un hecho alentador, pues abre nuevas posibilidades de entendimiento, comprensión y fortalecimiento de los lazos comunes. La unidad también se ha intentado —y se desarrollan importantes iniciativas al respecto— por la búsqueda de caminos para la cooperación económica; pero esto se hace asimismo bastante complejo y tales procesos demoran tiempo en madurar.

Hace falta la luz de la cultura, de nuestra tradición y de nuestra historia latinoamericana, para iluminar estos caminos. Tal y como expresábamos en Brasilia, hace un año, debemos hacer un alto, dejar por el momento a un lado las diferencias filosóficas que puedan separarnos, y pensar en los elementos de identidad y de cultura que tenemos y que pueden unirnos. Las mejores ideas y los mejores esquemas serán aquellos que nos permitan enfrentar, en América Latina y el Caribe, el presente y el futuro de forma unida. No hay para nuestros pueblos otra solución que la unidad.

Los grandes cambios sociales y políticos han estado precedidos de transformaciones en el campo de las ideas. Debemos unir todos los esfuerzos de nuestros Estados y pueblos para promover, en la intelectualidad latinoamericana, y con los fundamentos de nuestra tradición, la reflexión acerca de nuestro presente y nuestro futuro, sobre la base del respeto a nuestras identidades culturales nacionales y regionales. Debemos recorrer este camino para abrirle paso al entendimiento, a la comprensión y, en definitiva, para que nuestro continente pueda desempeñar un papel en el mundo de hoy y de mañana. Para cumplir esta alta y noble aspiración ha quedado para siempre, como uno de los grandes principios de América, el postulado del benemérito don Benito Juárez, cuando dijo: «El respeto al derecho ajeno es la paz».

Se ha hablado de la modernidad e, incluso, de la postmodernidad, en el plano de la política y de la cultura. No hay modernidad genuina, de índole universal, si no entra en el análisis el papel de la cultura y la tradición de América Latina y el Caribe. Cultura sin esquemas

dogmáticos, sin «ismos» que la limiten y sobre el fundamento del respeto a cada una de nuestras naciones y de la exaltación de sus más genuinos y representativos valores. Cultura acerca de la conciencia de que pertenecemos a una patria grande, desde el sur del río Bravo hasta la Patagonia, y que ella debe desempeñar un relevante papel en el mundo contemporáneo.

La cultura y su promoción no podrán resolver nuestros agudos problemas sociales y económicos, ni nuestras diferencias políticas. Esto solo es posible vencerlo por la voluntad unida de nuestros pueblos y Estados. Pero la cultura, entendida en el sentido de que hablamos y sobre los fundamentos de la tradición latinoamericana, puede ser un elemento clave para nuestra unión y, en especial, para ilustrar acerca de los rumbos a seguir, así como para fortalecer las fibras morales de nuestras sociedades.

En América Latina y el Caribe, el pensamiento humanista que nos llegó de Europa alcanzó un contenido más real, concreto y universal. Nada más eficaz para comprobar esta verdad que trazar un paralelo entre las figuras sobresalientes de la Revolución francesa, de 1789, de un lado, y los hombres o las figuras extraordinarias de nuestra epopeya por la independencia. Si la Revolución francesa trae a la mente nombres como Mirabeau, Saint-Just, Danton, Napoleón y el más revolucionario de todos, Robespierre, la lucha independentista de nuestra América hace emerger figuras ejemplares y de alta dignidad moral, como L'Ouverture, Bolívar, Hidalgo, Martí, Sucre, San Martín, Juárez, O'Higgins, Tiradentes, Artigas y otros, cuya gigantesca talla histórica adquiere, precisamente, un carácter universal.

En moral, en política, en proyección histórica, en el arte militar, nuestros pueblos han dado un tipo de dirigente superior a los surgidos en el movimiento burgués europeo. Y esto fue así porque las ideas de libertad, igualdad y fraternidad de las revoluciones burguesas, regadas en tierras americanas, fueron fertilizadas, en la mente y en la acción de nuestros héroes, por las condiciones de explotación colonial, donde constituían aplastante mayoría los indios que vivían, y viven, al margen de la civilización; los negros, quienes fueron traídos de África como esclavos, y los campesinos y trabajadores del campo, quienes en número de centenares de miles sentían la doble opresión, nacional y social, de los amos extranjeros.

Fue así también porque en América se produjo una síntesis cultural de carácter universal, que les dio una más amplia visión del mundo a los hombres y mujeres de pensamiento claro y perdurable. Permítaseme presentar aquí, muy sintéticamente, un ejemplo de la

vida de José Martí, para que se aprecie cómo el ideario cultural latinoamericano, en el plano político, rebasa, con mucho, al liberalismo europeo.

Con solo dieciséis años, y luego de sufrir prisión en las cárceles españolas de la isla, Martí fue deportado a España. Aprovechó su estancia allí para realizar estudios superiores y promover un trabajo de divulgación y esclarecimiento acerca de la necesidad de la independencia de Cuba. En la metrópoli fue testigo presencial de un acontecimiento que aportaría valiosa luz a su formación revolucionaria: conoció el establecimiento de la primera República española, a la cual dedicó, en 1873, comentarios en un opúsculo titulado «La República española ante la revolución cubana». La perspectiva anticolonialista de nuestro Héroe Nacional adquirió un alcance y una capacidad de germinación muy significativos, en ello se evidenció su comprensión de que los ideales propagados por el liberalismo podrían estancarse.

La negativa de la República española de reconocer la independencia de Cuba, le mostró lo que para él fuera quizás el signo más ejemplarizante de las limitaciones liberales europeas. La República liberal de España mostraba, con respecto a la liberación de Cuba, una actitud conservadora. Esto llevó a Martí a afirmar que el espíritu podría verse turbado por lo que él llamó «el amor a la mercancía», o sea, por aquellos intereses económicos que limitaban el apoyo que inicialmente pensó tendría Cuba de España con el triunfo del liberalismo. En favor de la independencia de Cuba reclamó entonces a la República liberal española en nombre de un principio ético que él calificó como «la honra universal». Asimismo, en otra ocasión, señaló que «Patria es Humanidad».

El pensamiento liberal en la historia de América rebasó el ideario humanista de las democracias liberales europeas. Al menos en Martí —quien, desde luego, supera el pensamiento liberal— y en muchos próceres de nuestra independencia, el sentido de la cooperación internacional, de la solidaridad con los pueblos que luchan por su independencia y la comprensión universal de los fenómenos políticos, está muy presente.

Esta limitación para comprender la universalidad de los problemas de la cultura política todavía aparece en las acciones y en las ideas de muchos hombres representativos de Estados Unidos y de Europa. Incluso, aún hoy, en 1990, en las democracias representativas de Europa Occidental, corrientes importantes de la socialdemocracia no llegan a entender, cabalmente, la universalidad de los problemas del mundo contemporáneo. Por eso no se entiende a América Latina ni

al Tercer Mundo. «El amor a la mercancía», a que se refería Martí, sigue limitando el pensamiento democrático en los países donde surgieron las primeras revoluciones burguesas.

El pensamiento universal de la cultura latinoamericana es el que le permite comprender a todos los pueblos de la tierra y diferenciarlos de sus gobiernos. En Europa y Estados Unidos se ignora, o se pretende ignorar, la enorme cultura política de nuestros pueblos; podríamos decir que ellos piensan que el mundo se mueve alrededor de su aldea. No sabe el norteamericano de los círculos gobernantes, ni el europeo conservador, que en nuestra América irredenta hay una síntesis universal de cultura política, y que solo cuando sean capaces de entender su esencia ética podrían rebasar el horizonte tecnocrático y consumista que los limita a acercarse a un espíritu genuinamente humano. Estos bárbaros modernos están muy impregnados del instinto animal con que han explotado al mundo y están bien lejos del humanismo que, hipócritamente, levantan como bandera.

Somos nosotros, los latinoamericanos, quienes realmente estamos defendiendo la genuina esencia humana que hay en lo mejor de la creación espiritual y cultural. La cultura latinoamericana en medio de su diversidad y multiplicidad se presenta como una unidad específica de ideas, costumbres, hábitos y creación intelectual y artística. Por su vocación universal sabe distinguir y comprender las diferencias existentes en el seno de las sociedades que nos explotan, como, por ejemplo, la norteamericana, donde hay una tradición democrática de pensamiento liberal y de sana vocación universal en muchos de sus intelectuales. Los latinoamericanos sabemos distinguir, de un lado, a los promotores de la Doctrina Monroe y, del otro, los ideales democráticos de esa nación, donde existen amplias masas explotadas y discriminadas, y donde se ha estado produciendo, en estos años, un crecimiento inusitado de la población de origen latinoamericano, cuya consecuencia para el futuro es incalculable.

Sin embargo, la reacción en ese país, con el dominio del lenguaje, de los medios masivos de comunicación y de las técnicas publicitarias, muestra las imágenes de la realidad y muestra legítimas aspiraciones al inverso de su contenido real. Expresiones como Estado, democracia, libertad, derechos humanos, tienen para los ideólogos del Imperio un significado que, de hecho, se traduce en una restricción de la libertad, de la democracia y de los derechos humanos.

Sería interminable presentarles la inmensa relación de hechos que revelan la negación de la democracia y de los derechos humanos en Estados Unidos y, sin embargo, se presentan como sus defensores.

El pueblo y la intelectualidad mexicanos conocen bien esta historia, desde la época en que, en nombre de la libertad, se apoderaron brutalmente de la mitad de su territorio, hasta los días de hoy, cuando el Fondo Monetario Internacional impone trabas y límites al desarrollo independiente de nuestros países.

Podríamos recordar a los grandes disidentes de Norteamérica. Podríamos recordar a Charles Chaplin, podríamos hablar del asesinato de Martin Luther King. Podríamos mencionar que hoy, a una gran cantidad de cubanos no se les concede visa para visitar Estados Unidos, ni siquiera Puerto Rico. Podríamos, igualmente, hablar de la discriminación racial existente en Estados Unidos, y también de que, por disposiciones legales, se desapruueba el ingreso a ese país de numerosas personas de pensamiento democrático. Pero, en fin, como decíamos, sería interminable presentar un listado enorme de hechos antidemocráticos e inhumanos cometidos por las diversas administraciones norteamericanas. Se requeriría de un volumen similar a una gruesa enciclopedia para, solamente, exponer los crímenes, atropellos y actos inhumanos de los gobiernos estadounidenses.

Sobre el uso de las palabras, podremos, más adelante, mostrar ejemplos relacionados con la expresión «mercado libre» o «libre comercio» y la evolución de este problema. Pero, ahora, quiero subrayar que es necesario estudiar los documentos principales de los programas más reaccionarios de Estados Unidos. Porque en ellos está el carácter fascista que tienen ciertos elementos de la sociedad norteamericana. En el documento de Santa Fe II se insiste en oponerse a lo que ellos llaman «concepción estadista» en América Latina, es decir, negar el papel del Estado en nuestras sociedades. Dicho texto se presenta como negación al principio «estatista» y como defensa de los intereses de la sociedad. Sin embargo, habla con insistencia de que, en América Latina, Estados Unidos debe apoyarse en las instituciones que llama permanentes, los ejércitos y el sistema judicial, como si la esencia del poder del Estado no estuviera, precisamente, en las fuerzas armadas y en las administraciones judiciales.

Ellos se quieren apoyar en las fuerzas armadas y en las administraciones judiciales, y no en los gobiernos y en los partidos políticos, porque son estos últimos los que están más cercanos a la sociedad. Pero, es más, cuando las que llama instituciones permanentes, como el ejército, por su influencia de la sociedad entra en contradicción con el Gobierno de Estados Unidos, entonces se vuelven contra ellas. Y los ejemplos más elocuentes los tenemos en la oposición que le hicieron al gobierno militar progresista de Perú, en épocas

de Velazco Alvarado, y en el aplastamiento brutal de las Fuerzas de Defensa panameñas.

La debilidad del poder del Estado, que preconiza el documento de Santa Fe II, está en contradicción con los intereses más nobles de nuestras sociedades y con los ejes sobresalientes de los grandes procesos de cambio. El estado burocrático y militarista de las tiranías que ha sufrido Latinoamérica es una cosa, y el poder del Estado, cuando responde a los intereses del pueblo, es otra bien distinta. Pero sucede que el Estado dictatorial siempre estuvo en alianza con el Imperio. Algunos de los ejemplos más connotados fueron Batista, en Cuba; Somoza, en Nicaragua; y Trujillo, en Santo Domingo. En cambio, los gobiernos que han tratado de ejercer, a través del poder del Estado, una influencia progresista y de vincularse con la sociedad, como el de Lázaro Cárdenas, en México, o el de Salvador Allende, en Chile, se vieron acosados y en contradicción con los intereses norteamericanos.

En el propio documento Santa Fe II se nos llega a reprochar la defensa de nuestra identidad cultural e, incluso, a que elaboremos nuestra propia interpretación de la historia. El *statu quo* norteamericano pretende, nada menos, que censurar la interpretación histórica y la identidad de cada uno de nuestros países y de los pueblos de América como conjunto. De esto debemos extraer la conclusión de que la cultura latinoamericana tiene sólidos fundamentos para la transformación social y la liberación de la miseria y la explotación que sufren nuestros pueblos. De otra manera no se explicaría que el Gobierno de Estados Unidos atacara tanto nuestro nacionalismo. En Europa del Este alentaron el nacionalismo, porque tenía fundamentos conservadores. En América Latina irrumpen contra el nacionalismo, porque es expresión de patriotismo y de lucha por los intereses genuinos de las masas explotadas.

Otra interpretación, que demuestra la tergiversación del lenguaje, es cuando hablan del mercado libre y del liberalismo económico. La idea de un mercado libre, en esencia, expresa la realidad de un mercado esclavo. No obstante su reiterado fracaso, en América Latina se vuelve a insistir en la cuestión y se brinda como fórmula para resolver nuestro dilema. El problema se halla en que la tragedia económica y social de América ha estado enmarcada, precisamente, en el fracaso reiterado del liberalismo económico en nuestra área. Vayamos a la raíz de la cuestión, analicemos cómo nació y se desarrolló en ambas Américas, la del Norte y la nuestra, y qué contingencias se presentaron en la realidad.

La economía liberal creció en forma insospechada cuando no encontró obstáculos externos y cuando propició que se desencadenaran, sin trabas, las fuerzas productivas internas en diversos países. Esta es, por ejemplo, la historia de Estados Unidos en la pasada centuria y posteriormente, en la actual, ya con otro carácter, en que fue predominando la economía de monopolio. El potencial de riqueza acumulada a partir de las Trece Colonias y el impetuoso crecimiento de las fuerzas productivas no encontró obstáculos, y, cuando lo halló, fue capaz de superarlo. La economía liberal norteamericana barrió a las poblaciones aborígenes o las redujo a la impotencia. Sirvió de respaldo económico para la conquista de territorios mexicanos y se impuso en las grandes extensiones de lo que hoy es Estados Unidos. En un momento se apoyó en la esclavitud de los negros y, cuando esta se convirtió en un obstáculo, superó al sistema esclavista, lo cual, desde luego, constituyó un progreso y un paso de avance en la liberación humana; sin embargo, mantuvo a los negros en la discriminación y en las formas más violentas y humillantes de la esclavitud asalariada.

Sobre tales fundamentos económicos, en las décadas finales del pasado siglo, se fusionó el capital bancario y el industrial y comenzó la exportación de capitales. Se constituyeron, de esta forma, los gérmenes de lo que, a partir de la intervención norteamericana en la Guerra de Independencia de Cuba, se caracterizó como imperialismo o neocolonialismo. ¿De qué liberalismo nos hablan hoy en América Latina, si los grandes consorcios monopolistas limitaron e impidieron el desarrollo de nuestras fuerzas productivas, y le han creado, y le crean, obstáculos insalvables a un capitalismo independiente en el continente?

El propio pensamiento liberal latinoamericano, como fenómeno de cultura política, que es una de nuestras más sagradas memorias y de nuestras herencias espirituales, se vio cogido en la trampa que le interpuso el poder de los modernos financistas extranjeros, en alianza con los grandes terratenientes feudales, herederos, estos últimos, del viejo colonialismo. Porque, como decía, en Estados Unidos la economía liberal se desarrolló porque no tuvo interferencias externas, ni enemigos poderosos que impidieran su crecimiento. América Latina sí los tuvo, y los tiene, en el capital financiero internacional y en el dominio que, apoyado en él, ejercen, sobre los más diversos medios, institucionales de carácter político, educacional y cultural, y que se revelan, también, en el control monopólico de la información y en la conformación, por estas vías, de estados de opinión favorables a sus propósitos, encaminados a dividirnos, a balcanizarnos y a evitar nuestra acción conjunta.

La necesidad de defender como principio la autoridad de los gobiernos y las instituciones democráticas de América Latina es un prerrequisito de nuestra unidad para enfrentar al enemigo secular. En Cuba pensamos que el fortalecimiento de la autoridad del Estado, sobre fundamentos de una amplia democracia de participación popular, es el único camino que podemos seguir.

El fortalecimiento del papel del Estado en la economía y en la vida social debe ir, desde luego, acompañado de una ampliación creciente y participativa democracia. Tal fortalecimiento se integra en la tradición de cultura política latinoamericana, porque, como decía al principio, la contradicción esencial, en este orden de cosas, se halla en la que existe entre las ideas hegemónicas de los círculos más estrechos del imperialismo norteamericano y el ansia de unidad latinoamericana que nos viene desde la época de Simón Bolívar. Y debemos enfrentar esta contradicción con fuertes poderes gubernamentales que se sustenten en una sólida democracia de ancha base popular, no una democracia para la minoría selecta sino para todo el pueblo y las masas oprimidas. Estos problemas y los dramas que representan de profundo fundamento económico, tienen raíces y expresiones espirituales que estamos en el deber de estudiar en todos los campos de las ciencias sociales e históricas y, también, en las de carácter cultural en su sentido más amplio. Fortalecer el papel del Estado, así como ampliar constantemente la democracia y la participación del pueblo y todas sus capas en los procesos sociales y políticos, es la única disyuntiva posible en las condiciones modernas de enfrentamiento al imperialismo.

Observo con esperanza que en la América Latina de hoy se está procurando la búsqueda de caminos hacia una nueva izquierda que para tomar vigencia deberá vincularse a los procesos sociales reales y de ancha base popular que de forma emergente se presencian en diversos países más allá de la propia izquierda tradicional. Y esta, para ajustarse a los tiempos nuevos tendrá que ponerse al ritmo de tales movimientos sociales, muchos de los cuales tienen contenido o proyección de carácter cultural.

Es como una fuerza emergente en nuestro continente que se rebela como síntoma de un mundo revolucionario que lucha por nacer o irrumpir. O se les abre paso a los cambios que suponen una mayor participación popular y una más amplia satisfacción de las necesidades del pueblo, o estos buscarán sus propias soluciones de manera espontánea. Las convulsiones sociales que en ocasiones han tenido un carácter volcánico, los asaltos a los mercados por las masas ham-

brientas y desesperadas, las enormes votaciones de candidatos con programas radicales, las derrotas aplastantes de las derechas —como en Perú—, y otros muchos ejemplos, como el mismo homenaje multitudinario a Salvador Allende que observamos en Santiago de Chile hace solo una semana, y que repletó las calles de la capital chilena, son solo síntomas de una América nueva que, en los linderos ya cercanos del próximo siglo hará, de una forma u otra, con un estilo u otro, una presencia política más activa.

Las comunidades de pobladores, de campesinos, de cristianos, de trabajadores industriales y agrícolas, los laboriosos trabajadores de la educación popular —con quienes, por cierto, en Cuba hemos tenido diversos y muy hermosos encuentros—, que están en diversos países de este continente y que no se hallan fácilmente al alcance de las estructuras políticas vigentes, son ejemplos también de que la democracia, la cultura y la cultura política tienen una fuerza social de fondo que presiona y exige, a las direcciones de diversos gobiernos, a la búsqueda de soluciones económicas y sociales. Estas fuerzas están esperando, en diversos países, por la circunstancia precisa y por la vanguardia capaz de expresar su interés y orientarlas hacia la acción más coordinada. Es decir, o se le abre paso, por los canales de nuestras instituciones democráticas, a este proceso, o él mismo tomará sus propias y originales formas de actuar.

En fin, lo que estamos planteando los cubanos, y quiero que se nos entienda bien, es que la tradición latinoamericana más progresista requiere del fortalecimiento de la autoridad de los gobiernos, pero sobre fundamentos de una amplia democracia de ancha base popular. Lo que está planteando como política a América Latina el Gobierno de Estados Unidos es debilitar la autoridad de los gobiernos y las instituciones sociales y democráticas, fortalecer la de los monopolios y desarrollar la democracia más estrecha y formal.

Nosotros, los cubanos, y quienes piensan profundamente en el antiimperialismo en América, somos mil veces más demócratas que el más demócrata representante del Estado norteamericano. Ya ven ustedes que la tergiversación de las palabras y su interpretación tendenciosa, nos presenta como antidemócratas. Queremos más democracia, y en cuanto a Cuba, que ha escogido al camino del socialismo, estamos convencidos de ello, porque la teoría y la experiencia de la vida enseñan que el socialismo requiere de la democracia como el hombre exige del aire para vivir. Estos hechos económicos y políticos tienen relación con fenómenos socioculturales y nuestras respuestas culturales deben tenerlos en cuenta.

Tenemos que profundizar en la circunstancia de que, en este siglo, Estados Unidos desarrolló una compleja madeja de relaciones económicas internacionales y que ello le permitió, a su vez, un dominio sobre los medios masivos de comunicación y de promoción de las ideas y de la imagen artística. Ahí es donde la cultura de nuestra América ha de desempeñar un destacado papel de escudo, bandera y esclarecimiento de nuestros problemas y en la búsqueda de sus soluciones.

La prepotencia y el dominio en el cine, la radio y la televisión, y los diversos circuitos de comunicación, tenemos que enfrentarlos con un trabajo cultural, desarrollando nuestras propias instituciones multinacionales y promoviendo la cooperación entre nuestros países. Esta afirmación la formulé en Brasilia, donde se creó el Consejo Latinoamericano y Caribeño de Cultura. Así, se expresaron, también, los ministros del Grupo de los Ocho, en Caracas, cuando afirmaron que la cultura puede ser un vehículo de integración latinoamericana. Así se planteó, igualmente, en Mar del Plata, Argentina, en la Reunión de Ministros de Cultura. Así se está discutiendo y concretando en la reunión de México.

La política cultural, y todas las concepciones de la política cubana, están orientadas a encontrar y concretar vías de promoción y exaltación de nuestros valores artísticos, espirituales y morales. Por ello, apoyamos decididamente los proyectos y pasos ya encaminados para lograr la libre circulación de los bienes y servicios de este carácter; así como las medidas tendientes, como las propuestas en la ALADI y en estudio por el SELA, para facilitar la producción, transporte, distribución y consumo de estos, entendidas como acciones que constituyen la base de un Mercado Común de Bienes y Servicios Culturales y Educativos.

La cultura asume, cada vez más, un activo papel político en la preservación de la soberanía y la identidad nacional, amenazadas por la circulación incontrolada de mensajes transnacionales. La dimensión y diversidad de la influencia intelectual foránea —con el predominio ascendente de los medios audiovisuales— obliga a unir esfuerzos en proyectos comunes de animación y preservación de la soberanía, con una escala de acción nacional, regional e internacional.

En los años que vivimos se decide lo que será la humanidad y hasta si ella pervivirá en las décadas venideras. La América Latina y el Caribe tienen un deber sagrado que cumplir en esta hora singular, y solo podrán hacerlo con decisión, con valor y con sabiduría; solo podrán hacerlo con cultura. Han quedado atrás los más diversos esquemas

de derecha, y hasta los de izquierda, que se fueron forjando a lo largo de las últimas décadas. Hoy solo cabe preguntarse: ¿puede la humanidad sobrevivir al crecimiento acelerado de la industria militar y a la guerra atómica? ¿Podrá hacerlo luego de un desastre ecológico continuado que afecte sensiblemente al medio ambiente? ¿Será posible continuar viviendo en paz por largos períodos sumidos en el hambre y la miseria, la insalubridad y la ignorancia que padece, de manera creciente, la población de los países subdesarrollados? En tales situaciones, ¿estamos hoy viviendo en paz o, están, por el contrario, creándose las condiciones para una violencia más generalizada? Esto lo decíamos hace un año en Brasil; hoy, los acontecimientos del golfo Pérsico confirman nuestra preocupaciones, pues tienen al mundo al borde de un desastre de incalculables consecuencias.

Las cifras inverosímiles de la deuda externa, la imposibilidad, real y confirmada por todos, de pagarla y su secuela natural, el empobrecimiento progresivo y cada vez más agudo de la mayoría de la población del Tercer Mundo, ¿quedarán sin una respuesta o sin una consecuencia más dramática aún? ¿Puede alguien pensar que todo esto va a quedar así como está? ¿Cómo será la vida del hombre después de que la desesperación, la miseria y el hambre conduzcan a los pueblos, sometidos a la deuda externa, a las convulsiones y estallidos sociales que tendrían lugar en las zonas más subdesarrolladas del orbe? ¿Y si todas estas realidades se combinan un día, y conducen a una cadena de hechos sin control, no acabaremos produciendo situaciones inmanejables, las cuales lleven a la humanidad civilizada del siglo xx a cavar su propia sepultura? La vida demuestra que algunos problemas socioeconómicos heredados provocan situaciones de descontrol, en las cuales no hay posibilidad de hallar fáciles soluciones.

Hay ejemplos dolorosos en la historia que muestran cómo cuando quienes tienen la autoridad y el dominio no prevén soluciones adecuadas para los pueblos, se llega a la violencia. Una vez se dijo que la Revolución cubana era la que promovía la violencia en América Latina. Hoy, treinta años después, podemos decirles con serenidad y con honda preocupación por el futuro de América, que la violencia se gesta en los procesos sociales reales que transcurren en nuestro continente. Y si no se es capaz de una reflexión profunda sobre estos hechos, y si no tenemos la decisión de afrontarlos todos unidos, con un programa común de acción, las consecuencias pueden ser desastrosas para todos: los ricos y los pobres, aunque estos últimos tienen mucho menos que perder. Es, efectivamente, una hora de reflexión sobre la suerte de nuestros pueblos y sobre el futuro de la humanidad.

Ya no es Cuba la que puede ser acusada de incitar a la violencia. Cuba solo advierte que los cambios vendrán y que quienes podemos influir sobre el futuro de América estamos en el deber de hacerlos viables y de lograr que cesen las situaciones cada vez más desesperantes para las masas.

[...]

El proceso económico y social internacional marcha inevitablemente por los caminos del mercado a esta escala. Los frenos y condicionamientos financieros y de diversa índole que actualmente se les están imponiendo a nuestros pueblos afectan sus derechos económicos y su soberanía. Es imprescindible la unidad latinoamericana y caribeña para garantizar nuestros derechos tanto en el campo económico como en el político y el social, y para que no nos impongan trabas al desarrollo de la política soberana que de forma libérrima elija cada uno de nuestros países. Cualquiera que sea el proyecto social o económico que cada país escoja, América Latina y el Caribe no tienen otra opción que abordar de forma unida estos problemas en su diálogo o contradicción con las potencias del orbe. No hay otra alternativa.

Permítanme, para terminar, rendir homenaje emocionado a todos los estudiantes y universitarios de América Latina y el Caribe quienes, a lo largo de estas décadas, han librado colosales batallas en defensa de nuestros derechos y libertades. Desde finales de la segunda década del siglo, el movimiento de reformas universitarias, iniciado en Córdoba, Argentina, empezó a tener una enorme repercusión en los centros universitarios del continente. En Cuba, por la década del 20, también cobraron fuerza las ideas de las reformas universitarias, y pronto los más valiosos estudiantes y profesores comprendieron que no podría haber reformas académicas si no era con una transformación social.

Por ello luchó y combatió Julio Antonio Mella, asesinado en México hace sesenta años, por el imperialismo y los jenízaros de la tiranía que entonces padecía Cuba. Mella, quien es uno de los símbolos más altos del estudiantado cubano, batalló aquí, en México, por fortalecer la Liga Antiimperialista de las Américas y el combate social por la redención no solo de Cuba sino de todo nuestro continente. Y es que hay una fuerte tradición antiimperialista en lo mejor de las universidades latinoamericanas. Esta tradición, presente, desde luego, en el estudiantado y en la intelectualidad mexicana, hay que estudiarla y aprender de ella.

América Latina tiene que estudiar más aún la tradición que se expresa en los grandes movimientos de avance, como la Revolución mexicana y la vida y obra de sus próceres más ilustres, como el antiimperialismo de Sandino, como el pensamiento revolucionario del Che Guevara, como la combativa y valiente acción del presidente mártir Salvador Allende, como la herencia intelectual de Carlos Mariátegui, como la tradición de hospitalidad mexicana que hizo posible que un joven estudiante cubano, Fidel Castro, fuera acogido y se incubaran en la patria azteca los gérmenes decisivos de los cambios revolucionarios que llegarían a nuestro país con el yate *Granma*.

Se ha dicho en estos días que Cuba ha quedado sola. Pero Cuba no está sola, está unida por lazos indestructibles a la América nuestra. Ha de decirse, sin embargo, que nuestra América sí está sola, enfrentándose a un único un fundamental enemigo. Pero en esta soledad de una América tan vasta, con tanta historia, estriba nuestra fuerza y nuestra grandeza. Esta fuerza se refleja en la riqueza espiritual que hay en la síntesis cultural entre lo aborigen, lo que llegó de Europa, lo que llegó de África y lo que llegó de Asia.

Esta amalgama de pueblos, esta humanidad de 400 millones de hombres y mujeres, tiene riqueza más que suficiente para enfrentarse a sus responsabilidades en el mundo de hoy. Con esta fuerza espiritual y moral libremos la batalla de nuestra identidad y de nuestro futuro, así obtendremos la victoria que será un triunfo para el género humano y servirá al equilibrio del mundo. Por ello y para terminar permítaseme recordar unas palabras de José Martí sobre aquel gigantesco argentino, aquel americano excepcional que fue José de San Martín. Nuestro Apóstol dijo:

...y al alba, cuando la luz virgen se derrama por los despeñaderos, se ve a San Martín, allá sobre la nieve, cresta del monte y corona de la revolución, que va, envuelto en su capa de batalla, cruzando Los Andes. ¿A dónde va América, y quién la junta y guía? Sola, y como un solo pueblo se levanta. Sola pelea. Vencerá, sola.

Esto fue lo que dije en México. Ahora, he aquí mi conclusión final:

En los años 80, han ocurrido tres hechos importantes para la evolución del pensamiento político y social cubano: el primero, el proceso de rectificación, promovido por Fidel, que representó una crítica profunda al hecho de que, entre 1975 y 1985, se manifestó la tendencia, en nuestro país, de copiar experiencias ajenas, especialmente en el campo

económico. Esto se reveló también en otras esferas de nuestra práctica política y social, y representó un cierto alejamiento de la tradición en diversos planos de la vida cultural, educacional e ideológica.

Otro hecho fueron los sucesos lamentables que, en los últimos años, han tenido lugar en la URSS y en Europa del Este. Quienes conocemos, o hemos vivido parte de la historia de nuestras últimas décadas, podemos encontrarles una explicación dentro de nuestro hilo de pensamiento revolucionario a dichos sucesos. Pero entre los jóvenes que no hayan vivido esa historia, puede causar cierta inquietud, cuando no desilusión, el dramático desenlace de lo que en un tiempo se llamó socialismo real.

La sabiduría de Fidel le llevó a apreciar, con una gran preocupación, desde el principio mismo de este proceso, lo que estaba sucediendo. Debe decirse que los hechos dramáticos le dieron la razón y se muestra, como algo muy real, que aquellas preocupaciones eran justas. Pero, en fin, este fue otro acontecimiento que pesó sobre el pensamiento de los cubanos en los últimos años.

Un tercer suceso, ocurrido en los 80, fue el surgimiento de una nueva generación de jóvenes en el escenario intelectual y político. Se trata de una promoción nacida con la Revolución y que no conoció el capitalismo. Si a ello le agregamos el déficit del trabajo educacional, político y cultural producido como consecuencia, precisamente, de la influencia que pudo tener la tendencia a copiar experiencias ajenas, y que, incluso, la práctica demostró como ineficaces para los propios países donde se desarrollaban, podremos tener una idea acerca de nuestra situación.

Resulta necesario, para la educación política de los jóvenes, entrar en consideraciones de fondo en relación con la tradición revolucionaria cubana. Por esta razón, hace ya algún tiempo vengo insistiendo en el tema clave de la identidad cultural cubana y latinoamericana. He pronunciado, por ello, diversas conferencias analizando la cultura política antiimperialista presente en las figuras más sobresalientes de nuestra historia. Especialmente, hice un análisis de la cuestión a la luz de Emilio Roig de Leuchsenring.

Quiero repetir aquí lo que dije en un encuentro en el Centro de Estudios Martianos hace unos días, para organizar el centenario de los últimos cinco años de la vida del Apóstol. Dije entonces, y ahora repito, que nuestro trabajo en este quinquenio, en el orden de la cultura, vista esta en su sentido más amplio, debe estar presidido por dos conceptos fundamentales.

1. Volver radicalmente, en todos los aspectos de nuestras ideas y acciones, hacia la investigación y el estudio del pensamiento cubano, como medio de orientar nuestra práctica.
2. Promover el pensamiento cubano en sus relaciones con América Latina.

En síntesis, nuestro principio está en lo siguiente: afirmar nuestra vocación de marchar de lo nuestro nacional a lo nuestro latinoamericano y caribeño y a lo nuestro universal. La afirmación de nuestra identidad nacional, de un lado, y latinoamericana y caribeña, del otro, es la única visión que nos permitirá arribar a un verdadero pensamiento universal. Y esto es lo que fortalecerá y enriquecerá nuestra visión y claridad acerca de qué es el marxismo y qué es el leninismo. Solo así seremos capaces de una interpretación científica de la historia, por encima de coyunturas y accidentes, y solo así podremos orientar nuestra práctica concreta.

Los esquemas dogmáticos estuvieron presentes, como una pesada carga, en el diseño de nuestro sistema de dirección de la economía, tal y como lo aprobamos a mediados de la década del 70, los cuales se manifestaron en otras esferas de la vida educacional y cultural del país, y nos impidieron profundizar, más aún, en los valores que se expresan en la cubanía. Ustedes, jóvenes universitarios, para recoger lo mejor de la tradición cubana, tendrán que ayudar a superar estos déficits y fortalecer la vocación latinoamericana, tercermundista y universal de la Revolución cubana.

[...]

37 [La defensa de la identidad nacional es la defensa de la identidad latinoamericana y caribeña, y es el primer escudo de la independencia de nuestros pueblos].⁴⁶

En solo un año, los ministros y responsables de la política cultural de América Latina hemos debido convocar a tres encuentros, lo que demuestra el creciente interés por acentuar el papel de la cultura en la solución de los graves problemas que afronta nuestra área y, en general, su influencia en la concertación de voluntades para lograr la integración de los pueblos situados al sur del río Bravo, que están, por demás, unidos en una historia común bien conocida. Desde este espacio apoyamos el programa esbozado en la hermosa sesión inaugural por nuestro amigo Víctor Flores Olea, y en especial los objetivos comunes de esforzarnos, más allá de las diversidades, por encontrar nuevos caminos para la unidad en nuestra región.

Recuerdo con nitidez la primera reunión que se celebró en Brasilia, la segunda en Mar del Plata, Argentina, y ahora nos hallamos aquí, en la entrañable hermana tierra de Cuauhtémoc, de Hidalgo, de Juárez, de Zapata, de Lázaro Cárdenas y de aquellos que simbolizaron el heroísmo y las luchas contra las pretensiones de dominación y conquista extranjeras. Como símbolo de todos ellos, recordamos aquí, con emoción, a los Niños Héroes de Chapultepec.

Este pueblo mexicano, que derrotó y tuvo la decisión valiente de pasar por las armas a un príncipe europeo, Maximiliano de Austria, que en nombre de las pretensiones de la Santa Alianza quiso apoderarse de su tierra; este pueblo, que debió enfrentar entre los primeros de América la lucha a muerte contra el conquistador extranjero, está en el centro de los sentimientos y las ideas que Cuba quisiera estuvieran presentes en una Carta de Identidad Cultural y Moral Latinoamericana. Por eso, mis primeras palabras acerca del tema de esta Carta

⁴⁶ Palabras pronunciadas en la III Reunión de Ministros de Cultura y Responsables de las Políticas Culturales de América Latina y el Caribe, efectuada en México, del 19 al 21 de septiembre de 1990. En ese escenario agradeció muy especialmente la tradicional hospitalidad mexicana y resaltó el trabajo preparatorio desarrollado por el Consejo Nacional para la Cultura y las Artes de México, sus funcionarios y especialistas, y en particular destacó las eficientes labores llevadas a cabo, en tal sentido, por el amigo mexicano, el Lic. Víctor Flores Olea.

están muy relacionadas, y no puede ser de otra manera, con la lucha que los pueblos de América históricamente han librado contra quienes han pretendido, en diversas épocas, conquistarnos, colonizarnos y detener el curso de los procesos sociales y políticos independientes de nuestros países.

Nuestros pueblos, desde Bolívar hacia acá, han luchado por el sueño de la integración, expresado en aquel pensamiento de José Martí, cuando habló de la «República moral de América». Nuestra voluntad de integración se ha hecho hoy más fuerte, y diríamos que posible e indispensable. Nos unimos, o una civilización ajena y agresiva arremeterá, cada vez de manera más cruenta, contra nuestros derechos, libertades y nuestra independencia.

No es en balde que la independencia de Latinoamérica y el Caribe sea el principio irrenunciable de su identidad cultural. Independencia e identidad son el mismo rostro de una cultura mestiza que da vida común a los pueblos americanos a través de múltiples vínculos de carácter político, moral, ético y artístico. En uno de los documentos programáticos de la política norteamericana, el de Santa Fe II, se revela claramente que la cultura es uno de los principales escollos que tiene el Imperio para implantar su política de dominación en nuestros pueblos. No es casual el esfuerzo que este hace por minar, con todos los medios de coerción y propaganda, el patrimonio histórico y cultural de nuestros pueblos; de sembrar la discordia y la desunión con fórmulas económicas y políticas que tienen también su vehículo en falsos productos culturales y en modelos de vida y conducta ajenos a la realidad, la tradición y las posibilidades de nuestras sociedades. Por eso, uno de los más sólidos baluartes de la identidad y de la cultura está en la defensa de la independencia.

Independencia, identidad e integración son partes inseparables del proyecto americano. Son las raíces de la cultura que debemos defender y fertilizar si queremos contribuir a encontrar soluciones a los múltiples problemas que aquejan a nuestros países, y que son la expresión de una crisis mundial que se profundiza con consecuencias impredecibles. La labor de la cultura debe centrarse en promover sus raíces y sus valores espirituales y morales. Si se impusiera el criterio superficial de separar la cultura de la historia y de la contingencia social, estaríamos creando un divorcio entre la producción material y espiritual, entre la política y el desarrollo social.

La defensa de la identidad nacional es la defensa de la identidad latinoamericana y caribeña, y es el primer escudo de la independencia. La cultura latinoamericana tiene un fondo político incalculable,

porque cultura e historia nacieron unidas durante la formación de las naciones en su lucha por alcanzar la libertad y el progreso. No se trata del nacionalismo estrecho, sino de un nacionalismo que tiene como esencia intereses comunes crecidos al calor del enfrentamiento contra el despojo y la ignorancia, contra la injusticia y la pobreza. No es fortuito que los grandes hombres de Latinoamérica y el Caribe hayan encontrado eco en sus pueblos; no es porque hayan representado una u otra tendencia política, sino porque fueron genuinos continuadores de una tradición de lucha por los intereses de sus países. En nuestra América, la política ha sido válida cuando se ha fundamentado en esos valores, que se hallan en la conciencia de los pueblos y se expresan en su cultura. Las líneas esenciales de la Revolución mexicana, Sandino, el Che, Mariátegui o Allende, entre otros, expresan la política de nuestros pueblos. Y las viejas camarillas corrompidas, que se entregaron al imperialismo, se distancian de la mejor política de América.

Hoy nos vemos abocados a una situación internacional en la que nuestros pueblos han sido subestimados y condenados, una vez más, a relaciones de subordinación en lo que parece un nuevo reparto del mundo. La crisis no es solo económica y política, sino también cultural. Otra vez, vemos cómo, desde Estados Unidos y Europa, cierto discurso ajeno a nuestras realidades comienza a dictarnos esquemas sobre el desarrollo social, político y cultural. Igual que en otros tiempos, nos siguen vendiendo las ideas, y no faltan quienes hacen el negocio de un nuevo tipo de neocolonialismo. Nos venden muy cara la ilusión de que podemos alcanzar el desarrollo y la estabilidad social a cambio de asumir una modernidad tecnológica y organizativa, como la de ellos. Ya no pueden asustar con el fantasma soviético después de los cambios ocurridos en la escena internacional; pero ahora nos quieren adoctrinar con una ideología que socava los intereses de los pueblos, que socava la idea del Estado y pretende que sobre el poncho nos pongamos la levita. Sin embargo, los hombres de cultura tenemos que convocar a la conciencia nacionalista y patriótica para que la voz de Latinoamérica y el Caribe se escuche con la energía de la moral y la decencia.

Esto forma parte de una tradición de cultura política latinoamericana, porque la contradicción esencial en este orden de cosas se halla entre las ideas hegemónicas de los círculos más estrechos del imperialismo norteamericano de un lado, y la tradición de unidad latinoamericana y caribeña que nos viene desde la época de Bolívar. Este drama tiene raíces y expresiones espirituales que estamos en el

deber de estudiar en todos los campos sociales e históricos, y también en las de carácter cultural en su sentido más amplio.

La profunda crisis que vive el mundo en la actualidad nos revela, más que nunca, que los dogmas de diversa índole, que han atravesado el mar para llegar a nuestras tierras, en muchos casos lo que hicieron fue alejarnos de la historia y la cultura que compartimos, dividiéndonos en pequeñas parcelas donde se nutren mezquinos intereses económicos que, desde otras épocas, se oponían a la integración americana. Ha llegado la hora de enfrentar el dilema de ser o no ser, porque es la única manera de responder a los reclamos que hacen los hombres y mujeres de todos los sectores en nuestras tierras, por asegurarse la estabilidad, la paz y el decoro. Es una verdad palpable que esos hombres y mujeres, ante la expoliación y la inseguridad social, no dejan de organizarse en fuerzas emergentes para canalizar sus demandas al margen del Estado o en diálogo con este, convirtiendo las más elementales exigencias en contestaciones políticas de diversa naturaleza, las que hemos visto llegar a un punto culminante, en las espontáneas y anárquicas sublevaciones populares para tomar los alimentos de los mercados...

Esas fuerzas emergentes de nuestro continente se rebelan como síntomas de un mundo turbulento que lucha por nacer, o mejor, por irrumpir. Por lo que, o se les abre paso a los cambios que suponen una mayor participación popular y una más amplia satisfacción de las necesidades del pueblo, o ellos buscarán sus propias soluciones. Se engañan quienes piensen todavía que las soluciones para los diversos problemas que enfrenta nuestra América son de tipo tecnocrático. La realidad ha demostrado que la adopción de esas ideas ha llenado de espejismos la práctica social, política y cultural.

Ninguna región del mundo está en mejores condiciones para tomar plena conciencia de sus fuerzas espirituales y morales. Nuestros países, no obstante el subdesarrollo, tienen un enorme potencial cultural que necesita ser puesto en función del desarrollo social y como valladar a la influencia nociva que están ejerciendo sobre nuestras vidas las sociedades tecnológicas a través de los medios de difusión masiva. Ningún sistema político ha estado ajeno a la influencia degenerativa del pragmatismo con toda su secuela economicista, tecnocrática, que limita la cabal comprensión de los valores espirituales que se hallan en la vocación y naturaleza social del hombre. Es necesario que nuestros pueblos puedan sentirse parte de la comunidad cultural, parte del progreso y de un devenir histórico.

Para lograr la integración debemos reflexionar sobre este problema ideológico y cultural, que ha estado afectando nuestros vínculos espirituales y que es promovido por el imperialismo con la internacionalización que ha hecho de sus intereses, no solo económicos y políticos, sino culturales en su sentido más amplio. Hay que observar y meditar sobre el paradójico problema de que, a pesar de que el imperialismo es cada vez menos capaz de subvencionar el desarrollo de la región, sin embargo, ejerce, como nunca antes, una gran influencia sobre la vida, las costumbres, la moral y la ideología, gracias al aparato tecnológico de que dispone.

La supervivencia de nuestras sociedades depende de la capacidad para promover y desarrollar, mediante acciones concretas, los valores más sagrados que se hallan en la conciencia de los hombres y su cultura. No habrá integración hasta tanto no logremos rescatar y respetar esos valores afines con el destino ético común a la comunidad latinoamericana y caribeña.

Lo que está de por medio es la supervivencia de los pueblos y la necesidad de dar una respuesta coherente al problema común del desarrollo en relación con las características de cada una de nuestras naciones y los distintos órdenes sociales, sobre la base de los valores más auténticos que se fueron formando en la lucha por la libertad y el bienestar espiritual y material, si no queremos presenciar, a la vuelta de pocos años, cómo se deteriora la integración cultural, la democracia y la vida de estos pueblos, desde el sur del río Bravo.

Los hombres de cultura no debemos perder el sentido de la historia. La historia no ha terminado, ni la del pensamiento, ni la del arte y la cultura, como afirman los teóricos del Imperio; ni la de los hombres y mujeres con sus problemas y necesidades, porque ya sabemos que todo es una misma cosa. A la luz de la historia tenemos que ver que el camino no es el de las diferencias, sino el de las semejanzas, para poder aprovechar la riqueza espiritual y natural que permita defender y desarrollar las ideas más valiosas de la cultura latinoamericana.

Cuando se examina la historia latinoamericana y caribeña, se puede ver cómo la cultura y el arte suelen reflejar nuestros graves problemas e iluminar sus posibles soluciones. Y no solo esto, también tienen capacidad para unir voluntades, incitar empeños generosos y mostrar los caminos a seguir. Nosotros en América Latina y el Caribe, tenemos, desde las raíces mismas de nuestra historia, esta vocación de identidad, expresada con toda claridad en el pensamiento y en las aspiraciones libertarias de Bolívar.

Aunque, en determinadas ocasiones, algunos de nuestros países han guerreado por razones fronterizas o de otra índole, no es esta la línea esencial del pensamiento de los mejores revolucionarios latinoamericanos. No ocurrió así en otras regiones del mundo, como en Europa, donde las rivalidades nacionales y sociales, en el seno de un conjunto de países, fue muchísimo más aguda y llevó a terribles guerras fratricidas, a enconos irreconciliables e, incluso, condujo a la ideología nazi y fascista de la década del 30 y principios de los 40. Nosotros, salvo excepciones, no hemos guerreado por este tipo de móvil o, al menos, la trayectoria de lo mejor del pensamiento revolucionario de América Latina estaba, precisamente, en evitar estas disputas estériles.

Los revolucionarios de América Latina han guerreado, hecho política, diplomacia y cultura por intereses de otro carácter, en los que el nacionalismo se expresó como patriotismo y en los que va inserta una vocación de latinoamericanismo y universalidad. Por ello, en una oportunidad, afirmé que en mi país, en cuanto a cultura, marchamos de lo nuestro nacional a lo nuestro latinoamericano y caribeño y a lo nuestro universal. América Latina y el Caribe, para ser fuertes, tienen que confirmarse como una identidad independiente de cualquiera otra, sin más interés que el de nuestros propios pueblos y su vocación de universalidad.

Nexos y relaciones con el resto del mundo están en las sagradas memorias de nuestros próceres. Ninguno de los grandes de América pretendió constituir un haz de repúblicas para conquistar otros países, ninguno pensó edificar un imperio que dominara sobre el resto del mundo, ni en ser el centro del universo; y si tuvieron una noble ambición de universalidad, esta consistía en dar un ejemplo de repúblicas independientes, soberanas y amantes de la libertad, de la dignidad plena del hombre, de la democracia, del respeto irrestricto a los derechos de cada país y pueblo a escoger su propio rumbo.

A diferencia de otros países, nosotros sí podemos abordar la cultura con un criterio más abarcador, dejar de pensar en ella simplemente como un coto de técnicas y estilos artísticos, y creer en la cultura como el proceso del pensamiento y el espíritu latinoamericano que, en sus diferentes formas de expresión, ha producido valores morales, sentimientos, actitudes y costumbres que son comunes a nuestros pueblos y nos unen hoy, como en el pasado, en la acción por alcanzar la definitiva independencia. La cultura latinoamericana y caribeña es todo aquello que nos ayuda a ser mejores, todo lo que nos sirva para ser nosotros mismos; es el espejo que nos da la imagen con que existimos

y nos empeñamos en transformar la sociedad. Eso es lo que tenemos que defender y a eso tenemos que aspirar con cada una de las proyecciones que decidamos en este foro.

Ningún lazo, ningún acuerdo social, económico o político puede ser realmente auténtico y duradero si no tiene en cuenta esas raíces que se estrechan por debajo del mar, de los llanos, de las selvas y de Los Andes. Raíces de sangre, de amor, de desvelos, de ansias de ser. Nuestra misión es patentizar, desarrollar y promover estas raíces por medio de la acción institucional y con la colaboración de las personalidades que decidan incorporarse al proyecto en el espacio nacional y continental. Si logramos una mínima parte, estaremos haciendo una contribución histórica a la causa de nuestros pueblos, a la del Tercer Mundo y a la cultura universal.

Es cierto, el mundo ha cambiado radicalmente en los últimos años y diríamos en los últimos meses. Concluye una etapa de la evolución histórica del hombre, que se inició con la Primera Guerra Mundial y con el triunfo de la Revolución Socialista de Octubre en la Rusia zarista. Más de siete décadas han quedado atrás como una época concluida, pero que deja huellas y lecciones para todos aquellos que quieran crear, amar y vivir en los nuevos tiempos que se gestan. En el mundo que se dibuja y en las enseñanzas del mundo que ha cambiado, hay dos principios que resultan con gran vigencia: primero, el derecho a la soberanía nacional y a cada pueblo escoger su camino de acuerdo con su tradición y su propia historia; y el segundo principio se va desarrollando, muy germinalmente todavía, pero perfectamente observable, de que los pueblos de las diversas áreas del mundo deben buscar una comunicación entre sí y conformar una identidad regional.

La integración cultural no es una ilusión porque ella existe al margen de la voluntad política, pero hace falta fortalecerla con esa voluntad y revelarla, es decir, que forme parte de los actos de hombres y naciones frente al hegemonismo y las alianzas que aún nos quieran imponer un destino diferente al que está en la esencia de la tradición antiimperialista de América. Nuestra acción es política porque, en el fondo de la cultura que intentamos defender, están vivos los fundamentos del mejoramiento humano y la libertad; fueron estas ideas las que movieron la historia política, social, educacional, científica y artística en el pueblo y en todos los individuos que pensaron como latinoamericanos y caribeños.

En Cuba, nosotros estamos desarrollando un amplio movimiento de masas alrededor de la cultura y sus valores espirituales. Nuestra

cultura, forjada y desarrollada en el principio de la identidad nacional y por las ideas más progresistas y patrióticas en defensa de la nación, es un eslabón de la patria latinoamericana y caribeña.

Hemos dicho: «Socialismo o muerte», porque la historia real de nuestro país, su evolución concreta, condujo de forma natural y por la lógica de su desarrollo social, económico y político, a la opción socialista. No tenemos alternativa: o seguimos en nuestra acción específica el programa y la proyección socialista de la Revolución o podríamos llegar a perder nuestra propia identidad como nación. No se trata de un criterio ideologizante, se trata de una necesidad práctica ensartada con los hechos reales de la historia. En Cuba fue el imperialismo norteamericano, a principios del siglo que va concluyendo, quien impidió la existencia de un capitalismo independiente, creando una república neocolonial —la primera, por cierto, que existió en el mundo— y negando el valor de la historia patriótica cubana del siglo XIX. Así el país marchó a un enfrentamiento inevitable por la defensa del ideal nacional y patriótico que se identifica en la práctica con la definición del ideal socialista.

Es esta nuestra historia concreta, no la establecemos como un esquema inevitable para ningún país. Solo deseamos que se entienda que este es uno de los derechos soberanos que debemos garantizar, no solo por el bien de Cuba, sino por el bien de América. No se ha encontrado mejor definición de la paz que la expresada por el benemérito Don Benito Juárez, cuando dijo: «el respeto al derecho ajeno es la paz». Quisiéramos ver escrito este pensamiento en nuestra Carta de Identidad.

Todos, sin excepción, debemos pensar en los acontecimientos recientes y extraer sus lecciones si queremos trabajar para mañana; nadie está excluido de este deber. Y una de esas lecciones, en la que deseo insistir, es que los fundamentos o principios en que se basaba la Doctrina Monroe en relación con las amenazas de potencias extrac Continentales para este hemisferio, precisamente de las europeas, ha desaparecido hasta como argumento. Un argumento falso y tendencioso, que ya no tiene ni siquiera racionalidad alguna en el mundo contemporáneo. Ahora América Latina tiene que pensar, y pensar muy bien en sí misma, en sus problemas, y en cómo abordar la cuestión de los enemigos que sí existen en este hemisferio. Cuba lo sabe bien, no han desaparecido, pero a esas amenazas que se muestran por doquier, con los más sutiles disfraces o de forma descarnada y agresiva, solo podemos responder con unidad, coraje e inteligencia.

En una ocasión Fidel Castro afirmó en relación con amenazas a nuestro país, que no nos faltaría el valor ni la inteligencia. Me parece que este problema está planteado en todas nuestras patrias. A América Latina y el Caribe, unidos, no deben faltarles el valor ni la inteligencia. Si nos unimos, nos respetarán más, podremos dialogar con mayores argumentos y con más profundos fundamentos de razón. Desunidos no valdrán los argumentos o no tendrán peso o la influencia necesaria. Un estadista de nuestra América dijo, hace algunas décadas: «el siglo xx concluirá con América Latina unida o dominada». Este es, realmente, nuestro dilema.

El mismo dilema que tuvieron planteado, en las difíciles condiciones de su bajo nivel de desarrollo técnico, nuestros más antiguos abuelos, va a hacer ahora quinientos años, es el que se le presenta a la América Latina y caribeña en los umbrales del tercer milenio de nuestra era. Si vamos a recordar aquellos acontecimientos de 1492 sería para extraer lecciones en 1990. De otra manera, ¿qué valdría el recuerdo? Y si vamos a hacerlo, debemos realizarlo sobre fundamentos científicos y de principios éticos y morales. Hay que extraer lecciones de la historia, y lo primero es el derecho y el deber irrenunciables de América Latina y el Caribe de expresar su propio criterio. En el punto de la agenda dedicado al V Centenario, abordaré la posición de nuestra delegación.

Nuestra América tiene cultura para enfrentar este reto. A nuestra América no le faltará el valor y la sabiduría para convertir en realidad el gran sueño y la hermosa utopía de nuestros padres fundadores. Luchemos por estos nobles ideales.

38 [Desde que tengo uso de razón me siento latinoamericano].⁴⁷

Bueno, en primer lugar, saludarlos a todos ustedes. [...] La política cultural cubana es la expresión de la política cubana, y la política cubana pasa, necesariamente, por América Latina y el Caribe.

[...]

Recuerdo que en el año 71 —creo que fue cuando estábamos en Chile—, se habían producido ya ciertos acercamientos de Cuba con América Latina. Había triunfado el gobierno de Unidad Popular en Chile, con Allende; estaba, también, el gobierno de los militares progresistas, de Velasco Alvarado, en Perú; creo que también, en esa época, estaba el asunto de Torrijos. No recuerdo exactamente la fecha, pero alguien le preguntó a Fidel si la política exterior de Cuba había cambiado. Y Fidel contestó que lo que había cambiado era el exterior de la política de Cuba.

La política de Cuba, como la política cultural, ha sido siempre la misma en esencia y, cambiando en determinadas coyunturas específicas, pero siempre ha pasado por la búsqueda de la unidad de los pueblos de América Latina y el Caribe. Y en cuanto a la cultura, desde un principio hubo un diseño claro en una expresión que utilizó Fidel, en 1961, en un encuentro con un grupo de intelectuales, en el que se debatió ampliamente la política cultural. Fidel dijo: «Dentro de la Revolución todo, contra la Revolución nada». Esa es una política que ha permitido una amplitud enorme, porque la Revolución permite una amplitud enorme. Lo que no permite amplitud es, precisamente, la contrarrevolución y la negación de la Revolución.

Si me preguntaran cómo se refleja la política exterior, esa que pasa por América Latina, en relación con la política cultural, diríamos que toda nuestra política cultural tiene su hilo conductor, su esencia más profunda, en el pensamiento de Martí, de nuestra América. Ahora, precisamente en enero, conmemoraremos cien años de un memorable trabajo de Martí titulado *Nuestra América*, que es piedra angular de su pensamiento. Por eso nosotros hemos dicho que, en cuanto a política cultural, vamos de lo nuestro nacional hacia lo nuestro latinoamericano

⁴⁷ Versión de las palabras que pronunció en el encuentro con los participantes en el seminario auspiciado por la UPEC sobre Identidad Cultural, celebrado en la Casa de las Américas, el 24 de noviembre de 1990.

y caribeño y hacia lo nuestro universal, y nos sentimos parte de América Latina y el Caribe.

Creo que muchos de los errores y confusiones que hay con respecto a evaluar la política cubana y la política cultural cubana está en no entender cabalmente que el centro de nuestros problemas se hallan en ver cómo nos articulamos con América Latina y el Caribe.

En esto, [...] la Casa de las Américas desempeñó un papel muy destacado en la relación con la intelectualidad. Ya en la década del 70, a mediados de ella o al principio, empezaron a abrirse posibilidades de nuevas relaciones con gobiernos de América Latina. Hoy mismo, se abren muchos vínculos y muchas relaciones oficiales con diversos países. Apreciamos que, en América Latina, hay gobiernos que quieren mantener relaciones, vínculos con Cuba.

Esto se refleja en la política cultural cubana. Hemos tenido, recientemente, algunos eventos importantes en América Latina. Nunca los ministros de Cultura de América Latina se habían reunido. Lo habían hecho los de Economía sin muchos resultados, los de Relaciones Exteriores tampoco habían logrado muchos resultados. Pero por fin logramos que, en 1989, nos reuniéramos por primera vez los ministros de Cultura de América Latina, en Brasilia. Seis meses después nos reunimos en Mar del Plata, Argentina, y después, más recientemente, nos hemos reunido en México. La próxima reunión será en La Habana. Eso es en el aspecto oficial, para coordinar acciones conjuntas. Pero lo más importante no es eso, lo más importante es el diseño de una política cultural que abra vías de comunicación, vías de relaciones con las instituciones latinoamericanas: con las universidades, los centros de estudio, etc. Es decir, que haya comunicación y vías con el conjunto de instituciones culturales universitarias de América Latina.

Para lograr trabajar por la identidad cultural latinoamericana, que tan necesaria es en estos momentos, en el campo de la economía es muy difícil lograrlo aunque se den pasos, en el campo de la política es difícil también; pero en el campo de la cultura es mucho más factible promover una relación estrecha a través de vínculos con las instituciones, con los centros universitarios, con las instituciones culturales, con la intelectualidad, con los estudiantes, con los movimientos populares que tienen fundamentos culturales. En el pasado, la Casa de las Américas hizo todo esto, sobre todo con la intelectualidad, pero hoy ya hay otras condiciones. Debemos hacerlo no solo con la intelectualidad, sino con los movimientos populares, con los centros intelectuales, con las instituciones docentes, etc., sobre el fundamen-

to de procurar, por la vía de la cultura, un acercamiento profundo. Porque ese es el escudo principal que tenemos delante frente a la agresión imperialista hacia el continente, la cual se manifiesta de mil maneras, y no tengo que hacerles aquí una información al respecto porque ustedes la conocen perfectamente.

Todo el interés de los programas más conservadores de Estados Unidos está dirigido contra la identidad y la identificación cultural de nuestros países. Incluso, está dirigido a un concepto hegemónico para todo el hemisferio. Y todo nuestro interés y nuestro objetivo están dirigidos a ver cómo podemos procurar los lazos, los nexos con América Latina y el Caribe. Nosotros nos sentimos latinoamericanos desde antes de sentirnos marxistas, comunistas; desde mucho antes, desde que tengo uso de razón me siento latinoamericano. Creo que el desarrollo de un vínculo por la vía de la cultura no puede resolver los problemas, pero puede ayudar a iluminar soluciones y, sobre todo, a fortalecer las fibras morales de nuestra unión continental. Ese es el centro, o uno de los centros, de la política cultural cubana.

El otro es facilitar una amplia participación popular en el país, y les puedo hablar de esto si están interesados, acerca del trabajo en la cultura. Podemos conversar y hablar de esto con mucha fuerza. Además, una cada vez más amplia libertad creadora en los artistas, en los escritores, para expresarse. Nosotros luchamos contra los dogmas, contra los esquemas que quisieron imponernos en un momento determinado. Pero en la política cultural se hizo un programa de la más alta libertad creadora y hemos podido desarrollar una diversidad de géneros artísticos con gran fuerza. Ahora queremos volcarlo hacia América Latina, ver cómo lo hacemos y, a su vez, inyectarnos, estimularnos con el pensamiento nuevo que se gesta en América Latina. Tengo el criterio muy firme de que en América Latina se está gestando un pensamiento de una nueva izquierda, aunque todavía muy germinalmente. Pero se está gestando una nueva izquierda que va contra todos los cánones de la derecha y de la izquierda tradicional, que va contra todos los viejos esquemas.

[...]

Y con esta América Latina queremos unirnos, queremos estrechar filas y creemos que la vía de la cultura es una de las vías más profundas, más serias, más rigurosas y de mayores posibilidades en el futuro inmediato.

[...]

Ahora, sobre que Cuba sea faro y luz de esperanza, le voy a decir algo: me emociona mucho eso, nos compromete mucho eso, nos ha comprometido siempre. Le voy a decir una cosa: la esperanza son ustedes.

[...]

La verdadera segunda revolución que nosotros tenemos que hacer es la integración con América Latina en las condiciones de Cuba, que es un país socialista, y debe relacionarse con un continente que no es socialista. No vamos a renunciar al socialismo porque sería renunciar a nuestra nación, renunciar a nuestra nacionalidad. Además, ¿para qué vamos a volver al capitalismo? ¿Quién impidió que en Cuba se hiciera capitalismo?

El que impidió que en Cuba se hiciera capitalismo fue el imperialismo. En Cuba nunca hubo un capitalismo independiente. ¿Quién paralizó el desarrollo capitalista en América Latina? Si es que los norteamericanos no nos han dejado ser ni capitalistas. Hablan del libre mercado, hablan del sistema capitalista, pero ¿por qué se desarrolló el sistema capitalista en Estados Unidos? Porque no tenía enemigos externos. En el siglo pasado, aplastaron a la población aborigen y explotaron el sistema del mercado, el sistema capitalista. A fines de siglo se produce la concentración de capitales, y durante todos estos dos siglos no han dejado que América Latina sea capitalista. Porque ellos no tuvieron enemigos externos, pero nosotros sí tenemos enemigos externos: nosotros tenemos al imperialismo, tenemos al Fondo Monetario Internacional.

[...]

Este país nunca ha estado aislado, ni aún en sus peores épocas. Es más, este es un país de una vocación internacional enorme. Nosotros tenemos, prácticamente, dos siglos de nación; desde que se empezó a gestar hace más de dos siglos, hasta que se forjó como nación a mediados del siglo pasado. Nuestros tatarabuelos, bisabuelos y abuelos vinieron de fuera. Nosotros no somos un país de una larga historia, de muchas generaciones. Decía Alejo Carpentier que los cubanos éramos una etnia de diversas nacionalidades, pero que todos habíamos descendido de los barcos. Tenemos una vocación internacional, somos una isla, no tenemos pretensiones hegemónicas ni podemos tenerlas por la dimensión de nuestro territorio, por nuestros recursos, por nuestros medios, y queremos la integración con América Latina. Soñamos con esa integración aún antes de tener un pensamiento marxista; porque Martí no era marxista y soñó con eso,

Bolívar tampoco era marxista y soñó con eso. Y eso es lo que nosotros quisiéramos trabajar por todas las vías: por vías de las izquierdas, por vías del centro, y por vías, sobre todo, de la base popular, por todas las vías posibles.

[...]

Ustedes saben que en Estados Unidos hablan de modernidad, y el capitalismo menos moderno que hay en el mundo es el que representa Bush. Eso se lo dije yo a un banquero norteamericano. Y me dijo: mucha gente en Estados Unidos piensa como usted. El capitalismo menos moderno, más atrasado, es el que representa Bush, porque quiere imponerse a través de la guerra, de la violencia y a través de decisiones políticas, y no a través del comercio. Los Estados Unidos estratégicamente pueden perder esa batalla; quizás ganen batallas pírricas, quizás ganen batallas momentáneas, pero, estratégicamente, el sistema norteamericano, si no cambia de política, puede perder, estratégicamente, grandes batallas.

[...]

39 [La cultura expresa esa identidad y es su principal escudo ideológico].⁴⁸

Hace poco más de un año tuvo lugar, en Caracas, la reunión que dio origen a la Conferencia de Autoridades Cinematográficas de Iberoamérica (CACI). Desde entonces no es poco lo que se ha avanzado, aunque todo no marche al ritmo de nuestra impaciencia. Desde noviembre del pasado año a la fecha, han tenido lugar tres reuniones de esta organización. La primera fue en Brasil; la segunda, en abril de este año, en Argentina; y la tercera, hace apenas unos meses, en México. De modo que hoy estamos celebrando aquí, en La Habana, el cuarto encuentro, en el marco del XII Festival Internacional del Nuevo Cine Latinoamericano.

Este empeño de las cinematografías de la región, al cual hay que sumar la participación solidaria de España, ya ha comenzado a dar sus frutos. Pensemos que se firmaron los acuerdos de coproducción y del Mercado Común del Cine Latinoamericano, así como el Convenio de Integración Cinematográfica de Iberoamérica. Se ha iniciado, asimismo, el análisis de las legislaciones existentes sobre la materia; se avanza en la participación conjunta en los principales mercados cinematográficos; se fortalece el papel desempeñado por el MECLA, y México realizará, en junio próximo, el Mercado Latino AIM. Igualmente, se fortalecen vínculos con organizaciones internacionales, como el Pacto Andino, la ALADI y la Unicef, entre otras.

También en el marco de este festival se desarrolla la Reunión de la Unión Latinoamericana y Caribeña de la Radiodifusión (ULCRA). Sabemos del interés, tanto de esta organización como la de la cinematografía, en sostener conversaciones a fin de establecer y fomentar sólidos vínculos entre estas instituciones. Grandes esperanzas despiertan los acuerdos a que, sin duda alguna, arribarán, en beneficio del cine y la televisión en este continente.

En las Reuniones de Ministros de Cultura de América Latina y el Caribe, que se han venido celebrando en los últimos tiempos, se han reconocido, con verdadera satisfacción, los pasos de integración latinoamericana y caribeña que estas organizaciones del cine y la radio-

⁴⁸ Palabras que pronunció para dejar inaugurada la IV Conferencia de Autoridades Cinematográficas de Iberoamérica (CACI), celebrada en el marco del XII Festival Internacional del Nuevo Cine Latinoamericano, el 13 de diciembre de 1990.

difusión han venido llevando a cabo. La propia Reunión de Ministros de Cultura sustenta su aliento mayor en la contribución decisiva que puede y debe hacer la cultura para materializar el anhelo de fecundar todo aquello que nos pueda unir y ayudar a expresarnos como la gran patria común soñada por nuestros próceres.

He ahí, precisamente, la importancia que tiene la defensa de la identidad cultural de cada una de nuestras naciones y de la América Latina y el Caribe como conjunto. La cultura expresa esa identidad y es su principal escudo ideológico. A su vez, y por estas razones, el imperialismo elabora su estrategia en dañar la imagen de nuestra cultura, que es decir: la imagen de nuestra identidad. La defensa de la identidad nacional se convierte, pues, en un principio irrenunciable en la lucha ideológica contra el imperialismo en América.

La solución del problema de la libertad creadora en el arte y la cultura en general solo puede encontrarse a partir de las específicas condiciones de nuestra identidad nacional y latinoamericana, así como de nuestra convicción de que pertenecemos al Tercer Mundo, que sufre la más vasta y cruel explotación social.

Al menos, en el caso de Cuba, y pienso también que a escala continental, sobre el fundamento de la historia concreta de las ideas y los principios éticos y políticos enraizados en nuestras luchas sociales, es posible desarrollar la más amplia libertad creadora. Es más, para fortalecer el espíritu y la unidad nacionales, en la lucha contra el imperialismo, resulta indispensable esta libertad, sobre los fundamentos y la inspiración del ideario patriótico y revolucionario de la sociedad cubana y la vocación latinoamericana de su cultura.

Como he afirmado en otras ocasiones, recuerdo que el nacionalismo en Europa condujo al nazifascismo y, más recientemente, influyó en los retrocesos históricos que hemos estado contemplando en los dramáticos años que vivimos. En cambio, las banderas del ideal nacional en América Latina han conducido y conducen al triunfo de las causas populares y progresistas.

No quiere esto decir, sin embargo, que renunciemos al mundo. Sabemos apreciar los valores de la cultura universal y sabemos incorporarlos, a través de nuestras realidades, al arte y la cultura que nacen en estas tierras. «Injértese el mundo en nuestras repúblicas, pero el tronco ha de ser el de nuestras repúblicas», anunciaba nuestro Héroe Nacional José Martí. En una hora como la actual, cuando más que nunca la integración y la cooperación se imponen como una vía esencial para enfrentar el futuro, tales palabras cobran mayor fuerza.

Porque somos latinoamericanos y caribeños, pero somos, también, ciudadanos del mundo. Con este espíritu, damos la bienvenida a los representantes de las cinematografías y de la radiodifusión, les deseamos éxitos en sus sesiones de trabajo y les reiteramos nuestra vocación de integrarnos, cada vez más, en el empeño común a que hoy nos convoca la historia.

40 [Martí es guía y anticipador de nuestro tiempo y de los que están por venir].⁴⁹

Carlos Rafael Rodríguez, en ocasión del centenario del natalicio de nuestro Apóstol, en 1953, afirmó que «Martí no solo había sido un guía de su tiempo, sino que, a la vez, debíamos considerarlo como anticipador del nuestro». Y ahora, a casi cuarenta años de aquellas palabras, podemos afirmar que nuestro Héroe Nacional sigue siendo guía de nuestro tiempo y anticipador de los que están por venir.

Una piedra angular de su ideario político y moral se halla, precisamente, en esta pieza magistral que él tituló «Nuestra América». Ya, desde el título mismo, hay una clara advertencia: la necesidad de diferenciarla de lo que él llamó la América que no es nuestra. Ahí está el punto de partida de todas las concepciones políticas y morales del Maestro. Sin entender este juicio cardinal del Apóstol y extraerle todas sus consecuencias prácticas, no es posible hablar de cubanía, de espíritu nacional, de cultura cubana. Pero, es más, sin comprender el significado de este hecho, no es posible pensar correctamente en la política cubana.

Nos encontramos en el escenario más inmediato de la batalla colosal entre, de una parte, la América trabajadora, apasionada y romántica que, abrazada a una historia de lucha y de dolores sin fin, levanta en alto las banderas de Bolívar, y, de la otra, la América sajona, que solo podrá hallar su verdadera libertad y su decoro humano si fuera capaz de salir del cascarón reaccionario que paraliza e impide el desarrollo de sus mayores posibilidades creadoras. El predominio prolongado de sectas y clases poderosas le han impedido a Estados Unidos desempeñar un papel noble y justiciero en el mundo de ayer, de hoy y del mañana inmediato. Y este predominio fue el que José Martí denunciara, con claridad, desde su célebre ensayo «Nuestra América».

Él supo distinguir la patria de Lincoln de la patria de Cutting. Los conceptos estrechos de la política norteamericana, en el pasado y en el presente, le hacen imposible a los gobiernos yanquis apreciar, con toda su hondura, magnitud y matices, el mundo contemporáneo. Encerrados en el caracol de una supuesta grandeza, que les sirviera un día de cínico estandarte para apoderarse de la mitad de México,

⁴⁹ Intervención que pronunció en la clausura del ciclo «Reflexiones sobre el ensayo 'Nuestra América' de José Martí», auspiciado por el Centro de Estudios Martianos, el 25 de diciembre de 1990.

de Puerto Rico, durante un tiempo de Santo Domingo y Nicaragua y, más recientemente, de Granada y Panamá, muestran, en la realidad dramática de nuestras vidas, cómo los odiosos estandartes del pirata asesino y los signos tenebrosos de la esvástica nazi son, en verdad, las únicas banderas que Estados Unidos ha venido defendiendo en el mundo. Y con un cinismo sin igual, y una manipulación de las palabras y de las ideas, se presentan ante el mundo como egregios defensores de la libertad.

Ha de irse al manantial infinito del pensamiento de José Martí, para mostrar cómo en Norteamérica se hallaban, aun desde entonces, los gérmenes funestos de la negación de toda libertad. Se encontraban ya, en esa época, las semillas de la más refinada y terrible tiranía. Ello lo podemos recoger del ideario del Maestro; y ello ha alcanzado, en nuestra época, una dimensión realmente universal. ¿Qué hay en el fondo? Vayamos a la imagen hermosa que aparece en las primeras líneas de «Nuestra América». Dice el Apóstol:

Cree el aldeano vanidoso que el mundo entero es su aldea, y con tal que él quede de alcalde, o le mortifique al rival que le quitó la novia, o le crezcan en la alcancía los ahorros, ya da por bueno el orden universal, sin saber de los gigantes que llevan siete leguas en las botas y le pueden poner la bota encima, ni de la pelea de los cometas en el Cielo, que van por el aire dormidos engullendo mundos.

El peligro se halla en que el tigre feroz, soberbio y engreído, no se percata, ni con mucho, de los límites inevitables de su poder; lo cree ilimitado, se siente con fuerzas para ejercerlo. Pero lleva, en su vientre mismo, los gérmenes de su propia destrucción; lo mata su codicia, como ocurrió en Vietnam; lo incapacita la incompreensión que tiene de que el mundo ha dejado de ser una aldea. Y el tigre se siente más poderoso porque, en Europa del Este, ha ocurrido un retroceso histórico. Se siente en el pináculo de la gloria. Para él ha desaparecido la lucha de clases, piensa que ha triunfado el liberalismo económico. Sin embargo, desde los pueblos árabes, cargados de riquezas materiales, con un poder que no se puede subestimar y en medio de confusiones y pasiones, nos llega el drama real de la historia: la paz está en peligro. Hay una guerra anunciada.

Nuestra América está sola, va llegando la hora del juicio final de su historia. Y para la búsqueda del camino, no ha de irse a la universidad norteamericana ni a la europea. Ha de buscarse la fuente inicial de sabiduría en este magnífico, estremecedor llamado de Martí, en su

artículo publicado el 1.º de enero de 1891, en *La Revista Ilustrada*, de Nueva York. Nuestra América tiene aquí su manifiesto de esperanza. No lo busque en ninguna otra parte, camine por este rumbo y encontrará su vocación definitiva de ser lo que nunca quisieron que fuera los conquistadores extranjeros; lo que nunca quiso que fuera el Norte revuelto y brutal que nos desprecia; lo que nunca quiso que fuera la Europa cargada de joyas, riquezas y prejuicios ancestrales; lo que nunca quisieron que fuera los gigantes de las siete leguas.

Para ir a sus esencias y recorrer este camino, cuya piedra angular es el citado trabajo de Martí, hay que darse prisa; hay que conocerse, como quienes vamos a pelear juntos. Si estas ideas del Maestro eran válidas en 1891, lo son, con más razón, en 1990. En cuando a Cuba, no andemos en cosas secundarias, no nos entretengamos en apasionamientos infecundos, vayamos al centro de las cosas. Cuba está en pie para salvar la Revolución socialista, y desde luego la Revolución de Martí. Y en esta obra de salvamento y de servicio histórico, la unidad entre nosotros es el primer objetivo de los revolucionarios, y promover la división la primera aspiración del enemigo. Para marchar por este rumbo, ha de comprenderse que el problema de la independencia y, por tanto, de nuestra identidad como nación, no era una cuestión simplemente de cambio de formas. Había, y hay, que cambiar el espíritu; había, y hay, que situarse del lado de los oprimidos; había, y hay, que afianzar el sistema opuesto a los intereses y hábitos de mando de los opresores.

Y cabe recordar, también, que —cito—:

...el buen gobernante en América no es el que sabe cómo se gobierna el alemán o el francés, sino el que sabe con qué elementos está hecho su país, y cómo puede ir guiándolos en junto, para llegar, por métodos e instituciones nacidas del país mismo, a aquel estado apetecible donde cada hombre se conoce y ejerce, y disfrutan todos de la abundancia que la Naturaleza puso para todos en el pueblo que fecundan con su trabajo y defienden con sus vidas. El gobierno ha de nacer del país. El espíritu del gobierno ha de ser el del país. La forma del gobierno ha de avenirse a la constitución propia del país. El gobierno no es más que el equilibrio de los elementos naturales del país.

Por eso el libro importado ha sido vencido en América por el hombre natural. Los hombres naturales han vencido a los letrados artificiales. El mestizo autóctono ha vencido al criollo exótico. No hay batalla entre la civilización y la barbarie, sino entre la falsa erudición y la naturaleza.

Dejemos a un lado las teorías exóticas, la retórica que nada en la superficie, y vayamos, como nos enseña el ejemplo de Martí y de Fidel, al hilo conductor real y concreto de nuestra historia nacional y latinoamericana. Queden atrás, y para siempre, el artificio verbal, la palabra confusa, los elementos de distracción, y promovamos la unidad, cada vez más fuerte, entre nosotros y el camino verdadero del pensar revolucionario cubano.

Al hacer un comentario sobre las páginas inmortales de «Nuestra América», cabe, pues, en un momento como el presente, cuando ha de fortalecerse la idea, ha de crecer la convicción y ha de promoverse lo más genuinamente nuestro, reflexionar sobre aspectos cruciales del pensamiento revolucionario cubano, del pensamiento político cubano, porque de eso se trata. En esta hora en que los esfuerzos mancomunados y la unidad moral de la nación se imponen como una necesidad objetiva de nuestras luchas, no es momento oportuno para erróneos conceptos doctrinarios que distraigan y limiten nuestra acción e impidan el fortalecimiento y crecimiento de las ideas cubanas como fórmula eficaz para defender la Revolución y el socialismo. Y cada interrogante ha de resolverse en el lugar preciso y oportuno y tratando, por todos los medios a nuestro alcance, que no se cree la confusión y el desorden. Esto es hacer política. Hacer política al estilo de Martí, hacerla a partir de la historia política de nuestro pueblo. Y los jóvenes deben aprender a hacerla con el sentido martiano y fidelista de la palabra, con el sentido de unir sobre los fundamentos de los principios más rigurosos y exigentes.

El doctrinarismo ha de ser vencido por la sabiduría política y su práctica sana. En Martí, ese sentido de la realidad, de lo concreto, se deriva de su temperamento político. La política, como el arte o el modo de organizar y dirigir a los hombres y los pueblos para la realización de fines determinados, fue su más extraordinaria virtud. Quizás esta haya sido lo que más lo identifique con el temperamento de su pueblo. El pueblo cubano, no lo olvidemos, ha tenido siempre un temperamento político.

En el pasado, esta virtud fue degenerada por la politiquería y el entreguismo al imperio yanqui. El carácter político de nuestro pueblo debe ser exaltado hoy con el ejemplo de la inteligencia privilegiada de Martí. Fue esa inteligencia privilegiada y ese sentido político y práctico de la vida lo que llevó al Maestro a expresar la síntesis de la conciencia de América en el histórico documento que estamos comentando. A la buena idea llegó el Maestro por la vía de la buena política práctica. Hágase política al estilo del Maestro y se arribará,

como muestra la experiencia de su mejor discípulo, es decir, de Fidel, a la más depurada y limpia concepción revolucionaria.

Porque a la idea justa, al principio justo solo es posible llegar con política justa y acertada. Martí llegó, por su genio político, a decir *Patria es humanidad*, y llegó a decirlo, porque él hacía política con claridad de su sentido universal, con exquisitez en los métodos, con firmeza indeclinable en los fines, con previsión extraordinariamente realista acerca de los peligros y limitaciones, y con pasión resuelta, serena y heroica por superarlos. Con una política así se llega al triunfo de las mejores, más revolucionarias y más consecuentes ideas. Y cuando, en virtud de una política justa, un principio revolucionario se hace conciencia en las masas, entonces sirve para orientar nuestra acción.

Para el logro de una buena política, la sabiduría y la cultura desempeñan un papel de enorme significación. Los mejores pensadores cubanos, desde Félix Varela, José de la Luz y Caballero y, por qué no, José Antonio Saco, hasta la cumbre del siglo XIX, que es José Martí, y el continuador de este ideario cultural en las primeras décadas del siglo XX, Enrique José Varona, tenían una clara vocación de pensamiento volcada hacia la acción política y social. No está en la mejor tradición cultural, moral y política cubana, inhibirse, paralizarse o esquivar los problemas políticos y sociales de cada momento histórico.

El compromiso político, que está vivo en todas estas líneas de «Nuestra América», está también presente en el antiesclavismo e independentismo de Varela; en estos versos inmortales de Heredia: «No en balde, entre Cuba y España, tiende inmensas sus olas el mar», en la vocación del magisterio grandioso de Luz y Caballero; en las ideas económicas, avanzadas para su tiempo, de Saco, y, sobre todo, en el antiimperialismo y latinoamericanismo de Martí. No fueron los pensadores cubanos en nuestra época de creación, como lo enseña la palabra evangélica y cargada de belleza impresionante de José Martí, ajenos a los problemas más urgentes de la patria, de la revolución, del mundo. Esta ha sido, es y será, la tradición del pensamiento cubano.

Es por ello que, en la época moderna, la que vivimos, el pensamiento más completo, la cultura más alta y la bandera más elevada, se expresan de forma natural, orgánica y consecuente en la palabra y la acción de Fidel. Por eso, él es el vocero genuino de los hombres de cultura comprometida y volcada hacia la acción que tuvo, en el magisterio de la escuela cubana del siglo XIX, y en especial en el ideario del Maestro, una fuente inagotable de sabiduría. Porque, y lo prueban estos párrafos inmortales de Martí que comentamos, lo mejor del pensamiento cubano nunca quiso quedarse en el pensar

puro. Siempre se esforzó por promover la acción política y social, y enlazarse con las batallas revolucionarias de cada época histórica. He ahí la cuestión.

Y es un hecho real, a nuestra vista, que la solidez de ese pensamiento, de franca tendencia hacia la movilización social y el combate en favor de las causas del pueblo de Cuba y, por tanto, de la causa de nuestra Revolución socialista, constituye un elemento primario de nuestra educación política. Eso es especialmente necesario que lo sepan quienes tengan vocación y decisión de emprender el camino complicado a que nos ha llamado Fidel: pensar con nuestra propia cabeza. Pero nuestra cabeza ha de estar impregnada del ideario revolucionario de la nación cubana, ha de procurar la unidad de nuestro pueblo frente al gigante de las siete leguas. Todo lo que una a las fuerzas intelectuales, morales y revolucionarias de la nación cubana y promueva su fusión y articulación con el pueblo como conjunto, será útil para nuestra política. Y todo aquello que innecesariamente divida será perjudicial a la causa revolucionaria de la nación cubana. Ahí está, además, la clave de toda la política martiana y fidelista.

¡Qué trabajo de unión, dentro de los más profundos principios e intereses de Cuba, realizó el Maestro! Aprendió, en la experiencia de la Guerra de los Diez Años, en la que la división había sido la causa del fondo del fracaso del Zanjón. Se fue a la esencia más profunda de aquella epopeya y dijo que Baraguá era una de las páginas más gloriosas de nuestra historia. Procuró la unidad de todos los grandes de la revolución del 68, trabajó con ellos con pasión. Como unir a los hombres y a los pueblos no es tarea que deje de estar exenta de sinsabores y amargas, el Apóstol también pasó por ese drama.

Por eso, en su carta histórica al General Máximo Gómez, invitándolo a incorporarse a la guerra, afirmó: «Yo ofrezco [invito] a Ud., sin temor de negativa, [a] este nuevo trabajo, hoy que no tengo más remuneración que brindarle [para ofrecerle] que el placer del sacrificio y la ingratitud probable de los hombres». No obstante los sinsabores propios de la lucha en que inevitablemente están presentes las pasiones humanas, José Martí no descansó; continuó perseverando, firme y sereno, alumbrado por su genio, en la tarea de unir a los cubanos. Sabía el Maestro que en la falta de unidad estaba el Talón de Aquiles de la República que iba a fundar.

Articuló el Partido, fue un partido único; unió al Ejército Libertador —a los bravos gigantes, quienes venían con las glorias de la guerra—, los pudo agrupar en un solo ejército, en un solo partido. Y fue capaz de organizar esa guerra y de llevarle los medios técnicos y

materiales indispensables para que la chispa se extendiera por todo el territorio nacional. Era Martí un hombre de pensamiento volcado hacia la acción política, que organizó una guerra y fundó un partido para la independencia. De esta forma, fue fiel a la mejor tradición del pensamiento cultural cubano. No quería que la República, con la cual soñaba, se quedara al margen de la idea y de los principios con que había tejido la madeja de la patria libre.

Después, el gigante de las siete leguas desvió a Cuba del camino. Pero vinieron otros que recogieron la bandera en tiempos nuevos. Y allá por años veinte, Mella y el tabaquero Baliño fundan un nuevo partido, esta vez ya con la influencia del leninismo. Y vale hoy recordar no solo lo que escribió Martí en «Nuestra América», sino, también, párrafos inmortales de una carta a su amigo, el socialista utópico Fermín Valdés Domínguez, para comprender cómo él veía los problemas del trato entre los hombres y cómo el veía las ideas del socialismo. Atendamos con la reflexión, el amor y el exquisito cuidado a que nos obliga el momento crucial de nuestra historia, la lectura de este texto. Decía Martí a Valdés Domínguez:

Una cosa te tengo que celebrar mucho, y es el cariño con que tratas; y tu respeto de hombre, a los cubanos que por ahí buscan sinceramente, con este nombre o aquel, un poco más de orden cordial, y de equilibrio indispensable, en la administración de las cosas de este mundo. Por lo noble se ha de juzgar una aspiración: y no por esta o aquella verruga que le ponga la pasión humana. Dos peligros tienen las ideas socialistas, como tantas otras: —el de las lecturas extranjerizas, confusas e incompletas, —y el de la soberbia y la rabia disimulada de los ambiciosos, que para ir levantándose en el mundo empiezan a fingirse, para tener hombros en que alzarse, frenéticos defensores de los desamparados. Unos van, de pedigüños de la reina, —como fue Marat, —cuando el libro que le dedicó con pasta verde —a lisonja sangrienta, con su huevo de justicia, de Marat. Otros pasan de energúmenos a chambelanes, como aquellos de que cuenta Chateaubriand en sus «Memorias». Pero en nuestro pueblo no es tanto el riesgo, como en sociedades más iracundas, y de menos claridad natural: explicar será nuestro trabajo, y liso y hondo, como tú lo sabrás hacer: el caso es no comprometer la excelsa justicia por los modos equivocados o excesivos de pedirla. Y siempre con la justicia, tú y yo, porque los errores de su forma no autorizan a las almas de buena cuna a desertar de

su defensa. Muy bueno, pues, lo del 1ro. de Mayo. Ya aguardo tu relato, ansioso.

Años más tarde, Enrique José Varona, quien había sustituido a Martí en la dirección de la revista *Patria*, y quien es la cumbre más alta del pensamiento cubano en el primer cuarto de siglo, afirmó, en 1906 —es decir, once años antes de la Revolución de Lenin y once después de la muerte de Martí—: «El marxismo es una verdad exagerada, porque no son solo los factores económicos los que pueden decidir la evolución histórica. También se imponen otros factores». Y después hace Varona un análisis de las guerras cubanas, de 1868 y 1895, el cual resulta, en esencia, válido para una interpretación científica, materialista e histórica, de nuestras epopeyas por la independencia. Desde luego, lo que no sabía el ilustre maestro camagüeyano era que la exageración no era de Marx, sino de los «marxistas». Ni Engels ni Marx se plantearon el factor económico como el único fundamental.

Pero, ¿de dónde extrajo el Apóstol de la Independencia de Cuba las ideas de aquel párrafo, realmente sobresaliente, sobre el socialismo y de los peligros que, como toda idea, tenían y que hoy, por su enorme actualidad, conmueven nuestra conciencia? ¿De dónde le nació a Enrique José Varona esta afirmación, increíble para un pensador cubano no marxista de principios de siglo? Estas ideas las extrajeron del análisis de un hecho real: el imperialismo norteamericano iba a impedir, e impidió después, la plena independencia de la patria, y paralizó, retrasó y desvió de su curso natural la evolución de un ideario cultural y político durante la primera mitad del siglo xx. Estas ideas nacieron de una tradición cultural íntimamente vinculada al análisis profundo de los problemas sociales, políticos e ideológicos concretos que ha tenido la sociedad cubana.

He ahí la clave de un pensamiento cuya cumbre más alta se halla, en el siglo xix, en José Martí, y cuya expresión más nítida se encuentra en este magnífico trabajo sobre Nuestra América, cuyo centenario estamos próximos a conmemorar. La idea de un pensamiento y de una cultura comprometidos con la causa de los pobres, de los explotados de la tierra; con una vocación irrenunciable de latinoamericanismo, y con una previsión genial de los peligros que, entonces, acechaban al país, y que luego se convirtieron en una tragedia histórica, estuvieron presentes en el nacimiento y crecimiento de la vida espiritual de los cubanos.

De ahí, que de nuestra cultura, la de José Martí, heredamos elementos esenciales para nuestra acción política. Obviamente, una

tradición cultural como la cubana, orientada hacia el compromiso y la acción políticos, no podrá jamás quedar al margen del debate en cualquier época histórica. El debate deberá realizarse para fortalecer nuestra unidad y hacernos más capaces en el enfrentamiento de ideas a escala internacional.

Es la hora de la más estrecha unidad entre todo lo que representa el movimiento intelectual, entendida esta expresión en su sentido más profundo y cabal, y de su fusión definitiva con el momento económico y social. Y es la hora también de vincular las ideas, métodos y principios culturales a los procesos económico-sociales y al movimiento ideológico, moral y espiritual del pueblo. La integralidad de todo lo anterior es un principio sagrado e irrenunciable de la nación cubana. Tal integralidad responde a una vocación de cultura comprometida y a una tradición que nos viene de los más elevados pensadores cubanos. Pero es, además, una noble y justa aspiración del pueblo trabajador.

En cuanto a la cultura, las dificultades y contradicciones insalvables no siempre están en una elaboración doctrinaria y cultorológica, cuya significación debemos saber analizar en un marco académico, y que pueden encontrar solución inteligente, precisamente, en el ámbito institucional. Entre los peligros principales, en el presente y hacia el futuro, en relación a la vida espiritual del país, se haya en convertir la libertad en libertinaje y que surjan tendencias anarquizantes fuera de toda disciplina; ellas afectan la cohesión y la unidad indispensables. Esas tendencias anarquizantes no tienen sustrato en lo mejor de la tradición cultural del cubano; lo pueden tener en la insensibilidad, en la ignorancia, o en las limitaciones que hayamos tenido para establecer un esquema de valores en función del cual se mueva nuestra libertad y nuestra democracia.

Los procedimientos abruptos, unidos a las conductas encaminadas a la disociación y a ciertas expresiones de anarquía, contribuyen a crear caldo de cultivo para la acción enemiga. La tradición cultural de la Patria Cubana, sus valores éticos y políticos, deben imponerse de una forma orgánica y, para ello, se requiere la acción sistemática y la comprensión de todos. Esto se halla también en la más pura tradición martiana, en la cual además de una visión cultural como compromiso con los pobres de la tierra, se impuso un esfuerzo de unidad entre los cubanos, que hizo posible la Guerra del 95.

Así se expresaba Martí, y así nosotros, los cubanos de hoy, continuadores de su obra, venimos, una vez más, a honrarle, cuando en Cuba se vive uno de los procesos más difícil de su historia. Y en este

trance embarazoso Cuba triunfará, porque tiene fuerza, porque tiene energía y porque tiene ideas; no olvidemos la sentencia martiana en este sentido: «No hay proa que taje una nube de ideas. Una idea enérgica, flameada a tiempo ante el mundo, para, como la bandera mística del juicio final, a un escuadrón de acorazados».

Las ideas de Martí, las ideas de Mella, las ideas de Fidel y las ideas de nuestra Revolución, levantadas a tiempo ante el mundo, nos conducirán hacia adelante y Cuba quedará en la historia, como ocurrió ya en las tristes decisiones del Consejo de Seguridad, como la conciencia de todas las naciones. Somos la conciencia de la paz, la conciencia del futuro. Somos el presente y el futuro, porque tenemos la tradición que nos viene de la acción y de los ensayos y trabajos del Apóstol, que nos viene de esta piedra angular del pensamiento universal, que nos viene del ensayo «Nuestra América». Como Martí, de ella somos hijos y a ella nos debemos.

41 [Unidad o identidad dentro de la diversidad latinoamericana].⁵⁰

Ya se han celebrado tres encuentros periódicos de los ministros de Cultura y responsables de Políticas Culturales de América Latina y el Caribe: una primera en Brasilia, una segunda en Mar del Plata, Argentina, y una tercera en México, en Ciudad México.

Estas reuniones se caracterizaron por lo que podríamos denominar una unidad o identidad dentro de la diversidad latinoamericana, una profunda identidad entre una gran diversidad. Con legislaciones distintas, con gobiernos de diferente índole, se logró ese objetivo, en esas conferencias, y definir la proyección fundamental de política cultural de América Latina. Paralelamente a esto, se vino trabajando en algunas medidas más específicas y más concretas, y ya en México se logró un plan de acción común en relación con la cultura.

La reunión de La Habana viene ahora a discutir y analizar la marcha de ese plan común; en primer lugar, cómo se ha ido ejecutando. Previamente va a haber una reunión de expertos y después la reunión de ministros. Se discutirán algunos temas muy específicos, muy concretos, como la idea de un fondo latinoamericano y caribeño para la cultura y las artes; con este fin ya se produjo una reunión de expertos en Uruguay y en Caracas.

En segundo lugar, se van a discutir en la agenda los programas relacionados con el mercado común del libro, para eso también ha habido algunas reuniones previas y las organizaciones internacionales correspondientes van a dar una información, porque se ha interesado en esta reunión la participación de diversas organizaciones internacionales.

En un tercer punto, se abordará el mercado común del cine, vídeo y la televisión. En esto se ha trabajado, incluso, ya hay acuerdos muy específicos, que lo que se va a interesar es la aprobación, la confirmación de esos acuerdos por algunos Estados que todavía no los han confirmado, aunque muchos ya lo han hecho.

⁵⁰ Palabras pronunciadas en la conferencia de prensa que ofreció en relación con el IV Encuentro de Ministros de Cultura de América Latina y el Caribe, el 11 de septiembre de 1991. Se encontraban presentes el periodista Jorge Timossi, los viceministros de Cultura, y el Comité Organizador del IV Encuentro de Ministros que se celebró en La Habana del 19 al 21 de septiembre.

Otro punto de la agenda es lo relacionado con el V Centenario. Posteriormente, se planea el análisis del proyecto, o la discusión del plan de acción y, desde luego, las declaraciones finales de la conferencia. Además, me faltó un punto, relacionado con el patrimonio cultural, que también hay una regulación en la que se ha venido trabajando.

Lo más importante es que se ha logrado una continuidad del trabajo durante estos casi tres años; en cada reunión, ha sido más amplia la participación. Por ejemplo, en esta oportunidad, han prometido participar representaciones de la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura, del Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo, de la Asociación Latinoamericana de Integración, del Centro Regional del Libro para América Latina, del Sistema Económico Latinoamericano, de la Unión Latinoamericana y del Caribe de Radio y TV, de la Comisión Económica para América Latina (CEPAL), de la Comunidad del Caribe, y del Convenio Andrés Bello, como organismos internacionales. En cuanto a los países participantes, tenemos una amplia participación ya confirmada de treinta países; estos, y los doce organismos internacionales que hemos mencionado, están casi todos ya prácticamente confirmados. Son treinta países, una de las representaciones más altas que ha habido en estas reuniones.

A mi juicio, uno de los aspectos más importante de esta reunión, es que se celebra después de la Conferencia de Guadalajara, que tuvo gran importancia para la identidad latinoamericana. Pensemos en lo que significa que esta haya sido la primera vez que los latinoamericanos nos reuniéramos sin que este encuentro hubiese sido promovido y tutelado por otros países. Ustedes recordarán que en la Conferencia de Guadalajara se habló mucho de todo lo relacionado con el mercado del conocimiento, y nuestra reunión va a girar en relación con los problemas que plantea el mercado del conocimiento. También se abordarán, desde luego, los temas de la promoción de la cultura y el intercambio cultural, el mercado común del libro, el mercado común del cine, el Fondo Latinoamericano de Cultura.

Estas reuniones han venido demostrando la gran voluntad que existe en nuestra región de integración continental, es decir, que eso es muy importante en el mundo actual, y esa voluntad de identidad nacional y de integración y vocación latinoamericana es un elemento indispensable en el desarrollo de los procesos culturales en el mundo actual.

La integración puede venir por planos económicos, por planos políticos y por planos culturales. El plano económico es, a veces, más complicado y demora tiempo en madurar. Los planos políticos también a veces se hacen complicados por las diferencias políticas, pero, personalmente, he comprobado, en las reuniones de ministros de Cultura, que los planos de tipo cultural y espiritual pueden tener una velocidad muy grande en los procesos de integración. Así que lo más importante que pudiéramos decir es que el plano cultural, es decir, el plano espiritual, puede tener un dinamismo muy fuerte en el desarrollo de los procesos de integración, como quedó esbozado en la Conferencia de Guadalajara.

El aporte concreto de Cuba consiste, primero, en que somos la sede de este evento. En una hora como la actual, las diferencias de criterios sobre análisis históricos de este proceso anterior no deben impedir, ni paralizar la cooperación iberoamericana, porque hay un resultado concreto, independientemente del análisis y la valoración histórica. No olvidemos que los países iberoamericanos constituimos una comunidad cultural, espiritual, muy importante en el mundo actual; que ninguna valoración o análisis de carácter histórico que nosotros hagamos, sobre cada uno de los elementos que compuso esa historia, debe ser una limitante para nuestra unión, para estrechar nuestras filas en el mundo de hoy.

Debemos ganar experiencia de ese proceso de quinientos años. Lo que pasó hace quinientos años es que se descubrieron y se abrieron los nuevos caminos del mundo; la Tierra, como hoy la conocemos, como es, empezó a conocerse entonces, y ese es el gran acontecimiento histórico que, a mi juicio, ocurrió en aquel momento.

Desde luego, tenemos que hacer una diferenciación entre descubrimiento y conquista, aunque sé que en la práctica están relacionadas. Claro que la historia de América no empezó hace quinientos años, como la historia de España tampoco empezó hace quinientos años. La historia de América empezó cuando nuestros primeros aborígenes llegaron, como se dice, por el Estrecho de Bering.

Pienso que lo más importante ahora, desde el punto de vista político, desde el punto de vista cultural, es saber que aquí se ha creado una comunidad iberoamericana, y que todos debemos integrarnos en ella, analizando bien y estudiando bien la historia transcurrida, y que no vuelvan a ocurrir las cosas tan duras que ocurrieron, y, recordando a las grandes figuras de esa historia, un recuerdo muy destacado tengo yo en mi corazón para Bartolomé de las Casas.

En medio de esta situación, los conocidos acontecimientos de Europa del Este han trastornado todo un sistema de relaciones en el campo no solo cultural, sino en los más diversos campos; esos son los obstáculos que tenemos que vencer. Lo que yo puedo decir con relación a ello, es que en Cuba seguimos la política de promover un sistema de relaciones y el desarrollo de la cooperación cultural con todos los países. Claro que ahora se ha hecho prácticamente más difícil, por las razones apuntadas.

42 [Por la unidad de Nuestra América].⁵¹

Al agradecer una presencia tan amplia de ministros y responsables de Políticas Culturales de América Latina y el Caribe, en La Habana, para participar en nuestro IV Encuentro, y al asegurarles que trabajaremos con la finalidad de que la conferencia tenga tan provechosos resultados como las tres anteriores, destacamos la enorme significación del momento en que se desarrolla esta reunión.

La participación aquí de importantes delegaciones de 28 países y diez organizaciones internacionales tiene un valor singular si se tiene en cuenta que hoy, en otras zonas de la Tierra, no es fácil y, a veces, ni siquiera posible, reunir tantas voluntades diversas para debatir, democrática y civilizadamente, sobre los problemas de la vida espiritual. Eso es posible en nuestra América porque en la base de la enriquecedora diversidad de nuestros enfoques hay una unidad cuyos fundamentos más profundos se afirman en una historia común y en un ideal cultural de valor universal. Por esto, permítasenos la siguiente reflexión:

Transitamos ya por los finales del siglo xx y estamos a las puertas del tercer milenio de Nuestra Era. Los procesos económicos, políticos, sociales y culturales adquieren, cada vez más, un grado de interdependencia acelerado a escala internacional. Nuestra América puede enfrentar esta complejísima situación haciendo crecer los poderosos gérmenes de la unidad que están en el sustrato de su herencia cultural.

Tenemos una historia rica en heroísmo y sabiduría política, y podemos y debemos abrir el camino de nuestra integración. Atesoramos una cultura que desde nuestros orígenes nos lo permite, poseemos un acendrado sentido de lo nacional y una sólida vocación de integración y de universalidad. Somos fieles a nuestras tradiciones de defensa de lo patriótico y, al mismo tiempo, a nuestro sentido de pertenencia regional con proyecciones universales. Un arraigado sentimiento democrático está presente en el ideal de Nuestra América.

⁵¹ Discurso pronunciado para dejar inaugurado el IV Encuentro de Ministros y Responsables de Políticas Culturales de América Latina y el Caribe, celebrado en el Palacio de las Convenciones de la capital cubana, el 19 de septiembre de 1991. Se encontraba presente el compañero Fidel Castro Ruz, Comandante en Jefe y Presidente de los Consejos de Estado y de Ministros de la República de Cuba.

Sabemos que uno de nuestros retos consiste en enfrentar las realidades del mundo que vivimos sobre el presupuesto de nuestra independencia e identidad cultural, y sobre el fundamento de lo enunciado, hace mucho más de cien años, por El Benemérito de las Américas, Benito Juárez, cuando afirmó: «El respeto al derecho ajeno es la paz».

Cuidar, proteger y desarrollar esos rasgos cardinales de nuestra gran patria común constituye, sin dudas, una de las grandes aspiraciones de la cultura latinoamericana y caribeña. Como cubano, puedo decirles que quienes junto a Fidel Castro emprendimos los empeños generosos de estas últimas décadas de la historia patria y las nuevas generaciones, que hoy nos acompañan, desde niños o adolescentes, sentíamos a nuestra área geográfica como la patria grande que soñó Bolívar y que nos enseñó José Martí.

En esta cita merecen un reconocimiento especial todas las instituciones culturales y socioculturales de la más diversa índole que en nuestra América vienen realizando una abnegada, meritoria y —muchas veces— callada labor en favor de nuestra cultura. Sabemos apreciar su importancia para los esfuerzos en favor de la integración cultural de la América Latina y el Caribe, porque desde el comienzo de la Revolución en 1959 y en épocas en que se hacían más complejos nuestros vínculos culturales con los países del área, la Casa de las Américas comenzó a desarrollar y sigue haciéndolo, un amplio y destacado trabajo con el generoso y valiente concurso del movimiento intelectual y artístico de la América Latina y el Caribe, lo que además dice mucho de la importancia que en este continente tiene la intelectualidad.

Hoy, en medio de innumerables dificultades, observamos con emoción que nuestro encuentro se celebra cuando una voluntad unificadora se extiende desde el río Grande hasta la Patagonia. Un acontecimiento como la Cumbre de Presidentes y Jefes de Estado iberoamericanos, celebrada hace solo dos meses, lo ilustra de manera elocuente. La cita histórica de Guadalajara, y sus conocidos objetivos, análisis y conclusiones, constituyen un diáfano soporte para nuestras deliberaciones.

Si los anhelos de integración continental postulados por nuestros mejores estadistas contemporáneos han ido materializándose por la vía cultural, en Guadalajara estos anhelos se elevaron al más alto plano político. Los mandatarios también examinaron cuestiones específicas de la cultura y acordaron reunir los antecedentes en este campo para impulsar nuevos enfoques.

En este punto, el presidente Fidel Castro destacó, en su mensaje a la Cumbre:

Si aún nos queda un largo recorrido para alcanzar la integración económica, en el que es preciso superar innumerables inconvenientes objetivos; si el camino hacia la unidad política es todavía más dilatado y los obstáculos pueden resultar de mayor envergadura, ¿qué duda cabe de que un importante paso en la imprescindible e inevitable unidad de nuestros pueblos ha de ser dado en el terreno de la cultura, de las ideas, de la identificación espiritual?

Nos proponemos trabajar para que encuentros como este sirvan a la consecución de la unidad y al conocimiento mutuo que se plantearon los estadistas iberoamericanos en México. Las tres reuniones de ministros y responsables de Políticas Culturales de América Latina y el Caribe que hemos celebrado garantizan lo mucho que podemos hacer en este sentido. Así estamos contribuyendo, con madurez y confianza, a lo que pudiera definirse como una nueva expresión americana y caribeña de las relaciones de carácter cultural.

En esta cuarta reunión —luego de las celebradas en Brasilia, Mar del Plata y Ciudad México— ya podemos comprobar con satisfacción que encuentros de esta índole van convirtiéndose en una tradición. De hecho, nunca antes nos habíamos reunido los ministros de Cultura de la región y, muchos menos, sobre bases y programas de acción tan concretos y abarcadores. A partir de esta tradición y de los resultados conseguidos en el breve, pero fructífero camino recorrido hasta aquí, es útil subrayar la significación de los tres encuentros anteriores y destacar el sentido y la proyección que proponemos darle al que hoy iniciamos en La Habana.

Lo más importante de las reuniones precedentes es que hemos despejado aspectos medulares de la política, de las ideas programáticas de nuestra identidad y de la integración continental en lo propiamente cultural. Con sistemas políticos, legislaciones, métodos y cursos de acción diferentes lo logramos, porque ha predominado la cultura común que nos une, porque «unidad no quiere decir uniformidad». De ahí que podamos decir a nuestros gobiernos, con toda responsabilidad, que en este campo no hay antagonismo que impida la integración ni la consecución de nuestros propósitos de unidad. Recordemos que más allá de las especificidades locales compartimos una fuerza que alienta y requiere la integración y le muestra vías para su materialización.

Habiendo comprendido lo anterior e, incluso, tras haber adoptado medidas de carácter práctico, en cuya realización hemos laborado responsablemente, en este Encuentro de La Habana; sugerimos que se trabaje en la fundamentación e instrumentación de los programas que tenemos por delante. Así, resulta indispensable lograr que nuestros propósitos se vinculen orgánicamente con los objetivos económicos y sociales de nuestros respectivos países y con los procesos de integración económica y política a escala internacional. Las cuestiones que atañen a la cultura no están referidas, exclusivamente, a lo ideológico o lo estético.

Uno de nuestros problemas medulares es ver cómo, sin desvirtuar su carácter esencial, sino, por el contrario, subrayándolo, logramos la relación más estrecha de la promoción cultural con los programas de desarrollo y cómo elevamos, aún más, el lugar que aquella promoción debe ocupar en nuestra sociedad. En este sentido, es vital encontrar medios que permitan que la producción espiritual acreciente su peso, su papel creador y su consideración y dignificación a escala social. Mientras las producciones culturales sean vistas únicamente con fines hedonistas o elitistas o, lo que es aún peor, rebajadas a objetivos burdamente utilitarios, su lugar y su fuerza estarán relegados y su contribución a la sociedad se verá ostensiblemente mermada.

Fue en los tiempos ya lejanos de Simón Rodríguez, el maestro de El Libertador, cuando se empezó a insistir en que la utopía americana tenía por fundamento nuestra educación y nuestra cultura. Este es el gran aporte que debemos hacer los latinoamericanos y caribeños al mundo moderno. Pero, para lograrlo, es menester vincularse de manera práctica a los fines más importantes de nuestras economías, lo que solo podrá realizarse si afirmamos la cuestión medular de cualquier cultura nacional: su identidad.

Subrayamos aquí uno de los propósitos contemplados en la Declaración de Guadalajara, cuando nos insta a «promover un mercado común del conocimiento como un espacio para el saber, las artes y la cultura». Por eso, nos parece importante discutir, analizar y evaluar la ejecución del Plan de Acción de los Ministros de Cultura acordado en México y, en especial, avanzar, en el más breve tiempo, hacia la creación de un Fondo Latinoamericano y Caribeño para la Cultura y las Artes; garantizar el impulso definitivo que requiere el Mercado Común del Libro, cuyo proyecto ya ha sido elaborado; así como ampliar la adhesión por parte de todos nuestros gobiernos al Mercado Común Cinematográfico.

Asimismo, trabajar en favor del intercambio de experiencias en los eventos internacionales de carácter cultural; resolver el problema de la defensa del patrimonio cultural, acerca de lo cual se presentarán proposiciones y análisis en el curso de esta reunión; lograr el apoyo que reclaman los proyectos del Banco de Datos, el Desarrollo Audiovisual, el Inventario de Bienes Culturales y las ideas que se adelantan sobre un Programa Regional para la Defensa y el Fomento de la Música. Además de estas, puede haber una diversidad de iniciativas para las diferentes ramas del arte y la cultura, sobre lo cual podríamos dialogar y encontrar caminos específicos para promover el intercambio bi y multilateral.

Más adelante, aunque no esté en nuestro orden del día, sería preciso reflexionar, también, en cómo insertamos, más profunda y consecuentemente, la cultura en los procesos que tienen que ver con el desarrollo del turismo, lo que solo se alcanzará si le garantizamos a la cultura su autonomía de funcionamiento y su peculiaridad.

Todo lo anterior nos lleva a destacar la importancia que le concedemos a la colaboración que nos viene brindando la ALADI, a partir de su Acuerdo de Alcance Parcial para la Libre Circulación de Bienes Culturales, así como la asesoría de varios especialistas de la economía de nuestro continente, con el propósito de que nos ayuden a encontrar soluciones y amplíen nuestra perspectiva en una noción de cultura que se corresponda, cada vez más, con su papel creciente dentro de la sociedad.

Mención especialísima merece la estrecha colaboración de trabajo con la Unesco, cuyo director general, el señor Federico Mayor, nos ha expresado en conversaciones tenidas al efecto gran simpatía y apoyo a estos encuentros, así como la posibilidad de que estos sirvan para entroncarse con el trabajo de dicha institución internacional. Los ministros de Cultura requerimos de ese apoyo y de la consiguiente visión interdisciplinaria. Juntos lograremos lo que sería imposible si lo encaráramos solo con nuestros propios recursos y potencialidades. Se trata, en fin, de abrir o consolidar nuevos accesos para el trabajo cultural. Por lo pronto, contamos con propuestas y proyectos específicos, a cuya discusión es justo consagrar nuestro encuentro.

Quizás un análisis a fondo puede llevarnos a considerar, asimismo, que el sector cultural es uno de los que cuenta con mayores posibilidades para trabajar en la búsqueda de fórmulas de cooperación económica internacional, en correspondencia con las derivaciones de la reciente reunión de mandatarios iberoamericanos. Para la cultura resulta impostergable encontrar tales fórmulas porque, además de su

valor en lo que tiene que ver con el desarrollo de las ideas, la formación ética y estética, así como el fortalecimiento de nuestros vínculos espirituales; lo que tiene un peso económico que influye, de manera determinante, en lo que se ha dado en llamar la calidad de la vida.

El peso económico de la cultura muchas veces no es medible con precisión aritmética, lo que no significa que necesariamente ella se mueva solo en el ámbito de lo conceptual. De ahí que resulte fundamental encontrar, en su nexo con lo económico y lo social, los mecanismos que nos permitan promover las manifestaciones culturales hasta probar su eficacia extracultural. Es decir, su capacidad para elevar aspectos como la calidad de la vida y, por ende, su estrecha incidencia en la economía social. En el caso de Cuba, un análisis de los objetivos económicos y sociales más importantes nos ha llevado a determinar que si no la insertamos cabalmente en su dinámica y crecimiento, no alcanzaremos el imprescindible enriquecimiento cultural a que aspira nuestro país.

Desde luego, es bien claro para nosotros, y creemos que para todos los dirigentes latinoamericanos y caribeños que nos honran con su presencia, el principio de que nuestras responsabilidades como ministros de Cultura no son de carácter económico, sino que están raigalmente relacionadas con la defensa de la identidad de nuestras naciones, y con la indispensable articulación con el sistema de educación del país, que es una de las raíces esenciales de la cultura. El problema consiste en que, por influir en el campo subjetivo a escala social, acaba repercutiendo sobre la economía.

Sucede que no encontraremos manera de defender y proteger esa identidad si no hallamos su relación práctica con los procesos sociales y económicos que tienen lugar en nuestros respectivos países. Desvinculada de la economía y del proceso social, nuestra identidad quedaría a merced de quienes aspiran a destruirla para imponernos sus modelos hegemónicos, y hostiles a nuestra idiosincrasia.

Sabemos que la cultura no se administra, sino que se promueve y se desarrolla. Conocemos muy bien que su objetivo esencial, su aspiración más alta, está en fortalecer las fibras morales de nuestras sociedades. Apreciamos, con toda claridad que los pueblos que aquí representamos, son los protagonistas de nuestras más genuinas expresiones culturales. Esos valores se han creado a través de una larga historia de lucha en que hemos debido enfrentar obstáculos que a algunos les han parecido insalvables. Pero más allá de estas dificultades y por más dramáticas y difíciles de superar que sean las de hoy, ha estado la voluntad de garantizar la independencia de cada uno

de nuestros países y la integración de todos ellos en una gran patria común, que desde luego no borraría sino que fortalecería lo mejor de nuestras especificidades nacionales. Y esta voluntad integradora tiene contenido y carácter culturales, y repercute en las más diversas esferas de nuestra vida.

En fin, estimados amigos, aspiramos a que en La Habana se den pasos firmes para que la gran utopía de nuestros padres fundadores, en lo que toca a la cultura, tenga un peso real en la sociedad, se abra camino y alcance su expresión en los hechos. Hemos comenzado a actuar. Proponemos acelerar este proceso y pasar a una acción más dinámica, coordinada y eficaz. En ese camino están los deseos de Cuba, para la cual la integración de la América Latina y el Caribe no es solo viable, sino imprescindible, ante las contingencias del mundo actual y la necesidad de mostrarnos como un solo pueblo, fuerte y digno.

Les agradezco, en nombre del Gobierno y el pueblo cubanos, su generosa presencia en nuestra Patria en una hora crucial de la historia de Cuba, de América y del mundo.

Una América unida y fiel a sí misma es la única respuesta realista frente a los desafíos de nuestra época. Una época en la que la Patria es mucho más que un solo país.

43 El camino de Nuestra América.⁵²

La piedra angular del ideario político y moral de José Martí se halla en su pieza magistral «Nuestra América». Desde el título mismo hay una clara advertencia: la necesidad de diferenciar a Nuestra América de lo que él llamó la América que no es nuestra; ahí está el punto de partida de todas sus concepciones políticas y morales.

Recordando las palabras de Martí en «Nuestra América», podríamos también subrayar que:

estos tiempos no son para acostarse con el pañuelo a la cabeza, sino con las armas de almohada, como los varones de Juan de Castellanos: las armas del juicio, que vencen a las otras, trincheras de ideas valen más que trincheras de piedras.

Cuba se encuentra en el escenario más inmediato de la batalla colosal contra el imperialismo. De una parte, la América trabajadora, apasionada y romántica que levanta en lo alto las banderas de Bolívar, y, de la otra, la América sajona, que solo podrá hallar su verdadera libertad y su decoro humano si fuera capaz de salir del cascarón reaccionario que paraliza e impide el desarrollo de sus mayores posibilidades creadoras.

El predominio prolongado de sectas y clases poderosas le ha impedido, a Estados Unidos, desempeñar un papel noble y justiciero en el mundo de ayer, de hoy y del mañana inmediato. Y este predominio fue el que José Martí denunciara, con claridad, desde «Nuestra América» y desde otros diversos ensayos; él supo distinguir la patria de Lincoln de la patria de Cutting.

Los políticos reaccionarios norteamericanos de hoy parecen encerrados en su propia aldea; es cierto que se trata de una aldea gigante. He ahí el mayor peligro. Parafraseando los párrafos del Apóstol, podríamos decir que el político vanidoso de Norteamérica cree que el mundo entero es su aldea y, con tal que quede de presidente, gobernador o senador, o le crezca la alcancía, ya da por bueno el orden universal. Esta es la fundamentación de la política estadounidense actual, con el agravante de que no parece ahora crecerle la alcancía.

⁵² Artículo que escribió para Prensa Latina y que fue publicado en la revista mexicana *Sonar*, el 12 de noviembre de 1991.

El peligro se halla en que no se percatan, ni con mucho, de los límites inevitables de su poder; lo creen ilimitado, se sienten con fuerzas para ejercerlo. Pero llevan, en su vientre mismo, los gérmenes de su propia destrucción; los mata su codicia, como ocurrió en Vietnam, los incapacita la incompreensión de que el mundo ha dejado de ser una aldea. Y se sienten más poderosos porque en Europa del Este ha ocurrido un retroceso histórico. Para ellos ha desaparecido la lucha de clases, piensan que ha triunfado el liberalismo económico.

Para Nuestra América va llegando la hora del juicio final de su historia. Y para la búsqueda del camino, no ha de irse a la universidad norteamericana ni a la europea. Ha de buscarse la fuente inicial de sabiduría en este llamado magnífico y estremecedor de Martí, en su artículo publicado el primero de enero de 1891, en *La Revista Ilustrada* de Nueva York. Aquí tiene nuestra América su manifiesto de esperanza.

Para ir a sus esencias y recorrer este camino cuya piedra angular es el citado trabajo de Martí, hay que darse prisa, hay que conocerse.

Si estas ideas eran válidas en 1891, lo son ahora con más razón. Cuba está en pie para salvar la Revolución socialista, y desde luego la Revolución de Martí. Y en esta obra de salvamento y de servicio histórico, la unidad es el primer objetivo de los revolucionarios; y promover la división, la primera aspiración del enemigo.

Para marchar por este rumbo, ha de comprenderse que el problema de la independencia y, por tanto, de la identidad cubana como nación, no era una cuestión simplemente de cambio de formas; había, y hay, que cambiar el espíritu y afianzar el sistema opuesto a los intereses y hábitos de mando de los opresores.

Y cabe recordar, también, que:

El buen gobernante en América no es el que sabe cómo se gobierna el alemán o el francés, sino el que sabe con qué elementos está hecho su país, y cómo puede ir guiándolos en junto, para llegar, por métodos e instituciones nacidas del país mismo, aquel estado apetecible donde cada hombre se conoce y ejerce, y disfrutan todos de la abundancia que la naturaleza puso para todos en el pueblo que fecundan con su trabajo y defienden con sus vidas. El gobierno ha de nacer del país.

El espíritu del gobierno ha de ser el país. La forma del gobierno ha de avenirse a la constitución propia del país. El gobierno no es más que el equilibrio de los elementos naturales del país.

Por eso el libro importado ha sido vencido en América por el hombre natural. Los hombres naturales han vencido a los letrados artificiales. El mestizo autóctono ha vencido al criollo exótico. No hay batalla entre la civilización y la barbarie, sino entre la falsa erudición y la naturaleza.

El doctrinarismo ha de ser vencido por la sabiduría política y su práctica sana. En Martí, ese sentido de la realidad, de lo concreto, se deriva de su temperamento político. La política, como el arte o el modo de organizar y dirigir a los hombres y los pueblos para la realización de fines determinados, fue su más extraordinaria virtud. Quizás esta haya sido lo que más lo identifique con el temperamento de su pueblo.

En el pasado, esta virtud fue denegada por la politiquería y el entreguismo. El carácter político del pueblo debe ser exaltado hoy con el ejemplo de la inteligencia privilegiada de Martí. Fue esa inteligencia privilegiada y ese sentido político y práctico de la vida lo que lo llevó a expresar la síntesis de la conciencia de América en el histórico documento que estamos comentando.

Porque a la idea justa, al principio justo sólo es posible llegar con la política justa y acertada. Martí llegó, por su genio político, a decir *patria es humanidad*, y llegó a decirlo, porque él hacía política con claridad de su sentido universal, con exquisitez en los métodos, con firmeza indeclinable en los fines, con previsión extraordinariamente realista acerca de los peligros y limitaciones, y con pasión resuelta, serena y heroica por superarlos.

Y es un hecho real, a nuestra vista, que la solidez de ese pensamiento de franca tendencia hacia la movilización social y el combate a favor de las causas del pueblo de Cuba y, por tanto, de la causa de la Revolución socialista, constituye un elemento primario de educación política.

Todo lo que una a las fuerzas intelectuales, morales y revolucionarias de la nación cubana y promueva su fusión y articulación con el pueblo como conjunto, será útil. Y todo aquello que innecesariamente divida será perjudicial a la causa revolucionaria de la nación cubana.

Martí articuló el Partido, fue un partido único; unió al Ejército Libertador, a los bravos gigantes, quienes venían con las glorias de la guerra. Los pudo agrupar en un solo ejército. En un solo partido. Y fue capaz de organizar esa guerra y de llevarle los medios técnicos y

materiales indispensables para que la chispa se extendiera por todo el territorio nacional.

Era Martí un hombre de pensamientos volcado hacia la acción política, que organizó una guerra y fundó un partido para la independencia. De esta forma, fue fiel a la mejor tradición del pensamiento cultural cubano. No quería que la República, con la cual soñaba, se quedara al margen de la idea de los principios con que había tejido la madeja de la patria libre.

De ahí, de la cultura nacional, de la de José Martí, el país heredó elementos esenciales para la acción política. Obviamente, una tradición cultural como la cubana, orientada hacia el compromiso y la acción políticos, no podrá jamás quedar al margen del debate en cualquier época histórica. El debate deberá realizarse para fortalecer la unidad y ser más capaces en el enfrentamiento de ideas a escala internacional.

Es la hora de la más estrecha unidad entre todo lo que representa el movimiento intelectual, entendida esta expresión en su sentido más profundo y cabal, y de su fusión definitiva con el momento económico y social. Y es la hora también de vincular las ideas, métodos y principios culturales a los procesos económico-sociales y al movimiento ideológico, moral y espiritual del pueblo.

44 América Latina: pensamiento político y cultura.⁵³

Desde el río Bravo hasta la Patagonia hay un germinar de nueva cultura y una aspiración de identidad cultural que se tiene que enfrentar a la hegemónica simbolizada en la Doctrina Monroe. Y si se le extrae a esta contradicción fundamental todas sus consecuencias, debemos tener la suficiente amplitud para analizar las cumbres del pensamiento humano y, en este caso, el pensamiento latinoamericano no puede ser pasado por alto, ni ignorado. Asimismo, se tiene que tener conciencia clara del enfrentamiento político directo que existe entre la cultura latinoamericana y caribeña, y la cultura hegemónica de grupos dirigentes de Estados Unidos. Porque la lucha que hemos librado y aún tenemos que llevar adelante, no es contra el pueblo norteamericano y los estadounidenses, sino contra los grupos dirigentes, la oligarquía de ese país. Y esa es una confrontación política, cultural, que se revela en todos los planos de la vida.

Cuando repaso estas ideas, recuerdo también que en el llamado socialismo real de Europa Oriental y la URSS, se cometió el disparate colosal de subestimar a grandes figuras de las vanguardias artísticas del siglo xx. Porque durante mucho tiempo el arte moderno fue tildado por aquellos mediocres de idealista y ajeno a la realidad. Sin embargo, figuras cumbres del arte moderno, que eran de origen ruso, convivieron con Lenin en los inicios de la Revolución de Octubre, y solo después se trasladaron a Occidente y se vincularon al resto de las corrientes del arte moderno; por ejemplo, a la Bauhaus, al diseño artístico, y fueron como la antesala del diseño artístico del siglo xx. En Cuba, por el contrario, cuando se produjo la Primera Bienal de La Habana, ya teníamos claro que ese movimiento era una corriente fundamental del pensamiento estético contemporáneo.

[...]

Pero en este siglo, reitero, en el llamado socialismo real, se cometieron grandes errores en el orden de la cultura, motivados en última instancia por la incultura y la ignorancia. Eso fue, en mi opinión, lo que ocurrió con el marxismo, sobre todo a partir de las décadas del 20 y del 30. Hoy se reconoce universalmente que el marxismo, el so-

⁵³ Versión resumida del artículo exclusivo para Prensa Latina, publicado el 17 de diciembre de 1991. También apareció en los siguientes periódicos: *Excélsior* de México; *Brecha* de Uruguay y *La Hora* de Ecuador.

cialismo y el pensamiento social quedaron trancos en el período de 1930 a 1950. Esto que se reconoce hoy, en todo el mundo, es lo que Ernesto Che Guevara planteó insistente y apasionadamente. Fue un chispazo genial, plantear el problema en el terreno concreto de los hechos sobre un fundamento, desde luego, de cultura política.

Sin haber estudiado *El Estado y la revolución*, Fidel no hubiera podido escribir *La historia me absolverá*; pero lo estudió tanto y tan profundamente y estaba tan consciente de la cultura política cubana, que no hay una sola frase de cliché en ella, ni hubo la posibilidad de que se descubriera entonces que quien había escrito aquello lo había podido hacer porque había leído y estudiado fecundamente a Lenin. Porque su trabajo tuvo una maestría genial, fundamentado en el pensamiento de Martí de que la liberación de Cuba y las Antillas era para evitar, a tiempo, que el imperio yanqui se extendiera por las Américas y cayera, con esa fuerza más, sobre nuestras tierras, poniendo en peligro el equilibrio del mundo.

Fue este el programa político de la Revolución en aquella etapa, que no proclamaba el socialismo, ni el marxismo-leninismo, pero que no podía ser concebido sin un pensamiento marxista-leninista, sin una cultura fundamentada en el pensamiento de Marx y Lenin.

Desde esa óptica vemos los problemas, porque la cuestión esencial es política. Hoy tenemos un enfrentamiento directo al imperialismo y tenemos que unir a los intelectuales de América Latina y el Caribe. La unidad latinoamericana y caribeña tiene que partir del movimiento intelectual y científico, sin prejuicios de ninguna clase.

Somos marxistas y leninistas, porque esas ideas se entroncaron con el pensamiento cubano. Y lo somos, porque las consideramos sin prejuicios, a partir de analizar la vida, la práctica, y de estudiarla sobre los fundamentos del materialismo histórico y dialéctico. No obstante, existen muchas fuentes del pensamiento, doctrinas, teorías en Latinoamérica que no provienen de Marx, que no tienen fundamento en Marx; por ejemplo, el pensamiento antiimperialista de Martí es anterior a Lenin, y no tiene un fundamento en Marx.

Ese es el pensamiento latinoamericano a que nos referimos. Nosotros, como marxistas, creemos que este es la cumbre del pensamiento filosófico de la humanidad, pero, como revolucionarios marxistas actuando en política, queremos unir estrechamente, y por lazos indestructibles, a todas las formas del pensamiento latinoamericano.

Una vez se criticó a la Revolución cubana porque había introducido una ideología extranjera extracontinental en América Latina.

Como si la primera ideología extracontinental introducida en este continente no hubiera sido, precisamente, el cristianismo, que no nació aquí.

Lo esencial está en que la cultura latinoamericana ha sido capaz de asimilarlo, de verlo todo, por eso los cubanos enarbolamos las banderas de la filosofía electiva. Esa realidad se expresa no solo en los acontecimientos de la Europa del Este, sino también en las convulsiones volcánicas de Caracas, en la situación económica de Argentina, en la miseria que viven los pueblos de América, en las dramáticas contradicciones enfrentadas en Perú, en los anhelos de los desposeídos.

Hechos cuya afirmación rotunda no constituyen ningún sectarismo es que Estados Unidos invadió, hace más de veinte años, Santo Domingo, que las oligarquías norteamericanas aplastaron a Granada, que el ejército norteamericano se instauró en Panamá, que la Doctrina Monroe ha tratado, desde hace cerca de 200 años, de aplastar el desarrollo independiente.

Los latinoamericanos podemos por todo ello dar una lección al mundo, pero solo si somos capaces de unirnos; y solo podremos unirnos si analizamos, sin sectarismo, sin dogmatismo, las figuras cumbres del pensamiento humano y sus enlaces con la realidad presente.

45 [Las reuniones de ministros de Cultura de América Latina y el Caribe han contribuido a la integración de la cultura latinoamericana].⁵⁴

[Periodista: Vamos a establecer contacto nuevamente con el ministro de Cultura Armando Hart Dávalos, quien se encuentra en Caracas, Venezuela, representándonos en el V Encuentro de Ministros y Responsables, de este sector. Ministro, ya se ha restablecido la comunicación, quisiéramos que nos contara nuevamente, desde el principio, cuáles han sido los resultados de esta reunión, que se inició el pasado día 16 y que concluyera ayer].

La reunión concluyó con una declaración general muy positiva, muy interesante; había que tener en cuenta los antecedentes de las reuniones de Brasilia, Mar del Plata, Ciudad México y La Habana.

En esta reunión se tomaron algunos acuerdos sumamente interesantes, importantes. En primer lugar, se aprobó un Sistema de Información Cultural Latinoamericano y Caribeño. Para que se tenga en cuenta su valor, su importancia, compréndase lo que es estar cada uno de nuestros países informado de todo lo que ocurre, de todo el quehacer cultural y toda la creación artística de cada uno de nuestros países. Se utilizan los más modernos procedimientos técnicos para esta información. Se aprobó, también, hacerlo inclusive por regiones.

Se aprobó también celebrar una reunión técnica para materializar esta cuestión del Sistema de Información.

En segundo lugar, también se aprobó un Sistema de Formación y Cooperación de Formación de Personal; esto es, en el Sistema de Educación Artística. Se hizo un estudio muy cuidadoso de todo esto y un programa de cooperación en este campo. Por cierto, hubo por parte de muchas delegaciones un reconocimiento acerca de los avances de Cuba en la educación artística, y se aprobó, ya para materializar los acuerdos adoptados y la cooperación ya concretada, un encuentro de especialistas que se va a celebrar precisamente en La Habana, en el primer semestre de 1993.

⁵⁴ Entrevista concedida, vía telefónica, desde Caracas, Venezuela, para el programa «Haciendo Radio» de Radio Rebelde, con motivo del V Encuentro de Ministros de Cultura de América Latina, efectuado en ese país en noviembre de 1992.

También hubo un acuerdo en relación con el gran movimiento que tiene Venezuela referente a las orquestas juveniles, que promueve precisamente el ministro de Cultura venezolano, quien además de ser ministro es un músico eminente y un gran promotor de la música. Se acordaron planes en relación a promover orquestas juveniles en diversos países de América Latina, y un movimiento en este sentido, incluso orquestas regionales y después hasta inclusive de más alto alcance. Este fue un tercer acuerdo.

Se habló mucho del tema económico, que es un tema álgido no solamente en la cultura, sino también en toda la situación económica que viven América Latina y el Caribe. Habíamos promovido la idea de crear un mecanismo que se llama Fondo Económico para la Cultura, para promover financiamientos a través de la cultura. Esto fue muy debatido, dadas las dificultades que objetivamente existen. Entonces, se había acordado anteriormente, por la Secretaría Pro Tempore, que un especialista de alto nivel en cuestiones de carácter económico, el Sr. Enrique Sarabia, hiciera un análisis, un estudio de esto. Él presentó su estudio, que es un estudio técnico de las diversas variantes que hay, para promover mecanismos de financiamiento a la cultura en América Latina.

Nosotros presentamos experiencias e ideas de Cuba en relación con algunas de estas cuestiones, que son bastante complicadas. Claro, nosotros tenemos un sistema social diferente, y estamos abordando ahora nuevas vías en la cultura, precisamente, y de forma muy embrionaria. Todo esto se estudió y discutió allí con amplitud. Fue muy enriquecedor para nosotros conocer cómo operan estos mecanismos en el continente. Se acordó que esto iba a analizarlo una reunión de especialistas que se celebrará en Colombia, en el primer semestre del próximo año, para darle ya una forma definitiva y ver cómo se puede crear un mecanismo de financiamiento de la cultura. Había algunos muy escépticos en relación con este problema, dadas las dificultades económicas. Pero, de todas maneras, pienso que lo más importante es que se han hecho esfuerzos para crear mecanismos que conduzcan al financiamiento de la cultura.

Por otro lado, se habló también de la Unesco y las relaciones con ella, y se acordó una reunión del grupo latinoamericano en París con el director general de la Unesco, algunos funcionarios y especialistas de nuestros ministerios, con vistas a informarlo de todo lo que hemos venido acordando en estas reuniones de ministros, para buscar un enlace y una cooperación con esa organización. La Unesco está dando alguna cooperación en esta dirección.

Es decir, que todas estas decisiones, y algunas más, porque no podría detallarte todas, fue lo que se acordó. Por ejemplo, hay un plan de acción para nuestra región en cuanto a festivales, encuentros culturales y diversas actividades de este carácter, que se aprobó también. En todas estas reuniones se aprueba un plan de acción, se revisa lo que ha ocurrido en el período anterior y se aprueba un plan de acción. Se ve —como he dicho anteriormente en «Haciendo Radio»— que hay una diversidad de eventos culturales de gran magnitud en América Latina y el Caribe. Al mismo tiempo, se aprobó el nuevo plan de acción para el próximo año.

Por otra parte, también se perfeccionaron los sistemas o mecanismos de interrelación entre nosotros y de organización de estas reuniones. La próxima, como ya he anunciado, será en Chile, el año que viene. Es decir, que estas reuniones han demostrado la validez del camino emprendido desde Brasil hasta aquí, desde el año 89 hasta hoy, para trabajar en favor de la integración de la cultura latinoamericana.

Nos sentimos muy felices, en medio de las enormes dificultades que tienen nuestros pueblos y países; dificultades que no son exclusivas del pueblo de Cuba, dificultades que son de todos los pueblos de América, y estamos trabajando para promover un intercambio mayor y poder ayudarnos los unos a los otros.

[P: Ministro, Estados Unidos arrecia su agresividad contra nuestro país. Quisiéramos conocer si Ud. ha percibido ahí, en Caracas, la solidaridad con Cuba en estos momentos, cuando enfrentamos tanta hostilidad precisamente del imperialismo].

Hay solidaridad con Cuba sin límites, extraordinaria; hay mucha cooperación en el campo intelectual, también eso se manifiesta. Como Ud. sabe, la Ley Torricelli fue denunciada por todos los gobiernos del mundo. Creo que hasta ahora, en la historia, es la decisión norteamericana más universalmente repudiada. Desde luego, todo eso repercute.

Muchas gracias, y un saludo entrañable para el pueblo de Cuba.

46 Una batalla por la identidad de Nuestra América.⁵⁵

Los cubanos estamos enfrentando gigantescos obstáculos; para vencerlos, los valores éticos, educacionales, culturales y políticos que expresan la cultura cubana constituyen una bandera irrenunciable.

Respondemos a la tradición bolivariana y martiana que exalta la unidad moral y por tanto cultural de los pueblos de Nuestra América, y tenemos conciencia de que en este empeño en que estamos se ventila una batalla importante en la defensa de esa identidad.

Existe un reconocimiento internacional de que en Cuba se ha producido una explosión de la promoción artística en los últimos años. He leído crónicas y comentarios de muy diversos matices políticos. Cada cual interpreta estos hechos de acuerdo con la posición política que tenga con relación a la Revolución cubana, pero es evidente que se abre paso la verdad.

Especialistas y personalidades de la cultura de diversas latitudes han mostrado, de manera pública o privada, un gran respeto por el crecimiento cualitativo del arte y de la enseñanza artística de nuestro país. He observado, incluso, que en la prensa contraria a la Revolución, con enfoques políticos muy diferentes de los nuestros, se reconoce la explosión de la plástica cubana y se acepta que ha sido consecuencia de la Revolución.

La Revolución cubana nunca ha rehuído, ni rehuirá el reto que supone el intercambio cultural. Tanto nuestros amigos como incluso nuestros enemigos deben tomar muy en cuenta que el potencial artístico cubano tiene profundas raíces nacionales, se enriquece constantemente, y su base de apoyo se encuentra en una vasta red de instituciones culturales y docentes distribuidas a lo largo y ancho de nuestro territorio. Esta es una fuerza política y moral invencible. El éxito de esta política se fundamenta en que nos hemos afirmado en la tradición cubana, latinoamericana y caribeña más auténtica y la hemos enriquecido en el movimiento artístico internacional; nunca hicimos de estos aspectos antagonismo alguno. Por eso hemos sido fieles al sentido patriótico, latinoamericano y caribeño, de vocación universal que se halla en el sustrato de la cultura nacional, y se ejem-

⁵⁵ Artículo que escribí para Prensa Latina y que fue publicado varios medios de prensa. Esta es la versión que apareció publicada en el periódico *Granma Internacional*, el 18 de abril de 1994.

plifica en artistas de la escala de José María Heredia, José Martí, Nicolás Guillén, Alejo Carpentier y Lezama Lima, entre otros más.

El enorme potencial artístico creado es un producto del sistema general de educación, al cual ha contribuido el subsistema de enseñanza artística. Sobre el fundamento de que todos los niños y jóvenes reciban educación integral, se seleccionan aquellos que con vocación específica y talento para el arte puedan ingresar en nuestras escuelas especializadas. La educación estética no es exclusivamente una necesidad artística, es también una necesidad educacional. No basta adquirir profesionalismo y estimular el talento, ha de ir esto acompañado de una formación cultural profundamente humanista que recoja la tradición de nuestro movimiento espiritual.

En la historia de la civilización occidental mucho se ha hablado de humanismo en relación con la cultura y el arte e, incluso, se ha trasladado el asunto a la política con las famosas batallas por los derechos humanos. Se suele hacer con un sentido bien distinto de lo que esta expresión significa en el ideal martiano. Por ello, resulta imprescindible explicar lo que nosotros entendemos por humanismo.

Dos corrientes del pensamiento occidental llegaron a Cuba en centurias anteriores: la de las revoluciones democráticas y populares de los siglos XVIII y XIX europeos, fundamentadas en la Ilustración y en los enciclopedistas, y la del cristianismo y su sentido de redención humana y social. Ambas tuvieron influencia en la cultura que conformó el ideario político y ético de José Martí. Estas corrientes fueron interpretadas y sentidas en Cuba no al modo en que se hizo en Europa o en Estados Unidos.

La estructura social del Viejo Continente condicionó el hecho de que el pensamiento democrático humanista, inicialmente popular y revolucionario, se transformara, en el Viejo Continente, en conservador. Lo mismo que, como han planteado los Teólogos de la Liberación, ocurrió con el ideal cristiano en los tiempos de su romanización y helenización.

La composición social y la evolución económica de Cuba determinaron que las ideas democráticas que nos llegaron de Europa y los mejores valores humanos del cristianismo se radicalizaran hacia los sectores populares. Lo más depurado de tales ideas no está referido en Cuba solo al plano intelectual o teórico, ni al individuo en abstracto, como ocurre en la civilización occidental, sino a los millones de seres humanos que sufren la miseria, la explotación y la ignorancia.

Desde épocas tan tempranas como los comienzos de la década de 1870, José Martí, con menos de veinte años, se refirió a la «honra

universal». La perspectiva anticolonialista le hizo comprender que los ideales propagados por el liberalismo europeo podrían estancarse en la misma medida en que la República Española de entonces mostraba una actitud conservadora con respecto a la separación de Cuba de España. Eso lo llevó a afirmar que las intenciones de liberalismo, así como su espíritu, podrían verse turbados por lo que llamó «el amor a la mercancía», en otras palabras, por los intereses económicos.

Las ideas liberales del siglo XIX europeo estaban enmarcadas en un estrecho nacionalismo. Martí hablaba de la «honra universal», con lo cual rebasaba la concepción de la Europa de entonces. El sentido humanista de nuestra cultura tiene, pues, fundamentos en la defensa de los intereses de los pobres, de las masas explotadas, y adquiere, por ello, un sentido universal.

Sobre el fundamento de su tradición espiritual y de las necesidades económicas y sociales de su población, Cuba posee un sentido humano y universal de la libertad y de los derechos del hombre. En la América mestiza, el concepto de humanidad comprende, desde luego, a los pobres de la tierra con los que Martí quiso su suerte echar.

En el plano estrictamente cultural, el basamento de esa universalidad se halla en el hecho de que en América Latina y el Caribe se amalgamó, a través de una historia común, un conjunto de fuerzas económicas, políticas, sociales y culturales. Tal fusión, en su expresión más compacta, no ha cristalizado históricamente, es todavía una tendencia; sin embargo, una tendencia esencial y objetivamente la más progresista. La cristalización de esa aspiración en el terreno político e intelectual fundamentó el ideario martiano cuando el Apóstol hablara de «La República moral de América».

En Cuba, el fondo de la cultura humanista responde a los intereses de la inmensa mayoría de los seres humanos que no saben escribir la palabra «humanidad» o la palabra «democracia», o las palabras «libertad» y «dignidad». Nuestro humanismo comprende a todos los hombres y mujeres sin excepción. Ahí está un fundamento de nuestra educación humanista, para esto se requiere del trabajo esmerado de educadores y artistas. Y ahí está también una de las cuestiones que hay que tener en cuenta para analizar el carácter de nuestra democracia y su diferencia con las democracias que no son nuestras.

La confrontación de técnicas didácticas y de estilos pedagógicos, así como el intercambio de experiencias y programas, se convierte en un valioso aporte de los educadores artísticos a la consolidación de una conciencia latinoamericana que hoy más que nunca necesitamos.

Pero debemos tener en cuenta lo siguiente: en América hemos aplicado muchas veces, a la forma de cartabón y con esquemas importados, las ideas que nos han venido de otras latitudes. De esta culpa no está excluido ningún país de nuestra área ni ninguna de las ideologías que han llegado a este continente. Sin eludir errores que los cubanos hayamos cometido en estos años en relación con tan importante problema. Puedo asegurar que la esencia más profunda de nuestras ideas de ayer, de hoy, de mañana, las ideas de Fidel, está en hallar y promover los caminos originales que Cuba y Nuestra América necesitan para alcanzar su unidad y su redención definitiva.

47 [La educación popular está en la médula del mejor pensamiento latinoamericano].⁵⁶

Desde hace más de una década, he sostenido un diálogo muy provechoso con el movimiento de educadores populares. En 1988, me reuní, en la Casa de las Américas, con un amplio grupo, donde conversamos sobre la perspectiva de este empeño generoso. Resalté entonces lo mucho que podía representar el trabajo de ustedes para destacar las mejores tradiciones populares y la identidad cultural latinoamericana y caribeña.

Tras los dramáticos acontecimientos que desembocaron en la desaparición del socialismo en Europa Oriental y la URSS, se planteó un cambio de enormes proporciones en el curso de la historia. Esto despertó la euforia de los círculos más agresivos de la derecha internacional y un debilitamiento de las fuerzas de izquierda. Sin embargo, tras los nuevos acontecimientos, ya se va comprendiendo que, aunque el socialismo real de Europa del Este y la URSS haya sido enterrado, no han desaparecido, sino que se han agravado las condiciones sociales y económicas que generaron la Revolución rusa de 1905 y las de febrero y octubre de 1917, y, desde luego, estas realidades están hoy más presentes que nunca a escala universal.

Los tiempos nuevos que han sido llamados «postmodernos» representan —tal y como afirma el teólogo de la liberación Leonardo Boff— conceptos que solo reflejan el lado patológico de la modernidad, nacida hace quinientos años; con ello muestran la crisis ideológica y ética del sistema dominante en el mundo en este medio milenio.

En la esencia de la hermosa labor que ustedes llevan a cabo está presente un tema cardinal de la cultura de Latinoamérica, desde el ángulo de los intereses populares. Y para mí, ese es el tema cardinal que se mueve en la época nueva: me refiero al carácter de los vínculos entre lo que expresan los conceptos «pueblo» y «cultura» o, para expresarlo en la forma que se ha venido usando, entre lo culto y lo popular.

Lo importante del esclarecimiento necesario acerca de la relación entre cultura, educación y pueblo, estriba en que no trascendemos el tiempo histórico que muchos creen fenecido sin dilucidar este problema clave de la modernidad que se gestó en los 90; es decir, sin

⁵⁶ Palabras que preparó para pronunciar ante la III Asamblea General del Consejo de Educación de Adultos de América Latina, celebrada en La Habana en 1999.

la solución teórica y práctica de tan importante problema, a escala mundial seguiremos en un callejón sin salida, lo que algunos autores han calificado como la explosión del desorden.

La historia de la cultura cubana, y latinoamericana, con sus variantes y particularidades, ofrece una clave que puede ser nuestro aporte intelectual a un mundo donde en el Este y el Oeste se impuso dramáticamente el materialismo vulgar y ramplón.

Desde los tiempos fundadores de Félix Varela, la diferencia entre lo culto y lo popular fue superada por su pensamiento antiesclavista y su decidida posición independentista. La dicotomía que trazó un valladar entre el pueblo y los intelectuales, y que sirvió de freno al movimiento espiritual en la república neocolonial, fue ampliamente rebasada por la cultura política y ética de José Martí.

En nuestro siglo, las investigaciones sociológicas y antropológicas de Fernando Ortiz, la alta sensibilidad artística de la poesía de Nicolás Guillén —que elevó el habla de los explotados a las más altas cumbres de la literatura universal—, la creación estética de Wilfredo Lam —que fue una síntesis de tres continentes—, los estudios musicológicos del propio Ortiz, de Alejo Carpentier y de Amadeo Roldán, y en el plano más vasto de la cultura, el pensamiento integrador del ya mencionado Carpentier, muestran una síntesis de cultura y pueblo que facilitan una enorme riqueza espiritual.

Tal y como entiendo la idea de la educación popular, en esta se plantea también la búsqueda de una articulación y síntesis de estos dos conceptos. Pero no solo esto, sino que además se proyecta en su magnitud social. En Cuba, desde los años del triunfo de la Revolución, esta síntesis estuvo presente en la gran Campaña de Alfabetización y de la extensión de la enseñanza a toda la población.

La complejidad del problema en el estadio actual del movimiento educacional y cultural del país se halla en que resulta indispensable lograr esa articulación entre cultura y pueblo en una escala o plano muy superior. Esto porque se enlaza con los vínculos entre cultura y desarrollo. Y aquí es donde el problema alcanza una dimensión teórica y práctica insospechada. En un período excepcional como el que vivimos, apreciamos con más fuerza que nunca la necesidad de que la cultura se vincule a toda la problemática social y económica sin perder, desde luego, su carácter y sus fines. Por el contrario, ello le garantizaría más eficacia.

En el orden más inmediato y directo, la educación popular por ustedes promovida está en el centro de esta problemática y genera una participación social que, desarrollada de manera consecuente,

le abre paso la defensa de los intereses vitales de nuestras naciones, comunidades, grupos étnicos y culturales de los explotados. Es imprevisible el alcance que este proceso pueda tener. En la sustancia de este hay, además, confianza en el hombre en tanto se proyecta socialmente y en su futuro. Es bueno subrayar que esta confianza en el hombre, en la educación y en la cultura está en la médula del mejor pensamiento latinoamericano.

No podremos avanzar ni ser realmente modernos si no nos apoyamos en la cultura universal acumulada a partir del acervo espiritual de cada uno de nuestros pueblos. En vísperas del año 2000, no habrá genuina modernidad negando, de forma iconoclasta, superficial y dogmática, quinientos años de historia humana. No ha existido una nueva época en la historia que haya nacido o se haya desarrollado sin partir de una profunda confianza en el hombre y su futuro. Hay que rechazar lo que esos quinientos años tienen de inhumano y cruel, y afirmar lo que poseen de humanismo y sueño en el futuro de la humanidad. No aceptamos la imposición que pretenden hacer quienes quieren matar la esperanza.

Hoy más que nunca, cuando los peligros de extinción de nuestra especie están presentes por un desarrollo económico, tecnológico y científico deshumanizado, hay que proyectar una visión esperanzadora, alentadora, acerca del porvenir de la humanidad, y esto no podremos hacerlo sin el apoyo de las ideas, sentimientos y emociones genuinamente humanistas y que incluyen no a una parte de la población del mundo, sino a toda ella y, en especial, a los pobres. Un desarrollo económico, tecnológico y científico sin una opción o decisión ética en favor de los pobres nos conducirá a la catástrofe, y por eso hay que promover esa voluntad de transformación inspirada en los principios éticos.

No se trata, exclusivamente, de una conclusión científica; se trata, además, de la voluntad humana, social, colectivamente concebida para enfrentar el drama de los pobres. No podemos dejar al margen las enseñanzas y las más nobles aspiraciones de los sabios, científicos y mártires de este milenio de historia, que se plantearon de una forma u otra, bien sea por vías religiosas, científicas, sociales o, simplemente, políticas, la tragedia de la injusticia social. El acento de una modernidad que en los 90 puede gestarse está en proyectar el desarrollo económico sobre fundamentos humanistas de valor genuinamente universal.

Aprendamos de la historia. Si en la práctica socialista de las últimas décadas se descuidaron las formas y métodos a través de los cua-

les opera el movimiento económico y, por tanto, no se le dio el peso requerido a los valores esenciales de lo que se ha llamado superestructura —error que sea pagado y se está pagando muy caro—, constituye un grave dislate el que se comete en nombre de la ideología capitalista contemporánea de ignorar o subestimar el descubrimiento filosófico de que las contradicciones entre pobres y ricos, y las luchas económicas que estos generan constituyen, en última instancia, el curso histórico.

Una visión moderna tendría que superar esos dos errores para arribar a una síntesis que conduzca hacia la acción colectiva y social. El enorme poder de movilización popular y, por tanto, del trabajo que ustedes realizan, está en el centro mismo de esta problemática clave.

El campo educacional y cultural es uno de los espacios privilegiados para este empeño renovador. En él se integran el saber científico, social y político, la razón, la emoción, la creatividad, el diálogo, el sentido ético, el poder comunicativo que posee el arte, y que, entre otros muchísimos factores, intervienen en la vida del hombre y se expresan en su cultura. Por eso la cultura constituye el factor que integra mayor número de elementos a la solución de las necesidades del desarrollo económico y social.

En el campo de la educación y la cultura se muestran, de una forma u otra, los problemas económicos, el drama de la pobreza, las cuestiones de carácter ecológico. En él se ventila la formación moral ciudadana. De todo esto se deriva que la primera y más importante cuestión estará en señalar que resulta indispensable vincular el crecimiento económico, científico y tecnológico con el desarrollo social, humano y espiritual.

La subjetividad genuinamente cubana con alto nivel de desarrollo intelectual está en favor del compromiso social y político hacia los intereses de la población trabajadora del país. Ahí nace una filosofía y una cultura de liberación social. No hemos inventado estas ideas, hemos tomado conciencia de lo que somos y nos hemos comprometido con el ideal universal de redención humana. Es nuestro compromiso con lo que somos y con la humanidad. Este es también el compromiso de un intelectual educado en la lucha de liberación.

A su vez, en lo mejor del pensamiento latinoamericano, los términos educación, ciencia, economía, ética, en fin, cultura, en sus más variadas expresiones, están marcados como tendencia principal por la posibilidad de una interrelación y búsqueda de síntesis superior. Porque no se trata, exclusivamente, de una conclusión científica, se trata, también,

como hemos dicho antes, de una opción ética. Ciencia y conciencia forman una unidad indisoluble en la cultura latinoamericana.

La América sufrida que Martí llamó mestiza y trabajadora puede aportar el valor de una ética universal expresada en el humanismo de los pobres y explotados. En los tiempos modernos que estamos viviendo, esta idea de integración cultural se aprecia como interés de los pobres y explotados. En la visión más abarcadora del concepto de cultura está la raíz y la fuerza de la lucha a favor de los pobres.

Puedo afirmar, asimismo, que la cultura comprendida en su sentido cabal está situada en el sistema nervioso central de la civilización; por esta razón pudo decir José Martí: «La madre del decoro, la savia de la libertad, el mantenimiento de la República y el remedio de sus vicios, es, sobre todo lo demás, la propagación de la Cultura».

48 Embates de la cultura latinoamericana y caribeña en la frontera de intermilenios.⁵⁷

Alejo Carpentier, en su artículo «Lo que el Caribe ha dado al mundo», decía:

El Caribe ha desempeñado un papel privilegiado y único en la historia del continente americano y del mundo.

En primer lugar, allí se realiza el descubrimiento del paisaje americano, de la realidad de otra vegetación y otras tierras que aparece en el diario de viaje de Cristóbal Colón. Con ese libro y con las cartas que Colón manda a los Reyes Católicos narrando sus viajes sucesivos se instala América en las nociones del hombre y éste tiene por primera vez una noción cabal del mundo en que vive. Ya conoce su planeta, ya sabe que es redondo, lo va a explotar ahora a sabiendas de a dónde va. Por primera vez en la historia sabe él en qué mundo vive.

Este acontecimiento es tan trascendental y tan importante que hemos de decir que es el acontecimiento más importante de la historia. Porque existe en la historia universal un hombre anterior al descubrimiento de América y un hombre posterior al descubrimiento de América. Ha sido descubierta América y, de repente, por una serie de circunstancias, nuestro suelo, y muy particularmente el suelo Caribe, se vuelve teatro de las primeras simbiosis, del primer encuentro registrado en la historia en entre tres razas que, como tales, no se habían encontrado nunca: la blanca de Europa, la india de América..., y la africana... Simbiosis monumental de tres razas de una importancia extraordinaria por su riqueza y su posibilidad de aportaciones culturales y que habría de crear una civilización enteramente original.

Nuestra cultura está en el centro del desafío de estos tiempos intermilenios. Se trata del ideal latinoamericano y caribeño que corre por las venas de su historia. Uno de sus más lejanos antecedentes se encuentra en aquellos navegantes del siglo xv, encabezados por Cristóbal Colón, que iniciaron su marcha hacia el oeste, para hacer

⁵⁷ Conferencia que pronunció en el Teatro Olimpo de la ciudad de Mérida, Estado de Yucatán, México, con motivo de su participación en la semana de la cultura americana, publicada de forma íntegra en el diario *Por Esto*, el 10 de febrero del 2000.

un descubrimiento mucho más importante de lo que podían imaginar los protagonistas de la singular gesta marítima. No solo encontraron un nuevo camino hacia las Indias, sino que descubrieron los senderos del mundo y las vías por las cuales iba a transitar la historia durante más de medio milenio. Toda noción geográfica hasta entonces vigente quedó atrás.

Por encima de la diversidad de realidades sociopolíticas y de los problemas a resolver por nuestros países, el fruto del trabajo conjunto ya forma parte de una herencia que debemos cuidar, cultivar y potenciar. En primer lugar, porque la inscribimos en una larga tradición espiritual que desde la forja de Nuestra América ha ido construyendo un legado de valor universal. En segundo término, porque nos es necesario para abordar los retos de hoy y marchar por un camino legítimamente autóctono.

Como consecuencia de los desajustes sociales en diversas latitudes, el mejor pensamiento de la Edad Moderna está, de hecho, fracturado, y se ha impuesto a gran escala un materialismo vulgar y ramplón, contrario a los valores singulares de la humanidad, cuestionador de los paradigmas éticos y que, incluso, ya lesiona los principios políticos y jurídicos del Occidente civilizado. El pragmatismo y su hermano gemelo, el pensamiento tecnocrático, fragmentan las diversas categorías de la vida social, sitúan sus variados contenidos en departamentos estancos, obstaculizan sus vasos comunicantes, que son los que le dan el más profundo valor humano y social a la cultura.

La agudización creciente de estos antagonismos genera conflictos, amenaza la paz e, incluso, pone en peligro a la civilización misma y está afectando seriamente nuestra atmósfera y la naturaleza que ha servido de cuna a la humanidad y a su desarrollo. Hay que abordar estos temas cruciales desde el plano de la cultura para garantizar la continuidad de la civilización y el porvenir de la humanidad.

La modernidad rechazó muchos de los mitos existentes porque venían distorsionados por las más viles pasiones humanas pero, de hecho, acabó promoviendo los de la razón, la ciencia y la técnica. Detrás de estos últimos, se revelan necesidades consustanciales a la evolución social. La inconsecuencia no ha estado en aceptar la validez de paradigmas y de móviles ideales, sino en no partir de estos para buscar sus raíces y causas fundamentales. Sin estos valores y sus expresiones formales desaparecerían las civilizaciones, el sentido de la vida y el papel funcional de la cultura.

La exaltación de la razón y de la ciencia por la civilización occidental tuvo el mérito de echar abajo, en lo conceptual, y ya era algo

importante, las atávicas tendencias a la irracionalidad. Sin embargo, para superarlas en el plano real no basta el pensamiento racional, ni siquiera las más altas escalas del pensar dialéctico. Es necesaria la acción de la educación y la cultura que propicie la transformación del hombre en favor del hombre, solo así se alcanzará una ética digna del nivel de conocimiento e información logrado por la humanidad. No hay otro modo de ser libres.

La civilización tecnológica y científica de la llamada postmodernidad no tiene otra alternativa que retomar de forma radical la mejor tradición humanista de la Edad Moderna y oponérsela a los peores instintos egoístas de origen animal que subsisten en la conciencia y subconciencia humana. José Martí decía que los hombres llevábamos una fiera dentro pero que éramos individuos excelentes que podíamos ponerle riendas a la fiera. Nuestro reto está en salvar esa tradición espiritual y ética de valor universal, forjada en más de cinco siglos, que se encuentra viva en el núcleo central de la cultura latinoamericana y caribeña, y de la cual somos sus herederos. Sabemos muy bien qué significa para nuestro pequeño género humano —como nos definiera El Libertador, Simón Bolívar— la «cultura» avasalladora y humillante que intenta imponer el conquistador y en qué consiste la paz de cementerio impuesta al oprimido.

Hoy, el mundo se ha globalizado y sus problemas también. No se trata ya de salvar a una comunidad aislada, sino a la humanidad toda. La nueva civilización tecnológica no es compatible con el desorden jurídico, las diferencias de desarrollo económico, social y cultural, con los desajustes ecológicos, el racismo el hegemonismo y con la fascinación a ultranza que impone el lenguaje subliminal y empobrecedor de los medios de comunicación. Es así que legítimos y trascendentales descubrimientos que facilitan el acceso a la cultura y el desarrollo de millones de personas son deformados como mercadería barata, cuando no utilizados con fines de dominación. Algunos trasnochados de la fuerza internacionalizadora de la modernidad suelen aducir de contrabando la idea reaccionaria de que no es posible rehusar a la producción simbólica de la postmodernidad y sus superiores medios expresivos —dígase la generación cibernética—, a escala humanamente social. Y podemos convenir con ellos que si tal «socialización» fuera del acceso de las grandes mayorías, entonces sería bienvenida y democrática, pero esa no es la verdad de nuestro tiempo. En realidad, solo unos pocos acceden a las comunicaciones y otros son condenados al ostracismo más indigno. A quienes se nos adjudica solo la marginalidad y el convencionalismo, se nos condena

a ser un reducto de los aportes de la modernidad cultural. Estamos ante la disyuntiva real de la civilización humana: la necesidad de la cultura y de la paz.

La degradación ética está en la esencia del drama. Las dos revoluciones científico técnicas más importantes de los últimos tiempos, la informática y la mediática, fueron empleadas para producir el espectáculo de guerras reales que pudieron verse por televisión desde los hogares, como quien disfruta de una alegre comedia o de un apacible programa de recetas de cocina.

La biotecnología y la ingeniería genética, una tercera revolución que de hecho comienza, al servicio de los intereses creados, puede acabar cumpliendo la pesadilla de Orwell: sociedades de zombies manipulados para la producción y el consumo.

La corrupción de las costumbres y los consorcios de la droga marcan la impronta de la vida cotidiana en muchos países desarrollados, y para mayor escarnio se les achaca toda la responsabilidad de esta última a las zonas pobres productoras de la materia prima.

El más vasto proyecto de liberación humana emprendido en esta centuria sufrió un colapso. Las causas esenciales de su fracaso tienen fundamentos culturales, la subestimación de los factores subjetivos y su tratamiento anticultural, se hallan en la médula de los grandes errores cometidos. Se pasó por alto a la cultura en su acepción cabal y por tanto universal. Como consecuencia, se impusieron las pasiones más viles de los hombres, y no pudieron promoverse, al plano requerido por la aspiración socialista, sus mejores disposiciones.

Esto, en las condiciones de sociedades que habían colectivizado las fundamentales riquezas, generó el inmovilismo, la inacción, la superficialidad, y acabaron exaltándose los peores rasgos en el sustrato sociocultural de aquellos países. Así perdió toda realidad el llamado socialismo real. Pero lo que se derrumbó no solo fue el campo socialista, sino el sistema de relaciones políticas vigente a escala internacional en la segunda mitad del siglo xx.

José Martí caracterizó el desafío que aún hoy tiene vigencia. La contradicción, dijo, no es entre civilización y barbarie, sino entre falsa erudición y la naturaleza. Así la cultura, cuando se corresponde con intentos de dominación, es falsa erudición y, por consiguiente, agrade a la propia naturaleza, y, cuando se identifica con el ideal de liberación, se revela como una segunda naturaleza, es decir, la genuinamente humana. Debemos acabar de entender que ella no es accesoria a la vida del hombre, está comprometida con el destino

de la humanidad y situada en el sistema nervioso central de las civilizaciones. En esta hacen síntesis los elementos necesarios para la acción, el funcionamiento y la generación de la vida social de forma cada vez más amplia.

Hace varios años, la Comisión de la Unesco para la Cultura y el Desarrollo, reunida en San José, Costa Rica, llegó a la conclusión de que las alternativas de un progreso económico estable habían fracasado en diversos proyectos porque se subestimó el factor humano y la compleja trama de relaciones, creencias y valores que se hallan en la médula de la cultura.

Se está produciendo objetivamente un proceso de internacionalización de las relaciones económicas de dimensión y consecuencias insospechadas y con problemas infinitamente más complejos que los de finales del siglo pasado.

¿Debemos aceptar pasivamente, ante las tendencias homogeneizadoras de la llamada globalización, que se pisoteen los más elevados valores de la tradición espiritual que forman el tejido de nuestras naciones? ¿Debemos permitir que la tradición cultural y las más elaboradas creaciones jurídicas y políticas de los últimos 250 años en el mundo, con sus realizaciones democráticas, se destruya?

Aceptamos el desafío que nos imponen las actuales relaciones económicas internacionales, pero hay que insistir en que ello presupone principios éticos y culturales sobre el fundamento de lo enunciado por el Benemérito de las Américas, don Benito Juárez, cuando afirmó que el respeto al derecho ajeno es la paz. Solo así defenderemos a la humanidad de la debacle, a los pobres de la miseria y a la Tierra misma del desastre ecológico que ha denunciado la comunidad científica internacional.

La única solución que puede contribuir a la paz es situar la bandera de la democracia, del respeto a los valores universales de la cultura y a los principios del sistema de derecho internacional en el centro principal de nuestro empeño.

El sueño de un gobierno universal, inspirado en el ideal democrático y fundamentado en un sistema de derecho, ha animado durante largo tiempo la utopía de los más nobles humanistas. Hoy los signos terribles de la destrucción de ese sueño se presentan como una pesadilla con los peores presagios. La potencia más poderosa de la Tierra viene violentando oficial y descarnadamente el sistema de derecho vigente. Se ha situado, con su enorme poder, fuera de la Ley. Hay que conocer la historia para saber el reto y el drama que tenemos ante nosotros.

Cuando tras la Primera Guerra Mundial se creó la Liga de las Naciones, los estadistas de mayor visión estimularon el empeño, pero las fuerzas más conservadoras de Estados Unidos le opusieron cruel resistencia. Aunque el presidente Wilson había patrocinado la iniciativa, las tendencias reaccionarias aislacionistas se impusieron, y Estados Unidos no ingresó en la novedosa institución internacional.

Entre las dos grandes guerras que conmovieron nuestro siglo, la Asociación de Naciones naufragó y no pudo aportar soluciones que contuvieran el ascenso del nazifascismo en Europa, que acabó generando, de 1939 a 1945, la más universal de las contiendas bélicas que el hombre ha conocido.

Tras las victorias de las fuerzas antifascistas y los acuerdos de Yalta y Potsdam, se creó la Organización de Naciones Unidas en la Conferencia de San Francisco, la cual, con enormes limitaciones democráticas, agrupó, sin embargo, por vez primera, a la inmensa mayoría de los Estados en una organización internacional donde el respeto a la independencia y a la igualdad de derechos de cada uno ellos, fundamentada en la cultura jurídica que la humanidad había acumulado, quedó plasmado en compromiso unánimemente aceptado.

La existencia de un órgano superior, el Consejo de Seguridad, con decisiones de obligatorio cumplimiento y el derecho al veto que cinco grandes potencias tomaron para sí, redujo la democracia en la ONU.

La Naciones Unidas fue, de todas maneras, un paso de progreso democrático y, al menos, el equilibrio de poder logrado entre las grandes potencias que se expresaba en el seno del Consejo de Seguridad, operaba con una relativa contención a la política más agresiva de esta segunda mitad del siglo xx: la de Estados Unidos. Integrando la Asamblea General una representación de todos los Estados con diversos regímenes políticos y con una mayoría de países del Tercer Mundo, facilitó un cierto clima democrático. En 1961, al surgir el Movimiento de Países No Alineados, se dispuso de una fuerza representativa de los pobres y de las naciones que habían sido colonizadas en el pasado.

Con la caída del muro de Berlín, Estados Unidos se hizo dueño de las decisiones principales en el Consejo de Seguridad. Visualicemos esta encrucijada a partir de los hechos y acontecimientos que han tenido lugar en relación con Cuba, porque por su significación y alcance rebasan nuestras fronteras y marcan el carácter de una nueva época histórica a escala internacional. Los círculos más conservadores de

Norteamérica, aliados a grupos terroristas, extremistas y mafiosos de la emigración cubana en Miami, le han impuesto una política al gobierno norteamericano que significa una radical contradicción con las bases políticas, culturales y jurídicas que servían de fundamento teórico a la moderna civilización.

No tengo que explicarles detalles porque ustedes conocen perfectamente lo que les estoy narrando; solo quiero recordar que el camino de la irracionalidad siempre ha conducido al recrudescimiento de las crisis, al quebrantamiento de la paz y al holocausto de las civilizaciones. El peligro no es solo para Cuba y lo señalo con modestia. Si no atajamos a tiempo esta oleada, el fascismo de los años 30 y 40 será solo un lejano punto de referencia de algo infinitamente más grave. Para rechazar esta corriente reaccionaria que amenaza la civilización hay que asumir sin esquemas ni «ismos» estériles la inmensa cultura acumulada por los procesos democráticos de la Edad Moderna y reclamar una más amplia y consecuente participación de nuestros pueblos en las relaciones internacionales.

Hay que hacerles comprender a los «monarcas» de la economía estadounidense que si Víctor Hugo, en su tiempo, advirtió que la última razón de los reyes era la bala de cañón, y la de los pueblos el adoquín, hoy podríamos llegar a la conclusión de que si los pueblos, los estadistas y líderes políticos y sociales responsables no se movilizan para asumir el desafío, estas contradicciones, en los umbrales del nuevo milenio, no se decidirán simplemente con balas y piedras; podrían abrir un camino de agudos antagonismos que conduzcan al fin de la historia en el siglo XXI, y no al modo retórico con que se empleó esta expresión, sino de una forma real que representará el último episodio del drama del hombre sobre la Tierra. Este reto solo puede enfrentarse sobre sólidos fundamentos culturales y específicamente éticos.

El peligro está en que la política del más poderoso país capitalista se mueve con criterios aldeanos. Recuérdese que ellos son los aldeanos vanidosos de que habló Martí en las primeras líneas de su célebre ensayo «Nuestra América», que no sabían de los cometas que iban por el cielo devorando mundos y que les bastaba ver crecer sus ahorros en la alcancía para dar por bueno el orden universal. Hoy, como se sabe, se están generando crisis en las principales «alcancías». Esta gente me recuerda a *El hombre mediocre*, de José Ingenieros, porque acaban encerrados en lo mezquino. Identifican las fuerzas de que disponen con toda la realidad. Les falta la cultura espiritual necesaria para entender el mundo de hoy y la naturaleza de los cambios que de una forma u otra tendrán que venir. Están demostrando impotencia

e incapacidad para tratar los complejÍsimos problemas del mundo postmoderno. Vale recordar aquella expresi3n popular: «Dios ciega a quienes quiere perder».

Están encerrados en las mallas diab3licas de un poderío que no saben ejercer con inteligencia y tanto menos con amor, expresi3n que han suprimido de su diccionario. Desencadenan con sus acciones el desorden y se sitúan fuera de la realidad. No entienden que lo real es mucho más de lo que se mueve en la superficie. Incluyen, también, un presente que se halla en el fondo de la vida política y social, y será el que forjará, de alguna manera, con tal o cual carácter, el futuro. Los políticos del Imperio no consideran como realidad el futuro; están anclados en el presente, propiamente en el pasado oprobioso.

Esos mismos políticos que no han podido ni siquiera entenderse con el Estado cubano, que solo reclama el respeto a su dignidad e integridad territorial, a la soberanía nacional, y que posee infinitamente menos recursos que Estados Unidos, mal podrán hacerlo con un mundo más fuerte en su conjunto que ellos; requerido, además, de cambios, pero en el sentido radicalmente opuesto al que propugna la ultraderecha norteamericana. Han demostrado tal ignorancia y torpeza en el tratamiento de estos asuntos que nos espanta como seres humanos que estos extremistas puedan tener, como tienen, tantos recursos y poder a su alcance. Tendrá que aceptarse, a la postre, que el diálogo constituye una apremiante necesidad de la paz y la seguridad en las relaciones internacionales.

Se está promoviendo la mayor irracionalidad, que va en contra, incluso, del pensamiento democrático en que se decía sustentar la sociedad norteamericana. Estados Unidos ha comenzado a dejar de ser un Estado de derecho. Cuando un sistema niega en la práctica, incluso con formulaciones legislativas, las bases esenciales que le sirven de fundamento, es síntoma de que una crisis seria está presente ya, o se halla en gestación. Los políticos superficiales e irracionales que representan al régimen vigente en Estados Unidos no tienen, posiblemente, capacidad intelectual para valorar la magnitud de sus acciones. Como ocurre en la historia, son actores, muchas veces inconscientes del drama que encarnan.

No parece que hasta hoy esa ultraderecha tenga la coherencia de un programa con base y proyección mínima de carácter cultural, y dudo mucho que lo pueda tener. La incultura de estos aldeanos vanidosos que están ya situados en el Reichstag de Washington, aunque todavía no hayan nombrado Canciller, les impide tener una visi3n sensata y realista del mundo en que vivimos. No les es posible abor-

dar con sobriedad, serenidad y cordura el presente y, por supuesto, mucho menos el porvenir.

Esta situación pone en crisis la autoridad de las Naciones Unidas para resolver los graves problemas del mundo de hoy y del futuro. La contención que actualmente representa los principios éticos y jurídicos del valor universal y el sistema institucional que encarna la moderna civilización, en cuya cúspide se hallan las Naciones Unidas, está en peligro de sufrir un desprestigio colosal por el uso veleidoso y el ejercicio abusivo del poder por parte del Consejo de Seguridad y las fuerzas que condicionan sus decisiones.

El crecimiento de la arbitrariedad ha conducido a la quiebra de los sistemas socioculturales. El sistema de las Naciones Unidas necesita fortalecerse, pero solo lo puede hacer por las vías de la democratización, a fin de alcanzar más autoridad moral y más amplias posibilidades de acción. De lo contrario, perderá el prestigio indispensable para resolver los conflictos.

Si esta institucionalización, surgida como uno de los progresos culturales más importantes del desenlace de la Segunda Guerra Mundial, no se protege e incluso se perfecciona en dirección a la mayor democracia que se traduzca en la ampliación del Consejo de Seguridad y una mayor autoridad de la Asamblea General, y si no se respetan los principios político-jurídicos que teóricamente inspiran la civilización moderna, se habrá perdido, a escala mundial, toda la posibilidad de ductilidad para defender los intereses de la humanidad.

Si no se promueven la solidaridad y la ternura como línea sustantiva del crecimiento socioeconómico, no habrá esperanza de que dejemos una huella duradera sobre la Tierra. Sería muy triste que seres más cercanos a lo que muchos llaman Dios, es decir, con más inteligencia y amor que nosotros, arriben aquí en los siglos o milenios venideros, y encuentren en un inmenso cementerio los vestigios de un pasado de cuando en el planeta Tierra existían hombres, flores y poesías.

Ningún hombre verdadero rechaza la técnica, la ciencia, como tampoco los juegos ni las flores, que forman parte de la naturaleza humana. Pero el desafío que tenemos que enfrentar en este fin de milenio no se resuelve con frases retóricas postmodernas y huecas. Se reclama una cultura de profundos propósitos éticos y humanos.

Resulta imprescindible para la economía internacional, entendida esta en su real sentido, que el desarrollo se promueva sobre el presupuesto de responsabilidades morales y culturales, las cuales impidan

que se aplaste la vida espiritual y la existencia misma del hombre en el planeta. Estos valores, para que tengan real significado, hay que planteárselos en términos universales. Hablamos de desarrollo de toda la humanidad y no solo de una parte de ella. En este problema está involucrada su propia existencia.

Solo con vocación y sensibilidad universal podremos entender la profundidad del drama económico y social que tenemos delante, encontrar caminos de soluciones y enfrentar un esfuerzo sistemático por vencer los gigantescos abismos que hoy existen entre la riqueza y la pobreza.

¿Dónde radica la debilidad de las ciencias sociales, históricas y económicas del sistema social dominante? En que pasan por alto una parte esencial de la realidad: el dolor y la miseria que crecen a nuestra vista. Para enfrentar esta situación se hace imprescindible articular política, ética y economía. Si no relacionamos cultura y desarrollo no les encontraremos solución a los retos que tiene el hombre en el siglo XXI.

Hoy nos movemos en un contexto histórico distinto al del pasado. La globalización, un proceso al que no podemos ni deseamos renunciar, puede ser un desastre para la humanidad si no actuamos, pero puede ser el camino necesario para la transformación de esta y, por tanto, de nuestras ideas. Pero hay que trabajar con los principios de la globalización de la solidaridad.

La respuesta culta a la globalización inculta consiste en vincular la cultura al desarrollo, la que exigen los pobres y explotados del mundo, y es la única solución ética y filosófica. Solo la que parta de los intereses de los pobres y explotados puede proteger a la humanidad del desastre. En los inicios del nuevo milenio, América Latina debe hacer, en filosofía y en política, lo que llevó a cabo con el modernismo en la literatura, en los comienzos de nuestra centuria; es decir, una renovación radicalmente creativa.

A escala internacional, los conflictos entre identidad, universalidad y civilización estremecen la vida moderna, porque tienen raíces económicas que se revelan en el caos intelectual y moral con que los doctrinarios del sistema social dominante enfocan la realidad de nuestros días. En la confrontación entre estas tres categorías visibles en nuestro hemisferio se halla el vórtice del ciclón que se gesta en estos tiempos de graves convulsiones financieras, del terrorismo, del crecimiento de los negocios de la droga, del desorden generalizado, etcétera.

En una América donde las recetas neoliberales pretendieron esconderse con aparentes mejorías de indicadores económicos que hoy son desmentidos por la realidad, los desajustes estructurales y el notable incremento del millonario número de personas que viven en condiciones de extrema pobreza, devienen modernas expresiones del antiquísimo conflicto entre pobres y ricos.

A estas alturas de la evolución de nuestra civilización hay que promover en todos los países los vínculos entre cultura y desarrollo, entre identidad, universalidad y civilización. La genuina postmodernidad estará en establecer esos vínculos.

La historia cultural latinoamericana nos servirá para asumir estos desafíos que se presentan hacia el siglo XXI. Nuestra región tiene una enorme potencialidad para continuar el camino en favor del ideal universal de redención del hombre. Entre las fuentes principales de estas ideas, figuran las luchas por la independencia americana que nos representamos en Simón Bolívar.

Debemos propiciar una cultura donde no existan antagonismos entre ciencia y ética ni tampoco entre ciencia y fe en Dios. Tenemos el deber de estudiar las categorías llamadas de la superestructura, porque hemos asistido a la subversión de valores jurídicos, éticos y culturales que constituyeron pilares de la civilización, levantados en un largo y trabajoso proceso de siglos.

La geografía, el espacio que ocupamos en el planeta, ha situado a Cuba, México y el Caribe en la frontera entre la civilización más poderosa y peligrosa de la Tierra, y la de las naciones que el Maestro llamó América de los trabajadores y también Nuestra América.

Debemos situar la solidaridad, la capacidad humana para asociarnos en favor de propósitos colectivos, en el centro de un empeño renovador que oriente el esfuerzo del científico, del tecnólogo y del profesional de todas las ramas hacia los fines de promover la justicia entre los hombres, sin fronteras ni distinciones. Sin una alta conciencia sobre la necesidad de crear una cultura de la solidaridad entre los seres humanos no podemos vencer estos obstáculos.

Comencemos por el amor y la justicia, conceptos relegados por una civilización que se estima superior porque posee tecnologías y conocimientos científicos, pero carece de lo principal para establecer una cultura de forma duradera: la ética humanista.

Se impusieron los peores instintos e impulsos primarios del hombre, y solo con el amor y la justicia podremos hoy salvar a nuestra especie de su posible extinción a manos del crecimiento anárquico y desenfrenado del egoísmo.

Exaltemos las más nobles aspiraciones del hombre y estaremos promoviendo lo más original de su historia; es el acento que nuestros pueblos deben darle a la civilización. La solidaridad debe constituir un patrimonio universal que sirva de punto de partida para la multiplicación de la virtud en las relaciones entre los seres humanos.

Ternura: he aquí una palabra que se ha perdido en el recorrido contradictorio y angustioso del siglo que concluye. No se debiera mencionar sin pronunciar un grito de indignación en las ciudades donde los niños sustituyen sus juegos ancestrales por máquinas electrónicas ante las cuales, ensimismados y solitarios, se ejercitan en el arte de matar, o cuando ya adultos se identifican con la hostilidad de las tribus urbanas.

A escala universal, nos estamos esclavizando y banalizando con una pseudocultura que se vincula a la violencia y el egoísmo desenfrenados e influye en los índices crecientes de la criminalidad. Los designios geopolíticos tratan de imponerse, y para esto emplean los medios y las técnicas más diversas.

Nos corroe la cultura del egoísmo: tener más a toda costa y a todo costo. ¿O es que no somos capaces de alarmarnos ante los desastres ecológicos y la espada de Damocles que pende en el agujero abierto en la capa de ozono que afecta la atmósfera? Solo importa obtener súperganancias y bien poco pensar en una más justa redistribución de la riqueza.

Se han desgastado las palabras libertad, igualdad y fraternidad en una retórica donde la primera es inalcanzable no solo para los que padecen imposiciones totalitarias, sino también para los millones y millones que no pueden gozarla encerrados en la cárcel de la necesidad de sobrevivir a duras penas y morir sin ver realizada su condición humana.

Esta acumulación de problemas solo es posible enfrentarla entrando en una nueva era que afirme el valor de la esperanza y la utopía. Sin embargo, algunos glorifican una razón instrumental sobre la base de enarbolar nuevos mitos del Diablo. Se trata, por lo contrario, de promover una racionalidad que nunca debimos perder y que debemos plantearnosla en su más profunda y radical verticalidad. Para el triunfo de la racionalidad, si va a tener un valor genuinamente humano, no bastan las cifras frías de una aritmética y una estadística erigidas en «teologías», bien distantes de la definición martiana de Dios cuando dijo que él representa y está en la idea del Bien.

Una manera práctica de cumplirlos nos lleva a situar a la cultura, la ciencia y la educación en el centro mismo de las estrategias de

desarrollo. Todo lo que ha estado presente desde hace tiempo en el discurso de los círculos académicos, intelectuales e incluso en los foros políticos internacionales. Pero lo que hasta hoy ha sido objeto de conceptualización intelectual, se impone como una necesidad política de los tiempos presentes y futuros. La exaltación de la cultura ha devenido en exigencia inexcusable. Debemos luchar de manera incesante por articular de una vez y por todas el desarrollo de las fuerzas productivas con una racionalidad que preserve la condición humana.

Nuestras sociedades no pueden seguir siendo rehenes de tecnologías destructivas, de arbitrariedades derivadas de una globalización unilateral de la economía, de un consumismo desenfrenado. Y esto solo se logra si promovemos una auténtica racionalidad moderna, comprometida con los más genuinos valores humanistas universales, a partir de una educación integral que cultive las mejores disposiciones humanas.

Sin proponérselo y alejado de toda actitud pretenciosa, nuestro pequeño hogar, Cuba, se ha ido convirtiendo en bandera de esperanza para un mundo donde crecen la pobreza, las desigualdades, se pisotea la dignidad del hombre y se gestan de forma galopante las crisis que amenazan, incluso, la vida en el planeta. ¿Cómo hacemos los cubanos para estar a la altura de nuestras responsabilidades históricas? Exaltando los valores éticos y culturales presentes en nuestra historia de más de dos siglos y llevándolos a la educación, a la política y a todos los planos de la vida nacional; consolidando la cultura jurídica y el cumplimiento estricto de la Ley, que desde los tiempos de la proclamación de la independencia y la Asamblea de Guáimaro, con su decreto de Abolición de la Esclavitud, está orientada hacia los intereses de los trabajadores y de los explotados.

A partir de estos principios, mi pueblo se interesa y trabaja por relacionarse con el mundo. Pero en nuestra experiencia, y dadas las coyunturas en que hemos sido colocados, he llegado a una conclusión clara: para no excluir al otro, o a los otros, es necesario articular, como si fuéramos artífices de la historia, los tres conceptos citados anteriormente: identidad, universalidad y civilización. Pero ninguna identidad puede aceptarse si pretende imponerse sobre la de otros. Cualquier diálogo político, sin un presupuesto de carácter cultural, representaría excluir al otro o a los demás. Esta última expresión, que tanto se emplea en los intelectuales contemporáneos, es el principio más importante para la relación entre los individuos, las naciones y las identidades humanas.

No hay otra lógica para asegurar el respeto a las identidades que defender el derecho de todos los hombres y comunidades humanas a una civilización más alta. Si no se respeta ese derecho, se estará afectando el principio de identidad y generando exclusiones.

Cuando esto ocurre, con independencia del principio ético violado, se produce objetivamente un atraso y un perjuicio tanto para la identidad agredida como para la agresora. Es una lección que la Edad Moderna confirma.

¿Dónde se halla el acento original que Latinoamérica y el Caribe pueden aportar para enfrentar el desafío de estos tiempos intermilenios? Está vivo, en la cultura espiritual y específicamente moral que Nuestra América posee como rasgo distintivo.

Tenemos un arsenal de ideas y sentimientos redentores que pueden contribuir a darle a nuestros pueblos, e incluso a la cultura occidental en general, el aliento que necesita la civilización moderna para salvarse.

Somos parte de ese inmenso haz de pueblos que se extendió desde las Antillas, y México, por el norte, hasta Chile y Argentina por el sur. La solidaridad debe constituir un patrimonio universal que sirva de punto de partida para la multiplicación de la virtud entre los seres humanos.

Nuestra cultura ha sido pródiga en pensadores y actores de nuestros procesos históricos sociales que fecundan y desarrollan la idea de vincular la bondad con la inteligencia y con la felicidad del hombre en la tierra. Esta fue la prédica, la enseñanza y la acción de José Martí, tan cubano como latinoamericano y universal. También señaló que existen hilos invisibles que unen a los hombres en la historia, los que revelan desde los tiempos de Bolívar las ansias integradoras que están presentes en nuestras naciones, etnias y culturas desde el río Grande hasta la Patagonia.

Somos quienes representamos la utopía y tenemos la experiencia de los siglos transcurridos. Abrazar la utopía del mundo de hoy es una necesidad práctica y diríamos que una razón instrumental para salvarlo. Esa utopía purificada por los siglos está presente en la cultura de Latinoamérica y el Caribe. Hay que retomar esa tradición para generar una voluntad política de transformación en favor de la dignidad plena del hombre.

Hace falta un programa matriz de todos los programas: el de la alfabetización ética, que supone la preservación del patrimonio espiritual más importante de la civilización, es decir, el hombre. Se exige

una síntesis de la historia cultural del universo como la que puede promover hoy Nuestra América.

Debemos tratar de evitar que el mar del Norte y el del Sur se unan y nazca una serpiente, y procurar que emerja una paloma capaz de volar tan alto o más que las águilas, porque como postulaba Martí, hay que evitar el conflicto innecesario entre las dos secciones hostiles del hemisferio occidental y contribuir de esa forma al equilibrio del mundo. Para todo esto se exige la plena independencia de Cuba, las Antillas y América Latina. Este es, según mi criterio, el desafío de la cultura latinoamericana y caribeña en estos tiempos intermilenios.

49 La construcción de la utopía desde la cultura y la educación en Nuestra América.⁵⁸

*No hay cambio sin sueño,
como no hay sueño sin esperanzas.*

Paulo Freire

Los latinoamericanos y caribeños debemos darnos la oportunidad de propiciar juntos una plataforma común donde la ética, la educación y la cultura se unan para favorecer el avance espiritual que necesitamos los pueblos latinoamericanos y caribeños en las fronteras intermilenios.

Sin utopía realizable hacia el futuro no hay cultura latinoamericana y no hay propiamente progreso humano. Se precisa rescatar el concepto mismo de utopía para situarnos en el ser, pero también en su espíritu, inteligencia y amor. La cuestión se halla en que esta noción de cultura está enraizada en los perfiles más autóctonos de nuestra América. En lo mejor de nuestra cultura no tenemos «ismos» ni exclusiones dogmáticas o voluntaristas.

América Latina es la zona del mundo occidental con mayores posibilidades de rescatar lo que quedó olvidado en la Edad Moderna: la sensibilidad, el amor, la poesía y el mito. No bastan las tecnologías ni las cifras frías de un pragmatismo feroz, es necesario acompañarlas del espíritu creativo, el sentido heroico y el valor utópico que posee la cultura latinoamericana y caribeña.

Nuestra cultura está en el centro del desafío de estos tiempos intermilenios. Se trata del ideal latinoamericano que corre por las venas de su historia. Uno de sus más lejanos antecedentes se encuentra en aquellos navegantes del siglo xv, encabezados por Cristóbal Colón, que iniciaron su marcha hacia el oeste, para hacer un descubrimiento mucho más importante de lo que podían imaginar los protagonistas de la singular gesta marítima. Ellos no solo encontraron un nuevo camino hacia las Indias, sino que descubrieron los senderos del mundo y las vías por las cuales iba a transitar la historia durante más de medio milenio. Toda noción geográfica hasta entonces vigente quedó atrás. Con el descubrimiento de América se ensancharon las fronteras oceá-

⁵⁸ Conferencia que pronunció en el VIII Simposio Internacional de Educación, Cátedra Paulo Freire, celebrado en el Universidad Jesuita en Guadalajara (ITESO), entre el 23 y el 26 de febrero de 2000.

nicas de la Europa de finales del siglo xv. La aventura dirigida por aquel intrépido navegante contribuyó al hallazgo más importante en la historia de la humanidad. La prolongada y costosa hazaña no fue casual; se sustentó en los nuevos impulsos políticos y científicos de la Europa de su tiempo, y estuvo originada en agentes de tipo social, económico, religioso y técnico.

Desde el primer momento en que los navegantes españoles pisaron tierras americanas comenzó la inmensa mezcla cultural y racial. Surge el mundo latinoamericano, que es la unidad de un mundo rico y variado, múltiple y diferente. Tenemos una significativa unidad lingüística y estructural, con un origen común y sus variantes nacionales. Por su diversidad de territorios, climas, recursos, y también por los distintos grados de desarrollo económico alcanzados, nuestros países son heterogéneos. La comunidad latinoamericana está formada por millones de hombres y mujeres de distintas razas, combinaciones y densidades; conforman también este peculiar mosaico las comunidades indias. Somos el resultado de un mestizaje original.

Por encima de la diversidad de realidades sociopolíticas y de problemas a resolver por nuestros pueblos, el fruto del trabajo conjunto ya forma parte de una herencia que debemos cuidar, cultivar y potenciar. En primer lugar, porque la inscribimos en una larga tradición espiritual que desde la forja de nuestra América ha ido construyendo un legado de valor universal. En segundo término, porque nos es necesario para abordar los retos de hoy y marchar por un camino legítimamente autóctono.

Para este propósito, nuestra América debe aspirar a hacer durante el próximo siglo en el campo de la filosofía, la educación y la política lo que realizó en literatura a comienzos de la centuria próxima a concluir, es decir, renovar a partir de la herencia recibida una nueva concepción filosófica del mundo que corone la edad de la razón con principios éticos basados en el amor y la solidaridad.

Es necesaria una reflexión filosófica que explique científica y culturalmente lo que está demostrado por el sentido común: no hay humanidad sin la cultura, la cual no es únicamente superestructura, sino también infraestructura humana. Ella y su fiel aliada, la educación, se expresan en las bibliotecas, centros de investigación y estudio, y en las más diversas formas del quehacer cultural de los pueblos, pero su esencia está en la conciencia humana.

Del mismo modo en que sin rescatar la hermosa herencia espiritual y científica de la antigüedad clásica durante los siglos finales

de la Edad Media y el Renacimiento europeo, sería inconcebible el ascenso del capitalismo a sistema social dominante, sin el acervo del pensamiento emancipador que nos representamos en Simón Bolívar, Benito Juárez y José Martí, entre otros pensadores, no sería reconocible Latinoamérica con el perfil propio con que hoy existe y en la que nos sentimos representados.

Desde los tiempos de la lucha independentista, hemos tenido siempre el privilegio de contar con la educación, la cultura y las ideas como fundamento de nuestras acciones políticas y sociales. Formando parte intrínseca del hilo principal de nuestra historia figura el aporte de la cultura y de la vida espiritual que hemos defendido con pasión.

Está a la vista de todos la fractura ética, política y jurídica de las llamadas sociedades modernas y, en especial, la norteamericana, la cual constituye el poder hegemónico del capitalismo mundial. Precisamente, José Martí visualizó, en su larga estancia de quince años en Estados Unidos, que la contradicción esencial de aquella sociedad se encontraba en el crecimiento desordenado que incitaba el egoísmo desenfrenado y las debilidades de la vida espiritual. En nuestros tiempos, esto ha llegado a planos mucho más graves para ese país y para el mundo.

El gran déficit intelectual de Occidente se halla en no haber forjado, a lo largo de su historia, una filosofía de la cultura y la ética basada en las ciencias que expliquen el papel de los llamados factores subjetivos en el nacimiento, crecimiento y colapso de la civilización. El tema central en la historia de las ideas filosóficas occidentales ha girado en torno a si se asume y cómo se asume la realidad. Hegels decía que tan real era, en la sociedad francesa de finales del siglo XVIII, la monarquía, como la revolución que llevaba en su seno. Quienes ignoran la realidad yacente en el fondo de los hechos no pueden concebir la de mañana; se pierde así la esperanza de un futuro mejor.

Toda ciencia, para merecer el carácter de tal, deberá analizar la realidad en su integralidad y solo puede hacerlo con métodos acertados ¿Y cuál es el aspecto de la realidad que no toma en cuenta la ciencia social en la moderna civilización? Ignorar las razones principales de los males y angustias que sufre el hombre; pasa por alto el dolor y la miseria que padece la mayor parte de la humanidad. En ello estriba la debilidad científica y filosófica de estas disciplinas en el sistema dominante...

En los tiempos actuales, además de agudizarse el drama social de manera progresiva, el régimen burgués imperialista está generando la

destrucción sistemática de la naturaleza que ha servido de fuente a la vida humana. Superar todas estas situaciones es el más importante desafío que tiene ante sí el hombre para el siglo XXI.

Los gravísimos problemas que José Martí describió y denunció en su tiempo, especialmente en cuanto al imperialismo norteamericano y su amenaza para América y el mundo, han adquirido un nuevo significado y más peligroso carácter. Se está llegando a extremos que solo con la mejor y más valiosa historia científica y espiritual de nuestra América y de la cultura occidental en general, pueden enfrentarse. Cuba y la zona del Caribe se encuentran en la encrucijada y en la avanzada de este desafío.

Quienes asumimos la realidad con el propósito de vencer el dolor y la miseria y, por tanto, con las aspiraciones más justas del hombre sobre la tierra, no podemos admitir reducir lo real a los intereses creados del sistema imperialista. Si a esta aspiración se llama utopía o esperanza, podríamos decir con Martí que los sueños de hoy son las leyes del mañana; y afirmar que las aspiraciones de redención están insertadas como necesidad y exigencia de la actual evolución social, y diríamos para la propia conservación de la especie.

Seamos, pues, realistas, pero con la realidad total, integral del hombre, y no en la forma parcial y mezquina con que ven la realidad los intereses creados a escala internacional.

Precisamente, las limitaciones e insuficiencias de las ideologías de Occidente están en que pasan por alto los análisis basados en las ciencias sociales e históricas y en los métodos científicos de investigación y análisis, o bien mantienen un *realismo* estrecho que no toma en cuenta las aspiraciones de un mundo que necesita de la solidaridad y el amor, y esto no se logra con lo que llaman *modelos*, sino con principios éticos. Educación y cultura, ciencia y conciencia se imponen como exigencia del futuro.

El tema ético, considerado como una cuestión esencial por las religiones —he ahí las razones de su autoridad espiritual—, nunca alcanzó un tratamiento científico y filosófico en la civilización occidental que explicara su papel y su lugar en el desarrollo económico y social; este es el compromiso de la filosofía y la cultura para el siglo que está a punto de comenzar. ¿Y cuáles son las contradicciones que se nos presentan en el hemisferio occidental?

Si hiciéramos una comparación de los procesos culturales, tal como se presentaron en nuestra América, con los que tuvieron lugar en los países industrializados del Norte, se vería que mientras

nosotros marchamos con una aspiración hacia la integración, y a la solidaridad, los del Norte están marcados por tendencias a la desintegración y fragmentación cultural y espiritual. Norteamérica encarna la civilización material y no vamos a renunciar a ella, pero América Latina y el Caribe representan la cultura espiritual en el hemisferio.

La cultura latinoamericana debe asumir plenamente la realidad de hoy y plantearse el sueño realizable hacia el futuro que se define con la expresión de «la utopía universal del hombre». Surgido de una larga evolución natural, el hombre posee como vocación irrenunciable la búsqueda de un futuro que, aunque individualmente no le será dado vivir, siente la necesidad de trabajar y crear a favor de su advenimiento.

Hay que tener en cuenta que el momento que estamos viviendo es radicalmente diferente al de décadas anteriores; nunca la cultura y la cohesión han sido más necesarias para enfrentar exitosamente las tareas y los retos que tiene ante sí toda la humanidad. La pragmática civilización anglosajona, cuyos méritos científicos y tecnológicos debemos reconocer y asumir sin prejuicios, no basta para abordar los desafíos espirituales que tiene ante sí el mundo en los finales de milenio. Por esto, desdeñar el sentido poético y heroico de la vida del hombre, que es donde se visualiza lo más trascendente del futuro, puede conducirnos a errores graves que amenacen con la desaparición de la especie humana.

Los pueblos latinoamericanos y caribeños no podemos permitir que triunfe la barbarie, luchemos con todas nuestras fuerzas por ello.

50 [Como cubano he trabajado por la integración de la «República moral de América»].⁵⁹

Asumo este inmenso honor con el fin de subrayar que la iniciativa de organizar y promover reuniones de ministros de Cultura de América Latina y el Caribe no corresponde a mí en particular, sino a Cuba y a su voluntad histórica de trabajar a favor de la integración de la «República moral de América», como lo soñó José Martí. A ello contribuyó la coordinación estrecha con diversos países a los cuales les estamos sumamente agradecidos. Mi saludo especial a los ministros que colaboraron en estos empeños; todos por igual merecen este reconocimiento.

De igual modo, acepto, con gratitud, este homenaje para destacar que «Somos un pequeño género humano» como nos caracterizó El Libertador Simón Bolívar, que constituye, en los umbrales del tercer milenio, la principal reserva potencial de cultura espiritual del hemisferio occidental y, en general, de la civilización que comenzó a gestarse hace entre 1 500 y 2 000 años en la cuenca del Mediterráneo.

Hoy, tras un recorrido de más de quince siglos, estamos ante la más grave crisis ética, jurídica, y de los valores de las llamadas categorías de la superestructura ocurrida desde la caída del Imperio romano. No se trata, pues, exclusivamente, de la quiebra del sistema social, económico y político dominante que se encuentra a la vista de todos. En la crisis anda envuelta la ruptura de los valores esenciales de la historia milenaria de nuestra cultura, sus esencias más radicalmente humanas.

Dos grandes aspiraciones nacieron y se extendieron con el movimiento cristiano en sus orígenes; de un lado la igualdad social con alcance universal, y del otro, la aspiración a la solidaridad y el interés de asociar a los hombres para trabajar en favor de objetivos solidarios. Ambos ideales vinieron siendo distorsionados y desviados de sus esencias durante siglos, ahora se pretende aplastarlos definitivamente para imponer un materialismo vulgar que nos niega el derecho a la utopía y al sueño liberador. Se exalta el egoísmo desenfrenado que puede conducir, si no se le detiene, al colapso definitivo de la moderna civilización. Ella se desarrolló en tres espacios geográficos

⁵⁹ Palabras que pronunció en el homenaje que le fue tributado en el XII Foro de Ministros de Cultura y Responsables de Políticas Culturales de América Latina y el Caribe, República Dominicana, 22 de marzo de 2001.

diferentes e interrelacionados: en Europa, donde nació y alcanzó las más altas cumbres del pensamiento científico, social y filosófico; en Norteamérica, donde arribó a las más elevadas escalas del desarrollo material y tecnológico, y en América Latina y el Caribe, donde se encuentran potencialmente las más importantes reservas de cultura espiritual y moral creadas en Occidente, es semilla que debemos regar y fertilizar. Poseemos una tradición intelectual que aspira a la integralidad del saber y a hacer prevalecer el amor en las relaciones entre los hombres y las naciones. Esta tradición está en el sustrato del sentir, pensar y actuar de los grandes próceres y pensadores de nuestros pueblos.

Tenemos el inmenso honor y la enorme responsabilidad de representar esa cultura, pienso que para hacerla prevalecer surgieron y se desarrollaron las reuniones de ministros de Cultura de América Latina y el Caribe. La integralidad de la cultura, fundamento de su dimensión ética y humanista, el papel de la educación, la validez de las conclusiones acerca de lo que José Martí llamó «la ciencia del espíritu y los hechos espirituales» y la «utilidad de la virtud», están en el hilo conductor de la historia intelectual de América. Por nuestras tierras comenzó la Edad Moderna, y tras el dramático proceder de conquistadores y colonizadores, y combatiendo contra su dominación, emergió un perfil nuevo del hombre inspirado en el ideal de redención de una manera radicalmente universal. Creamos y desarrollamos una cultura con el acervo más antiguo de América, la que es parte inseparable de nuestra América. Martí advirtió que hasta que no se incorporara el indio a la lucha no se alcanzaría la independencia plena.

Una síntesis universal fue proclamada por Bolívar cuando dijo: «No sabemos exactamente lo que somos. Que no somos blancos, ni indios, ni negros, sino nueva síntesis de todos ellos». Cuando nuestra cultura ha desempeñado un papel clave en la historia política y social, hemos avanzado; cuando ha sido subestimada, bien por maldad o por torpeza, nos hemos estancado e incluso retrasado.

La Unesco ha recordado que la cultura es el plano que más relaciones tiene con las demás esferas de la acción del hombre y la sociedad. Por ello, los cubanos nos orientamos y vinculamos a partir de un crisol de ideas y acciones que unen lo social, lo político, lo educacional e incluso lo económico. Todo, desde luego, de un modo dialéctico y sobre el fundamento de la ética y el amor. Hoy mismo estamos reclamando promover lo que la propia Unesco ha llamado «cultura y desarrollo».

Recordemos una valiosa enseñanza del siglo xx recién concluido. En Córdoba, Argentina, en 1918, se produjo un movimiento de reformas académicas y culturales que se extendió por todo el continente en diversos campos de la vida, la educación, la política y la vida social. En Cuba, consideramos aquellos movimientos como antecedente ideológico para el desarrollo de las mejores ideas cubanas en el siglo xx y, por tanto, de las que hoy, en 2001, nos sirven de fundamento. Para estos propósitos, es importante plantear la necesidad de articular ciencia y conciencia, es decir, dos planos sustantivos de la vida humana. En primer lugar, la evolución del pensar científico que concluyó en su más alta escala con el pensamiento racional y dialéctico. Su cumbre más alta está, con independencia de errores y horrores que tuvieron lugar, está en el pensamiento social de las dos últimas centurias. En segundo término, la tradición del pensamiento utópico que tiene raíces profundas en las ingenuas ideas religiosas de las primeras etapas de la historia humana. En la civilización occidental ellas se nutrieron inicialmente, y en su ulterior evolución, también con independencia de errores y desviaciones del ideal cristiano.

A fines de dar pasos seguros en el camino de esta articulación, sugerimos que la intelectualidad latinoamericana y caribeña analice lo siguiente: con debates teóricos y abstractos de doctrinas filosóficas, políticas y sociales aprisionados en círculos estrechos, tal como nos llegaron de Europa, no escaparemos jamás del laberinto ideológico sin salida práctica ni útil. Tenemos que plantearnos otra forma de abordar el tema de las ideas que resulte válida al objetivo de promover acciones eficaces y generosas de principios redentores.

Si estudiamos la vida y la obra de nuestros próceres y pensadores, y lo hacemos con amor infinito a la humanidad y vocación de universalidad, podremos asumir crítica y creativamente la historia de las ideas de Occidente y hacer un aporte trascendente para enfrentar los desafíos que tiene ante sí la humanidad. Articular estos empeños sobre el fundamento de un sólido humanismo universal y a partir del reconocimiento de la historia e identidad de cada grupo humano, nación y de toda nuestra área, es la única forma de arribar a un concepto de universalidad. Definamos lo universal como complejo de identidades.

No podremos permitir que otras identidades o grupos dentro de ellas lesionen la nuestra. El Benemérito de las Américas, Benito Juárez, señaló que «El respeto al derecho ajeno es la paz». Hoy podemos decir que desde la cultura y la paz estamos empeñados en promover la utopía universal del hombre, que fue el sueño de los grandes humanistas de todos los tiempos.

El tema de la cultura, siempre presente en Cuba durante los últimos cuarenta años, se plantea hoy como la máxima necesidad de la práctica política inmediata y mediata. Les ruego se valore este hecho y su enorme significación en los procesos políticos que se avecinan.

Acepto agradecido el reconocimiento de ustedes para exponer estas ideas y ratificarles mi convicción de que en la cultura latinoamericana y caribeña está la semilla renovadora que necesita el pensamiento de la Edad Moderna. Debemos probar que la cultura espiritual y ética está insertada en las necesidades objetivas del desarrollo humano y social. Se trata de coronar los progresos de las ciencias naturales y tecnológicas y las de carácter social, con principios éticos de alcance universal.

A modo de epílogo⁶⁰

Acababa de producirse el primer congreso del PCC. Estaba convocada por primera vez nuestra Asamblea Nacional. Aquella tarde yo estaba dando clases en un aula de la entonces llamada Facultad de Filología. De repente, se escuchó un estruendo gigantesco. Salimos al pasillo. En el segundo piso de Zapata y D, desde un televisor se observaba el acontecer de la Asamblea Nacional. Para sorpresa de casi todos, acababan de anunciar la designación de Armando Hart como ministro y fundador del Mincult.

La alegría fue universal. Percibimos todos que su papel sería el de restañar heridas y el de poner en marcha una política cultural esencialmente fidelista.

Como señalaba la Dra. Lesbia Cánovas, Hart había sido el Ministro de la Campaña de Alfabetización. Fue también el Ministro de la Reforma Universitaria.

Yo quiero dejar constancia aquí del sentido y alcance de la Reforma Universitaria, que no ha sido valorada como lo merece. Los resultados de la Reforma Universitaria demostraron que para hacer un país hay que soñar en grande. Recuerdo que en aquel momento, cuando en las universidades oficiales no existían las carreras de Psicología, Economía y Biología, y las de Matemáticas, Física y Química estaban orientadas básicamente a la formación de profesores preuniversitarios, se fundó el Cenic y se adquirió para esa institución un microscopio tan sofisticado que no contábamos con personas preparadas para manejarlo. Sin embargo, de esa matriz originaria surgieron todos los institutos de investigación científica que hoy tenemos y con ellos pudo desarrollarse la más avanzada biotecnología que elabora hoy productos de alto valor agregado e ingresos considerables para el país. La confianza en las capacidades ilimitadas del ser humano, protagonista de la historia, constituyó un elemento clave en aquella decisión estratégica.

Para el gremio intelectual en su conjunto, el nombre de Hart se asociaba a su trayectoria como ministro de Educación y a su labor

⁶⁰ Intervención que realizó la Dra. Graziella Pogolotti Jacobson en la Sala Che Guevara de la Casa de las Américas, en el Panel Central de Homenaje que la 26 Feria del libro le tributó al Dr. Armando Hart, el 14 de febrero de 2017.

como organizador del Partido. Creo que pocos se han identificado tanto con lo esencial del pensamiento de Fidel como Hart. Por otra parte, para buena parte de escritores y artistas, la presencia de Hart se asociaba también a su vínculo entrañable con Haydée Santamaría, a través de la cual en Casa de las Américas lo habíamos conocido personalmente. Por este motivo, me parece justo que el homenaje que le estamos rindiendo tenga lugar en esta que fue la casa de Yeyé.

En el proceso de construcción del Partido, Hart llevó a la práctica la consolidación de la unidad desde abajo por encima de sectarismo de cualquier índole. Así pudo ocurrir que en una misma noche, en el teatro Chaplin, recibiéramos el carné personas tan diversas como Fernando Martínez Heredia, Mirta Aguirre y yo. Este antecedente lo hacía particularmente idóneo para hacerse cargo de un ministerio al que correspondía sanear las heridas dejadas por el Quinquenio Gris, el dogmatismo y la desconfianza respecto a los escritores y artistas. Ese espíritu abierto, esa capacidad de convocatoria, eran los instrumentos adecuados para llevar a cabo la tarea que le había sido asignada a Hart. Y no podré olvidar nunca, nunca, porque estuve ahí, aquel encuentro en la Uneac en 1977 en que Hart nos dijo: «Se ha hecho justicia, ha llegado la hora del arte». Pude observar, porque estaba sentada entre ellos, los ojos empañados de lágrimas en artistas de la talla de Raúl Martínez, Antonia Eiris y Luis Martínez Pedro y René Portocarrero.

Una situación similar me tocó muy de cerca cuando Hart convocó al primer Festival de Teatro de La Habana. El propósito de aquel festival había sido volver a colocar el teatro en el centro de la vida de la sociedad cubana. Homofobia y suspicacia afectaron duramente a este sector. Al término de la muestra debían entregarse los premios de actuación y puesta en escena. Integré un jurado que deliberó hasta las 6:00 de la madrugada. La tardanza contribuyó a que se mantuviera secreto absoluto —cosa casi imposible en este país— hasta el momento de la proclamación pública en la sala Covarrubias. Los nombres de los premiados fueron cayendo uno a uno. Figuraban entre ellos algunas glorias de nuestra escena, parametradas y marginadas en los años difíciles. A medida que trascurrían los minutos, la emoción colectiva se acrecentaba. La felicidad fue inmensa, aquellos hombres y mujeres se estaban encontrando con el reverdecir de su Revolución, junto a la que se mantuvieron fieles a pesar de todo.

Intentaré improvisar la síntesis de algunos lineamientos de la política de Hart en aquellos años. Por una parte, había que tender puente hacia los escritores y artistas: atraerlos, convertirlos en colaborado-

res, en cómplices, en agentes actuantes de la política cultural de la Revolución cubana. Se organizaron los Consejos Asesores, pero el diálogo llegaba también por vía informal con los consagrados y con los emergentes.

Me tocó presidir el Consejo Técnico Asesor del Ministro. Lo integraban personalidades relevantes y diversas como su decano en edad, el historiador José Luciano Franco, Alicia Alonso, Harold Gramatges, Samuel Feijóo, Mariano Rodríguez, y el más diverso que uno se pueda imaginar, Roberto Fernández Retamar, José Antonio Portuondo, entre otros.

Había que volcarse al mismo tiempo hacia la sociedad cubana en su conjunto. Heredera del subdesarrollo, desconocía en gran parte la obra de sus escritores y artistas y, ¿por qué no decirlo?, guardaba rezagos de prejuicios. Había que instaurar el diálogo entre los creadores y sus destinatarios.

A mi entender, la combinación de estas dos estrategias determinó el éxito de la acción de Hart en el Ministerio. Llamados a veces con urgencia, los intelectuales sentían renacer su vocación de servicio. Se prestaban a la tarea con alegría con tal de contribuir a un proyecto magno que los sobrepasaba.

Hart había comprendido la importancia integradora de la cultura, cemento que componía la unidad de la nación. Había por tanto que favorecer un estimulante clima creador que incluyera desde los ambientes más exclusivos de la creación, desde el taller donde trabaja el pintor con las manos y con el corazón hasta los sectores populares, también ellos fuente de creación en el campo de la cultura. Ese clima estimulaba la permanente confrontación, porque la unidad se forja en el diálogo, desde abajo.

Preciso es reconocer que no todos los sectores del país compartían los criterios de Hart. Los debates fueron infinitos. El equipo de viceministros que lo acompañaban era disímil, cada cual portador de una formación y de una experiencia de vida distintas. Ahí estaban María Ruiz Bravo, con su experiencia pedagógica en la universidad de Oriente; Marcia Leyseca, vinculada a los escritores y artistas desde su trabajo con Yeyé en Casa de las Américas; Alfredo Guevara, vocero de la frecuente contradicción; Julio García Espinosa, con su fama de populista, por cuya memoria siento cada vez más respeto.

Hart conducía discusiones que se prolongaban durante horas. Recuerdo una tarde en que, exhaustos, pedimos un breve receso y algún alimento. Chela apareció con un austero plato con galletas zocatas.

Fue motivo de interminables bromas entre quienes remaban en el mismo bote con similares propósitos, aunque con diferencias acerca del modo de implementarlos. Se respiraba la auténtica fraternidad inspirada en el compromiso común.

Así, con buen humor y en discusiones tremebundas fue trabajando ese ministerio. Expendió una política desde su eje central en La Habana hasta el país todo, sin olvidar al más pequeño municipio. Hart quería convencer hasta al último dirigente del papel de la cultura. Recorrimos el país hablando, persuadiendo.

En los años 80, cuando comenzaban a manifestarse las primeras señales del derrumbe del socialismo europeo, Hart tuvo clara conciencia del papel decisivo en el combate ideológico de los medios masivos de difusión. Intentó negociar con el entonces ministro de Cultura de la URSS para obtener recursos que permitieran centrar en La Habana el papel irradiante de una emisora de televisión continental, algo parecida a la producción actual de Telesur. No recibió el respaldo indispensable. Existía en la URSS el criterio de limitar la cultura al campo de las bellas artes y bellas letras, concepto decimonónico superado desde la invención del cine.

Político por vocación, Hart es un intelectual que define su comportamiento con la capacidad de solicitar y escuchar opiniones. Ha sido uno de los primeros en reconocer el papel decisivo del reconocimiento de la identidad nacional. Sus discursos reflejan el modo de devolver vida a nuestra mejor tradición histórica.

Volviendo la mirada hacia atrás, reconozco que haber trabajado con Hart cuando ya estaba llegando a la media rueda constituyó para mí un regreso a la juventud. Pasé junto a él una segunda etapa de formación, aprendí a creer en nosotros mismos, en nuestras fuerzas morales, en nuestra capacidad de vencer obstáculos. Por lo tanto, si he venido a la Casa de las Américas a improvisar estas palabritas es para darle las gracias, una vez más, a Armando Hart.

Dra. Graziella Pogolotti Jacobson

La partida del Héroe Secreto de la Revolución

¿Quién lo diría?... Las vueltas que da la vida.
Abocada a enaltecer la Historia de la Revolución,
al cuidado de sus memorias en el Archivo Crónicas,
organizo y protejo con celo cada detalle de ese gran tesoro.
Allí conocí a un Héroe Secreto de la Revolución.
Se me ha revelado a la altura de Fidel, el Che y el mismo Martí.
Enciclopedia viviente, de todo escribió, de todo supo,
nuestro ministro de Educación y Cultura.

Amaneció pero oscuro, sin sol,
como si la Madre Naturaleza también sintiera tu partida;
llovía suave, sin ruido, pero anegaba la tierra con firmeza.
Yo estaba allí, lo vi todo,
cómo un pueblo desesperado quería darte el último adiós.
Los agradecidos, los maestros voluntarios de aquella campaña
alfabetizadora,
los que aman a Cuba.
Hubo quien de lejos vino y logró verte.
Todo tan bello, tan sencillo,
con la misma pasión que sentías tú por Cuba.
Dejaste atrás a una Guerrera que por siempre defenderá tus
memorias,
tu Archivo y hasta un Museo... donde vivirás por siempre.

Descansa en el Mundo de las Luces.
Gracias por legarnos las huellas de tu vida y tu historia.
Gracias por tu sencillez, gracias por tu amor por Cuba.
Gracias por todo.
Gracias.

Yunia Villalón Vidal

